

MONS. MANUEL LARRAIN E.

escritos completos

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.

1

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

MONS. MANUEL LARRAIN E.

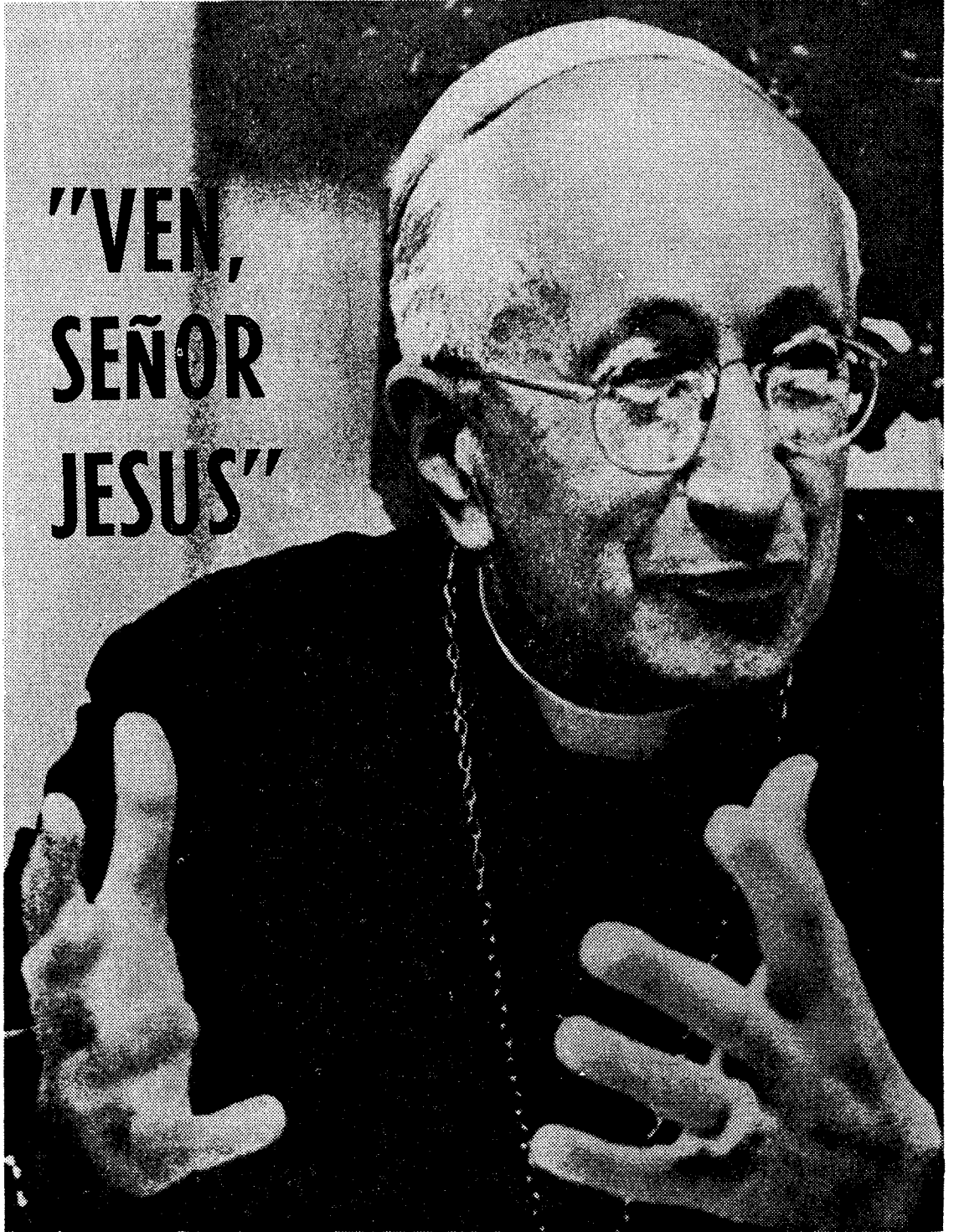
Pbro. PEDRO DE LA NOI
Dr. en Filosofía,
Prof. en la Universidad Católica de Chile

MONS. MANUEL LARRAIN E.
ESCRITOS COMPLETOS

Tomo I

LA IGLESIA EN SU VIDA INTIMA

**"VEN,
SEÑOR
JESUS"**



PRESENTACION



Con mucha alegría presento este libro que contiene la primera parte de los escritos de Monseñor Manuel Larrain, mi ilustre antecesor como Obispo de la Diócesis de Talca.

Me parece que al leer sus escritos, la riqueza y la profundidad de sus enseñanzas los lectores podrán apreciar su extraordinario valor.

Mons. Larrain fue un profeta, un visionario. Un hombre de Iglesia y un hombre de Dios. Con razón el día de sus funerales escuché a un Obispo chileno esta frase: "Manuel era la brújula de la Iglesia chilena".

Agradezco al Pbro. Pedro de la Noi el trabajo abnegado y silencioso que ha realizado en estos diez años de investigación y recopilación del documento.

Que todo sea por la Iglesia, el Gran Amor de la vida de Monseñor Larrain.

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

INTRODUCCION

Diez años después de la muerte de Mons. Manuel Larraín Errázuriz damos a luz la publicación de sus escritos.

Lo hacemos porque pensamos que hay personas, cuyas existencias constituyen en sí mismas un legado para toda una época. No dudamos que una de éstas fue el Obispo de quien nos ocupamos.

Y hay fechas que son oportunidad privilegiada —providencial, pensamos los cristianos— para reactualizar la presencia de tales personas, para redescubrir su legado espiritual y la amplitud de sus dimensiones.

El "Caso Manuel Larraín" durante su vida

Quien considere serena y objetivamente a Monseñor Larraín reconocerá que no es exagerado afirmar que se trata verdaderamente de un "caso", al menos dentro de la Iglesia chilena y latinoamericana.

Durante su vida, entre los muchos aspectos que "sorprenden", cabe traer al recuerdo los siguientes:

— Su clarividencia para "adelantarse" a los acontecimientos y situaciones de la vida de la Iglesia y del mundo:

El concibe e impulsa, por ejemplo, la "pastoral de conjunto", que integra a sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos en un solo cuerpo apostólico, mucho antes del Concilio Vaticano II. Con este objeto, entre otras iniciativas, trae a su Diócesis desde Francia a los Padres Boulard y Motte (este último, actualmente obispo), con quienes permanece en contacto durante años.

Ya al comienzo de su vida sacerdotal, por otra parte, comprende que la liturgia, como lo expresará más tarde el Concilio, es la "fuente y cumbre de la vida cristiana". A lo largo de 28 años de Episcopado trabaja incansablemente por centrar a su Diócesis en el culto oficial de la Iglesia

y no hay fiesta del Año Litúrgico que no vea alguna pastoral, circular o artículo en el Diario local, destacando siempre nuevos aspectos de los misterios cristianos revividos en la Iglesia.

La colegialidad de los obispos la vivió también desde temprano intensa y concretamente, siendo pionero de la doctrina conciliar con su ejemplo, a través de un vivo, directo y permanente contacto e intercambio con los obispos de todo el mundo. Especialísima mención debe hacerse de su relación con el Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM —el primero en su índole en el mundo— del que fue uno de sus fundadores, varias veces vicepresidente y, finalmente, presidente hasta su muerte.

El Presbiterio de la Diócesis, como cuerpo fraterno de todos los sacerdotes en torno al Obispo, con plena participación en todos los asuntos de la Iglesia diocesana fue otra dimensión de la Iglesia que Monseñor comprendió mucho antes que fuera expresada en el Concilio.

El Ecumenismo tuvo también a este Obispo como uno de sus pioneros, si bien en este campo hubo en él un notable cambio hacia una mayor abertura. Los monjes protestantes de Taizé (Francia) fueron sus mejores testigos y en particular su Prior Roger Schutz a quien el Obispo, en simbólico gesto de unidad, regaló su anillo episcopal en una oportunidad.

La necesidad de estructuras sociales más acordes con la justicia también recibieron la luz profética y los ejemplos de gestos pioneros del Pastor de Talca. La parcelación voluntaria del Fundo "Los Silos" del Obispado de Talca —la primera de Chile— junto con su sostenida y lúcida acción y enseñanza social, le mereció ser el primer obispo latinoamericano citado en una Encíclica, concretamente en la *Populorum Progressio*.

— Otro aspecto sorprendente de su acción pastoral es su fecundidad como escritor: más de 400 son los artículos, henchidos de doctrina, que escribió en el Diario *La Mañana*, de Talca, a lo largo de sus 28 años de episcopado. Por otra parte, las editoriales Difusión, Chile, Guadalupe, Gutenberg, El Imparcial, Del Pacífico, San Francisco, Paulinas, Poblete, Progreso, Salesiana, Stanley, Universidad Católica sirvieron de cauce a los numerosos libros y folletos que salieron de sus manos.

— También es digna de mencionar su cercanía, influjo e intercambio con las diversas comunidades y familias religiosas:

Por él llegan a Chile los Hermanitos y Hermanitas de Jesús, de Charles de Foucauld. El escribió el Prólogo de *En el Corazón de las masas*, de René Voillaume, su amigo, a quien invitó varias veces a Chile; también escribió en más de alguna oportunidad en la revista *Jesús Caritas*, de esa espiritualidad.

Es él quien intervino, igualmente, en la venida a Chile de los Cistercienses de La Dehesa.

Los jesuitas, que lo tuvieron como alumno en el Colegio San Ignacio de Santiago; como seminarista en el Colegio Pío Latino Americano de Roma y como estudiante de Teología en la Gregoriana, le publicaron periódicamente escritos en su Revista *Mensaje*, algunos de los cuales, en circunstancias tan significativas como la de los 400 años de la muerte de San Ignacio (*El Caballero de Dios*, es su título). Para los funerales de

la figura más destacada de los jesuitas chilenos, al menos en el siglo —El P. Alberto Hurtado Cruchaga— es Monseñor Larraín, su amigo íntimo desde sus tiempos de colegio, quien celebra la Misa y realiza la predicación. Para el Centenario del Colegio Pío Latino Americano, los jesuitas de Roma distinguieron igualmente a Monseñor, encomendándole el discurso a nombre de los obispos del continente.

Es él quien trae las religiosas de Santa Marta a Chile.

Fue especialmente a Friburgo (Suiza) a ordenar a 11 de los primeros sacerdotes chilenos de la Comunidad de Schönstatt, en un gesto lleno de sentido para la vinculación de esa familia religiosa con la Iglesia de Chile.

Nadie lo tuvo más cerca, sin embargo, que el Clero Diocesano: sus primeros años de sacerdocio los pasó como Padre Espiritual y Profesor del Seminario Pontificio de Santiago, al que lo llevó el Rector de la época, Mons. Juan Subercaseaux. Con el Seminario mantuvo estrechísimos lazos durante toda su vida. Dio innumerables Retiros espirituales al Clero de diversas Diócesis y año a año entregó un documento de espiritualidad a los sacerdotes de Talca, al término de sus Ejercicios Espirituales. Periódicamente escribió libros de espiritualidad sacerdotal, siendo el primero de ellos *"Sanctifica eos. Elevaciones sobre la Oración Sacerdotal de Jesús"*, en 1936 y el último *"Sacerdocio y Vaticano II"*, en 1965 (un año antes de su muerte).

Esta atención y cercanía a los religiosos y sacerdotes iba hermanada a una visión lúcida y a una dirección vigorosa de los laicos y particularmente de la Acción Católica, que dirigió a nivel nacional durante diez años. Chimbote, Manizales, Caracas, Atlántida, Montreal son algunas de las ciudades que lo tuvieron como figura de primer orden en Congresos de Acción Católica. Roma lo tuvo también como importante orador del 2º Congreso Mundial de Apostolado Laico. Por lo demás, entre los "jóvenes" que formó durante sus años de asesoría de la Acción Católica en la Universidad se encuentran numerosos ex parlamentarios, ministros y también presidentes de la República, como sacerdotes y obispos.

El "Caso Manuel Larraín", después de su muerte

Si podemos hablar de "el caso Manuel Larraín" al considerar su vida, igualmente podemos hacerlo, al mirar su supervivencia después de su partida.

Por de pronto, cabe preguntarse si conoce la Iglesia chilena algún aniversario que haya tenido el eco que tuvo el 10º de la muerte del ex Obispo de Talca: ¡29 obispos se reunieron en Talca el 22 de junio del presente año! Junto al Cardenal de Santiago —que presidió la Misa de conmemoración— y al Nuncio de Su Santidad, estaban el Arzobispo de Olinda y Recife, Mons. Helder Cámara; el Arzobispo de Montevideo, Mons.

Partelli; el Arzobispo de Quebec, Mons. Sanchagrin; el Obispo de Málaga, Mons. Buxarrais; el Secretario del Episcopado francés, Mons. Houpleroux y más de 20 obispos chilenos.

Además, cerca de 100 sacerdotes, junto a algunos seminaristas, venidos espontáneamente de diversas partes del país quisieron hacerse también presentes en esa ocasión.

Por otra parte, le han dedicado artículos con ocasión del 10º aniversario de su muerte, las siguientes revistas católicas:

Servicio, de la Comisión Pastoral del Episcopado Nacional;

Cencosep, del Centro de Comunicación Sociales del Episcopado;

Contactos, del Instituto de Catequesis;

Renovación en el Espíritu Santo, del Movimiento Carismático;

Indiso, del Instituto de Difusión Social del Arzobispado de Stgo.;

Mensaje, de los Padres Jesuitas; y

Teología y Vida, de la Facultad de Teología de la Universidad Católica.

Juan Noemí, teólogo chileno doctorado en Münster, le dedicó su libro sobre Tillich *Interpretación teológica del presente* (1).

También se celebró una Misa de conmemoración en la Universidad Católica; otra en la Iglesia del antiguo Seminario de Santiago, organizada por sacerdotes diocesanos y otra en la Iglesia de San Ignacio.

Pero los homenajes no han sido sólo actos fugaces. En Talca se centraron las comunidades cristianas durante un mes en el estudio y meditación del legado espiritual de quien fuera su Pastor por casi treinta años. También las comunidades cristianas de la Universidad Católica se detuvieron a estudiar el mensaje de este Obispo.

Muchos perfiles, pero una sola línea

A la narración escueta de hechos recientemente expuesta y fácilmente constatable, ha de seguir la reflexión: ¿Cuál es la explicación del poder seductor de este obispo? ¿Qué es lo que explica su fecundidad en vida y su supervivencia, diez años después de su muerte? ¿Será porque fue el "obispo de la doctrina social", como lo designan algunos?

Ciertamente que sí; Monseñor Larraín es acreedor a este calificativo: allí están sus discursos en conmemoración de la *Rerum Novarum* o su comentario a la *Mater et Magistra*; su participación activa en las "Semanas Sociales" chilenas; su postura definida en el "Conflicto de Molina"

(1) Santiago, Anales de la Fac. de Teología de la U. C., Ed. Paulinas (1976), 319 págs.

—la 1ª huelga campesina en Chile— o la parcelación voluntaria del Fundo “Los Silos”.

Pero no menos importante fue su palabra y su acción renovadora en el campo litúrgico: su Catedral, símbolo imperecedero de su amor apasionado y delicado al culto de Dios lo muestra; lo atestiguan igualmente su contacto permanente con los Padres Benedictinos, como con el equipo de *La Maison Dieu*, de París y sus numerosos escritos sobre el tema.

Tomar a Mons. Larraín como “el hombre de lo social”, sin más, es desconocer totalmente su personalidad y sus escritos. Pensar que lo que interesa en él es “su humanismo”, es dejar de lado su alma cristiana, el corazón mismo que animó su acción, incluida por cierto la social.

Y estas consideraciones, lejos de minimizar la importancia de su doctrina y acción sociales, le dan su verdadera significación, su fuente primera de inspiración, su proyección última.

La imagen frecuente de él como del obispo “avanzado”, siempre renovador y abierto a nuevas posibilidades es muy justa, pero ello no excluye que sea también el testigo viviente de la tradición de la Iglesia, a la que amó entrañablemente y enseñó en toda oportunidad. En una carta dirigida a Mons. Jorge Medina Estévez, con ocasión de su rectorado interino del Seminario Pontificio de Santiago, le escribe en carta del 11 de abril de 1961:

“Yo pienso que el ponerse en contacto con la vida de la Iglesia lo hace a uno amar igualmente el pasado y el futuro, el rico acervo de la tradición y las grandes perspectivas del mañana...”.

Estos y muchos otros son los perfiles de la rica personalidad de este obispo, en cuya organicidad de la mente y en cuya amplitud del corazón, se refleja la riqueza de la catolicidad de la Iglesia.

Tal diversidad de perfiles va hermanada, al mismo tiempo, con la invariabilidad de la línea.

En medio de actividades tremendamente diversas, hubo en él una gran unidad interior: su espíritu profundamente sacerdotal era su fuente, su honda piedad y su profunda meditación su alimento.

Si muchos se afirmaron en él, fue porque era firme.

Era firme en su palabra, porque firme en su doctrina.

Porque era seguro, daba seguridad.

Y porque era firme y seguro fue capaz de formar gente firme, gente segura.

Su firmeza fue la de una dirección, a la que siempre fue fiel.

La unidad de su línea de vida y de acción aparece tanto más nítida cuanto más amplio es el período de tiempo que se considera.

El 22 de diciembre de 1922, escribe de puño y letra:

Mathe 22-19.

El día en que definitivamente comprendí, cual era el camino que debía seguir, cuando con toda claridad oí la voz de mi Dios que me decía como a los pescadores de galilea "deja tus redes y sígueme"; cuando toda el anhelo de ideal y bien que había acumulado en mi alma encontró el campo donde debía desarrollarse; que dije, que fue para mí tal día!

Entonces comprendí claramente todas las recompensas interiores que Dios da a los que por el sueño y trabajan, entonces con certeza de madura comprendí toda la dignidad y excelencia del sagrado

trabajo.

Las pequeñas quechuas, las ambiciones mundanas, al lado de esta sublime ambición, ser todo de Jesús!

Gracias Dios mío porque me has hecho verte.

Era natural que te viera y te encontrara; te he buscado tanto!

Son palabras de alguien que recibe la gracia de comprender a fondo lo que es una consagración, lo que es la fidelidad evangélica en el grado en que es dada a los predilectos de Dios.

Pareciera como si hubiera fijado su vista en la meta y motor de toda su existencia para siempre.

Su ideal de fidelidad lo expresa solemnemente en el Centenario del Colegio Pío Latino Americano:

“... la gloria del sacerdote no es ni el aplauso lisonjero, ni el éxito humano, sino la fidelidad hasta el sacrificio en la misión que la Iglesia le confía.

La voz de san Pablo nos advierte que ‘lo que se pide entre los administradores es que sean fieles...’”.

Esta firmeza de línea y esta profundidad de convicciones, lejos de cerrarlo al diálogo, lo abrió a él; no al diálogo blando, que es reflejo de indecisión y espíritu vacilante, sino a la confrontación respetuosa propia de quien busca, por sobre todo, la verdad.

Personalidad perfectamente definida, fue, sin embargo, la antítesis del unilateralismo; el equilibrio y la organicidad de la mirada fueron, por el contrario, sus características.

Que es hombre de una línea se refleja en la correspondencia que hay entre lo que piensa y lo que dice y entre lo que dice y lo que hace.

Habla de justicia social y comienza la Reforma Agraria en Chile, con la distribución de las tierras de un fundo del Obispado entre sus inquilinos.

Predica la importancia de la liturgia y su renovación y prepara su celebración en la oración intensa, en el estudio y de mil maneras.

Habla de América Latina como de una unidad y es él uno de los más decididos impulsores del Consejo Latino Americano de Obispos (CELAM).

“Ven, Señor Jesús”, su lema

Si son muchos los que “siguieron” y siguen a Mons. Larraín es porque caminaba con la Iglesia y, a la vez, hacía caminar a la Iglesia.

Caminaba con la Iglesia, no solo. En ella se afirmó para caminar. En sus escritos aparece muy clara su familiaridad y constante alusión a los Padres y Doctores de la Iglesia y su adhesión —acuñada en una sólida formación romana— al magisterio de Pedro, “el dulce Cristo en la tierra”, como lo llama en su “Testamento Pastoral”.

En su caminar no fue avanzado, en el sentido de que estuviera ávido de novedades o que posara de moderno. Era demasiado profundo para dar tales muestras de superficialidad.

Lo fue, sí, en cuanto que tenía una conciencia muy clara y lúcida de la verdadera meta del cristiano y de la Iglesia y, por tanto, a la luz de ella, cualquier situación concreta la miraba como pasajera.

Hijo de san Ignacio, a quien conoció en el Colegio que lleva su nombre, a través de su amistad de toda una vida con el P. Alberto Hurtado, S.J., durante su estadía en el Colegio Pío Latino Americano de Roma y en la Gregoriana, había hecho totalmente suya la norma de discernimiento del santo de Loyola: asumir los medios y las situaciones concretas o dejarlos "en tanto en cuanto" conducen a la meta o dificultan el acceso a ella.

Hijo, igualmente, de san Agustín, patrono de su Diócesis y cuya actualidad destacó ya en sus primeros años de sacerdocio en un artículo (2), captó temprano y en profundidad la dimensión histórica de la Iglesia, cuyo carácter de peregrina en la tierra ha manifestado tan hermosamente el Concilio Vaticano II.

Con frecuencia comentaba Mons. Larraín aquella oración del Domingo 4º después de Pascua de Resurrección:

"Haz, Señor, que en medio de la variedad de las cosas de este mundo, nuestros ojos estén fijos ahí donde se encuentran los verdaderos bienes".

Su gran arraigo en los Padres y maestros de la Iglesia no sólo no impidió a Monseñor Larraín mirar al futuro, sino que fue su punto de apoyo. Tal vez cabría aplicarle las palabras de Bernardo de Chartres, dichas en el siglo XII:

"Somos como enanos, pero encaramados sobre los hombros de gigantes, podemos mirar mucho más lejos que ellos".

Pero Monseñor Larraín no sólo caminó con la Iglesia; también la hizo caminar.

¿Sus medios?

La crítica elevada a la propia Iglesia, por amor a ella y a la luz de su propio magisterio; su atención a los problemas y situaciones nuevas del mundo y a las exigencias de nuevas respuestas de la Iglesia; la cercanía y atención a las generaciones jóvenes; el contacto continuo con la Iglesia universal en sus más variadas expresiones, que le proporcionaba alternativas diversas, perspectivas distintas.

Caminante en una Iglesia peregrina, el mediador entre Dios y los hombres, era también mediador entre las diversas Iglesias particulares y así, foco de unidad; hacía constantemente de puente, trayendo y llevando experiencias, realizaciones, éxitos, sufrimientos.

Las circunstancias de su muerte parecen ser un símbolo de lo que fue su vida: murió en la ruta... , caminando. Su vida fue, en efecto, un largo caminar, pasar por muchas partes, y estar presente en el mundo en todas sus dimensiones.

En aquel último viaje por los caminos de este mundo iba en com-

(2) *Revista de los Estudiantes Católicos, REC*, (1930). Dicho artículo lo transcribimos en pág. 281.

pañía de un seminarista de Puerto Rico, a quien había invitado unos días a visitarlo a su Diócesis. Era un gesto más de su abertura a lo internacional, para oír y aprender, para hablar y enseñar.

El joven universitario personificaba la juventud, la esperanza, el futuro; su calidad de seminarista, la doctrina, el estudio.

Monseñor Bernardino Piñera —su ex discípulo en la Universidad Católica, sucesor en la asesoría de la Acción Católica de Chile y Obispo Auxiliar— se refiere a él en un sermón después de su muerte en estos términos:

“Sabemos los caminos por donde lo llevaron a través del mundo su clara inteligencia, su asombrosa actividad, su maravilloso don de la amistad. No hubo en el mundo un aeropuerto donde un grupo entusiasta de sus amigos, de alumnos, de dirigentes o inspirados por él, no esperaran un día a Don Manuel. No hubo ciudad de América o en Europa donde no diera él alguna conferencia, adonde no celebrara alguna reunión, y donde él no fuera el centro, al menos afectivo o inspirador para todos los presentes.

En la Iglesia universal era conocido, y más aún, querido como un amigo. En EE.UU., Bishop Larraín, era nombrado como si hubiera pertenecido a la Jerarquía de aquel país. El Episcopado francés le comunicaba todos sus acuerdos como a uno de ellos. En Italia se identificaba gracias a su agilidad latina y a su dominio perfecto de la lengua, con el mundo católico romano. Y para qué decir en América Latina. Yo que tantas veces anduve en sus pisadas, estoy oyendo las exclamaciones desoladas o incrédulas, los sollozos mal contenidos de sus amigos tan queridos de Buenos Aires o de Quito, de Lima o de Recife, de Bogotá o de Asunción”.

“La vida del hombre sobre la tierra es una milicia”

Apóstol auténtico, conjugaba Don Manuel la oración y la meditación con la acción casi febril.

Llamaba la atención en Roma cómo, mientras jóvenes seminaristas o sacerdotes llegaban de sus países agobiados por el cansancio del largo viaje, Don Manuel después de un fugaz descanso, reiniciaba una agotadora labor, con renovado vigor.

Su ascendencia vasca se proyectaba en su carácter fuerte y tenaz. Alegre y optimista por temperamento, no buscaba el conflicto por el conflicto, pero tampoco lo rehuía, cuando la verdad y el bien de la Iglesia lo ocasionaban.

Se sabía “evangelizador”, es decir, mensajero de una buena noticia de salvación, pero que no siempre ni a todos aparecía como tal y que, muchas veces, dejaba a descubierto el mal hasta entonces oculto.

En este sentido, su palabra y los gestos, que la encarnaban, fueron frecuentemente “piedra de toque”. Lo sabía, pero también sabía y pro-

curaba ser consecuente con la palabra de san Pablo: "la Palabra de Dios no puede estar amarrada".

Actuaba, por una parte, con la seguridad de que todo dependía de Dios y, por otra, poniendo todo su esfuerzo en lo que hacía, como si todo dependiera de él, haciendo suya, una vez más, la recomendación de san Ignacio.

Cuando describe el alma apostólica de aquel otro gran Obispo que fue Mons. Juan Subercaseaux, en el décimo aniversario de su muerte, parece estar describiendo su propio ideal, elocuentemente vivido:

"Era el buen 'soldado de Cristo Jesús', de quien habla el Apóstol, el que ahí reposaba, el que como su Maestro, 'amó a la Iglesia y se entregó por ella', el que le consagró las mejores energías de su vida, para encontrar la muerte en su servicio y el que después de haber 'peleado el buen combate' iba, pleno de humildad a recoger la eterna corona de manos de su Señor" (3).

"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros"

Su gran arma fue, sin duda, la palabra.

En la predicación el día de las Bodas de Oro del Cardenal Caro, nos dice su honda convicción:

"Para cumplir su misión de renovación espiritual del mundo, el Obispo es, en primer lugar, Maestro y Doctor de la verdad". Y más adelante:

"El día de su consagración episcopal, la Iglesia pronuncia sobre la cabeza del nuevo ungido esta sublime plegaria: 'que ame la verdad y que no la abandone jamás ni bajo el imperio de la alabanza o del temor'. Su voz debe despertar en los oídos humanos ecos divinos y poseer su palabra vibraciones de eternidad.

Nada necesita tanto el mundo de hoy como el sentido augusto de la predicación sacerdotal. De la docilidad a esa voz depende el que encuentre su camino, en el cerrar sus oídos a ella está la fuente de su perdición.

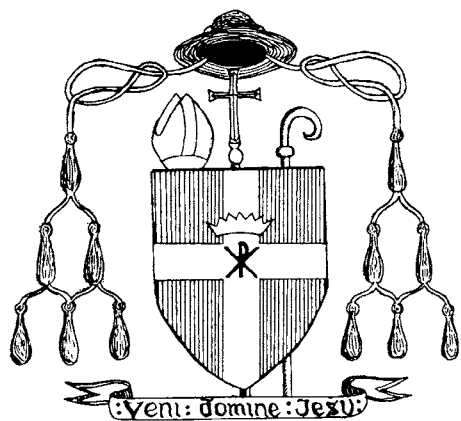
Los labios del sacerdote se entreabren sobre un mundo obscurecido para anunciar con firmeza todo el Evangelio y sólo el Evangelio..." (4).

Y es para preguntarse: ¿qué fue la vida de Monseñor Larraín, sino vivir esta convicción constantemente?

Permítasenos, una vez más traer al recuerdo las palabras del ex Obispo de Talca que, si bien las dijo refiriéndose a Mons. Subercaseaux, lo reflejan a él admirablemente:

(3) Publicamos íntegra tal predicación en la pág. 354.

(4) El texto completo se encuentra en pág. 338.



*Escudo y divisa episcopal:
"Ven, Señor Jesús"*



Medalla de la Legión de María, por ambos lados. Colgó del pecho de Manuel Larrain, en sus tiempos de Colegio. La conserva su hermana Regina

“Heraldo de la Verdad, la anunció sin descanso y sin limitaciones y sobre todo evangelizó el ‘misterio escondido’ desde el comienzo de los siglos en Dios: su Iglesia”.

Fue “servidor de la Palabra” en las más diferentes formas: en la predicación llena de unción y en la polémica pública; en el Retiro espiritual en medio del silencio y en el solemne discurso en un acontecimiento trascendental; en la palabra afectuosa y sencilla de una conversación privada y en el artículo escrito. Como dijo alguien el día de sus funerales “supo ser Don Manuel y Monseñor Larraín...”.

Respetó su cargo y el ministerio de la Palabra hasta el extremo, cuidando todos sus aspectos, desde la calidad de los micrófonos y su buen estado hasta la dicción. Pero la Palabra que predicó no fue la suya, sino la de Cristo y de la Iglesia.

El legado de Mons. Larraín

Hemos bosquejado solamente algunos perfiles de la personalidad de Mons. Larraín.

El “Testamento pastoral” que nos dejara es tan sólo un resumen de la totalidad de su legado espiritual.

Su voz, potente y clara, resonó alto durante su vida y muchos, muchísimos la pudieron oír.

Se identificó plenamente con su diócesis de Talca. Para ella fue consagrado obispo y en ella murió después de ser su pastor durante 28 años. Pero su voz trascendió Talca.

Se identificó igualmente con su país, con el que se sentía y estaba vinculado por tantos lazos. Parientes suyos habían sido obispos, presidentes de la República y casi no había campo de la vida nacional en que no se hubiere hecho presente algún familiar. Sin embargo, ni sus amplias fronteras fueron capaces de contenerlo.

Hizo plenamente suyas las esperanzas y los problemas de la Iglesia y de los pueblos de América Latina, de cuyo Consejo Episcopal —CELAM— fue uno de los fundadores, varias veces su Vice-Presidente y también su Presidente. Pero, tampoco este continente encerró su voz.

Y la oyeron los más altos representantes de la Acción Católica del mundo entero en los Congresos mundiales del apostolado laico, celebrados en Roma. Y también los sacerdotes y seminaristas de todos los países de América Latina fueron sus auditores en la conmemoración del Centenario del Colegio Pío Latino de Roma. Y los Padres del Concilio reunidos alrededor del Papa también lo escucharon.

Patrimonio de todos fue, pues, su palabra oral en vida; patrimonio de todos debe ser también su palabra escrita, después de su partida.

Pero si el respeto a su legado escrito nos insta a poner a disposición de todos su palabra, nos obliga también a publicar todos sus escritos: no sólo los de claro contenido social, ni tampoco sólo aquéllos en que no aparecen temas sociales; no sólo aquéllos en que proyecta la luz de Cristo al quehacer político, ni tampoco sólo aquéllos en que no proyecta la existencia cristiana al plano político; no sólo aquéllos que hablan al laico ni sólo aquéllos que hablan al sacerdote.

Un segundo deber que se nos impone es el de no mutilar los escritos. Se trata de que hable Don Manuel, no nosotros. Hay que entender todas sus afirmaciones en el contexto en que él las formuló, no en el que nosotros le demos, o fuera de contexto.

Si estas normas de respeto, que nacen del amor a la verdad, han de observarse en la lectura de cualquier autor, ellas han de ser tenidas en cuenta particularmente en el caso que nos ocupa. Por una parte, en efecto, no parece exagerado afirmar que Mons. Larraín es imprescindible "lugar de referencia" de todo esfuerzo serio para comprender a la Iglesia en Chile y en América Latina en este siglo; por otro lado, las polémicas que suscitó su definida personalidad se comprenden mejor si son reexaminadas a la luz de la totalidad de su pensamiento.

Nos parece lo más honrado, por otra parte, el poner a disposición de quienes discreparon parcial o totalmente de sus ideas, la totalidad de su pensamiento.

Permítasenos dar una última razón que avala nuestro propósito: la gran diversidad de cauces por los que ellos vieron la luz de la publicidad —reflejo de la multifacética actividad de su autor— hace que lo que es o fue fácilmente accesible a unos no lo sea a otros y vice versa.

Pequeños libros y folletos publicados en diversas editoriales, frecuentemente agotados; Actas del Concilio Vaticano II, todavía no totalmente publicadas; Revistas y Diarios extranjeros, artículos frecuentes en el Diario *La Mañana* de Talca; escritos anteriores a su consagración episcopal y publicados en revistas ya desaparecidas, como REC; circulares sólo mimeografiadas, dirigidas al Clero y fieles de su Diócesis; manuscritos inéditos, incluso de sus tiempos de estudiante secundario, son algunos de los lugares donde se encuentra su pensamiento escrito.

"Nosotros somos sus testigos"

¿Por qué nos atrevimos a emprender la delicada tarea de publicar sus escritos?

Son tantos y tan luminosos los aspectos de su personalidad de hombre, de sacerdote y de obispo, la amplitud de su obra y la riqueza de sus variados escritos, que hay necesidad de muchos para recoger lo que sembró.

Nosotros somos sus testigos.

Lo somos junto a aquella inmensa cantidad de gente que lo oyó, que se apoyó en él, que vio en él un faro.

Es cierto que el testimonio directo de quienes fueron sus ovejas tiene un particular valor para el conocimiento de su personalidad de pastor; pero también lo es que, en el caso de don Manuel, toda su personalidad se volcaba en su palabra y en sus escritos.

Quiso la Providencia que su "legado" espiritual se conservara en importante proporción, para revivir su palabra por parte de unos y para que las generaciones futuras recojan ahí tan autorizada palabra en el futuro.

Nuestro testimonio es, por lo demás, muy parcial, aunque importante: se reduce a sus escritos. Una visión completa y un contacto vivo con don Manuel supone, por cierto, empezar por la lectura de su vida. Otros hay que estuvieron más cerca de él y que tienen autoridad para escribirla.

Como testigos de su vida y de sus escritos, creemos poder decir lo que él dijera en los funerales del P. Alberto Hurtado:

"Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria" (5).

Nuestro plan

¿Con qué criterio ordenar y clasificar los escritos?

No ha sido fácil discernir el más adecuado.

La unidad y organicidad del pensamiento de nuestro autor hace que tan pronto esté hablando de la dimensión litúrgica de la vida en un Congreso de Acción Católica Rural, como de la esencia de la catequesis en una jornada de preparación al Año Mariano, o del papel del laico en la Iglesia en una carta al Clero sobre espiritualidad sacerdotal.

Sin embargo, si nos dejamos conducir por los escritos mismos en su conjunto, constatamos en forma bastante clara que la Iglesia es su centro. Si ella fue "el gran amor de su vida", según sus propias palabras, expresadas en su *Testamento Pastoral*, lo es también el centro de sus escritos, expresada en todos ellos.

Porque su alma y su mente eran realmente católicas, es decir, amplias y universales, la totalidad de la luz y de la doctrina de la Iglesia convergían, casi espontáneamente, frente a cualquier realidad, grande o pequeña.

(5) El texto completo de tal predicación se encuentra en pág. 370.

Su mirada, habituada por la meditación a contemplar a la Iglesia en su altura y en su profundidad, en su hanchura y en su longitud, le permitían ubicar cada hecho de la vida de ella en referencia a su totalidad. Este nos parece ser el secreto que conjugaba en sorprendente síntesis el carácter a la vez crítico y estimulante, sugerente y preciso, exigente y liberador de su palabra.

Teniendo, pues, a la Iglesia como centro, para presentar sus escritos, nuestro plan es:

- I. La Iglesia, en su vida íntima;
- II. La Iglesia, en su espiritualidad y en su liturgia;
- III. La Iglesia, en el mundo.

Sea nuestra última palabra, de gratitud para todos aquellos que han hecho posible esta publicación:

—para quienes nos han abierto las puertas del Archivo del Obispado de Talca, dándonos muestras de gran confianza en todo momento;

—para aquellos familiares de Monseñor Larraín que nos han facilitado fotos y manuscritos;

—para quienes han colaborado con su ciencia en la elaboración de las notas;

—para los secretarios que con excepcional abnegación han transcrito y ayudado a ordenar los escritos;

—para quienes nos han ayudado en todo el aspecto gráfico e ilustrativo.

Pienso que todas estas personas son acreedoras no sólo de la gratitud personal, sino de la de todos los lectores beneficiados por su aporte. Que Dios los bendiga.

A handwritten signature in black ink, reading "Pedro de la Noi B." The signature is written in a cursive, flowing style. Below the signature, there are several horizontal, overlapping scribbles that appear to be part of the signature or a decorative flourish.

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.
Prof. en la U.C. de Chile

OBSERVACIONES METODOLOGICAS

Los criterios metodológicos con que hemos procedido son los siguientes:

1. Títulos y sub-títulos

En algunos casos hemos cambiado los títulos de los escritos. Lo hemos hecho teniendo en cuenta que:

—frecuentemente éstos no son de Mons. Larrain, sino de quien los publicó (Diario, Revista, etc.), lo que queda de manifiesto porque a veces no hay coincidencia entre ellos;

—a veces éstos son muy genéricos (Ej.: "A mi Clero", "Palabra de gratitud", etc.) y, si bien en el contexto en que fueron escritos fueron orientadores respecto al contenido, no lo son en nuestro contexto;

—en todo caso, se tiene el acceso al original.

En algunas oportunidades, por otra parte, hemos introducido algunos sub-títulos que expliciten más la estructura del escrito, haciéndolo notar en las notas.

2. Procedencia de los escritos

Siempre que los escritos han sido publicados, señalamos su lugar, pero cuando han aparecido en varias partes (p. ej., en "Revista Católica" como artículo y en alguna Editorial como folleto) aludimos sólo a una de ellas.

Si no se hace ninguna referencia significa que su fuente es el Archivo del Obispado de Talca.

3. Homogeneidad

Siendo la presente una publicación unitaria, hemos "homogeneizado" lo más posible todos los escritos en el aspecto formal: numeraciones al interior, ubicación material de las notas, sangrías, siglas.

4. Notas

Las hemos elaborado con el siguiente criterio:

—Ellas básicamente dan sólo datos positivos y no interpretaciones del contenido.

—El lector debe comprender que algunos datos muy familiares al lector chileno o al sudamericano no lo son para el europeo; otros que son obvios para el sacerdote o para el católico, no lo son para el resto. Teniendo esto en cuenta, hemos preferido excedernos en caso de duda.

—Presentamos en un todo las notas de los textos originales y las nuestras, por tratarse fundamentalmente de datos positivos, objetivos. En todo caso, para discernir unas de otras se puede ir a la fuente.

5. Datos biográficos

Los datos biográficos fundamentales aparecen en pág. 493.

6. Siglas

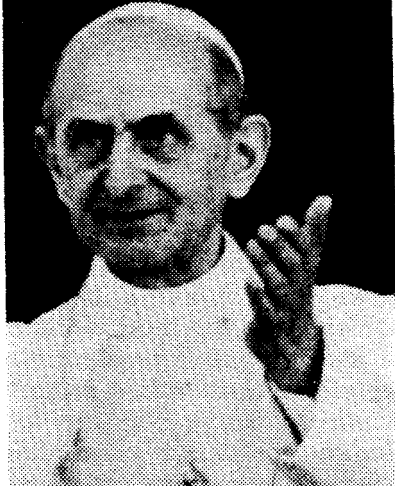
El significado de las siglas se encuentra en pág. 491.



SEGRETERIA DI STATO

N. 303.637

ADHESION DEL PAPA PAULO VI
EN 10º ANIVERSARIO DE LA MUERTE (1)
(22-VI-1976)



“Señor Obispo:

“El Santo Padre ha sabido con viva complacencia, como manifestó de palabra a Vuestra Excelencia, que la diócesis de Talca, y con ella toda la Iglesia en Chile, se prepara a conmemorar el décimo aniversario de la muerte repentina y prematura de Mons. Manuel Larraín que se prodigó ahí, durante más de 27 años, como Pastor solícito. Con este motivo me ha confiado el grato encargo de hacerme intérprete de su paterna participación al piadoso y significativo homenaje.

“La figura de Monseñor Larraín sigue viva en la memoria y en el corazón del Santo Padre, así como de todos cuantos lo trataron en vida y pudieron apreciar su gran personalidad, la finura y simpatía de su trato, su generosa dedicación, su talento vivaz y sobre todo su pasión por la Iglesia. Toda su vida, sus enseñanzas y su ejemplo constituyen una página memorable y emblemática en los anales del catolicismo no sólo en esa Nación, sino también en todo el continente latino-americano. En efecto, como Presidente del CELAM, desde 1964 hasta el momento de su trágica desaparición hace diez años, él vivió intensamente e irradió sabiamente la idea fundamental que dio vida a este organismo, enriquecido por las directrices conciliares, es decir, un servicio y una ayuda a las Conferencias Episcopales de las naciones de América Latina para que la Iglesia del Continente pudiese leer más claramente los signos de los tiempos, responder de manera más cumplida a las apremiantes instancias del pueblo de Dios, y ofrecer más copiosamente a los hombres ese suplemento de alma que brota del evangelio.

“En una frase lapidaria de la Carta a los Efesios, san Pablo sintetiza la vida y la misión de Cristo: ‘dilexit Ecclesiam et tradidit semetip-

(1) La adhesión del Papa a la conmemoración del 10º aniversario de la muerte de Mons. Larraín la concretó mediante la presente carta enviada el 15-VI por el Cardenal Secretario de Estado al actual Obispo de Talca, Mons. Carlos González Cruchaga.

"sum pro ea' (Efes. 5,25); no raras veces la sabia piedad de los fieles ha
"hecho de esta sentencia el epitafio glorioso de insignes pastores de al-
"mas. Leyendo el testamento pastoral de Mons. Larraín no se puede me-
"nos de pensar en tan sublime programa. El, en efecto, amó apasiona-
"damente y enseñó a amar a la Iglesia en la persona del Papa, de los
"Obispos, de los sacerdotes; en su fe, en su culto y en sus sacramentos
"a los que prestó una particular atención en el ejercicio de su misión
"episcopal, haciéndose propulsor también en el plano nacional, del mo-
"vimiento litúrgico; en su pueblo santo, manifestando su predilección por
"las categorías más necesitadas, los pobres, los obreros, los jóvenes; en
"su eterno y siempre actual patrimonio de doctrina, que él predicó incan-
"sablemente, asociando a su acción pastoral a numerosísimos apóstoles
"del clero, de los religiosos y de los seglares por él formados. El honró
"y sirvió a la Iglesia y enseñó a honrarla y a servirla con el ardiente tes-
"timonio de la palabra, la abnegación de un compromiso generoso y sin
"límites, la responsabilidad del sacrificio personal, participando con en-
"tusiasmo en sus alegrías y compartiendo íntimamente sus ansias y su-
"frimientos al verla incomprendida, malentendida, combatida, contesta-
"da y perseguida en su obra de evangelización y de salvación. 'Quiero que
"mi última palabra —escribe en su mensaje final— sea para la Iglesia,
"el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he visto y encontrado a
"Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte
"como supremo holocausto por ella'.

"En su Encíclica 'Populorum Progressio' el Santo Padre se refirió
"a una carta pastoral de Monseñor Larraín (AAS Vol. LIX - p. 273, n. 32
"nota 33) sobre el desarrollo y la paz. Aunque muchas situaciones han
"cambiado durante estos últimos años en la Iglesia y en el mundo, el
"pensamiento del llorado Prelado permanece como una fuente de genuina
"inspiración para la actividad social de los cristianos, que fue una de las
"constantes preocupaciones de su ministerio y que tal permanece ya que,
"por encima de situaciones y vicisitudes contingentes que lo inspiraron,
"brota de un auténtico sensus Ecclesiae, reconocible incluso cuando su
"discurso asume las vibraciones existenciales del momento. En efecto,
"para él, los cristianos —y de manera particular los sacerdotes, los reli-
"giosos y las religiosas— pueden prestar su calificado servicio a los her-
"manos en favor de la promoción humana, de la justicia y de la paz, y
"pueden ser luz del mundo y sal de la tierra sólo si aman y en la medida
"en que amen profundamente a la Iglesia y vivan plenamente su comu-
"nión.

"Aprovecho la presente oportunidad para expresarle, Señor Obis-
"po, el testimonio de mi sincera consideración y devota estima en Cristo".

+ J. Card. Villot

LA IGLESIA EN SU VIDA INTIMA

TOMO I

I.

LA IGLESIA EN SU MISION

TESTAMENTO PASTORAL (1)

Al Clero y Fieles de mi Diócesis de Talca:

Os dejo en estas líneas mi testamento pastoral, ellas os hablarán después de mi muerte, mis supremos anhelos, mis paternas consejos.

Muero en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a la que he tratado siempre de servir. Renuevo mi adhesión plena al Romano Pontífice, Vicario de Cristo y a las enseñanzas, leyes y disposiciones de la Santa Sede que he procurado fielmente cumplir. Quiero que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he vivido y he encontrado a Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella. "Pro Corpore ejus, quod est Ecclesia" ("Por su cuerpo que es la Iglesia").

Os doy tres recomendaciones. En ellas sintetizo todo lo que quisiera decirlos:

1º Amad la Iglesia. Amad al Papa. Es el "dulce Cristo en la tierra". Quisiera que la Diócesis de Talca, en cuya Catedral se guardan las cenizas de Monseñor Cienfuegos, el primer Embajador de Chile ante la Santa Sede, se destacara siempre por su devoción al Romano Pontífice. "Ubi Petrus ibi Ecclesia". ("Donde está Pedro, allí está la Iglesia").

Amad a vuestro Obispo. No importa quién sea. Es vuestro maestro, vuestro Pontífice y vuestro Pastor. Es el sucesor directo de los Apóstoles. La fidelidad al Obispo es fuerza, gracia y bendición. "Estadle unidos como la cuerda al arco de la cítara". No discutáis sus enseñanzas, no criticéis sus actuaciones, no os alejéis de su acción. "Ipsi enim pervigilant quasi ratione pro animabus vestris reddituri". ("Pues ellos están vigilantes, porque tienen que dar cuenta de vuestras almas").

Amad a vuestros sacerdotes. Son los enviados del Obispo. Los ministros de Dios. Los otros Cristos. Formad alrededor de ellos un rebaño

(1) El "Testamento Pastoral" resume la mente y expresa los grandes móviles del corazón de Monseñor Larraín.

Largamente madurado en la oración, la reflexión, el estudio y la experiencia, fue esbozado ya en 1946 en otra versión, cuyo manuscrito transcribimos en el 2º volumen.

Ha sido ampliamente publicado en los medios de comunicación católicos de Chile. Sirvió de inspiración a la importante homilía que pronunció el Cardenal Silva Henríquez el 22 de junio de 1976 en Talca.

Lo proponemos, por eso, como artículo introductorio a su pensamiento sobre la Iglesia en su vida íntima.

amante y fiel. Respetad su misión. Apreciad sus sacrificios. Sed tolerantes para con las imperfecciones humanas que puedan tener.

Amad a los Seminaristas. Son la esperanza de la Diócesis. Son el futuro de la Iglesia talquina. Son las semillas de evangelización. Enviad vuestros hijos al Seminario. No estorbéis sus vocaciones. Formad un ambiente vocacional. Sin seminaristas no habrá Sacerdotes. Sin Sacerdotes no habrá Sacramentos. Sin Sacramentos no habrá vida cristiana.

Amad las obras de la Iglesia. A través de ellas se ejerce su misión pastoral. Colaborad. No seáis católicos pasivos. Todo lo que es de la Iglesia debe interesarnos.

2º Defended la Iglesia: Con el testimonio de vuestra vida. El peor enemigo de la Iglesia son los malos católicos. Con el valor de proclamados siempre católicos, "no os avergoncéis del Evangelio de Cristo".

Con la firmeza de vuestros principios. Los principios no se ceden. Defended la Iglesia con la integridad de vuestro pensamiento cristiano. Hay que conocer cada vez más a fondo la verdad que profesamos.

Defendedla con la pureza de vuestras costumbres. "No os dejéis vencer por el mal, sino que venced al mal con el bien". Que el paganismo del ambiente no os contamine. Cerrad la puerta a las lecturas, grabados, conversaciones, espectáculos o modas que degradan vuestra dignidad cristiana.

Defended la Iglesia defendiendo la familia. Todo conspira contra ella. Guardad la fidelidad del amor cristiano. Apreciad el don de los hijos. Educadlos cristianamente. Haced de vuestros hogares un templo y una escuela.

3º Sed misioneros de la Iglesia: La Iglesia es el misterio de Cristo prolongado. Hay que hacerlo llegar a todos. Cada católico ha de ser su apóstol. Hay que irradiar la Iglesia. Amarla y hacerla amar. Vivir su misterio y hacerlo vivir.

Tres cosas quisiera especialmente deciros a este respecto.

Orad con la Iglesia: La oración es la voz de la esposa. Su clamor llega hasta Dios. Trabajad todos, sacerdotes y fieles, para dar a la Liturgia de la Iglesia su lugar en la vida cristiana. Para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia. He tratado modestamente de luchar por la vida litúrgica. Quiero que mi última palabra sea para que sigáis adelante en esta empresa: "propter Sion non tacebo et propter Jerusalem non quiescam". ("Por el amor de Sión no callaré y por Jerusalén no descansaré").

Trabajad con la Iglesia: La Acción Católica es la gran necesidad de hoy. Muchos y santos sacerdotes, sí, pero muchos y apostólicos seglares también. Para transformar los ambientes necesitamos apóstoles de ellos. Es la inmensa tarea del laicado católico a que la Iglesia llama a todos, el equipo sacerdote-laico es el equipo apostólico de hoy.

Sufrid con la Iglesia: La Iglesia tiene hoy un sufrimiento especial: el alejamiento de la clase obrera de ella. Hay que hacer que retorne. La

Iglesia tiene su doctrina social. Debe enseñarse con valentía. Debe aplicarse con decisión. Muchos no me han comprendido en esta posición. Han creído que hacía política o demagogia.

Ante la majestad de la muerte, afirmo que no he hecho ni lo uno ni lo otro. He cumplido con un deber de Iglesia; trabajar porque cese "el gran escándalo del siglo XX". Porque la clase obrera retorne al seno de su Madre que les aguarda.

Estos han sido mis tres grandes ideales: la liturgia, la Acción Católica y el Problema Social. En los tres he buscado una sola cosa: servir, amar y trabajar por la Iglesia.

Os dejo como legado el continuar esta tarea.

Cierro este testamento con un perdón, una bendición y una súplica.

Perdono a todos los que me han criticado. Pido al mismo tiempo perdón por si involuntariamente a alguien he ofendido.

Bendigo paternalmente a mis Sacerdotes, Religiosas, Seminaristas y Fieles. El Señor los colme de sus gracias y los haga santos.

Suplico oraciones. Pedid por mí. Yo rogaré siempre por vosotros.

Mi espíritu velará siempre por esta Diócesis amada.

Quiero que mis restos descansen en mi Catedral, en medio de vosotros.

Os aguardo en el cielo a donde, por la misericordia de Dios espero llegar.

Benedictio Dei Omnipotentis † Patris † et Filii † et Spiritus Sancti, descendat super vos et maneat semper.

+ Manuel Larraín E.
Obispo de Talca

TRASCENDENCIA DE LA IGLESIA (1)
(1952)

Sentir con la Iglesia ha sido el tema escogido como central para el Plan de trabajo de la Acción Católica en el presente año.

Y se ha escogido con razón.

La necesidad más urgente para el católico es la de conocer su Iglesia y sentir con ella.

Esto significa, entre otras cosas la posición de la Iglesia ante el mundo actual.

Para ello debemos evitar dos extremos en los cuales fácilmente la visión de la Iglesia puede obscurecerse o perderse: el confusionismo y el separatismo. Ni el identificar la Iglesia con ninguna institución humana, ni el apartarla de los problemas temporales a los cuales debe infundir su espíritu.

Aparente paradoja, que se resuelve pensando en la trascendencia de la Iglesia.

Así como Dios trasciende todas las creaturas, así la Iglesia no se confunde con ninguna de las realidades temporales o humanas que encuentra en el curso de la historia. Ninguna civilización, ningún siglo, ninguna nación, ningún partido, podrían apropiársela.

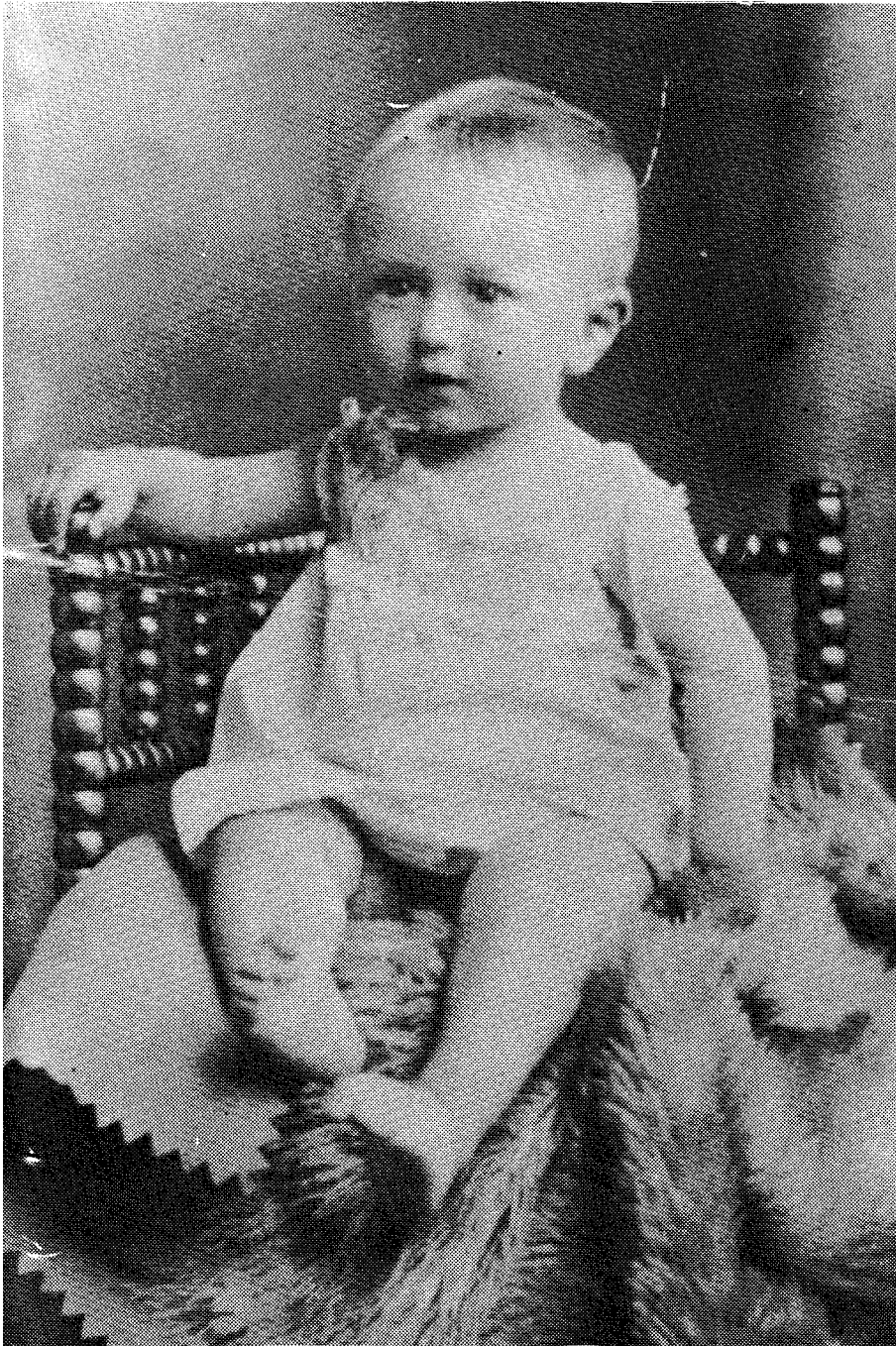
Los católicos deben por la palabra y por la acción probar esta trascendencia de la Iglesia. Al obrar como católicos, es decir como miembros de la Iglesia, deben demostrar con su actitud que la Iglesia no es propiedad ni de partidos ni de clases determinados, sino la "Católica", es decir, la UNIVERSAL en el tiempo y en el espacio.

Este deber es especialmente urgente en nuestro siglo en que el ritmo de la historia se acelera, en que cambios rápidos, e insospechados antes conmueven las instituciones y las costumbres, y en que, como consecuencia necesaria de estos hechos, las divisiones sociales y políticas se hacen más agudas y violentas.

Un trabajo importante del Cristianismo de nuestro siglo está en desvincular a la Iglesia de solidaridades ficticias con formas sociales pasadas, intereses de clase o estructuras económicas que poco o nada tienen que ver con ella.

Pero aquí, los católicos, deben guardarse de caer en otro confu-
sionismo peligroso; para desvincular a la Iglesia de formas de civilización

(1) *Ecclesia*, Santiago de Chile, N° 6, pág. 1-3.



"Manuelito", a los 6 meses

ya pasadas se corre el riesgo de solidarizar con nuevas formas históricas, que, como todo lo humano, están sujetas a la ley inexorable de la caducidad.

Así como la Iglesia no se identifica con el mundo burgués, tampoco puede identificarse con el mundo obrero. Del mismo modo que la Iglesia no se identifica con la derecha económica y social, tampoco puede identificarse con la izquierda.

Si la Iglesia no se siente solidaria con el capitalismo y lo condena en su realización histórica, esto no significa que adhiera ni remotamente a un orden inspirado por el comunismo.

La Iglesia es y debe permanecer libre y trascendente. Ella es el reino de Dios que avanza entre las oscuras aguas de la historia. Su misión supera las civilizaciones, las estructuras humanas, las instituciones, las corrientes de opinión en que los hombres se dividen.

“La figura de este mundo pasa” (2) escribió Pablo de Tarso y la Iglesia tiene metas y promesas de eternidad. Con razón en el siglo XV. S. Hilario de Poitiers (3) escribió que “nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia”.

Cada vez que queremos ligarla a una estructura económica, a una forma histórica, a una clase o a un partido, empequeñecemos y desfiguramos su verdadera fisonomía.

“La Iglesia no tiene por fin el impedir que este mundo pase, sino el santificar un mundo que pasa” (4).

Sentir con la Iglesia es esforzarnos por apartar de ella, todo confusiónismo y toda solaridad que empañe o limite la misión universal y eterna que Cristo le ha asignado.

Pero es necesario, al mismo tiempo, notar que este anhelo de evitar confusión entre la Iglesia y las diversas formas temporales a las cuales los católicos adhieren, no debe desembocar, lo que sería otro error, en una especie de separatismo cristiano, en una ruptura total entre lo espiritual y lo temporal, entre la moral y las técnicas políticas, económicas y sociales, entre la Iglesia y el mundo.

“Lo temporal es una realidad herida que amar con amor redentor... El cristiano debe amar lo temporal como algo que debe ayudarlo a alcanzar a Dios” (5).

El Cristianismo se basa en el Misterio de la Encarnación. El Verbo de Dios se ha humanado y toda la creación ha sido asociada al plan redentor de Jesús.

(2) *1 Co. 7, 31.*

(3) Poitiers S. Hilario de. Nace hacia 315, Orador, Bautizado en el 345. Obispo en 353. Compose el *Tratado de la Sma. Trinidad*. Escribe contra el Emperador. Muere en 367.

(4) Gilson Etienne. Filósofo francés, contemporáneo, especializado en filosofía medieval.

(5) Mouroux J., *Le sens chrétien de l'homme.*

Lo espiritual y lo temporal son diversos, cada uno es autónomo en su propia esfera. Pero no están separados. Lo espiritual debe animar lo temporal. Lo que importa es que cada uno permanezca en la esfera que le es propia.

La Iglesia tiene la misión de orientar lo temporal hacia su finalidad suprema. Ella cumple esta misión, tal como el Señor se la señaló, "dando al César lo que es de César" (6) y reivindicando para Dios lo que es de Dios.

Para ejercer su misión ella tiene un poder espiritual y no temporal. Ella es fermento por el pensamiento y la acción. Ella aporta a la construcción de la ciudad terrestre no sólo la luz de su doctrina y de su moral, sino la fuerza de su Caridad en acto. Y en este terreno las perspectivas que contempla y la finalidad que busca son siempre sobrenaturales. Si condena un régimen económico, político o social, no es tanto en su misma técnica material sino en lo que dice relación con la dignidad de la persona humana y de su destino sobrenatural.

El católico, si quiere vivir la realidad de su Iglesia, tener el sentido de la Iglesia, debe evitar todas las simplificaciones exageradas y todas las imaginaciones que convierten las necesarias distinciones en separaciones.

El olvido o el oscurecimiento de lo que la Iglesia es, lleva a católicos de buena voluntad, pero mal ilustrados a confusiones o a separaciones peligrosas. Unos quieren unir la Iglesia al Partido de sus preferencias, otros quieren considerar la política como totalmente separada de la moral, y lo temporal independiente de lo espiritual. Ambas posiciones son erróneas y ambas nacen del olvido de la trascendencia de la Iglesia y de su misión redentora universal.

Ni confusionismo, ni separatismo. Libertad de la Iglesia y libertad de los cristianos.

El orden temporal y el espiritual debidamente distinguidos, pero también debidamente armonizados.

Sólo así podremos comprender la misión apostólica que el cristianismo debe realizar en nuestro tiempo.

Presente en todas partes, pues nada de lo que es humano le es extraño; permanece, sin embargo, libre. Siente los problemas de su ambiente en el cual vive y actúa, pero trasciende en su acción esos mismos ambientes con los cuales no se hace plenamente solidario.

Paradoja eterna del cristianismo; estar en el mundo y no ser del mundo. Trascendencia de nuestro apostolado que se orienta hacia el reino de Dios e inmanencia del mismo que se realiza en el marco histórico y humano en que el Señor lo ha hecho vivir.

Para ello el cristiano sabe que su acción es eficaz en la medida en que los medios correspondan a su fin. Un orden social inspirado por el cristianismo tiene que lograrse por medios cristianos; es decir, verdaderos, justos, y animados por la Caridad.

(6) Mt. 17, 21.

Todo lo que contradiga a estos medios, hace imposible lograr el fin que se dice pretender.

Tener el sentido de la Iglesia es ni comprometerla con nuestras opiniones y pasiones humanas, ni prescindir de la enseñanza de su magisterio oficial en nuestras soluciones.

Un orden cristiano se hará por medios auténticamente cristianos o no se hará.

Sobre el "barro de la tierra" (7), dice el Génesis, Dios infundió el soplo de vida, y el hombre fue creado.

Sobre las realidades terrestres, la Iglesia sigue infundiendo el mismo soplo de vida divina.

Amemos nuestra Iglesia, donde lo humano sube hasta Dios y donde El desciende hasta el hombre. Y sepamos en ella, ni separar lo humano del soplo divino que sería "extinguir el Espíritu", ni confundir lo humano con lo divino, que sería aprisionar al mismo Espíritu.

Ni confusiones ni separaciones. Libertad de la Iglesia y libertad de los cristianos para ser en medio de este mundo nuevo, los testimonios de Cristo, y los actores que con medios dignos del cristiano construyan la Ciudad futura.

(7) Gn. 2, 7.

EL AMOR DE LA IGLESIA (1)

Amados hijos:

celebramos hoy la fiesta de Pentecostés. Se cumple en ella la promesa de Jesús, de enviar al Espíritu Santo para consumir su obra. Cristo con ello otorga a la humanidad su don más precioso: la Iglesia.

Pentecostés es el nacer de la Iglesia. Desde ese día, Ella tiene un alma que une a los miembros del Cuerpo Místico con su Cabeza, Cristo, pues el Espíritu Santo es el que la anima, la impulsa y la vivifica.

Por eso en esta fiesta del Espíritu Santo, que nos transporta al nacer de la Iglesia, quiero hablaros de un tema que juzgo de especial importancia: *el amor del católico a su Iglesia.*

1) La Iglesia es la familia de los hijos de Dios. Los que siguen a Cristo forman esa familia sobrenatural. La Iglesia es el misterio de la

(1) Carta pastoral de Mons. Larraín, Obispo de Talca y Administrador apostólico de Linares, al clero y fieles de sus diócesis.

Redención que avanza en el tiempo. En la Iglesia y por ella, participamos del misterio de la Redención. Amar a Cristo es amar a la iglesia. La tradición cristiana nos expresa esa verdad por boca de san Cipriano en su tratado *"de Unitate"*: "No puede tener a Dios como Padre, dice, quien no tiene a la iglesia como Madre". Pretender separar a Cristo de su Iglesia, es desconocer el misterio de la Redención. Cristo vino a salvar a los hombres. A instaurar una nueva humanidad. A conducir al Padre la familia de los hijos de Dios. A establecer un reino de gracia y de vida divina. Esa misión El la confió a su Iglesia. Por ella los hombres se reúnen en la comunidad cristiana para alcanzar la salvación.

2) Esa Iglesia fundada por Cristo, se encuentra establecida por designio divino sobre la Jerarquía, palabra que significa "orden sagrado". La Jerarquía ha sido enviada por Cristo a continuar su obra: "Como el Padre me envió, así yo os envió" (2). Todo miembro de la Jerarquía es, como san Pablo dice: "un Embajador de Cristo". Quien ama a Cristo, ama a la iglesia. Quien ama a la iglesia, ama y respeta a su Jerarquía. Jesús le transmitió sus poderes. Es a los Apóstoles y a sus Sucesores, a quienes Cristo dice: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra... Id y predicad... bautizad... Enseñad a cumplir lo que os he mandado" (3). La Jerarquía tiene el mandato expreso de Cristo, el poder de enseñar, de santificar y de dirigir. La Jerarquía es ante todo el Papa, Vicario de Cristo, sucesor de S. Pedro, primado de la Iglesia, sobre el cual todo el edificio sobrenatural se afirma y consolida.

Amar a la iglesia es amar al Papa. Es oír su palabra, cumplir sus mandatos, seguir sus consejos, ser dócil a sus directivas, respetar a su Representante. Donde está Pedro ahí está la Iglesia (4), y donde está la Iglesia, ahí está el Espíritu de Dios". La Jerarquía son sus Obispos. Amar a la Iglesia es amar a los Obispos.

"Son los sucesores directos de los Apóstoles, dice el Código de Derecho Canónico, y por institución divina están colocados a la cabeza de las Iglesias particulares que gobiernan con poder y ordenan bajo la autoridad del Pontífice romano" (5).

Han recibido la plenitud del sacerdocio y con ella la triple misión de evangelizar, apacentar y conducir el rebaño espiritual, que como a legítimos pastores les ha sido confiado. El Obispo es sucesor de los Apóstoles. El Episcopado continúa y prolonga el ministerio apostólico.

Amar a la Iglesia es amar al Obispo que rige la Diócesis a que cada uno pertenece. Es posponerse sobre los sentimientos personales y ver en el propio Pastor a aquél que al decir de S. Pablo "vigila y custodia como quien tiene que dar cuenta de nuestra alma" (6).

(2) *Jn.* 20, 21.

(3) *Mt.* 28, 18-19.

(4) Ambrosio, San.

(5) *I. C.* 329.

(6) *Hb.* 12, 17.

Amar a la Iglesia es amar al sacerdote, ministro de Cristo, dispensador de sus gracias y fuente de vida sobrenatural para nuestras almas. Es amar al Párroco, que por mandato del Obispo, guía y apacienta esa comunidad cristiana que constituye la parroquia. Amar a la Iglesia es amar sus congregaciones religiosas que trabajan arduamente en diversos campos por la extensión del Reino de Dios entre los hombres. Amar a la Iglesia es amar la Acción Católica, por la cual los laicos colaboran al apostolado jerárquico y son en el mundo actual simiente fecunda de cristianización de los ambientes. No puede decirse que ama la Iglesia quien no la ama en concreto, y no expresa su amor a ella en la forma en que Cristo mismo la constituyó y ordenó.

3) Pero, preguntarán vosotros ¿es necesario hablar del amor a la Iglesia?, ¿no es algo tan connatural a nuestra vida cristiana, que no puede concebirse un católico que no profesa hacia Ella esos sentimientos? La debilidad de la fe que hoy hace que muchos no vean las realidades invisibles que en el misterio de la Iglesia se encierran, las concepciones no siempre exactas que sobre la misma Iglesia se tienen, y sobre todo, amados hijos, la soberbia humana que gusta de juzgar aún las instituciones religiosas bajo el propio criterio, hace que con frecuencia se produzcan actitudes que revelan un amor muy tibio o muy teórico hacia la Iglesia, y es deber nuestro el corregir tales males. Por eso os hablo.

4) Amar la Iglesia, es además, aceptar gustosos y llenos de veneración las funciones que la Jerarquía desempeña. Los Apóstoles recibieron la misión de enseñar. Cristo resumió su misión en estas palabras: "Para esto he nacido y para esto he venido; a dar testimonio de la verdad" (7). La Jerarquía tiene el poder de magisterio. Hay una Iglesia docente que enseña, el Papa y los Obispos. Hay una Iglesia discente que es enseñada; los fieles.

"Los que son llamados a enseñar, dice Pío XII, ejercen en la Iglesia el oficio de maestros no en su nombre propio, ni a título de ciencia teológica, sino en virtud de la misión que han recibido del magisterio legítimo" (9).

Este magisterio tiene un doble aspecto: guardar intacto el depósito de la fe y transmitirlo a los fieles. La Jerarquía, el Papa y los Obispos, son los custodios de la verdad. Los fieles tienen ante esta misión un deber: ser dóciles a las advertencias que muchas veces los pastores deben dar, y no invadir el campo de los legítimos maestros constituyéndose ellos en jueces de sus propios hermanos en la fe. Es fácil encontrar católicos que sin ciencia teológica, ni misión divina dictaminan y anatematizan en materias que corresponden a los Obispos, que al decir de la Sgda. Escritura

(7) *Jn.* 20, 21.

(8) 31 de mayo, 1954.

(9) *Hch.* 20, 28.

“han sido puestos por el Espíritu Santo a regir la Iglesia de Dios” (9). El Código Canónico, resume en estas palabras esa función:

“Los Obispos son, bajo la autoridad del Romano Pontífice, los verdaderos doctores y maestros de los fieles confiados a sus cuidados”.

Amar la Iglesia es recibir toda la enseñanza que de ella viene. La que nos da sobre el dogma y sus aplicaciones en la vida. La que nos imparte sobre la moral y sobre las reglas de conducta que de ella se derivan. La que nos da sobre los problemas sociales y su solución justa y cristiana en nuestra patria y en el mundo.

¡Cuántas veces, amados hijos, vemos aún en el campo católico negar a la Iglesia su competencia en estas materias! Parece que hubieran olvidado las palabras de Su Santidad Pío XII el 29 de abril de 1945, quien decía: “La doctrina social es clara en todos sus aspectos, es obligatoria, nadie puede apartarse de ella sin peligro para la fe y para el orden moral”. Amar la Iglesia es comprender la función santificadora que ella realiza entre nosotros. No ver sólo su aspecto interno sino mirar cada una de sus acciones como otros tantos gestos que continúan el sacerdocio eterno de Cristo. Es amar y venerar al sacerdote que realiza, no por méritos propios, la función sublime de distribuir la gracia de Cristo a nuestras almas. El episcopado y clero necesitan para cumplir su misión, del respeto y filial colaboración de los fieles. La descristianización de un pueblo se mide por la mayor o menor estimación y afecto con que rodea a sus sacerdotes. Amar la iglesia es amar su liturgia, participar a su oración oficial, seguirla a través del año eclesiástico en los diversos sentimientos que la inspiran y en la renovación viviente del misterio de Cristo que continúa. Amar la Iglesia es amar las instituciones y obras apostólicas que ella impulsa. El católico no es un miembro pasivo en la Iglesia; tiene en Ella una función apostólica activa. Desinteresarse de ésta, es como desertar de la gran empresa apostólica que Cristo le ha confiado. Hay católicos que prestan su actividad y colaboración a diversas obras neutras y la niegan a las obras de la Iglesia.

La Acción Católica, las obras educacionales, la caridad a los necesitados; las instituciones económico-sociales que la Iglesia promueve, han de encontrar de parte del católico una asidua, constante y efectiva cooperación. Si no se interesan por las obras de la Iglesia, si jamás cooperan en ninguna forma a ellas ¿cómo pueden decir que aman a esa Iglesia?

Hay, amados fieles, en este campo cosas muy tristes que decir y que revelan que muchos católicos sólo se acuerdan de la Iglesia cuando necesitan sus servicios, pero no la sirven y la aman con el interés y solicitud que un buen hijo tiene para con su Madre.

5) Amar la Iglesia, es amar los miembros que la componen: nuestros hermanos en la fe y en la gracia. No juzgar sus intenciones. Respetar

(10) I. C. 1326.

sus propias opiniones en tantas materias en que a los católicos les es lícito discrepar. Permanecer unidos en la caridad. La unión de los miembros de la Iglesia fue la suprema plegaria de Cristo antes de dejar la tierra: “que sean uno, así como tú, Padre y yo, somos uno” (11). Pero esa unión que Cristo implora, admite la diversidad. No es lícito pretender que en materias opinables exista unidad, y menos aún es lícita en nombre de esa pretendida unidad faltar a lo que constituye la base de la verdadera unidad: el respeto a la opinión ajena y el fraterno afecto que, más allá de las opiniones personales, debe a todos estrecharnos en una misma familia espiritual. “Uno es el Señor, una es la fe, uno es el Bautismo” (12). Hay una caridad que es necesaria en la fe y defensa de la Iglesia. Hay una diversidad que es permitida en las materias contingentes, opinables y temporales. Hay una caridad que es obligatoria para todos nuestros hermanos y para todas sus actividades.

6) Amar la Iglesia es amarla íntegra en su desarrollo histórico; en su pasado que nos da el sentido auténtico de su tradición, en su presente que nos da el sentido de su historia, en su destino definitivo al final de los tiempos, que nos da la verdadera medida de su acción. “Cristo ayer, hoy y en los siglos” (13), dice el Apóstol Pablo. Igual cosa hemos de repetir de la Iglesia, que es la continuadora de Cristo. La Iglesia de ayer, es la de las catacumbas y el martirio, la de los grandes expositores de la verdad, la del crecer a través de todo el orbe conocido. Es la Iglesia que no se abraza al Imperio Romano que cae y va al encuentro del mundo bárbaro para darle su Evangelio y enseñarlo a “adorar lo que han quemado y a quemar lo que han adorado”. Es la Iglesia de las Catedrales medioevales, de las Sumas Teológicas, la de Tomás de Aquino y del Dante. Pero es también la Iglesia del Renacimiento que sabe comprender las vueltas de la historia y darle un alma a una nueva edad que nace.

Es la Iglesia que enfrenta al mundo moderno para comprender sus inquietudes, sentir sus dolores y remediar sus males. Es la Iglesia que comprende el progreso técnico y le da el suplemento de alma que necesita. Es la Iglesia que ante dos concepciones materialistas de la economía y de la sociedad, le da su ordenación justa y cristiana en sus Encíclicas sociales. Es la Iglesia, que ante un mundo nuevo que nace, quiere darle la inspiración eterna del Evangelio. La Iglesia eterna. Es la que mira la historia que pasa y ve que ella va trazando el plan definitivo de Dios. Es la Iglesia proyectada hacia el fin de los tiempos. Es la Iglesia del Reino de Dios, que avanza hacia su realización definitiva: la venida del Hijo de Dios en el “día del Señor”. Amar la Iglesia es amar su historia pasada, presente y futura. Es, no refugiarse en la nostalgia de algún tiempo ideal que nunca ha existido, sino en la realidad en que Cristo mismo la constituyó; Iglesia de Cristo, animada de su Espíritu, pero formada por hombres. Con toda la fuerza y santidad de Dios, y con todas las limitaciones

(11) *Jn.* 17, 17 .

(12) *Ef.* 4, 5.

(13) *Hb.* 13, 8.

que el elemento humano lleva consigo. Es la Iglesia que no se liga a lo pasajero y caduco y no se abraza a otro cadáver que el de Cristo, la que siente siempre como consigna suprema la palabra del Maestro “Duc in altum” (14), avanza mar adentro y mientras “pasa la figura de este mundo” (15), ella camina en el tiempo hacia la eternidad.

7) Amar la Iglesia, es amarla en sus Santos y en sus héroes que alcanzan el ideal que Cristo les traza, y amarla en sus pecadores, que entre miseria y caídas buscan sin embargo la meta definitiva de Dios. Hay quienes sueñan en una Iglesia totalmente espiritual, lo que sólo sucederá al final de los tiempos, y se escandalizan farisaicamente ante las deficiencias humanas que en ella existen. Hay quienes alientan una posición de continua crítica hacia la Iglesia, a veces fundada y muchísimas otras injusta, y se olvidan que precisamente son las mismas miserias humanas las que mejor hacen resaltar su fisonomía divina. La Iglesia fue anunciada en el Evangelio como la red que es echada al mar y congrega a toda clase de peces, buenos y malos, pero que al llegar a la otra ribera, se hizo la debida separación.

8) Amar la Iglesia es no apartarla de su fin de salvadora de la humanidad. Eso significa servir a la Iglesia y no servirse de Ella. No quererla reducir a nuestras concepciones estrechas, a nuestros intereses mezquinos, a nuestras ambiciones temporales. Recuerden que como Cristo dijera de sí mismo, “el Hijo del Hombre no ha venido a condenar al mundo sino a que el mundo sea salvado por él” (16), así la Iglesia ha sido colocada para salvar “la oveja que había perecido de la Casa de Israel” porque “habrá más alegría en el Reino de los cielos por el pecador que se convierte, que por los 99 justos que perseveran” (17). Amar la Iglesia no es tratar de arrojar de ella a los que le pertenecen, ni cerrarle la puerta a los que están fuera, sino acordarnos que la Iglesia es Madre y que sus brazos están siempre abiertos para acoger a toda la humanidad. Y porque su misión tiene la misma amplitud que la de Cristo, amar la Iglesia es amar a todos los hombres para llevarlos por medio de ella hasta Dios. Hermosamente lo decía hace poco el gran Arzobispo de Milán, Mons. Montini (18):

“Amaremos a los que están junto a nosotros y amaremos a los que están alejados. Amaremos a nuestra patria y amaremos la de los demás. Amaremos a nuestros amigos y amaremos a nuestros enemigos. Amaremos a los católicos y amaremos a los cismáticos, a los protestantes, a los anglicanos, a los indiferentes, a los musulmanes, a los paganos y a los ateos. Amaremos a todas las clases sociales, pero sobre todo a las que tienen más necesidad de ayuda, de socorro, de promoción. Amaremos a los niños y a los ancianos, a los

(14) tr.: “Conduce mar adentro”.

(15) *1 Co.* 7, 31.

(16) *Jn.* 3, 17.

(17) *Lc.* 15, 7.

(18) Futuro Pablo VI.

pobres y a los enfermos. Amaremos a aquellos que se burlan de nosotros, a los que nos desprecian, a los que están contra nosotros y nos persiguen. Amaremos a los que merecen ser amados y a los que no lo merecen. Amaremos a nuestros adversarios; son hombres y no queremos tener a nadie como enemigo. Amaremos nuestra época, nuestra civilización, nuestra técnica, nuestro arte, nuestro deporte, nuestro mundo. Amaremos, esforzándonos por comprender, compadecer, estimar, servir, sufrir. Amaremos con el corazón de Cristo: "Venid a Mí, todos..." (19). Amaremos con la plenitud de Dios: "así amó Dios al mundo..."(20).

9) Amar la Iglesia es amarla en sus tribulaciones y combates. Hay una Iglesia del "silencio" que sufre tras la cortina de hierro y de bambú. Sepamos ofrecer a nuestros hermanos perseguidos el homenaje de nuestra comprensión afectuosa y fraternal. Hay una lucha sorda que trata de eliminar la acción de la Iglesia de todas las actividades humanas, comenzando por la educación y el hogar. Sepamos ser apóstoles para llevar a los diversos ambientes el mensaje y la presencia redentora de la Iglesia. Hay un paganismo del vivir, un desprecio práctico de la moral cristiana, una condescendencia con el mal que aún en ambientes llamados cristianos va imperceptiblemente penetrando. Sepamos ser testigos de lo que el nombre de católico significa y dar con nuestra vida el testimonio del estilo auténtico cristiano del vivir que la Iglesia nos impone.

Amados hijos, muchas cosas más podría deciros en este día de Pentecostés sobre el amor que debemos a la Iglesia, pero el tiempo no lo permite. Quiero terminar con tres consejos paternales: conoced la Iglesia, su verdadera fisonomía, su misión redentora, su constitución divina, sus obras, su expansión misionera apostólica, sus anhelos, su finalidad sublime. Amad la Iglesia, su Jerarquía, sus fieles, sus inquietudes apostólicas, su influencia misionera. La falta del sentido jerárquico es el más grave mal que hoy sufrimos. La crítica, la independencia o la falta de respeto a la Jerarquía, son signos inequívocos de no amar a la Iglesia y de no observar hacia ella la conducta que distingue al buen católico del que no lo es. Para los Apóstoles y sus sucesores, los Obispos, fueron dichas las palabras de Jesús: "Quien a vosotros oye a mí me oye; quien a vosotros desprecia a mí me desprecia. Quien me desprecia a mí, desprecia a aquél que me envió" (21). Servid a la iglesia participando a su apostolado, colaborando y manteniendo sus obras, siendo miembros activos de la comunidad parroquial.

Conocer la Iglesia es penetrar en el plan salvador de Dios. Amar a la Iglesia es amar a Cristo y su obra. Servir la Iglesia es trabajar por el reino de Dios entre los hombres. Que esta festividad de Pentecostés os haga crecer en el amor a la Iglesia es el voto que paternalmente formula vuestro Obispo, que os bendice de corazón en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(19) *Mt.* 11, 28.

(20) *Jn.* 3, 16.

(21) *Lc.* 10, 16-17.

CARACTERÍSTICAS DE UNA CATEQUESIS MISIONERA (1) (1961)

I. Fuentes bíblicas

Catequesis y misión. Dos conceptos que, para señalar sus características fundamentales, es necesario remontarse hacia sus fuentes.

A la luz de la revelación vemos la riqueza divina que estas dos palabras encierran.

El recuerdo, aunque breve de su origen, nos dará su sentido profundo y las líneas fundamentales que deben orientar nuestro trabajo.

El anuncio y la preparación de la misión divina preside la economía del Antiguo Testamento. Todo él se orienta hacia la instauración del reino mesiánico, la expectación "del que ha de venir" (2), la llegada "del día del Señor" (3).

"La plenitud de los tiempos" (4) y con ella la divina misión de Cristo encuentra su prueba más alta en "que a los pobres se les anuncia la Buena Nueva" (5).

La vida de Cristo, en consecuencia, puede resumirse en dos palabras: Evangelio — Kerigma — La proclamación de la Buena Nueva.

Jesús mismo es la Buena Nueva. En él las profesías se cumplen, las figuras desaparecen, el reino de Dios comienza. El mismo lo proclama en su primera predicación: "hodie impleta est haec scriptura" (6). Hoy, en la Sinagoga de Nazareth, la profecía de Isaías se ha convertido en realidad.

La vida pública se inicia, y con ella los fundamentos del reino. La elección de los Doce tiene como finalidad primera la misión. Son los "enviados" a proclamar "la palabra de salvación".

Después de la Resurrección, los apóstoles recibirán la misión definitiva, que es la consagración de la primera.

Pero esa misión añadirá una nueva nota: su universalidad. Esta será triple: universalidad del mensaje, del tiempo y de la historia. Porque la

(1) Extraído de *Pastoral Popular*, (64), p. 3-17.

(2) *Ap.* 1, 4.

(3) *1 Co.* 3, 13.

(4) *Gá.* 4, 4.

(5) *Lc.* 7, 22.

(6) "Esta Escritura, . . . , se ha cumplido hoy". *Lc.* 4, 21.

primitiva Iglesia tiene la conciencia de esa misión universal, su nota dominante, será la de una comunidad vibrante en la esperanza.

La predicación primera de los Apóstoles será como “las grandes epifanías” del reino de Dios.

La misión de anunciar el reino de Dios tiene una respuesta en los que reciben esa palabra: la fe.

Crear es adherir totalmente a Cristo.

La fe es la linfa vital de la cual se nutre el justo.

Esa fe es la base de la comunidad primera. La “Ecclesia”, es la asamblea de los creyentes.

Pero una segunda etapa se presenta después que el kerigma ha transmitido la fe: la *catequesis* que debe consolidar esa misma fe. El creyente pasa a ser un *catecúmeno*. La catequesis, en su concepto tradicional de 16 siglos, es una educación religiosa sobrenatural.

De este modo, catequesis y misión son dos conceptos que en su origen bíblico e histórico se entrelazan en tal forma, que el mencionar una evoca necesariamente el pensamiento de la otra.

Es en esa unión y correlación donde la catequesis alcanza su sentido dinámico y su real dimensión eclesial.

La catequesis misionera se inscribe así en el corazón mismo de la vida de la Iglesia.

Ella representa hoy, como ayer, el encuentro del Cristianismo con cada generación y con cada vuelta de la historia. En ella principalmente se coordinan y armonizan el movimiento de la historia y el avanzar del reino de Dios. Por ella, en modo especial, encuentra complemento la palabra del Maestro: “El Hijo del Hombre no ha venido a juzgar al mundo, sino a que el mundo sea salvado por él” (7).

II. Características

A la luz de las fuentes bíblicas e históricas examinemos las características de una catequesis misionera. Podemos resumirlas en tres:

- 1) concentración en lo esencial;
- 2) dinamismo vital;
- 3) método adaptado y atrayente.

Hablaremos algo de cada una de ellas.

(7) *Jn. 3, 17.*

1. *Concentración en lo esencial*

La catequesis misionera tiene como fin echar las bases de una vida nueva.

Es el pensamiento que constantemente vemos aparecer en la catequesis paulina. "Hijitos míos, a quienes yo doy a luz en el dolor hasta que Cristo sea formado en vosotros" (8).

Ese "donec formetur Christus in vobis" es la meta de la pedagogía sobrenatural del Apóstol.

Es ciertamente el fin último de la catequesis; la formación de Cristo en el hombre.

"El verdadero cristiano, fruto de la educación cristiana, dice la Encíclica *Divini Illius Magistri*, es el hombre sobrenatural que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo" (9).

La iniciación cristiana es determinante, tanto en la conducta individual del catecúmeno, cuanto en el arraigamiento del mensaje en el sitio o ambiente que se evangeliza.

La primera instrucción cristiana debe tener una riqueza y solidez tales que aseguren la conservación de su vitalidad inicial y le haga posible superar los elementos adversos que encuentra en su expansión y desarrollo.

Esto exige una visión muy clara de la tarea evangelizadora que permita distinguir lo esencial de lo accidental del mensaje, que ponga de relieve las verdades fundamentales de la enseñanza religiosa, y que señale la íntima cohesión y unidad que existe entre ellas.

Es triste ver cómo frecuentemente se entrega al catequizando, sin discriminaciones en la jerarquía de valores, verdades fundamentales de la revelación pública juntamente con revelaciones privadas, prácticas esenciales del cristianismo mezcladas con devociones laudables, pero no determinantes de la vida cristiana, el gran sentido cristológico de los tiempos litúrgicos, ahogado en un diluvio de devociones privadas, narraciones bíblicas de hechos secundarios, puestos en el mismo relieve e importancia que el drama maravilloso del misterio redentor.

Hay una obra titulada "Los árboles no dejan ver el bosque". Más de una vez me he preguntado si deberíamos poner el mismo título a muchas de nuestras catequesis.

El problema de la perseverancia de nuestros catecúmenos, y de la vitalidad o decadencia de muchas cristiandades, se encuentra íntimamente relacionado con el problema de saber dar lo esencial en la catequesis primera.

Para realizar esta tarea, es importante además, no mezclar lo discutible con las materias de la fe, y saber, tal como lo recuerda y reco-

(8) *Gá. 4, 9.*

(9) *Enc. Div. Ill. Mag.*

mienda la Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, distinguir los diversos géneros literarios en la interpretación de la Biblia.

Como bien dice el P. Colomb:

“Nuestra enseñanza ha de ser progresiva, pero homogénea y de gran precisión teológica, distinguiendo lo cierto de lo incierto, lo esencial de lo accesorio. El respeto de la palabra de Dios nos exige que no representemos como pensamientos divinos nuestras interpretaciones humanas” (10).

De lo dicho se desprende:

a) La iniciación primera no debe ser tanto cuantitativa como cualitativa. Es decir, *lo esencial* de la religión.

b) Esto exige saber presentar las *grandes realidades* de la fe. Mostrarlas no como *fórmulas* de elaboración teológica, sino como un conjunto de *hechos* y *personas* por medio de las cuales se va realizando el plan salvador de Dios.

El Dios que tenemos que dar a conocer es el Dios de Abraham, el Dios de los Profetas, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. El Dios que realiza en el tiempo la historia de la Salvación.

Hay que conocer la teología pero hay que enseñar la revelación.

c) Esa presentación de las verdades esenciales ha de ser histórica. No es una disquisición metafísica. Es la narración de un hecho del cual toda la Biblia es testimonio.

La revelación divina desde el Génesis hasta el Apocalipsis, es la historia de las grandes obras de Dios con la humanidad: “*magnalia Dei*”.

d) Esta enseñanza primera, precisamente porque insiste en lo esencial, debe poseer en forma muy viva el carácter de *religión revelada*. Es decir, mostrarnos la intervención de Dios en la historia humana, hacernos ver su iniciativa de salvar al hombre, su amor infinito que destina al hombre a la posesión eterna de Dios. En el centro de este plan salvador, hay que destacar la figura de Cristo, alfa y omega de la vida y de la historia de la humanidad.

Es menester evitar el peligro en el cual cayeron numerosos Catecismos de la Contra-Reforma, donde la instrucción adquiere un carácter marcadamente antropocéntrico, y donde la visión del Cristianismo tiene más bien el aspecto de una religión natural con un fuerte acento moralista.

A veces hacemos de la catequesis una cátedra de filosofía o de sociología, olvidando que, si bien estos argumentos no nos están vedados, el fin de la catequesis es más alto y trascendental.

El mundo pagano no se convirtió en el pasado ni se convierte en el presente por la sabiduría de la filosofía, ni por la erudición de la ciencia, sino por la proclamación valiente y entusiasta del misterio de Cristo:

(10) J. Colomb, *Aux sources du Catéchisme*.

“Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; nosotros en cambio, predicamos a Cristo y a Cristo crucificado” (11).

El catequista, junto con vivir la realidad humana del pueblo que evangeliza, ha de aparecer en medio de ellas como el hombre de la trascendencia divina.

e) Por último, la catequesis inicial, junto con concentrarse en lo esencial, debe dar un sentido profundo de *unidad* al mensaje que entrega.

La auténtica catequesis no consiste en verdades inconexas entre sí, sino integradas en un plan armónico y central.

Ese plan de unidad, no está presidido por un orden lógico sino histórico; el desarrollo a través de diversos hechos y personas del designio redentor.

El centro de unidad de ese plan debe ser la figura de Cristo y especialmente los misterios de su muerte y resurrección.

Cristo es el centro del mensaje.

La catequesis en general y muy especialmente la misionera, orienta cada vez más sus esfuerzos en la elección, encadenamiento y valor relativo de las verdades que hay que enseñar (12).

La unidad en Cristo dará al Catecúmeno la visión maravillosa de la gracia divina del mensaje obrando en su propio ser.

Tomará conciencia cómo el viejo fermento de maldad, cede su lugar a la nueva levadura y le hace vivir en toda su intensidad el misterio pascual de la nueva vida a la cual ha renacido.

Esa certidumbre pascual confiada y gozosa, da a su cristianismo la fuerza para enfrentar el ambiente pagano que lo circunda y el entusiasmo para vivirlo en plena autenticidad.

El movimiento misionero basado en una catequesis que se concentra en lo esencial asegura su vitalidad y el ímpetu de expansión que necesita. La historia de ayer y la experiencia de hoy nos enseñan las consecuencias funestas que se siguen para la Iglesia cuando se olvida esta primera característica que hemos tratado de señalar.

2. *Dinamismo vital*

La segunda característica de la catequesis misionera es la de su dinamismo vital.

Una idea central en la Biblia es la “conversión del corazón”, es decir, de la personalidad profunda.

Esa conversión —metanoia— consiste en que el hombre ponga su confianza en Cristo, Salvador y Señor.

(11) 1 Co. 1, 22-23.

(12) J. Hofinger, *L.V.* 1950.

Es el "scio cui credidi" de san Pablo "Sé en quien he puesto mi fe" (13).

Esto exige que nuestra doctrina sea propuesta como un conjunto de *valores* y no sólo como un catálogo de deberes.

Esta es la base del dinamismo vital con que debe entregarse el mensaje.

Una catequesis meramente apologética o predominantemente moralizante, no podrá tener el dinamismo vital que requiere.

Ese dinamismo muestra a Cristo en la cumbre de la historia. Hace sentir que "el reino de Dios está en medio de nosotros" (14), pero que a nosotros corresponde extenderlo y dilatarlo. Da el sentido dinámico de la Iglesia, pueblo de Dios que avanza entre las vicisitudes de la historia.

El cristianismo ha de ser propuesto no como un "deber" del hombre sino como una respuesta amorosa a la iniciativa de Dios. No tan sólo como un sistema de doctrina, sino como una comunión con el Dios vivo, Una vida religiosa en la cual se encuentran la palabra de Dios y la respuesta del hombre.

De esta manera aparece el sentido dialogal del cristianismo, en que Dios interpela y el hombre responde, obedece, decide. Diálogo que es reflejo de otro más profundo, que tiene lugar desde toda eternidad en la interioridad intratrinitaria.

De esto se desprende:

a) Que la enseñanza no puede ser dirigida únicamente a la inteligencia, sino presentada como algo amable que atrae y cautiva nuestro corazón.

Porque el cristianismo es amor, su conocimiento debe llevarnos al amor.

Nadie como san Pablo ha dado en esta materia más ricas y bellas enseñanzas. Porque "vive en la fe del Hijo de Dios" (15), "su vivir es Cristo" (16), y la meta de la vida cristiana que señala es que "haciendo la verdad en la caridad hay que crecer en Aquél que es la Cabeza" (17). Por eso exige con terrible fuerza a sus catecúmenos y neófitos, el amor al Cristo que les predica hasta decirles "que si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo sea para él anatema" (18).

b) La catequesis debe estar en íntimo contacto con la vida.

El cristianismo no es una religión esotérica de iniciados. Es la realización en el tiempo del misterio de la Encarnación; Dios que se hace hombre y que asume integralmente, a excepción del pecado, nuestra realidad humana.

(13) 2 *Tm.* 1, 12.

(14) *Lc.* 18, 21.

(15) *Gá.* 2, 20.

(16) *Flp.* 1, 21.

(17) *Ef.* 4, 15.

(18) 1 *Co.* 16, 22.

A través de la catequesis el cristiano debe ir contemplando el doble dinamismo, de la creación y de la gracia, pensando que el Dios que crea es el mismo Dios que salva.

Ese doble dinamismo debe hacerle amar la vida humana y comprender que es en ella donde elabora su propia perfección.

Hay que cuidarse del maniqueísmo latente a menudo en no pocos educadores cristianos, que presenta lo religioso como opuesto a lo humano, lo temporal contra lo eterno, lo natural adverso a lo sobrenatural.

Sería desconocer lo más hondo del misterio cristiano y hacer estéril el dinamismo de la redención.

La liturgia de Navidad (Domingo Infraoctava), nos habla del "admirabile commercium", describiéndonos con el patetismo de la liturgia, el doble movimiento de Dios que "toma cuerpo de una Virgen" y "nos entrega en cambio su divinidad".

Sólo en ese doble dinamismo de la creación y de la gracia puede convertirse en armonía la tensión que con frecuencia se presenta entre religión y vida.

c) Ese dinamismo vital debe centralizarse en vivir en toda su intensidad el misterio de la Iglesia.

Cristo ha venido a traer una vida nueva. La Iglesia es su dispensadora. Ese sentido vital de la Iglesia es el que pone en los fieles la tensión de la esperanza y enciende la llama de la caridad apostólica.

La catequesis misionera debe dar la conciencia de pertenecer a una Iglesia que crece, a una comunidad dinámica, a un pueblo de Dios que avanza hacia su meta definitiva.

Hay que dar una visión del mundo y de la Iglesia. Mostrar que Cristo entregó a los cristianos el desarrollo de ella. Que la obra apostólica aún no ha sido completada. Que a un mundo moderno sacudido por hondas convulsiones en su estructura hay que afrontarlo misionera y apostólicamente.

Una comunidad cristiana en ambientes no cristianos y desprovista de impulso apostólico, está acusando una catequesis deficiente y trunca, porque el apostolado no es algo agregado a la vida cristiana, sino esa misma vida, vivida en todas sus dimensiones.

d) De un modo especial, ese dinamismo vital de la Iglesia se expresa en su liturgia. Es "la voz de la Esposa", "la asamblea del pueblo de Dios", donde el pueblo cristiano revive el misterio de Cristo que enseña y redime.

"La forma más eficaz de evangelización, ha escrito el P. Jungmann, es la celebración de una fiesta". "Las fiestas cristianas son una profesión de fe de la comunidad que festeja los valores específicamente cristianos" (19).

Aplicando a la liturgia el axioma de la doctrina sacramental cató-

(19) J. Hofinger, *L.V.* Vol. X.

lica "dant quod significant", ella nos hace participantes del misterio que ahí se celebra.

La oración pública de la Iglesia es la expresión más rica de su vitalidad y su participación activa a ella es "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (20).

¿Comprenderemos ahora por qué muchas de nuestras catequesis sólo logran formar "ex-alumnos" y no los hombres "renacidos en el Espíritu" (21), que viven la maravillosa aventura de su vocación cristiana?

Es en la vida litúrgica donde el cristiano bebe principalmente el dinamismo vital de la Iglesia y su mensaje.

e) A la luz de ese dinamismo vital la catequesis misionera da el sentido cristiano de la historia.

El gran peligro ideológico de hoy, en el cual insensiblemente van cayendo las nuevas generaciones, es el sentido materialista de la historia.

La catequesis misionera debe ir mostrando a través de su desarrollo cómo Dios no está ausente de la historia.

Porque Cristo ha venido, corre como un río invisible a través de la historia humana su presencia. Cristo viene, y en cada acontecimiento hay que aprender a descubrirlo. Cristo vendrá. Hay que dar el sentido escatológico de la historia, abrir los grandes horizontes a la Jerusalén celeste y hacer nacer en los corazones el supremo anhelo de su venida final. "Veni Domine Jesu", Mar-an-atha (22).

Tal es el dinamismo vital que debe caracterizar la catequesis misionera.

3. *La tercera característica de la catequesis misionera ha de ser la de un método adaptado y atrayente.*

Adaptado. Decía el Cardenal Mercier, que "las dos ciencias más útiles al sacerdote son la teología y la sociología; la ciencia de Dios y la ciencia de los hombres".

Si la revelación nos dice cual debe ser el contenido del mensaje, la sociología religiosa a su vez nos da a conocer cual es la mentalidad, el grado de vida religiosa, las tensiones ideológicas, las condiciones materiales de vida de aquéllos a quienes el mensaje va destinado. Catequesis adaptada significa que esté encarnada en la vida de los catequizandos. Es decir, responda a sus problemas, anhelos, inquietudes, etc.

(20) *Inter Pastorales.*

(21) *Jn. 3, 5.*

(22) "¡Ven, Señor Jesús!", *Ap. 22, 20.*

Que sea adaptada a los diferentes ambientes que la reciban; obrero, campesino.

Que sea psicológica, es decir, responda a la mentalidad de los hombres a los cuales se entrega.

Esta adaptación constituye su realismo.

Hay un realismo de la catequesis al cual puede aplicarse lo que el

P. Congar, O.P., decía de la predicación:

“Que trate problemas reales y dé un alimento real a las almas, que se dirija de un modo que sea entendida por un auditorio real compuesto de hombres que tienen responsabilidades concretas en el mundo de los hombres, que sea apta en fin, para producir su fruto en la conciencia y el corazón del hombre que la recibe”.

Esto exige conocer y apreciar los valores no cristianos que se encuentran en ambientes paganos o materializados.

Dice el P. Hofinger: “La trascendencia absoluta del cristianismo no exige en ningún modo que todo sea absurdo y superstición en el paganismo”.

San Pablo habla de la creación que gime en espera de su liberación, y san Agustín nos recuerda el “*anima naturaliter christiana*”.

En medio de realidades naturales, escondidas bajo apariencias materiales, existen raíces cristianas, oportunidades apostólicas, surcos abiertos que esperan la simiente evangélica.

Pablo vio en sueños al macedonio que le decía: “ven en nuestra ayuda”, y sin dilación partió hacia esa tierra ignota. Bajo ropajes paganos y en lengua espiritual desconocida, hay llamados de las almas que el catequista misionero debe saber escuchar. Un rechazo global de todos los valores de una cultura, por no ser abiertamente cristianos, puede significar un grave error del catequista misionero en su obra de evangelización.

Al penetrar en forma más honda en ella, puede quizás exclamar después, como Jacob, “este lugar es sagrado y yo no lo sabía” (23).

Hay muchas piedras que pueden transformarse en “Bethel”.

El Dios que se hizo hombre hace dos mil años, está presente en nuestro siglo veinte y en todos los continentes. Cambia sí la forma de su presencia. Hay que tener un respeto muy hondo por esa presencia escondida y recordar que etimológicamente lo profano —*pro-fanum*—, es lo que está delante del santuario.

La catequesis misionera tiene que inspirarse en una actitud de *diálogo* en vez de una actitud de polémica.

Pablo, en el Areópago, hizo mención, sin condenarlas, de las falsas divinidades que ornaban las plazas de Atenas para predicarles así al Dios desconocido. “*Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis*” (24).

(23) *Gn.* 28, 16.

(24) “Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar”, *Hch.* 17, 23.

Esa actitud de diálogo provoca a la vez el *respeto*.
Es esta la otra condición indispensable de la catequesis misionera.
Respeto a las civilizaciones, culturas, categorías.

De nuevo san Pablo nos adoctrina:

“¿En qué está pues mi mérito? En que al evangelizar lo hago gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por la evangelización. En que siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la Ley, me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que bajo ella están. Con los que están fuera de la Ley, me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la Ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Me hago con los flacos flaco, para ganar a los flacos; me hago todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo hago por el Evangelio, para participar en él” (25).

En esta forma la catequesis misionera será *atrayente*.

El catequista aparece no como el hombre que enseña una fría lección que ha estudiado, sino como el testigo que habla de lo que conoce y ama.

No es el representante de un pueblo, de una raza, de una civilización o una clase, es el hombre que anuncia a Aquél en quien cree y ama.
“Hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene (26).

Porque siente su misión su lenguaje será sencillo

“no con palabras persuasivas de humano saber, sino en la manifestación y el poder del Espíritu para que nuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (27).

Lenguaje sencillo que usa palabras adecuadas a la mentalidad del que las recibe, y que cuidadosamente evita emplear términos filosóficos o teológicos.

Pero la sencillez no debe estar sólo en el lenguaje, sino en la actitud que adoptemos. Llena de humildad porque hemos sido hallados dignos de anunciar el Evangelio, de respeto porque estamos ejerciendo el ministerio sublime de transmitir la palabra de Dios, de amor, porque estamos engendrando en la fe nuevos hijos a la Iglesia. Sencillez de actitud como la de la madre que habla a su hijo o el hermano al hermano, y que es expresión del sentido sobrenatural de la misión que cumplimos. Esa sencillez abre el amplio campo de las almas a la catequesis misionera.

(25) *1 Co.* 9, 18-23.

(26) *1 Jn.* 4, 16.

(27) *1 Co.* 2, 3.

III. *La iglesia enfrenta el nacer de una nueva civilización.*

Ninguna civilización nace por sí sola cristiana. La misión de la iglesia es bautizarla.

Eso exige la fidelidad nuestra en transmitir íntegro el mensaje cuya estructura permanente no podemos cambiar.

Las características de una catequesis misionera son expresión de esa estructura.

Al hablar de ellas: concentración en lo esencial, dinamismo vital y método adaptado y atrayente, no hemos pretendido solamente hacer una descripción o una clasificación arbitraria, sino señalar las líneas fundamentales que deben presidir nuestra tarea.

Esas tres características indicadas, nos dicen en forma imperiosa cuáles deben ser las condiciones que nuestra catequesis debe revestir si la queremos profunda y eficaz.

Cumpléndolas, nos colocamos en el cauce hondo de la tradición y en la gran línea de la renovación.

Con ella daremos la respuesta que el mundo exige de nosotros y enfrentaremos con cristiana visión la nueva civilización que surge.

Si el mundo moderno va perdiendo sus esencias cristianas, eso mismo nos exige el concentrarnos en lo esencial y medular de nuestro mensaje.

Si el mundo que nace de la técnica se estremece en un dinamismo mecánico que lleva al hombre hasta los espacios estelares, es una razón imperiosa el que nosotros sepamos mostrar el dinamismo vital de la redención: "Dios que se hace hombre para que el hombre se haga Dios".

Si el hombre de la civilización técnica quiere mostrar su irreducibilidad al mensaje cristiano, nuestra catequesis debe precisamente hacer ver que, sin perder su trascendencia, ella es capaz de adaptarse a la mentalidad y responder a las angustiosas inquietudes del alma moderna.

El cumplimiento fiel de estas tres condiciones, hará ver la belleza y la atracción del mensaje que la catequesis misionera presenta. "La belleza es el esplendor de la verdad".

El mundo cambia, pero los problemas esenciales permanecen.

La generación primera de la Iglesia supo comprender y vivir la íntima relación de estas dos realidades: catequesis y misión. La expansión cristiana frente al mundo pagano fue su fruto.

La generación de hoy ha de vivir la misma realidad y establecer el mismo nexo vital de misión y catequesis. La presencia cristiana frente al fondo futuro será también su fruto.

Al cumplirlo, realizaremos la vocación sublime que san Pablo nos recuerda y que hoy aparece en su trágica e imperiosa urgencia:

"Opus fac evangelistae".

Cumple el ministerio de la Evangelización.

NOTAS PARA UNA PASTORAL DE EMERGENCIA (1) (1962)

I. Frente a una encrucijada

Nunca en la historia de nuestra patria se había visto la Iglesia ante una encrucijada tan decisiva como la de la hora actual. Ignorarla sería ceguera. Conocerla y no asumir la responsabilidad que encierra sería falta imperdonable. No tomar por egoísmo, cobardía o dejación todas las medidas que tanto la autoridad de Roma como la Diocesana nos señalan, sería hacerse cómplice de las fuerzas que trabajan contra Cristo y su Iglesia.

No pretendo hacer un estudio sociológico. No es el fin de esta alocución ni habría tiempo para ello. Quiero solamente señalaros algunos hechos y sacar las consecuencias que de ellos nacen:

Chile está al borde de inminentes y profundos cambios estructurales que van a influir en nuevas formas sociales, culturales, económicas y políticas. Señalamos, sin entrar a detallarlos, esos cambios. La población pasará en los próximos 15 años de 7½ millones a 12. La población agrícola y la de los pueblos pequeños emigra hacia las grandes ciudades. (Vichuquén, de 2.000 habitantes en 1935, tiene hoy 350). Las villas de Putú, Curepto, Paredones, Pumanque, Lolol, Alcántara, San Clemente, Pelarco, Corinto, etc. . . . , cuentan los mismos o menos habitantes que al comienzo del siglo. En cambio, Talca, Curicó, Molina, Santa Cruz aumentan fácilmente su población, y Santiago pasa de 500.000 hace 25 años a dos millones y medio en el presente).

El fenómeno de la urbanización no es el de un "pueblito" que ha crecido. Toda una sociedad y una cultura nuevas hacen su aparición y la mayoría de las instituciones de base de la sociedad se transforman, v.gr., la familia. La década 1960-1970 va a ser fatalmente de la explosión del mundo rural. El Episcopado chileno acaba de hablar. Si la estudiamos detenidamente, vemos la gravedad de los problemas que ahí presenta. Con certeza y sin temor a equivocarme, os digo que los años que se acercan nos harán ver reformas agrarias muy hondas o bien explosiones revolucionarias de tipo cubanas. Soñar en que vamos a permanecer iguales que antes no es sólo ilusión, sino ceguera. Y lo que sería más grave, ceguera culpable.

(1) Extraído de *Pastoral Popular*, (N.os 70-71), pág. 25-41.

2. Esos cambios estructurales marcan el fin de un régimen económico y social que no tenemos por qué identificarlo con el ideal cristiano ni hacernos solidarios de él. Repetimos la frase del Evangelio: "Hay que dejar a los muertos que entierren a sus muertos" (2). Somos la Iglesia de la Resurrección.

3. Hay que tomar conciencia clara y cristiana de la tragedia espiritual, cultural, económica y social del mundo obrero, tanto urbano como rural y que afecta a una proporción muy alta de nuestra población. Un gran número de ese mundo obrero —no digo todo— carece de los medios indispensables para desarrollar una vida humana y ser aptos para vivir y cultivar una vida cristiana.

4. De otra parte sabemos que frente a esta realidad social se levanta con ímpetu, organización y estrategia el comunismo ateo. El comunismo entre nosotros aún no llega a las grandes masas, pero una estrategia muy inteligente está actuando en los puntos claves de la evolución actual y futura. Señalemos a modo de ejemplo, los medios estudiantiles, la Universidad, los Sindicatos obreros, el mundo del arte, el campo, (1.000 permanentes "full-time" dedicados al campo).

"La formación de líderes, el desarrollo de una esperanza, la insistencia sobre la necesidad de una transformación radical de todas las estructuras socio-económicas, son los grandes puntos de apoyo del comunismo entre nosotros" (3).

La experiencia de Cuba tiene un valor del todo particular, porque se puede decir que es la primera revolución real en América Latina. La revolución de la Independencia fue política, pero dejó casi intactas las estructuras socio-económicas de la Colonia. La revolución de Cuba no es una simple revolución de un partido contra otro, es una verdadera revolución social que toma la cultura y todas las estructuras sociales. Añádase a esta influencia tan cercana la del comunismo chino, que por sus características está mucho más próximo a América Latina que el comunismo ruso. ¿Nos damos cuenta hasta dónde llega la infiltración marxista? No podemos caer en la ingenuidad de suponer que el comunismo en el poder respetará a la Iglesia. Ni su doctrina ni su táctica, ni su praxis lo permitirán.

5) ¿Cuál es la situación de la Iglesia frente al cambio social latinoamericano? Tomo de un magnífico estudio del abbé Houtart: "La Iglesia ante el cambio social en América Latina", las ideas principales:

La Iglesia tiene que hacer frente a este rápido e inevitable proceso en situación poco favorable. Ante todo tenemos el problema de la escasez

(2) Mt. 8, 22.

(3) Houtart. Sacerdote sociólogo belga contemporáneo, perito Conciliar en la Comisión Sacerdotal.
El texto es cita exacta de Houtart: *La Iglesia ante el cambio social en América Latina*.

de sacerdotes. No voy a detenerme. Quiero solamente anotar, que a pesar del esfuerzo extraordinario de la Santa Sede y de la generosidad magnífica de muchos Episcopados, entre los cuales conviene mencionar España, Estados Unidos, Canadá, Bélgica, etc., el crecimiento violento de la población —la explosión demográfica— hace que no sea ni siquiera posible conservar la proporción actual entre el número de sacerdotes y fieles. En nuestra diócesis hay zonas humanas y geográficas prácticamente no evangelizadas. Los canales habituales de la transmisión de la tradición religiosa están en pleno cambio. La población rural vivía dentro de las estructuras tradicionales. Hoy sale bruscamente de ellas. Se forma una sociedad nueva y una cultura nueva. Pero los polos del desarrollo de esta sociedad y de esta cultura nueva son al mismo tiempo los polos de la descristianización. La Iglesia se encuentra ante el poder de asumir esta sociedad y esta cultura nueva y de poner en su base una jerarquía de valores cristianos.

6. Si lo anteriormente dicho parece poco optimista, no podemos olvidar que la Iglesia tiene una respuesta tanto en su mensaje espiritual y en su vida de gracia, como la expresión temporal de esa doctrina, una fuerza capaz de corregir los males presentes, de construir un orden social justo y fraterno y de evitar la catástrofe espiritual y social que la implantación del comunismo significaría. No podemos ser pesimistas, pero debemos ser realistas. No queremos ser alarmistas, pero tampoco podemos, como aquel político chileno, creer que “la mitad de los problemas se arreglan solos y la otra mitad... no tienen remedios”. No debemos caer en críticas de lo que no se ha hecho o de lo que se pudo hacer, sino en la afirmación viril y cristiana de lo que hay que hacer.

El problema que atravesamos no es ni una derrota, ni un ocaso. Es una nueva vuelta de la historia en la cual la Iglesia se enfrenta en América Latina a una situación nueva que debe asumir y bautizar. Hace 470 años la Iglesia enfrentó en América Latina un mundo pagano. En un impulso misionero admirable lo cristianizó. Hoy se encuentra delante de otro proceso histórico, doloroso, amenazante y al mismo tiempo cuajado de esperanzas. Un nuevo ímpetu misionero, al cual nos llama a todos, dará nuevamente la respuesta que esperamos.

Esto nos exigirá, como os decía hace días, lucidez y decisión. Nos pedirá sacrificios. Nos hará afirmar a todos, Obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos, nuestra genuina vocación apostólica. Pero nos dará la satisfacción de haber respondido a lo que la Iglesia y las circunstancias actuales exigían.

II. *La voz de Roma y del Episcopado*

Mis observaciones precedentes, que las creo plenamente fundadas tienen total confirmación en la voz de Roma y del Episcopado. Habéis

leído la carta de Su Santidad Juan XXIII al Episcopado Latinoamericano. Habéis conocido igualmente la pastoral del Episcopado Nacional; por medio de su Comisión permanente estudia la manera práctica y eficaz de realizarla con la urgencia que requiere. En otras palabras: la Iglesia por su Jerarquía y los hechos con su claro realismo os dicen en forma clara, precisa y terminante lo siguiente:

La Iglesia puede hacer frente a la situación actual, salvar a sus hijos y asegurar un futuro donde su misión pueda ampliamente realizarse siempre que sepamos cumplir varias condiciones:

1. Una gran lucidez para saber comprender la situación. Ver con realismo la gravedad de los problemas señalados. Ver con sinceridad los vacíos de nuestra pastoral. Darnos cuenta que tanto, o más grave, que el problema de la descristianización es el de la no cristianización, o sea, la ausencia práctica de la Iglesia de grandes zonas humanas o geográficas de nuestra diócesis.

2. No evadirnos de nuestra responsabilidad con frases que nada explican ni nada justifican. A veces se dice: "Los tiempos son difíciles". Respuesta: razón demás para que nuestra acción sea más efectiva.

Otras veces se repite: "Siempre ha sido así". Respondo: En primer lugar, no es verdad; y añadido, si fuera verdad, eso explicaría las terribles lagunas de la situación presente. No pocas veces nos refugiamos en un pesimismo de mala ley: "Las cosas no tienen solución"; nuestra fe en Cristo resucitado, la historia de la Iglesia, el dinamismo salvador de la Redención, nos prohíbe a los cristianos y con mayor razón a los sacerdotes dejarnos arrastrar por ese pesimismo.

3. Junto a la lucidez es necesario una gran unidad. Eso exige un esfuerzo de ascesis, para salir de nuestro individualismo y buscar penosa, lenta, pero generosamente la unidad. De ahí la importancia que atribuyo al plan de pastoral de conjunto. Ninguna parroquia, ninguna obra, ninguna institución son islas. La constitución de la Iglesia exige esa coordinación. La realidad social muestra la íntima relación de una parroquia con otra, de una región con otra, del campo con la ciudad, de la Acción Católica especializada y de la parroquial, del clero secular y de los religiosos, del laicado y del sacerdocio, de los colegios y de la acción diocesana. Ninguna obra es fin en sí misma. Aislarse no es solamente hacerse infructuoso, es sustraerse a la realidad social y traicionar el plan de la Iglesia. Es fácil que un sacerdote se acostumbre a una vida tranquila, atienda los llamados que se le hace, diga las misas que se le pide, sirva las sacramentaciones, etc. Pero si ese sacerdote no percibe lo que el momento histórico le exige, si se aísla de los otros sacerdotes vecinos y amigos que le harán ver lo que le falta a su acción, si no revisa su apostolado para ver hasta dónde llega, si mira como planes teóricos lo que la Autoridad Eclesiástica le propone, en una palabra, si no siente junto con la responsabilidad propia de su ministerio particular, la responsabilidad de la comunidad eclesial, si no sacrifica con gran sentido de Iglesia muchas cosas individuales al bien colectivo, será imposible que se dé el impulso

que pueda salvarnos y que el bien de las almas y de la causa de Cristo nos exige. Hay una responsabilidad muy grave de la cual Cristo y la Iglesia nos pedirán estrecha cuenta.

4. Junto a la lucidez y a la unidad, hay que añadir un esfuerzo apostólico extraordinario, profundo, que toque los puntos vitales; constante, que se desenvuelva a través de una planificación seria y progresiva; disciplinado, que siga y ejecute fielmente las directivas; real, sobre el conocimiento que las parroquias y las obras entregan; filial, hecho de un diálogo vivo entre la jerarquía con el Clero y el laicado. Repito a este propósito las palabras del Emmo. Cardenal Leger, Arzobispo de Montréal:

“La Iglesia no es una comunidad puramente carismática donde le es permitido a cualquiera elevar la voz cuando le parezca para proferir en la confusión todo lo que le viene a la mente. Pero la Iglesia tampoco es una institución autocrática, donde los jefes arrogándose solos el derecho de la palabra no aceptarían una legítima libertad de expresión y de intercambios entre los que buscan soluciones y aún de toda la comunidad eclesial. La Iglesia es una comunidad jerárquica de hombres libres, donde el diálogo es un deber tanto como la obediencia”.

III. *Hacia un plan de emergencia*

La Santa Sede nos habla de:

“La urgencia improrrogable de actuar un plan casi de emergencia para tutelar y defender el patrimonio sagrado cristiano de los países latinoamericanos amenazados hoy gravemente”.

Subrayamos de esta frase, cuya autoridad es indiscutible, tres ideas precisas:

1. “*Urgencia improrrogable*”. Es decir, acción inmediata, sin dilaciones. No enredarnos en discusiones estériles o en bizantinismos suicidas. Dice la historia que mientras los otomanos asediaban a Constantinopla, el Emperador y su ejército discutían sobre la naturaleza de la luz de que se rodeó N. S. en la Transfiguración. . .

2. *Plan de emergencia*. Hay que subrayar la palabra; es decir, a corto plazo, sin descuidar otro a mayor plazo. De emergencia; ágil y ejecutivo; de emergencia, que tome medidas que no cabrían en una situación normal, pero que sí deben caber en una como ésta. De emergencia; que tome los puntos vitales de los problemas. De emergencia; que se concentre en los problemas claves.

3. “Para tutelar y defender el patrimonio sagrado”. Plan que se oriente, en otras palabras, al fin primero de la pastoral: edificación del Cuerpo Místico de Cristo, por los medios que Cristo entregó a su Iglesia.

IV. *Idea central del plan*

Nada nuevo. No se trata de inventar recetas. Ni de levantar fórmulas. Se trata simplemente de vitalizar al máximo lo que existe, con otras palabras, darle a la vida diocesana y parroquial toda su fuerza apostólica; coordinar la acción para que todas las actividades en vez de dispersarse se sumen, establecer una jerarquía de valores en las acciones.

V. *Esto exige tres cosas:*

1. Un plan de acción que se concentre en los objetivos principales.
2. Una pastoral de conjunto.
3. Una disponibilidad del clero, para dejar a un lado actividades menos importantes y concentrarse en aquéllas que se vean más urgentes, (lo que significa estar pronto a dejar cargos y trabajos y tomar otros nuevos, como igualmente a cambiar muchas cosas de suyo lícitas, pero que pueden en estos momentos obstaculizar la acción que se busca). La aplicación del plan nos lo irá señalando.

VI. *Bases para un plan de acción*

La finalidad ya la dijimos:

Darle a la vida diocesana y parroquial toda su fuerza apostólica. Pero antes precisamos algunos puntos:

1. La Diócesis es de origen divino. La Parroquia de origen eclesiástico. El Concilio de Trento dio la estructuración jurídica a la parroquia actual (4). Ese pensamiento grandioso del Concilio hasta hoy no se ha realizado totalmente. La pastoral de nuestros tiempos está mostrando en forma cada vez más viva la armonía entre el concepto teológico y el canónico de la Parroquia. Hay que darle a la parroquia toda la vitalidad pastoral que requiere. Pero para esto hay que ubicar a la parroquia en la vida diocesana.

La fecundidad de la parroquia exige una estrecha vinculación con la diócesis, con las organizaciones diocesanas, con el sacramento de la paternidad del Obispo y con la Iglesia universal. Una parroquia no vinculada estrechamente a la vida diocesana es como un engranaje suelto en una máquina. La comunidad parroquial es parte de la comunidad diocesana. En consecuencia, debe atender sus orientaciones compartir sus pro-

(4) Concilio de Trento (Sess. XXIV - De Reformatum XIII - 1563).

blemas. Todo párroco si debe pensar con especial solicitud en su parroquia debe importarle preferentemente la edificación de una Diócesis viva. La Comunidad parroquial no es término en sí misma. Vive en función de la comunidad diocesana. Si ésta se debilita o detiene, la primera en sufrir sus consecuencias es la misma parroquia.

2. Pastoral extensiva e intensiva. Un segundo punto que debe servirnos de base en nuestros comunes trabajos es reconocer un hecho fundamental: tal como estamos no somos capaces materialmente de atender el campo apostólico. En consecuencia, hay que fijar dos criterios simultáneos: se necesita una pastoral intensiva y una pastoral extensiva.

a) *Pastoral intensiva*. No se trata de abandonar otros sectores, pero sí consagrar especial atención a aquellos sectores que tienen mayor importancia en la vida social y a ellos dedicar preferentemente tiempo, hombres y energía. No es fácil precisar cuáles son esos sectores, pero pueden tenerse algunos criterios positivos:

- Trabajar más con los hombres que con las mujeres.
- Más con los adultos que con los niños.
- Más con las personas que están en plena actividad que con los que se encuentran retirados del trabajo.
- Preocuparse en forma muy seria en nuestras escuelas del hecho que abandonamos al niño o niña precisamente en el momento de su vida que tiene mayor necesidad de orientación.
- Preocuparse especialmente de la labor con el profesorado primario y secundario.
- Preferir el trabajo de formación de grupos de seglares al tiempo que se dedica a actividades administrativas o rutinarias, donde podríamos ser reemplazados por un seglar.
- Formar el criterio sobre las donaciones de dinero. Antes que hacer torres, altares, iluminaciones costosas, etc. hay otras obras apostólicas hacia donde debe orientarse la generosidad de los fieles; v.gr., formar catequistas, distribuir Evangelios o Catecismos, suscribir a *La Voz*, ayudar a la formación de Seminaristas, etc.

b) *Pastoral extensiva*. Significa utilizar los medios actuales de difusión y propaganda que llegan a toda la masa; prensa, radio, cine. Difundir sus programas y hacer que las audiciones radiales lleguen al mayor número de personas. Renovar el esfuerzo por difundir *La Voz*. Procurar que todas las escuelas rurales reciban el programa radial del Instituto de Educación Rural. Son tareas concretas y reales. No se trata de proyectos. Son realidades existentes que nosotros debemos apreciar en nuestras parroquias.

3. Una tercera base del plan debe ser el distinguir entre parroquia urbana y rural, y trazar las líneas fundamentales en cada una de ellas.

a) Parroquia urbana. En la diócesis, las ciudades son pocas: Talca y Curicó. Las bases de una acción urbana deben ser las siguientes:

— La acción parroquial y la A. C. especializada tienen que coordinarse seriamente. No puede continuar una tensión que a nadie favorece.

— Un culto digno y educativo. Los actos del culto imponen cuando son dignamente realizados. Desedifican y alejan cuando no lo son. Educaban cuando el pueblo participa en forma activa e inteligente. Cuando no, deseducan, porque lo convierten en algo meramente externo y rutinario. Las parroquias urbanas, con las rectorías y capillas que incluyen, deben aplicar con mucho mayor fuerza el Directorio de la Misa. Debe ser una de las campañas de los Decanatos. Las parroquias deben tener un buen Curso de guías y lectores. El pueblo debe cantar. Parroquia sin canto es parroquia muerta.

— Sacramentación. Los sacramentos para ser recibidos fructuosamente necesitan preparación. La parroquia urbana tiene más facilidad que la rural para darla. Los Decanatos deben realizar cursos de preparación al matrimonio. Debe haber en estas ciudades, cursos de preparación a la Primera Comunión. La Confirmación debe recibirse en año diverso a la Primera Comunión, y previo un curso de preparación obligatorio.

— Formar comunidades de barrio. La parroquia urbana debe estar dividida en sectores. Cada sector debe tener un grupo responsable en lo posible del mismo sector. Esas comunidades de barrio deben tener tres objetivos bien claros: Catequización, Centro de Cultos, Asistencia.

— Los Hogares catequísticos de Talca y Curicó han de ser obra preferidas de las parroquias. A través de ellos hay que formar los profesores suficientes a fin de que todas las escuelas fiscales tengan su clase de Religión. Hay que buscar los fondos para financiar el esfuerzo.

— Los nuevos barrios que se van levantando deben estar solícitamente atendidos. Procurar que en ellos haya un local que, al mismo tiempo, sirva de hogar social, centro de reuniones y catequesis y si es necesario, de culto. Cuidar que en las poblaciones "callampas" no se haga de parte de otros sectores, con la mejor intensidad, una mera distribución de ayudas que a veces más deprime que levanta.

— Dar especialísima atención al sector obrero (MOAC), especialmente a los adultos. El censo de asistencia a misa en Talca y Curicó da una proporción impresionantemente baja de asistencia de obreros adultos. Orientar a los católicos hacia las Cooperativas y Sindicatos. Velar especialmente por las Cooperativas de edificación de viviendas. Promover y organizar el desarrollo de la comunidad en los barrios obreros. Coordinar obras paralelas (en Educación Popular, Caritas, Fundación León XIII).

— Buscar igualmente los puntos de contacto con la clase media (Centros de Padres). Fortificar ampliamente la Acción Católica de profesionales, empleados y profesores. Coordinar esta acción con el Movimiento Familiar Cristiano. Dar al Movimiento Familiar Cristiano un fuerte impulso, cuidando de no encerrarlo en un sector social determinado y orientándolo fuertemente hacia la clase media.

b) Parroquia Rural. Nuestras parroquias rurales no son sólo la sede donde vive el párroco, sino un conjunto de comunidades humanas.

En la sede parroquial vive generalmente el 10%, a veces raramente el 15 por ciento de la población de la parroquia rural. La unidad vital en nuestras parroquias es el caserío, el fundo, la quebrada, la rinconada, etc., es decir, el grupo humano, la comunidad humana básica. Por esta razón es fundamental descentralizar la acción pastoral parroquial por la comunidad real.

“La parroquia rural no puede ser sino una federación de comunidades de tamaño inferior. De otro modo desarrollamos un catolicismo de tipo canceroso, es decir, el desarrollo de una célula sobre sí misma, sin multiplicación orgánica de células numerosas capaces por sí mismas de asegurar una vida sana y normal” (Houtart).

Esta descentralización tiene que hacerse en varios planos de la vida religiosa:

— Descentralización de la catequesis. Hay que tener una o varias catequistas en cada comunidad rural (experiencia de Lincantén e Iloca). Hay que proveer a que cada escuela fiscal tenga su clase de religión. Hay que estudiar un plan de catequesis por radio; ya lo está haciendo en parte el Instituto de Educación Rural. Dios mediante, esperamos a mitad del presente año, iniciarlo por Radio Chilena (5) que, gracias a una generosa donación, subirá este año su potencia de 1 kilowatt a 50.

—Descentralización del culto. Hay que crear la reunión dominical del culto, a cargo de un responsable. Periódicamente el sacerdote celebrará ahí la Santa Misa, pero dominicalmente se reunirá el pueblo a orar sin sacerdote.

— Descentralización en el campo apostólico. Grupos de movimientos, sean estrictamente apostólicos (JAC), sea de promoción de la comunidad (IER), sean de (ANOC).

— Descentralización de los sacramentos. Sabemos que podríamos multiplicarlos si hubiera más sacerdotes disponibles. ¿No podríamos hacer que las religiosas se concentraran el domingo en unas cuantas Iglesias y dejaran libres a los sacerdotes para ir a atender capillas en los campos?

— Tomar contacto con los sectores de pequeños propietarios y promover la formación de pequeñas cooperativas agrícolas que tendrán gran importancia en el futuro.

— Un problema delicado en el cual hay que proceder con gran claridad y caridad, es el ir independizando los lugares del culto y de misiones de la casa y tutela patronal. No se trata de hacer un agravio a nadie. Se trata solamente de mostrar que el servicio religioso, es de la comunidad. Que la Iglesia no llega a esa comunidad por medio de nadie. Comprendo que es difícil. Que aún sea duro para rectos patrones cristianos el decirles que cambien su actitud en la cual están de óptima buena fe. Pero, repito, hay que ir con caridad y prudencia, pero con firmeza desvinculando la práctica religiosa de la acción patronal. La Iglesia tiene que ser el lugar de encuentro de todos y eso exige igualdad entre

(5) La “Radio Chilena” pertenece a la Iglesia.

los que forman la comunidad, lo que es muy difícil de lograr en el caso citado.

— Tomando como base el estudio de Monseñor Piñera, "*Proyecto de una pastoral del campo chileno*", sería importante se hiciera en el plan proyectado la pastoral de la capellanía para las parroquias rurales chilenas. Sería, por otra parte, volver a la antigua tradición que hizo posible en tiempos pasados una profunda vida cristiana en nuestros campos.

— No olvidemos que nuestra parroquia rural debe ser considerada como territorio de misiones, la labor parroquial como labor misionera y los párrocos mismos como genuinos misioneros.

VII. *Puntos capitales de un Plan de Emergencia*

Los reduciremos a tres y ya nos hemos referido anteriormente a ello.

1. *El primero es la evangelización.* El problema básico nuestro es la falta de evangelización. Hemos hecho rezar mucho. Hemos trabajado mucho en la sacramentación. Pero no hemos insistido con igual fuerza en la evangelización. Hemos medido el progreso de la Iglesia por el número de sacramentaciones o por las asistencia a procesiones, sin tener como factor primero el de la evangelización.

Quiero señalar en este punto cuatro aspectos:

a) *Catequesis.* La palabra es simple, pero el problema es complejo. Tenemos que pensar en la formación de catequistas para las escuelas fiscales y para las parroquias. Necesitamos una amplia difusión de Catecismos y Evangelios. Hay que lograr la catequesis familiar. Hay que estudiar una catequesis de adultos. Sobre un pueblo que ignora a Cristo cualquier régimen inhumano puede prosperar.

b) *Liturgia.* Hemos dado los primeros pasos en la aplicación del Directorio de la Misa. Queda aun muchísimo por hacer. Hay que formar los guías y lectores para cada parroquia e iglesia. Hay que dar el sentido de los tiempos litúrgicos. Preparar un buen Manual para la Misa comunitaria.

c) *Predicación.* Urge modificarla, darle a la homilía el sentido bíblico y litúrgico que debe poseer.

2. *El segundo punto del plan es la formación de laicos.* Debe realizarse en dos direcciones; formación de laicos en el plano apostólico, a fin de que asuman responsabilidades de orden religioso, y formación de

(6) *Pastoral Popular* (Nº 56).

laicos que asuman la sociedad y la cultura nueva. Este desarrollo nos exige cambiar en la forma de concebir y desarrollar nuestra función, es decir, la manera monopolizadora y autoritaria. Las diversas obras que miran al apostolado laico deben coordinarse al nivel parroquial y diocesano.

3. *La Acción Social*. La hemos señalado en diversas partes de este trabajo. Quiero solamente insistir en dos cosas:

a) Es menester hacer una amplia difusión de la doctrina social. Especialmente de la Encíclica *Mater et Magistra* y de la Pastoral sobre la Reforma Agraria (7).

b) Es necesario que quitemos todo aquello que pueda alejar al pueblo de la Iglesia, y que marca una odiosa distinción, como mantener diferentes clases en funerales, matrimonios y bautizos. Se recuerda que sólo el paño del fondo del altar está permitido, y desde hace años se ha prohibido el uso de luto fastuoso en los funerales.

Un último punto a este respecto: la colonización de los fundos. La Pastoral colectiva del Episcopado ha hablado al respecto. No podemos quedarnos en palabras. Lo que hemos dicho debemos cumplirlo.

Esto nos va a exigir algo muy claro: la reorganización de nuestro sistema del dinero del culto. La Iglesia puede y debe vivir principalmente de esta entrada. Muchas obras diocesanas y parroquiales podrían florecer con un dinero del culto bien organizado. Hay que organizar en forma técnica una oficina que organice la propaganda y la recaudación. Esto tiene inmensas ventajas. Deja a la Iglesia más libre, prevenimos el evento no difícil que un día cercano la Iglesia pueda ser desposeída de los bienes que hoy la ayudan a vivir. No la hace una Iglesia que tenga que mirar al presupuesto y con ello a los políticos, y sobre todo ayuda a lo más urgente entre nosotros, dar a nuestros católicos el sentido de su pertenencia a la Iglesia.

La vida litúrgica haciendo participar a la asamblea en la oración oficial, la Acción Católica haciendo participar en el apostolado jerárquico, y el dinero del culto concebido no como un favor al Obispo o al Párroco, no como una prueba de amistad o de benevolencia hacia ellos, sino como el deber del católico de sostener su Iglesia, deben ser las tres grandes formas educativas de esta gran realidad sobrenatural: la Iglesia, Cuerpo Místico, Asamblea del Pueblo de Dios, acción comunitaria de todos, para extender en el mundo el Reino de Cristo. La Iglesia de Estados Unidos no fue de la Iglesia de los grandes reyes de la industria, sino de los humildes y pobres emigrantes irlandeses, alemanes y polacos. Ellos la levantaron porque la sentían de ellos. Ellos la mantienen porque la saben suya. Su Santidad Pío X cortó las relaciones con Francia. Combes desposeyó a la Iglesia de sus bienes. Entonces los católicos franceses sintieron que la Iglesia era suya y que a ellos correspondía mantenerla.

(7) *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*. Pastoral Colectiva del Episcopado, Cuaresma de 1962. Ed. Univ. Católica, Santiago (1962), 37 págs.

Dije que un plan de emergencia requería tres cosas: un plan de acción, una pastoral de conjunto y una disponibilidad del clero. He hablado del plan de acción. Diré breves palabras de los otros dos puntos.

Pastoral de conjunto

Hemos oído los años 1960 y 1961, las orientaciones claras y prácticas del Canónigo Boulard (8) y del P. Motte (9). No voy a repetirlas. Se ha publicado en Santiago un libro que reúne parte de esas conferencias. Lo recomiendo. Igualmente "Pastoral Popular" ha publicado otras de esas conferencias. De esas jornadas apareció claro que una pastoral de conjunto no puede nacer sólo de un decreto Episcopal. Se trata en primer lugar que todos: Párrocos, asesores, capellanes, educadores, etc., se reúnan para reflexionar sobre sus responsabilidades pastorales, para dar al trabajo la eficacia que se requiere.

Se trata en segundo lugar que gracias a esos encuentros todos se sientan Responsables en conjunto de una misma obra cumplida por medios diferentes.

Se trata en tercer lugar de UNIFICAR nuestro criterio pastoral y nuestra manera práctica de actuar frente a una realidad común. Se trata de una acción que no nace forzadamente de una orden ni de simples directivas generales. Tiene que ser REALISTA, nacer de la CONVICCIÓN y del mutuo CONTACTO entre las diversas fuerzas apostólicas e irse desarrollando en una forma METODICA y PROGRESIVA. Sería inaceptable y de consecuencias pastorales funestas, el encerrarse en su parroquia, en su obra, en su escuela, en su movimiento de Acción Católica. No podemos oponer Acción Católica especializada a parroquia. Ni escuela a parroquia. Ni religiosos a clero diocesano. Ni apostolado ambiental a apostolado directo. Todos se necesitan en el crecimiento de la Iglesia, pero a condición de que cada cosa se integre en el conjunto. Que la pastoral de conjunto no es ni una MERA FORMULA, ni una MODA del momento, ni un CAPRICHO PASAJERO; es UN DEBER que debemos, pese a cualquier sacrificio, realizar. La Iglesia nos llama a todos a hacer un trabajo de conjunto, a sacrificar juicios propios, a no encasillarnos en modos de ver, verdaderos quizás, pero parciales, a buscar todos los puntos convergentes en el pensamiento y en la acción.

-
- (8) Boulard, Canónigo. Sacerdote francés contemporáneo especializado en Sociología religiosa. Apóstol infatigable de la "Pastoral de conjunto". Trabajó con Gabriel Labras, autor de varias obras, especialmente *Problemas misioneros de la Francia rural*. Estuvo en Chile 1970 con el Padre Motte para iniciar la estructuración de la "Pastoral de conjunto" en Santiago y en Talca. Luego ha venido a Chile varias veces: Colaboró en el esquema sobre el escrito de los Obispos en el Concilio. Amigo personal de don Manuel.
- (9) Motte, P., Sacerdote franciscano contemporáneo, célebre por sus trabajos en las *Misiones interiores*. Actualmente Obispo auxiliar de Cambrai. Vino a Chile con Boulard.

II.

**LA IGLESIA
EN SUS GRANDES ACONTECIMIENTOS**

Centenario de la Redención

○ *La mirada de fe del tiempo, que posee Monseñor Larrain explica, por encima de un sentido pedagógico o un aprovechamiento hábil de las oportunidades, su atención permanente a los aniversarios y su respeto por las conmemoraciones.*

El Centenario de la Redención que lo tocó vivir —1933— es la primera ocasión de esta índole que lo mueve a una publicación de cierta amplitud.

LUZ EN LAS TINIEBLAS (1)
(1933)

“Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica”, repetimos cada día en el Símbolo de nuestra fe.

Estas páginas dedicadas a mostrar las grandes líneas del problema misionario son la expresión viviente de ese Credo.

Con la Iglesia, creemos con todas las fuerzas de nuestra alma en este movimiento salvador que se intensifica para llevar a todos los extremos de la tierra la “buena nueva” de Cristo.

Creemos en el porvenir espléndido de las razas de color, creemos que ninguna raza ni civilización tiene el monopolio del catolicismo según la palabra del Apóstol: “no hay ya judíos, ni griegos, ni esclavos, ni hombres libres, sois uno todos en Cristo”. Creemos en el trabajo del Espíritu Santo en el mundo, que desde sus comienzos lo dirige hacia la santificación por lentas y misteriosas rutas, creemos en una gran efusión de caridad fraterna y universal que es el gran mandamiento de Jesús y creemos en la fuerza de la Eucaristía para unir en esa caridad a todos los cristianos del mundo.

Tal creencia es la base de nuestra esperanza y del amor que debemos tener a la obra misionaria.

Para ayudar a llevar las almas a esa fe y a ese amor, han sido escritas estas sencillas líneas, cuya única ambición es la de exponer las grandes directivas dadas al mundo católico por los Pontífices Benedicto XV y Pío XI en sus geniales Encíclicas *Maximum Illud* y *Rerum Ecclesiae*.

Sean estas páginas la expresión humilde y sincera de nuestra devoción a la Iglesia Santa y a su Vicario que en esta etapa de la historia del mundo, al cumplirse mil novecientos años de la obra redentora, continúan realizando la orden del Maestro a Pedro el Pescador: “Duc in altum” (2), *avanza mar adentro*.

Año Santo de 1933.

XIX Centenario de la Redención.

(1) Santiago, imprenta S. José, (1933), 42 págs.

(2) *Lc. V, 4*.

El problema misional

Un notable escritor francés de nuestros días. Georges Goyau, ha escrito, no hace mucho, una obra con este título: *La Iglesia en marcha*, en la cual presenta los grandes cuadros del movimiento misional. En realidad el título de la obra es evocador y responde plenamente a lo que ese movimiento significa; una marcha de conquista espiritual, de crecimiento del Cuerpo místico de Cristo, de penetración del espíritu cristiano en culturas que comienzan a levantarse y que lenta pero seguramente van recibiendo el influjo vivificador del evangelio.

De hecho, en los últimos treinta años y especialmente en los que han seguido a la gran guerra, el mundo asiste a un despertar creciente del espíritu misional; las Congregaciones de este género aumentan extraordinariamente su número, las obras y publicaciones se multiplican por doquier, el movimiento misionero prende en las Universidades. Seminarios y Colegios y entre los fieles las voces de los Pontífices que invitan a todos sus hijos a cooperar en esta cruzada, son dócilmente escuchadas y seguidas.

No se puede sin emoción contemplar el magnífico cuadro de la actividad misional contemporánea sin traer inmediatamente a la memoria las palabras de la Sabiduría "el Espíritu del Señor repleta toda la tierra" (3) no se puede sentir, el ardor que anima a los soldados de esta nueva cruzada sin repetir el cántico triunfal de la liturgia: "Vexilla Regis prodeunt" (4) ni convencerse que ha llegado la hora de emprender la conquista del mundo para Aquel en quien solo está la Verdad y la Vida.

La Acción Católica, cuyo fin inmediato es la cristiana formación de las conciencias ha querido desde el comienzo de su organización dar el mayor realce posible al día misional establecido por S. S. Pío XI a fin de hacernos comprender mejor el sagrado deber que todos tenemos de cooperar en una forma u otra a esta obra de dilatación del reino de Cristo. Este folleto responde al objeto de secundar esa hermosa iniciativa de la Junta Nacional. ¿Por qué estamos obligados a trabajar en la obra misional? Tal es el primer punto que desarrollaremos.

I. *Deber sagrado*

El tratar del problema de las misiones en la hora actual requiere el exponer previamente los fundamentos de nuestra obligación de interesarnos en ellas para que así se grave más claramente la idea de que ésta es una obra *esencial* al verdadero espíritu católico.

(3) *Sb. 1,7.*

(4) Las banderas del Rey avanzan.

1) La obligación de cooperar a las misiones católicas reposa *primeramente* en el fin de la Iglesia. En efecto:

Cristo fundó su Iglesia para que en ella y sólo en ella encontraran los hombres la salvación. El Antiguo Testamento la figuraba ya en el Arca de Noé como el único sitio seguro donde la humanidad podría hallar refugio contra los embates del mal, la historia de la Iglesia confirma con la elocuencia de los hechos esta verdad, que se resume en el grito de fe del gran S. Cipriano: "extra Ecclesiam nulla salus" (5).

Dios quiere la salvación de todos los hombres, su gracia jamás se niega a quien lo busca con corazón recto y sincero, pero sin fe sobrenatural esa salvación no se alcanza "sine fide impossibile est placere Deo" (6).

Esa fe se infunde en el Bautismo, sacramento de iniciación divina que nos abre las puertas de la Iglesia y nos incorpora al Cuerpo místico de Cristo. Pero para llegar a él se requiere la acción de otros hombres, ya que en su plan de salvación Dios quiso que fuésemos los artífices de la redención de nuestro hermano.

"¿Cómo, dirá el Apóstol S. Pablo, creerán a aquel que no oyeron? y ¿cómo oirán sin predicador? y ¿cómo predicarán si no fueron enviados? Así como está escrito ¡cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes" (7).

La Iglesia es arca única de salvación, nuestro deber es llevar a nuestros hermanos que se encuentran fuera de ella.

Pero hay más: la Iglesia es *Católica* o sea universal, su acción no puede circunscribirse a una determinada raza o nación. Ella extiende con solicitud maternal sus brazos a todo el universo; ella siente la necesidad de llevar hasta los últimos confines del mundo su evangelio de vida; ella escucha la voz doliente de tantas almas que claman ansiosas por el pan de verdad y ante este espectáculo siente necesidad de concentrar sus fuerzas y llama a sus hijos fieles para que todos unidos emprendan la conquista de ese mundo pagano aún sumido "en las tinieblas de muerte".

La Iglesia una, santa y católica es también *apostólica*, o sea, edificada "sobre el fundamento de los apóstoles" (8); como ellos, ha recibido la misión de predicar el evangelio a "todas las creaturas" (9) y derramar sobre sus frentes el agua regeneradora: pero esta misión no puede alcanzarla sin la cooperación de los fieles que en una forma u otra deben trabajar en esta cruzada que traerá a sus almas la recompensa maravillosa de esa alegría interior y desbordante de encontrar a Jesucristo doquiera El vive, de reconocerlo en todas las almas, de reconocerlo aún en la sonrisa del Negro y en el ojo oblicuo del Chino.

(5) tr.: "fuera de la Iglesia no hay salvación".

(6) tr.: "Sin fe es imposible agradar a Dios". *Hb.* 2,6.

(7) *Rm.* 10, 13-15.

(8) *Ef.* 2, 20.

(9) *Mc.* 16, 15.

2) Si la obra de cooperar a las misiones encuentra su fundamento primero en el fin de la Iglesia, de modo que el poseer el espíritu misional es algo inherente al católico, hay un segundo motivo tan importante como el primero, ya que es la práctica del mandamiento máximo de la ley de Dios: *la Caridad*.

Por el precepto de la caridad todo cristiano está obligado a socorrer a su prójimo en una necesidad grave, sobre todo espiritual; idea que S. S. Pío XI expresa solemnemente en la Encíclica "Rerum Ecclesiae" (sobre las Misiones) diciendo:

"No se necesita insistir para demostrar cuán lejos estarían de la virtud de la Caridad que mira a Dios y todos los hombres si aquellos que pertenecen al rebaño de Cristo no se preocupasen de los míseros que caminan lejos de El. El deber de caridad que nos liga con Dios exige no sólo que procuremos aumentar el número de aquellos que lo conocen y adoran en espíritu y verdad, sino también que atraigamos al reino del amabilísimo Redentor cuantos más podamos a fin de que cada vez resulte más fructuosa la utilidad de su sangre "utilitas in sanguine". Si Jesucristo, añade poco después el Pontífice, dio como carácter distintivo de sus seguidores el amor mutuo ¿podríamos demostrar, quizás a nuestro prójimo caridad mayor o más insigne que al procurar librarlo de las tinieblas de superstición e instruirlo en la verdadera fe de Cristo? Cualquiera que ejercita esta obra de caridad a la medida de sus fuerzas demuestra que estima el don de la fe cuanto es justo que se estime y además manifiesta su gratitud a la bondad de Dios participando a los pobres infieles ese mismo don y con él los otros bienes que le están unidos".

Si el vaso de agua dado en su nombre, dijo Jesús, que no quedaría sin recompensa ¿qué diremos de aquellos que dan a su hermano la gracia de Dios y comunican a sus almas la vida de Cristo?

Y al mismo tiempo ¿qué diremos de tantos cristianos que viven indiferentes ante el problema terrible de la salvación eterna de su prójimo?

Hay quienes se conmueven ante la miseria física y ejercitan en ella su caridad, pero que al mismo tiempo olvidan la más grande de todas las miserias, las más insaciables de todas las hambres; la miseria de las almas, el hambre de vida eterna.

Y sin embargo, el desinteresarse de más de mil millones de seres humanos que se pierden significa —y esto lo afirma el Papa en su Encíclica— "falta de caridad hacia Dios y hacia el prójimo". Esta virtud divina de la caridad nos da el segundo motivo para interesarnos en las misiones y trabajar por dar a esos hermanos, como dijo el poeta:

"Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos
pan de ideas para el hambre de sus almas".

(*Gabriel y Galán*)

3) Una *tercera* razón viene a añadirse a las dos primeras señaladas; las insistentes voces de los dos últimos Pontífices.

No podemos hablar actualmente de devoción al Papa, ni decir sinceramente que deseamos sentir con el Pontífice romano si no amamos

verdaderamente la obra misional, ya que esta nueva cruzada ha sido uno de los grandes ideales que han animado los dos últimos Pontífices, especialmente los autores de las Encíclicas *Maximum Illud* y *Rerum Ecclesiae*, Benedicto XV y Pío XI, que en estos documentos han trazado admirablemente las normas del apostolado misional y dado lo que pudiera llamarse la “Carta Magna de las Misiones Católicas”.

4) Un último motivo para interesarse en las misiones indicaremos tan sólo, porque su desarrollo completo daría tema para extenderse largamente; el *momento actual* de la historia del mundo que vivimos. Como nunca este momento es la *hora de las misiones*, como nunca se repite la palabra del Maestro: “Mirad que los campos están blancos ya para la cosecha”, (“Videte regiones quia albae sunt jam ad messem”) como nunca está en nuestras manos el porvenir de muchos siglos y pueblos.

“Vivimos una época de evoluciones prodigiosas, escribe el P. Dubois, de transformaciones rapidísimas que si de una parte han traído para la Religión grandes obstáculos, de otra han roto muchas barreras que se oponían a su difusión. El mundo negro, por ejemplo, se halla agitado de una necesidad prodigiosa de sustraerse a una degradación que durante siglos le ha procurado todas las vergüenzas, todas las esclavitudes, todas las torturas. Hoy se siente poseído del deseo ardiente de alcanzar el plano de la civilización de las razas privilegiadas, está ávido de saber; porque todo lo que ve y aprende se le presenta con la fascinación de maravillosas revelaciones. Al poseer la conciencia de su valor, de su fuerza, de sus derechos, las razas más degeneradas adquieren también conciencia de su razón. Se avergüenzan de su propia degradación y comprenden que sus ridículos amuletos, sus creencias infantiles no pueden mantenerse en pie. Pero el vacío del alma que las supersticiones de la idolatría no lograban llenar, les hace sentir un llamado violento a lo sobrenatural, sienten ansias de algo puro y noble que colme sus corazones y eso explica también, en parte, esos grandes movimientos de conversión al catolicismo que nos narran nuestros misioneros”.

Es la hora de las misiones. “Cuando sentimos que Dios nos falta, ha dicho Bourget, es porque está muy cerca”. El ansia de verdadera vida sobrenatural hace más propicia que nunca la obra de la evangelización.

¿Irán a perderse esas almas que buscan afanosas la luz por no haber quien las alumbre?

¿Se repetirá el grito doliente de Isaías: “los niños pidieron pan y no hubo quien se los diese”?

El mundo católico tiene la respuesta a estas angustiosas preguntas. Todos nosotros, igualmente la tenemos.

Si esas almas que de una parte reconocen la falsedad de sus antiguas creencias paganas no encuentran el camino que las lleve a la verdadera fe, caerán tarde o temprano en la absoluta incredulidad, en el ateísmo, en la negación de toda moral y terminarán arrojándose en los rojos brazos del comunismo ruso que ha comprendido el inmenso campo que el Africa y el Oriente le presentan y desarrollan ahí sus más potentes energías.

Una de las características de nuestro tiempo es el ver cómo los espíritus rectos, las almas ansiosas de certeza se orienta cada vez más hacia la Iglesia. Es un doble movimiento que se observa en todo el mundo y especialmente en los países de misiones; hacia la negación total de parte de los que quieren librarse de toda ley moral, y hacia la verdad total de los que ven que la vida no tiene sentido sin un destino sobrenatural. Como magistralmente decía S. S. Pío XI en su Encíclica de 3 de mayo de 1932 *Caritate Christi*:

“En esta lucha se ventila el problema fundamental del universo y se trata la más importante cuestión sometida a la libertad humana: *con Dios o contra Dios*: es ésta nuevamente la elección que debe decidir el destino de la humanidad; en la política, en las finanzas, en la moralidad, en las ciencias, en las artes, en el Estado, en la sociedad civil y doméstica, en Oriente y en Occidente, en todas partes asómase este problema como decisivo por las consecuencias que de él derivan (10).

Es ésta, pues, como nunca la *hora misional*. Muchos siglos de fe o de impiedad dependen de este momento. Muchas almas esperan de nosotros la vida eterna o el permanecer eternamente “sentadas en las sombras de la muerte”.

Quisiera que en las mentes de todos los que leen estas líneas se grabaran con caracteres indelebles estas palabras del actual Pontífice pronunciadas en la homilía de Pentecostés de 1922 al celebrarse en la Basílica de san Pedro el tercer centenario de la Congregación de Propaganda Fide.

“No haya nadie que deje pasar en vano el momento solemne de tantas esperanzas para una gran difusión de la gracia redentora. Que aún una alma sola se pierda por nuestra tardanza, por nuestra falta de generosidad, que aún un solo misionero deba detenerse por faltarle los medios que le habremos rehusado, es una inmensa responsabilidad en la cual quizás no hemos pensado con frecuencia en nuestra vida”.

II. *Diana sagrada*

Hemos expuesto los fundamentos de nuestro deber misional; digamos dos palabras sobre el movimiento de las misiones en nuestro tiempo.

El siglo XIX había asistido a un renacimiento de la expansión misionaria. La obra de extensión comenzada junto con el nacer de la Iglesia, seguida por los intrépidos monjes que evangelizaron las razas bárbaras del norte de Europa, continuada en la Edad Media en los países de

(10) *Caritate Christi Compulsi*. 3 de mayo, 1932.

Oriente sometidos al yugo de la Media Luna, intensificada en el comienzo de los tiempos modernos por esa empresa grandiosa que lleva a Francisco Javier al Japón y la India y envía a los intrépidos misioneros en medio de los bosques de nuestra América virgen, se aumentan aún más en el pasado siglo. Entre diócesis, vicariatos y prefecturas habíanse creado más de 230 en *tierras paganas*, pero esto no bastaba al corazón apostólico de *Benedicto XV* que entreveía un porvenir más fecundo y próspero. El mundo católico, pensaba, no ha derramado aún sobre el pagano todos los abundante recursos que la fe y la caridad deben poner en el corazón de 300 millones de fieles. De este pensamiento nació la *Maximum Illud* de 30 de noviembre de 1919. Esta Encíclica, al decir del Cardenal Van Rossum, ex prefecto de Propaganda Fide, que acaba de fallecer hace pocos meses,

“era la *diana sagrada* que en el vasto programa de restauración de *Benedicto XV*, debía estimular la obra más completa y concorde del apostolado cristiano. Recogiendo el grito de compasión salido de los labios del Redentor divino “*alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovile et illas oportet me adducere*” (11). La Encíclica aparecía atormentada de esa sed de almas que abrazó el corazón de los apóstoles obedientes al mandato divino: “Id y enseñad a todas las gentes”, y resumía con entusiasmo igual a la grandeza de la hora, el programa de aquella misión de fe y cultura cristiana que al través de los siglos han confiado los Romanos Pontífices a los intrépidos misioneros”.

En el desarrollo mismo del trabajo mostraremos cómo fue escuchada la voz del gran Pontífice de la paz, baste por ahora señalar que en el primer lustro que siguió a la promulgación de la Encíclica (1919-1924) fueron fundados en los países católicos 45 nuevas asociaciones en favor de las misiones.

El movimiento misionario estaba lanzado. El mundo católico recogía con veneración y con ardiente voluntad de poner pronto en práctica la invitación de S.S. *Benedicto XV*. Su sucesor, el genial y santo Pontífice de la hora actual, heredero del corazón ardiente y apostólico de Pío X y *Benedicto XV*, debía continuar la gran obra. Y he aquí que un día el mundo emocionado oyó estas palabras que partían del sucesor de Pedro: “Mientras nos quede un soplo de vida experimentaremos hasta la ansiedad esta preocupación de las misiones lejanas”.

Era la Encíclica *Rerum Ecclesiae* que aparecía el 28 de febrero de 1926. El fin de este documento era a más de una reglamentación de orden interno, el aumentar, según sus propias palabras.

“El ardor de los fieles por la gran obra de la evangelización, procediendo de suerte que misioneros más abundantes y más abundantemente provistos de los conocimientos necesarios a sus ministerios fuesen enviados en las inmensas, casi ilimitadas regiones que no han recibido aún la buena nueva”.

(11) Tr.: “Tengo otras ovejas que no son de este redil y que es necesario buscarlas”. Jn. 10,16.

Una vez más al afrontar este problema de las misiones S. S. Pío XI aparece como el Maestro de vastos horizontes que en su magna Encíclica traza el libre camino de las misiones según las antiguas tradiciones de la Iglesia y las modernas aspiraciones de los pueblos, como el Pontífice del reinado de Cristo que todas las obras de su ya fecundo pontificado las encamina a tan grande y supremo fin.

III. *El campo misionario*

El conocimiento cabal del problema misional exige no tan sólo el saber nuestro deber o el contemplar a grandes rasgos lo que la Iglesia hace, sino el conocer, lo más precisamente que un ligero estudio permita el campo donde esa obra se desarrolla, los medios que emplea, los obstáculos que encuentra, las esperanzas para el futuro que la asisten. Es lo que en esta parte trataremos de bosquejar.

1) *¿Cuál es el campo misional?* "Id por el mundo universo" (12). "Enseñad a todas las gentes". Con estas palabras señaló Cristo el campo misional; es toda la tierra la que debe ser conquistada al suave yugo del Evangelio. Salida de las manos divinas, creada para su gloria, redimida por la sangre del Cordero inmaculado, la tierra entera es propiedad de Dios.

La conquista de ese campo ha sido ideal continuo que la Iglesia ha tratado de realizar desde Cristo a nuestros días, labor que si hubiéramos de describirla gráficamente podría presentarse como una línea jamás interrumpida ya que la Iglesia ha permanecido siempre fiel al programa que su divino Fundador le trazara, continuando en forma creciente al través de los siglos su obra evangelizadora.

La antigüedad cristiana vio establecerse a la Iglesia en los países mediterráneos, la Edad Media la contempló penetrando en toda Europa, los tiempos modernos asisten a su extensión en todos los lugares de la tierra.

Uno de los motivos que llenan de mayores esperanzas en la época actual al corazón católico es el contemplar los pasos gigantescos que las misiones han dado en el siglo pasado y en el primer cuarto del presente. Del Oriente al Occidente y de un polo al otro se encuentran actualmente obispos, sacerdotes y fieles y entre los pueblos sumidos en la sombra de muerte el espíritu católico penetra. Los Oblatos de María Inmaculada han plantado la Cruz en las regiones polares, entre los esquimales más septentrionales del mundo como para dar cumplimiento a las palabras pro-

(12) *Mt. 28, 19.*

féticas del Salmo 18: "*In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae, verba eorum*" (13).

No hay, puede decirse, en el mundo un territorio de alguna extensión y suficientemente poblado, sea entre los hielos del Norte o entre las islas perdidas del Pacífico, que no dependa de algún pastor enviado por Roma para transformarlo en tierra cristiana.

2) *Las tinieblas del error*. Pero . . . , el triste pero de todas las cosas de la tierra, esta difusión maravillosa es sólo el *comienzo* de una conquista; el camino es largo, la tarea es inmensa.

En los momentos actuales, después de 1900 años de existencia de la Iglesia Católica ejerce su suave dominio espiritual *apenas* sobre una *quinta parte* de la humanidad. Una quinta parte de católicos, una quinta parte entre cismáticos y protestantes, *tres quintas partes* de infieles; tal es la división religiosa del mundo.

1.726 millones de hombres pueblan la tierra y de éstos tan sólo 305 millones son católicos, 158 millones cismáticos, 220 protestantes y la horrible cifra de *1.043 millones* de no cristianos.

1.726 millones de hombres ¿qué idea tienen de Dios? he aquí la respuesta: 1.043 millones de paganos ignoran al verdadero Dios, desconocen el mandamiento primero de su ley "yo soy el Señor tu Dios, no podrás tener otro Dios fuera de mí". Cristo redimió el mundo, con su sangre divina y sin embargo el 61% de la humanidad no reconoce a Cristo como Hijo de Dios ante quien toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y en los abismos.

683 millones creen en Cristo, pero de esos 378 millones son cismáticos o herejes que andan errantes lejos de la Iglesia Católica, único puerto de salud, y tan sólo 305 millones pertenecen al verdadero rebaño de Cristo.

¡Cuatro quintas partes de la humanidad marcha sin guía en el desierto de la vida y tan sólo una quinta se somete al dulce yugo de Cristo!

Estas cifras deberían aparecer diariamente ante los ojos de cada católico como una muda pero angustiosa pregunta: "¿y yo que hago por dilatar el reinado de Cristo?"

"Se queda dolorosamente sorprendido, escribía Su Santidad Benedicto XV, al encontrar aún hombres sentados en las tinieblas y sombras de la muerte"; es ese ejército de mil millones de paganos que inquieta al Sumo Pontífice reinante a tal punto que, según sus propias palabras "le es imposible encontrar reposo a su espíritu".

Imaginémonos que el mundo pagano se colocase en una apretada fila, unos al lado de otro, la cadena humana que formarían daría 40 veces vuelta la tierra. Si hubiese de desfilar ese ejército delante de nosotros su paso continuo tardaría 25 años.

¿Quiénes lo forman?

(13) tr.: por toda la tierra resonaron sus voces y hasta los últimos confines del orbe llegaron sus palabras.

Son los 13 millones de hebreos que aun repiten el grito deicida "no queremos que Este reine sobre nosotros", es el Sintoismo con sus 24 millones que domina en el Japón y cuya doctrina se resume en su sentencia fundamental "sigue tu naturaleza y obedece al emperador". Son los 138 millones de budistas desorientando numerosos pueblos. Es el animismo con sus 158 millones de adeptos venerando las fuerzas ocultas de la naturaleza. Son los 200 millones de indúes, los 240 millones de mahometanos, los 270 millones que siguen el Confucionismo.

Estas cifras que nos dan la medida religiosa del mundo deberían meditarse de rodillas delante del Crucifijo.

Después que la ciencia ha explorado la tierra en todos sentidos, que las potencias se han dividido el globo sujetando a los pueblos y organizado el comercio de modo de aprovechar hasta el último pedazo de tierra ¿qué se ha hecho en tanto por las almas?

Nuestros misioneros se desparraman por el mundo entero, su caridad ardiente penetra las selvas y cruza los desiertos, pero la mies inmensa ondea a lo lejos y los brazos generosos de la Iglesia se hacen insuficientes para la gran cosecha.

Si comprendiésemos mejor nuestro deber misional, nuestra obligación de orar y trabajar por estas tierras lejanas, si pensásemos en la sublime empresa que Cristo ha confiado a todos sus hijos el encomendarles la salvación del mundo ¡cuán pronto avanzarían las banderas del divino Rey (14).

III. *El misionero y sus ayudantes*

Ante esta masa inmensa de paganos ¿cuál ha sido la labor de la Iglesia?

Como dice S.S. Pío XI al comienzo de la Encíclica varias veces citada "Rerum Ecclesiae":

"Al recorrer con atención los Anales de la Iglesia, no puede pasar inadvertido a ninguno cómo desde los primeros siglos del Cristianismo los Romanos Pontífices dirigieron sus principales cuidados y atenciones en difundir la luz de la doctrina evangélica y los beneficios de la civilización cristiana entre los pueblos que aún yacían en las tinieblas y sombras de muerte, sin detenerse jamás por las dificultades u obstáculos que se opusieran".

(14) Damos el siguiente cuadro sobre el lugar del catolicismo en el mundo, cuadro que debiera sacudir más nuestro egoísmo:

<i>Europa</i>	194 millones de católicos sobre	450 millones de habitantes
América	90 " " "	200 " "
(Norte y Sud)		
Oceanía	9 " " "	65 " "
Asia	7 " " "	850 " "
Africa	4 " " "	135 " "
Todo el mundo	304 " " "	1.700 " "

(Estos datos dados por el Obispo son de 1933).

La avanzada del ejército misionero comenzó con los Apóstoles a cuya muerte otros tomaron de sus manos la bandera victoriosa de la Cruz para llevarla hasta los confines de la tierra. En todos los siglos se han enrolado falanges de voluntarios en el ejército de Cristo a servicio de las misiones y aún hoy, los católicos se presentan por miles para seguir el estandarte del Gran Rey.

El ejército misionero católico cuenta hoy, según las últimas estadísticas con 121.752 miembros, de los cuales 12.712 son sacerdotes, 4.456 hermanos, 30.756 religiosas y 73.828 coadjutores.

¿La razón de ser de este ejército? podría preguntarse alguien. Porque Cristo Rey universal, lo ha querido, es la respuesta. ¿Su fin? Trabajar por Cristo, Rey de paz. ¿Su retribución aquí en la tierra? La misma que S. Pablo, el gran Misionero, narraba de él en su epístola 2ª a los Corintios (Cap. XI) "en caminos muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros en el mar... en trabajo y fatiga, en muchas vigiliass, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez"; pero aún con el mismo Apóstol podrán añadir llenos de gozo "y yo de muy buena gana daré lo mío y me daré a mí mismo por vuestras almas".

Pero ante la enorme masa pagana ¿qué cosa significa este pequeño ejército sino una gota de agua en medio del océano? y es por esto que del campo en que trabajan se repite con más fuerza el urgente llamado "¡más misioneros al frente de batalla!"

12.712 sacerdotes ¿cuál será su campo de trabajo? Como lo demuestran los datos más recientes el trabajo de *cada* misionero tiene como campo: en Asia 905 católicos y 107.000 paganos, en Africa 962 católicos y 46.000 infieles, en América (en territorios de misión) 2.007 católicos y 18.000 paganos, en Oceanía 554 católicos y 3.645 paganos.

La desproporción desalentaría si no se pensase que sobre ella está la gracia de Cristo, que con esa gracia divina triunfaron los apóstoles y con esa misma triunfará también el pequeño ejército misionero.

El clero indígena

En su Encíclica sobre las misiones ya varias veces citada, S. S. Pío XI daba importancia especial a la formación del clero indígena y exhortaba a los Prelados y Vicarios apostólicos tratasen con todo empeño de promover en sus misiones respectivas esta obra de vital importancia y que puede justamente llamarse la flor más noble del trabajo misional.

Hoy más que nunca, en que un soplo de nacionalismo sacude el mundo, se hace más urgente en los países de misiones el establecimiento de una Iglesia indígena, de tal modo que puede decirse es ésta la solución al problema de la evangelización del mundo.

Esta Iglesia indígena es requerida por las aspiraciones humanas a base nacionalista a que me refería antes. Los paganos no se sienten atraídos por una Iglesia de aspecto europeo. Es necesario comprender la mentalidad del hombre de color ante el catolicismo. Para ellos el catolicismo es sinónimo aparente de europeísmo, y el europeo en esos territorios dista mucho en su política colonial y en sus costumbres de inspirarse en los principios y en la moral de nuestra religión.

Si el catolicismo aparece ante los ojos paganos sinónimo de europeísmo se comprenderá fácilmente el gran peligro que esto trae para nuestra causa pues, por una parte la opresión blanca se ha hecho sentir duramente en los países de misiones y por otra la revuelta de los oprimidos aumenta cada día mayormente. El triunfo cierto y próximo de las razas de color es un hecho incontestable ¿quién no ve las consecuencias desastrosas que tendría el tratar de hacer aparecer unidos, más aún confundidos, la religión católica y el concepto de europeo?

Pero desde la nave de Pedro, el Vigía eterno vela por los intereses de la grey que le ha sido confiada, y la voz de los Pontífices resuena para alentar la empresa gigantesca de la formación de un clero indígena. "Porque en realidad un clero indígena numeroso y completo es la condición *"sine qua non"* del progreso constante de las misiones, es también y sobre todo el fin mismo de la empresa misionaria que consiste en plantar la Iglesia en tierra infiel y hacerla echar raíces en un suelo que debe llegar a ser suyo". Más aún, es como insinuábamos antes el solo medio de prevenir las terribles persecuciones que los nacionalistas exaltados podrían a menudo provocar contra una iglesia de aspecto europeo y evitar así la ruina total de las misiones ahí donde esos movimientos hubiesen ya arrojado a los misioneros extranjeros. Nadie duda que el acentuarse de las cuestiones nacionalistas, cada día más vivas, haya determinado a S. S. Pío XI a escribir la segunda parte de su Encíclica *Rerum Ecclesiae*. Vuelve en ella a insistir en las normas de acción expresadas por su ilustre predecesor en la *Maximum Illud*, normas que son la simple aplicación de los grandes principios del apostolado católico tan a menudo recordado por los Soberanos Pontífices.

La insistencia misma con la cual Roma ha repetido sus declaraciones y ha comenzado su trabajo muestra que ella ve en todo retardo una negligencia fatal. Es necesario inmediatamente cubrir el Asia, el Africa y la Oceanía de grandes y pequeños seminarios, es necesario enviar ahí gran número de profesores escogidos, es necesario desarrollar en proporciones increíbles todos los factores de la grande obra de la evangelización del mundo mientras aún es tiempo. El mañana es incierto (15).

(15) Para conocer mejor el pensamiento de S. S. Pío XI respecto del clero indígena como también respecto de los deberes del misionero y de los inconvenientes que tiene que evitar, se recomienda la lectura de la Carta apostólica de S. S. Pío XI a los Superiores de Misión en China, de fecha 15 de junio de 1926. Esta Carta puede considerarse como un complemento de la *Rerum Ecclesiae*.

IV. *La obra misional en los países cristianos*

Los países de misiones son en los momentos actuales campos de intensa labor católica, de generoso esfuerzo de apostolado en las diversas manifestaciones que éste puede revestir; catecismos, escuelas, hospitales, orfanotrofios, leproserías y especialmente el trabajo estrictamente misional o sea la predicación y la administración de los sacramentos. Pero esta labor ¿es comprendida en el resto del mundo católico, encuentra cooperación en los países cristianos?

Es lo que brevemente respondemos, ya que el enumerar las diversas obras creadas para ir en auxilio de las misiones exigiría un grueso volumen. Al que desee conocer más a fondo esta materia lo remitimos a la profunda y documentada obra del P. Bernardo Arens, S.J., titulada *Manuel des Missions Catholiques* (16).

Al contemplar la actividad misional en los países católicos vemos que la voz de los Pontífices no ha resonado en vano; por doquiera han florecido asociaciones para ayudar sea espiritual, sea intelectual, sea económicamente a las misiones. En la imposibilidad de enumerar siquiera la enorme cantidad de esas asociaciones nos contentaremos con nombrar las tres obras pontificias de la Propagación de la Fe, la Santa Infancia y la de San Pedro apóstol para el clero indígena.

La primera, fundada en 1822, ha sido trasladada de su sede central de Lyon a Roma. Al cumplir hace diez años un siglo de existencia mostraba la suma recogida en esos cien años y que alcanzaba a cerca de 500 millones de francos.

Al lado de estas obras pontificias florecen las innumerables de carácter particular, de las cuales por no citar sino algunas recordaremos la Asociación de san Pedro Claver fundada por la Condesa Ledochowska hermana del actual General de la Compañía de Jesús y la Unión misionaria del Clero fundada en 1916 por el P. Manna, del Seminario de Misioneros extranjeros de Milán. Pasan de 240 las asociaciones florecientes en los países católicos para ayudar a la obra de la evangelización del mundo.

La exposición misionaria organizada por S. S. el año 1925 con ocasión del año jubilar dio ocasión a los 500 mil peregrinos que acudieron entonces a Roma de poder comprobar la difusión cada vez mayor que adquiere esta cruzada de conquista espiritual.

¿No servirán estos datos para estimularnos poderosamente a poner también nuestro grano de arena en la extensión del reino de Cristo?

Al lado de este gran número de asociaciones misioneras se ha visto aparecer la publicación de numerosas revistas en favor de las misiones. Este desarrollo de publicaciones ha sido favorecido por el movimiento de la ciencia de misiones que tuvo su primer impulso en 1910 en Münster de Westphalia y que se dirigía especialmente a los hombres de letras y estudiantes. Las revistas fundadas en estos tres cuartos de siglo, tratan en general de desarrollar en sus lectores un conocimiento más profundo

(16) Editions de Museum Lessianum - Sections Missiologiques, N° 3.

de la obra de las misiones. Pasan de 415 las revistas sobre misiones que actualmente se publican en Europa y Norte América. De un modo especial quiero recordar la hermosa revista española editada en Burgos *El siglo de las misiones*, publicación dirigida por los padres de la Compañía de Jesús.

Por sus descripciones de los países y de sus habitantes, por su exposición de la situación religiosa de los pueblos paganos, civilizados o bárbaros, por sus datos sobre el comercio, la industria, la agricultura y las artes de esas lejanas tierras, las revistas de misiones contribuyen a enriquecer nuestros conocimientos. Sus estudios sobre la creación y extensión de las misiones, sus biografías de misioneros célebres, dan una preciosa ayuda a la historia de la Iglesia. Las ciencias profanas han sido a su vez beneficiadas con los artículos aparecidos en esas publicaciones. La vida de fe y el sentimiento del deber moral encuentra ahí nuevos estímulos y la caridad un inmenso campo de ejercicio.

Ciencia Misionera

No sería completa la breve reseña que tratamos de dar sobre el movimiento misional católico en nuestros días si no dijésemos algunas palabras sobre el estudio científico de los problemas misionales. La ciencia de las misiones puede definirse según palabra de un ilustre religioso belga “como el estudio y exposición crítica y metódica del apostolado cristiano, de sus principios, de sus normas, de su desarrollo efectivo” (15).

La ciencia de las misiones comprende por tanto dos ramas principales: la misionología que es la exposición de los principios y leyes fundamentales del apostolado y la historia propiamente dicha que es la exposición de los hechos con que ellos se relacionan.

Alemania ha sido el punto de partida de estos estudios. Citaremos solamente el Instituto internacional de estudios de misionología fundado en 1911 y al cual se deben interesantísimas publicaciones acerca de lingüística, etnología, geografía y cartografía, la organización de cursos y la celebración de semanas de misionología. De especial importancia han sido también los Congresos que cada año se celebran en Lovaina bajo la sabia y entusiasta dirección del P. Pierre Charles, como igualmente la obra ahí mismo establecida entre los estudiantes conocida por sus iniciales con el nombre de la Aucam o sea Asociación Universitaria católica en ayuda de las misiones.

Listo ya para ser entregado a la imprenta este trabajo, llega la noticia de la Creación de la Facultad de Misionología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, cuya solemne apertura se realizó al

(17) Arendt.

iniciarse el año académico, 4 de noviembre, de 1932. El fin que se propone esta nueva Facultad es la apta formación ya de misioneros que vayan a dilatar el reino de Cristo en tierras infieles con plena preparación para tan ardua empresa, ya la de misionólogos peritos en la ciencia misional que sean después aptos para la dirección de obras de este género.

La formación que la Facultad dará en los tres años de que consta no será meramente teórica sino que ayudará a estas investigaciones el estudio práctico del derecho, etnología, lingüística, etc., de los países de misión.

El Decreto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades que crea en la primera Universidad eclesiástica del mundo, esta facultad, demuestra claramente el interés creciente de la Iglesia en el estudio profundo de los problemas relacionados con la obra misional.

Que estos breves datos de la labor que en otras partes se realiza sirvan para encender nuestro entusiasmo y acrecentar nuestro celo.

V. *La actualidad de las misiones*

Nunca como en la hora actual ha resonado con más fuerza la voz de Cristo llamando a la gran obra del apostolado cristiano; es un hecho, dondequiera el mismo llamado estalla. Que se interroguen las cosas o que se escuche al Papa es siempre el mismo mandato perentorio; la hora es urgente, es necesario en el mundo preparar el camino a Cristo y a su Iglesia. Como admirablemente dice el P. Charles: "por mucho tiempo habíamos creído que nuestra vida podía emplearse al servicio de los cristianos. Actualmente comprendemos mejor que ella debe emplearse al servicio del cristianismo. Y el cristianismo no es solamente el bienestar aún espiritual de los cristianos, es ante todo la necesidad de hacer cristianos a los que no lo son, es el camino hacia adelante, la Epifanía y Pentecostés, la manifestación de Cristo a los gentiles y la necesidad dolorosa y exaltante a un tiempo del mundo entero que se debe convertir".

Es ahora mismo, y no en 20 ó 30 años cuando debe desarrollarse un esfuerzo misionero de una amplitud sin igual en la historia del cristianismo. Es durante el presente siglo, cuando la Iglesia pide a los países católicos una contribución extraordinaria para la obra de las misiones. Y si Ella los invita a hacer grandes sacrificios es porque se encuentra ante problemas agudos por la urgencia que en todos se revela.

Sí; para la obra de la evangelización del mundo hay urgencia extrema.

Urgencia porque el protestantismo lleva hasta los confines de la tierra un mensaje falsificado y hace a la verdadera Iglesia una violenta oposición. Hay datos que realmente alarman sobre el avance protestante en las tierras de misión. En la India, por ejemplo, mientras el nú-

sacerdotes extranjeros y aún indígenas horriblemente asesinados, cristianos muertos u obligados a la apostasía, iglesias transformadas en salas de meeting comunistas, escuelas católicas cerradas u obligadas a enseñar las doctrinas comunistas, oficios sagrados prohibidos, propiedad de las misiones confiscadas, comedias y cortejos ridiculizando la religión al grito de abajo la religión católica, abajo los sacerdotes, muera el pudor.

Pero, el mundo debe pertenecer a Jesucristo. Si los enemigos se lo disputan no nos queda a los católicos sino anticiparnos en su conquista. Oponer propaganda a propaganda y, sobre todo, cristianizar lo más pronto y sólidamente las tierras aún libres del veneno bolchevista, he ahí el gran objetivo de las misiones católicas.

Urgencia en la obra misional, porque como, poco antes decía, el peligro nacionalista arrecia y el dominio blanco entre los pueblos de color toca a su fin.

Es a la generación presente a la que toca asegurar la posición de la Iglesia entre los pueblos de color y de abrirle los ojos sobre su catolicidad. El gesto magnífico por el cual el Papa ha consagrado seis obispos chinos, es un hecho que realmente marcará época en la historia de la Iglesia. "Si Godofredo Kurth viviese aún, escribe l'abbé Leclercq con ocasión de esta consagración, añadiría un capítulo al libro "La Iglesia al través de las vueltas de la Historia". Esa nueva faz de la Iglesia acaba de superarla de nuevo con la misma segura intrepidez. Ella consiste, como lo hemos dicho, en no identificar el catolicismo con la civilización que nos es propia, pues, como escribe el P. Ives de la Brière "jamás tendremos la fatuidad de pretender que nuestra civilización latina sea la única conforme a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia".

IV. *La parte que nos corresponde*

Hemos hasta aquí expuesto el momento actual de las misiones, mostrado el campo y el ejército misionero, hecho ver la acogida que las voces de los Pontífice han encontrado en los países católicos e insistido en la urgencia de la hora actual por los gravísimos problemas que la Iglesia tiene que afrontar en las tierras de misiones; sólo nos resta indicar brevemente el modo como podemos colaborar en esta cruzada de fe y de caridad.

Cruzada de la fe la hemos llamado y creemos que el nombre le convenga. Como dice un inlustre misionero: "nuestra obra misional consiste en la fe puesta en práctica, fe viva que se expresa por las buenas obras, fe sólida y convencida que da realmente testimonio, fe eficaz que se traduce en acción. El espíritu de fe debe informar y vivificar nuestros sentimientos por las misiones. La estima que tengamos de la fe la mostraremos principalmente cumpliendo los deberes que nos ligan a la causa apostólica entre los infieles".

sacerdotes extranjeros y aún indígenas horriblemente asesinados, cristianos muertos u obligados a la apostasía, iglesias transformadas en salas de meeting comunistas, escuelas católicas cerradas u obligadas a enseñar las doctrinas comunistas, oficios sagrados prohibidos, propiedad de las misiones confiscadas, comedias y cortejos ridiculizando la religión al grito de abajo la religión católica, abajo los sacerdotes, muera el pudor.

Pero, el mundo debe pertenecer a Jesucristo. Si los enemigos se lo disputan no nos queda a los católicos sino anticiparnos en su conquista. Oponer propaganda a propaganda y, sobre todo, cristianizar lo más pronto y sólidamente las tierras aún libres del veneno bolchevista, he ahí el gran objetivo de las misiones católicas.

Urgencia en la obra misional, porque como, poco antes decía, el peligro nacionalista arrecia y el dominio blanco entre los pueblos de color toca a su fin.

Es a la generación presente a la que toca asegurar la posición de la Iglesia entre los pueblos de color y de abrirle los ojos sobre su catolicidad. El gesto magnífico por el cual el Papa ha consagrado seis obispos chinos, es un hecho que realmente marcará época en la historia de la Iglesia. "Si Godofredo Kurth viviese aún, escribe l'abbé Leclercq con ocasión de esta consagración, añadiría un capítulo al libro "La Iglesia al través de las vueltas de la Historia". Esa nueva faz de la Iglesia acaba de superarla de nuevo con la misma segura intrepidez. Ella consiste, como lo hemos dicho, en no identificar el catolicismo con la civilización que nos es propia, pues, como escribe el P. Ives de la Brière "jamás tendremos la fatuidad de pretender que nuestra civilización latina sea la única conforme a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia".

IV. *La parte que nos corresponde*

Hemos hasta aquí expuesto el momento actual de las misiones, mostrado el campo y el ejército misionero, hecho ver la acogida que las voces de los Pontífice han encontrado en los países católicos e insistido en la urgencia de la hora actual por los gravísimos problemas que la Iglesia tiene que afrontar en las tierras de misiones; sólo nos resta indicar brevemente el modo como podemos colaborar en esta cruzada de fe y de caridad.

Cruzada de la fe la hemos llamado y creemos que el nombre le convenga. Como dice un ilustre misionero: "nuestra obra misional consiste en la fe puesta en práctica, fe viva que se expresa por las buenas obras, fe sólida y convencida que da realmente testimonio, fe eficaz que se traduce en acción. El espíritu de fe debe informar y vivificar nuestros sentimientos por las misiones. La estima que tengamos de la fe la mostraremos principalmente cumpliendo los deberes que nos ligan a la causa apostólica entre los infieles".

La ayuda espiritual

¿Cómo podré contribuir a esa gran obra de liberación espiritual de mis hermanos? ¿Cómo poder trabajar con fruto en realizar esa unión de corazones y de espíritus en medio de esa diversidad de razas que constituye la obra misional de hoy día?

Estas preguntas que cada uno debe hacerse se pueden responder con las elocuentes palabras del fundador de la *Aucam* el P. Vilain: “Los individuos y las naciones están divididos por demasiados egoísmos para poder unirse, sólo la gracia divina, más poderosa que las barreras humanas y que doquiera hace obra de caridad podrá conducir la humanidad a esa edad de la cual hablaba en un discurso reciente Rabindranath Tagore: Cuando todas las colectividades de los hombres estén concentradas en la unidad del hombre. Esa Unidad es Dios, ese Hombre es Cristo.

Es por la participación de todos los hombres al solo Cristo en la Mesa Eucarística como la colectividad será reducida a la unidad. Es por la Eucaristía como el mundo recibirá la inmortalidad. Que nuestra Misa y nuestra Comunión no sean, pues, solamente ejercicios individuales de piedad, sino que demos a esos actos vitales de la Iglesia todo su alcance católico.

Cada día en la Misa puedo trabajar eficazmente en la conversión del mundo. Ahí reconciliaré con Dios a mis hermanos paganos ofreciendo por ellos los sufrimientos expiatorios de Jesús. Ellos aún no saben el camino por donde deben subir a Dios, yo en cambio lo sé por ellos y mi oración dicha en su nombre y clamando por su indigencia permitirá llevar al Padre esos pródigos que esperan su misericordiosa ternura.

¡ Señor, diremos, unid a vuestro sacrificio renovado por los hombres de hoy sobre este altar, los sufrimientos y los deseos de las muchedumbres musulmanas, de los pobres negros del Congo, de los fieles de Buda, de los sabios de la India mística, de los millones de almas inquietas del Extremo Oriente. Hacedlos santos a vuestro contacto, por vuestra humanidad semejante a la de ellos, hacedlos participantes de vuestra divinidad.

Que ellos posean por fin a ese Dios que confusamente aspiran a ver tal cual es, en su inefable hermosura.

Pero no es todo. A la medida de mi unión con Cristo estaré unido a Dios y a los hombres. Es, pues, recibiendo la hostia santa como me pondré en comunicación con el universo. La comunión sacramental me hará participar en esa inefable comunión espiritual que une entre ellos y con El a todos los hijos de Dios. La pequeña hostia me pondrá en contacto íntimo con el Seminarista negro que en Lemfu comulga por la salvación del Congo y con el estudiante de Pekín que sueña en el rescate de las almas”.

Amemos, pues el orar siempre por las misiones para que nuestra oración sea verdaderamente católica “pro nostra et totius mundi salute” (por nuestra salvación y la del mundo) como dice el sacerdote diariamente al ofrecer el cáliz del sacrificio. Que nuestra oración sea un eco de la antigua plegaria del segundo siglo usada en la oblación litúrgica:

“Por este sacrificio, sed propicios a todos nosotros Dios de verdad y como este pan que antes estaba esparcido por las montañas y una vez recogido ha llegado a ser uno, así congrega tu santa Iglesia, de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de toda villa, de toda habitación y hazla, la Iglesia una, viva, católica. Así sea” (16).

Ayudemos a las misiones estudiando con amor e interés los problemas misionarios ligeramente indicados en el curso de este trabajo. Este conocimiento de las misiones se adquiere estando al corriente de la literatura y escritos misioneros donde se narran las luchas continuas del gran ejército apostólico, las empresas de los heraldos del Gran Rey en el mundo. Los anales de la historia de las misiones son el martirologio de los tiempos modernos.

Ayudemos a las misiones con la limosna, nuestras limosnas demuestran el aprecio en que tenemos a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia, a las almas ya que no podemos decir que nuestro corazón palpita por el Señor si tenemos cerrada nuestra mano para dar.

La hora undécima

En el movimiento misional el reloj señala la hora undécima y Jesús nos repite las mismas palabras que a los operarios de la parábola “Ite et vos in vineam meam” (17). Su viña son las almas, es el mundo que es necesario evangelizar, es la tierra entera que debe resurgir al soplo de su Evangelio de Vida.

“Redemisti mundum” es la expresión que condensa la obra del Salvador. No comprenderemos por tanto, al Cristo Redentor que nace en Belén si permanecemos extraños al fin principal de su obra, ni encontraremos la felicidad de las bienaventuranzas si nuestra alma no es una alma de misioneros.

Despertemos en todos los pechos católicos el amor ardiente a la causa de las misiones, ella nos hará palpar la belleza sublime de nuestra madre la Iglesia romana “una, sancta catholica y apostólica”, ella pondrá en nuestras almas el generoso deseo de cooperar a la obra redentora de Cristo, ella despertará por doquiera el ardor apostólico de la salvación de las almas y hará que de todos los corazones brote una plegaria continua al Padre de las misericordias para que en día no lejano la humanidad toda entera “una voce, sine fine” como decimos en el prefacio de la Misa cante el triple “Sanctus” de adoración al único Dios verdadero a Aquel Rey Pacifico de quien canta la liturgia del Adviento:

(16) *Didaché*.

(17) tr.: Id vosotros a mi viña.

O "Oriens, splendor lucis aeternae et sol justitiae, veni et illumina sedentes in tenebris et umbra mortis".

Oh Sol naciente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia, ven e ilumina a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte.

Santiago de Chile, Pascua de Resurrección 1933.

U. I. O. G. D. (18)

(18) "Ut in omnibus glorificetur Deus". tr.: "para que en todo sea Dios glorificado".

Concilio Vaticano II

○ *La participación de Monseñor Larrain en el Concilio Vaticano II fue intensa.*

El 31-VIII-1960 se anuncia oficialmente la composición de la nueva Comisión para el Apostolado de los Laicos, que consta de 25 miembros y 17 consultores: entre éstos se haya este obispo.

El 14-XI-1960 se inicia en presencia del Papa Juan XXIII el período "preparatorio" del Concilio. Mons. Larrain es designado "miembro" de la mencionada Comisión para el Apostolado de los Laicos.

En I y VI-1961 y a comienzos de 1962 concurre a Roma para participar en las sesiones de dicha Comisión.

Entre el 11-X y el 8-XII-1962, al iniciarse el 1.er período del Concilio se efectúa la laboriosa elección de los miembros de las diversas Comisiones conciliares. En la Comisión sobre el Apostolado de los laicos, Prensa y Espectáculos, que preside el Cardenal Cento es elegido como integrante con 871 votos.

El 12-II-1962, en la 17ª Congregación General se debaten los capítulos finales del esquema sobre Liturgia y en ella interviene Monseñor.

El 23-X-1963, durante la 54ª Congregación General, en el 2º período (29-IX-4-XII-1963) interviene durante el debate sobre el Esquema "De Ecclesia".

Entre el 23 y el 24-IV-1964, bajo la presidencia de Mons. Manuel Larrain, Presidente del CELAM, se reúnen en Lima 9 obispos y 8 sacerdotes expertos en Liturgia, a fin de llevar a la práctica la doctrina conciliar sobre la Liturgia. Allí se decide:

1) La formación de profesores de Liturgia para los seminaristas, religiosos y laicos; se formarán equipos móviles, para servir a los obispos que los soliciten; y

2) *La creación de un equipo de especialistas de América Latina y España, que se ocupe de la traducción de los libros litúrgicos al castellano y portugués y a los dialectos.*

El 18-IX-1964, durante la 83ª Congregación General celebra la Misa ante todos los Padres Conciliares.

El 10-X-1964 da en Roma una conferencia de prensa durante el debate acerca del apostolado de los laicos.

El 5-X-1965, en la 142ª Congregación General, durante el 4º período (14-IX-7-XII-1965) interviene durante la discusión del Esquema XIII, futuro documento sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo: Constitución pastoral "Gaudium et spes".

El 12-XI-1965, en la 159ª Congregación General presenta nuestro Obispo, junto a otros Padres, su parecer acerca del asunto de las Indulgencias.

Todas estas intervenciones se encuentran en los siguientes documentos:

- Acta De Documento Concilio Oecumenico Vaticano II apparando;*
- Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II: Typis Polyglottis Vaticanis, 1970... (Aún apareciendo);*
- Giovanni Caprile, Il Concilio Vaticano II, 5 volúmenes en 6 tomos;*

Roma: La Civiltà Cattolica, 1965-1969.

Las ponencias del Obispo las iremos presentando a lo largo de nuestros volúmenes.

LA FUNCION PROFETICA DEL PUEBLO DE DIOS
PONENCIA EN EL CONCILIO VATICANO II (1)
(23-X-1963)

“Venerables Padres, muy queridos Auditores y carísimos Observadores:

La redacción del capítulo acerca del Pueblo de Dios es, según creo, de la mayor importancia para perfeccionar la imagen de la Iglesia, como ya ha sido dicho en esta Aula conciliar.

En efecto, en el cap. I, la descripción de la Iglesia necesariamente debía ser de carácter “esencial”; bellísima, ciertamente, pero, por así decirlo, un tanto abstracta e intemporal; en cambio la Iglesia que peregrina en la tierra, es un misterio encarnado en la historia humana.

En mi modesta opinión, se hace necesario que este esquema, redactado por nuestro Sínodo pastoral y ecuménico, señale también algunos elementos más cercanos a la existencia concreta.

Esto puede llevarse a cabo con propiedad y de mejor manera en un capítulo acerca del Pueblo de Dios que en el otro sobre el misterio de la Iglesia. Para proceder más teológicamente, opino que se debe introducir en este capítulo la descripción de la triple función del pueblo de Dios, es decir, la función profética, sacerdotal y real, en la que puede hallarse concretamente toda la misión de la Iglesia en la historia.

El capítulo acerca de la jerarquía aplica con acierto esta triple función a los que presiden; y el cap. IV sobre los laicos, debería aplicar también esto a los mismos laicos. De este modo, tendríamos idénticas categorías teológicas en todo el esquema y se aseguraría mejor su unidad (2).

En nombre propio y en el de más de sesenta obispos de América Latina entregaré por escrito a la Secretaría una visión de conjunto sobre la totalidad.

Séame permitido ahora añadir algo acerca de la función profética del Pueblo de Dios.

(1) Texto latino original: *Acta Synodalis Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*. Vol. II. Periodus Secunda.

Pars III (Congregationes Generales L-LVIII). Typis Polyglottis Vaticanis, 1972, pp. 223-226.

Traducción del P. Fernando Retamal.

Esta es la 54ª Congregación General y en ella se debate el esquema “De Ecclesia”.

(2) “El Emmo. Cardenal Raúl Silva ya se ha referido suficientemente en esta Aula conciliar a esta visión de acuerdo a las tres funciones indicadas”.

La función profética del pueblo de Dios, implica para todos la grave obligación de predicar y de dar testimonio.

El Pueblo de Dios es "testigo" o "mártir" (3) del misterio de Cristo entre los hombres, mediante su palabra, su actuación y su vida entera. Se aplica con razón a todo el pueblo de Dios lo que el evangelista dijo acerca de Juan Bautista: "El no era la luz, sino quien diera testimonio de la luz" (4).

En la consagración bautismal, por la cual el pueblo de Dios se dilata, todo fiel es signado en vistas de un testimonio; la regeneración en Cristo, al hacernos participantes de su muerte es, en verdad, una vocación ontológica para el testimonio, y como una tendencia sobrenatural conferida en orden al martirio. El pueblo de Dios está en el mundo para dar testimonio de la verdad (5) y debe saber que el martirio es la culminación del testimonio (6)... , la inevitable imitación del camino de la cruz (7), a través del cual el Señor ha vencido al mundo (8).

Por consiguiente, el capítulo acerca del pueblo de Dios, debe hablar con claridad acerca de este oficio profético de predicar y dar testimonio.

1. La palabra misma de Dios contenida en el depósito de la revelación y entregada al pueblo de Dios, es la que lo impulsa a ejercer esta función profética. La posesión de la palabra de Dios no implica una recepción pasiva, como si se tratara de defenderla encerrada en un cofre para que no se pierda. Las palabras de la revelación son espíritu y vida, no para perfeccionar algún "sistema" doctrinal: la revelación no puede reducirse a la teología, sino que es una buena nueva, "evangelio" de renovación, que debe hacer fermentar a toda la masa de la humanidad.

El pueblo de Dios, portador de la fuerza de esta palabra, debe dar testimonio de ella, ya sea en la predicación ya sea en un estilo evangélico de vida. El esquema habla lo bastante acerca del magisterio de los obispos y del Romano Pontífice, pero poco acerca de la predicación. Con todo, la misión de la Iglesia se realiza ante todo por la predicación del Evangelio. En efecto, ¿cómo creerán los hombres si no escuchan?, ¿y cómo escucharán sin nadie que les predique?

La predicación del Evangelio conlleva siempre el contacto de una persona con otra, puesto que la vocación personal de Jesucristo sólo se transmite mediante la palabra personal de sus ministros. Los modernos medios técnicos de multiplicación y difusión de las palabras e imágenes, aunque útiles e incluso necesarios en las actuales circunstancias, no pueden sustituir a la palabra personal por la cual cada apóstol habla al corazón de los hombres.

(3) El término "mártir" en su significado original griego significa "testigo".

(4) *Jn.* 1,8.

(5) *Jn.* 18,37.

(6) *Ap.* 11,7.

(7) *Ap.* 11,8.

(8) *Jn.* 16,33.

Junto con la predicación, esta misión de la Iglesia requiere también el testimonio de un estilo evangélico de vida. Como escribió S. Cipriano: “nosotros los cristianos no hablamos grandezas, las vivimos”. El estilo evangélico de vida debe ser percibido clara y constantemente a través de una pobreza no ficticia, de la castidad del amor, de la obediencia libre, de la oración y el ayuno, de las persecuciones, de la caridad.

2. Históricamente, o sea en la existencia concreta de la Iglesia que peregrina, el Pueblo de Dios no siempre ha cumplido bien esta función, tal como hemos visto en la historia del antiguo Israel. El nuevo capítulo acerca del pueblo de Dios, presenta la oportunidad de indicar claramente la distinción que debe hacerse entre la esencia inmaculada de la Iglesia sin ninguna arruga, y los pecados y defectos de sus miembros a través de los siglos. De este modo en el esquema será imposible aquella visión angelical; por el contrario, la descripción de los miembros mismos del pueblo de Dios que hacen penitencia, que imploran la misericordia divina y se perdonan mutuamente las ofensas, mostrará a los hombres con mayor verdad también los aspectos humanos del misterio de la Iglesia. Por lo demás ¿no es acaso la penitencia una de las virtudes específicas a la cual se consagran los cristianos mediante un sacramento determinado?

3. La obligación de dar testimonio del misterio de Cristo entraña la necesidad de una permanente reforma del pueblo de Dios, tal como ha sido señalado en este Sacrosanto Sínodo. A fin de que la luz de Cristo no quede oscurecida, la Iglesia debe amar la renovación y la adaptación como una característica inherente al pueblo peregrino.

Más todavía, para realizar dicha reforma el Espíritu suscita testigos especiales, los santos y los mártires adornados con carismas peculiares, de los cuales la Iglesia jamás ha carecido ni carecerá. Recordad, Padres, por ejemplo a S. Francisco de Asís o a S. Carlos o a los santos fundadores.

4. En fin, la misión histórica de la Iglesia invita siempre a la conversión: “Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2,38). La “conversión” consiste siempre en una actitud personal que impulsa a los hombres a abandonar sus malas acciones y profesar su fe en Cristo resucitado. Sin embargo, la conversión verdadera no es fruto de una imitación exterior ni de decretos de pública autoridad, ni de cierta apetencia de bienes materiales, ni una religiosidad sentimental o puramente natural, ni de un impulso de devoción imbuido de superstición. Para la conversión se requiere siempre el testimonio viviente de los que tienen fe: “seréis mis testigos”.

El valor del esquema dependerá, pues, de una más clara enseñanza acerca de la función profética del pueblo de Dios. Gracias. He dicho”.

PRIMERA ETAPA DEL CONCILIO VATICANO II.
IMPRESIONES RELATIVAS A ELLA (1)
(... - XII - 1962)

I. *Saludos y gratitud*

Mis primeras palabras al regresar a la Diócesis después de esta primera etapa del Concilio Vaticano II, deben ser de saludo y de gratitud.

De saludo a sacerdotes, autoridades, fieles, amigos: a todos sin excepción. Su recuerdo me ha acompañado en estos meses de ausencia, y en todo momento he sentido que no he actuado a nombre propio sino como pastor de esta Diócesis tan amada.

De gratitud hacia Dios que me ha permitido vivir estos días inolvidables que marcarán ciertamente una época en la historia de la Iglesia y de la humanidad.

El Concilio no es un simple acontecimiento humano; es una concentración de la acción de la gracia visible del Espíritu Santo que nos es enviado por la cabeza del Cuerpo Místico, Cristo.

Los Padres Conciliares somos modestos instrumentos del Divino Espíritu. Hemos sentido esa responsabilidad. De ahí que si a algunos el trabajo puede aparecer lento, esa aparente lentitud no es sino el sentido vivo y agudo de un trabajo que no puede hacerse superficialmente, que es intenso y difícil, que debe de una parte conservar el depósito sagrado de la revelación, y de otra adaptarlo a las necesidades del mundo y de los hombres de nuestra edad.

Hemos sentido vivo el espíritu de solidaridad de las generaciones; con las que nos precedieron, para continuar su labor, y con las que vienen para proyectar el mensaje de Cristo en una nueva edad que nace. Hemos trabajado con una perspectiva histórica de siglos.

II. *La labor desempeñada por los Padres Conciliares*

Un rápido balance nos muestra el trabajo realizado en estos días; se celebraron 36 Congregaciones generales, es decir asambleas plenarias, dentro de las cuales se realizaron 35 votaciones. Hubo 590 interven-

(1) Aparecido en: *D. M.*, p. 4 .

ciones orales, más de 530 intervenciones escritas al través de las cuales se expresó la preocupación e interés general de los Padres del Concilio.

El primer trabajo fue el de formar las Comisiones Conciliares, que son de gran importancia para el desarrollo del Concilio. La tarea no era fácil, ya que, recién llegados, aún no se conocían suficientemente los Obispos entre sí.

Pero, pronto se establecieron los contactos y las Comisiones expresaron la realidad y el sentir de los Padres Conciliares.

La Sede de la Conferencia Episcopal Chilena, fue en esos días uno de los más grandes centros de actividad del Concilio. Tres Obispos chilenos, entre los cuales el de Talca, fueron elegidos como Comisarios o sea miembros de las Comisiones Conciliares.

Durante los 57 días de esta primera etapa se pusieron en discusión 5 esquemas. Sagrada Liturgia, Divina Revelación, Instrumentos de comunicación social, Unidad de la Iglesia, y la Iglesia de Cristo.

Pero, sobre todo, a través de la discusión de los esquemas se dio la estructuración definitiva del mismo Concilio, determinando claramente su finalidad concreta, dándole una línea inconfundible de orientación netamente pastoral y designando especiales personas para la aplicación de estas normas orgánicas del Concilio.

Quisiera hacer notar tres características que presidieron todas nuestras reuniones: la primera, la libertad de expresión de los Padres. En varias ocasiones hablé largamente con los observadores protestantes y ellos me hicieron saber su admiración ante esta libertad. La Iglesia Católica no era la que falsamente les habían pintado: la Iglesia del temor o de la coacción, sino la casa paterna donde se vive la verdadera libertad de los hijos de Dios.

La segunda, el sentido pastoral que dominaba todos los debates. No era ni una verdad escueta, ni una verdad polémica la que se exponía, sino una verdad orientada a dar al mundo la palabra de salvación y la gracia redentora. Más que reunión de doctores o maestros, el Concilio Vaticano II es una reunión de pastores. La inquietud de las almas, el ímpetu misionero, el ansia de cumplir el mandato supremo de Cristo de evangelizar, era la nota central que dominaba el Concilio.

Por último, el sentido agudo de que este Concilio debe marcar una etapa trascendental en la acción futura de la Iglesia, haciéndola presente en los grandes problemas de nuestra época y dándole así esa fisonomía de actualidad en la perennidad que acompaña su acción evangelizadora.

III. *La Fisonomía del Concilio Vaticano II*

Dentro del desarrollo en 57 días, breve para la historia de un Concilio, ya se perfilan claramente los aspectos peculiares que han de determinar su fisonomía. Señalemos algunos:

1) En el aspecto doctrinal, el interés principal del Concilio es la doctrina de la Iglesia *Ecclesia Christi, Lumen Gentium*. La Iglesia de Cristo luz de los pueblos. Es el signo levantado entre las naciones; en Ella vive Cristo, guiando a la humanidad; es el Cuerpo de Cristo; es la comunión del amor; es la familia de Dios.

2) La Iglesia quiere dialogar con el mundo de hoy; junto con admirar y animar sus conquistas y progresos técnicos, busca y quiere su salvación eterna. Ella es Madre y tiene por misión ser la conciencia de la humanidad y la luz de su historia.

3) La Iglesia debe ser sobre todo la Iglesia de los pobres. Es un aspecto esencial de la Iglesia peregrinante en la tierra. La Iglesia es de todos, pero en especial de los pobres. Los tres grandes momentos de la Iglesia que hacen vibrar en la tierra su vitalidad son la Eucaristía, la Jerarquía, los Pobres. Los Padres Conciliares quieren considerar profundamente la conexión interna entre la presencia en la acción eucarística y en la sagrada jerarquía. De ahí que los grandes capítulos del Concilio son: la renovación de la sagrada liturgia como medio de vivir el misterio eucarístico; la paternidad del Obispo, su misión fundamental en la Iglesia, el sentido misionero del apostolado dependiente en todo del Obispo la importancia de las conferencias episcopales y la promoción del laicado a su edad adulta apostólica, íntimamente asociado al ministerio jerárquico; por último, la Iglesia debe estar en el primer sitio del movimiento mundial que busca el mejoramiento de la suerte de los pobres y de los oprimidos. Hay que realizar, dijeron los Padres Conciliares, en su mensaje al mundo, "la gran justicia del Reino de Dios". La justicia de que trata la Encíclica *Mater et Magistra* y sobre la cual acabamos de hablar hace tres meses los obispos chilenos. La justicia proclamada por Jesús, a la luz de los pobres". "El Concilio debe ser, dijo Juan XXIII, una escuela de fraternidad y de amor". Debe anudar una cadena de amor alrededor de la cintura negra de miseria que estrecha hoy a la humanidad.

IV. *La Dimensión Ecuménica del Concilio Vaticano II*

De otra parte, aunque el Concilio es un acto interno de la Iglesia, la nota ecuménica de la unidad con los hermanos separados, ha vibrado constantemente. Los observadores de las Iglesias no católicas estuvieron presentes en todos los debates, recibieron todos los documentos de estudio entregados a los Obispos, y reinó entre ellos y nosotros un ambiente no sólo de cordialidad, sino de fraternidad extraordinaria. Un observador me hacía notar su profunda impresión ante ese signo de caridad fraterna que presidió todas las relaciones entre católicos y no católicos durante el Concilio. Eso no es complejo de inseguridad o claudicación con la verdad, sino gran esperanza de que el anhelo supremo de Cristo "Que sean una sola cosa" se realice. Lo que saldrá respecto a la unión lo igno-

ramos, lo que sí sabemos es que muchos prejuicios han caído por ambos lados y que un paso de siglos se está realizando.

V. Reflexiones finales

Y debo terminar con dos reflexiones:

1. La primera, es la alegría inmensa que experimento ante esta etapa del Concilio. Los impacientes, los que quieren ver cosas nuevas o espectaculares, los que creen que la Iglesia va a cambiar en sus puntos esenciales, puede ser que se sientan desilusionados. Pero los que hemos vivido el Concilio por dentro, los que hemos palpado la intensificación de la comunión vital católica entre todos los Padres, los que hemos visto la libertad reinando en la caridad, sentimos que estamos viviendo el nacer de una nueva era pastoral para la Iglesia.

Alegría también, ¿por qué no decirlo? al ver la posición en el Concilio del Episcopado Chileno, altamente estimada por todos los Obispos de los otros países. El día antes de partir, un Cardenal alemán junto con un Obispo francés, me dijeron: "debo confesarle que la gran revelación de este Concilio ha sido para nosotros europeos, el Episcopado Latinoamericano, y de un modo muy singular el chileno".

2. La segunda reflexión es la necesidad de no decaer en nuestro espíritu de oración y de penitencia. Los meses de interrupción no serán para nosotros de descanso. Hay trabajos difíciles y delicados que debemos proseguir. El Concilio ha comenzado ahora y necesita la asistencia del Espíritu Santo que debemos alcanzar con nuestras oraciones y sacrificios.

Es impresionante: al llegar a Roma me encontré con cartas dirigidas a mí desde Thailandia, Ceylán y otros países lejanos en que me decían que oraban por cada Padre del Concilio y que a ellos les había tocado orar por mí. Los Católicos alemanes y de otros países de economía desarrollada están realizando colectas a base de sacrificios personales para costear los viajes y estadía de los Obispos de países en débil situación económica.

Es una gran marea espiritual la que se levanta con el Concilio, y como hermosamente lo dijera Jean Guitton (2), de la Academia Francesa, "el cohete espacial del Concilio ha sido lanzado y nada podrá detenerlo en su marcha".

Con estas palabras he querido resumir algunos de los sentimientos e impresiones a mi llegada del Concilio.

A todos, mis saludos cariñosos y mi paternal bendición.

Quiero, por medio de las páginas de *La Mañana* hacer llegar a todos estos sentimientos, saludos e impresiones.

(2) Jean Guitton. Famoso literato francés contemporáneo. Tiene obras sobre Plotino, Agustín y otros temas filosóficos, religiosos y ecuménicos. Es amigo personal de Pablo VI.

Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

APRECIACIONES EN TORNO AL CONCILIO Y SU PREPARACION (1) (11-XI-1961)

Hemos creído de interés para nuestros lectores, acercarnos al Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, Mons. Manuel Larraín, que acaba de regresar de una de las reuniones plenarias preparatorias al Concilio Vaticano II, que se celebrará en Roma.

Mons. Larraín nos recibe gentilmente, respondiendo a las preguntas que le formulamos.

Para muchos, nos dice, la palabra Concilio Ecuménico les ha sonado extraña. Pensaban que era algo pasado, como las Cruzadas. Y sin embargo, nosotros los hombres del siglo XX, que vivimos en los tiempos de la energía atómica y de los "robots", vamos a ser contemporáneos de un Concilio. Más de 1.600 obispos venidos de todas las partes del mundo, se reunirán en fecha relativamente próxima en Roma. Esta asamblea será no sólo internacional —la más grande internacional que exista ya que ningún lugar de la tierra dejará de estar representado—, sino que contará, así lo dice S.S. Juan XXIII, con la presencia de los cristianos que no son católicos, que han estado separados por siglos de distancia y aún de oposición, a buscar la unidad de la Iglesia fundada por Jesucristo.

Para comprender, continúa Mons. Larraín, lo que es un Concilio, debemos recordar lo que los Obispos representan en la Iglesia. Ellos son los sucesores de los Apóstoles. Cristo fundó su Iglesia sobre el Colegio Apostólico, con Pedro a su cabeza. Los Obispos de todo el mundo, presididos por el Papa y bajo su autoridad, representan la continuación del Colegio Apostólico primitivo.

Los Concilios Ecuménicos se celebran con bastante distancia en la Iglesia. El último, fue el Vaticano I en 1870 bajo Pío IX, y el anterior había sido el de Trento, iniciado en 1545. Pero, el que ahora va a celebrarse, tendrá una importancia especial y podemos decir que será el más grande de la historia. En primer lugar, su importancia numérica. Como decía, se estima que el número de Obispos convocados será alrededor de 1.600. En segundo lugar, su importancia geográfica. Hace un siglo, el Africa era una tierra desconocida, otro tanto la Australia y parte del Asia. Hoy existen numerosos Obispos nativos de todas esas tierras. Ya, nos dice Mons. Larraín, en las reuniones preparatorias se siente ese ambiente universal. En la reciente, a la cual acabo de asistir, me tocaba sentarme entre un Obispo japonés y otro de Sud-Africa. Poco más allá, se veía a

(1) Reportaje del *D. M.*

un Obispo negro del Dahomey y a un Canadiense. En realidad, es admirable ver cómo inmediatamente se establece ese sentido de la unidad espiritual sobre razas y continentes.

—Y ¿qué lengua se habla, preguntamos?

Antes de las sesiones, nos dice Mons. Larraín, se oyen diferentes lenguas, especialmente el francés, inglés y alemán.

—¿Y el español? interrogamos:

En realidad, nos responde Monseñor, somos muy pocos en esa Comisión los de habla española; sólo el Secretario de la Acción Católica Española y su servidor. Pero, el Cardenal Cento, que la preside, y que estuvo en Chile, me saluda cada mañana con un cariñoso “buenos días Excelencia”, discretamente pronunciado. Puede decirse que el idioma más usado es el francés, que prácticamente lo hablamos todos los miembros de la Comisión. Pero, en la sesión, el idioma oficial es el latín. Evidentemente que para tratar problemas como los que ocupan a mi comisión, relacionados con el apostolado laico; acción social y asistencia, no siempre se encuentran en latín los conceptos y frases que respondan a situaciones y problemas que no existían en los tiempos de Cicerón y Ovidio.

Ciertamente, continúa Mons. Larraín, el Concilio tendrá una importancia espiritual extraordinaria, ya que su universalidad completa será la expresión visible de una universalidad de Iglesia que no conoce fronteras.

—¿Vendrán, preguntamos, los Obispos de detrás de la cortina de hierro y de bambú?

Ciertamente, nos responde el Sr. Obispo, eso se ignora y probablemente, dadas las condiciones actuales, será muy difícil. Su dolorosa ausencia será un testimonio mudo del drama del mundo de hoy.

Pero, seguimos preguntando, ¿por qué este Concilio y cuál será la obra que realice?

Monseñor se detiene unos minutos y nos dice: es menester que los católicos abran los ojos y se den cuenta del mundo en que viven. No todos lo saben, y otros parece que no quisieran saberlo. Los Obispos en Chile hemos hablado con mucha claridad. No siempre hemos sido escuchados. Yo pienso, continúa, que el Concilio va a mostrar más que nunca a la Iglesia unida, no sólo en torno a la doctrina esencial, que ya lo está, sino, sobre todo, a la comprensión del mundo de hoy y a la solución que los cristianos debemos presentar. Muchas veces, el peligro mayor no es tanto la audacia de los enemigos de la Iglesia, cuanto la inconsciencia de los cristianos para comprender la misión que Dios exige de ellos en este mundo de hoy.

La evolución del mundo, continúa Monseñor, presenta a la Iglesia una serie de problemas que las resoluciones del Concilio deberán considerar. Piense un instante, nos dice, con una mirada llena de angustia; los dos tercios de la humanidad están sub-alimentados ¿podrá el mundo cristiano ignorar este hecho que los Papas han repetidamente señalado?

Al lado del hambre de los cuerpos, está la de las almas. Una proporción grande del mundo que crece demográficamente, ignora el Cris-

tianismo. ¿Tomarán *todos y cada uno* de los católicos conciencia de su misión apostólica en el mundo actual?

Una violenta corriente atea atraviesa el mundo. Ya ha descristianizado regiones enteras y dejado impermeables a la evangelización otras. ¿Qué deben hacer los cristianos de hoy ante este hecho?

El cristiano de hoy, vive en contacto con numerosos no cristianos ¿cuál debe ser su actitud y su formación ante esta realidad?

Vemos el término de una era colonialista y el nacimiento de nuevas nacionalidades. El racismo aun crece en algunas regiones del mundo. ¿Cómo llevar el mensaje de paz y de amor a un mundo dividido? ¿Cómo hacer que la fraternidad universal de los hombres, que está en la base del Evangelio, sea vivida por todos?

Como ve, mi amigo, nos dice, Monseñor, no faltan problemas a la Iglesia y al Concilio, y todos ellos van a tener que pesar en las decisiones que esta asamblea tome.

Dos últimas preguntas, Monseñor. ¿No se va a tratar el problema de los cristianos separados de Roma?

Les responderé, nos dice, con las palabras mismas del Papa:

“El Concilio debe ante todo afirmar y vivificar la organización de la Iglesia”. Entonces “cuando la Iglesia haya realizado ésta, se volverá hacia los cristianos separados y les dirá: Ved lo que es la Iglesia, lo que Ella ha hecho, cómo se presenta; y cuando la Iglesia aparezca ante ellos, sanamente modernizada, rejuvenecida, podrá decir a los hermanos separados: unámonos”.

Debo añadirle, que hay entre las Iglesias separadas de Roma, una corriente de caridad fraterna que realmente emociona. Tengo especial amistad con una Comunidad no católica de Francia, la de Taizé, me une con su superior un fraterno afecto y he podido palpar en las conversaciones y cartas que hemos tenido, cómo el Espíritu Santo está realizando una unión de caridad entre hermanos separados, que es augurio de una unión más profunda y estable en el futuro.

Debo terminar, nos dice Mons. Larraín, pero antes quisiera por su intermedio, decir dos cosas a los lectores de “*La Mañana*”:

— Primero, la satisfacción que experimento al pensar que por mi modesto intermedio, la Diócesis de Talca está representada en la preparación de este magno acontecimiento que ciertamente marcará época en la vida de la Iglesia. Quiero añadirles, que cuando estuve con S.S. Juan XXIII, me pidió transmitir a todos los fieles de Talca su paternal interés, su afecto y su bendición.

Y, por último, deseo expresar este pensamiento: a veces veo a través de conversaciones y juicios, un pesimismo que va penetrando en los espíritus. Se mira sombríamente el porvenir del mundo y de Chile. Yo, en cambio, no participo de esa impresión. A través de la preparación del Concilio y de los numerosos contactos que éste trae, yo palpo un ansia de renovación del mundo, que es señal clara de una presencia del Espíritu. Yo sé que debemos pasar por cambios sociales que pueden en un instante dado ser difíciles y dolorosos. Pero el espíritu que anima el Con-

cilio nos está diciendo que la Iglesia no se liga a formas determinadas de civilización. Que ella sabe discernir lo duradero de lo efímero, lo accidental de lo esencial. Y que lo importante es que los cristianos permanezcamos fieles al espíritu del Evangelio y al ideal de las bienaventuranzas del Sermón del Monte.

En cumplimiento de una comisión del CELAM (Consejo Episcopal Latino-Americano) del cual soy Vice-Presidente, tuve que visitar rápidamente, después de Roma, Alemania, Bélgica y Francia, y ponerme en contacto con los principales centros de actividad católica de esas regiones. En todas ellas, como igualmente los Obispos de esos países que visité, encontré una misma posición frente al momento del mundo, la que podemos expresar así:

— Más que atemorizarnos cobardemente, miremos con valentía los problemas, seamos fieles al mensaje que debemos transmitir al mundo, no temamos los inevitables cambios sociales que la misma fidelidad al mensaje cristiano nos obliga, y enfrentemos con decisión esta nueva era. De nosotros depende que esté inspirada por el signo de la justicia y del amor.

Como hermosamente decía el Alcalde de Florencia, Giorgio La Pira, al poner en relación la Encíclica "*Mater et Magistra*" y el próximo Concilio:

"Estamos en la edad espacial, la edad histórica del nacimiento de nuevos pueblos de Asia y Africa, la edad que Juan XXIII señala de la socialización, en que se trata de hacer que la economía esté al servicio de la solución de los grandes problemas sociales: desocupación, miseria, ignorancia, la edad de la unificación económica, social y política del mundo, la edad que el Concilio abrirá, de la unificación de la Cristiandad".

Es a lo que el Papa Juan XXIII invita, y a lo que el Alcalde de Florencia llama en su magnífico comentario de la Encíclica:

"Cooperar para la edificación de una Ciudad nueva junto a la antigua fuente de la gracia y de la verdad".

Mi amigo, nos dice Mons. Larraín, al despedirnos, yo agradezco al Señor y al Papa poder cooperar modestamente a la preparación de este acontecimiento y poder entrever en lontananza su alto significado histórico y social.

Es consolador, cuando uno comienza a envejecer, pensar que las generaciones futuras verán un mundo diverso, pero más justo; más fraternal y más pacífico que el actual.

Yo quisiera que supiéramos leer a través de la historia el plan armonioso de Dios que se desarrolla. Por eso, no porque no veo los problemas, soy optimista.

Finalmente, quiero darle una noticia en carácter de primicia para "*La Mañana*". En la próxima fiesta de Navidad, el 25 de diciembre, el Papa fijará la fecha del Concilio y hará la convocatoria oficial. Digo que esto es exclusividad, ya que aún no se ha dado la noticia en Chile, y yo la recibí de labios del Cardenal Cento al clausurarse nuestra sesión de estudios en Roma.

EL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II (1) (VIII - 1962)

El 11 de octubre se iniciará en Roma el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Todo Concilio es un hecho grande en la historia de la Iglesia. Es la reunión plenaria de su Jerarquía con el Sucesor de San Pedro, el Santo Padre.

Es la continuación de aquella primera asamblea en el Cenáculo cuando el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles reunidos para infundirles las gracias que los harían capaces de realizar la misión que Cristo les había confiado.

Son los sucesores de los Apóstoles, los Obispos, congregados en torno al Obispo de Roma, Sucesor de Pedro y Primado de la Iglesia, para ejercer conjuntamente la potestad recibida de "enseñar a todos los pueblos" y de "apacentar la grey del Señor".

Es la Iglesia toda entera, que a través de sus pastores, los Obispos, se concentra en oración y estudio para dar a cada época la respuesta eterna de verdad que necesita.

Es un hecho que a todos debe interesarnos vivamente, y por este motivo os hablo en la presente Carta Pastoral.

I. El Concilio Ecuménico Vaticano II que va pronto a iniciarse, es ciertamente el acto central del Pontificado de Juan XXIII.

A través de documentos y alocuciones numerosas, el Papa ha querido hacernos sentir su trascendencia e importancia.

El Concilio deberá ser un signo que marque a la Iglesia de estos nuevos tiempos. Sin variar en nada lo esencial de su constitución y de su mensaje, ella debe adaptar sus métodos y enseñanzas a los problemas de nuestra época. El Concilio significará la culminación de un esfuerzo, que partiendo de León XIII, nos muestra a la Iglesia abierta frente a los problemas actuales, buscando en sus propias fuentes la savia de su dinamismo y energía, dándonos una visión misionera del mundo de hoy, tomando todas las actividades del hombre para darles su significación cristiana y señalando la respuesta a las inquietudes y anhelos del mundo moderno.

(1) Carta Pastoral dirigida al clero y fieles, Talca.

II. Para tener una visión precisa del Concilio Vaticano II, debemos decir lo que *no es* y lo que *es*. Lo que debemos esperar de él y lo que no debemos esperar.

1) El Concilio no es parlamento donde se enfrentan ideologías diversas. Es la unión en la verdad y en la caridad de los que se saben unidos en una misión común; continuar la obra de los Apóstoles. Todos expresarán sus opiniones, buscando a su juicio las mejores resoluciones y fórmulas que convienen, pero, todos están unidos en la doctrina, en la gracia y en la caridad. "Un Señor, una Fe, un Bautismo".

2) El Concilio no es un Congreso donde se pronuncian brillantes discursos o se realizan grandiosos actos externos. Es un acto interior de la vida de la Iglesia que se concentra en sí misma para responder mejor a lo que Cristo, su Fundador, pide de ella.

3) El Concilio tampoco es una reunión donde van a producirse cambios esenciales en la vida de la Iglesia. La Iglesia tiene una constitución que Cristo le ha dado y que los hombres no pueden alterar. Es custodia de un mensaje, la palabra de Dios, que debe conservarse inalterable. Es depositaria de una tradición que ha ido lentamente elaborando, a la luz del dogma y de la moral eterna, sus principios y disciplina. Hay en ella, como en todo lo que proviene de la Verdad, algo inmutable y permanente. Puede variar y varía en todo lo que es accidental y transitorio. Pero errarían lastimosamente los que piensen que la Iglesia puede transigir con principios o actitudes que contrarían la divina misión que Cristo le ha confiado: de continuar entre los hombres el misterio redentor.

El Concilio es un acto de la Iglesia, en su expresión más auténtica y genuina; Pedro con los Doce —el Papa con los Obispos—.

Es la expresión del magisterio oficial: la Iglesia docente. De la unidad íntima de la Iglesia, de los Obispos entre sí y con el Vicario de Cristo, y de la unidad de todos los miembros de la Iglesia representados en sus Obispos.

III. El actual Concilio Vaticano II, presenta sin embargo algunas diferencias con los Concilios anteriores.

1) Será esta la primera vez que la Iglesia se encuentra geográficamente toda entera. Los primeros Concilios, Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, reunieron preferentemente al mundo oriental. En los dos últimos, Trento y Vaticano I, estuvo representada la Europa, algo de la América, pero prácticamente ausente el Africa y el lejano Oriente. Hoy, de hecho, estará todo el Episcopado del mundo. Será en su sentido más amplio un Concilio "ecuménico", es decir, universal.

2) Los Concilios precedentes, se hicieron para mostrar la pureza de la fe o la integridad de la disciplina, frente a una herejía o a un cisma. El actual no persigue este propósito. Es, como lo dijera S.S. Juan XXIII, un acto de renovación interna que mostrará a la Iglesia en toda la belleza de su perenne juventud y atraerá a sí a los que se encuentran alejados de ella.

3) De ahí que este Concilio signifique poner a la Iglesia en un estado de misión. Frente a un mundo que va perdiendo el sentido de Dios. Frente al olvido de Cristo y su doctrina. Frente al desprecio de lo sobrenatural. Frente a ideologías que quieren construir un mundo al margen de los principios del Evangelio, la Iglesia no se encierra en sus propios ambientes, siente la necesidad de comprender las inquietudes y problemas de este tiempo y de darles a la luz de la enseñanza de Cristo su respuesta. La Iglesia por este Concilio llama a sus hijos a realizar la gran tarea de transformar este mundo “de selvático en humano, y de humano en divino”. El gran fruto del Concilio ha de ser el de una Iglesia toda entera en estado de misión. No debemos, pues, esperar del Concilio ni cambios espectaculares y violentos, ni que al clausurarse ya se haya realizado la unión con las Iglesias separadas.

En cambio, con el Papa, debemos esperar, un incremento de la fe acercándonos cada vez más a las fuentes de ella; la Biblia, la Liturgia, el conocimiento vivo del Misterio de la Iglesia.

En segundo lugar, una adaptación de su disciplina a las necesidades de los tiempos. Hay en la Iglesia algo inmutable y esencial y algo accidental y mutable que puede cambiar según los problemas y ambientes que ha de enfrentar. Por último, el Papa espera una suave orientación hacia la unidad con nuestros hermanos separados. Hay muchos lazos comunes con nuestros hermanos pertenecientes a confesiones cristianas diversas. Es menester establecer un diálogo que haga posible el anhelo supremo de Cristo “que todos sean una sola cosa”. El Concilio, ciertamente, marcará un gran paso hacia la unidad tan anhelada.

El Concilio Ecuménico Vaticano II se ha preparado durante tres años en 10 Comisiones y 2 Secretariados. Las proposiciones contenidas en ese material preparatorio se encierran en 110 folletos con un total de más de dos mil páginas. Ahí se encuentran las grandes tareas del Concilio que podemos resumirlas en las siguientes:

a) *Concentración en lo esencial.* Mostrar las líneas básicas del Cristianismo, los postulados fundamentales de la vida cristiana y la jerarquía de valores en las diferentes prácticas cristianas.

b) *Mostrar el rostro evangélico de la Iglesia.* Hacer ver que lo que importa no es tanto el prestigio terreno como su presencia auténticamente evangélica en los grandes problemas donde se juega el destino de la vida humana.

c) *Una amplitud de catolicidad.* El Concilio nos hará sentir en forma aún más viva el terrible problema del mundo no cristianizado en que vivimos y que exige imperiosamente un espíritu misionero que movilice a toda la Iglesia en la expansión del mensaje redentor. El Concilio nos dará una Iglesia en estado de misión.

d) *Una adaptación, sin variar en nada su estructura esencial, a las condiciones del mundo.* Adaptación que pone a la Iglesia en estado de diálogo con los hermanos separados y con los hombres que sin pertenecer a ella buscan sinceramente la Verdad.

e) El Concilio será una afirmación clara de que la Iglesia no se

liga a ninguna cultura o clase social determinada. Que ella tiene su posición propia en defensa de la persona y de la sociedad, y que es en esa su doctrina social íntegramente profesada y sinceramente vivida donde los hombres y pueblos encontrarán la verdadera paz en la justicia.

f) De este modo el Concilio mostrará a la Iglesia como signo y mensaje de esperanza para toda la humanidad.

IV. *¿Qué podemos hacer por el Concilio?*

Primero, saber que todos los católicos están ahí presentes por medio de sus Obispos. El Papa Juan XXIII ha dicho que el carácter propio del próximo Concilio viene “de la presencia y de la participación de los Obispos y de los prelados que son la representación de la Iglesia Católica extendida por todo el universo”. Los Obispos reciben su pleno poder de Cristo, no de los fieles, pero como Obispos, rodeados del Colegio de sus sacerdotes, ellos son como “servidores de Dios” y “servidores de la comunidad de fe”, el reflejo de la fe de su Iglesia. A través de este su Obispo, la comunidad de los fieles de esta Diócesis hará oír su voz en el Concilio.

Segundo, hay que orar y orar con insistencia y fervor, a fin de que Dios ilumine a su Iglesia, a sus Pastores y fieles, para que las decisiones de este Concilio den la respuesta que Cristo exige de todos nosotros en esta hora crucial del mundo.

Tercero, a la oración hay que añadir la penitencia. Su Santidad Juan XXIII, nos ha exhortado a ella en su Encíclica *Penitentiam agere* en la cual nos pide ofrezcamos al Señor los dolores, trabajos y fatigas de cada día por el feliz éxito del Concilio.

Amados hijos:

La Iglesia se encuentra en estado de Concilio. Hay que sentir con ella. Participar de los modos señalados en este acontecimiento histórico del cual tantos bienes para el mundo y para las almas han de derivarse.

Vivamos en el espíritu que la Iglesia nos señala y estemos ciertos que de esta manera cumpliremos lo que Cristo espera de nosotros.

A fin de llevar a la práctica estas enseñanzas, venimos en disponer, lo siguiente:

1. En todas las parroquias, iglesias rectorales y conventuales de la Diócesis, se llevará a efecto una solemne novena al Espíritu Santo, del 1º al 9 de septiembre. Pedimos a los fieles acercarse a la Sagrada Comunión al término de la novena el 9 de septiembre.

2. Rogamos a los sacerdotes, a tenor de la Constitución de S.S. Juan XXIII, aplicar cada día el rezo del Oficio divino por el Concilio Ecuménico.

3. Las Religiosas ofrecerán cada día la tercera parte del Rosario por esta misma intención.

4. El día 10 de octubre, víspera de la iniciación del Concilio, prescribimos sea “día de ayuno y abstinencia”, aunque no obliga bajo falta grave.

5. El 11 de octubre, día en que comienza el Concilio Vaticano II, las campanas de todos los templos de la Diócesis repicarán a las 12 del día.

6. Pedimos a los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, promuevan entre los fieles una intensa campaña de oración y penitencia por el buen éxito del Concilio.

VIVIR EL ESPIRITU Y LAS ORIENTACIONES CONCILIARES (1)

Mis amigos:

Al finalizar los Ejercicios Espirituales, he tratado, casi todos los años, de hablar a mi Clero.

Lo he hecho siempre con el sentido de cumplir una grave responsabilidad.

Hoy pongo un especial acento en mis palabras.

De una parte, se que los años pasan, "et tempus resolutionis meae, instat" (2). De otra parte, tengo la conciencia que la hora de la Iglesia y del mundo exige a los pastores hablar con especial claridad.

Trataré de hacerlo tomando como tema "la puesta en práctica del espíritu y de las orientaciones conciliares".

I. *El Vaticano II*

Ante todo, demos una mirada al Concilio y lo que debe significar para el sacerdote. Es un momento de meditación, de incertidumbre y de decisión.

1. *El Concilio es un momento de meditación*

La Iglesia se define a sí misma. La Iglesia se abre al diálogo con las otras Iglesias, cristianas y no cristianas. La Iglesia estudia la manera de hacer realidad su presencia eficaz en el mundo actual.

(1) Alocución al clero, 1965.

(2) "El tiempo de mi partida es inminente". 2 Tim. 4, 6.

Todo esto exige estudio y meditación.

Si del Concilio va a tenerse únicamente la visión trunca y no siempre exacta dada por la mayoría de la prensa, o el aspecto anecdótico que puede ser pintoresco, pero que no refleja su verdadero rostro, vamos a pasar inconscientes sobre una de las más grandes manifestaciones del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

El Salmista dice que el justo defeccionó “porque fueron disminuidas las verdades entre los hijos de los hombres” (3).

La Iglesia no conocerá la renovación que el Concilio promueve, si éste mismo no constituye un tema central de meditación y estudio para el Episcopado y el Clero.

2. *El Concilio es un momento de incertidumbre*

Quiero subrayar esta palabra.

El Concilio nos hace mirarnos en el espejo del Evangelio y contemplarnos ahí a nosotros mismos.

Esto, naturalmente, produce cambios. No en la estructura fundamental de la Iglesia, pero sí, y profundos, en su actitud pastoral.

De ahí la incertidumbre de muchos.

De los que, sin darse cuenta, confundiendo lo accidental con lo esencial, se sienten desorientados. “Nos están cambiando la religión” se oye decir con frecuencia.

De otra parte, no faltan quienes piensen que este “ponerse al día” debe llevar a la revisión total de la disciplina eclesiástica, y creen que las leyes canónicas están ya fuera de tiempo y de uso, colocándose ante un dilema, uno de cuyos términos habría necesariamente que excluir.

No existe tal dilema.

Como bien dice el P. Congar, O. P.:

“La Iglesia no es estructura o vida, institución o comunidad, jerarquía o fraternidad, sino estructura y vida, institución y comunidad, jerarquía y fraternidad; el dilema que se pretende establecer se convierte y sublima en una síntesis. No es exacto que cada uno de estos aspectos represente una mitad de la verdad, que tendría necesidad de ser equilibrada por otra media verdad. Esta dialéctica de la insuficiencia expresaría una insuficiencia de pensamiento... “que es imprescindible evitar”.

De ambas posiciones brota una incertidumbre que podría convertirse en un doble peligro. De una parte, una desinteligencia de los signos de Dios, que puede transformarse en una esclerosis o integrista. De otra parte, un olvido de las leyes vitales del desarrollo que toda institución

(3) *Sl.* 11, 2.

exige, lo que podría conducir o a la anarquía o a peligrosas desviaciones.

La incertidumbre debe en ambos casos ser superada por un sentido hondo de la Iglesia, por una visión dinámica de la historia, por una atención fiel a la acción del Espíritu Santo, y por una lealtad constante a la autoridad establecida en la misma Iglesia.

Integrismo y progresismo, son dos desviaciones igualmente peligrosas y que en el fondo proceden del olvido de un principio fundamental del Cristianismo: "Credo Ecclesiam".

3. *El Concilio es, en tercer lugar, un momento de decisión*

El Vaticano II, se ha dicho muchas veces, es principalmente un Concilio pastoral. Esto significa que el Concilio coloca a la Iglesia frente a la manera cómo debe presentar su mensaje.

Todo el Concilio está animado de un gran celo misionero.

La Iglesia sabe que el mundo espera de Ella una respuesta y que el Concilio la empuja a buscar una presencia eficaz en el mundo de hoy.

Esta presencia debe realizarse en un *doble nivel*: el de las relaciones en el *terreno religioso*, y el de las incidencias en el *terreno temporal*.

Por ahora, sólo quiero insistir en esta idea: el Concilio exige a todos *decisión*.

Si los Obispos, por evitarnos situaciones difíciles, no tomamos decisiones en orden a hacer realidad lo que el Concilio exige, habremos descuidado un grave deber pastoral del cual debemos dar cuenta al Señor.

Si los sacerdotes, por temor o rutina, piensan que todo debe permanecer igual y no hay una revisión pastoral y personal que hacer a la luz del Concilio, habrán sido infieles a la misión que la Iglesia les ha confiado.

Si, de otra parte, se pretende que el Concilio debe poner en revisión los puntos fundamentales de la vida espiritual, de la disciplina eclesiástica o de las líneas esenciales de la pastoral, se estaría, sin quererlo quizás, traicionando el espíritu del mismo Concilio.

El Concilio es un momento de decisión, para pastores, clero y fieles. El pecado más grave del pueblo escogido y por el cual lloró Jesús "fue el de no haber conocido el tiempo de su visita" (4).

El Concilio es una hora de Dios. Es un tiempo de su visita. Y es un momento de decisión que nos repite a todos las palabras del Salmista: "Hoy si escuchareis la voz del Señor, no endurezáis vuestros corazones" (5).

(4) *Lc. 16, 44.*

(5) *Sl. 44, 8.*

II. Triple finalidad del Concilio

Es menester que esta triple finalidad esté muy clara ante nuestra mirada. Por esto, aunque sea en forma muy suscita, la recordamos.

1. La primera finalidad es la *renovación interior de la Iglesia*. No nos choque la palabra renovación. Porque la Iglesia es un cuerpo viviente que debe crecer “hasta la estatura del varón perfecto”, porque es el pueblo de Dios que avanza en la historia, porque en su etapa peregrina no ha llegado aún a la consumación final. “*Ecclesia semper in reformatione*”. Así como han existido falsas reformas, así siempre ha permanecido una verdadera: la que la misma Iglesia, por sus órganos autorizados, se impone.

Esa reforma se expresa especialmente en la Constitución “de *Ec-clesia*”.

Un sacerdote que no ha hecho de esa Constitución un tema de estudio y de meditación no podrá comprender lo que el Concilio le exige.

Ella ha de significar para cada uno de nosotros una seria y honda revisión de vida sacerdotal y pastoral.

Recordemos sus puntos principales.

En primer lugar, se nos presenta el misterio de la Iglesia, pueblo de Dios. La Iglesia es el misterio de Cristo Redentor continuado y aplicado al mundo. El pueblo de Dios es la expresión histórica de la Iglesia como nueva y definitiva Alianza. En ella culmina la historia de la salvación.

En seguida, se nos muestra la Constitución Jerárquica de la Iglesia, que instaura en su seno un ministerio de origen divino en el Primado Pontificio y en el Colegio Episcopal. En esta luz, como señalaremos más adelante, se contemplan las perspectivas sublimes del ministerio sacerdotal. Al mismo tiempo, se destaca la participación que el laicado tiene en su condición secular en la misión propia de la Iglesia.

Como conclusión de esta visión de la Iglesia aparece el llamado universal a la santidad dirigido tanto al conjunto del cuerpo como a cada uno de sus miembros. La caridad única de Dios se comunica a todos como don y como precepto imperativo.

El ministerio de la Iglesia, cualquiera que sea, debe llevar en último término a la unión del hombre con Dios. “Yo he venido a que tengan vida, y a que la tengan en abundancia” (6).

2. La segunda finalidad del Concilio es *el acercamiento entre todos los cristianos*.

El movimiento ecuménico debe desde hoy entrar en el centro de la actividad pastoral y en el sentir interno de cada cristiano.

Sin embargo, es menester confesarlo, la actividad ecuménica aún no es familiar a la mayoría de los católicos.

Es necesario, eso sí, tener muy claro y precisos los principios y el espíritu que informan un verdadero ecumenismo.

(6) *Jn.* 10, 10.

De las deficiencias, que por mi culpa haya existido en este terreno, pido humildemente perdón.

A mi vez, pido al clero, hagan también un esfuerzo para hacer posible estos propósitos.

Sé que a veces no es fácil conciliar la autoridad con la fraternidad.

Sé que no siempre es posible satisfacer todo lo que se solicita.

Sé también, por experiencia, que autoridad y soledad se encuentran con frecuencia unidas.

Pero, es necesario que de ambas partes, crezca una voluntad de diálogo que haga posible el llamado insistente de Juan XXIII al convocar al Concilio y las iluminadas palabras de Paulo VI en su Encíclica *Ecclesiam Suam*.

El diálogo entre el Obispo y su Clero, es la expresión viviente y céntrica de la Iglesia considerada como una comunión.

La estructura de la Iglesia es a la vez comunitaria y jerárquica.

La Iglesia es un pueblo reunido alrededor de Cristo. Toda su actividad se orienta hacia un fin: la comunidad viviente de los hijos de Dios.

La función jerárquica es necesaria para realizar esta reunión. Por ella Cristo ejerce su influencia sobre sus miembros, les dirige la palabra, los santifica y los guía en su existencia cristiana.

1. *Unidad en el ministerio*

De ahí la necesidad de esta unión entre el Clero y el Obispo.

Los sacerdotes, dondequiera que actúen sacerdotalmente, son una presencia del Obispo. Por eso su ministerio separado del Obispo no tiene significación eclesial.

De otra parte, la plenitud sacerdotal que reside en el Obispo se expresa y se realiza en la unión con su Clero. El presbyterium, que ya san Ignacio de Antioquía (9) comparaba a la unión de las cuerdas al arco de la lira, adquiere en esta hora de renovación eclesiológica toda su amplia significación.

El Obispo no está solo en la Diócesis. Sus sacerdotes, que la liturgia de la ordenación llama "cooperadores ordinis nostri" (10), le están unidos como el Verbo al Padre.

Por el hecho de su sacerdocio están unidos al Obispo y entre ellos. Sin el presbyterium el Obispo no puede actuar eficazmente.

De ahí surge la necesidad del diálogo.

(9) Ignacio de Antioquía. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del siglo II.

Es uno de los Padres Apologéticos. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(10) Tr.: "Cooperadores de nuestro orden".

De las deficiencias, que por mi culpa haya existido en este terreno, pido humildemente perdón.

A mi vez, pido al clero, hagan también un esfuerzo para hacer posible estos propósitos.

Sé que a veces no es fácil conciliar la autoridad con la fraternidad.

Sé que no siempre es posible satisfacer todo lo que se solicita.

Sé también, por experiencia, que autoridad y soledad se encuentran con frecuencia unidas.

Pero, es necesario que de ambas partes, crezca una voluntad de diálogo que haga posible el llamado insistente de Juan XXIII al convocar al Concilio y las iluminadas palabras de Paulo VI en su Encíclica *Ecclesiam Suam*.

El diálogo entre el Obispo y su Clero, es la expresión viviente y céntrica de la Iglesia considerada como una comunión.

La estructura de la Iglesia es a la vez comunitaria y jerárquica.

La Iglesia es un pueblo reunido alrededor de Cristo. Toda su actividad se orienta hacia un fin: la comunidad viviente de los hijos de Dios.

La función jerárquica es necesaria para realizar esta reunión. Por ella Cristo ejerce su influencia sobre sus miembros, les dirige la palabra, los santifica y los guía en su existencia cristiana.

1. *Unidad en el ministerio*

De ahí la necesidad de esta unión entre el Clero y el Obispo.

Los sacerdotes, dondequiera que actúen sacerdotalmente, son una presencia del Obispo. Por eso su ministerio separado del Obispo no tiene significación eclesial.

De otra parte, la plenitud sacerdotal que reside en el Obispo se expresa y se realiza en la unión con su Clero. El presbyterium, que ya san Ignacio de Antioquía (9) comparaba a la unión de las cuerdas al arco de la lira, adquiere en esta hora de renovación eclesiológica toda su amplia significación.

El Obispo no está solo en la Diócesis. Sus sacerdotes, que la liturgia de la ordenación llama "cooperadores ordinis nostri" (10), le están unidos como el Verbo al Padre.

Por el hecho de su sacerdocio están unidos al Obispo y entre ellos. Sin el presbyterium el Obispo no puede actuar eficazmente.

De ahí surge la necesidad del diálogo.

(9) Ignacio de Antioquía. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del siglo II. Es uno de los Padres Apologéticos. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(10) Tr.: "Cooperadores de nuestro orden".

La Iglesia en este Concilio, nos lo recordó el Papa Juan, se mira en el Evangelio para volver íntegramente a su espíritu.

No hay renovación verdadera en la Iglesia sino a base de renovación espiritual.

Esta exigencia general se presenta con mayor apremio al clero. El problema no es si llevamos sotana o clergyman, si decimos la misa de frente o de espaldas al pueblo, si la recitamos en castellano o en latín. Esos son medios, no fines. Si la Iglesia toma decisiones a este respecto, es siempre buscando un fin superior.

1. *Ser sal del mundo* (*)

El problema fundamental, el que el mundo aun no católico nos exige, es si somos o no capaces de darle a este mundo, que crece en proporciones gigantes, el alma que ese mismo mundo necesita.

Mis amigos; existe un grave peligro: el naturalismo. Los peligros más graves para la Iglesia —permítanle a un viejo profesor de historia eclesiástica recordarlo— no son los que vienen de fuera, sino los de dentro. El problema no es el saber qué irán a hacer nuestros enemigos, sino ¿qué somos nosotros capaces de hacer? La Iglesia puede resistir a todos los embates, menos a uno, el que le viene de olvidar la palabra de Cristo:

“Vosotros sois la sal de la tierra . . . la luz del mundo . . . el faro sobre el monte”. Ya Cristo mismo añadió la consecuencia: “si la sal se hace insípida ¿con qué se preservará al mundo de la corrupción?” (11).

No podemos olvidar que nuestra presencia al mundo tiene ante todo un valor de testimonio y de signo.

El sacerdote es para la comunidad el signo de la presencia de Dios en el mundo. El es el testimonio constante de lo sobrenatural.

La historia de la salvación nos dice que las intervenciones de Dios en la vida de la humanidad se han realizado siempre por medio de hombres que Dios elige, llama y envía. En la economía actual, el sacerdote tiene esa función.

Por otra parte, el mundo mismo quiere ver en nosotros “a los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (12).

No quiero que en el día del “redde rationem” (13), tenga que repetir la frase bíblica: “vae est mihi quia tacui” (14).

Por eso hablo a mi clero, como vigía sobre el muro, para señalar el peligro de una desnaturalización del sacerdocio, que, no aquí, a Dios gracias, sino sobre todo fuera de Chile, se está insinuando.

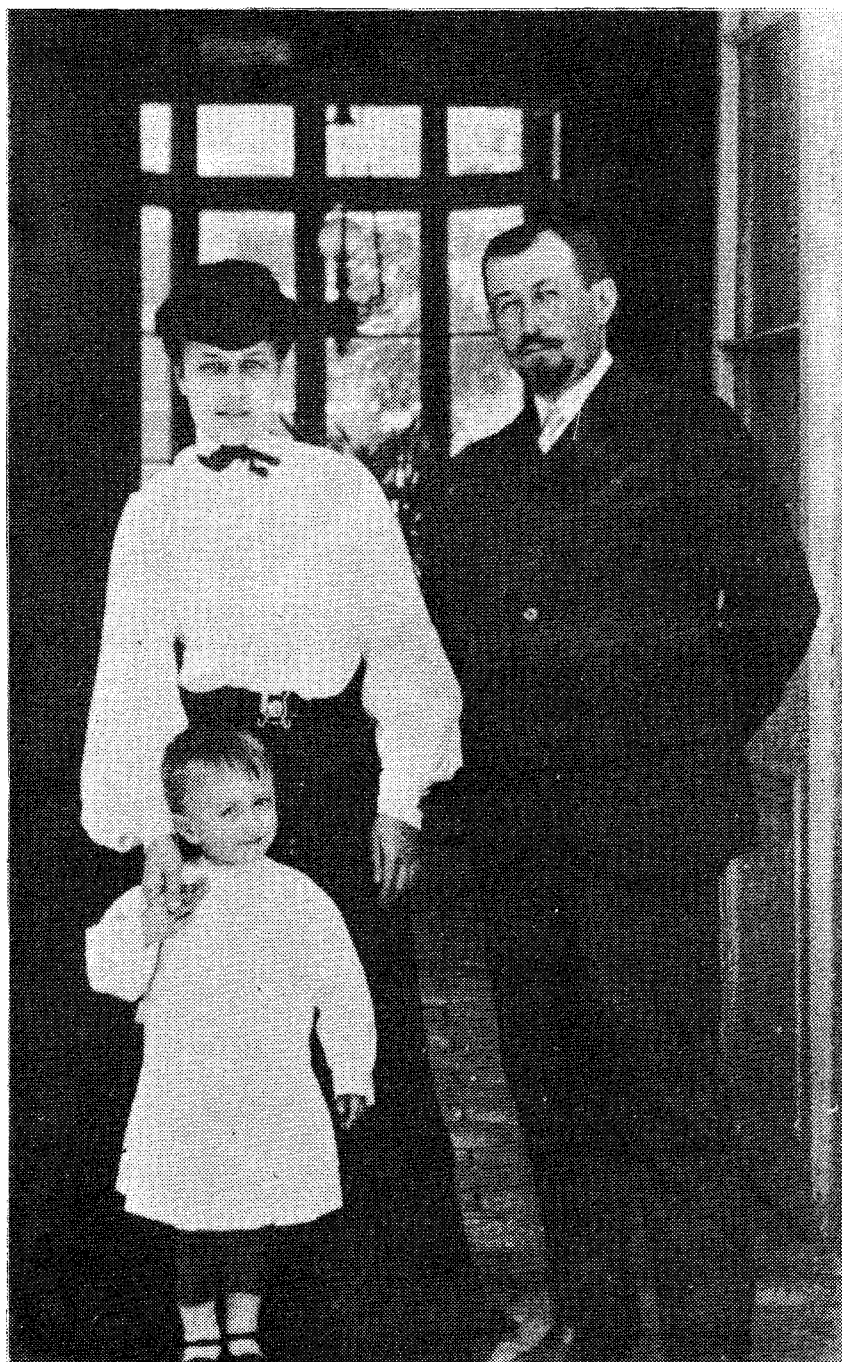
(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

(11) *Mt.* 4, 13.

(12) *1 Co.* 4, 1.

(13) Tr.: “dar cuenta”, es decir, del juicio.

(14) Tr.: “¡ay de mí, porque callé!”



Junto a sus padres, don Manuel Larrain Bulnes y doña Regina Errázuriz Mena

La Iglesia en este Concilio, nos lo recordó el Papa Juan, se mira en el Evangelio para volver íntegramente a su espíritu.

No hay renovación verdadera en la Iglesia sino a base de renovación espiritual.

Esta exigencia general se presenta con mayor apremio al clero. El problema no es si llevamos sotana o clergyman, si decimos la misa de frente o de espaldas al pueblo, si la recitamos en castellano o en latín. Esos son medios, no fines. Si la Iglesia toma decisiones a este respecto, es siempre buscando un fin superior.

1. *Ser sal del mundo* (*)

El problema fundamental, el que el mundo aun no católico nos exige, es si somos o no capaces de darle a este mundo, que crece en proporciones gigantes, el alma que ese mismo mundo necesita.

Mis amigos; existe un grave peligro: el naturalismo. Los peligros más graves para la Iglesia —permítanle a un viejo profesor de historia eclesiástica recordarlo— no son los que vienen de fuera, sino los de dentro. El problema no es el saber qué irán a hacer nuestros enemigos, sino ¿qué somos nosotros capaces de hacer? La Iglesia puede resistir a todos los embates, menos a uno, el que le viene de olvidar la palabra de Cristo:

“Vosotros sois la sal de la tierra... la luz del mundo... el faro sobre el monte”. Ya Cristo mismo añadió la consecuencia: “si la sal se hace insípida ¿con qué se preservará al mundo de la corrupción?” (11).

No podemos olvidar que nuestra presencia al mundo tiene ante todo un valor de testimonio y de signo.

El sacerdote es para la comunidad el signo de la presencia de Dios en el mundo. El es el testimonio constante de lo sobrenatural.

La historia de la salvación nos dice que las intervenciones de Dios en la vida de la humanidad se han realizado siempre por medio de hombres que Dios elige, llama y envía. En la economía actual, el sacerdote tiene esa función.

Por otra parte, el mundo mismo quiere ver en nosotros “a los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (12).

No quiero que en el día del “redde rationem” (13), tenga que repetir la frase bíblica: “vae est mihi quia tacui” (14).

Por eso hablo a mi clero, como vigía sobre el muro, para señalar el peligro de una desnaturalización del sacerdocio, que, no aquí, a Dios gracias, sino sobre todo fuera de Chile, se está insinuando.

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

(11) *Mt.* 4, 13.

(12) *1 Co.* 4, 1.

(13) Tr.: “dar cuenta”, es decir, del juicio.

(14) Tr.: “¡ay de mí, porque callé!”

¿Que hay que revisar muchos puntos pastorales? ¿quién puede negarlo? Creo en estos años haber hablado muchas veces sobre la necesidad de esta renovación pastoral. ¿Qué hay que adaptarnos a los tiempos? Precisamente ésta es la finalidad principal del Concilio. ¿Qué hay que abrirse al mundo para dialogar con él? Los Papas Juan XXIII y Pablo VI nos dan el ejemplo.

2. *La sal que se vuelve soza no sirve*

Pero, cuidado, que ésto no signifique ni ocultar nuestro sacerdocio, ni humanizarlo tanto que pierda su carácter esencial, sagrado (Sacerdocio viene de "sacer"). Ni disminuir el valor del mensaje, ni caer en un olvido de las prioridades apostólicas, ni querer sustituir la eficacia divina que viene de Cristo, con simples eficacias humanas. Hoy, como ayer, "la victoria que vence al mundo es nuestra fe" (15).

Para ser de nuestro tiempo, para realizar una acción en profundidad, para estar presentes al mundo nuevo que se forma, no se nos pide que renunciemos a los valores permanentes que constituyen la riqueza del sacerdocio, sino que sepamos adaptar esos mismos valores en toda su integridad a las nuevas exigencias de los tiempos.

El sacerdote ha de ser un hombre de su tiempo, comprendiéndolo y amándolo, y ha de ser un hombre de todos los tiempos, manteniendo lo que constituye su razón de ser sacerdotal.

¡Cuidémonos de palabras o de juicios superficiales, ni teológica, ni psicológica, ni sociológicamente mundanos, con lo cual sólo se quiere justificar situaciones particulares!

Juan XXIII es el Papa del "aggiornamento", del diálogo universal, de la presencia de la Iglesia. Pero es el sacerdote que nos deja su "Diario espiritual", simple y diáfano como su alma, donde se trasluce nítidamente el ministro de Dios.

Fue el hombre que supo, como nadie, comprender a todos los hombres, precisamente porque como pocos supo vivir su vida sacerdotal.

Demos una rápida mirada doctrinal al fundamento de nuestro ministerio.

Por su ministerio pascual, Cristo reconcilia y congrega a los hombres dispersos, los une en él para llevarlos al Padre y los constituye en Iglesia", nuevo pueblo de Dios, "hombre nuevo".

3. *Un ministerio misionero*

De ese pueblo, escoge a doce. Los hace sus Apóstoles. Los consagra a la misión. Los arma por el Espíritu Santo en una creación nueva.

(15) 1 Jn. 5, 4.

El Colegio Apostólico y su continuación, el Colegio Episcopal, dirigido por su sucesor el Romano Pontífice, tienen como mandato fundamental la misión de evangelizar al mundo.

Las diversas funciones episcopales tienen una unidad fundamental, de donde deriva la unidad de la pastoral sacerdotal: la misión.

El Concilio acaba de recordarnos que el Episcopado es responsable solidariamente de la evangelización del mundo. Es la consecuencia primera de la colegialidad.

Esto significa el carácter netamente misionero del Colegio Episcopal.

A su vez, el Obispo con su clero es el responsable de la misión en la Diócesis. Su tarea fundamental es la evangelización.

Los tres momentos de esa misión única pueden marcarse con tres palabras: evangelio, eucaristía, Iglesia, es decir: la fe, el sacramento, el pueblo, o mejor: el mensaje, el misterio, la comunidad. Se encuentra ahí en términos concretos y realistas lo que se esfuerzan en decir las palabras jurídicas: “munus docendi, sanctificandi, regendi” (16).

4. *Instaurar todas las cosas en Cristo.*

Si los hombres de todas las ideologías se interesan en el Concilio, no es porque esperen de él fórmulas científicas, económicas o políticas, sino precisamente “el suplemento de alma” que le falta al mundo en lo temporal.

Hay un tesoro que ninguna institución humana puede dar y que solamente puede darlo la Iglesia; el mensaje y la vida de Dios. Esto es lo que el mundo espera principalmente de Ella. Esta es la tarea fundamental que corresponde al sacerdocio.

En el momento en que un gran desarrollo temporal se precisa y se realiza, es más necesario que nunca, justamente para que ese desarrollo tenga sentido auténticamente humano, que el anuncio de la Buena Nueva tenga prioridad en el ministerio de aquellos que fueron llamados precisamente a esto: “ad dandam scientiam salutis plebi ejus” (17).

En consecuencia, la Iglesia ha sido hecha para el mundo “ya que Dios lo amó tanto que le dio a su Unigénito” (18). El mundo, a su vez, debe recapitularse en la Iglesia. Es el sentido profundo del “instaurare omnia in Christo” de san Pablo (19).

La Iglesia peregrina, camina en la historia, avanza en el tiempo, está íntimamente mezclada al desarrollo de la humanidad. Pero esa Igle-

(16) Tr.: “ministerio de enseñar, santificar y regir”.

(17) “Para dar la ciencia de la salvación a su pueblo”. *Lc.* 1, 77. Con estas palabras se expresa proféticamente el significado de la venida de Cristo.

(18) *Jn.* 3, 16.

(19) Tr.: “Instaurar todas las cosas en Cristo”.

sia, encarnada en lo humano, presente en lo temporal, que no rechaza ningún valor auténticamente humano, tiene una ley fundamental que se expresa en el viejo aforismo: "salus populi suprema lex".

Ahora bien, esto exige para nuestro ministerio el acentuar sin negar otras actividades, la prioridad en el ministerio de salvación.

5. *Una invitación a la revisión de las actividades sacerdotales*

Hagamos juntos, queridos hermanos, nuestra revisión de actividades sacerdotales. Quiero ser el primero en someterme a este examen. El primero en reconocer mis deficiencias en este terreno. El primero en querer poner todo lo que el Concilio me exige. Yo no vengo aquí a juzgar a mi clero. Vengo a hacer mi revisión de vida junto con él.

Y ese examen me pregunta: ¿estamos formando la comunidad cristiana?, ¿le estamos imponiendo a esa comunidad un estilo auténticamente evangélico? El amor del Reino de Dios ¿preside nuestro apostolado?, ¿sabemos expresar en nuestra vida las razones verdaderas, profundas, no accesorias, de nuestro ministerio sacerdotal? ¿Sentimos la angustia de que a menudo el anuncio hecho a los hombres por nuestras comunidades cristianas no sea el anuncio del Reino?

Al afirmar este primado de la evangelización, entiéndase bien, no quiero ni negar, ni disminuir la acción temporal. Quiero colocarla en el lugar que nos corresponde en nuestro ministerio.

Creo tener derecho, después de 30 años en que he mantenido claro el pensamiento social de la Iglesia ante muchas incomprendiones, tanto más dolorosas cuanto más íntimas, a que se me crea, que no he cambiado ni disminuido la línea que por amor a la Iglesia y a los humildes he seguido.

Pero estoy hablando al clero y necesito decirle, que hay una labor irremplazable que corresponde al laicado, y que nosotros no podemos ni debemos sustituir. Que si existe un peligro que es necesario evitar, de un laicado divorciado del sacerdocio, existe también otro, el de un clero que asume tareas laicales que no son de su competencia. Que existe un laico adulto que no quiere ser tratado como menor de edad en funciones que le son propias.

Entonces ¿cuál es en este terreno la acción del sacerdote?

Existen en el mundo valores naturales cuya raíz es evangélica y que es necesario que alcancen en una visión más trascendente su desarrollo total.

La Iglesia asume la lucha por la justicia, la fraternidad, la paz, en su sentido humano, pero para darles, a la luz de Cristo, toda su perspectiva redentora.

Y aquí se coloca la acción del sacerdote frente a lo temporal.

Tenemos, ante todo, que evitar tentaciones muy sutiles, muy humanas, que no por eso dejan de ser tentaciones.

Tenemos que meditar constantemente en la respuesta que Cristo dio al Tentador al final de su ayuno en el desierto.

Tenemos, igualmente, que cuidar que el temor de no invadir el campo de lo temporal nos haga caer en un pecado de angelismo, de evasión al mundo y de desolidarización con sus problemas.

¿Cómo resolver este conflicto?

No desearía extenderme, pero tampoco desearía omitir el enunciar un tema que juzgo para nosotros de extraordinaria importancia: es a la luz de la doctrina donde encontraremos la solución. Recordemos:

Las estructuras de la Iglesia son comunitarias y jerárquicas. Los *Hechos* nos dicen que “en la primitiva Iglesia se mantenían fieles a la comunión fraterna” (20).

Esto significa que la fuerza primera de cohesión no viene de lo exterior, sino de lo interior. Que la vitalidad de la Iglesia no depende tanto de fines esenciales de la comunidad, es decir, la redención de la humanidad.

6. *La tarea sacerdotal*

De ahí nuestra tarea.

Hacer posible que las comunidades humanas estén animadas de una vitalidad interior.

El sacerdote no se retira del mundo. No es extraño a él. Todo lo que es humano lo siente suyo. Pero deja a los hombres, que Dios en su providencia puso en las comunidades humanas, la tarea de inspirar en ellas el soplo evangélico.

Su labor sacerdotal es doble; enseñar la verdad, establecer la doctrina, mostrar las perspectivas eternas del reino de Dios que avanza en la historia y formar a esos hombres para que sean en medio del mundo, al cual pertenecen por entero, los que saben leer en los signos de los tiempos y de los acontecimientos el plan de Dios para hacerlo realidad.

En la Iglesia, nos lo recuerda san Pablo, hay diversos ministerios.

No todos están reservados al clero. Todos, sin embargo, tienen como finalidad el servicio de la comunidad. Debidamente distinguidos y coordinados han de producir el crecimiento del Cuerpo místico de Cristo.

Hay que dar al laico su lugar en la Iglesia y su misión insustituible de constructor de la ciudad terrestre, según el orden querido por Dios.

Nosotros, en cambio, sin desentendernos de esa responsabilidad temporal, pero sabiendo la forma en que nos corresponde actuar en ella, seguiremos repitiendo la palabra que los apóstoles nos entregaron al instituir el diaconado. “Nos autem, orationi et ministerio verbi instantes erimus”. “Por lo que a nosotros concierne, nos mantendremos constantes a la oración y a la predicación de la palabra” (21).

(20) Cfr. *Hch.* 2, 44-55.

(21) *Hch.* 4, 4.

He señalado posibles desorientaciones que traen consigo incertidumbres y malestar.

Hay que buscar un equilibrio entre acción evangelizadora y temporal, entre la presencia de Dios y la presencia al mundo, entre la construcción de la ciudad terrestre y el crecimiento de la Iglesia.

7. *Las exigencias de la conciencia mundial*

Esto nos exige, a Obispo y Clero, tres cosas:

1) un diagnóstico de tipo misionero sobre el mundo, y sus necesidades en el campo de la fe.

Existen urgencias misioneras cuando hay:

a) ausencia de fe, pensemos en el ateísmo actual, o en sectores sociales no iluminados por la fe, o en debilitamientos de la fe;

2) El sacerdote tiene que volver a pensar los fundamentos teológicos de su ministerio en una perspectiva misionera.

3) Centrar su vida y su acción a la luz de esta visión misionera. Es decir, establecer la unidad profunda de su ser: oración y acción, estilo de vida y cultura —plan de acción donde el ministerio de la palabra tiene prioridad— coordinación de tareas en el presbyterium, diálogo entre sacerdotes y Obispo en la línea de su misión solidaria.

Sólo así podría responder a la pregunta que el Concilio nos presenta sobre la misión del sacerdote en el mundo de hoy.

V. *Proposiciones que hace el Obispo al Clero para ser estudiadas hasta el 30 de noviembre de 1965*, y determinar después de ese estudio la forma cómo se responderá al Concilio.

No quiero leer una enumeración que se haría fastidiosa. Prefiero, la próxima semana, como antes dije, enviarla al clero, junto con la presente alocución que establece los criterios fundamentales.

Me concreto a leer el resumen de las proposiciones:

1. Vida espiritual.
2. Vida intelectual.
3. Situación económica.
4. Vida comunitaria.
5. Criterios generales para el desempeño de los cargos.
6. Las Parroquias.
7. Los religiosos en la Diócesis.
8. La función del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad.
9. Hacia el "Presbyterium" diocesano.

VI. Plan de Trabajo 1965

Dentro de la idea central que ha guiado esta presentación, a saber, "poner en práctica el espíritu y las orientaciones del Concilio", quiero dar a conocer en sus líneas generales el plan de trabajo para 1965.

Es de suma importancia que todos nos sintamos responsables de él.

Este plan no es fruto de una elaboración teórica, ni de un deseo particular del que habla.

Es la expresión de lo que a través de la experiencia de la Misión general, que prácticamente ha cubierto toda la diócesis, se ha recogido.

En su redacción se ha tenido principalmente en cuenta las observaciones de los párrocos, las impresiones recogidas por los misioneros, las encuestas previas realizadas, las peticiones de numerosos laicos, etc.

De otra parte, este plan no trae nada nuevo, sino que concentra en algunos puntos lo que desde hace largo tiempo se viene insistiendo en la Diócesis.

Creo en este plan interpretar las orientaciones más actuales de la pastoral, las urgencias más apremiantes de la diócesis, las directivas fundamentales del Concilio y el juicio de los Documentos.

Creo, a este último respecto conveniente añadir otro dato que es importante. El plan que hoy se entrega es fruto del trabajo de los decanatos, no de disposición arbitraria de la autoridad.

El 10 de noviembre de 1964 se celebró una reunión de Decanos en Curicó con el fin *expreso* de estudiar el plan de 1965. En esa reunión, se propusieron tres ideas centrales, que son las que sirven de base al presente trabajo:

1. espiritualidad sacerdotal, insistiendo en que el sacerdocio es un servicio;
2. catequesis sacramental.
formación de los seglares, sobre todo, en relación a su compromiso temporal.

Los Decanos debían tratar estos puntos en la reunión de sus respectivos Decanatos y recoger las sugerencias que se hicieran. En algunos Decanatos se hizo así.

Después de esa reunión, los Decanos debían enviar a la Secretaría del "Centro de Pastoral" las observaciones que se hubieran hecho en los Decanatos.

El 11 de febrero de 1965, en Iloca, y el 15 de febrero, en Talca, se hicieron dos reuniones de Decanos, para seguir estudiando el Plan de Trabajo y ver la manera de concretarlo. Las ideas que ahora se proponen en este Plan, recogen todas las sugerencias que se han hecho, conservan los tres puntos centrales, y se agregan algunas exigencias que parece importante impulsar este año.

Mis queridos amigos:

Termino esta alocución, que ya se hace extensa en demasía.

En ella he resumido largas reflexiones personales sobre el ministerio del sacerdote de hoy y de mañana.

Tengo plena confianza en que el soplo renovador del Concilio nos dará el sacerdote que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan. Lo que yo llamo "el sacerdote del Vaticano II".

Pero esto exige solidez y serenidad para no dejarse arrastrar por corrientes superficiales y temerarias, que estiman que el "ponerse al día" equivale a desviar la línea profunda de nuestro sacerdocio.

Esa línea honda y renovada ha sido magníficamente expresada por el grupo de párrocos franceses y belgas invitados al Concilio. Se resume en 3 ideas:

- 1) Ser misionero en función de la Eucaristía y partiendo de ella.
- 2) Ser miembro viviente del "presbyterium".
- 3) Estar vitalmente unido al pueblo de Dios, es decir, presente al mundo.

El Concilio exige una renovación. Nos pide que la Iglesia, según la palabra de san Irineo, engendre hombres vivos: "Gloria Dei vivens homo" (la Gloria de Dios es el hombre viviente); hombres que tengan toda su estatura de hombres y que sean cristianos con toda su estatura de cristianos.

Ello nos exige a nosotros ser sacerdotes en toda nuestra estatura sacerdotal. Hombre de Dios, hombre de los hombres. Ministro de Cristo, guía del pueblo de Dios, profeta del mensaje eterno, servidor de nuestros hermanos, sacerdote según los sentimientos de Cristo Jesús.

Solamente así; reforzando nuestro sacerdocio, no disminuyéndolo; dándole todas sus dimensiones, temporales y eternas; engarzándolo en la savia siempre viviente de la Iglesia de ayer, en el tronco creciente de la Iglesia del Vaticano II, en las perspectivas inconmensurables de una nueva edad histórica que nace y de una Iglesia que debe estar presente a ella, seremos poseedores de una respuesta en la fe, en la esperanza y en el amor a las grandes inquietudes de nuestro tiempo.

CONCILIO VATICANO II.
REVISION APOSTOLICA DE VIDA
A LA LUZ DE LA PRIMERA ETAPA (1)

Mis queridos colaboradores:

En "*La Mañana*" y "*La Prensa*", he publicado algunas declaraciones sobre el Concilio Vaticano II. Ellas resumen en forma superficial las impresiones predominantes del Concilio. No deseo insistir sobre ellas.

Quisiera solamente reiterarles mi saludo cariñoso, la alegría que experimento al encontrarme de nuevo entre ustedes y asegurarles que en todo momento su recuerdo me ha acompañado en las tareas conciliares.

El objeto de esta carta que les ruego meditar atentamente, es hacer ver lo que el Concilio *debe ya* producir entre nosotros. Sería vano e inútil lo que se está haciendo *si nosotros* (Uds. y yo) no comenzamos *desde ahora* a realizar el *espíritu* del Concilio aun antes que las decisiones finales de él hayan sido tomadas.

Quiero que estas reflexiones no aparezcan como una cosa personal, sino como expresión de lo que el Papa y los Obispos hemos dicho. De ahí que ellas tendrán siempre como base un texto pontificio o conciliar.

I. *Las Palabras del Papa*

1. *El fin del Concilio es "una renovación de la vida del pueblo cristiano"* (2).

Toda renovación cristiana significa dos cosas:

- a) *Revisión de nuestra vida, y*
- b) *Restauración de ella a la luz del Evangelio.*

Me pregunto y os pregunto: nuestra vida en su intimidad espiritual, en su expresión externa, en su estilo de manifestarse, en su actividad apostólica ¿refleja plenamente el espíritu de las bienaventuranzas, que es la síntesis del espíritu del Evangelio?

(1) Carta privada al clero diocesano y religioso de la diócesis.

(2) Juan XXIII: *Ad Petri Cathedram*.

Si la respuesta de esta revisión es negativa o incompleta ¿qué debemos hacer para efectuar esa renovación de que nos habla el Papa Juan XXIII? Porque, entendámoslo bien, no habrá “renovación de la vida del pueblo cristiano” si ella no comienza por nosotros.

2. *Las pautas de Renovación* (*)

La pauta de esta renovación nos la da otro documento de S.S. Juan XXIII.

Se trata del discurso de Pentecostés de 1962, especialmente de la invocación final al Espíritu Santo. ¿Qué pide el Papa para nosotros como fruto del Concilio?

a) “Acelera en cada uno de nosotros el advenimiento de una profunda vida interior”.

Si no somos almas de oración no seremos los instrumentos de la gracia que el mundo necesita.

Revisemos delante de Dios si somos fieles a la oración mental de cada día — si rezamos con devoción el “oficio divino” — si hacemos diariamente lectura espiritual — si la Misa es realmente el centro de nuestra vida y si ello se expresa en una ardiente piedad eucarística.

No hay renovación verdadera si ella no procede de las fuentes auténticas: la vida de fe, de esperanza y de caridad, que son fruto de una vida interior. El pueblo cristiano tendrá esa vida interior en la *medida* en que sepamos dársela, y se la daremos en la *medida* en que nosotros la vivamos.

b) “Dad un impulso vigoroso a vuestro apostolado, que alcance a todos los hombres”.

No podemos seguir con un apostolado languido, superficial, rutinario o sin planificar. Es deber de todos nosotros darle al apostolado el impulso, la profundidad, la coordinación y la adaptación que necesita. Tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios para lograrlo. Por mi parte, yo me siento responsable de tomar todas las medidas y emplear todos los medios para lograr esta necesidad urgente. No podemos detenernos en consideraciones personales ante una exigencia de Cristo.

3. *Los medios de Renovación.*

Para lograr esto, el Papa en el mismo documento nos señala los medios:

a) “Mortificar en nosotros la *presunción* demasiado conforme a nuestra naturaleza y elevarnos a las regiones de la Santa *humildad*, del verdadero *temor* de Dios, del *valor generoso*”.

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

Si la respuesta de esta revisión es negativa o incompleta ¿qué debemos hacer para efectuar esa renovación de que nos habla el Papa Juan XXIII? Porque, enténdámoslo bien, no habrá “renovación de la vida del pueblo cristiano” si ella no comienza por nosotros.

2. *Las pautas de Renovación* (*)

La pauta de esta renovación nos la da otro documento de S.S. Juan XXIII.

Se trata del discurso de Pentecostés de 1962, especialmente de la invocación final al Espíritu Santo. ¿Qué pide el Papa para nosotros como fruto del Concilio?

a) “Acelera en cada uno de nosotros el advenimiento de una profunda vida interior”.

Si no somos almas de oración no seremos los instrumentos de la gracia que el mundo necesita.

Revisemos delante de Dios si somos fieles a la oración mental de cada día — si rezamos con devoción el “oficio divino” — si hacemos diariamente lectura espiritual — si la Misa es realmente el centro de nuestra vida y si ello se expresa en una ardiente piedad eucarística.

No hay renovación verdadera si ella no procede de las fuentes auténticas: la vida de fe, de esperanza y de caridad, que son fruto de una vida interior. El pueblo cristiano tendrá esa vida interior en la *medida* en que sepamos dársela, y se la daremos en la *medida* en que nosotros la vivamos.

b) “Dad un impulso vigoroso a vuestro apostolado, que alcance a todos los hombres”.

No podemos seguir con un apostolado languido, superficial, rutinario o sin planificar. Es deber de todos nosotros darle al apostolado el impulso, la profundidad, la coordinación y la adaptación que necesita. Tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios para lograrlo. Por mi parte, yo me siento responsable de tomar todas las medidas y emplear todos los medios para lograr esta necesidad urgente. No podemos detenernos en consideraciones personales ante una exigencia de Cristo.

3. *Los medios de Renovación.*

Para lograr esto, el Papa en el mismo documento nos señala los medios:

a) “Mortificar en nosotros la *presunción* demasiado conforme a nuestra naturaleza y elevarnos a las regiones de la Santa *humildad*, del verdadero *temor* de Dios, del *valor generoso*”.

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

a) *Optimismo* de la hora presente. “Hacia un nuevo orden de relaciones humanas” (3). El Papa disiente de “los profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos acontecimientos” (4). “Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra edad, en comparación con las pasadas, ha empeorado; y así se comportan como quienes nada tienen que aprender de la historia” (5).

Es necesario tener una visión clara de nuestro tiempo. Termina una edad histórica y comienza una nueva. El hombre de hoy no es ni mejor ni peor que el de ayer. Posee, sí, una mentalidad y un estilo de vida que difiere mucho del antiguo. Hay que saber distinguir cuidadosamente lo que es sustancial y lo que es accidental, lo perenne y lo efímero, lo que toca a la doctrina y lo que toca las formas en que ésta se expresa.

El refugiarse en un recuerdo nostálgico de los tiempos idos, suele con frecuencia ser una evasión para no mirar de frente los tiempos nuevos con sus deberes y sacrificios.

b) *El objetivo principal* del Concilio es: “que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz” (6). Esto significa, en primer lugar, fidelidad a la tradición y confiada aceptación del progreso humano. Hay que volver plenamente a la rica tradición de la Iglesia. “Volver a la fuente” - “revertimini ad fontes”, fue la voz de orden de S. Pío X. De ahí la necesidad de conocer y de participar en el gran movimiento de renovación pastoral de los últimos años, sea en el campo de la liturgia, de la piedad, de la catequesis o del apostolado.

Junto a esto, la confiada “aceptación del progreso humano” “al mismo tiempo tiene que mirar al presente considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno que han abierto nuevas rutas al apostolado católico” (7).

La unión de estas dos condiciones hará que se cumpla lo que el Papa pide: “la defensa y propagación *eficaz* de la verdad revelada”.

Tenemos una obligación de eficacia: Esta eficacia depende fundamentalmente de que empleemos los *medios* auténticos que el Evangelio y la Iglesia nos señalan. Nos preocupamos de métodos, asociaciones, Campañas, medios de propaganda, etc., sin preguntarnos *antes* si ellos son los medios que tienen eficacia divina. El Papa nos pide “defensa y propagación eficaz de la verdad revelada” obligándonos con ello a un serio y profundo examen de conciencia, a una revisión de métodos y actividades apostólicas para ver si ellas poseen o no aquella eficacia divina que los hará aptos para el fin que se busca.

(3) Juan XXIII: *Discurso inaugural*.

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*

5. Modalidades y actitudes de Renovación

a) El discurso inaugural no se contenta con establecer este principio general, sino que desciende a indicar la *modalidad* de la difusión de la doctrina sagrada.

“Nuestro deber no es sólo custodiar, sino también dedicarnos con voluntad *diligente*, sin *temores* a la labor que exige nuestro tiempo” (8).

Debemos dar sin temor un salto hacia adelante

“hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que estén en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y exponiéndola en conformidad con los métodos de la investigación y con la expresión literaria que exigen los tiempos actuales” (9).

b) Ante los errores, el Papa señala igualmente cuál ha de ser nuestra posición: “La verdad del Señor permanece siempre” (10). No caben transigencias doctrinales, pero

“la Esposa de Cristo prefiere hoy usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad; piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos” (11).

Es todo un programa pastoral el que aquí se encierra.

No es la actitud negativa, sino la positiva la que ha de remediar los errores.

“La violencia causada a otros, el poder de las armas, el predominio político, nada sirven para una feliz solución de los problemas que los aflige” (12).

Es tentación fácil caer en una actitud de condenación, de “anti”, pero no es éste el camino del Evangelio. “No sabéis de qué espíritu sois” dijo Jesús a los “hijos del trueno” que pedían fuego del cielo sobre las ciudades que no los habían recibido.

Es más difícil, más lento, pero en cambio eminentemente más eficaz el camino positivo de “mostrar la validez de la doctrina” que el Papa señala.

Cuidémonos de dejarnos envolver por esas campañas negativas que a más de su ineficacia sirven no pocas veces para esconder intereses meramente humanos. No es esa nuestra misión ni nuestra tarea.

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*

(10) *Ibid.*

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*

c) La Iglesia, continúa el Papa, pone sobre todo su eficacia en los medios auténticos sobrenaturales de la doctrina y de la gracia: la fe y el amor. Lo mismo que un día Pedro al pobre que le pedía limosna, dice ella al género humano oprimido por tantas dificultades: "No tengo oro ni plata; pero te doy lo que tengo: en Nombre de Jesús Nazareno levántate y anda" (13). La Iglesia, pues, no ofrece riquezas caducas a los hombres de hoy, no promete una felicidad sólo terrena; sino que los hace participantes de los bienes de la gracia divina (14).

Tengamos cuidado con un exceso de *temporalismo*. Tenemos que preocuparnos gravemente de mejorar las condiciones materiales que permitan una vida verdaderamente humana, pero ahí no termina nuestra misión. Somos, ante todo y sobre todo, "los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (15). Que la acción temporal, necesaria, no nos haga jamás perder de vista que Uno es el Salvador: Cristo.

II. *La Palabra de los Padres Conciliares*

Haciendo eco a las palabras del Papa al iniciarse el Concilio, los Padres Conciliares enviaron el Mensaje a todos los hombres, cuyas notas principales podemos resumir en las siguientes, que nos dan una norma de actuación:

1. *Universalidad*; se dirige a todos los hombres de buena voluntad sin distinción de Credos. El Colegio episcopal sucesor del Colegio apostólico, siente y vive su misión para todos los pueblos y naciones. Somos deudores de la humanidad. Nos debemos a todos, "creyentes e incrédulos".

2. *Recordamos a todos* el gran mensaje de salvación: el Amor de Dios Padre a los hombres, encarnado en su Hijo hecho miembro de nuestra raza, orientador de la historia y salvador de la creación. Es el gran "kerygma" que es menester hoy día repetir. El mundo pagano se convirtió por el anuncio de este mensaje. El paganismo de hoy será igualmente convertido por este mensaje que es necesario repetir incesantemente.

3. *Los Pastores* llevan en sus corazones las ansias de todos los hombres, de todos los pueblos, las angustias del cuerpo y del alma, los sufrimientos, los deseos, las esperanzas.

Porque el amor de Cristo los apremia recuerdan de una manera especial los dos problemas de mayor consideración: la paz entre los pueblos y la justicia social.

(13) *Hch.* 3,6.

(14) *Ibid.*

(15) *1 Co.* 4, 1.

Es alentador para el Episcopado chileno, que a menos de un mes de la promulgación de su pastoral sobre "*El Deber social*" (16) de los católicos, el Episcopado universal haya dado este mensaje de sintomático parentesco. Lo que los Pastores chilenos sentimos y dijimos, lo dicen nuevamente los Pastores de la Iglesia universal. El deber de todos nuestros colaboradores hacer comprender la importancia de nuestra pastoral colectiva y cómo ella refleja el pensar y el sentir de la Iglesia Universal.

III. *La Palabra de vuestro Obispo*

Quisiera antes de terminar, señalar tres notas que me parecen de especial importancia:

1. *El Concilio es una comunión con el Papa*, entre todos los Obispos, con todos los miembros de la Iglesia. La adhesión al Papa, la unión con el Obispo, la participación de los laicos en el apostolado jerárquico, son el signo visible de esa comunión.

2. *El Concilio es un triple diálogo*. Con sus propios fieles, con los hermanos separados y con el mundo moderno. Los Obispos han llegado sintiendo que son representantes de sus iglesias particulares. Han dialogado y quieren seguir dialogando con sus fieles a fin de que todos los anhelos se expresen en el aula Conciliar. En el próximo mes de mayo, un cuestionario al clero, religiosas y laicos permitirá al suscrito conocer en forma más precisa el pensamiento de sus diocesanos.

Con los hermanos separados se ha establecido un diálogo tan fraternal y sincero que difícilmente podrá interrumpirse. Cuál será el resultado definitivo de ese diálogo, lo ignoramos, pero sí sabemos que "*ubi charitas et amor, ibi Deus est*" (17).

El diálogo de caridad esperamos que un día se transforme en comunión. Oremos con instancia. No cerremos ninguna puerta. Abramos nuestra mente y nuestro corazón para que ese día auspiciado por Cristo venga pronto.

Con el mundo de hoy. La Iglesia admira sus conquistas y progresos. Pero más allá del progreso técnico mira el espiritual. La Iglesia quiere la salvación del mundo. Vibra en el sentido misionero de nuestro apostolado. La Iglesia quiere ser la conciencia de la humanidad y la luz de la historia.

3. *El Concilio Vaticano II será el Concilio de la Iglesia*. La labor de todos levantará ese edificio; "la Iglesia de los siglos futuros delineada por el

(16) Santiago de Chile, Ed. Universidad Católica (1962), 40 p.

(17) Tr.: "donde hay caridad y amor, ahí está Dios". Son las primeras letras del himno litúrgico griego-cristiano: "Ubi Caritas".

Vaticano II". "Ecclesia Christi lumen gentium". Pero de un modo especial será el que muestra "la Ecclesia pauperum" la Iglesia de los Pobres de que habló Juan XXIII en su memorable discurso del 11 de septiembre:

"Delante de los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta —y ella quiere serlo— como la Iglesia de todos y particularmente *la Iglesia de los Pobres*. "Es el deber de todo hombre, el deber apremiante del cristiano, de apreciar su superfluo teniendo en cuenta, las necesidades de los otros, y de velar cuidadosamente porque la explotación y la distribución de recursos de la creación sean subordinados al interés de todos". "Se trata de difundir el sentido social y comunitario que es inherente al cristianismo auténtico y todo esto será afirmado (en el Concilio) con vigor" (19).

Palabras memorables que abren una nueva etapa a la historia de la Iglesia de hoy.

Quiero añadir los comentarios de dos eminentes prelados:

"Es necesario, dice el Card. Gerlier —Arzobispo de Lyon— que la Iglesia aparezca lo que ella es: la Madre de los pobres, preocupada ante todo de dar el pan del cuerpo y el del alma a sus hijos. Ella debe orientar a los que tienen lo necesario hacia la obligación de procurarlo a los que aún no lo tienen".

"La pobreza, dice el Patriarca de Antioquía, Máximos IV, es una cuestión de vida o muerte para la Iglesia; sin ella perderá el mundo obrero".

Los Padres Conciliares quieren considerar profundamente la conexión íntima entre la presencia de Cristo en los pobres y su presencia misteriosa en la acción Eucarística y en la Sagrada Jerarquía.

Los momentos del misterio de la Iglesia que hacen vibrar en la tierra su vitalidad, son la Eucaristía y los Pobres.

4. *El Concilio fruto de la oración, la penitencia y el trabajo común*

El Concilio ha realizado su primera etapa. A través de ella vemos diseñarse su fisonomía; la maternidad de la Iglesia y la paternidad del Obispo; la importancia de las Conferencias Episcopales; la solidaridad del Episcopado universal en la evangelización del mundo ("Fidei domum") (20). La canonización y adaptación del movimiento litúrgico; la importancia del laicado que llega a su edad adulta apostólica. Un gran movimiento ecuménico que no es falso irenismo, se diseña. Una gran esperanza se abre. Una hora de Dios se acerca. "La primavera de la Iglesia" que anunció Pío XII, se avecina.

(19) Juan XXIII. Discurso del 11 de septiembre de 1962.

(20) Documento Conciliar sobre las misiones.



En la intimidad del hogar

Pero el Concilio está en plena realización. Estos meses que nos separan de septiembre, serán meses de trabajo intenso y silencioso.

Pero, sobre todo, son meses de oración y de penitencia.

Debemos en el espíritu que se anuncia, comenzar a realizarlo.

“El cohete espacial del Concilio ha sido lanzado, dijo Jean Guitton (21), nadie podrá detenerlo”.

Mis amados colaboradores:

A través de estas líneas os he dicho algo de lo que pienso para mí y para vosotros. Algo de lo que siento que Dios nos exige a todos en esta hora.

Ayudémonos mutuamente en la plegaria para que “en estos días de salud” ni ustedes ni yo recibamos en vano la gracia de Dios.

Con mucho afecto los bendice en esta Navidad Conciliar.

(21) Jean Guitton. Famoso literato francés contemporáneo. Tiene obras sobre Plotino, Agustín y otros temas filosóficos, religiosos y ecuménicos. Es amigo personal de Paulo VI.

LA ETAPA POST-CONCILIAR.
LOS PROBLEMAS DE CHILE Y LA PLANIFICACION
DE LA IGLESIA CHILENA (1)
(9 - II - 1966)

Queridos hermanos,

éstas no son ni un estudio ni un proyecto. Son únicamente algunas reflexiones sobre el momento actual de la Iglesia en Chile y las líneas de apostolado, que a mi juicio, se precisan.

I. Deseo ante todo, detenerme en una rápida y sucinta *visión de la realidad*.

1. El primer hecho que aparece son los graves y profundos *cam-bios* que Chile enfrenta en el presente y deberá afrontar en un futuro muy próximo.

Hay un cambio político, que no consiste sólo en un cambio de partidos en el poder, como antes ha acontecido. Sin pretender juzgar al ac-

(1) Estudio de Mons. Larraín, encontrado en su escritorio y para enviar a los Obispos.

tual gobierno, hay que ver su línea fundamental que consiste en una voluntad de cambios rápidos y estructurales, que el partido de gobierno califica de "revolución en libertad" (2).

Esos cambios políticos están íntimamente unidos a cambios sociales estructurales: reforma agraria, reforma tributaria, reforma urbana, reforma constitucional, etc.

La mentalidad general del país, salvo un sector minoritario que constituye la Derecha, es revolucionaria. Que ella se llame revolución marxista, o en libertad, o como se quiera, hay dentro de la diversidad un denominador común: mentalidad de revolución.

2. Segundo hecho: la mitad de la población chilena es menor de veinte años. Esto significa que si el mayor esfuerzo apostólico en personal y en dinero se está haciendo con la generación de treinta años para arriba, estamos empleando el máximo de esfuerzo, con el sector más reducido.

3. Tercer hecho: la población rural se ha incorporado brusca-mente en la vida nacional. De una parte, la ciudad influye sobre el campo; prensa, radio (se ha hablado con razón que hoy presenciamos la revolución de los "transistors"). De otra parte el campo afluye a la ciudad (red caminera, servicio de buses, etc.). Por último, una parte no pequeña de la población rural, se hace urbana (gran parte de la población central de las callampas, son de origen rural).

4. Existe un fuerte aumento de la influencia estatal. Sus organismos se hacen cada vez más numerosos en el campo de la educación, la beneficencia, la promoción social, la previsión, etc. Muchas obras promovidas por la Iglesia en un rol de *suplencia*, pasan a ser estatales.

II. Situación de la Iglesia chilena, frente a estos cambios

1. Ante todo podemos constatar el gran respeto a que la Iglesia se ha hecho acreedora. Su posición neutral y abierta, le ofrece, hoy más que nunca, óptimas expectativas de penetración.

2. Pero al mismo tiempo debemos constatar que ni el laicismo masónico, ni el materialismo marxista, han perdido su sectarismo antirreligioso.

De otra parte, es posible que por odiosidades políticas hacia la Democracia Cristiana, quieran unir a la Iglesia con ella y confundirlas en un ataque común.

(2) El Gobierno demócrata-cristiano del presidente Eduardo Frei comenzó el 4 de noviembre, 1964. Expresó su orientación en la consigna "revolución en libertad".

3. Es interesante también anotar aquí otro fenómeno y es el de la Derecha Económica en relación con la Iglesia.

Hay en ella dos sectores: el de tradición católica (especialmente conservadores) y el de tradición liberal (en el sentido filosófico de la palabra).

El primero permanece fiel a la Iglesia, pero con una profunda amargura hacia ella. Se sienten postpuestos, sienten que han perdido la primogenitura y no les agrada la posición de avanzada de la Iglesia. Hay fuertes analogías y aún contactos con el "integrismo" de otros países (vgr. "Fiducia", subvencionada por capitalistas brasileños) (3). El otro sector permanece sociológicamente católico, pero en el fondo anticlerical.

4. ¿Cómo afronta la Iglesia chilena esta situación? Podemos definirlo con una frase: existe crisis en algunas instituciones de Iglesia (tomamos la palabra crisis en su sentido etimológico, es decir, decisión entre dos tensiones opuestas).

¿Cuáles son estas dos tensiones?

Son la de un mundo de hace treinta años o cincuenta, en que estas instituciones tomaron su fisonomía y se desarrollaron y en el mundo de hoy.

De esta crisis vienen diversas consecuencias: inadaptación, multiplicidad de líneas pastorales, indiferencia apostólica de gran parte del laicado, desorientación del clero y especialmente eficacia muy limitada actualmente de algunas instituciones (educación, acción católica, acción social).

Esta situación ofrece dos peligros que me parecen muy actuales en Chile:

a) El de encerrarnos en esas mismas instituciones y sepultarnos juntamente con ellas, o

b) El de crear otras nuevas para substituir a las antiguas, con el peligro de que a corto plazo van a sufrir el mismo proceso de esclerosis (el mundo evoluciona más rápido que las instituciones).

En resumen, una Iglesia que no está presente al mundo de hoy y aún menos al de mañana.

5. Este problema se refleja especialmente en dos sectores: el clero y el laicado.

El Clero

Es inútil y perjudicial el oponer clero antiguo a clero joven. Ambos tienen sus grandes virtudes y defectos. Además es desviar el problema de su esencia.

Hay una crisis en el clero y esto debemos verlo con claridad.

(3) La Revista *Fiducia* apareció en 1963.

En primer lugar falta la *mística* de su sacerdocio (hablo del clero en conjunto).

En segundo lugar adolece de un grave individualismo. No tiene una conciencia social de su lugar y de su responsabilidad en la diócesis (obedece o critica al Obispo, o, lo que es más fácil, se pone al margen de las directivas diocesanas).

Le falta una línea pastoral clara en la cual vea las finalidades y las prioridades de su ministerio.

Por último, frente al Concilio, toma una actitud o de revisionismo negativo (“remise en question”) o de “anomia” (carencia de leyes).

Esto no significa dar un juicio desfavorable a nuestro clero, antes al contrario, sino únicamente ver los problemas fundamentales que lo afectan.

Laicado

La idea de un laicado apostólico militante se ha debilitado. En parte la acción política, en parte el excesivo temporalismo, lo ha apartado de una visión apostólica de la vida.

Los cuadros donde el laico apóstol se debe formar (parroquia, colegio, Universidad Católica), cumplen en forma muy deficiente su misión.

Los movimientos apostólicos están reducidos y les falta una *inserción* en la pastoral total de la Iglesia.

III. *La Iglesia del Vaticano II*

Al Episcopado actual le corresponde poner en acción el Concilio.

Este Concilio ha sido definido como un Concilio *pastoral*, lo cual no quiere decir que no sea *doctrinal*. Sería origen de desviación oponer doctrinal a pastoral. Precisamente porque es pastoral es doctrinal. La pastoral es teológica.

Creo que la aplicación del Concilio Vaticano II en la actual situación de Chile, debe tener cuatro líneas fundamentales de acción:

1. *Sobre el clero*

a) Debemos dar conjuntamente al clero la *mística* de su sacerdocio y la visión clara de su misión en la diócesis.

Algunas ideas que pueden orientar esta solución:

El Vaticano II nos ha entregado en la Constitución “De Ecclesia” el misterio del Obispo y del Colegio Episcopal. Es necesario mostrar la

relación del sacerdote con este misterio. Esto exige el que demos una *visión doctrinal* del "Presbyterium". Mostrar cómo el presbyterium unido al Obispo, constituye el Obispo en su plenitud. Mostrar igualmente que los sacerdotes, tomados aisladamente, son nada sin el Obispo.

De ahí proceden dos consecuencias importantes:

— La unión del clero con el Obispo en la triple función sacerdotal de Cristo: Evangelio, Eucaristía, Iglesia. Es decir, el mensaje, el misterio, la comunidad. Lo que corresponde jurídicamente al "munus docendi, sanctificandi, regendi" (4).

— Fraternidad de los sacerdotes, expresión de la misión original, proveniente del Padre, de Cristo y del Obispo. Fraternidad que se expresa en la *vida común*.

Necesitamos entregar al clero, a través de estudios doctrinales, de formación espiritual y de acciones concretas, esta visión, sin la cual vamos a tener que enfrentar muy hondas y difíciles crisis sacerdotales.

El Episcopado, con la ayuda de un equipo de teólogos y pastores, debiera preparar una presentación doctrinal y práctica de esta materia.

b) Esto exige en segundo término, una revisión de las estructuras diocesanas y parroquiales.

— La Curia no puede continuar como un órgano burocrático de dispensas canónicas, o de administración. Tiene que convertirse en un Consejo diocesano donde, bajo la dirección del obispo y con diversa participación del clero, se coordinen las diversas tareas de una diócesis: administración, pastoral, apostolado laico, parroquia, etc.

Al frente de cada una, dos o tres sacerdotes que *están* en el *ministerio* y que al mismo tiempo colaboran en la Curia. Con esto se pondría término a la separación entre curiales y clero.

— Hay que ir a un estudio serio y profundo de reformas de las estructuras parroquiales actuales. Esto se requiere por una triple razón: de vida sacerdotal, de acción pastoral, de razón económica.

2. *Sobre los religiosos y religiosas*

Es necesario llegar a un estatuto donde se precise su incorporación en una pastoral de conjunto. El religioso o religiosa como un "francotirador" en la diócesis no puede continuar.

Sin desmedro contra la autonomía y extensión requeridas para su vida religiosa interna, es necesario hacer realidad el principio aprobado por el Concilio que "todo el campo pastoral cae bajo la jurisdicción del obispo".

(4) tr.: "oficio de enseñar, santificar y regir".

3. *Apostolado laico*

Asistimos a una grave crisis del apostolado laico en Chile, proveniente a mi juicio de tres causas:

a) Falta de distinción clara entre un apostolado de evangelización y uno de orden temporal. Se necesitan ambos, pero debidamente distinguidos, estructurados y coordinados.

Existe un peligro en no distinguir, que puede llevar y está llevando a la confusión. Es una distinción en orden a la coordinación la que se precisa.

b) Falta de una pastoral ambiental de conjunto (política pastoral), que sea capaz de abordar desde distintos ángulos, el problema de cada ambiente. Esto se precisa en tres campos especialmente: el joven, el obrero y el rural.

c) En cada uno de estos campos se precisan tres acciones diversas, simultáneas y sincronizadas: A) sobre un *motor* (militantes). Necesidad de formarlos y asistirlos. B) sobre la masa católica en general, para incorporarla a la acción apostólica. C) sobre la masa indiferente (aquí tienen especial campo los movimientos aconfesionales de inspiración cristiana).

4. *Acción evangelizadora*

Al hablar de la unión del Obispo con su clero hay que precisar los tres modos de acción en que esta actividad sacerdotal se realiza en la plenitud del presbiterium.

a) El anuncio de la palabra - que salva. Es necesario hacer ver la importancia fundamental de la *evangelización*.

Esa evangelización hay que hacerla:

— restituyendo a la lectura de la Biblia su valor insustituible;

— dando a la predicación, especialmente en su sentido kerygmático y doctrinal, toda su importancia. Necesitamos restituir la homilía en el lugar en que la Constitución sobre la Sagrada Liturgia la ha colocado;

— catequesis. Revisión de nuestros métodos. Escuelas catequísticas. El problema de la educación religiosa en las escuelas estatales tiene que ser abordado en forma mucho más completa.

Los grandes problemas culturales vistos a la luz de la doctrina cristiana. Necesidad de que las Universidades Católicas se integren plenamente en un plan conjunto de evangelización.

La evangelización debe llegar a la gran masa. Hasta el momento falta una acción conjunta y eficaz de "comunicación de masas".

A mi juicio esto hay que hacerlo principalmente a través de órganos neutros: periódicos, radio, TV.

Un plan a escala nacional que conozca las posibilidades y necesidades de cada diócesis, debe ser elaborado cuanto antes.

Este plan debe, a mi juicio, abordar cuatro campos: litúrgico, cultural (filosófico y científico), evangélico (cursos bíblicos) y social.

b) La Palabra conduce al sacrificio y al sacramento.

Necesidad de fundar un Instituto de Liturgia que estudie los grandes problemas, oriente y entregue los elementos prácticos para ir a una Liturgia viviente, activa, renovada y profunda.

Necesidad de un Directorio pastoral sobre los sacramentos.

c) Por la palabra que lleva a la fe, por la Eucaristía que lleva al misterio de la re-creación, se constituye el "hombre nuevo". El ministro tiene que ordenarse a "establecer la Iglesia" en cada comunidad humana: familia, sector, barrio, ambiente.

Necesidad de dar la *visión y dimensión* eclesial a todas nuestras actividades.

Es aquí donde debe sentirse fuertemente la acción del "Presbyterium", donde la comunión con el Obispo debe hacerse realidad, donde el sentido *misionero* tiene que inspirar constantemente nuevas actividades apostólicas.

5. *Acción social*

Creo que en el momento actual la Iglesia en Chile debe, en la acción y campos sociales, ir dejando gradualmente su rol de suplencia y concretarse a los siguientes puntos:

a) el estudio de la doctrina social y elaboración concreta de solución de problemas a la luz de esa doctrina. Pienso que las Semanas Sociales pueden convertirse en un organismo permanente que responda a estas necesidades.

b) formación cristiana de leaders sociales (distinguiendo bien su acción de la de los militantes de movimientos apostólicos).

c) presencia activa en las grandes instituciones nacionales: educación, sindicalismo, promoción, beneficencia.

6. *Organos promotores*

Esto exige la creación o renovación de algunos organismos.

a) *Facultad teológica*

El Episcopado debe mirar como una de sus primeras obras la Facultad teológica. Hay que interesar a todas las Congregaciones religiosas. Hay que poner al Episcopado más en relación con ella. Hay que

hacer ver que la primera ayuda en dinero y personal que necesitamos es para una óptima Facultad teológica.

b) *Instituto Catequético*

En Chile funciona el ICLA. El país que menos proporción de alumnos tiene en él es ... Chile.

c) *Instituto Litúrgico*

d) *Semanas Sociales* (5).

Estas líneas, muy incompletas, fueron escritas al correr de la pluma el día 9 de febrero en que, por efecto de una enorme nevazón quedamos bloqueados en nuestras casas, sin poder asistir ese día a la sesión de la Comisión redactora del esquema 13 del Concilio, que ha estado reunida dos semanas para entregar el proyecto definitivo.

Pensando en Chile y sus problemas, he redactado estas observaciones, que las pongo a disposición de mis queridos hermanos por si en algo pueden serles de utilidad.

(5) En la "1ª Semana Social de Chile", Mons. Larraín tuvo a su cargo el discurso inaugural: "La Comunidad Nacional".

EL CONCILIO: LAS TRANSFORMACIONES EN LA IGLESIA Y SU RELACION CON EL MUNDO (1)

"A los laicos católicos corresponde el promover las justas transformaciones políticas".

—¿Cómo ve V.E. la renovación conciliar de la Iglesia?

El cambio de perspectivas eclesiales provocado por el Concilio radica, en gran parte, en que la Iglesia se ha definido a sí misma, y al hacerlo ha manifestado la inmensa riqueza espiritual que contiene como pueblo de Dios. Esta visión de la Iglesia como pueblo de Dios, que el Concilio ha puesto especialmente en relieve, trae consecuencias inmensas para la pastoral. De aquí aparece la Iglesia esclarecida como Comunión. Igualmente, de aquí se destaca en forma relevante la unión de los diferentes elementos que constituyen la Iglesia: Jerarquía, Clero y Laicado concurrendo en una misma misión de expansión misionera.

De todo esto surge a nueva luz una consecuencia fecunda; el apóstolado es misión de todo el Pueblo de Dios. Cada cual tiene aquí su tarea.

(1) Declaraciones de Mons. Larraín para *Incunable*.

Sacerdotes y laicos íntimamente unidos al centro motor del apostolado, la jerarquía, han de realizar el lanzamiento de la Iglesia.

Veo igualmente otra perspectiva eclesial que surge del Concilio: la Iglesia de cara al mundo. Ella toma una conciencia renovada de que ha sido hecha para el mundo. Como continuadora de la misión de Cristo que vino “no a juzgar, sino a salvar al mundo”, la Iglesia del Vaticano II aparece al servicio del hombre. De *todo* el hombre y de *todos* los hombres. *Todo* el hombre; es decir, los valores humanos: cultura, economía, vida familiar y cívica, etc... *Todos* los hombres; es decir, una Iglesia que realiza en plenitud su sentido ecuménico y católico, tal como Pablo de Tarso la describiera. Al gran discurso del Papa —el 7 de diciembre— (2), podemos llamarlo la Carta Magna del humanismo cristiano; la Iglesia y, en forma especial, el Concilio, al servicio del hombre, para llevar el hombre a Dios. Es toda la economía de la encarnación, “por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos”.

Esta acentuación que el Concilio Vaticano II ha puesto sobre el hombre, tendrá, a mi juicio, proyecciones insospechadas que en el correr de los años se irán concretando. La visión que muchos se hacían de una Iglesia, como un castillo, donde el hombre escapa al mundo, se sustituirá, por la visión de una Iglesia situada en el corazón de la humanidad, con sus puertas abiertas para recibirla. “La palabra de Dios se hizo Carne y habitó en medio de nosotros”.

—¿Cómo ve V.E. el “compromiso temporal” del laicado católico?

En primer lugar deseo precisar que hay que evitar el mal entendido, que en algunos escritos parece insinuarse, de identificar la Iglesia con el Mundo. Tal confusión traería graves consecuencias.

Respondiendo directamente a su pregunta diría que a la luz de la “*Lumen gentium*” (3) y del decreto sobre “Apostolado de los Laicos” se puede hacer este planteamiento: Toda la Iglesia ES sacerdotal, con su doble grado de sacerdocio: el ministerial y el de los fieles. Este pueblo de Dios participa en forma *diversa* pero *conjunta* en la obra redentora de Cristo. En esta tarea apostólica hay que distinguir el apostolado *individual*, al que están llamados todos los fieles por el bautismo, y el apostolado asociado u *organizado*. Este puede ser multiforme y abarca todas las manifestaciones humanas. Sus expresiones características con la *evangelización*, en la cual el laico participa directamente en la misión fundamental de la jerarquía, y la *inspiración cristiana* de lo temporal, como específico, aunque no exclusivo del laico.

Esta inspiración cristiana de lo temporal obliga al laico a estar presente en todas las actividades humanas. Así como puede haber una desviación naturalista, puede también caerse en un “angelismo”, en que por una prudencia mal entendida el laico se aleje de los ambientes humanos donde la Providencia lo ha colocado.

(2) Papa Pablo VI, Discurso del 7 de diciembre, 1965.

(3) *Lumen Gentium* o *Luz de las Gentes*. Nombre del documento del Concilio Vaticano II, referente a la Iglesia.

¿Qué significado tendrían entonces las palabras evangélicas de “sal de la tierra”, “levadura en la masa”, “luz del mundo”, etc.?

—¿Hasta dónde puede llegar en esta línea la Acción Católica?

No olvidemos la palabra de Pío XI “el fin inmediato de la Acción Católica es la recta formación de la conciencia cristiana”. Esta recta formación de la conciencia no puede ser teórica ni meramente intelectual; ha de pasar por la vida. La Acción Católica ha de orientar la inspiración cristiana de lo temporal. Evangelizar implica cristianizar la vida. El diálogo del mundo con la Iglesia implica una doble presencia; a la Iglesia y al mundo. De otra manera el diálogo es imposible. Esta presencia corresponde en primera línea al laicado. Una de las grandes tareas del Concilio ha sido el esfuerzo por presentar a la Iglesia encarnada en la realidad histórica.

De aquí se deduce que si a la Acción Católica como tal no le corresponde una acción directa en lo temporal tiene, sin embargo, como misión principalísima el formar la conciencia cristiana de sus miembros frente a las diversas tareas temporales sin excluir ninguna.

—¿Se puede hablar en algún sentido de “compromiso temporal” de los sacerdotes?

Pienso que la función primera e insustituible del sacerdote es “evangelizar”. Esta evangelización ha de hacerla tomando al hombre en su realidad humana y social. Con el escritor de la antigüedad cristiana el sacerdote ha de decir “nada de lo humano me es extraño” (4). Y repetir lo que san Pablo dice a Cristo “debió asemejarse en todo a sus hermanos”.

Sin mezclarse en los aspectos técnicos de la gestión directa de los asuntos temporales, el sacerdote ha de formar, tanto a nivel individual como colectivo, la conciencia de los fieles. Esto significa comprender todas las realidades humanas. Como en Pentecostés, los fieles han de poder decir del sacerdote que cada uno escucha en su *propia lengua* (es decir, en su realidad *personal*) las maravillas de Dios.

—¿Cómo valora, Monseñor, la experiencia de los sacerdotes en el trabajo?

Pienso que no podemos cerrar los ojos ante el hecho de la descristianización de la masa obrera. Es en palabras de Pío XI “el gran escándalo de nuestro tiempo”. Esto exige experiencias pastorales que permitan la evangelización de los obreros. Entre ellas se encuentra la que Ud. menciona en su pregunta. No es ciertamente una vocación para todos. Pero si algunos con la debida autorización y con las normas que la Santa Sede ha señalado, lo hacen, debemos mirar esta vocación con máximo respeto. Ella permitirá conocer desde dentro la mentalidad obrera, cosa que es muy difícil de hacer desde afuera. Quisiera, eso sí, agregar que aunque esto sea una forma de pre-evangelización, no debe nunca olvidar el sacerdote que ella se ordena hacia la Eucaristía, donde culmina la

(4) Frase perteneciente a Tertuliano.

acción pastoral, según la Constitución de la Sagrada Liturgia. Por lo demás, no existe oposición fundamental entre sacerdocio y trabajo manual. El Sumo y Eterno Sacerdote de la Ley Nueva fue "hijo de carpintero".

—¿Qué me dice, Monseñor, en cuanto a la renovación del diaconado en América Latina?

Lo considero como una gran necesidad, no sólo por la escasez de sacerdotes, sino sobre todo por la constitución y animación de las comunidades cristianas. Cuidemos eso sí, de evitar dos riesgos: el de decapitar el laicado y el de dar excesivas facilidades que rebajen la función diaconal, sobre todo la predicación de la palabra. Una de las grandes renovaciones que el Concilio ha de traer, sea a la luz de la constitución de la Liturgia, sea del decreto de Revelación, es la valorización del ministerio de la palabra y el restituir al anuncio de la Palabra su proyección auténtica. Debemos confesar que una de las grandes crisis de la Iglesia de hoy es la predicación.

—¿Qué urgencias conciliares más apremiantes se han creado de cara a América Latina?

Hay que leer y meditar con gran atención el discurso de S.S. Paulo VI al Episcopado latinoamericano el 24 de noviembre pasado. Ahí el Papa nos habla de una "*debilidad orgánica*" de nuestra Iglesia y nos llama a una "*revitalización*". Esto exige, a mi juicio, tres cosas fundamentales:

a) Evangelización más profunda en orden a los sacramentos. No basta distribuirlos. Se requiere una catequización *adecuada* a cada uno de ellos. Pienso que el aforismo "sacramenta propter homines" (5), ha jugado en exceso en nuestra pastoral. Sin negar su verdad, hay también que pensar que el sacramento es un "*signo*" y que eso exige conocimiento y fe en lo que se recibe.

b) Constitución de comunidades vivientes. Hay que pasar de un cristianismo meramente sociológico a uno de opción cuidando eso sí, de saber equilibrar estos dos términos, "catolicismo de élite" y "catolicismo de masa", pues una desviación en este punto podría traer graves consecuencias pastorales.

c) Una posición decidida de la Iglesia frente al sub-desarrollo en todas sus formas: económico, social e intelectual y espiritual. Hace pocos meses di una pastoral titulada "*Desarrollo, éxito y fracaso de América Latina*" (6). Para nosotros, decía en esa carta, la bomba atómica se llama sub-desarrollo.

—¿Cómo ve, Monseñor, el marxismo en América Latina?

Lo que me preocupa no es lo que los marxistas propugnan, sino si los cristianos somos capaces de hacer en nombre de nuestra doctrina, las justas y necesarias reformas estructurales que urge realizar. El capí-

(5) "Los sacramentos están en función de los hombres".

(6) Santiago: Editorial Universidad Católica (1965).

tulo III de la segunda parte del esquema XIII nos urge a realizar en el campo social las reformas estructurales que América Latina necesita. Antes de examinar lo que los marxistas pretenden hacer, pensemos en lo que los cristianos tenemos que hacer . . . y añado, rápidamente; mañana será tarde. En el campo político, los laicos deben promover las justas transformaciones. Recordemos que Pío XI decía, que la caridad es tanto mayor cuanto más alto sea el campo a que se refiere. Así como hay una caridad hacia el prójimo existe una caridad "erga polis" (hacia la ciudad).

—¿Y el desarrollo del Ecumenismo?

Comienza, pero hay felices experiencias. Los hermanos de Taizé (7) regalan a América Latina un millón de ejemplares del Nuevo Testamento, traducción ecuménica llevada a cabo por tres peritos españoles católicos y dos protestantes. El noventa por ciento de esta edición será para los católicos y el diez por ciento para los protestantes. Hay gestos que valen más que muchos tratados.

—¿Puede comunicarnos alguna decisión del CELAM en cuanto a traducciones litúrgicas?

Se ha logrado la versión única castellana para la cual se ha formado una Comisión mixta compuesta por la comisión episcopal española de Liturgia y la del CELAM.

Se ha hecho ya la traducción definitiva de los prefacios y se está activamente trabajando en la definitiva del Psalterio y del Nuevo Testamento. Como ediciones provisionarias se han aceptado dos: la conjunta CELAM-España y la Argentina.

—¿Algunas experiencias renovadoras en la línea de los seminarios?

Habiendo quedado este problema al juicio de las conferencias episcopales y de cada obispo, no puedo hablar en escala continental. Puedo solamente decir que en mi Diócesis he puesto un año, al menos de diaconado, en ejercicio.

—¿Y del clergyman, qué piensa?

Doy mi opinión personal, sin negar que otra diversa tenga también sus razones. Debe existir un traje eclesiástico. Entre los dos en uso, prefiero para los actos no litúrgicos el clergyman. Pienso que si de una parte puede causar en algunos admiración, es un signo externo, por otra parte, de renovación. Por lo demás, lo importante no es que vistamos en una forma u otra, sino que nos comportemos como lo que somos.

(7) Taizé, monasterio de hermanos evangélicos, ubicado en Francia, conocido por su espiritualidad ecuménica y actitud evangélica.

DE ECCLESIA PAUPERUM (1)

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Chilena ha tenido a bien encomendarme, para ser tratado en esta Asamblea Plenaria, el tema de la pobreza en nuestras vidas.

Creo conveniente dividir el tema en dos partes: doctrinal y práctica.

I. *Parte doctrinal*

Me ha parecido que nada mejor podía presentarse, que las palabras pronunciadas en la sesión del 7 de diciembre pasado, en la última sesión Conciliar del primer período por el Cardenal Lercaro, Arzobispo de Bolonia.

Dice el Cardenal Lercaro:

Vbles. Hermanos:

1. Insisto, ante todo, en lo que ha sido dicho por los Emmos. Cardenales Suenens (2) y Montini (3), a propósito de la razón de ser de este Concilio, del orden y de la reducción de ciertas materias, y sobre todo, de la necesidad de elaborar una doctrina sobre la Iglesia.

Hay ahí lugar para buscar una doctrina sobre la Iglesia, capaz de ir hasta los fundamentos y más allá de los rasgos de origen jurídico a los cuales los esquemas parecen haberse apegado muy a menudo.

La conclusión de esta sesión parece ser la siguiente: dos meses de trabajo y de búsqueda muy humilde, libre y fraternal con la ayuda del Espíritu Santo, nos ha llevado a comprender mejor, a todos en conjunto, lo que el Concilio Vaticano II debe proponer a los hombres de este tiempo, a saber, el misterio íntimo de la Iglesia, que es como el gran sacramento de Cristo, Verbo de Dios revelándose, habitando, viviendo y trabajando entre los hombres.

2. Mi intención tiende a hacernos más atentos a la revelación de ese misterio de Cristo en la Iglesia, no solamente permanente y esencial, sino aun de la más grande actualidad histórica. Quiero decir: el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy día, el misterio

(1) Tt.: "Sobre la Iglesia de los pobres".

(2) Suenens (Card.), Arzobispo de Manila (Bélgica).

(3) Montini (Card.), el actual Papa Paulo VI, era entonces Arzobispo de Milán.

de Cristo en los pobres, porque la Iglesia, como lo dijo el Santo Padre Juan XXIII, es en realidad la Iglesia de todos, pero sobre todo la "Iglesia de los Pobres".

Leyendo el sumario de todos los esquemas que nos han entregado ayer, he quedado muy sorprendido y emocionado por la laguna que encuentro. Todos los esquemas en nuestro poder, o que nos serán propuestos, no parecen tener en cuenta, por un proyecto —explícita y formalmente proporcionado de acuerdo con la coyuntura histórica— esta revelación esencial primordial del misterio de Dios, aspecto predicho por los profetas como signo auténtico de la consagración mesiánica de Cristo; aspecto ensalzado por la propia Madre del Salvador en la encarnación del Verbo; aspecto manifestado por el nacimiento, la infancia, la vida oculta y el ministerio público de Cristo; aspecto que es la ley y el fundamento del Reino de Dios; aspecto que imprime su marca propia a toda efusión de gracia y a la vida de la Iglesia, desde la comunidad apostólica hasta las épocas de más intensa renovación interior y de desarrollo exterior de la Iglesia; aspecto, en fin, que será sancionado eternamente por la recompensa y el castigo en la segunda venida del Hijo de Dios al fin de los tiempos.

3. Por esto que, concluyendo esta primera sesión de nuestro Concilio, nos es necesario reconocer y proclamar solemnemente: nosotros no cumpliremos suficientemente nuestra tarea, no tendremos un espíritu abierto al plan de Dios y a la esperanza de los hombres, si no ponemos como centro y alma del trabajo doctrinal y legislativo de este Concilio, el misterio de Cristo en los pobres y la evangelización de los pobres.

Es, en efecto, un deber evidente concreto, actual de nuestra época.

Esta época: es una época donde en comparación con las otras, los pobres parecen ser menos evangelizados, y donde los corazones parecen alejados y extrañados en relación al misterio de Cristo en la Iglesia; es una época sin embargo en la cual el espíritu de los hombres solicita y escruta con preguntas angustiosas, casi dramáticas, el misterio de la pobreza y la condición de los pobres, de cada individuo, como también de los pueblos que viven en la miseria y toman actualmente nueva conciencia de sus propios derechos; es una época en la cual la pobreza de un mayor número (los dos tercios del género humano) está ultrajada en comparación con las inmensas riquezas de la minoría, donde la pobreza inspira cada día a las masas un mayor horror y donde el hombre carnal conoce la sed de las riquezas.

4. Recordando, como otros lo han hecho ya, el problema de la evangelización de los pobres, yo estoy lejos de querer añadir otra materia al sumario ya muy copioso de los temas tratados por el Concilio. Pero me veo obligado a afirmar:

No daremos satisfacción a las más verdaderas y a las más profundas exigencias de nuestro tiempo (comprendidas entre ellas nuestra gran esperanza de favorecer la unidad de todos los cristianos), sino, por el contrario, nos evadiríamos si tratamos el tema de la evangelización de los pobres como uno de los numerosos temas del Concilio. Si en verdad

la Iglesia, como se ha repetido varias veces, es el tema de este Concilio, se puede afirmar con plena conformidad con la eterna verdad del Evangelio, y a la vez en perfecto acuerdo con las circunstancias presentes: el tema de este Concilio es ciertamente la Iglesia en cuanto ella es, sobre todo, "La Iglesia de los pobres".

5. Habiendo sido así delimitado el objetivo del Concilio, yo me permito hacer las proposiciones siguientes:

a) Que en sus trabajos futuros el Concilio consagre no sólo una cierta parte, sino tal vez la principal, a la elaboración de la doctrina evangélica de la santa pobreza de Cristo en la Iglesia; que haga resplandecer el designio divino escogiendo la pobreza como signo y forma. Este sacramento de la presencia y del poder salvífico del Verbo encarnado entre los hombres, yo lo digo, es sacramento grande en Cristo y en la Iglesia.

b) Que goce así mismo de una igual prioridad la elaboración de la doctrina evangélica de la eminente dignidad de los pobres en cuanto miembros privilegiados de la Iglesia, puesto que es de preferencia en esos miembros donde el Verbo de Dios ha escondido su gloria hasta el fin de los tiempos.

c) Según la nueva organización de todos los esquemas doctrinales, reclamados por un gran número, que encuentre lugar en todas las materias tratadas, y que sea puesta en claro la *conexión ontológica* entre la presencia de Cristo en los pobres y las otras dos y más profundas realidades del misterio de Cristo en la Iglesia, a saber: la presencia de Cristo en la acción eucarística, por la cual la Iglesia se unifica y se constituye; y la presencia de Cristo en la sagrada jerarquía, que instruye y gobierna a la Iglesia.

Igualmente que en la elaboración de los esquemas de la reforma de las instituciones eclesíásticas y los métodos de evangelización, encuentre lugar y sea puesto en claro, la *conexión histórica* entre el reconocimiento leal y operante de la eminente dignidad de los pobres en el reino de Dios y en la Iglesia; y de otra parte, nuestra capacidad de discernir los obstáculos, las posibilidades y los métodos de reajustamiento de las instituciones eclesíásticas.

6. Así propuesto, bastará, a manera de conclusión y confirmación práctica, dar algunos ejemplos de las materias donde se haría necesario continuar nuestro decreto de reforma con bien entendida sabiduría y moderación, pero también sin ninguna timidez o compromiso:

a) La delimitación del uso de los medios materiales sobre todo de aquellos que llevan por sí mismo una menor apariencia de santa pobreza según la palabra: "No tengo ni oro, ni plata, pero lo que tengo te lo doy" (4).

b) El esbozo de un nuevo estilo o "etiqueta" para los pontífices, de manera que no provoque con admiración la sensibilidad de los hom-

(4) Hch. 3, 6.

bres de este tiempo, ni a los pobres dé ocasión de escándalo, dé temor que nosotros que a menudo vivimos pobremente, parezcamos ser ricos.

c) La fidelidad a la santa pobreza no solamente individual, sino también comunitaria de parte de las familias religiosas; un nuevo comportamiento en materia económica, con abandono de ciertas instituciones del tiempo pasado, desprovistas de utilidad y que entraban el libre y generoso trabajo apostólico.

7. Si nosotros nos mostráramos dóciles al plan de la Divina Providencia, afirmando y reivindicando el primado de la evangelización de los pobres, no será difícil, con la ayuda del Espíritu Santo y la protección de la Madre de Dios, encontrar para todos los problemas, tanto doctrinales como prácticos, un método auténtico de presentación integral, sin ninguna reticencia o atenuación integral, sin ninguna reticencia o atenuación del eterno e inmutable Evangelio de Dios y también proponerlo de tal manera que reúna más fácilmente en la unidad a toda la familia cristiana, así como el Padre y Cristo no son sino uno, y que toque más profundamente los corazones colmando la esperanza de todos los hombres de este tiempo, sobre todo en los pobres en la Iglesia de Cristo, quien siendo rico se hizo pobre a fin de enriquecernos con su gracia y su Gloria.

II. *Parte práctica*

En nuestro mensaje al mundo los Padres Conciliares dijimos: “Renovarnos nosotros y la grey confiada, a fin de que aparezca entre los pueblos el amable rostro de Cristo Jesús” (5).

Se trata de una renovación interna y de los signos exteriores que la expresan. Tratamos del más importante en este tiempo: la pobreza. La Iglesia en el siglo de los pobres, debe especialmente ser la Iglesia de los Pobres.

1. *Simplificación del culto*

a) El Episcopado Chileno hace suyo el voto presentado por el suscrito en el Concilio al tratarse el tema “de sacra suppellectile” (6).

VOTO:

Visum est Sanctae Synodo votum édere ut omnino e sacro cultu tollantur illa ornamenta ac species externae, quae ad dignam claritatem et ad sobriam pulchritudinem nihil conferunt, quinimmo saeculi practi vanitatem aliquomodo sapiunt vel inopportunam magnificentiam aut etiam locupletem pompam” (7).

(5) *Hch.* 3, 6.

(6) Tr.: “Acerca del ajuar sagrado”.

(7) Tr.: “Ha parecido al Sto. Sínodo oportuno expresar su deseo de que aquellos ornamentos y manifestaciones que nada aportan a un digno resplandor y a una belleza sobria, sino más bien se asemejan a las vanidades mundanas por su inadecuada magnificencia y pompa, sean completamente suprimidos en el culto”.

b) Deben observarse estrictamente las normas litúrgicas y de arte sagrado referentes a la sobriedad en el culto. Especialmente en lo que se refiere a iluminación, gasas, exceso de flores, etc.

c) Reglamentar los matrimonios llamados “de lujo” y prohibir el derroche de flores y luces en el templo, los trajes masculinos llamados de etiqueta, las tenidas excesivamente mundanas (de fiesta) de los asistentes, pedir que la novia lleve un sencillo vestido blanco... En una palabra, no seguir haciéndose cómplice de un boato que hiera a la pobreza, de una vanidad que contraría a la humildad, de un derroche de dinero que debería emplearse en obras de beneficencia y caridad, etc. Es imposible que fomentemos la conciencia cristiana sobre el “*uso de lo superfluo*”, si en nuestros templos, ante nuestra presencia y con nuestra autorización, aceptamos el *mal uso* de lo superfluo hecho *por cristianos* y con ocasión de recibir un *sacramento* de la Iglesia.

2. Trajes de los prelados

Debemos ir a una mayor simplificación y austeridad de nuestra “tenida” prelatia:

- a) suprimir las piedras preciosas en las cruces;
- b) suprimir hebillas en el calzado;
- c) suprimir encajes en roquetes y albas;
- d) suprimir la “capa magna” y en lo posible el “ferraiolo”;
- e) usar ordinariamente sotana negra, con cruz, anillo y solideo solamente.

Hay que hacer que nuestra presentación externa sea conforme al espíritu del evangelio y a la auténtica tradición de la Iglesia. No olvidar que la mayor parte de ellas tienen una antigüedad superior a los cuatro siglos, son restos de un pasado “barrocco” que reflejan una época vivida en *algunos* países de Europa, y que poco o nada tienen que ver con nuestra realidad latinoamericana.

3. Títulos

El obispo es ante todo un *servidor*. Todas sus funciones son de “ministerio” que se sintetizan en la “*diaconía*”. Su actuación según la mejor tradición de la Iglesia es la de servir y no la de dominar, “*magis prodesse quam praeesse*” (8) nos dice san Agustín.

a) Cambiar el título de “*Excelencia Rvma*” por el de “*Señor Obispo*”, “*Nolite vocari Rabbi*” (9).

b) Suprimir los escudos de armas, que se refieren a una tradición nobiliaria. El Evangelio nos enseña otra cosa: “*deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*” (10).

c) Quitar la genuflexión en el saludo al obispo y dejarlo en el simple beso al anillo.

(8) Tr.: “más bien servir que presidir”.

(9) Tr.: “No quieran que se les llame maestros”.

(10) Tr.: “sacó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes”, *Lc. 1, 52*.

4) Casas

Procurar que nuestras casas sean humildes. No vivir en los mejores barrios residenciales, sino en los modestos. No llamar a la casa del Obispo "palacio episcopal".

Igual criterio con respecto de los automóviles. Que sean sencillos. Marcas...

PROYECCION DEL CONCILIO VATICANO II A LA VIDA (1)

Hablo con los inmediatos colaboradores en el apostolado al regreso de la III sesión del Concilio.

Y la palabra primera, por no decir, la única, que les entrego es la que encabeza esta comunicación:

Hagamos realidad el Concilio Vaticano II

La realización del Concilio es una obra común de toda la Iglesia. Si todas las fuerzas vivas de la Iglesia no se suman e implican en esta tarea, pueden quedar del Concilio unas magníficas constituciones pero en el papel.

No es menester aguardar la IV y última sesión conciliar. Tenemos ya elementos suficientes para comenzar desde ahora este trabajo.

Pero esto exige:

1. Penetrarse de las ideas fundamentales que dirigen el Concilio;
2. Del espíritu que lo anima;
3. De las reformas que exige, y
4. De la manera cómo debemos ponerlas en práctica.

Es lo que procuraré hacer en la forma más suscinta posible en este *Instrucción pastoral sobre el Concilio*.

I. *Ideas fundamentales que dirigen el Concilio:*

1. Ante todo, la tercera sesión del Concilio nos da la imagen de una Iglesia viva, capaz de buscar la verdad en el debate (a veces apasio-

(1) Manuscrito con el título: "Instrucción pastoral. Hagamos realidad el Concilio Vaticano II".

nado) pero sabiendo lograr la unanimidad en la caridad y en el deseo común de hacer que el Concilio produzca todos los frutos que de él se aguardan.

2. En segundo lugar, el Concilio nos ofrece una visión total de la Iglesia, que lejos de oponer una verdad a la otra las integra en la totalidad general. Así, la Colegialidad Episcopal se integra en el Primado y lejos de disminuirlo lo exalta y lo refuerza.

3. El mostrar en su pleno valor las prerrogativas del Episcopado se integra igualmente en el valor, dignidad y ministerio de los sacerdotes. (La IV sesión debió aprobar la Constitución sobre el Sacerdocio).

La santidad del ministerio sacerdotal, a su vez, se integra en la importancia que el Concilio da al laicado y a su acción apostólica en el mundo de hoy.

La visión del Misterio de la Iglesia (2) se integra en las tareas de esa misma Iglesia en el mundo de hoy.

La vocación universal a la santidad (3) se integra en la consagración del mundo temporal que se ofrece como tarea principal del laicado.

La Iglesia peregrinante se integra en su unión con la Iglesia celestial (4).

La Virgen María, Madre de Dios, se integra a su vez en el misterio de Cristo y de la Iglesia (5).

La firmeza en la doctrina, se complementa en el diálogo ecuménico con los hermanos separados y en la unión a todos los elementos comunes que pueden encontrarse en otras religiones no cristianas (Idea de un solo Dios - Paternidad divina, etc.).

La contemplación de la verdad se integra en las normas concretas de acción; lo inmutable del mensaje evangélico con el "aggiornamento" exigido por el cambiar de los tiempos; la necesidad de leyes y normas que regulen la vida de la Iglesia, con la adaptabilidad de esas mismas leyes a las condiciones de un mundo en rápida transformación.

De este modo, el Concilio, lejos de fragmentar, reagrupa; no cambia sino pone en mejor luz la doctrina; conserva y al mismo tiempo rejuvenece las fuerzas de la Iglesia.

Es el signo claro de un pasar del Espíritu Santo que renueva y vivifica el Cuerpo muerto de Cristo.

4. La Idea central que inspira esta renovación hay que buscarla en dos constituciones, ya en pleno vigor, la de Sda. Liturgia y la de Ecclesia.

La primera busca que la participación activa y consciente del pueblo de Dios en el culto sagrado restituya su verdadero valor y la asamblea cristiana de a la celebración de los misterios su sentido comunita-

(2) Cap. I, *Constitución de Ecclesia*, Esquema XIII.

(3) Cap. V, *Constitución de la Universal Vocación a la santidad*.

(4) Cap. VII, *Constitución de la Indole escatológica de la Iglesia peregrinante*.

(5) Cap. VIII, *Constitución de la Sma. Virgen María*.

rio, devuelva a la liturgia su verdadero sentido y la constituya “raíz y cumbre de la acción pastoral de la Iglesia”.

La segunda es la base de toda la arquitectura doctrinal del Concilio.

Ella le da su unidad orgánica y al mismo tiempo le traza su programa. De ahí proceden las constituciones sobre la acción pastoral de los Obispos, el ministerio sacerdotal y el apostolado de los laicos (que serán aprobados en la próxima sesión).

De ahí mismo también procede, la actitud rigurosamente... (6) que inspiran los decretos sobre el Ecumenismo y sobre las Iglesias separadas (ya aprobadas).

5. De todas esta versión aparece en forma clara el sentido Misionero de la Iglesia de hoy. El mundo ya no está unido en Cristiandad como en la Edad Media. Vivimos la hora del pluralismo religioso. Nos encontramos frente al hecho gravísimo del ateísmo.

Un mundo de dimensiones nuevas se forma. La triple explosión: atómica, demográfica y psicológica de que habla Einstein hace sentir su influencia.

La Iglesia no puede ser la guardiana de un orden fenecido sino la anunciadora de un mundo nuevo. Todo esto se compendia en una palabra: Iglesia misionera, que nos pone ante una seria y profunda revisión de nuestros cuadros apostólicos y de nuestros métodos pastorales.

Hay quienes se alarman ante estos cambios. Hay otros que se impacientan porque no se hacen con suficiente rapidez. A ambas hay que recordarles el sentido de la historia, la visión del presente y las perspectivas del futuro. A ambas; tanto a los que dicen “nos están cambiando la religión”, como a los que repiten “hasta ahora nada se ve del Concilio”, hay que repetirles las palabras de san Pablo: “debe el que are, arar en la esperanza”. A ambos hay que decirles que este Concilio es ya “la primavera de la Iglesia” que anunciaba Pío XII. Pero, a ambos, también hay que repetirles que el Concilio es un gran llamado que Dios nos hace a todos y una grave responsabilidad de la cual deberemos darle cuentas.

II. *¿Cuál es el espíritu que anima el Concilio?*

Respondamos en palabras de Juan XXIII: “Una renovación evangélica de la vida”.

¿Qué significa esta frase?

a) En primer lugar una profundización teológica. La Constitución “De Ecclesia” nos da el material. En vez de la visión apologética. de la Iglesia a una Iglesia que se defiende —la visión dogmática— una Iglesia que se muestra en toda su riqueza a ser misterio salvador. No se puede comprender la renovación espiritual, teológica y pastoral presente si no

(6) Palabras ininteligibles en los apuntes.

se la contempla a la luz de la Constitución de la Iglesia recientemente promulgada. Más aún, el ignorarla o el conocerla en frases incompletas puede producir un doble peligro, o el superficialismo que aumentan la esperanza en unas cuantas reformas superficiales, o desviaciones pastorales que pueden en el futuro traer graves consecuencias.

b) En segundo lugar una espiritualidad bíblica. Volvemos a las fuentes, tal como lo pide san Pío X. La Biblia, tanto en la Constitución “de Ecclesia” y en la de Liturgia como el Decreto sobre Ecumenismo que nos lleva a un contacto mucho más asiduo y profundo con la Palabra de Dios. La Constitución de la Liturgia nos hace ver la presencia de Cristo en su Palabra. La Catequesis y la Predicación buscan en la Biblia su renovación fundamental. Del intelectualismo del “siglo de las luces” se pasa...

EL LAICO EN LA IGLESIA SEGUN EL CONCILIO VATICANO II

Es este un tema que he tenido muy cerca en mis preocupaciones. He formado parte de la Comisión Preconciliar y también de la Comisión Conciliar, y ahora de la Post-Conciliar: por eso he aceptado dar esta conferencia.

El laico en la Iglesia del Vaticano II

El desarrollo de este tema gira alrededor de dos ejes, sigue dos coordenadas que son, podríamos decir, las dos notas determinantes del Concilio Vaticano II: *Iglesia y Mundo*. Se ha hablado de la novedad del Concilio Vaticano II. Se ha dicho mucho más de lo que debiera decirse porque hasta ahora se ha querido presentar como una Iglesia totalmente distinta de lo que es la Iglesia en su Constitución. Debo decir que la gran novedad del Concilio Vaticano II es precisamente la vuelta a sus fuentes, a las raíces mismas de la Iglesia. Es, como dijo Juan XXIII, ante todo mirarnos ante el Evangelio y es todo ese movimiento que hace más de 40 años viene produciéndose en el campo del pensamiento y de la acción de la Iglesia: el “ressourcement”, la vuelta a las fuentes, y es precisamente la expresión de esa vuelta a la fuente, a las fuentes mismas del cristianismo, del Evangelio, la tradición de los Padres —todo el estilo de vida que el Evangelio y la tradición de los Padres nos entregan— lo que el Concilio ha vuelto a poner a luz; de estas fuentes arrancan las dos coordenadas, los dos ejes alrededor de los cuales gira el Concilio Vaticano II y que son también los que determinan la posición del laico en la Iglesia: una visión de la Iglesia y del Mundo.

Me van a permitir entonces que en forma muy rápida trate estos dos temas que me parecen básicos para poder comprender lo que el laico representa en la Iglesia.

I. La Iglesia, Pueblo de Dios (*)

En primer lugar la visión que el Concilio nos da de la Iglesia.

Es la Iglesia de siempre; no hay otra Iglesia, pero es una Iglesia rejuvenecida y renovada: dice el P. Congar (1) que la renovación de ideas y de instituciones está sometida a la doble ley de la *continuidad* y de la *identidad profunda* con la idea o la institución que se desea reformar; de manera entonces, que no hay renovación verdadera donde no hay continuidad y no hay renovación verdadera donde no hay identidad profunda con la institución o con la idea que se desea renovar. Y me parece que es esto lo que nos explica precisamente todo lo que el Concilio nos ha dicho de la Iglesia y del Mundo.

La primera pregunta que el Concilio se hizo fue la siguiente:

“Iglesia qué dices de ti misma”. La Iglesia debe pues, definirse a sí misma para presentarse al mundo. Y ¿qué es lo que la Iglesia dice de sí misma? La Iglesia se define como pueblo de Dios. Quizás nosotros no alcanzamos a conocer toda la riqueza y toda la trascendencia pastoral que tiene esta idea de la Iglesia como pueblo de Dios. Ante todo, esta visión de Iglesia como pueblo de Dios, nos pone en la mejor tradición bíblica —no vengo aquí a acumular temas porque este no es el tema de esta conferencia—. Según la historia bíblica da la salvación, el pueblo de Dios es el pueblo de la Alianza, es la alianza con Abraham, es la alianza con Moisés, es la alianza perfecta con Cristo, pero siempre es el pueblo; primero un pueblo carnal, con el cual Dios hace su alianza y en el cual deposita las promesas del mundo futuro, y es después con un pueblo espiritual que es Cristo que adquiere las palabras que leímos hace pocos días de san Pedro: “El Pueblo que él adquiere con su sangre” es siempre el pueblo de Dios”: sentido bíblico y sentido histórico. Es toda la historia de la salvación injertada en la historia de los hombres, de manera que no hay dos líneas que corren paralelas, la Historia Sagrada y la historia profana. Es la historia de Dios en la historia del hombre, y es la historia del hombre proyectada en la historia de Dios. Yo creo que ésta es una de las grandes visiones que el Concilio nos da y por lo tanto —porque nos da una visión histórica de la Iglesia— el Concilio nos da también de ella, una visión dinámica. La Iglesia no es una plaza fuerte, establecida e inmóvil, la Iglesia es un avanzar del pueblo de Dios en la historia del mundo, un caminar del pueblo de Dios con el caminar de la historia del mundo para llegar a la historia definitiva que es precozmente la consumación final en el tiempo. Sentido dinámico y al mismo tiempo actual. La palabra “pueblo” tiene hoy día un carácter extraordinario; con la palabra puedo querríamos decir todo el sentido de la historia moderna; el pueblo que se incorpora plenamente en la historia del mundo preci-

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

(1) Congar Ives, teólogo dominico francés contemporáneo, especializado en Eclesiología.

samente adquiere a la luz de esta definición *Iglesia-Pueblo de Dios*, todo su significado sagrado y todo su significado trascendente y absoluto.

De esta definición que la Iglesia ha dado de sí misma, Iglesia-pueblo-de Dios, se sigue la consecuencia que tiene inmediata repercusión en el tema que vamos a tratar: *La integridad comunitaria*. No son diseños parciales: aquí la jerarquía, ahí los religiosos, allá los laicos. Es, como un organismo, una integridad comunitaria. La Iglesia es la Comunión de todos estos elementos diversos, con diversas funciones, con diversas actividades. Sin embargo, se integran en una actividad común. El valor grande que esto tiene es alejarnos de esa visión clerical de la Iglesia.

Yo siempre recuerdo, mucho antes del Concilio, una expresión muy antigua de gentileza y de respeto pero no bastante exacta quizás: que cuando a uno lo hacían pasar primero, le decían: "la Iglesia pasa primero". Yo siempre respondía: pero si la Iglesia somos todos. Como dijo Pío XII en aquel memorable discurso: "Vosotros sois la Iglesia". Así que no es: la Iglesia pasa primero, no, es: la jerarquía pasa primero.

Esta visión de integridad comunitaria nos da entonces que estos elementos, jerarquía, sacerdocio, laicado, todos, tienen una misión común; funciones diversas, pero una sola vida con el cuerpo; órganos diferentes, pero un solo organismo; actividades diferentes, pero un solo apostolado, porque no hay más que un apostolado. La palabra apóstol significa enviado. Dios envía a su Hijo a la tierra, envía a Cristo; Cristo envía a sus apóstoles; los apóstoles se continúan en los obispos; los obispos, a su vez, llaman al sacerdocio y al pueblo fiel, y la Iglesia se hace presente en el mundo —lo repetimos varias veces— por el laicado y el sacerdocio conjuntamente. El sacerdocio solo y el laicado solo no pueden hacer aparecer el verdadero rostro de la Iglesia en el mundo. De manera entonces —repito— que esta visión del pueblo de Dios nos da una visión de integridad comunitaria. La Iglesia es una comunidad viviente, es la comunidad que obra, que opera, que actúa. Integramente apostólica en la misión única de la salvación del mundo, toda la Iglesia es apostólica, toda la Iglesia integrada en una misión común: la salvación del mundo.

Me parece a mí que esto tiene una importancia muy grande para que comprendamos la responsabilidad que a todos nos cabe en la salvación del mundo.

Todos estamos unidos de diferentes maneras a Cristo, sacerdote, profeta y Rey en la constante edificación de la Iglesia. La Iglesia es una sociedad sacerdotal. La Iglesia tiene una *acción*, diríamos real, en el sentido de conducir al pueblo de Dios. Todos tenemos entonces la responsabilidad de edificar la Iglesia, de construir la Iglesia que significa comunidad. Todos tenemos que hacer la comunidad, la comunidad en Cristo, la comunidad en la fe, en la esperanza en el amor, en la vida.

La Iglesia siempre está en construcción, no es cosa definitiva. La Iglesia siempre, porque es Iglesia itinerante, que va caminando hacia un término que está más allá del tiempo y que está más allá del mundo. No debemos decir jamás "aquí llegó la Iglesia". La Iglesia siempre, mientras el mundo exista y mientras el mundo camine, caminará con el mundo hasta el día del Señor.

La Iglesia siempre en renovación interior. La palabra renovación, a veces nos parece un poco dura, hasta escandalosa. No olvidemos que en la Iglesia hay un doble elemento, un elemento divino y un elemento humano, y que ese elemento humano debe estar constantemente renovándose. Y ya dijimos con las palabras del P. Congar, que toda renovación no es cambio de identidad, ni es discontinuidad; todo lo contrario, es continuidad y es identidad con aquello que se desea renovar. La Iglesia siempre es renovación interior. Y si tomáramos la historia de la Iglesia, (no lo voy a hacer ciertamente), veríamos que en las grandes etapas de la vida de la Iglesia, las grandes figuras de la Iglesia, son precisamente las figuras, las líneas y los momentos en que la Iglesia ha sentido la necesidad de esa renovación interior. Recordemos a san Francisco, para no citar más que una figura tan conocida y querida: La Iglesia siempre en misión. La Iglesia porque es itinerante, porque está caminando con el mundo, porque tiene una misión a la cual nunca puede decir “llegué”, solamente lo podrá decir el último día del mundo. La Iglesia siempre en misión, es decir, es una Iglesia que siempre debe estar constantemente llegando a los hombres, a todos los ambientes, a todos los sectores, a todas las ideologías, estar llevando el mensaje eterno de Cristo. La palabra del Card. Suhard (2): “La Iglesia en estado de misión”, creo que refleja esto.

Por lo tanto, yo creo que con esto cae esa concepción de “Iglesia establecida”, “castillo feudal”, “no se puede tocar nada en la Iglesia”; concepción de la que vienen muchos escándalos de personas: “nos están cambiando a la Iglesia”; “nos están cambiando el catolicismo”; “nos están cambiando nuestra religión”. Al contrario, se está renovando nuestra religión, se está renovando sin cambiar la identidad profunda y se está cambiando en la identidad perfecta con lo que Cristo precisamente estableció. Yo creo que sería una magnífica tesis que podría desarrollarse a la luz de la historia interna de la Iglesia: ver esa *continuidad* o identidad, y al mismo tiempo, esa *renovación*.

De ahí viene el otro concepto que es el que nos entrega el Concilio, de la Iglesia que avanza, una Iglesia que camina, una Iglesia que, precisamente porque es el Cuerpo Místico de Cristo, porque es entonces un organismo cuya cabeza es Cristo, el Cristo vivo, el Cristo resucitado y cuya alma es el Espíritu Santo que renueva la faz de la tierra, como dice la oración litúrgica, cuya misión es llevar a todos los hombres, no solamente a mirar hacia el pasado y conservar, sino también, a penetrar y a mirar hacia el futuro. Yo siempre recuerdo esa respuesta de un jocista cuando un asesor al dar una conferencia les decía: “tenéis que estar preparados para el mañana”, y él le respondió: “y ustedes, ¿están preparados para pasado mañana?” Y esa es la realidad y eso es precisamente lo que el Concilio Vaticano nos está dando, nos está preparando para el pasado mañana. El Concilio Vaticano está mirando toda esa evolución rapidísima del mundo, y no le teme a esta evolución, como no le ha temido

(2) Suhard, Card., Arzobispo de París.

jamás a ninguna cosa porque sabe que precisamente manteniendo su identidad, su continuidad y su finalidad es como podrá dar la respuesta.

II. *La Iglesia y su Misión en el mundo*

El mundo es el segundo eje alrededor del cual gira el Concilio Vaticano. Es necesario considerarlo, pues, para obtener la figura del laico según el Concilio.

Hay una concepción, podríamos llamar, de la filosofía griega del mundo: la de la "Moira", el destino fatal; o una concepción maniquea del mundo, el dualismo maniqueo, es, decir, el principio del bien y el principio del mal, entonces todo lo que es acción del *cristiano* debe alejarse del mundo, de lo temporal, de lo material. La mayor parte de las herejías que ha habido en la Iglesia, desde la primera de los "docetas" en el año 70, derivan de esta concepción dualista: Cristo no pudo tomar el cuerpo humano porque la materia es mala. Contra esta herejía, san Juan escribió su Evangelio y comienza en su prólogo diciendo: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". En cambio la concepción bíblica del mundo, esa concepción que nos arroja maravillosamente el Génesis, cuando en el relato de la creación repite esa palabra: "y vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno" (3). Después crea al hombre y le da este mandato: "creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla" (4). El hombre es —como dicen los escolásticos— un microcosmos, es como un mundo en pequeño, todo el mundo está encerrado en el hombre. Esta visión del mundo es optimista, es cierto; aunque no podemos olvidar que el mundo ha sido dañado y maleado por el pecado. Tal es la visión que aparece sobre todo en la Constitución Conciliar que se llamó el esquema XIII: "La Iglesia en el Mundo de hoy".

Aparece allí la estrecha solidaridad de la Iglesia humana con el conjunto de la familia humana: el goce y la esperanza, las lágrimas y angustias del hombre de hoy día, sobre todos los pobres —los de la clase afligida— son también goce y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Es la gran tradición de la Iglesia. En el segundo, lugar, la Iglesia ha sido hecha para el hombre. Yo me permito recordarles el maravilloso discurso de su santidad Paulo VI el 7 de diciembre, que yo querría llamar el discurso del humanismo cristiano, el discurso del humanismo integral. El nuevo humanismo integral, dice el Papa, es comprender al hombre en su condición. Este Concilio pretende emitir su juicio bajo esta luz sobre los valores que se consideran fundamentales: ¿*qué siente* la Iglesia del Hombre?, ¿qué recomendaciones se han de hacer para la edificación de la sociedad moderna?, ¿cuál es el significado últi-

(3) *Gn.* 1, 31.

(4) *Gn.* 1, 28.

mo de la actividad humana en el mundo? Problemas como estos son los que esperan respuesta. Y cuando se les haya dado una, aparecerá con mayor evidencia la reciprocidad del servicio entre el pueblo de Dios y el género humano. Es decir, en vez de oposición entre el mundo y la Iglesia hay reciprocidad de servicios, que deben prestarse al pueblo de Dios y al género humano, en que este pueblo de Dios está injertado, está inmerso.

De manera que el Concilio nos da una ontología del mundo, es decir, lo que el mundo es para el cristiano. El mundo es el sitio donde se juega el drama de la salvación, el mundo es el sitio donde la acción de Dios se desarrolla. Cristo no vino a realizar una obra misteriosa, esotérica, Cristo vino a meterse en la humanidad. Por eso siempre quiero corregir cuando dicen por ahí: "Cristo vino a salvar a las almas". No es cierto, Cristo vino a salvar a los hombres. Por eso el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Cristo pudo salvarnos de otra manera, pero no lo quiso. Cristo se hizo hombre, tomó la condición humana, la de siervo, como dice san Pablo, y vivió hasta la muerte. Hasta la muerte Cristo sintió todo lo que pasa por el corazón humano; cuando la escena de la Samaritana, dice que Jesús, cansado del camino, se sentó, san Agustín comenta y dice: "Se cansa, la fuerza de Dios", Cristo sufrió la angustia, el temor, el temblor; todo pasó por el corazón de Cristo. Así que el Concilio nos da una ontología del mundo, lo que el mundo es para el cristiano y al mismo tiempo, a esa ontología corresponde una sociología, es decir, el mundo en sus manifestaciones concretas; y después nos muestra las formas diversas de sociabilidad: la familia, la sociedad humana, la profesión, el trabajo. Todos los problemas que agitan al hombre, ése es el mundo de que nos habla. No es un mundo abstracto, es un mundo concreto. A esa ontología, a esa visión del mundo corresponde una sociología, una visión concreta.

III. *¿Quién es el laico?*

1. *Fuentes de estudio*

Alrededor de estos dos ejes ya vamos a ver entonces al laico. Ante todo, permítanme señalar lo siguiente: hay una serie de documentos conciliares que tratan del laico:

a) En primer lugar la Constitución "Lumen Gentium", este tesoro extraordinario, que creo que de aquí a 20 años vamos a comprender y a sacar algo de lo que ahí está encerrado.

b) La Constitución "La Iglesia y el mundo moderno", la constitución que costó mucho porque era la primera vez que se hacía sobre este tema; porque en realidad había mucha dificultad para hacerla. Me tocó estar en la comisión y ser testigo de los 4 esquemas que se iban pasando uno tras otro hasta llegar al cuarto.

c) "Constitución de la Sagrada Liturgia", donde se destacó la importancia de la Asamblea del Pueblo de Dios; donde el sacerdote es el

presidente de la asamblea, donde todos los miembros de la asamblea del Pueblo de Dios tienen un *rol* que desempeñar, tienen la parte activa que jugar.

d) "Decreto sobre el apostolado laico".

e) "Decreto sobre el ecumenismo": todo este movimiento ecuménico que debe apasionarnos porque significa el gran diálogo con nuestros hermanos separados. El decreto ecuménico da una importancia inmensa a la acción del Laico.

f) "La declaración sobre la educación".

Estos son los principales documentos en que se habla del laico. Pero, hay dos documentos, dos piezas maestras que son: La Constitución "Lumen Gentium" sobre la Iglesia, y el "Decreto del apostolado laico". Me voy a quedar unos momentos en la primera.

2. *Precisiones preliminares*

Es interesante, aunque parezca aburrido, señalar el orden de los capítulos: Cap. I: El misterio de la Iglesia, es este misterio que se nos presenta a nosotros. Cap. II: La Iglesia pueblo de Dios, lo que hemos dicho hace un momento. Cap. III: Los pastores que deben regir el pueblo de Dios, la jerarquía. Cap. IV: El laicado. Y vemos aquí como una cosa se va entroncando en otra, cómo el misterio de la Iglesia se expresa en el pueblo de Dios, cómo ese pueblo de Dios se relaciona con la jerarquía, y cómo el laicado está en íntima conexión con esa jerarquía que es el pueblo de Dios, para cumplir todos juntos la misión que Dios le asigna a su pueblo.

Tenemos en el Cap. IV, una primera definición del laico. Todos los sacerdotes que están aquí saben que hasta ahora la única definición oficial del laico era una definición negativa, la que teníamos en el Derecho Canónico: "el que no es sacerdote ni religioso". Recuerdo al Cardenal... Obispo Inglés Benedictino, contaba que una vez un no católico le preguntó: ¿Cuál es la posición del laico en la Iglesia? y él le respondió: "de rodillas en la consagración, y sentado en la predicación".

En el Cap. IV de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia se dice que se entiende por laico a todos los fieles, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que por estar incorporados a Cristo mediante el Bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera en la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. Por lo tanto, yo quisiera analizar un poco en primer lugar su carácter secular. El laico es el que está incorporado a la Iglesia por el bautismo, es el hombre que está en el mundo, que pertenece al mundo. Y aquí hay tres elementos interesantes. En primer lugar hay una unidad en la diversidad, que analizaré en el número siguiente. Luego, hay una igualdad en la actividad común de la edificación del cuerpo de Cristo. Todos, desde el Papa hasta ese niño que están

bautizando hoy, en este momento en la parroquia tal de Santiago, todos, en este momento, todos, tienen una actividad común en la edificación del cuerpo de Cristo. Pero, segundo en la diversidad de funciones. No vayamos entonces a caer en una concepción que va contra la Constitución misma de la Iglesia. La Iglesia es jerárquica (la palabra jerarquía viene de dos palabras griegas: hieros-arché, orden-sagrado). La Iglesia es jerárquica porque hay funciones diversas. Una es la función de la jerarquía que rige y orienta al pueblo de Dios; una es la función del sacerdocio que tiene precisamente por misión convocar al pueblo de Dios en la Palabra y en la Eucaristía. Otra es la misión de los seglares. Todos tienen misiones diferentes, pero en la unidad y unidad en la comunidad de relaciones. Por lo tanto, los pastores, al servicio de los fieles y los fieles aportan el concurso gozoso de su ayuda.

—Aquí me voy a apartar un segundo, pues es muy interesante ver la función episcopal jerárquica, que está señalada en el Concilio no como un dominio, sino como un servicio.

Es toda la antigua tradición de la Iglesia, decía san Agustín, es decir más y mejor servir que dominar. De manera que la jerarquía tiene un gobierno que gobierna sirviendo. Hay una página —que no me resisto a leer— muy hermosa, en la más pura y auténtica tradición de la Iglesia:

“Si pues, los seglares por designación divina tienen a Jesucristo por hermano, que siendo Señor de todas las cosas, vino sin embargo a servir y no a ser servido. Así también tienen por hermanos a quienes se constituyen en el sagrado ministerio enseñando, santificando, gobernando con la autoridad de Cristo, apacienta la familia de Dios de tal modo que se cumpla por todos el mandato nuevo de la caridad. Así como Cristo vino a servir y no a ser servido, los pastores de la Iglesia vienen a servir y no a ser servidos y si por ello obtienen el gobierno de la Iglesia, por otra parte, se sienten hermanos con aquellos que forman el pueblo de Dios”.

Y aquí viene una hermosa cita de san Agustín:

“Si me aterra el hecho de lo que soy para vosotros, esto mismo me consuela, porque estoy con vosotros; para vosotros soy el Obispo, con vosotros soy el cristiano. Aquél es el nombre del cargo, éste el de la gracia; aquél el del peligro, éste el de la salvación”.

3. *El papel del laico*

Y aquí entonces aparecen varias conclusiones que hemos de destacar.

a) *Carácter obligatorio del apostolado laico*

En primer lugar, el apostolado de los laicos, que vamos a señalar más adelante, no es algo facultativo. Todo laico porque pertenece a la Iglesia, porque está injertado en el Cuerpo Místico de Cristo, porque está

unido a la jerarquía en el servicio de la edificación del cuerpo de Cristo, tiene una misión apostólica. Ahora, cómo la cumpla, es cosa diversa, pero todos tienen una misión. Por lo tanto siendo la caridad el mandato primero de la ley y siendo la caridad el fiel de la balanza en el cual nosotros vamos a ser juzgados, la mayor caridad es precisamente el servicio de nuestro prójimo. Y ese servicio de nuestro prójimo, lo hacemos en cualquier forma apostólica que vayamos realizando; el juicio definitivo del cristiano va a ser favorable o desfavorable según si cumplimos o dejamos de cumplir este mandato de la caridad, que no es dar una limosna solamente, que es el servicio de nuestro prójimo. Por lo tanto, el apostolado de los laicos no es algo facultativo —lo quiere hacer, no lo quiere hacer— tiene que hacerlo. No digo que tiene que pertenecer a tal institución, a tal organización. Pero el apostolado tiene que hacerlo porque es la consecuencia de su bautismo. Tampoco es una cuestión de oportunismo. Yo a veces he oído esta razón, que siempre he encontrado muy pobre: “Hay tanta escasez de clero; por eso llamamos a los seglares”. Es hacerle muy poco favor a los seglares. Aunque hubiera abundancia de clero, siempre la misión del seglar es insustituible. Y repito lo que dije antes, y lo volveré a repetir: la Iglesia representa en el mundo el rostro de la Iglesia por el sacerdocio y por el laicado conjuntamente. Una Iglesia clerical no es la Iglesia; una Iglesia totalmente laical no es la Iglesia; sacerdocio y laicado conjuntamente nos dan el rostro verdadero de la Iglesia. Entonces viene el llamado que hace la Iglesia. Llama al laicado para que asuma su misión y al clero para que la deje asumir. Así que incumbe a todos los laicos colaborar en la hermosa empresa que el divino designio de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las tierras; “ábraseles pues, camino por doquier, para que en la medida de sus fuerzas y de las necesidades de los tiempos participen también ellos celosamente en la misión salvadora de la Iglesia”.

¿Cuál es el fundamento por el cual los laicos tienen esta función y misión? Hay un triple fundamento: Los laicos, toda la Iglesia, dijimos, es sacerdotal en el sentido de que toda la Iglesia debe ofrecer a Cristo el sacrificio de alabanza y los laicos participan del sacerdocio de Cristo por el Bautismo y por la Confirmación. Hay una diferencia con el sacerdocio ministerial de los presbíteros que, como dice el Concilio, no sólo, es cuestión de grado, sino también cuestión de sustancia. Pero con el bautismo el laico tiene la capacidad de ofrecer sacrificios al Señor. Todos los actos de nuestra vida vividos en el espíritu de Dios, pasan a ser ofrendas agradables a Dios y entonces comprendemos el valor del trabajo, el valor del sufrimiento, el valor de las lágrimas. Lo que dijo Juan XXIII, visitando un hospital: “No se debe perder una lágrima, no se debe perder un dolor”. Todo tiene valor divino: la lágrima, el dolor, el trabajo, todo es ejercicio del sacerdocio. Por lo demás, tiene un fundamento bíblico muy rico. San Pedro en su Epístola y san Pablo en su primera Epístola a los Corintios nos dice: “Sea que comáis, sea que bebáis, sea que hagáis cualquier cosa, todo hacedlo en el nombre del Señor, dándole gracias”(5).

(5) 1 Co. 10, 31.

Y este es el sentido de esa expresión que no fue bien comprendida en el primer momento, el año 1957, que dio el Papa Pío XII en su discurso del apostolado de los laicos, cuando habló y dijo que “la consagración del mundo es esencialmente obra de los laicos”. El laico que es digno en el mundo tiene que consagrar ese mundo en el cual estamos viviendo. Ese mundo del trabajo, ese mundo del que sufre, es el mundo. Las cosas no se consagran por fuera, se consagran por dentro.

Perdonen un chiste, no se si es de buen o mal gusto. Pero yo siempre digo lo que un cristiano en un almacén, por ejemplo, no es que tenga el nombre de un santo y, peor que peor, un santo en la puerta; sino que lo cristiano en un almacén es que el metro tenga cien centímetros y el kilo tenga mil gramos, porque a veces con santo y todo las medidas y las pesas no están de acuerdo con el sistema métrico. Esto parece un chiste, pero lo cristiano es el metro, lo cristiano es ahí la romana, no es el santo tal. Y nosotros a veces queremos cristianizar por fuera. Cuántas veces —perdonen una confidencia aquí— lo invitan a uno a bendecir una máquina en una fábrica, y yo pienso con terror en la frase de Pío XI en la *Quadragesimo Anno*: “La materia sale de la fábrica ennoblecida y el hombre sale de la fábrica envilecido”. Y uno va a bendecir; está bendecida la máquina. Cuántas veces la máquina no es más que para esclavizar al hombre, no digo que sea siempre. Repito que la consagración del mundo tiene que hacerla el que está en el mundo, consagrarlo por dentro, tomando su mundo —lo vamos a decir más adelante— y dándole su medida actual. Y Uds. me dirán ¿y entonces el sacerdote no tiene ninguna misión? Claro que la tiene e inmensa. Y cuanto más se realiza la acción del laico, más grande aparece la función del sacerdote, muchísimo más grande.

Cuando se estaba tratando esto, no faltaron algunos sacerdotes que dijeron: bueno, los obispos y los laicos resultan “promovidos” y los sacerdotes, no. Al contrario, en la Iglesia la promoción del obispo es la promoción del sacerdote, y la promoción del laico es la promoción del sacerdote, y la promoción del sacerdote es la promoción del laico. Hay una interdependencia enorme, maravillosa entre estas funciones diversas. Al sacerdote le corresponde sobre todo el culto comunitario de la asamblea Eucarística, la entrega oficial de la Palabra de Dios, la convocación, la reunión del pueblo de Dios. Que las gentes sean capaces de poder ofrecer sus vidas a Cristo mediador. Hay una magnífica definición de la diócesis en el Decreto del ministerio Pastoral de los Obispos. La diócesis es una porción del pueblo de Dios, es un territorio que se confía a un obispo para que lo apaciente con la cooperación de su presbiterio: de forma que, unidos al pastor y reunidos por él en el Espíritu Santo, por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo que es una, santa, católica.

El laico participa de cierta manera del sacerdocio de Cristo, lo que se llama sacerdocio común o sacerdocio de los fieles. En segundo lugar, el laico participa del ministerio profético de Cristo; —¿qué es ser profeta?— nosotros a veces tenemos una idea un poquito curiosa: los pro-

fetas bíblicos de barbas largas que anunciaban el porvenir. No, no era solamente el porvenir lo que anunciaban los profetas. El profeta era el que proclamaba la palabra de Dios y el que increpaba al pueblo porque no estaba de acuerdo con el mensaje de Dios. El sacerdote con los laicos participan de la función profética de Cristo en diferentes maneras. Primero, por el testimonio de la Vida. En el siglo III, ya escribía un autor que nosotros los cristianos: “non multa loquimur, vivimus”, “no hablamos muchas cosas, vivimos”. Y en la epístola a Diogneto (6), también en esa misma época, dice lo siguiente: que los cristianos no se diferencian de los demás hombres, llevan la misma vida de los demás, pero se diferencian en el estilo de vida, y eso me parece a mí que es fundamental. El cristiano no es el que anda cargado de cruces, de insignias, ni haciendo la señal de la cruz a cada instante, ni diciendo jaculatorias. Es sobre todo el que vive, el que da testimonio de su vida. Por lo tanto es el testigo de Dios en medio del pueblo, en medio del mundo. Segundo, por ser el que encarna el mensaje en un determinado ambiente, en una situación, por ejemplo la familia, la profesión —no voy a entrar en detalles—. Son los que tienen en seguida la función profética dando el sentido sobrenatural al acontecimiento. Cuánto podríamos hablar aquí sobre el sentido sobrenatural del acontecimiento, que no es el fatalismo, que es el sentido de la Providencia, en el sentido de los Padres, que es la fuerza de Cristo en nosotros. Ese hombre extraordinario que se llamó Péguy, hace decir a Dios esa palabra: “je suis l'événement”, “yo soy el acontecimiento”. Y ese testimonio apostólico que es la función profética del laico, sólo produce efecto cuando es expresado con una vida teologal. No se trata de hacerle propaganda a Dios, porque muchos creen eso, No, Dios es el dueño de todo. Para poder poner a otros en contacto con Dios, uno tiene que estar en contacto con Dios. El contacto que da la Fe, que da la Esperanza, que da la Caridad, esas virtudes teologales que son las que orientan la vida cristiana. Pero, al mismo tiempo, el laico cumple su misión profética como cooperador de la verdad por la palabra, de donde el laico tiene la obligación de profundizar en la doctrina. Yo creo que en esto debiéramos examinarnos la conciencia, tenemos que reformarnos totalmente. “Esta niña ya hizo la primera comunión, se confirmó y... aquí no más queda la religión”: del salón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidado...”. Esa es la verdad, la obligación que tenemos. Leemos el diario, compramos toda suerte de revistas, ponemos la radio, ponemos la televisión. Yo no digo que sea mala ninguna de esas cosas. Pero, ¿tenemos el cuidado, el hambre de la Palabra de Dios, tenemos el hambre de conocer mejor a Dios y a Cristo?

b) *El compromiso temporal del laico*

Y, en segundo lugar, tienen la obligación —los laicos— de aceptar los compromisos temporales, para poder ahí, en ese compromiso tem-

(6) *Epístola a Diogneto*, Cap. V.

poral ser el testigo, ser el que da sentido del acontecimiento y ser el que da la palabra que orienta a la luz de Cristo, y pone en contacto con él.

Por último, el laico participa también en este dominio de Cristo. Cristo es Rey y el laico es el hombre que está en las estructuras humanas. Cuidado aquí: tenemos que respetar esas estructuras humanas. Todas las estructuras humanas tienen una verdad natural y divina y tenemos nosotros que despertar y poner en juego la teología que Dios mismo dio a esas estructuras humanas. Sabemos que el mundo ha sido hecho por Dios para el hombre, y que el mundo es bueno porque es de Dios y el mundo conduce a Dios. Estando aquí, en una casa jesuita, no puedo olvidarme de la meditación de san Ignacio del uso de las cosas temporales. El mundo ha sido hecho por Dios para el hombre y el hombre debe despertar constantemente las jerarquías divinas que hay en el mundo para darle al mundo su desarrollo y todas sus fuerzas.

Las épocas históricas tuvieron su valor. Es estúpido (perdonen la palabra) comenzar a criticar las épocas históricas. Todas tuvieron su valor y tuvieron su razón de ser. Pero así como tuvieron su valor y su razón de ser, dejaron de tenerla. Y así como es estúpido renegar de esas épocas históricas, es insensato querer aplicar estos datos históricos, ya pasados, a las circunstancias actuales del mundo. La era constantiniana tuvo un valor. La cristiandad medieval, tuvo un valor. Pero hoy día no podemos hacer ni la era constantiniana, ni la cristiana medieval. Podría aquí seguir enumerando otras cosas, pero me he quedado en el siglo XIII porque es más seguro.

El gran peligro de querer retornar a algo, es imponer en nombre de Cristo una imagen sobre la vida o una estructura muerta. Qué mal espantoso se ha hecho en hacer coincidir el Occidente con el Cristianismo. Es la tragedia de las misiones lejanas. Se ha querido occidentalizar esas culturas más antiguas que la misma cultura occidental, como la cultura china, la cultura japonesa, etc. . . Por eso el P. Mateo Ricci, el gran misionero de la China, en el siglo XV - XVI, tuvo una visión extraordinaria. Y quién nos dice que mañana todas esas culturas antiguas no ofrecerán al cristianismo un campo maravilloso donde podrá desarrollarse siempre que no se ligue a una estructura determinada. Occidente tiene un valor, el Occidente cristiano. Pero, sería absurdo, ilógico, renovar ese valor del occidente cristiano. No queramos imponer la figura occidental a todo un mundo que tiene otras culturas y otros modos de ver.

Nos dice el Concilio:

“Deben pues los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las creaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios, y además deben ayudarse entre sí también mediante actividades seculares para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del Espíritu de Cristo y alcance más eficazmente la justicia, la caridad y la paz”.

(7) *Lumen Gentium*, 36. 2.

Esto significa para nosotros comprender la época, el momento del mundo que estamos viviendo. Y esta Constitución Conciliar nos muestra precisamente el cambio del mundo, la metamorfosis que el mundo está sufriendo en todos sus aspectos. La metamorfosis incluso cultural, psicológica, es lo que tenemos que comprender. Esto significa entonces que el cristiano tiene que estar presente en el problema del desarrollo. En un trabajo que hice sobre esa materia el año pasado, yo decía lo siguiente: hace pocos días cumplí 39 años de sacerdocio —en los 38 decía entonces— hasta ahora nadie se había acusado de no cooperar con el desarrollo (no faltó en nada al sigilo de la confesión). Yo creo que tenemos que examinarnos la conciencia porque el desarrollo tiene como fin, que el mundo alcance su medida. Esos niños y esa gente que muere de inanición y esas poblaciones marginales... No es que cada uno sea responsable singular de ello; pero sí somos responsables si acaso nosotros no cooperamos en el desarrollo. Y el desarrollo es lo que dijo el Cardenal... —el nuevo nombre de la paz—. La paz hoy día se llama desarrollo y el subdesarrollo se llama guerra. Y para nosotros los latinoamericanos la bomba atómica se llama subdesarrollo.

Segundo, el perfeccionamiento de la persona, no de la nuestra, tenemos que en todo lo que signifique perfeccionar la persona humana, las tareas de la cultura, las tareas de la instrucción, las tareas de la habitación, son tareas del hombre y por lo tanto tareas del cristiano. Porque —como lo decía Paulo VI en su discurso del 7 de diciembre—: “La iglesia está hecha para el hombre y para el servicio del hombre”.

Y en tercer lugar, se nos llama a la construcción del mundo. Yo veo que vamos rápidamente, después de este Concilio, a hacer la teología de las actividades humanas fundadas en el servicio. Y aquí viene la teología del trabajo, la teología del saber, del intelectual, del profesional, del político, es decir, del hombre que interviene en la cosa pública, la teología de todas las actividades humanas para que este servicio beneficie a todos los hombres. Y eso explica por qué la Iglesia tiene tanto en el tapete su doctrina social. Hay personas que han dicho que es oportunismo de la Iglesia. Al contrario, la Iglesia quiere poner en los laicos la conciencia de que es cumpliendo su labor social, edificando el mundo y dándole al mundo una medida humana como están sirviendo al mundo, a Dios y a Cristo.

c) El Decreto del Apostolado de los Seglares

Llego al decreto “*Apostolicam Actuositatem*”. Esto es un decreto sobre el apostolado de los seglares. Yo quería citarles algo sobre la historia de este decreto, pero voy a decir dos palabras nada más. Y es que por primera vez en la historia de los Concilios —desde los Concilios de Jerusalén en el siglo I, desde el siglo IV hasta ahora, ésta es la primera vez que se dedica un decreto sólo a los laicos. Es una situación nueva. ¿Qué es lo que había antes? Había laicos sobresalientes por su virtud, por su trabajo. Eran una excepción. Pero el laicado como tal, no tenía existencia reconocida como una categoría distinta en la historia de la

Iglesia. Y ahora el laicado aparece como un organismo en el seno del pueblo de Dios. Los laicos forman el laicado. El laicado es dentro del pueblo de Dios, el conjunto de los laicos organizados y armonizados, tal como una composición musical. No se trata de entonar notas, se trata de jerarquizarlas, armonizarlas, y ahí saldrá la composición musical.

Llegamos entonces a lo que nos dice esto. Primero, que los laicos —perdonen por repetirlo, debo repetirlo— participan en la misión de la Iglesia, pero participan de un modo propio, de un modo laical, por eso el laico es el laico. Y el beato —esa palabra que no nos gusta mucho— es el laico que juega al clérigo, o como dijo uno más maligno “que no ofende a Dios pero lo molesta”. Pero esta originalidad del laico ¿de dónde viene? Precede de lo específico de su estado y de su situación en el mundo. Vive en el mundo, en medio de las cosas profanas, su desafío entonces, primero es santificar al mundo profano. No se olviden que la palabra profana viene de *profanus*: lo que está antes del templo. Después se ha cambiado el sentido y ha pasado a tener un sentido peyorativo. Pero la vocación laical es santificar al mundo profano, y esa vocación de santificar el mundo profano (lo dice la “Lumen Gentium” y lo dice “el apostolado de los seglares”) determina la espiritualidad del laico. Esta espiritualidad del laico se inspira en la vida activa del laico en medio del mundo y de los hombres. Es como lo decía hace un instante, un servicio de fe, de esperanza, de caridad. Hoy se ejercita la caridad sirviendo a los hermanos. Y ahí como en el decreto de los presbíteros se dice una cosa hermosísima, que muchas veces en la vida de los sacerdotes hay el peligro de la dispersión en medio de las múltiples actividades del sacerdote, es la caridad pastoral —esto está tomado, de Sto. Tomás. Sto. Tomás define al sacerdote: “un hombre que por amor de Dios se consagra al servicio de sus hermanos”. Así también entonces, el laicado se inspira en la vida activa. No es un hombre que se retira —tengamos cuidado, este es el gran peligro—. En otras épocas teníamos una pastoral de conservación (preservación?). Entonces hicimos el teatro católico, el club católico, el billar católico y la piscina católica. Y ¿qué sacamos con esto? que el cristiano fuera un hombre separado del mundo. El cristiano es un hombre presente al mundo y a los hombres, pero presente en virtud, no de una simple filantropía, sino en virtud de la fe, esperanza y caridad. De la fe porque sabe que llega al Cristo de la esperanza, porque espera el mundo futuro y de la caridad, porque ama a Cristo en el amor de sus hermanos.

Los elementos —lo repito— de esa espiritualidad, no están en el aire sino en las condiciones concretas de su existencia, de la familia, de la profesión, de su situación social. He aquí por ejemplo, cómo hemos de alabar al movimiento familiar cristiano que da una espiritualidad a la familia, a la vida conyugal, a todo lo que significa la vida de familia. Por qué no hablar también de la profesión, la profesión tomada no como un simple medio de actividad humana o de subsistencia, sino que tomada al mismo tiempo, como una vocación en medio del mundo, en nuestro ambiente social, en nuestro barrio, en el ambiente en que vivimos. Entonces esa espiritualidad se estira en la vida activa de los seglares, toma sus

elementos de las condiciones concretas de su existencia y se desarrolla —y esto me parece muy importante— en una espiritualidad de los estados de vida.

En el año 1957, en el Congreso del apostolado laico, me tocó hablar sobre este tema: la espiritualidad. Y debo insistir en la espiritualidad de los estados de vida. Que cada estado de vida llama a la Santidad. Porque en la Iglesia, y esto lo dice maravillosamente el Concilio: “la vocación a la Santidad es universal”, estamos llamados todos a la santidad. Y todo estado de vida, sea el sacerdocio, el religioso, el laicado, todos estos son estados que deben llevarnos a lo que es la condición final de la vida cristiana. Porque la vida cristiana debe conducirnos a Cristo y la posesión de Cristo es la santidad.

Nuestro apostolado, sin embargo, se especifica en forma aparentemente diversa. Voy a señalarlas muy rápidamente: Primero; el apostolado de la evangelización y santificación de los hombres, el decreto habla de esto en algunos aspectos. Segundo; la participación en la vida litúrgica. Qué importante es esto. Cómo debiéramos nosotros hacer de nuestra Iglesia, de nuestros actos litúrgicos una cosa atrayente, hermosa. Yo leí hace dos o tres años un artículo que se llamaba “El gusto de oír misa”, no el dolor de oír misa, sino que el gusto de oír misa. La Misa como una fiesta, la fiesta de la familia de Dios que se reúne y donde nos sentimos maravillosamente hermanados en una sola oración y sabemos cantar con lo que Dios nos dio para cantar. Yo siempre les digo así a los que les dio mala voz: cantamos mal, en el reino de las aves hay jilgueros y hay queltehes y cada uno canta a su manera, pero todos cantan al Señor.

IV. *Dos grandes preocupaciones actuales*

1. *Participación con el movimiento ecuménico*; el movimiento ecuménico tenemos que comprenderlo. No se trata de un casi heroísmo, de renunciar a nuestras doctrinas. No se trata de halagarse, se trata de convivir en caridad con nuestros hermanos y llegará el día —eso estará en el misterio de Dios y en nuestra oración, caridad y santidad— llegará el día entonces en que esa unidad se realice y se cumplirá el deseo de Cristo. Hay un solo rebaño y un solo pastor. Pero como no sabemos cuándo vendrá ese día, nos toca a nosotros tomar parte y tomar una actitud de diálogo con nuestros hermanos, una actitud de comprensión, como la hay de ambos lados. Yo no puedo aquí, en este momento, dejar de mencionar y lo hago en forma personal y casi cumpliendo un deber personal de amistad y gratitud con los hermanos de Taizé, Comunidad protestante de Borgoña de 40 religiosos que viven la vida contemplativa orando por la unidad. Cuando el obispado a mi cargo hizo un trabajo en la Reforma Agraria, la primera ayuda vino de mis hermanos, que no tienen la misma

fe, ni la misma lengua, ni la misma raza, y que no son ricos y que en este momento —los hermanos de Taizé— imprimen un Nuevo Testamento, un millón de ejemplares para distribuir en la América Latina, en edición ecuménica. En el movimiento misionero del mundo, cuando nosotros vemos que llegan a nosotros, aquí a Chile, de diversos países, porque sienten la necesidad de cooperar con nosotros, ¿no sentimos nosotros, tal vez, la intranquilidad de ser sólo los que recibimos?

2. Pero sobre todo debo detenerme en otra cosa: *la instauración cristiana del orden de las cosas temporales*. El orden temporal tiene un valor propio, goza de una autonomía. Y los laicos obran en ese orden temporal con su responsabilidad propia. Yo no le voy a decir al abogado cómo defienda su juicio, no le voy a decir al ingeniero cómo haga sus cálculos, ni le voy a decir al médico, ni al obrero cómo ejecute tal cosa. Por la razón de que no soy técnico y porque soy incompetente. Pero sí yo le voy a decir al laico que este mundo temporal debe conocerlo, debe juzgarlo, debe dar la respuesta a los problemas que le den. Debe perfeccionarlo. Nosotros no conocemos nuestro mundo, no conocemos porque no dialogamos. Yo siempre me recuerdo de esa película hermosísima de Pièrre Fresnay. Cuando en esa noche en el conventillo, san Vicente de Paul, oye el grito del borracho, oye la mujer de vida pública que va golpeando las puertas, oye la tos del tuberculoso, etc., y entonces se toma la cabeza y dice: “Señor, perdón, no lo sabía”. Nosotros tenemos que decir esto: no conocemos ese mundo temporal, conocemos nuestro mundo, nuestro círculo. Tenemos que conocerlo y tomar conciencia de la realidad. Tenemos que amarlo porque muchas veces nosotros conocemos pero no amamos. Valery tiene una página hermosísima en que cuenta a ese turista que entra a un museo y mira todas las pinturas y no aprecia ninguna. Y pone en la puerta del museo esta frase: “No entres sin amar, depende de ti que yo sea tumba o tesoro”. Nosotros tenemos necesidad de juzgar, formar un juicio sobre los problemas del mundo. Porque cuanto más el mundo profano crece, se hace más difícil la formulación de los juicios cristianos. Tenemos necesidad de tres fuentes: oración, doctrina y apostolado. Con la oración tomaremos el sentido sobrenatural de las cosas. En la doctrina profundizaremos en la realidad que se nos dice. Como movimiento apostólico entraremos en contacto con los problemas. Y por último, realizar. El laico no puede oír un llamado sin responder. Su respuesta debe ser una respuesta en acción. Y hoy día el mundo nos lo exige a nosotros, en estos cambios profundos que el mundo está sufriendo.

De ahí que la Constitución sobre “La Iglesia en el mundo de hoy” nos exige mayor autenticidad, una adhesión personal a la fe, una verdadera concordancia con esa fe, un sentido auténtico de lo divino. Todo esto nos exige el mundo de hoy y así tenemos que actuar.

Y aquí una palabra muy especial para la Acción Católica. La Acción Católica no ha terminado con el Concilio como algunos deseaban. La Acción Católica sigue siendo una forma eminente del apostolado seglar y sigue siendo una acción que le es particularmente exclusiva. Que dejando campo abierto a otras formas del apostolado laico, sin embargo,

ella por ser esa cooperación con la jerarquía, por su universalidad y por ir buscando los mismos fines y el mismo fin de la Iglesia tiene siempre en el pensamiento de la jerarquía de la Iglesia un lugar muy especial sin que sea exclusiva.

Conclusión

Y termino mostrándoles una cosa que creo tiene importancia. Empinémonos un poquito sobre el momento actual y miremos un mundo que se está haciendo, un mundo que debemos hacer, un mundo que debemos hacer mejor, un mundo que debemos hacer más bello y que debemos hacer más santo. Y veremos cómo Dios tiene en todo momento una respuesta a los problemas del mundo y que esa respuesta se llamó Juan XXIII, esa respuesta se llamó Concilio Vaticano II y se llama Paulo VI. Y es una respuesta enorme, inmensa que nosotros tenemos la obligación de penetrar. En tanto, hay dos peligros: el peligro de quedarnos "a lo que te criaste", que es un peligro gravísimo; "no nos vengan con novedades", "la Iglesia es la misma". Es una Iglesia rejuvenecida y renovada, y sería una infidelidad al Espíritu Santo no oír la voz de Dios que nos habla en el Concilio. Y el otro peligro, de querer lanzarnos por nuestra cuenta, de querer hacer un Concilio a nuestra manera, que la Iglesia de este modo, que también es un peligro gravísimo que debemos evitar. Por lo tanto, debemos conocer y empinarnos —decía yo— sobre esta hora del mundo y mirar cómo los laicos en este momento reciben una vocación extraordinaria. Una vocación que tienen desde el comienzo de la Iglesia, que es una vocación que aflora en este momento actual del Concilio y que ciertamente es una señal maravillosa de la juventud de la Iglesia, de la fuerza de la Iglesia y sobre todo lo que Dios está preparando para el hombre. Yo tengo un optimismo inmenso, porque no veo problemas, ni peligros, ni dificultades, ni males. Sino que cuando yo veo que Dios ha puesto estas premisas es porque Dios va a sacar también las consecuencias. Y esas premisas se llaman precisamente, esa promoción del laicado en medio del mundo, para salvar al mundo y, al mismo tiempo, darle a la Iglesia ese aporte y esa vitalidad que la Iglesia espera. Por fin, podremos hacer una Iglesia *a la medida de los hombres y a la altura de Dios*, QUE ES LO QUE EL CONCILIO PIDE.

Y termino leyendo la última página de la Constitución Conciliar "La Iglesia en el mundo de hoy": "Los cristianos teniendo presente la palabra de Dios: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros" (8). Nada desean más ardientemente que servir con generosidad y eficacia a los hombres del mundo presente. Así, fieles al Evangelio y confiados de las energías que de él provienen, han aprendido, con todos los que aman y defienden la justicia, aquella gran

obra, de la cual deberán dar cuenta a Aquél que nos ha de juzgar a todos el último día. No todos los que dicen “Señor, Señor” entrarán en el reino de los cielos, sino aquéllos que hacen la voluntad del Padre y ponen de veras manos a la obra. El Padre quiere que veamos en todos los hombres y amemos realmente a Cristo hermano, de palabra y de obra, dando así testimonio de la verdad. Quiere también que comuniquemos a todos el misterio del amor del Padre celestial. Por esta vía, en todo el mundo, los hombres serán animados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, hasta que finalmente sean recibidos en la paz y felicidad supremas, en la Patria que resplandece en la gloria del Señor. “A Aquél que es capaz de hacerlo todo, mejor de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros, a El la Gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, para siempre. Amén” (9) (10).

(8) *Jn.* 13,35.

(9) *Ef.* 3,20-21.

(10) Constitución *Gaudium et Spes*, N° 93.

Congresos Eucarísticos y Marianos

○ *La doctrina eucarística la expone Monseñor Larrain en sus numerosos escritos litúrgicos, pero hay dimensiones importantes de ella, que expresa en los Congresos Eucarísticos.*

De modo semejante, hay dimensiones del misterio de María y de su relación a la Iglesia, que manifiesta en los Congresos, por sus particulares características.

La visión más completa del pensamiento del Obispo acerca de la Virgen la encontraremos sobre todo en las numerosas pastorales que escribió con ocasión del "Mes de María" y que aparecerán en el 2º volumen.

**CONGRESO EUCHARISTICO INTERPROVINCIAL DE LICANTEN.
CONVOCACION (1)
(1º-VI-1941)**

Amados hijos:

Como un acto de adhesión al VIII Congreso Eucarístico Nacional destinado a conmemorar el Cuarto Centenario de la Primera Misa celebrada en Chile, hemos decidido convocar a un Congreso Eucarístico interparroquial que celebrarán en Licantén el próximo 12 de octubre, las parroquias de Curepto, Iloca, Vichuquén, Hualañé y Licantén (2).

El objeto de los Congresos Eucarísticos es en primer lugar tributar un homenaje solemne a Cristo nuestro Señor, presente en el Sacramento del Altar.

En segundo lugar se proponen avivar la fe y el amor en los corazones hacia la divina persona de Jesús, mediante un acrecentamiento de la vida eucarística.

Tienen además por fin el procurar un mayor acercamiento de los fieles a la Sagrada Eucaristía, especialmente por la devota y puntual asistencia a la Santa Misa y la frecuente recepción de la Sagrada Comunión.

No puede haber, amados hijos, vida cristiana sin sacramentos y sobre todo sin frecuente contacto con la Eucaristía.

El Sacramento de la Eucaristía no sólo nos da la gracia divina, sino a Jesús autor de esa gracia. En este sacramento Cristo se queda como compañero nuestro en el Sagrario, se inmola como víctima en la Santa Misa y se da como alimento en la Comunión. Por medio de la Eucaristía se nos aplican en la Santa Misa los preciosos frutos de la redención y se nos alimenta en la Sagrada Comunión con el Cuerpo y Sangre de Jesús. No acabaremos nunca de agradecer a Dios el infinito tesoro de gracias que en la Eucaristía nos ha dejado.

Queremos, amados hijos, que este Congreso Eucarístico interparroquial signifique una profunda renovación de vida cristiana en esas hermosas tierras del Mataquito y por eso os pedimos desde ahora vuestra entusiasta colaboración para el éxito de este Congreso.

Invocando la protección del Divino Corazón de Jesús, de su bendita Madre, bajo la advocación del Carmelo y del glorioso Arcángel san Mi-

(1) Edicto de Convocación, Talca, en la Fiesta de Pentecostés.

(2) Parroquias campesinas de la Diócesis de Talca.

guel, venimos en convocar al Congreso Eucarístico interparroquial de Licantén y disponemos para su mejor resultado lo siguiente:

1. Los días 8, 9, 10, 11 y 12 de octubre tendrá lugar en Licantén el Congreso Eucarístico interparroquial como adhesión al VIII Congreso Eucarístico Nacional y en el cual participarán las Parroquias de Curepto, Iloca, Vichuquén, Hualañé y Licantén.

2. La semana anterior al Congreso y como una preparación a él se celebrarán misiones en los puntos que la Comisión organizadora designe.

3. La Comisión organizadora, presidida por el Sr. Cura Párroco de Licantén, formará en el presente mes las sub-comisiones para la mejor distribución de las actividades.

4. A partir del presente mes se organizarán mensualmente en las Parroquias antedichas los días eucarísticos y diversos actos que los Párrocos señalen, destinados a preparar su devota celebración. Especialmente recomendamos que desde ahora vaya formándose el "Tesoro espiritual" de comuniones y buenas obras por el éxito del Congreso.

5. La Acción Católica queda especialmente encargada de cooperar a los Sres. Párrocos en todas estas festividades.

CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL, HOMILIA (1) (1941)

Junto a la cruz de este Congreso, donde se condensan los grandes amores del cristiano y del chileno, la Patria se ha puesto en oración.

Es el día que este Congreso Eucarístico dedica a recordar las glorias nacionales, a levantar el cántico donde el alma del creyente se transfigura en plegaria y en que para expresar nuestro amor hacia la Patria no encontramos otro medio más alto que asociarlo al nombre mil veces bendito de la Madre de Dios. Es el día en que las auras primaverales acarician con más tibio beso el pabellón querido, en que los ojos se elevan con inmensa esperanza a aquélla que con razón aclamamos como Reina de Chile, en que sentimos con más fuerza la arrobadora belleza del suelo en que nacimos y en que humildemente reconocemos que debemos a Dios dicha tan pura. Es el día de la historia vieja que revive, del presente in-

(1) *D.M.* 28 de noviembre, 1943, Talca, Chile.

cierto que estimula, del futuro grande que presentimos glorioso, y en este conjunto donde el cauce histórico de la Nación se encierra, vemos el destino providencial de la Patria y contemplamos sobre la trama laboriosa de sus días por especial designio del Señor, la mano plena de amor de Dios que la conduce. La Patria chilena se encuentra bajo el signo de la cruz.

Duermen los bosques milenarios de quillayes y canelos esperando la redención que se aproxima. Entre sus ramas cuelga el copihue sus lágrimas de sangre y en sus espesuras el indio templa para su lucha sus armas primitivas.

Luz de fe rompe la noche del paganismo y en ella somos incorporados a la cultura occidental. Ha llegado España trayendo el habla sonora de Castilla y el don inapreciable de la Fe; y sobre el arzón de la montura del Conquistador extremeño viene la imagen de María, la Virgen del Socorro. La bendita entre todas las mujeres, la que trae a esta tierra el fruto mil veces bendito de su vientre: Jesús. La conquista por la sola fuerza de las armas nunca puede ser duradera, se necesita la fusión de los espíritus, la amalgama de los corazones, el lazo superior que una las razas y los pueblos en un destino común. Y el indio indómito y el español bravío realizan bajo la sonrisa maternal de la Reina de los cielos la indestructible unión. Surgen las ciudades y los pueblos bajo la advocación cristiana, florece en las almas el amor a la pureza y al que predica, se suavizan ante la Iglesia la dureza de los caracteres y se hermanan ambas razas unidas en el amor de María y Jesús, y el pueblo chileno aparece en la historia llevando junto con la sangre de Caupolicán y del Cid, gravada a fuego en el corazón, el amor a Cristo y a su Madre bendita.

Desde el nacer la Patria chilena se encuentra bajo el signo de la cruz.

Han llegado los días de la Colonia, donde se moldea la fisonomía de la Nación y se precisa el destino histórico que le corresponde cumplir.

Son los siglos lentos pero fecundos, como surco abierto en los cuales se delinea el auténtico espíritu nacional. Mientras el arado rompe la tierra pacificada, se robustece en el espíritu cristiano la familia, célula primera de la Nación; se desgranar en el hogar las cuentas del Rosario y se estrechan junto a la Virgen los lazos familiares, base de la unidad de la Patria. Ahí beben las doncellas el pudor, los jóvenes la sana valentía, los padres su dulce firmeza y las madres su abnegación sin medida.

Ahí la mujer sabe de la belleza de la virtud y el hombre de la fuerza del deber hasta el sacrificio; ahí forja la raza chilena sus grandes cualidades y se gestan ahí sus glorias futuras.

La Patria chilena se encuentra bajo el signo de la Cruz.

Consciente de su destino histórico los fundadores de la Patria invocan el nombre de Dios al colocar sus cimientos y ponen en manos de María del Carmelo la nacionalidad que nace. Quieren justicia y libertad para el estado que crean y fijan sus bases en el respeto de la ley divina que todo lo ordena con justicia y rectitud.

Quieren unidad verdadera entre sus miembros y la buscan en el regazo amplio de la Iglesia que a todos cobija por igual.

Anhelan establecer en este suelo la verdadera democracia de un pueblo firme en sus derechos y abnegado en sus deberes y los derechos de Dios. Y como expresan en ese anhelo, Chile sentirá en su cuna el gesto de sus Prócesos Magnos, que allí en Mendoza, de rodillas, juraron ante la Virgen del Carmen consagrarle esa tierra que con heroísmo van a conquistar.

Con ese signo de María en su frente, la Patria naciente avanza segura hacia el porvenir.

Los años grandes de la República se inician, la majestad de la ley impera, el progreso material se desarrolla, el patrimonio de la cultura se acrecienta, el anhelo ardiente de servir anima las voluntades y un hondo sentido cristiano de la vida labra como suprema energía espiritual la grandeza de la Patria y, presidiendo este destino histórico, fuerza de elevación y de unidad, la devoción a María.

En el pobre rancho de nuestros campos, la Carmelita bendecirá desde un marco de hojalata la vida familiar.

Ella está en el hogar mediano y en la gran casa de la ciudad. Ella teje con hilos de misericordia la unidad de un pueblo que sabe que sólo será grande cuando sea unido y que sólo será unido al amparo de Cristo, funde en un solo sentimiento los dos grandes afectos de la Patria y de Dios.

El mismo signo de la cruz, que teje el poema de la vida ciudadana da el sentido heroico a nuestra historia. Es un ideal de Dios y Patria y un clamor a María entre los labios el que anima a los soldados de la Independencia, que los conforta en las horas amargas de Cancha Rayada y de Rancagua (2) y los alienta en las gloriosas de Chacabuco y Maipo (3).

Bajo el signo de María, O'Higgins, nuestro héroe máximo, pone los fundamentos del Santuario Nacional a la Virgen del Carmelo. Ese amor a María alienta en el pecho de Freire (4) y Las Heras (5) y la habla que en Maipo parte el corazón de Bueras (6), destroza justamente su escapulario del Carmen. Cuando la tarde de Yungay (7) trae a Bulnes (8) la victoria, el gran soldado abriendo su pecho y mostrando la imagen de

(2) Batallas en la lucha por la Independencia, en que el ejército patriota es derrotado.

(3) Los patriotas vencen y se consolida la Independencia.

(4) Freire, Ramón, (1787-1851). Participó en las luchas por la Independencia nacional. Hombre de gran arrojo, tuvo importancia en la caída de O'Higgins, siendo nombrado Director Supremo en 1823. Pierde el cargo y busca reconquistarlo; es desterrado al Perú y trata de volver en armas; es entonces desterrado a Sidney y vuelve en paz.

(5) Las Heras, Juan Gregorio (1780-1866). Militar argentino que combatió por la Independencia de su país y por la de Chile y Perú. Fue gobernador de Buenos Aires y se radicó luego en Chile.

(6) Bueras, Santiago. Coronel de Caballería en la Batalla de Maipú.

(7) Batalla en que se vence a la Confederación de Perú y Bolivia.

(8) Bulnes, Manuel. Militar con destacada participación en la Guerra de Arauco; luego contra la Confederación Perú-Boliviana. Presidente de la República entre 1841 y 1881.

María dirá que el triunfo lo debe a su "*Señora del Carmen*", la suerte de las armas chilenas. Lagos (9) pedirá por medio de María protección a Dios en el campo de la alianza y Miraflores y Chorrillos (10) escuchan la ferviente plegaria de Baquedano (11). Y llega el 21 de mayo (12). Sobre la cubierta del Huáscar, desposada con la gloria está el cadáver de Prat (13) y con él, como símbolo del heroísmo chileno, las dos enseñas que Grau (14) recoge reverente: la espada del patriota y el escapulario del Carmen del creyente.

La Patria chilena se encuentra bajo el signo de la cruz.

Y en este signo que presidió el nacer de Chile, que lo acompañó en sus años creadores y formó el alma de sus héroes sigue alentando también nuestro presente.

Con este espíritu de amplio sentido patriótico nos congregamos para elevar al cielo por intercesión de María nuestro clamor. Porque nos sentimos depositarios de un pasado y responsables de un futuro, porque ese ayer y este mañana nos dicen que Chile para ser grande ha de ser fiel a su vocación de hijo predilecto de Cristo y de María, hemos dedicado un día especial del Congreso a rogar por la Patria amada y nuestra plegaria es ante todo gratitud. Porque entre el mar inmenso y la montaña gigante quizo Dios engarzar como preciosa esmeralda nuestro suelo.

Porque nos hizo descender de la España noble, cristiana y del Arauco fuerte e invencible.

Por las generaciones pretéritas que en oscuro trabajo y sacrificio labraron la grandeza de esta tierra. Por la abnegación de las madres y la pureza de las doncellas, por el candor de los niños y los nobles impulsos de la juventud. Porque nos ha hecho un pueblo tranquilo en su fuerza y elevado en sus ideales. Porque buscamos la paz en la justicia y el orden en la libertad, elevamos hoy nuestras plegarias y decimos: Porque pudiese como estrella en el cielo de la Patria a tu Madre bendita, te damos gracias Señor; te damos gracia porque ella vela amorosa nuestros destinos ciudadanos y bajo su manto se forma la unidad nacional.

-
- (9) Lagos, Pedro, (1832-1884). Ingresó muy joven al ejército. Participó en las guerras civiles de 1859 y 1881 por parte del Gobierno. Estuvo en la pacificación de la Araucanía y en la Guerra del Pacífico, en la que tuvo importante participación.
 - (10) Miraflores y Chorrillos. Batallas principales de la guerra contra Perú y Bolivia.
 - (11) Baquedano, Manuel. (1826-97). Combatió muy niño en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1839). Luego, en la pacificación de la Araucanía y en la Guerra del Pacífico, en que fue Jefe de los Ejércitos de Tierra.
 - (12) 21 de mayo. Día del Combate Naval de Iquique en 1879, en que muere don Arturo Prat.
 - (13) Prat, Arturo. Capitán de la Armada chilena, ejemplo de valor y entrega, que muere heroicamente en 1879.
 - (14) Grau, Miguel, (1834-79). Luchó en la Guerra del Pacífico contra la nación chilena, a la que causó graves pérdidas (Vencedor en el Combate Naval de Iquique, 21 de mayo). Encontró la muerte frente a Angamos durante la misma guerra al mando del "Huáscar", su buque de guerra.

Por el orgullo santo de sentirnos hijos de Chile e hijos de la Iglesia te damos gracias una y mil veces Señor. Y junto con la gratitud brota la súplica.

Por nuestras autoridades que rigen los destinos de la Nación. Todo poder viene de Ti.

Ellos son los representantes de la soberanía y han de ser los ejecutores de tu voluntad. Bendícelos ¡*Oh Dios!* por medio de María y haz que sus manos siempre dirijan la sociedad hacia el bien. Por los pobres y humildes, por los que sufren y penan, dales oh Madre de dolores, la lección de tu fortaleza junto a la cruz. Por los niños inocentes, la lección de tu fortaleza junto a la cruz. Por los niños inocentes, tú que eres madre como ninguna, que no caminen ciegos en la vida al descender a tu hijo y a ti. Bendice Virgen del Carmelo, la tierra chilena y haz que se realice en ella el verso de nuestro himno nacional: *“Con sus alas nos cubra la paz”*.

Nuestra Patria bebió en el Evangelio su grande ideal: la libertad en una sana democracia. Ese ideal lo alcanzamos en la verdad que libera y en la justicia social que pacifica. Por el advenimiento de esa justicia plena de amor que la Iglesia ardorosamente propone por sus grandes Pontífices modernos, te clamaremos en esta hora a Ti, que fuiste la auro-ra que anunciaste el advenimiento del sol de justicia. En la terrible disgregación mundial de la hora presente sólo este concepto de justicia cristiana puede traer a los hombres la anhelada paz. Danos, Madre, bajo tu manto la unidad que la Patria necesita. Lo temporal divide y lo divino une. En este terreno común de la verdad y del amor, tus hijos venidos de todos los campos y sectores, gustarán la dulce sensación de sentirse hermanos. Tus fuerzas armadas, Madre querida, te rinden el homenaje viril de su fe.

Te pedimos por ellas, como son el más puro timbre de orgullo de nuestra tierra chilena. Consérvalos serenos en la paz, heroicos en la guerra, firmes en el deber y guardianes celosos de la dignidad y del progreso nacional.

En sus manos se encuentra seguro el honor de la Bandera y en sus corazones se hermana el amor a la Patria con el de su Reino del Carmelo.

Te consagramos en forma especial nuestra juventud. Tiene la inquietud de los grandes ideales y sabe con la pupila abierta mirar al porvenir. Dales la fuerza que necesitan para cumplir debidamente su misión en la hora histórica que se avecina.

Junto a la imagen bendita de la Madre y frente a la Cruz monumental de nuestro Congreso, la Patria se ha puesto en oración.

Y de esta plegaria colectiva que atraviesa el espacio con eco de siglos y clamor de multitud, percibirá el Señor el olor de suavidad y una vez más se cumplirá entre nosotros la invocación que frente a esta imagen hemos tantas veces proferido: Virgen del Carmen, Reina de Chile, salva a tu pueblo que clama a ti.

CONGRESO MARIANO PARROQUIAL. CONVOCACION (1942)

Al clero y fieles de la Diócesis:

Amados hijos en el Señor:

En la Pastoral Colectiva que el Episcopado Nacional dirigía el mes pasado a los fieles con motivo de las Conferencias Episcopales anuales, se exponían las lección y frutos que ofrecía el último Congreso Eucarístico Nacional y terminaba diciendo:

“A fin que estos frutos sean perdurables queremos colocarlos en manos de nuestra dulcísima Madre María, convocando a un Congreso Mariano Nacional que se celebrará el presente año en todas las Parroquias, según las indicaciones que oportunamente cada Prelado dará para sus respectivas jurisdicciones”.

Deseamos, añadía el citado documento, hacer en esta forma, que las gracias concedidas a nuestra Patria el pasado año se mantengan, y que por medio de María, venga entre nosotros el reinado de Jesús.

Múltiples razones nos hacen ver la conveniencia de este Congreso Mariano:

En primer término, el lugar que ocupa la Sma. Virgen en nuestra vida cristiana. Ella es la Madre de Dios y la Madre de los hombres. Escogida de toda eternidad para tan sublime misión, Dios la colmó de la plenitud de sus dones, la preservó de la mancha original haciéndola inmaculada en su concepción, dióle todos los atributos de la perfección en el más alto grado que una creatura puede recibirlos, hízola mediadora de gracia entre Cristo y nosotros y constituyó la Madre de los hombres y reina de todo lo creado.

El verdadero cristiano no puede separar en su amor y en su piedad al Hijo de la Madre, y si bien a Cristo nuestro Señor le debemos adoración como a Dios, a María en cambio, la corresponde la veneración en su forma más alta y eminente.

La devoción a María es con razón considerada, como la expresión más sincera de un verdadero amor a Jesucristo.

En segundo lugar, María es para nosotros, sus hijos, espejo de virtudes y fuente de todas las gracias que se alcanzan por su intercesión. Quiso el Señor, dice san Bernardo, darnoslo todo por medio de María. “Nunca, añade el mismo Santo, se ha oído decir que fuere abandonado el que ha implorado su socorro y demandado su auxilio”.

Las gracias espirituales y temporales que necesitamos para poder vivir nuestra vida cristiana y para nuestras necesidades materiales, al ser presentadas por María al trono de Dios, tienen la seguridad de ser siempre acogidas. Con razón se la ha llamado “la omnipotencia suplicante”, porque todo lo alcanza con sus ruegos.

Por último, necesitamos poner en manos de María los difíciles problemas de la Patria. Ella que como Madre cariñosa ha velado por los destinos de Nuestro Chile, ha de seguir dispensándonos su protección si filialmente acudimos a su amparo.

Venimos pues, amados hijos, en convocar a un Congreso Mariano que tendrá lugar en todas las Parroquias de la Diócesis los días 5, 6 y 7 de diciembre para finalizar solemnemente el 8 de diciembre fiesta de la Inmaculada Concepción de María.

Con este fin disponemos lo siguiente:

1. Dese el mayor esplendor posible al rezo del Mes de María iniciándose el ocho de noviembre con alguna solemnidad. Durante el mes, háganse predicaciones diarias sobre los principales deberes del cristiano insistiendo en los siguientes puntos:

- a) Asistencia a la Misa del Domingo y días festivos, uso del “Oremus”;
- b) Explicación de la Sta. Misa (a la cual puede dedicarse varias predicaciones);
- c) El matrimonio cristiano: su santidad-indisolubilidad;
- d) La educación cristiana de los hijos (enseñanza de Catecismo —escuela— preparación para la Primera Comunión);
- e) Errores protestantes y su refutación.

2. Dedíquense varias predicaciones a explicar los fundamentos de la devoción a María, su maternidad divina y humana, su mediación, etc. como también promover la devoción en su honor especialmente el rezo del Santo Rosario.

3. Por medio de la Acción Católica y demás asociaciones parroquiales hágase la campaña del rezo del Santo Rosario en familia comprometiendo a cada familia a su fiel observancia.

4. Los días 5, 6 y 7 ténganse especiales solemnidades en honor de la Santísima Virgen, y comuníquense a esta Curia el resultado espiritual de estos actos.

1.er CONGRESO MARIANO EN CURICO (1)
(V-1949)

Amados hijos:

Un designio redentor preside la historia de la humanidad.

La esperanza de ese Redentor prometido llena las páginas del Antiguo Testamento. Las enseñanzas y gracias del Redentor aparecido colman las del Nuevo.

Pero, junto a la promesa del Redentor, se une la de la Mujer bendita encargada de traerlo a la tierra.

Dios señala la perpetua enemistad entre esa mujer y la serpiente, entre su linaje y el suyo. Los profetas la muestran como la aurora que anunciará la llegada del sol de justicia. Las generaciones de los justos aguardan a "la Virgen que concebirá y dará un hijo cuyo nombre será Enmanuel, o sea, Dios con nosotros" (2). Y tan honda como la esperanza del Salvador, crece en las almas la esperanza por la Mujer escogida para dar a la humanidad el Dios hecho hombre.

Y cuando la plenitud de los tiempos hubo llegado, la promesa del Señor se cumple. "Dios que ha amado tanto al mundo le da a su hijo para que todo el que crea en él tenga la vida" (3).

"Y el verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros" (4).

Cristo, el Salvador, ha llegado y ha "aparecido en la tierra su humanidad y benignidad".

Desde ese momento María está íntimamente unida a la obra de la Redención, de modo que en el plan de Dios, las gracias de Cristo nos llegan por medio de María, así como también por medio de ella suben hasta Cristo nuestras súplicas y plegarias.

Necesita más que nunca el mundo y nuestra patria en estos instantes el acercarse a Cristo y por tanto el conocer y amar más a María, por quien llegamos hasta Jesús.

Graves problemas de todo orden se acumulan sobre el horizonte de Chile: la ignorancia religiosa hace que el hombre desconozca su eterno destino y sólo piense en las cosas de la tierra; el ansia de bienes ma-

(1) Pastoral sobre el Congreso Mariano, a celebrarse del 27 al 30 de noviembre; Curicó es la segunda ciudad en importancia de la Diócesis de Talca. Mayo de 1949, Talca.

(2) *Is.* 7, 14.

(3) *Jn.* 3,16.

(4) *Jn.* 1, 14.

teriales engendra la codicia y el egoísmo hace olvidar las necesidades y angustias de nuestro prójimo; las sectas protestantes esparciendo su falso mensaje evangélico apartan a las almas de la verdadera Iglesia de Cristo dejando en ellas las semillas malsanas del libre examen y la indiferencia; el comunismo aprovechando la terrible miseria en que se debate nuestro pueblo y sus justos anhelos de mejoramiento, lleva a una filosofía materialista donde las grandes verdades de Dios, el alma y su destino eterno son negadas y sobre todo esto, algo que apenas hondamente nuestro corazón de Pastor: numerosos católicos olvidan sus deberes religiosos, morales y sociales y exhiben una terrible contradicción, que escandaliza, entre la fe que dicen profesar y la vida que llevan.

¿A quién volveremos los ojos en estas difíciles circunstancias, sino a aquélla que con corazón llamamos “vida, refugio y esperanza nuestra?” ¿A quién mejor podemos pedirle nos dé la vida de Cristo en los corazones, los hogares, las costumbres, la vida social, sino a la que fue escogida para traer a la tierra al que ha de ser su libertador y Redentor?

Por eso, después de haber celebrado el año de 1943 el Primer Congreso Eucarístico Diocesano y consagrado en él la Diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, queremos en el presente celebrar el Primer Congreso Mariano y consagrar en él la Diócesis al Inmaculado Corazón de María. Escogimos para celebrar el primero, la ciudad de Talca, como sede de la Diócesis y hemos escogido para el actual, la ciudad de Curicó, tanto por su ubicación central, cuanto por ser la segunda ciudad en población de la Diócesis, como también para testimoniar a sus hijos todo el afecto paterno que guardamos hacia ellos y la seguridad de que darán a este Congreso toda la cooperación y entusiasmo que saben dispensar a las obras que se les encomienda.

Tres intenciones especiales ponemos como finalidad de este Congreso Mariano:

1. La renovación del espíritu cristiano en los individuos y familias, mediante la práctica de los sacramentos y el fiel cumplimiento de deberes de estado;
2. La conversión a la verdadera Iglesia de Cristo, de aquellos hermanos que erradamente siguen las sectas protestantes; y
3. La paz social en la justicia y en la caridad cristiana, que sólo pueden hallarse en el fiel cumplimiento por patronos y obreros de las enseñanzas sociales de la Iglesia.

Como intercesora de estas gracias ponemos a nuestra Madre Santísima del Carmelo bajo cuyo amparo y protección se coloca este Congreso dedicado a honrarla, conocerla y amarla mejor.

Para alcanzar estas gracias, venimos en disponer lo siguiente:

1. Diariamente se rezará en todas las parroquias, templos, colegios y escuelas católicas la oración del Congreso;

2. Igualmente a partir del 15 de junio se iniciará en las parroquias, colegios y escuelas católicas la formación del Tesoro espiritual, que deberá remitirse a la Secretaría General del Congreso antes del 15 de noviembre;

3. Los párrocos, comunidades religiosas y centros de Acción Católica iniciarán la campaña del "Santo Rosario", tratando que en todos los templos y capillas haya durante el día "coros del Smo. Rosario", que se turnen diariamente a horas determinadas para practicar esta devoción. Igualmente promoverán el Rosario en los hogares para aquellas personas que no les es fácil ir diariamente al templo; y

4. El 13 de julio del presente año se hará en todos los templos de la Diócesis la Colecta para el Congreso Mariano.

En la confianza de que estos solemnes homenajes a la Madre de Dios y de los Hombres y la consagración a su Inmaculado Corazón traigan sobre nuestra amada Diócesis los bienes que esperamos y en la seguridad que todos vosotros os esmeréis en testimoniar vuestro amor y devoción a la Virgen Santísima.

Os bendice de corazón en el nombre del + Padre + del Hijo y del + Espíritu Santo.

AÑO MARIANO: CRUZADA DE EVANGELIZACION (1) (V-1954)

Amados colaboradores:

Estamos en los días de Cuaresma, tiempo de reflexión y de penitencia.

Vuestro Obispo, que comparte con vosotros el grave peso del gobierno de las almas, os entrega en estas líneas, sus preocupaciones, y al mismo tiempo os llama a redoblar vuestra acción.

Gravedad del momento. No desearía que de mis palabras quedara una nota pesimista, pero deseo que toméis conciencia de la realidad.

Tres grandes movimientos contrarios a la Iglesia se desarrollan con especial fuerza e intensidad; el protestante (2), el comunista y el paganizante.

No nos cerremos los ojos ni nos refugiemos tras unas cuantas frases hechas. El protestantismo avanza en forma creciente y día a día se

(1) Talca, Carta al clero Secular, religiosos, religiosas.

(2) Contrasta esta actitud poco ecuménica con la que tendrá más tarde el mismo Obispo.

hace de nuevos prosélitos. Vosotros sois testigos de una campaña que rápidamente crece en fuerza y extensión.

El comunismo continúa en forma hábil su labor. Le sirven poderosamente de ayuda las pésimas condiciones sociales en que gran parte de nuestro pueblo se encuentra sumido. La miseria está a las puertas de muchos hogares, y el hambre nunca ha sido buena consejera.

La paganización de vida, se demuestra en dos corrientes principales; la laicista, impulsada por la masonería, y el desenfreno de las costumbres que, por desgracia, invade cada vez más el campo católico.

Estos tres movimientos van minando en forma rápida la fe y las costumbres públicas y privadas. Nos hallamos en el inicio de un proceso rápido de descristianización, que mañana puede ser casi total.

No nos engañemos con los participantes en una procesión o con los que una vez al año (p. ej. Navidad) van a Misa. Son huellas cristianas que no alcanzan a acusar una vida cristiana.

No es el momento de lamentarse sino de obrar. Un clero celoso activo y sobrenatural, puede hacer mucho si sabe llevar adelante en forma organizada y constante su labor evangelizadora.

Vosotros sois capaces de hacerlo. Conozco vuestros sacrificios y trabajos, y por eso confío en vuestra labor.

Ocasión. El Año Mariano es un llamado especial de la Iglesia y que no podemos desoirlo. Es el momento de iniciar, bajo la dulce protección de María, una intensa campaña apostólica. Es la ocasión en la cual veremos una vez más realizarse, si sabemos aprovecharnos, la frase que la Sagrada Liturgia aplica a la Madre de Dios: “Cunctas haereses sola interemisti” (3).

La Cruzada Evangélica. Los tres grandes medios apostólicos han sido: la evangelización, la plegaria en común y el ejercicio de la caridad.

¿Es la oportunidad de afirmar, que estos tres grandes medios no tienen en el momento actual la intensidad que debieran? Se adoctrina poco —y no siempre en la mejor forma—. La ignorancia religiosa lo comprueba. — La gran plegaria de la Comunidad, la Sta. Misa, ha sido dejada por muchos católicos (el porcentaje de asistencia a Misa es muy bajo) y en parte lo ha sido porque no hemos dado al pueblo cristiano la inteligencia y amor del Santo Sacrificio. La frase del Beato Pío X que “La fuente *primera e indispensable* del verdadero espíritu cristiano es la *participación activa* de los fieles en el culto público”, ha resbalado a menudo sobre nuestros oídos y sobre nuestras conciencias, prefiriendo seguir apegados a devociones superficiales o sentimentales. Las Misas mudas, las Misas en las cuales se reza *todo menos* la Misa, no son una cosa extraña entre nosotros.

La plegaria en familia del Sto. Rosario también se olvida, y con ello el sentido cristiano de la comunidad familiar se pierde. Y por lo

(3) Tr.: “Tú sola venciste todas las herejías”.

que respecta a la caridad fraterna: ¿somos los testimonios vivientes de que "en esto conocerá el mundo que sois mis discípulos si tenéis caridad entre vosotros?" (4).

¿Cuál es la causa del éxito de la propaganda protestante?

Muy sencillo: evangelizan (lectura y predicación del Evangelio); oran en común (cultos), y despiertan el sentido de la fraternidad (hermanos).

¿Qué se pretende con la Cruzada de Evangelización?

Poner en intensa ejecución, bajo la protección de María, los tres grandes métodos apostólicos; adoctrinamiento, oración en común, caridad.

Medios de realizarlo. La visita circulante de la Stma. Virgen. Las parroquias deben dividirse en sectores. Cada sector debe tener su imagen. Cada imagen tendrá su turno de visita que durará una semana. La familia en cuya casa está, es responsable de llevarla *procesionalmente* a la casa del próximo turno. Durante la semana, se inaugura en esa casa un centro de evangelización que *continuará* funcionando después.

Durante la semana de visita: a) se rezará el Sto. Rosario; b) se leerá un trozo del Sto. Evangelio; c) se establecerá la FAC (Fraterno Auxilio Cristiano), comprometiéndose a prestar ayuda a algún prójimo que la necesite; d) se iniciará un curso de catecismo.

Así, cada casa se convertirá en un centro de evangelización (lectura del Evangelio y Catecismo), de oración (el rosario) y de caridad (FAC).

No se trata, entiéndase bien, de la mera visita material de la imagen. Se trata de que esa visita mariana, va a fundar un centro de evangelización (oración - doctrina - caridad).

Puede pensarse, si esto es bien llevado, el efecto que a la larga producirá. Puede significar la transformación cristiana de nuestras parroquias.

El domingo 4 de abril, todos los párrocos inaugurarán solemnemente en sus parroquias, la Cruzada de Evangelización del Año Mariano, explicarán al pueblo su alcance, y *distribuirán* (importante) los sectores y los turnos vigilándolos lo mejor posible.

Cada centro de evangelización se esforzará por llevar a la Misa dominical de la Parroquia el mayor número posible de gente.

Así, las tres finalidades del Año Mariano señaladas en nuestras Circulares anteriores; evangelización, asistencia a misa, práctica de la caridad, se cumplirán conjuntamente en esta Cruzada de Evangelización que entrego al celo de los Sres. Párrocos, sacerdotes, religiosos, religiosas y militantes de la Acción Católica.

Los centros de evangelización quedarán como permanentes y serán otros tantos focos de oración colectiva - de catequización - de movimiento eucarístico y de unión con la Iglesia.

(4) Jn. 13, 35.

La multiplicación de estos centros en cada sector, será el núcleo de un gran movimiento de evangelización, de defensa, de renovación cristiana y de vocaciones apostólicas para el clero, vida religiosa y Acción Católica.

Me permito insistir en que los centros han de seguir funcionando. De este modo en cada sector rural o barrio habría muchos centros *permanentes* de doctrina, culto y fraterna caridad.

Entrego a vuestro celo este proyecto. Pero os pido, eso sí, considerar su *urgencia*. No desmayar en su realización. Ingeniarnos en multiplicar su número y, sobre todo, el espíritu apostólico que los anime.

A fin de que todo se haga en forma ordenada, ruego a los párrocos se pongan de acuerdo, previa reunión, con los religiosos y religiosas que trabajen dentro de sus límites parroquiales.

Pido que todas las asociaciones religiosas, Acción Católica, órdenes terceras, congregaciones, se organicen en esta cruzada evangélica como el mejor homenaje a la Madre de Dios en este Año Mariano.

Deseo que con motivo de la Pascua, y como una preparación a ella, se inaugure solemnemente la *CRUZADA DE EVANGELIZACION DEL AÑO MARIANO*, explicándose a los fieles su alcance y finalidad.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

AÑO MARIANO, CIRCULAR (1)
(II-1954)

Amados cooperadores:

El pasado mes de diciembre dirigía una Circular a los fieles de la Diócesis invitándolos a celebrar con especial fervor el Año Mariano. Hoy deseo insistir ante el Clero Diocesano, Regular y Religiosas de la Diócesis en la manera de llevar a cabo en la forma más eficaz lo que en dicha Circular expresaba.

Tres eran los fines que ahí señalaba para dar al Año Mariano toda la eficacia que el Santo Padre desea:

- I. *Una gran difusión de la doctrina cristiana;*
- II. *Un aumento intensivo de la piedad;*

(1) Circular al clero diocesano, regular y religiosas; febrero 1954, Talca.

III. *Una expresión cada vez más viva del mandamiento de la caridad fraterna.*

Deseo referirme en la forma más concreta posible a la realización de estos tres puntos:

I. *Difusión de la doctrina cristiana*

No es aquí el momento de hablar de la ignorancia religiosa, verdaderamente aterradora en que nos hallamos. Me referiré a ello próximamente en otro documento que preparo. Quiero sólo insistir en la necesidad urgente que las Parroquias en colaboración con las Comunidades Religiosas, Colegios, Asociaciones piadosas, etc., formen los *equipos de evangelización* de manera estable y permanente.

Fin de estos equipos; su nombre lo indica: EVANGELIZAR.

Medios:

1. Catequesis en *todos* los sectores de la Parroquia. No debe quedar un sector sin un equipo encargado de su evangelización.

2. Distribución de Catecismos. La Curia tiene un stock de Catecismos que entrega (con pérdida económica) a \$ 2 c/u. Hay que dar la voz de orden: cada católico *tiene y estudia* su Catecismo.

3. Jornadas del Evangelio, preparadas con explicación de lo que es el Evangelio para el católico y con venta de ejemplares. El año pasado entre 7 Parroquias se vendieron más de 7 mil ejemplares.

4. La Campaña familiar de evangelización, sobre la cual hablaré próximamente.

Organización

Buscar jefes de equipo entre los miembros de Acción Católica, Ordenes Terceras, Asociaciones piadosas, alumnos mayores de Colegios y, con dos o tres a su cargo lanzarlos en esta Campaña.

II. *Aumento intensivo de la piedad*

Decía en mi Circular de diciembre pasado: "La piedad cristiana ha de recibir en este Año Mariano un fuerte impulso acudiendo a sus fuentes principales; la devoción eucarística y la devoción mariana".

Es necesario:

1. realizar en todas las Parroquias, Capillas y Colegios una intensa labor para la activa y devota participación en la Misa. Hay normas claras a este respecto que hemos dictado y que no siempre se cumplen. Hay que hacer que los fieles participen en la Misa activamente. Hay que formar y preparar a algunos fieles que dirijan esta participación. Hay que promover el canto colectivo. La falta de canto colectivo, o su mala ejecución unida a la actividad excesivamente pasiva e indiferente de los fieles,

es una de las causas principales de abandono del culto católico y de difusión de las doctrinas protestantes.

2. Es necesario iniciar la *campaña individual* del Santo Rosario en familia. Hay que ir comprometiendo hogar por hogar y persona por persona. Pronto se enviarán formularios al respecto.

III. *La Caridad fraterna*

La situación económica general y las malas cosechas hacen temer fundadamente un invierno excesivamente duro para los pobres. Es necesario que cada Parroquia sea un centro de caridad y de asistencia. Para esto creo necesario el establecimiento del "Fraterno Auxilio Cristiano" (F.A.C.).

¿Qué es la F.A.C.?

Una movilización de caridad para dar a cada católico la conciencia de sus deberes de fraternidad humana y cristiana.

Su finalidad: aliviar la miseria.

Sus reglamentos: la práctica fiel de la caridad del Evangelio.

Sus socios: todo el que tenga corazón y sienta la necesidad de sus hermanos.

Su organización: dar su nombre a la Parroquia y de cuerdo con el Párroco comprometerse a ayudar en una determinada acción de caridad. No hay directorio, ni sesiones. "Que tu mano derecha no sepa lo que da tu izquierda" (2). Vuelvo a repetir, no se trata de una organización más, sino de un movimiento que haga que cada Parroquia sea una gran comunidad de caridad, que cada institución católica, llámese escuela, asociación, etc., sea reflejo de esa fraternidad, que cada hogar cristiano sea una llama de solidaridad social, que destruya el egoísmo que nos hunde.

Tales son, amados colaboradores, los objetivos precisos de este Año Mariano en la Diócesis de Talca.

Y aunque, como os decía, preparo una Pastoral sobre los problemas presentes, su gravedad y su remedio, quiero insistiros en la urgencia de esta acción.

El Año Mariano es un llamado de misericordia. No lo desoigamos. Es uno de los grandes esfuerzos del amor de Dios para salvarnos. No vaya a ser que por nuestra desidia se malogre. Los que en una forma u otra hemos sido llamados especialmente al apostolado tenemos en estos instantes una terrible responsabilidad. "El enemigo del hombre sembró la cizaña en la heredad paterna" (3) nos decía el Evangelio, pero el mismo Evangelio nos añade que esto sucedió "mientras dormían" los de la familia.

(2) Mt. 6, 6.

(3) Mt. 13, 25.

Mis amados colaboradores, en nombre de María os pido vuestra plena, entusiasta y eficiente colaboración a este plan del Año Mariano. En Ella debemos poner nuestra fundada esperanza. A Ella le aplica la Liturgia estas palabras: "Cunctas haereses sola interimisti" (4).

Que el Año Mariano nos traiga mediante nuestra generosa y apostólica respuesta, la salvación que con tanta urgencia necesitamos.

Os bendice vuestro Obispo.

(4) Tr.: "Tú sola venciste todas las herejías".

EL AÑO MARIANO, TERCERA CIRCULAR (1) (VI-1954)

Amados fieles:

Han transcurrido ya tres meses de la última Circular sobre el Año Mariano, y un examen se impone, ¿qué hemos hecho de especial en él por honrar a María?

Es deber importante nuestro el no dejar pasar un año de gracias como éste, que ha de significar una esperanza cierta de renacimiento espiritual. Vengo a hablaros en esta Circular, de una Campaña que os pido llevarla con el mayor celo, a fin de que quede como un fruto permanente y duradero de este Año Mariano: *la Campaña del Rosario en familia*. El mes de julio nos trae la festividad de la Santísima Virgen de! Carmen tan grata al corazón chileno, y el mes de agosto, la gran festividad de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos. Ahora bien, del 10 de julio al 10 de agosto, vamos a realizar una intensa campaña destinada a buscar el mayor número posible de personas que se comprometan a rezar diariamente el Santo Rosario y a rezarlo de preferencia en familia.

Como lema de nuestra campaña ponemos el siguiente:

- *Cada católico honra diariamente a María con el Rosario.*
- *Cada hogar católico se santifica con el rezo en común del Rosario.*
- *Por un Chile feliz, un Chile cristiano.*
- *Por un Chile cristiano, un Chile mariano.*
- *Por un Chile mariano, el rezo del Rosario.*

(1) Junio, 1954, Talca, Chile.

Esta campaña hay que hacerla individualmente, persona por persona y casa por casa, haciendo que cada uno llene la cédula en que se compromete al rezo del Rosario, o una decena diaria. Las parroquias, con la colaboración de las congregaciones religiosas y escuelas, organizarán esta campaña en la forma más activa e intensa posible.

Necesitamos que la Diócesis de Talca se movilice espiritualmente en una gran cruzada mariana. Es éste el trabajo que como el mejor homenaje a María os pido.

El rezo del Rosario traerá a cada católico la fuerza para vivir integralmente su vida cristiana.

El Rosario en familia restituirá a los hogares el ambiente cristiano que el paganismo actual les arrebató.

El Rosario será una defensa para nuestra fe católica, fuertemente atacada por el materialismo ateo, el protestantismo y las sectas. El Rosario traerá a nuestra patria la solución a los graves problemas que la afligen.

El Rosario será para los que lo recen prenda segura de vida eterna.

He aquí, amados fieles, la labor concreta que os propongo.

Un lema, un esfuerzo, un propósito, una acción:

Ningún católico sin rezar el Rosario.

Ningún hogar católico sin rezar en común el Rosario.

El 15 de agosto, presentaremos en la Catedral, a María, las cédulas con la adhesión de los fieles a la Campaña del Rosario.

En nombre de María os pide vuestra adhesión plena y colaboración entusiasta, vuestro Obispo, que os bendice de corazón.

Congresos y Eventos de la Acción Católica

○ *Uno de los aspectos de la vida de la Iglesia sobre el cual Monseñor más escribió fue la Acción Católica.*

En este primer volumen transcribimos sólo aquellos escritos que responden a momentos históricos más significativos. El resto lo publicamos en el 2º volumen. "La Iglesia en su espiritualidad" al tratar de "La espiritualidad del laico".

LA ACCION CATOLICA, OBRA DE REEVANGELIZACION (1)
CONGRESO INTERNACIONAL DE ACCION CATOLICA DE CARACAS
(18, 19, 20-XI-1953)

Unas palabras durante un Congreso Internacional de Acción Católica ha de tener más el sentido de una meditación que el de una conferencia.

Se viene a un Congreso a tomar conciencia de su misión.

A contemplar la realidad presente a la luz del camino recorrido y a enfrentar la actividad futura con la mirada abierta a los horizontes históricos de esta nueva edad.

La transcripción de este artículo está algo fragmentado en el párrafo 1º de pág.

Y así mi tema se inicia con palabras del Evangelio: "Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta" (2).

Vuestra misión tiene el significado del fermento de la parábola evangélica.

A ahondar en la comprensión de este significado hemos venido.

Y por eso os hablo.

Puedan también mis palabras servir de fermento para dar a nuestro tiempo los panes ázimos de sinceridad y de verdad que necesita.

I. *Misión histórica de la Acción Católica*

La misión histórica de la Acción Católica ha quedado definida en frase de Su Santidad Pío XII: "Es una obra de reevangelización" (3).

Bajo el signo de la Acción Católica y alrededor de la Iglesia eterna, se forma una nueva cristiandad.

Las relaciones entre el orden natural y el sobrenatural fueron rotas al comienzo de esta edad moderna.

El liberalismo triunfante en el siglo pasado quiso separar lo espiritual de lo temporal. De ahí el laicismo. De ahí la paganización de los ambientes. De ahí la escuela, la economía, la ciudad sin Dios.

(1) Diario "*La Religión*", Caracas, 18 de noviembre, 1953, pág. 4; 19 de noviembre 1953, pág. 5 y 20 de noviembre, 1953, pág. 5.

(2) *Mt.* 12, 33.

(3) Discurso del 29 de junio, 1929.

La crisis del mundo moderno es ante todo crisis del espíritu.

¿Qué actitud cabe a los cristianos ante este mundo moderno?

La misión del cristiano no es la de identificarse con ninguna forma de civilización temporal, sino la de vivificar internamente a este mundo que pasa. Es de estar presente en lo temporal, pero sin ligarse.

No es la de tratar de volver a un pasado ideal que no siempre ha existido como se lo pinta, sino de empujar la humanidad hacia ese triunfo de Cristo, hacia esa Unidad con que la Revelación se cierra en el Apocalipsis en un inmenso canto. La Acción Católica ha puesto bajo un nuevo ángulo el problema de las relaciones entre el orden natural y el sobrenatural. No se trata solamente de las relaciones de la Jerarquía con lo temporal, sino de la actividad de los seculares mezclados necesariamente a todas las formas de actividad temporal.

Y esa actividad se resume en una sola palabra, evangelización.

No es pues, ni apartándose de lo temporal, ni ligándose permanentemente con él como los seculares cumplirán su misión, sino cristianizándolo. Siendo portadores de la buena nueva; evangelizadores. Cumpliendo la misión que Cristo y la Iglesia les confía; apóstoles.

Y aquí radica la misión histórica de la Acción Católica.

No se trata de un ejercicio de piedad, sino de vida piadosa, ni de añadir actos cristianos a la vida real, sino de penetrar de espíritu cristiano esa vida real, ni de perderse en la discusión si el apostolado debe ser de élite o de masa, sino de ir a la masa por la élite en la masa. La Acción Católica no será primeramente obra de preservación, ni tampoco como a veces se ha dicho, una organización de las fuerzas católicas, será ante todo un movimiento de expansión del secolarizado tendiente a cristianizar el ambiente en que su vida temporal se desarrolla.

Y aquí radica su misión histórica o lo que atrevería a llamar, la potencia revolucionaria de la Acción Católica.

Ella pone ante nuestros ojos como objetivo primordial del apostolado el primado del reino de Dios. Nuestra salvación personal, que a veces se nos ha presentado como finalidad de nuestra vida, no es sino la consecuencia, "la añadidura", de "buscar el reino de Dios y su Justicia (4).

La Acción Católica nos dice, en seguida, que los artesanos inmediatos del reino de Dios en la vida temporal serán los seculares. Que el mundo, al cual nosotros sacerdotes hemos renunciado, pertenece a ellos. Que la acción del secolar a esa misión redentora es el complemento de nuestro sacerdocio, ya que por nuestra función de mediadores no podemos mezclarnos a lo temporal más que en una cierta medida. Que frente a un mundo que se forma, los que viven en él y actúan han de darle el sentido cristiano que necesita.

El R. P. Chenu (5) sintetiza admirablemente la misión histórica de la Acción Católica:

(4) *Mt. 4, 33.*

(5) Chenu P., Sacerdote dominico francés, conocido por sus estudios sobre la Historia Medieval.

“Es de temer, observa, que a veces hayamos más o menos conscientemente intentado la experiencia de santificar, de cristianizar a los individuos contra los tejidos sociales que componen efectivamente su vida. Demasiado tiempo se ha gastado un magnífico celo apostólico en “proteger” al cristiano contra su medio, en crearle un medio artificial donde pudiera refugiarse y vivir al fin cristianamente, en la piadosa atmósfera de un grupo bien cerrado, fuera de un ambiente pagano o perverso; expediente inevitable tal vez en un momento dado, pero cuyo estrecho empirismo nos llevaba a un cristianismo de emigrados... La Acción Católica no es una simple ampliación de una técnica preexistente, un agregado de vicarios seculares a un clero insuficiente, sino que, viniendo de la esencia misma del Reino de Dios y de la más profunda naturaleza de la Iglesia, es una extensión de la Encarnación a un régimen societario nuevo de la cristiandad, extensión que se realiza dentro de estructuras apostólicas nuevas, complementarias, necesarias, urgentes, cuyo principio regulador ha dado Pío XI: la participación de los seculares en el apostolado jerárquico de la Iglesia” (6).

II. Ambiente moderno

Pero antes de abordar directamente este punto preguntemos ¿qué se entiende por ambiente? Tomo del canónigo Thiberghien la siguiente definición: “Es el cuadro natural en el cual el hombre desarrolla su actividad, es la atmósfera que respira, es el fragmento de humanidad en que se injerta toda su vida”.

Toda la sociología contemporánea prueba cómo y cuánto el ambiente influencia al individuo. S. S. Pío XI en la Encíclica *Divini Ilius Magistri*, sobre la educación cristiana, nos dice que uno de los elementos, y de los más importantes de la educación, es el ambiente. Nadie escapa a la presión social del medio en el cual actúa y vive.

Corresponde a la Acción Católica el haber señalado la importancia del ambiente y el haber orientado el apostolado a su cristianización.

El apostolado del siglo pasado y de comienzos de éste se orientó principalmente a crear instituciones con objetivos definidos, sociedades que trataban de realizar una acción determinada; protección de la infancia, defensa de la joven, asociaciones deportivas. Ellas han realizado una gran obra de bien y lejos estoy de criticarlas, pero el hecho social del ambiente, del Cardenal Saliège (7):

“Modificar la presión social, dirigirla, hacerla favorable al desarrollo de la vida cristiana, crear por ella un clima, una atmósfera donde el hombre pueda desarrollar sus cualidades humanas, llevar una vida

(6) *Vie Intellectuelle*, 25 de diciembre, 1937.

(7) Saliège, Car. Julio. Nacido en Mauriac en 1870. Cardenal desde 1946. Arzobispo de Toulouse.

propiamente humana, donde el cristiano pueda respirar a sus anchas y permanecer cristiano, tal es si no me equivoco, el fin de la Acción Católica" (8).

Los elementos que constituyen un ambiente son al decir de la sociología cuatro: una cierta unidad geográfica, la organización del trabajo, o sea, el género de trabajo, la concepción de la vida y de las instituciones, las costumbres, por ejemplo, deportes, actividades artísticas, etc.

Señalado lo que es y constituye un ambiente, cabe preguntar: los ambientes en que la vida normal del hombre moderno se desarrolla, ¿son cristianos? o sea, ¿son favorables para que en ellos se desarrolle y cultive nuestra vida humana y cristiana? Tomados en su conjunto debemos dar una respuesta negativa. No cabe duda que existen pequeños ambientes cristianos, pero el ambiente general, el que forman los negocios, la fábrica, el cine, la llamada vida social, la prensa, la literatura, la política, etc., están lejos de favorecer el desarrollo de la vida cristiana y mucho menos de reflejar un espíritu cristiano.

Nos hallamos ante una civilización enferma, más difícilmente permeable al Evangelio que muchas otras.

El naturalismo, separando el orden espiritual del temporal y constituyendo una sociedad laica, ha arrancado al mundo actual de sus bases eternas.

El capitalismo liberal y el régimen exclusivo del interés han viciado profundamente las costumbres y las instituciones. La mayor parte de los ambientes en que nuestra vida diaria se desarrolla son o indiferentes o nocivos a la vida cristiana. El católico ha de enfrentarse a un mundo que, conservando aún sus raíces cristianas, se encuentra ante ambientes impregnados de paganismo. El Eminentísimo Cardenal Suhard en su Pastoral de Cuaresma de 1947, que nunca meditemos suficientemente, define la sociedad contemporánea como un "mundo sin Dios". Y el mismo Prelado de París añade: "¿Habría que admirarse que este ateísmo universal influya sobre los mismos cristianos? A fuerza de respirar esta atmósfera, terminan por impregnarse de ella. Por todos sus sentidos ellos aspiran este veneno sutil, cuyo peligro supremo consiste en que no hace morir, sino que inmuniza contra la necesidad de la premeditación propia de vida permaneció extraño a dichas obras. Es la Acción Católica la que nos da esta fórmula apostólica: organización de la irradiación cristiana en un ambiente determinado. O sea, lo que en forma magnífica expresa el Eminentísimo Cardenal Suhard . . .sencia divina a sus víctimas. Por eso, no es necesario ir lejos para buscar hombres sin Dios. Se les encuentra a cada paso. Un gran número de bautizados sin ser ateos auténticos, se conducen prácticamente con ellos" (9).

Es el paganismo moderno, del cual los ambientes generales son la expresión.

(8) *Doc. Cath.*, 1º de abril, 1945.

(9) *Le sens de Dieu*, 1948.



De marinero: primeros amagos de cruzar los mares...

Hace seis años un eminente religioso chileno (10) escribió una obra que tituló: *¿Es Chile un país católico?* Prescindo si el título era o no el más oportuno, o si tal o cuál dato estadístico era o no completo, pero un hecho queda ahí establecido sobre lo que haya podido observársele y es que nuestros ambientes actuales no reflejan ni favorecen el desarrollo de la vida cristiana.

¿Por qué insisto en esta idea que a más de alguno podrá parecer pesimismo de mal gusto?

Precisamente, para llevar al optimismo cristiano que de la realidad, por la esperanza, conduce a la acción.

Para hacer ver que el dormirse sobre la idea de que vivimos en ambientes cristianos, a más de falsa, es suicida.

Para demostrar lo que ya en el punto primero señalaba y que en los siguientes desarrollaré, a saber, que nuestra labor es de reevangelización, según la frase de Pío XI, que nuestra acción ha de orientarse fundamentalmente hacia la recristianización de los ambientes y que eso sólo lo podrá hacer una acción católica que esté penetrada y dos ideas centrales: que Dios ha dado a los seglares los ambientes donde el orden temporal se desarrolla, para conquistarlos y que su vocación para tal obra ha de tener las características de la vocación misionera.

Habla san Mateo en el Capítulo XVI:

“Se le acercaron los fariseos y saduceos para tentarle, y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. El, respondiéndoles les dijo: “Por la tarde decís buen tiempo, si el cielo está arrebolado. Y a la mañana: hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arreboles oscuros. Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos”.

Yo no deseo que para los católicos de América pueda aplicarse el reproche de Jesús de “no saber discernir las señales de los tiempos nuevos”. Deseo, en cambio, que nuestra Acción Católica tanto más realista cuanto más alto es su ideal, se penetre de la gravedad de los tiempos que vive, se enfrente al hecho por desgracia efectivo de la paganización del ambiente y saque de él, en forma viva y apremiante, la conciencia de que tanto individual como colectivamente debe ser misionera del ambiente.

III. *Posición cristiana ante el ambiente*

Su Eminencia el Cardenal Suhard, en su trascendental Pastoral: *¿Crecer o declinar de la Iglesia?* nos ha señalado las dos posiciones que dividen al mundo católico ante el problema del mundo moderno: ruptura o adaptación.

(10) Hurtado, P. Alberto, S.J.

No creo necesario el repetir las enseñanzas de un documento que todo católico que experimente las inquietudes de su tiempo debe leer y meditar.

Bástenos señalar un principio general que debe guiarnos constantemente en este problema: “no hay que rechazar al mundo para pertenecer a Cristo, sino conducir con nosotros el mundo a Cristo” (11).

Una visión cristiana del mundo nos muestra a Dios, centro de toda la creación material e inmaterial. Es el último verso con que la Divina Comedia se cierra: “l’amor che muove il sole e l’altre stelle”. Nos señala a Cristo como “el restaurador universal”, para emplear una expresión paulina. Nos hace ver a la Iglesia como la maravillosa prolongación del misterio de la Encarnación por donde toda la humanidad ha de retornar hacia Dios.

De este principio general debemos descender, en seguida, a algunas aplicaciones particulares concretas y la primera es la siguiente: ¿cuál es el contacto que corresponde a la Acción Católica con los problemas de orden temporal?

No se me oculta que el punto es delicado y que no es fácil dilucidarlo en pocos minutos. Pero peor sería el omitirlo.

Resumamos algunas ideas fundamentales:

Existen dos potestades: la eclesiástica y la civil, “una, destinada a las cosas divinas, la otra, a las cosas humanas” (12). Hay que evitar toda confusión entre lo divino y lo temporal. La falta de distinción clara entre lo temporal y lo eterno, lo espiritual y lo material, lo natural y lo sobrenatural es causa de muchas de las desorientaciones de nuestra época. La distinción entre ambos órdenes debe al mismo tiempo hacernos afirmar la necesaria relación que entre uno y otro existe, tal como la del alma y del cuerpo.

Corresponde a la Iglesia y en consecuencia a la Acción Católica que es participación al apostolado jerárquico, el animar de espíritu cristiano todo el orden temporal.

No se trata de sustituir el orden temporal por el divino, lo que constituiría una teocracia, sino de infundir el espíritu de Cristo en lo temporal. De donde aplicando este concepto a la Acción Católica podemos decir que la Acción Católica es el apostolado organizado animando un ambiente social.

De aquí que se siguen tres consecuencias:

1. El católico no puede prescindir de trabajar por la reorganización de lo temporal. No se puede establecer un orden social cristiano en una sociedad desorganizada.

La indiferencia de los católicos hacia lo temporal constituye en el fondo una traición a lo espiritual.

(11) Roche, P., *Chrétiens dans le monde*.

(12) *Immortale Dei*.

El sentido de las Encíclicas sociales es éste: humanizar el ambiente del trabajo para hacer posible en él, el desarrollo del espíritu cristiano.

Pretender desarrollar una acción religiosa cuando el ambiente material, económico y social, es contrario a una vida humana y, por ende, cristiana, es olvidar que Cristo vino a salvar al hombre —alma y cuerpo— y que como santo Tomás enseña: “un mínimo de bienestar temporal es indispensable a la práctica de las virtudes cristianas”.

De donde una Acción Católica que no se proyecta en lo social, no logrará realizar jamás lo que es esencial a ella misma: la cristianización del ambiente.

2. La Acción Católica no puede apartar al católico de la acción temporal. Cuanto más sobrenatural deba ser el espíritu que anime a la Acción Católica, tanto mayor debe ser la adaptación a lo temporal.

La Acción Católica es un órgano apostólico del Cuerpo Místico de Cristo y como tal ha de vivir intensamente el misterio de la Redención.

S. E. Mons. Montini (13) nos dice que:

“Más que nunca corresponde a los seglares de Acción Católica el tomar sus responsabilidades en la ciudad cristiana que hay que edificar y mezclarse siempre más resueltamente en el camino que les trazaba ayer con providencial oportunidad el Papa Pío XI. Su Santidad ha indicado a todos ese camino”.

Puede la Acción Católica caer, en lo que acertadamente llama Maritain, “el pecado del angelismo” (14), o sea, el concretarse exclusivamente a lo espiritual, olvidando que su misión apostólica ha de desarrollarse en el ambiente y que éste se forma con todas las circunstancias concretas que rodean la vida humana.

La Acción Católica tiene por misión santificar lo temporal, de modo que el apartar a sus miembros de los problemas humanos sería conducirlos a un sobrenaturalismo vacío de realidad que se pierde en discusiones sutiles y en distinciones inútiles. Podría aplicársele la genial frase de Peguy: “Tiene las manos puras, pero no tiene manos”.

3. Los católicos, al mezclarse en lo temporal, no deben mezclar a la Acción Católica.

Podría aparecer contradicción entre este punto y el precedente, pero en realidad no la hay, antes al contrario lo complementa y actúa.

A la Acción Católica no le corresponde organizar lo temporal, pero sí sobrenaturalizarlo, darle su sentido divino.

Ella debe permanecer siempre como el órgano apostólico del Cuerpo Místico de Cristo en medio del seglarado.

No será pues la Acción Católica la que ordinariamente promueva asociaciones deportivas, teatrales, sindicatos o partidos políticos, pero

(13) Montini, Mons. El actual Papa Paulo VI.

(14) Cfr. el *Humanismo Integral*.

sí la que forme en tal manera sus miembros para que en todas las instituciones y ambientes en que actúen sepan darle sentido cristiano.

Este pensamiento está claramente expresado en la declaración de los Cardenales y Arzobispos de Francia de marzo de 1945:

“La Acción Católica, dicen, no tiene por fin organizar lo temporal, ella debe respetar la autonomía de las instituciones temporales, pero ella debe formar sus miembros a vivir un cristianismo encarnado, real, concreto y por su organización debe cristianizar las instituciones y la vida social haciendo pasar en ella el espíritu cristiano”(15).

Pensamiento que se complementa con otra declaración de la misma Jerarquía francesa del 28 de febrero del mismo año:

“Pedimos, dicen, que en un terreno distinto del campo apostólico de la Acción Católica, numerosos seglares católicos, obrando como ciudadanos, tomen atrevidamente sus responsabilidades personales en la acción temporal, que estén presentes en el mundo moderno y que busquen lealmente el bien propio de la ciudad temporal”(16).

Señalada aunque superficialmente la posición de la Acción Católica ante lo temporal, conviene añadir otro principio y es el saber enfrentarnos al realismo del ambiente para infundir en él, el espíritu cristiano.

Conclusiones y alcances últimos al punto III

REALISMO. Realidad del ambiente he dicho. O sea conocer sus características, sus tendencias, la raíz de sus males, sus posibilidades de bien.

E infundir en él el espíritu cristiano, he añadido, o sea, sin variar en nada los principios inmutables de nuestra fe, ver en qué forma hemos de comunicarla a ese ambiente que tratamos de transformar.

Dice el IV Libro de los Reyes que el Profeta Eliseo para dar vida al cadáver de un niño “se echó sobre él y puso su boca sobre su boca, sus ojos sobre sus ojos, sus manos sobre sus manos”(17) y el niño volvió a la vida. La cristianización de los ambientes por la Acción Católica significa el plegarse y acomodarse a todas las sinuosidades y repliegues para infundirles el calor de la vida.

Las directivas que damos, el apostolado que pretendemos realizar, ¿tienen ese conocimiento de los ambientes donde van a recibirse y, en consecuencia, son adaptables a ellos? Si no, ¿de qué sirven?

Ya en el primer siglo de nuestra Era quien conoció como nadie los secretos del apostolado hasta merecer ser llamado por antonomasia el Apóstol, pudo escribir a los de Corinto:

(15) *Doc. Cath.*, 10 de junio, 1946.

(16) *Doc. Cath.*, 18 de marzo, 1945.

(17) 2 R. 4, 34.

“¿En qué está pues mi mérito...? En que siendo del todo libre me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la ley, me hago como si estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que están bajo ella. Con los que están fuera de la Ley, me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la Ley de Dios, sino bajo la Ley de Cristo. Me hago con los débiles, débil para ganar a los débiles; me hago todo para todos, para salvarlos a todos” (18).

Pero, señores, la respuesta a este punto que tratamos, posición cristiana ante el ambiente, aún no la hemos abordado plenamente. Hemos señalado las premisas, mostrado los principios. Pero nos falta descender hasta las conclusiones. Yo las resumiría en las siguientes:

1º El militante de Acción Católica es un mediador activo ante su ambiente. Debe penetrarse de la idea que entre Dios y su ambiente está él para llevar Dios hacia ese ambiente.

Como Cristo, el gran mediador entre el mundo y Su Padre, como el Sacerdote, el mediador oficial entre Cristo y las almas, el apóstol de Acción Católica representa su ambiente ante Dios y trae a Dios hasta su ambiente.

Como verdadero mediador, él da gracias a nombre de los que representa. Siente que él es la voz que en nombre de los que callan continúa el himno de gratitud que debe subir hasta el Padre.

En nombre de su ambiente, repara. Carga sobre sus hombros los pecados de su ambiente. De ahí nace su ascetismo, sus vencimientos, su espíritu de mortificación.

El militante pide; su oración no es la egoísta e individual. Tiene el sentido de su clase, de su ambiente y por y para él ora y suplica.

Y finalmente adora. Y esa adoración forma en él su espíritu de religión. Participa en ese espíritu el Sacerdocio de Cristo y lo vive. Y porque lo vive colabora al apostolado jerárquico y lleva hasta su ambiente el mensaje cristiano.

2º El socio de Acción Católica se adapta a su ambiente, se encarna en él, pero guarda ante él su libertad.

Esa libertad ante el ambiente significa estar presente en lo temporal, sin ligarse a él. “La figura de este mundo pasa” y la Iglesia a la cual servimos es eterna. Ella tiene por misión el santificar un mundo que pasa. Ella sabe mantener intacto lo que es de su esencia y despojarse como de un vestido usado de lo que es sólo accidental. Guardémosnos del peligro de querer identificar cualquier régimen económico, social o político como Iglesia, de caer en el sofisma, más de una vez repetido de confundir lo lícito con lo necesario, de afirmar que porque un régimen no es contrario en sí al derecho natural, es exigido por el mismo derecho e impuesto por él.

(18) 1 Co. 9, 18-20.

Viviendo en el ambiente y actuando en él, cuidemos de no identificarnos, pues de otro modo seríamos la levadura que ha perdido su fuerza y es incapaz de hacer fermentar la masa.

Esto exige el mantener frente a los ambientes aquel inconformismo a que nos exhorta el Apóstol diciéndonos:

“No os conforméis con el presente siglo sino transformaos por la renovación de vuestro sentido, a fin de que discernáis cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto” (19).

Esa libertad ante el ambiente significa que el militante de Acción Católica debe en cuanto tal mantener su independencia sobre todas las combinaciones humanas que de un lado u otro dividen a la humanidad. Vivir en el mundo sin ser del mundo, como pidió Nuestro Señor por sus discípulos.

Así se evitará la confusión del cristianismo como un determinado régimen económico y así igualmente se evitará el creer que sólo por algunas aspiraciones humanitarias ya se es cristiano. “No basta ser anti-comunista para ser cristiano” escribe el P. Ducatillon, ni basta criticar el régimen presente para decirse discípulo de Cristo. Sólo buscando ante el reino de Dios y su Justicia es como seremos fieles a nuestra misión de santificar el ambiente.

Esa misma libertad hará que el cristiano en su ambiente colabore a todo aquello que sea justo y verdadero.

Ningún problema humano debe serle extraño, porque nadie como Cristo ha penetrado tan hondo en las raíces de la humanidad. No podría actuar eficazmente sobre su ambiente quien no tomara sobre sí las angustias, inquietudes y problemas que lo rodean. De Nuestro Señor se dijo que “quiso en todo asemejarse a sus hermanos”. El apologista de la antigüedad cristiana, Terencio, exclamaba: “Nada de lo que es humano reputo extraño a mí”.

3º La posición cristiana ante el ambiente debe estar llena de un sentido de optimismo cristiano. Ese optimismo nos hará sentir en forma clara nuestra responsabilidad en medio del mundo en que nos toca vivir.

Nada mejor puede encontrarse para expresar este sentimiento que las palabras de Su Santidad Pío XI al Cardenal Verdier (20) pocos meses antes de su muerte:

“Hijo mío, la crisis que vivimos es única en la historia”.

Un mundo debe brotar de la caldera en que hierven en la hora actual tantas energías contrarias. En cuanto a nosotros, agradezcamos a Dios todos los días el hacernos vivir en las circunstancias actuales.

Ante todo, hay que agradecer el ser los testigos, más aún, los actores de esta tragedia que va a trastornar el mundo.

(19) *Rm.* 12, 2.

(20) Verdier, Car. Arzobispo de París. Muerto en 1940. De gran visión pastoral, tiene varias obras de apostolado social.

Todos los hombres de buena voluntad tienen el imperioso deber de pensar que tienen una misión que llenar; la de ser mejores los unos para los otros y de hacer lo imposible cada uno en los límites de su actividad, para mejorar la suerte de la humanidad.

Será el honor de esta generación si comprende su misión, el haber ayudado piadosamente al mundo a mejorar su suerte.

Estoy cierto que después de las peripecias que yo no puedo, por desgracia, prever, ella saldrá más bella y mejor adaptada a las necesidades de los tiempos presentes.

A nadie, quienquiera que sea, le es permitido el ser mediocre.

Vivir quejándose de los tiempos presentes es hacerse ineficaz para actuar sobre ellos.

4º Hay que amar su tiempo, pero hay que mirar al porvenir.

Paul Hibout, de la JOC decía un día a Monseñor Richaud (21), entonces Obispo de Versalles:

“Nosotros estamos listos para el mañana. ¿Estáis vosotros listos para el pasado mañana?”

Hay que trabajar en el ambiente con sentido de presente, pero sobre todo con visión de porvenir.

Hay que saber animar cada una de nuestras tareas oscuras, inmoladas, ingratas, de un sentido constructivo de futuro. Levantamos los muros de la nueva ciudad. Construimos la Catedral del futuro.

Trabajar sin horizontes es carecer del sentido del apostolado.

Llevar la Acción Católica a un apostolado negativo, es matarla.

Hacer consistir nuestra actividad en una serie de “antis”, en ligas de defensa, es quitar a nuestra Acción toda perspectiva de conquista.

Si no tenemos ante el ambiente una posición firme y optimista, llena de visión y de sentido sobrenatural, hacemos una Acción Católica pequeña, ahogada en fórmulas rutinarias o en meros procedimientos burocráticos. No nos indignemos entonces que muchos católicos no entren a las filas de tal Acción Católica. Tratemos que la Acción Católica parezca a todos apta para responder al anhelo cada vez más sentido de desarrollar en ellos y alrededor de ellos el reino de Cristo.

IV. *¿Cómo actuar en los ambientes?*

Yo resumiría la respuesta a esta pregunta en dos palabras; con el testimonio y la misión.

Permitidme que me detenga unos momentos en ambos conceptos.

EL TESTIMONIO. Hablemos en primer lugar del valor del testimonio.

(21) Richaud, Mons. Paul Marc. Nacido en Versailles en 1887. Cardenal desde 1958. Arzobispo de Burdeos.

El mundo se encuentra en lucha a muerte entre dos concepciones de la vida en que se juega lo más sagrado del hombre: su dignidad, su libertad, sus derechos primordiales.

Hoy nos encontramos abocados con urgencia terrible ante el dilema: o cristianismo o materialismo; o vida cristiana vivida en plenitud o vida pagana con todas sus consecuencias; o someterse a Dios o perecer.

Estamos asistiendo a las últimas conclusiones del materialismo, hecho sistema filosófico, su concepción de la vida, organización política y hasta podríamos decir en cierto sentido, hecho religión.

¿Qué otra cosa son el existencialismo de Sartre que lleva el horror hacia la vida; el comunismo marxista que esclaviza al hombre ante el Estado proletario, el nazismo que tortura en nombre de la sangre y el capitalismo que asfixia en nombre de la preminencia del dinero sobre el esfuerzo humano?

¿No vemos que todos estos elementos que hoy se juntan en el mundo moderno, en lo que podríamos llamar "Synagoga Satanae" (22), constituyen la ciudad del mal, que por todas maneras tiende a derrocar la ciudad de Dios?

¿Cómo libraremos esta batalla?

Tenemos, se nos dice, la prensa, la radio, etc. No pretendo quitar la importancia a estos medios instrumentales, que para la propaganda son de una extraordinaria eficacia y que los últimos Pontífices nos han vivamente animado a emplear.

Pero, ¿qué valor pueden tener las palabras si no van acompañadas de las obras? ¿Qué eficacia las declaraciones, si el testimonio de la vida no las refrenda y sella? "Verba movent, exempla trahunt" (23), nos enseña el antiguo proverbio. ¿De qué, sirve hacer el elogio de la pobreza, si no se la vive o se la desprecia o huye? ¿De qué, el de la oración, si no sabemos recogerlos en ella?

La gran dificultad está en vivir, sacrificarse, entregarse sin reservas por una idea. Cuando una verdad es amada hasta dejarlo todo por ella, esa verdad será fácilmente creída. "Creo a los testigos que son capaces de dejarse matar" escribía Pascal. Y aquí viene, entonces, señores el valor del testimonio.

Cristo nos pide ante todo el ser sus testigos.

El cristiano en el Sermón de la Montaña, que al decir de Bossuet es el compendio de todo el Evangelio, es comparado a la sal y a la luz.

"La vida es poder de expansión, dice el P. Varillon. Desde las profundidades de la Fuente escondida (el Padre es Misterio y nadie lo ha visto jamás) ella se derrama en plenitud en el Verbo; por la Encarnación del Verbo ella eleva en plenitud al hombre que se llama Jesús, de Jesús injertado en la pasta humana, ella corre en ondas hacia los que están directamente unidos a El. Que éstos a su vez la irradian, la difundan y la comuniquen por el contacto".

(22) Tr.: "Templo de Satanás".

(23) Tr.: "Las palabras mueven, los ejemplos arrastran".

Es el testimonio.

“Luzca vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras (el testimonio) (y así) glorifiquen al Padre de los cielos”.

No tengo aquí el tiempo suficiente para hacer lo que llamaría la “historia del testimonio”. Mi tesis es, sin embargo, ésta: la evangelización del mundo es la historia del testimonio cristiano. Su Santidad Pío XI nos ha dicho que el fin de la Acción Católica es una reevangelización. Luego, es en ese testimonio donde hemos de buscar el secreto de cristianizar los ambientes.

Nos lo dice en primer lugar Cristo Nuestro Señor.

A los fariseos que lo increpan: “si no creéis en mis palabras creed en mis obras. Ellas dan de mi testimonio” (24).

A los discípulos del Bautista que preguntan si es el Mesías o han de esperar a otro, la respuesta es precisa:

“Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan y a los pobres se les da la buena nueva” (25).

Para elegir al Apóstol que ha de reemplazar a Judas. Pedro, dice a los Once reunidos que, entre los que están congregados elijan a uno y la sólo condición que pone es que sea “testigo” (26).

Los apóstoles no tienen otra predicación al decir de S. Juan que el anunciar: “lo que vieron, lo que escucharon, lo que sus manos palparon del Verbo de vida” (27). Y por esto su apostolado no puede ser otro que el de un testimonio continuo de verdad y caridad que lleva a los cristianos a la comunidad de bienes, a la comunidad de oración y a la comunidad de amor.

El grito del paganismo no es para admirar la elocuencia o la ciencia, sino para admirar el amor, testimonio de una Caridad y de una Vida: “mirad como se aman” (28). Y ese testimonio llega a su expresión más alta: el martirio, palabra griega que significa precisamente “testimonio”, pues “nadie tiene mayor amor que el que da su vida” (29).

Inés, Lucía, Perpetua, Felicidad (30) para citar sólo testimonios femeninos ¿qué hacen en la cárcel, en el circo, en el tormento o en la muerte?

Dar el testimonio del amor que es el de la Cruz.

Y así podrá san Agustín siglos más tarde decir que al paganismo del Imperio Romano, no lo domó el hierro, sino el e...; no la fuerza del poder humano, sino el avasallador impulso del testimonio cristiano.

(24) *Jn.* 10, 37-38.

(25) *Mt.* 2, 4.

(26) *Hch.* 1, 22.

(27) *I Jn.* 1, 1.

(28) Tertuliano, *Apologeticum*.

(29) *Jn.* 15, 13.

(30) Mártires romanas de los primeros siglos.

Tertuliano (31) y Lactancio (32), apologistas, resumirán esta actitud en la frase magnífica, que yo llamo la fórmula del testimonio: "Non multa loquimur, seb vivimus" (33).

Cuando S. Anscario quiere convertir a los daneses, sólo encuentra un medio: el testimonio y se hace tomar esclavo y permanece en esclavitud por 10 años. Después será el primer Obispo de Upsala.

Yo no puedo continuar en esta historia que me haría interminable. Sólo quisiera en la edad actual daros dos ejemplos. Charles de Foucauld (34) y Teresita de Jesús (35). El uno en su ermita del desierto africano, la otra en su claustro de Lisieux. ¿Quién puede negar su tremenda influencia?

Pero, señores, al lado de la historia del testimonio que nos habla de su fuerza, hay que colocar, así como la sombra para que resalte la luz, la fuerza, también, por desgracia de los antitestimonios, o como Mons. Franceschi (36) llama en magnífico artículo de julio pasado "los testimonios invertidos".

El mundo se paganiza, decimos, pero ¿es quizás por falta de documentos?

Quizás nunca ha habido en otra época de la Iglesia tantas y tan numerosas Encíclicas como en nuestro tiempo. No es que no interesen. Hasta se discute para tratar de probar quién las ama más.

No es por falta de documentos que el mundo se paganiza, es por falta de testimonio, o por estos testimonios invertidos. Cito de Mons. Franceschi:

"No lo otorgan por de pronto los cristianos superficiales, mezquinos, ni los que dan muestras de estar dominados por intereses particulares. ¿Cómo puede pretenderse que conciban lo que es verdaderamente la fe aquellos obreros que son explotados por patronos que se dicen creyentes? ¿Cómo clientes que se sienten esquilados por comerciantes que ponen a sus negocios nombres de santos? ¿Cómo personal doméstico que observa en sus amos una mundanidad desafortada? ¿Cómo alumnos que notan en sus maestros, quizás de reli-

(31) Tertuliano. Apologista, nacido en Cartago hacia el 160. Uno de los pensadores más originales de su época. Se hace montanista. En todo lugar es un luchador de nota.

(32) Lactancio. Escritor cristiano de principio del siglo IV. Nacido en Africa. Se convierte al cristianismo.

(33) Tr.: "No hablamos, pero lo vivimos".

(34) La admiración por Charles de Foucauld fue grande en Mons. Larraín: fue él quien escribió el prólogo de "*En el Corazón de las Mazas*", en su edición española, del P. René Voillaume; intervino para que vinieran a Chile los "Hermanitos" y "Hermanitas de Jesús"; colaborador de la revista "*Jesus Caritas*", órgano de la familia foucoliana francesa y mundial.

(35) Teresita de Jesús. Nacida en Alençon (Francia) en 1873, entra a temprana edad a las Carmelitas de Lissieux. Muere en 1897. Su espíritu se caracterizó por su gran sencillez.

(36) Franceschi, Mons. Gustavo. Famoso como director de la revista "Criterio" en Buenos Aires. Hombre de pensamiento profundo, de gran influencia en la intelectualidad de América Latina.

gión, la búsqueda de puestos lucrativos obtenidos a cualquier precio? Todos estos casos y otros infinitos que sería fácil mencionar, pueden ser calificados de testimonios invertidos, en cuanto lanzan la deshonra sobre el catolicismo y apartan de él a las almas. La pluma se siente llevada a trazar burlones croquis de esas personas que tras suspirar en la Iglesia hacen pedazos la fama ajena fuera de ella; de esas otras que ponen los ojos en blanco ante las imágenes de los santos, pero dejan entrever su egoísmo sutil e incontrolado en el trato con sus semejantes; de aquellos que reducen la vida religiosa a un ritualismo despojado de todo contenido doctrinario, de tantos en fin, que buscan una posición dentro de la cual por una parte aseguran —así lo creen—, la salvación de sus almas, y por otra viven con el mínimo posible de molestias. Todos estos creen que la portación de la Cruz exigida por Cristo a sus discípulos se reduce a escoger una labrada en oro por un joyero, y colgarla del cuello a modo de adorno, cuando no de amuleto” (37).

Dejo de lado este aspecto por decirlo así negativo de la cuestión, y encaro el positivo.

Tenemos que dar nuestro testimonio ante el ambiente. Es nuestra gran arma de conquista. No basta decir, creo en Cristo. Hay que decir, soy lo que El es. No basta afirmar: la doctrina de la Iglesia dice esto o aquello. “Hay que encarnar una concepción evangélica de la vida”.

Sólo actuaremos sobre los ambientes cuando llevemos a ellos un ideal vivido de Evangelio.

No son discursos, ni directivas las que faltan para santificar los ambientes, es el testimonio de nuestra vida.

Nada más elocuente podemos escuchar sobre esto que las palabras de S. S. Pío XII al Congreso Eucarístico Nacional de Francia en el año pasado:

“Hoy más que nunca, lo mismo que en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia tiene necesidad sobre todo de testigos; más aún que de apologistas, de testigos que con su vida, hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos del mundo paganizado que los rodea. A estos hombres innumerables, en el corazón de los cuales se busca, aunque en vano gracias a Dios, ahogar toda aspiración religiosa, vosotros les habéis de revelar el divino atractivo de la dulzura y de la caridad del Salvador”.

V. Elementos de nuestra actuación

Falta un último punto que me parece es de importancia para concretar los anteriores: ¿cuáles serán los elementos con los cuales la Acción Católica actuará en los ambientes? O en otras palabras, ¿cuáles serán las armas apostólicas de la Acción Católica?

(37) Franceschi, Mons. Gustavo. *Criterio*, julio 1948.

Enviados por la Iglesia para participar en su apostolado jerárquico y continuar su obra, los elementos de actuación en el ambiente, deben ser evidentemente "los mismos" que la Iglesia emplea en su apostolado.

Ahora bien, existen en el apostolado de la Iglesia dos clases de elementos: los que son propios de Ella, elementos indispensables y que deben tener lugar primordial, y los que la Iglesia toma del mundo, o sea los técnicos. Ambos deben emplearse, pero ¿en qué proporción?

Creo necesario esclarecer este punto, porque, no sin temor, veo diseñarse en el ambiente del apostolado una cierta hipertrofia de la técnica, un naturalismo latente que tiende a exaltar en demasía los medios que podríamos llamar humanos y a desdeñar los tradicionales y divinos. Yo designaría esta tendencia, como la de la letra sobre el espíritu, de la técnica material sobre el método divino, de la agitación humana sobre la Gracia de Cristo.

Para afirmar esto recordemos algunos principios fundamentales. Según santo Tomás, "el Obispo se encuentra establecido en un estado de perfección".

La perfección del estado episcopal, según el mismo santo Doctor, "consiste en que un hombre se obliga por amor a Dios a consagrarse por amor al prójimo" (38).

La perfección episcopal es la caridad obligada a ser estado de vida.

"La Acción Católica coloca al seglar que forma parte de él en un rango superior al mediano, en un estado de perfección que es una participación a la perfección episcopal" (39).

De aquí se sigue que las armas fundamentales del apostolado de la Acción Católica, cuya característica es el profundizar el espíritu cristiano, han de ser el empleo predominante de los elementos que son propios y específicos de la Iglesia y sin los cuales ninguna obra de cristianización sería podrá emprenderse.

La conquista de los ambientes no va a hacerse tanto por el empleo de técnicas humanas, que son de despreciar, cuanto por el de los medios auténticos de la Iglesia.

Yo los reduzco a tres: "Contemplación, Biblia y Liturgia". Diré breves palabras sobre cada uno de ellos.

CONTEMPLACION. La Iglesia tiene por misión continuar en la tierra el misterio de Dios.

"Muchas veces y de muchos modos, Dios nos ha hablado, dice san Pablo, en los antiguos tiempos a nuestros padres en los Profetas, y en los últimos nos ha hablado en su Hijo" (40).

(38) S. T., III, q. 185, art. 4.

(39) Pollet, P.

(40) Hb. 1, 1.

Y esa manifestación de Dios en Cristo se prolonga y perpetúa en la Iglesia.

El hombre tiene necesidad de Dios. No de un dios cualquiera, como el deísmo ha fabricado, no de los falsos dioses modernos; la sangre, la raza, la Clase, el Estado, sino del Dios de los cristianos. El que la Revelación nos descubre, el que la fe nos revela.

Y a ese Dios se llega, en alas de la fe, por la contemplación.

Yo quisiera insistir en este primado de la contemplación para santificar el ambiente, que de olvidarlo, desvirtuaría a breve plazo nuestra Acción Católica.

San Agustín nos recuerda que Cristo, médico celestial, opuso algo contrario a los males de la humanidad; a la concupiscencia, mortificación; a la codicia, generosidad; a la soberbia, humildad, etc.

A la agitación que devora nuestro siglo, no vamos a sanarle con más agitación, y al exceso de palabras, con más palabras, sino a la agitación inmoderada con la contemplación, el exceso de palabras con los silencios de la oración.

Así obraron los Apóstoles.

“Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus” (41).

La Imagen más Antigua que el arte cristiano nos ha legado para simbolizar la Iglesia, es la orante; la mujer de los brazos en alto que levanta al mundo en su plegaria.

La conversión de la Europa es obra de los misioneros. Pero no olvidemos que eran monjes, que si tronchaban las selvas, levantaban ciudades, y salvaban la cultura antigua, antes que nada eran hombres de oración.

El 18 de septiembre de 1947, fue para mí un día de recuerdo indeleble. Era la primera vez que veía y oía al actual Pontífice, como Papa (42).

Predicaba en la Basílica de san Pablo en el XVI centenario de la muerte de san Benito y al hablar de él le dio este título: “Pater Europae” (43).

La Europa cristiana fue levantada, es hija de un contemplativo.

La Edad Media concretó su espíritu en la Catedral. De la Catedral brotó el arte, la cultura y hasta el teatro cristiano.

La gran quiebra de la unidad interior cristiana está en el Renacimiento, que invierte la fórmula cristiana del primado de la contemplación sobre la acción.

“En el principio es el Verbo” dice san Juan. “En el principio es la acción” dice Goethe en su Fausto. Y la dialéctica marxista y el existencialismo de Sartre ¿qué es sino el olvido de la contemplación.

¡Cuidado, en exagerar la técnica y la organización, que en su justa medida es conveniente y necesaria, pero que en exceso mata y asfixia!

(41) Tr.: “Nosotros nos dedicaremos constantemente al ministerio de la palabra y a la oración”. *Hch.* 6, 4.

(42) Se refiere a Pío XII.

(43) Tr.: “Padre de Europa”.

Termino este punto con las bellas palabras del Card. Suhard (44) en su maravillosa Pastoral *El Sentido de Dios*, dice así:

“Lo que en realidad se opone a la contemplación, es el ‘activismo’, o sea, los procedimientos y los medios aplicados desde el exterior y, por ser artificiales, destinados al fracaso. En cambio, no hay que concebir como opuesta, de suyo, a la contemplación, la acción. Pues, cuando ésta es legítima, no es sino la manifestación del desborde hacia fuera de una sobreabundante vida de fe y de amor, y es una transparencia atravesada por la luz de Dios, ya que “resplandeciendo el Espíritu Santo en los que están purificados de toda mancha, los hace espirituales por su contacto con El mismo. Y así como los cuerpos diáfanos, cuando llega hasta ellos un rayo de luz, se tornan ellos mismos resplandecientes y proyectan la luz, así las almas iluminadas por el Espíritu Santo envían la luz a otros y se tornan ellas mismas espirituales” (45).

BIBLIA. Junto a la contemplación; la Biblia.

En la santificación de los ambientes juega papel importantísimo, la Biblia.

Oigamos lo que al respecto nos dice el mismo Cardenal de París:

“Prácticamente el esfuerzo de contemplación que pedimos a nuestros cristianos, es antes que nada una vuelta a las fuentes. En lugar de detenerse en tantas obras secundarias, en tantos comentarios sin vigor, cuya multiplicación obstaculiza las lecturas de fondo, que nuestros militantes vayan a los textos, que se acerquen a la Biblia, por reacción contra la tesis protestante que fundaba sobre ella el libre examen, los católicos se han apartado largo tiempo de la riqueza infinita de la palabra de Dios. Hoy, este peligro se ha conjurado y con alegría vemos manifestarse una corriente, siempre más fuerte, en favor de los libros inspirados. Formados en un mundo científico, técnico y materialista, los intelectuales de hoy ya no encuentran a Dios en los antiguos cuadros. Es la vuelta a la economía bíblica la que los acercará a este Dios que obra en la historia. Nosotros alentamos esta renovación, con las precauciones que se imponen para quedar en la verdad de la fe cuya depositaria es la Santa Iglesia. Pues este movimiento espontáneo nos parece providencial, ya que en ninguna parte tanto como en los Profetas, en el Evangelio, en san Pablo y en el Apocalipsis hallamos un mejor testimonio de la grandeza y de la Santidad de Dios (46).

Palabras que no son sino eco de las del Pontífice actual en su Encíclica *Divino Afflante*. Y a este Cristo, autor de la salud, tanto más plenamente le conocerán los hombres, tanto más intensamente le amarán, tanto más fielmente le imitarán, cuanto con más afición se sientan movidos al conocimiento y meditación de las Sagradas Letras, especialmente del Nuevo Testamento. Porque como dijo el Estridonés “el ignorar las

(44) Suhard, Card., Arzobispo de París.

(45) Suhard, Card., *Le sens de Dieu*.

(46) *Ibid.*

Escrituras es: ignorar a Cristo", y "si algo hay que en esta vida interese al hombre sabio, y le persuada a permanecer con igualdad de ánimo entre los aprietos y torbellinos del mundo, creo más que nada es la meditación y ciencia de las Escrituras". Porque de aquí sacarán los que se ven fatigados y oprimidos con adversidades verdadero consuelo y divina virtud para padecer, para aguantar; aquí en los Santos Evangelios, se presenta a Cristo todo, sumo y perfecto ejemplar de justicia, caridad y misericordia; y al género humano desgarrado y trepidante le están abiertas las fuentes de aquella divina gracia, postergada la cual y dejada a un lado, no podrán los pueblos ni los directores de los pueblos iniciar ni establecer ninguna tranquilidad de situación ni concordia de los ánimos; allí finalmente aprenderán todos a Cristo, "que es cabeza de todo principado y potestad" y "que fue hecho para nosotros, por Dios, Sabiduría y Justicia y Santificación y Redención" (47).

El tercer elemento para santificar el ambiente: es la LITURGIA.

S. S. Pío X, la llama: "La fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano". Por ella no sólo tributamos a Dios nuestra adoración sino damos a la Creación su sabor divino (48).

(47) Pío XII, *Divino Afflante*.

(48) La última parte del ejemplar que disponemos de este Diario está deteriorada; es sólo un pequeño trozo.

30º ANIVERSARIO DE LA ASOCIACION DE LA JUVENTUD CATOLICA FEMENINA, (AJCF.) (1)

Una cifra aparentemente fría.

Y sin embargo cuánto encierra. Treinta años desde que un alma de Apóstol, el Excmo. Mons. Rafael Edwards (2) y un corazón juvenil empapado en los más puros ideales, Teresita Ossandón (3), lanzan la gran cruzada de la Asociación de la Juventud Católica Femenina.

(1) *D.M.*, 29 de junio, 1951, pág. 3.

(2) Edwards Salas, Rafael. 1878-1938. Doctor en Filosofía. Desempeñó honrosas comisiones en el país y en el extranjero. Fue asesor nacional de la A.C. y después el primer Vicario Castrense de Chile. Consagrado Obispo en 1975. Tiene numerosas publicaciones.

(3) Ossandón, Teresita. Dirigente nacional de la A. C. Femenina. Gran colaboradora de Mons. Edwards en la conducción de la AJCF.

Treinta años en que a través del país en centenares de centros, callada, silenciosamente, un escuadrón de jóvenes avanzan en medio del mundo llevando como lema tres palabras que son una consigna: "oración, pureza, sacrificio".

Y ¡cómo han sabido cumplir ese lema! ¿Quién dirá de los héroismos callados, de las abnegaciones silenciosas, de la simiente esparcida con heroísmo?

Una juventud que sabe sobreponerse a la frivolidad de la vida, que sabe que la existencia se dignifica cuando un ideal grande la espera, que encuentra la felicidad en darse sin medida.

Para celebrar estos 30 años se concentrarán desde hoy las delegadas de la Juventud Católica Femenina en 4 Diócesis.

Ellas nos dirán en esta concentración que la Juventud Católica Femenina está siempre donde sus fundadores la pusieron. Ella hará sentir a todos los católicos el llamado apremiante del apostolado. Ella afirmará ante la juventud frívola y vacía la frase de Claudel "la juventud no ha sido hecha para el placer, sino para el heroísmo".

Para nuestra Asociación de la Juventud Católica Femenina vayan las mejores bendiciones de la Iglesia y las mejores esperanzas de la Patria.

1er. CONGRESO MUNDIAL DE APOSTOLADO SEGLAR: PANORAMA (1)

No es tarea fácil, sintetizar los múltiples y variados aspectos que ofreció el Primer Congreso Mundial del Apostolado de los Laicos, recientemente celebrado en Roma (2), y al cual me cupo la honra de asistir.

Procuraré en la forma más objetiva posible, dar, en primer lugar, una vista de conjunto de estas jornadas que serán históricas en el desarrollo del Apostolado seglar y trataré, en seguida, de sacar algunas conclusiones de las experiencias y directivas ahí recibidas.

I. Oportunidad

Antes de entrar directamente en materia conviene destacar la oportunidad del Congreso. Fue precisamente la pregunta que se hizo en el

(1) *Ecclesia* N° 2, pág. 49, 1951, Santiago.

(2) 14 de octubre, 1951.



Veraneando en Pichilemu, con sus padres y sus hermanos: Regina, Gabriela y José Luis

discurso inaugural el Excmo. Cardenal Pizzardo (3). ¿Era oportuno el convocarlo?

Y como respuesta el mismo Cardenal nos daba las memorables palabras de Su Santidad Pío XII en su discurso del Consistorio de 1946, que hablan claramente de esa oportunidad.

“Los fieles, decía entonces el Papa, y más especialmente los laicos, están en los puestos de avanzada de la Iglesia. Para ellos, Ella es el principio vital de la sociedad humana. Por consecuencia, los laicos deben tener una conciencia más clara de que, no solamente ellos pertenecen a la Iglesia, sino son la Iglesia, es decir la comunidad de fieles sobre la tierra, bajo la dirección del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con El. Ellos son la Iglesia, y es por esto que desde los orígenes de su historia, los fieles, con la aprobación de sus Obispos, se unen en asociaciones particulares, se adaptan a las diversas manifestaciones de la vida humana y la Santa Sede en el curso de los siglos no ha cesado jamás de aprobarlos”.

Y esa Iglesia, por circunstancias históricas, debe en estos tiempos encontrar en la libre actividad de los fieles la eficaz compensación, que un día reciban de la sociedad y del Estado Cristiano.

La oportunidad del Congreso puede sintetizarse en la frase de S. Santidad: “hay que poner la Acción de los Católicos a la medida de las nuevas esperanzas de la humanidad”.

Hay, además, una circunstancia que podemos llamar de orden histórico, que hizo ver la urgencia de convocar el Congreso y que Vittorino Veronese (4) recordaba en el discurso de apertura: el Año Santo de 1950 fue un encuentro de los pueblos con la Iglesia y en ese encuentro el Papa asumió el papel de protagonista. Fue en esa unidad de pueblos ante el Sepulcro de Pedro, jamás vista en forma tan amplia en la historia de la humanidad, donde maduró la idea de este primer Congreso Mundial del Laicado.

El éxito que el Congreso ha alcanzado es la mejor pauta de su oportunidad.

Una segunda pregunta previa conviene formular: ¿ha dado el Congreso el resultado que de él se esperaba?

Para dar la debida respuesta y en ella calmar de una parte las ansiedades de los que creen que una nueva acción católica iba a salir en estas jornadas, o levantar el ánimo de los pesimistas que siempre quieren buscar un fruto inmediato y concreto y al no hallarlo exclaman “tiempo perdido”, conviene recordar qué es lo que el Congreso pretendía. Si las finalidades establecidas al convocarlo fueron alcanzadas, no cabe duda que se ha logrado lo que sus organizadores buscaron.

(3) Pizzardo, Card., nacido en 1877. Cardenal desde 1937 bajo Pío XI. Secretario de la Sagrada Congregación del Sto. Oficio. Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades. Gran Canciller de la Universidad Gregoriana. Protector de algunas congregaciones de religiosas.

(4) Veronese, Vittorino. Presidente de la A.C. italiana y “alma de este Congreso”, según expresión posterior de Mons. Larraín.

Vittorino Veronese, el inteligente y activo Presidente Nacional de la A. C. Italiana y alma del Congreso, en sus palabras iniciales que resumo, sintetizó en forma muy clara esas finalidades.

Ante todo, no se ha pretendido jamás dar vida a una organización mundial de A. C. No se ha deseado que del Congreso salgan nuevos organismos o federaciones fuera de lo ya existente.

Lo que en este Congreso se buscaba y se logró, fue según las precisas palabras de Veronese:

1. Un recíproco conocimiento más profundo y vasto de las diferentes experiencias del apostolado en los diversos países, para que cada uno comprenda que, así como las naciones son solidarias en el plan de la Providencia, del mismo modo las formas de nuestro apostolado se completan mutuamente y están sometidas al mismo apostolado jerárquico, sirviendo unas de ejemplo a las otras, pero nunca excluyéndose mutuamente". No se trata por tanto de UNIDAD de ORGANIZACION, sino de UNIDAD PROFUNDA DE ACCION.

2. "El deseo y la voluntad de estudiar la doctrina, fundamental premisa de nuestra acción de apostolado".

3. El hacer que el Congreso, no sea una meta de llegada, sino un punto de partida. De aquí deben nacer Congresos Nacionales de Apostolado seglar y nuevos y más hondos encuentros internacionales.

4. El lograr la clara percepción de nuestro deber de presencia en la vida internacional y nuestra acción individual y social en esa comunidad internacional que fatigosa, pero rápidamente, se está formando.

II. *El Congreso alcanza sus finalidades*

Veamos, pues ahora, cómo esas finalidades se alcanzaron en forma magnífica y plena.

1. En primer lugar el Congreso hizo contemplar el panorama del mundo de hoy y el apostolado seglar y sentir cómo los problemas tanto de orden material como espiritual se plantean y resuelven en un plano universal. Fue esta la idea que iluminó la primera y magistral conferencia de Mons. Cardijn (5) y la que dio una de las notas salientes del Congreso. El primer Congreso del Apostolado de los Laicos toma conciencia clara de un hecho capital de la historia: el nacimiento DE UN MUNDO NUEVO. Ese mundo nuevo se levanta sobre las ruinas de cinco siglos de revolución del hombre contra Dios. El progreso técnico está realizando la unificación del mundo y de la humanidad y haciendo a los hombres y a los pueblos solidarios y dependientes entre sí, en forma jamás vista antes en la historia.

(5) Cardijn, Mons. José, Fundador y largos años asesor mundial de la J.O.C.

Esta unificación da a los problemas espirituales un carácter de gravedad inusitada. S. Santidad acaba de plantearlo en frase lapidaria en la reciente Encíclica: "*Evangelii Praecones*" (6) de 2 de Junio del presente año.

"Casi toda la humanidad actual ha sido arrastrada a campos opuestos: por Cristo o contra El. La humanidad corre los más graves peligros; de ahí resultará o la salvación en Cristo o ruinas espantosas".

El congreso sintió que la palabra cálida de Mons. Cardijn interpretaba algo que las 74 naciones ahí representadas sentían y vivían. Y guiados por el mismo orador se acentuó la convicción que cada delegación traía como una de sus más ricas experiencias, a saber; que este momento histórico responde al plan de amor del Creador, que esa unificación técnica permite hoy día llevar el mensaje redentor y asegurar su realización a todos los pueblos de la tierra, que esta es la hora de la extensión y de la intensificación de la misión de Cristo y de la Iglesia en la medida de su unificación, y sobre todo QUE ESTA ES LA HORA DEL APOSTOLADO SEGLAR. Este cambio revolucionario de la historia se verifica en el campo seglar, es decir en la vida, el medio, las instituciones del laicado y es en consecuencia a los seglares a quienes pertenece el desarrollar las grandes posibilidades que estas transformaciones llevan consigo. De ahí otra idea también expuesta por Mons. Cardijn, cuya conferencia voy resumiendo, y en las cuales el orador supo ser intérprete de un pensamiento común en la asamblea: las grandes responsabilidades del seglar católico en su vida personal, nacional e internacional. Mons. Cardijn las concreta en esta fórmula: responsabilidades apostólicas y misioneras que obligan a una acción de los cristianos que inspire esta evolución de lo temporal.

Esa evolución, continúa Cardijn, exige 4 cosas:

a) Que los cristianos vivan intensamente su cristianismo, que vivan el Evangelio en toda su vida personal y con todas sus experiencias seglares.

b) Cristianos conscientes de una misión explícita: el llamado a trabajar en la extensión del Reino de Dios.

c) Cristianos que penetren todos los sectores, todos los aspectos, todas las instituciones del mundo moderno, como testigos de Cristo y portadores de la doctrina de la Iglesia.

d) Cristianos que comprenden toda la importancia que hay en formar COMUNIDADES DE APOSTOLADO, es decir, un apostolado organizado, por un lazo interno, del cual la forma jurídica es su expresión externa.

La palabra de Cardijn no ha sido tan sólo la frase elocuente y profunda de un apóstol, ha sido la expresión clara y en voz alta de lo que todo el Congreso sentía.

Me hago un deber aquí de señalar cómo esta idea de la comuni-

(6) Tr.: "Anunciadores del Evangelio".

dad de apostolado indicada por Mons. Cardijn encontró en sesiones posteriores un magnífico, elocuente y vibrante comentario del Presidente de nuestra delegación chilena, William Thayer, cuyas palabras produjeron honda emoción en toda la asamblea y fueron objeto posteriormente de elogiosos comentarios en el sentido de haber tocado uno de los puntos fundamentales de nuestro apostolado; la comunidad de caridad que hace vivir en su sentido hondo el dogma del Cuerpo Místico de Cristo y que da al apostolado aquella organización interior, aquella llama viva sin la cual la nueva organización externa no puede dar verdadero resultado. El "cor unum et anima una" (7) de la edad apostólica, por tantos aspectos semejantes a la nuestra.

El primer objetivo del Congreso fue alcanzado: la conciencia individual que cada delegación traía se hizo colectiva; la misión del seglar ante el mundo nuevo se hizo clara, la medida universal de los problemas se impuso ante la mente de los asistentes, el ansia de vivir en toda su riqueza el dogma del Cuerpo Místico se sintió más viva; la idea de la comunidad apostólica fue un lazo invisible que estrechó esta concentración ecuménica de 74 pueblos, vale a decir del mundo entero.

2. El estudio y la voluntad de estudiar la doctrina fundamental, premisa de nuestra acción de apostolado. El Congreso no era una academia ni pretendía ser un curso técnico de doctas conferencias, pero debía señalar las bases doctrinales de un movimiento de tanta amplitud y trascendencia cual es el apostolado de los seglares. A medida del progreso de la A. C. han ido apareciendo en los últimos años, interesantes estudios doctrinales sobre esta materia; citemos a modo de ejemplo, los del Padre Tromp, Canónigo Glorieux, Padre Ives de Congar y el recientísimo y por muchos títulos espléndido del Padre Spiazzi O. P. Las profundas lecciones del Emmo. Card. Caggiano (8) y del Excelentísimo Arzobispo de Bombay Mons. Gracias, colocaron el apostolado seglar en su verdadero lugar en la Iglesia, supieron de una parte señalar la trascendencia no igualada de una misión, que sin ser nueva, hoy aparece con caracteres de singular importancia y de otra parte, mostrar los peligros de exageraciones o impresiones que desvirtúan el carácter eminentemente jerárquico sobre el cual N. Señor constituyó su Iglesia.

A propósito de base doctrinal, séame permitido, una impresión personal. El Congreso o mejor dicho, los múltiples contactos que el Congreso produjo me hicieron palpar, algo que fuera del mismo Congreso pude también sentir en España, Italia y Francia, países que visité, a saber, la toma de posición por el laicado católico en hondura extraordinaria de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo.

Lo que hace algunos años constituía una doctrina estudiada y comentada por unos pocos en el campo teológico, pero de la cual los seglares tenían en general una vaga e imprecisa idea, hoy constituye la base y el alma de todos los movimientos apostólicos del laicado.

(7) Tr.: "Un solo corazón y una sola alma".

(8) Caggiano, Card., Obispo de Rosario y luego Arzobispo de Buenos Aires.

Dice Peguy que "cuando una idea se encarna, el resultado es una revolución".

Tal podemos afirmar de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. Es una idea que día a día se encarna en forma más viva y profunda en el laicado católico. La obra restauradora de S. S. Pío XII, conduciendo a los fieles a orar con la Iglesia, las grandes concepciones apostólicas de S. S. Pío XI, realizaciones de la doctrina del Cuerpo Místico, la aérea Encíclica de S. S. Pío XII "*Mystici Corporis*" cuyas proyecciones comenzamos a vislumbrar, están produciendo esta "primavera espiritual" que vigoriza la acción de la Iglesia y promete para el futuro los más ricos frutos de crecimiento del Reino de Cristo.

El laicado católico sentía a través de estas lecciones, que no asistía a una fría exposición de doctrina, sino que ahí se le expresaba el fundamento de la rica espiritualidad que está ya viviendo, ese "sensus Ecclesiae" (9) que constituye la savia inagotable de nuevas y más fecundas energías apostólicas.

Es mi modesta constatación de este viaje, dentro y fuera del Congreso. Los diversos y ricos movimientos apostólicos que hoy germian en la Iglesia, sean los que inspiran la floración extraordinaria de institutos seculares a la luz de la *Provida Mater Ecclesia*, sea los siempre crecientes de la A. C. sean las múltiples formas del apostolado laico, se unen en el fondo en una espiritualidad común: la que brota del dogma del Cuerpo Místico de Cristo vivido en plenitud.

El católico siente hoy con vigor extraordinario la idea de la Redención. Cristo ha salvado todo en la Redención, pero la redención no está concluída. El Cuerpo Místico crece a través de la historia de la humanidad, que debe realizar su unidad en Cristo y por Cristo. El sentido cristiano de la historia da al Católico la conciencia de su misión social, de su solidaridad con todos los hombres, de su colaboración gloriosa en la obra redentora.

Y esta misma idea haciéndose como dije, cada vez más viva, da una nueva experiencia que confirma lo que siempre ha sostenido: el Cristianismo no puede esperar de acciones que se basan únicamente en el apoyo de los hombres, en la fuerza del dinero, o del poder. El laicado católico en su madurez siempre creciente va cada día distinguiendo en forma más clara lo que hace años ya expresaba un gran pensador católico; la distinción entre lo decorativamente cristiano y lo auténticamente cristiano, para esperar sólo de esto último la salvación. La escena de David y Goliat se repite (10).

3. El Congreso fue, como ya lo he dicho un inmenso "Carrefour", una encrucijada donde los seculares venidos de todas las latitudes se encontraron y enfrentaron a sus múltiples experiencias, en un vivir en forma efectiva la catolicidad, y en un sentido unánime de la trascendente misión con caracteres de urgencia suma se precisan.

(9) Tr.: "Sentido de Iglesia".

(10) *I R.* 17, 45.

Pero el Congreso fue algo más, y de ello estoy convencido: es el comienzo de contactos cada vez más frecuentes e intensos entre los movimientos apostólicos y entre los seculares que trabajen en determinados campos.

No es turismo el que se hace cuando se va a esta reunión de pueblos a la mesa del Padre común, es catolicismo y del auténtico.

Y cuando bajo la cúpula de Miguel Angel (11), junto a la sede a la cual ya en el siglo segundo decía Ireneo (12) que "propter potiorum principalitatem" (13), "todas las Iglesias deben convenir" sentía vibrar la frase de Cipriano (14) grabada ahí en letras de oro "hinc-unitas-sacerdotalis exoritur" (15), y veía a los laicos reunidos universalmente por vez primera en la historia de la Iglesia para colaborar activamente a ese sacerdocio jerárquico, sentía que como respuesta a la frase de Cipriano brotaba el lema que inspiró este Congreso y que se constituyese el rico programa de una siempre creciente labor en el porvenir.

"Adsis Christe, eorumque aspira laboribus qui pro tuo nomine certant!" (16).

4. Una cuarta finalidad del Congreso también alcanzada, fue el recíproco conocimiento de las diferentes formas y experiencias apostólicas y la afirmación de algo, que el discurso de clausura de S.S. subrayó: "hay un solo apostolado jerárquico, pero hay formas diversas de apostolado". Entre estas formas no caben ni rivalidades, ni mucho menos antagonismos, sino coordinación cada vez más estrecha a fin que unas y otras se complementen en un ideal común: servir a la Iglesia, vivir en ella nuestra vocación apostólica, extender la obra redentora y hacer que la historia de esta edad nueva que se abre, sea un avanzar en el tiempo del Reino de Dios.

Ya en mayo del pte. año S.S. hablando a la A.C. Italiana, hacía ver esa necesidad de coordinación entre los diferentes movimientos apostólicos, en confirmación de otras anteriores, tales por ejemplo aquéllas de la *Bis Saeculari* (17) en que dice S.S.:

-
- (11) Expresión para designar la Sede Romana o Sepulcro de S. Pedro.
 - (12) Ireneo, San, Obispo de Lyon, uno de los primeros polemistas de la Iglesia. Nacido probablemente en Asia Menor a mediados del siglo II. Combate el gnosticismo.
 - (13) Tr.: "Por su más alto principado".
 - (14) Tr.: Cipriano, San. Obispo de Cartago. Nace en Africa a comienzos del siglo III. Más que un hombre teórico fue de una actividad infatigable. Gran parte de su ciencia teológica la debe a Tertuliano.
 - (15) Tr.: "de aquí brota la unidad del Sacerdocio".
 - (16) Tr.: "Está presente, oh Cristo, e inspira los trabajos de los que combaten por tu nombre".
 - (17) Documento por el cual el Papa reconoce el carácter de A.C. a las congregaciones marianas. Erigidas dos siglos antes por Benedicto XIV y asesorados principalmente por la Compañía de Jesús.

“Favorescan la unidad en la práctica de las obras apostólicas, uniéndolas fraternalmente bajo la dirección de los Obispos, para dirigir todos los esfuerzos hacia un mismo fin” (18).

Libertad pero en la unidad, diversidad, pero en la coordinación de actividades, y sobre todo algo que en las palabras del discurso de clausura de S.S. cobran especial entonación, la dependencia jerárquica del apostolado laical.

No puedo menos que citar textualmente las palabras de S.S., traduciéndolas del texto francés en que fueron pronunciadas.

“Cae de su peso, que el apostolado de los laicos está subordinado a la jerarquía eclesiástica; ésta es de institución divina y no puede ser independiente ante ella. Pensar de otro modo sería minar por sus bases el muro sobre el cual, el mismo Cristo construyó su Iglesia; “sería erróneo, añade S.S., el poner el apostolado de los seglares en una línea paralela al apostolado jerárquico, de modo que el Obispo no pudiese someter al cura el apostolado parroquial de los laicos. Lo puede, continúa el Papa, y puede poner como regla el que las obras de apostolado de los laicos, destinadas a las parroquias mismas estén bajo la autoridad del Cura. “El Obispo, dice S.S., lo ha constituido pastor de toda la parroquia, y es como tal, responsable de la salvación de todas sus ovejas”.

“Que puede haber, por otra parte, obras de apostolado de laicos extraparroquiales y aún extradiocesanas —nos diríamos mejor supraparroquiales y supradiocesanos— según que el bien común de la Iglesia lo pide es igualmente verdadero y no es necesario refutarlo”.

Largo sería el tratar de este tema, que cada día aparece con mayor ingerencia en el campo del apostolado y para cuya solución este Congreso marca un paso de singular importancia ya que en él se vio realizado aquello que pocos meses antes escribía S.E. Mons. Urbani, Asesor General de la A.C. Italiana:

“Es necesario que haya entre las obras de apostolado mutua benevolencia, amplia comprensión y sincera cooperación”. El Congreso sintetizó estas ideas en su 5ª conclusión. Es en la unidad de la fe, de la caridad y de la esperanza donde esta coordinación debe encontrar y encontrará su realización plena.

Unidad de la fe, sabiendo que no se trabaja en banderías pequeñas, por círculos estrechos, por lo que se llama “espíritu de companario” sino como el Apóstol nos enseña: “en la edificación del Cuerpo de Cristo”. Una visión de Iglesia animando todas nuestras actividades borrará los particularismos que nuestra mirada estrecha a veces forma.

Unidad de Caridad en la búsqueda incesante del Amor de Dios y en la amplitud de nuestra fraternidad cristiana, pensando con Agustín que “si los vasos de carne se angustian, hay en cambio que dilatar los espacios de la caridad”.

Unidad de esperanza, ya que el apostolado no es sino el llevar el

(18) *Acta Apostolicae Sedis*, 27 de noviembre, 1948, págs. 393-402.

Cuerpo Místico de Cristo a “aquella plenitud del varón perfecto” en el cual toda la creación será consumada en la unidad de la Trinidad.

Así despojado de particularismos mezquinos, de amarras terrenas que limitan su misión, del peso de compromisos humanos que entraban su vuelo, la acción apostólica del laicado, puede presentarse ante este mundo, en formación, libre y responsable, con toda la pureza de su mensaje, y toda la seguridad de su posición integralmente cristiana.

Y una vez más la promesa evangélica tendrá pleno cumplimiento: “Buscad el reino de Dios y su justicia y el resto será dado por añadidura”.

Las conclusiones

No podría dar la reseña sumaria que pretendo presentar si no señalar las conclusiones 6, 7, 8, 9 y 10 del Congreso, por la especial importancia que a ellas se les dio.

3ª SEMANA INTERAMERICANA DE ACCION CATOLICA, CLAUSURA. JUVENTUD PEREMNE DE LA IGLESIA (1) (25-X-1953)

“El mundo envejece; la Iglesia siempre es joven”.

La frase de Newman (2) en su discurso sobre la “segunda primavera de la Iglesia”, que nos sirvieran de palabras preliminares en esta semana, nos sirven hoy también en este epílogo.

Ella nos entrega una realidad y una posición.

Ante un mundo que muere, la Iglesia sabe desolidarizarse de todo lo que puede detener su misión providencial, y “dejando a los muertos que entierren a sus muertos” (3), no se abraza a otro cadáver que al de Cristo.

-
- (1) Discurso del Asesor Gral. de la A.C. Chilena en la sesión de clausura de la III Semana Interamericana de A.C., celebrada en Chimbote, cerca de Lima, y publicado en *“Ecclesia”*, Santiago III (1954), N° 12, pág. 1-5.
 - (2) Newman, John Henry. Nació en Londres en 1801. Llegó a ser Diácono de la Iglesia Anglicana en 1824. Se convirtió al catolicismo en 1845, se ordenó de sacerdote en la Iglesia Católica en 1847. Fue nombrado Rector de la Universidad de Dublín en 1851. León XIII lo hizo Cardenal en 1879. Murió en 1890.
 - (3) *Mt.* 8, 22.

Ante un mundo que nace, Ella sabe, en actitud de bautismo, distinguir lo que hay de erróneo o verdadero en los movimientos contemporáneos y asumiendo todo lo que en ellos hay de justo y positivo, de respuesta a las inquietudes del siglo, repitiendo la palabra de Pablo en el Areópago; "lo que adoráis sin conocer, yo os lo vengo a anunciar" (4).

Juventud perenne, que nos coloca serenos ante la más grande de las crisis históricas, para decirnos con los labios firmes de Pío XI "que hay que estar orgullosos de ser, no sólo los testigos, sino los actores de esta tragedia que va a cambiar al mundo".

Juventud siempre renovada, al través del declinar del mundo, y que hoy sentimos palpar vibrante en esta Metrópoli de América, repitiéndonos la palabra admirable de Bossuet: "La Iglesia cristiana es siempre nueva porque el Espíritu que la anima es siempre nuevo".

Sobre esta tierra limeña que escuchó otrora la voz apostólica de Toribio (5), las elevaciones inflamadas de Rosa (6), la plegaria sencilla de Martín de Porres (7) y Juan Masías (8), de donde la sabiduría de sus Concilios estructuraron la Iglesia de la América meridional, vuelve hoy, en esa misma vibración de juventud, a resonar el acento apostólico del laicado del siglo XX cargado con las inquietudes del presente y la angustiosa responsabilidad del mundo del mañana.

Esta Semana Interamericana de Acción Católica que hoy termina, ha sido un aletear misterioso del Espíritu para decir a todo un continente que es la hora apostólica del laicado y repetir en esa juventud de la Iglesia la palabra de Newman que "si hemos de escapar de los males actuales, sólo lo conseguiremos avanzando".

Y en esta decisión de avanzar nos hemos congregado.

No hemos venido como el pueblo de la cautividad a llorar sobre los ríos de Babilonia y a colgar de los sauces nuestras liras (9), sino a "cantar al Señor un cántico nuevo" (10), el del sembrador "que ara en la esperanza" (11), que siembra en el dolor y que avizora en lontananza el fruto cierto.

Si seguimos con atención las luminosas directivas que los últimos Pontífices nos entregan, vemos destacarse en ellas una nota dominante: la conciencia de que hay que crear un nuevo orden.

(4) *Hch.* 17, 23.

(5) Toribio, Sto. Nacido en España en 1583, estudió Derecho en Salamanca. Fue Obispo de Lima desde 1580. Promovió varios Sínodos. Murió en 1606.

(6) Rosa de Lima, Sta. Nació en Lima en 1586. Se hizo Tercera Dominica, destacándose por su penitencia y contemplación. Murió el 24 de agosto de 1617.

(7) de Porres, Martín. Nació en 1579, hijo de padre español y de madre negra. Entró a la Orden Dominicana, como hermano y puso sus conocimientos de medicina al servicio de los desposeídos con gran caridad. Murió en 1639.

(8) Masías, Juan. Nació cerca de Bardajoz (España) el 2 de marzo de 1585. En 1619 se vino a Lima y en 1623 se hizo religioso de la Orden Dominica. Fue portero hasta su muerte, en 1645. El 28 de septiembre de 1975 fue canonizado por Paulo VI.

(9) *Sl.* 137, 1.

(10) *Sl.* 98, 1.

(11) *1 Co.* 9, 10.

“Un mundo debe salir, decía S.S. Pío XI al Cardenal Verdier (12), de la caldera en que hierven en la hora actual tantas energías contrarias. Será el honor de esta generación, añadía el mismo Papa, si comprende su misión de haber ayudado piadosamente al mundo a mejorar su suerte”.

Tal como un organismo humano, el mundo llega a su adolescencia. Y tal como la adolescencia humana, ésta es tempestuosa, apasionada e inquieta.

No debe el cristiano temer a esta crisis. No la teme la Iglesia, aunque la sigue con maternal solicitud. No teme la madre el crecer del hijo, cuando con angustia y esperanza, ora, vigila y amaestra en el peligroso trance entre la niñez y la edad viril.

La crisis de crecimiento del mundo, nos pone ante un problema: en un mundo más adulto, se precisa un cristianismo más adulto.

A ello ya ha velado el Espíritu Santo que guía a la Iglesia, suscitando en su seno movimientos como el de la Acción Católica, que acusa una plena adolescencia.

Sin cambiar nada en sus estructuras fundamentales, la promoción del laicado y su inserción en el apostolado jerárquico pone en una luz más viva algo que existe desde el comienzo del cristianismo. Los fieles adquieren una conciencia más aguda y profunda de esa misión en el Cuerpo Místico de Cristo. Y de esa conciencia es expresión clara la Acción Católica.

Ella viene a establecer en plena luz algo que está en la constitución misma de la Iglesia y de lo cual tenemos no pocos testimonios de la edad apostólica, y es que el Apostolado, uno en su origen: la divina misión de Cristo a los Doce, y uno en su fin: el advenimiento del Reino de Cristo, tiene dos órganos para ejercitarse, el eclesiástico y el laico, el segundo integrando y complementando el primero.

La Acción Católica es, en palabras de S. S. Pío XII “la colaboración directa del laicado al trabajo espiritual y pastoral de la Iglesia”.

Hoy hacen crisis los falsos dioses que los últimos siglos habían levantado: crisis del racionalismo y del laicismo, crisis del cientismo erigido como fin supremo de la vida, crisis del liberalismo económico y del capitalismo. Todos ellos han hecho del hombre moderno “un lobo aullando de desesperación hacia el infinito”, han destruído la unidad espiritual del mundo, han entregado a la humanidad a la lucha de los peores egoísmos y en el mar de sangre de dos guerras han probado su absoluto fracaso y error.

Y esa humanidad destrozada y torturada debe ser reeducada.

“Hay que transformar, según palabras de S.S. Pío XII, un mundo de selvático en humano y de humano en divino” (13).

(12) Verdier, Card. Arzobispo de París. Muerto en 1940. Gran visión pastoral en su época. Tiene varias obras de apostolado social.

(13) Discurso del Papa Pío XII, 20 de febrero, 1952.

La Acción Católica, apostolado del laicado, es una inmensa riqueza de la Iglesia de Dios, complemento necesario e indispensable del apostolado sacerdotal.

Y debemos añadir algo más: en esta encrucijada de la historia es algo decisivo para el futuro del cristianismo de la humanidad.

Nos hallamos en la época en que una edad histórica termina.

El mundo profano ha perdido su carácter sacral. La presión de los ambientes sociales se hace cada vez más deformante y pagana.

La Iglesia, como tal está ausente de los medios donde la vida profana se desenvuelve y crece.

Y sin embargo, es en esos ambientes donde se gesta el mundo del mañana.

Y aquí aparece en forma clara, la misión trascendental del laicado en esta hora. Sin tocar en nada el patrimonio apostólico de la Jerarquía y clero y en íntima unidad con ellos, el laicado oye el llamado de la Iglesia que mostrándole esos ambientes profanos, les hace sentir la responsabilidad apostólica de ellos y les confía la tarea sublime de establecer la Iglesia en los medios de vida a que concretamente y por destinación providencial están ligados.

Es el llamado a su mayor edad y al cumplimiento de la misión activa que como a miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo les corresponde.

“Los fieles, decía el Papa, y más precisamente los laicos, se encuentran en las primeras filas de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Ellos, por consecuencia, ellos, sobre todo, deben tener siempre una conciencia más neta, no solamente de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia, o sea, la comunidad de los fieles sobre la tierra, bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con El. Ellos son la Iglesia, y de ahí viene que, desde los primeros tiempos de su historia los fieles, con el consentimiento de sus Obispos, se han unido en asociaciones particulares en relación con las manifestaciones más diversas de la vida. Y la Santa Sede no ha cesado de aprobarlos y alabarlos” (14).

La gran tarea de la Acción Católica queda así precisada.

Hay que suscitar, formar y organizar cristianos reales, dentro de los ambientes reales a que pertenecen, para que ahí, gracias a su presencia y acción, salgan las instituciones cristianas verdaderamente apropiadas a los mismos ambientes que, por la acción apostólica de los seglares, han sido cristianamente reorganizadas.

Hay que formar cristianos reales, es decir, en el estado de vida en que Dios los ha puesto. Aquí está lo que podríamos llamar el apostolado “de base”, es decir, al cual otros pueden añadirse, pero sin el cual, todos los demás son ineficaces. Es la convicción clara y nítida de que el cumplimiento de sus deberes de estado es el medio seguro e indis-

(14) Discurso del Papa Pío XII, 20 de febrero, 1943.

pensable de santificación. Es la conciencia precisa de que el apostolado no es algo añadido, yuxtapuesto a su vida, sino que es su vida, con toda la responsabilidad que ella ofrece en el orden individual y en el social.

Mientras no se desciende a los deberes de estado, se hace una moral abstracta. Mientras no se basa el apostolado en la vida real y concreta de cada hombre, se hace un apostolado suplementario y parcial.

“Si los cristianos no tienen sobre las realidades terrestres ideas justas o actitudes inteligentes, serán un escándalo permanente para los hombres de este tiempo y retardarán en la misma medida aquel reino de Dios sobre la tierra que Nuestro Señor Jesucristo nos ha hecho cada día pedir” (15).

Para edificar la ciudad de Dios hay que levantar juntamente la ciudad del hombre.

Esos cristianos reales actuarán apostólicamente en los ambientes reales. El árbol florece donde ha sido plantado. Y además, actuarán en el interior mismo de esos ambientes. No se trata sólo de que las personas entren a la agrupación de Acción Católica. Se trata sobre todo, que la Acción Católica penetre en su ambiente de vida. La labor no termina cuando un nuevo miembro ingresa a la asociación. Precisamente, es entonces, cuando verdaderamente comienza.

Así tendremos una Acción Católica que, inmensamente idealista en sus aspiraciones, es profundamente realista en sus planteamientos. Una Acción Católica, no creada sobre los cuadros imaginarios o teóricos, sino sobre la realidad de la vida. No, sobre planes apriorísticos, difíciles de realizar, sino sobre la rica lección que la experiencia nos ofrece.

“Esta es la hora providencial, ha dicho Cardijn (16), en la cual el misterio de la Encarnación y de la Redención toman una amplitud y una extensión insospechables. Es este misterio el que el clero y el laicado tienen que vivir hoy con una intensidad, un dinamismo hasta el sumo, sin límites”.

La Acción Católica será así, ante todo, la irradiación cristiana, organizada en un determinado ambiente. Lo particular de la Acción Católica, lo que la distingue entre otras cosas de las demás obras de apostolado, es que dondequiera que encuentre ambientes, organiza en ellos influencias cristianas.

“La presión social es un hecho innegable, ha escrito el Cardenal Salièges (17). Se manifiesta cada día más fuerte. Se ejerce en las sacristías, en los salones, en los ambientes de trabajo. Nada le escapa. El tiempo de Robinson Crusoe ha pasado. Modificar la presión

(15) Declerg Abbé.

(16) Cardijn, José. Cardenal belga que fuera fundador y por largo tiempo asesor mundial de la J.O.C.

(17) Salièges, Card. Julio. Nacido en Mauriac en 1870, Cardenal desde 1946. Arzobispo de Toulouse.

social, dirigirla, hacerla favorable al desarrollo de la vida cristiana, crear para ello un clima, una atmósfera en donde el hombre pueda desarrollar sus cualidades humanas, llevar una vida propiamente humana, donde el cristianismo pueda respirar a su antojo y permanecer cristiano, tal es, si no me equivoco, el fin de la Acción Católica" (18).

De esta forma la acción de los seglares realiza su amplio sentido apostólico y conquistador. No es confinándose en los templos o grupos cerrados sino actuando en el mundo. No es llorando sobre los tiempos idos, sino solícitamente atento a los tiempos que vienen como se reconstruye la ciudad. Es viviendo en plenitud del dogma del Cuerpo Místico para saber encontrar a Cristo en nuestros hermanos como se cumple el mandato supremo de la caridad. Es mirando la Creación y todo lo que en ella existe como un inmenso signo como se aprenderá a leer el plan amoroso de Dios sobre el mundo. Es siguiendo las huellas del Dios humanado como el cristiano va a encarnarse en los ambientes y a tomar sobre sí sus angustias, preocupaciones y dolores.

Es sintiendo y viviendo su gran tarea apostólica como el católico realiza en esta hora, el mandato eterno del Evangelio: ser sal en la tierra de la vida humana para preservarla y levadura en la masa de nuestro tiempo para llevarlo hacia Dios.

La Acción Católica es un nuevo florecer en la triunfante juventud de la Iglesia.

Con esta conciencia apostólica, que la Acción Católica trata de infundir, hemos querido, y así lo pedimos al Señor, que esta III Semana Interamericana dé a nuestro laicado el sentido y las dimensiones de su misión.

No se trata de realizar un dinamismo estéril; "hacer algo", "moverse", "actuar". No; se trata de un apostolado integral que exige la unión sincronizada y actual de la contemplación y de la acción.

Y porque es apostolado auténtico, irradiación de vida de Cristo, árbol cuyas raíces se nutren de sacrificio y de oración, llama viva de caridad evangélica, la Acción Católica realiza una misión cuya primera nota es la de ser iluminada y consciente. Cada miembro de ella, ha de saber exactamente lo que quiere aportar a su ambiente, cómo aportarlo y dónde efectivamente realizarlo, y al mismo tiempo ha de ir a buscar su base en las grandes verdades de la fe para comunicarlas a su hermano. El apóstol no es un filósofo que elabora un sistema, ni un técnico que ejecuta una consigna, es el portador de un mensaje que la revelación le transmite, el eco en el tiempo del Verbo eterno del Padre, el testimonio viviente de un contacto íntimo y personal con Jesús. Con el Apóstol Juan, cada militante ha de saber repetir: "lo que fue en el comienzo, lo que vimos, lo que escuchamos, lo que nuestras manos palparon del Verbo de vida, esto es lo que os anunciamos" (19).

(18) Card. Salièges, *Semana Social*, Tolosa, 1945.

(19) *1 Jn.* 1, 1.

Y porque es acción iluminadora es también vivificadora. El cristiano ha meditado la palabra de Jesús "he venido para que tengan vida y la tengan abundante" (20). Y por eso siente que su ministerio es aproximar a sus hermanos a las fuentes de vida, es hacer que los efluvios salvadores alcancen todos los ambientes, que el misterio de la Redención llegue hasta los últimos confines, para que "haciendo la Verdad en la Caridad, crezcamos en Aquél que es la Cabeza, Cristo" (21).

Iluminadora, Consciente y Vivificadora, esa acción ha de ser también unificadora.

En la base de toda acción apostólica hay una voz que grita imperiosa: "Id por el mundo universo y predicad el Evangelio a toda creatura" (22), y hay un Espíritu santificante que crea y renueva la faz de la tierra. El Testamento de la Ascensión y las lenguas de fuego de Pentecostés nos dicen que no basta proclamar en el Credo la unidad y la catolicidad de la Iglesia, sino trabajar porque cada vez más se viva el grande y sublime misterio de la "Catholica", la universal, que está en el fondo del mensaje cristiano.

Ese sentido de unidad y universalidad, dará a nuestro apostolado la visión amplia de su misión, cuidando de no encerrar en límites estrechos de particularismos, en capillas de raza, nación o culturas, lo que nos ha sido dado no para servir egoísmos personales o de grupos, sino para ser obreros en la obra redentora de la humanidad.

Hemos de saber desligarnos de todo lo que aprisiona nuestro apostolado repitiendo con san Pablo: "Verbum Dei non est alligatum" (23).

Unidad en la Acción Católica, que no significa como algunos temen, un afán imperialista de sustituirse a las obras existentes o englobarlas en su actividad, sino ser, según palabras de S.S. Pío XII al Congreso del Apostolado Laico: "el campo central en que concuerdan y se coordinan los católicos de acción".

La Acción Católica formando en el laicado la conciencia de su responsabilidad apostólica, mostrará cómo las diferentes actividades y obras concurren a una obra común: la edificación del Cuerpo de Cristo, el avanzar de la Iglesia, la Evangelización a nuestro siglo del Reino de Dios.

Y porque la Acción Católica es consciente de su deber, porque la luz que la guía es la palabra de la Iglesia y la vida que la sostiene es la Gracia de Cristo, porque, colocándose sobre lo transitorio y accidental unifica en lo perenne y en lo absoluto, por eso también, tiene la nota segura de todos los movimientos de Iglesia: ser obediente y sumisa a la Jerarquía. Sabe que su mandato procede de "aquéllos a quienes el Espíritu Santo puso a regir la Iglesia de Dios" (24). Sabe con Ignacio

(20) *Jn.* 10, 10.

(21) *Ef.* 4, 15.

(22) *Mt.* 27, 19.

(23) Tr.: "No ha sido amarrada con lazos de carne la palabra de Dios", 2 *Tm.* 2, 9.

(24) *Hch.* 20, 28.

de Antioquía (25) que “nada sin el Obispo” (26), y con el mismo Padre de la edad apostólica comprende y gusta la belleza de “estar unidos al Obispo como las cuerdas del arco de la lira” (27), y sabe también lo que la Iglesia espera en esta hora de esa participación de los laicos en el apostolado jerárquico y por eso, gozosa, humilde y agradecida colabora en la gran tarea que se le ha confiado.

Estas ideas y estos sentimientos han presidido nuestras inolvidables Jornadas de Chimbote.

Aquí hemos estudiado la realidad humana y cristiana de América. No han sido Jornadas teóricas. Un gran realismo las ha inspirado. Ese realismo, que nos preserva de ilusiones peligrosas y nos hace palpar nuestras deficiencias, no ha sido pesimista. Nos deja el inmenso saldo a favor de constatar el avance realizado, las posibilidades inmediatas y la conciencia clara de lo que nos queda por hacer. En él, hemos sentido el grito angustiado de nuestros pueblos americanos por una vida más humana para así poderla hacer más auténticamente cristiana.

El realismo que nos ha presidido no ha sido crítica estéril o demoleadora, sino expresión del sentido profético de la Iglesia: ser luz y decir la verdad.

Estas Jornadas que hoy terminan nos han dado la comprensión clara de los grandes problemas de esta hora: un mundo que se unifica y un nuevo orden que se gesta. Y en esa visión hemos visto la necesidad de una presencia efectiva y apostólica en los ambientes en que se acuña el mundo del mañana.

Pero más que una visión, Chimbote nos entrega una voluntad clara, firme y decidida.

No queremos evadirnos de la gran tarea humana y cristiana que se nos ofrece. Tenemos conciencia de que no hemos sido llamados solamente para conservar un patrimonio sino para responder a una vocación apostólica y misionera. Queremos estar apostólicamente presentes en su íntima comunión con nuestros hermanos y al servicio de ellos. Sabemos que esa presencia apostólica exige un testimonio de vida y una misión, y comprendemos el peligro de separar ambas cosas. Una misión sin testimonio sería estéril, un testimonio sin misión, sería ineficaz.

En esa luz, hemos ahondado en la magnífica misión que la Iglesia entrega al laicado. Recordamos la palabra de Newman:

“En todas las épocas, el laicado ha sido la medida del espíritu católico; él salvó hace tres siglos la Iglesia en Irlanda y traicionó a la Iglesia en Inglaterra”.

Por eso, Chimbote (28) nos ha hecho, es posible, amar aún con más fuerza la Acción Católica; tener fe en ella, porque sentimos su tras-

(25) de Antioquía, Ignacio. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del siglo II. Padre Apostólico. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(26) *Ad. Magn.* 7,1; 8, 1-2.

(27) *Ad. Eph.* 4, 1.

(28) Chimbote. Lugar de la 3ra. Semana Interamericana de la A.C.

endencia y necesidad. Confiar en ella, porque sabemos que el futuro católico de América está subordinado a su crecimiento y desarrollo.

Chimbote no es una meta sino un nuevo punto de partida. Y el laicado de América ahí representado, sale de Chimbote con la consigna de vivir en toda su amplitud su sublime vocación de apóstol laico.

Y esa vocación sabe que ha de vivirla en las tres notas que la caracterizan y especifican:

Primeramente, en la santificación de la vida ordinaria. Lo profano pierde su carácter indiferente y se transforma en la gran cantera donde el cristiano labra el poema de la voluntad divina en el cotidiano deber.

Ese católico vive, en segundo lugar, el misterio de la comunidad cristiana en una honda conciencia del dogma del Cuerpo Místico de Cristo. Sabe de la maravillosa e íntima solidaridad espiritual que lo une a sus hermanos y siente la responsabilidad redentora que pesa sobre cada vida cristiana.

Y ese sentido de comunidad lo vive en sus múltiples formas. En la comunidad que ora, en la gran voz de innumerables notas de nuestra liturgia. En la comunidad que trabaja, colaborando gozosa y humildemente en la célula primera de la Iglesia, nuestra vida parroquial. En la comunidad que crece y se expande viviendo el sentido misionero que está en el fondo de nuestra vocación apostólica.

Esa comunidad de oración, de acción y de expansión, señala ante el laicado de América aquí representado, las medidas universales de humanidad que nuestra posición ha de tener. Tomamos conciencia de que la Iglesia necesita en esta hora del mundo, de América, y queremos dar a nuestra acción, que no en balde se llama católica, la amplitud de los problemas, inquietudes y tareas de la Iglesia universal.

La exquisita cordialidad, digo mal, la sobrenatural caridad de nuestros hermanos peruanos nos han hecho posible este encuentro.

Hoy nos separamos con la conciencia clara de haber cumplido un deber y con la angustiosa impaciencia de realizar una misión.

Una inmensa y generosa voluntad de acción nos anima.

Chimbote nos ha dado una gran lección. Debemos, a nuestra vez, saber repetir a nuestros hermanos que aguardan, la lección de Chimbote.

En las páginas del Libro Eterno hay una escena que creo la mejor palabra para clausurar esta asamblea.

Nos la ofrece el Profeta Isaías.

La noche envuelve la ciudad dormida. En la quietud de su silencio, un grito mantiene el espíritu vigilante y alerta.

Son los centinelas que desde lejos se interrogan, mientras sus miradas escrutan las densas tinieblas.

—Vigilante ¿qué vez en la noche?

Y el centinela lejano responde como una esperanza:

—Amanece.

La noche de muchas desidias y egoísmos parece envolver nuestras tierras de América. El pesimismo de muchas claudicaciones ha hecho pensar que aún tarda la aurora, pero un laicado generoso y alerta, dócil

al llamado de sus Pastores nos da en estos instantes la respuesta del centinela:

—Amanece.

Señores delegados: id a repetirlo en vuestras tierras. Id a decir que Chimbote es una aurora cargada de promesas. Id a decir a vuestros pastores la voluntad decidida de este laicado de secundar dócilmente su labor.

Y cuando vuestros hermanos os pregunten ¿qué visteis en esta III Semana Interamericana de Acción Católica?, responded señalando el horizonte que la aurora comienza a blanquear:

Alborea.

DIA INTERNACIONAL DE LA J.O.C. (1) (1º-IV-1956)

Amados fieles:

El próximo domingo 15 de abril, se celebra en todo el mundo el DIA INTERNACIONAL DE LA JOC (Juventud Obrera Católica).

Esto nos da ocasión para hablar sobre la importancia de esta obra apostólica.

Según palabras de S.S. Pío XI: “Nos enfrentamos a un mundo caído en gran parte en el paganismo”. De una manera especial, ese problema se hace sentir en el campo del Trabajo. Perdido el concepto de la dignidad humana, se pierde igualmente la noción cristiana del trabajo. Tal pérdida ha llevado a lo que el mismo Pontífice llamaba “el escándalo más grande del siglo XX, el alejamiento de los obreros de su Madre la Iglesia”.

Para remediar tan grave mal, ha surgido providencialmente la Juventud Obrera Católica. Los Sumos Pontífices ven en ella la más segura esperanza.

“Entre los signos llenos de promesas de una renovación social, percibimos, con gran alegría de nuestro corazón —decía Pío XI en la “*Quadragesimo Anno*”— las estrechas filas de jóvenes trabajadores que se levantan al llamado de la gracia divina y alimentan la noble ambición de reconquistar para Cristo el alma de sus hermanos”.

Y el Papa actual añadía refiriéndose igualmente a la JOC: “Las condiciones del momento reclaman hoy más imperiosamente que nunca su apostolado”.

(1) Circular que envía al clero y fieles de las parroquias y colegios de Talca.

Obediente a esas voces de los Romanos Pontífices, el Episcopado Chileno creó hace diez años la JOC. Lentamente, teniendo que vencer muchas dificultades e incomprensiones, el movimiento ha ido creciendo entre nosotros hasta llegar a ser una realidad promisoría.

Queremos que no sólo los obreros, sino todos los católicos, se penetren de la importancia y trascendencia de este movimiento.

Por eso, invitamos por estas líneas a todos los católicos de Talca a tomar parte en los actos con que la JOC talquina celebra su Día Internacional.

En la mañana del domingo 15 habrá Misa en todos los barrios donde funciona la JOC.

Ese mismo día, a las 10,30 A.M. habrá una solemne velada artística en el Teatro Palet.

Queremos en ese día ver congregados a todos los católicos alrededor de sus hermanos jocistas.

Invitamos por tanto, por estas líneas, a la juventud, especialmente a los Sextos Años Primarios, y al Segundo Ciclo de los Colegios Secundarios.

A las familias obreras, estén o no vinculadas con la JOC, y a todos los católicos.

Ser católico es sentir con la Iglesia. Preocuparse de sus problemas. Interesarse en sus inquietudes.

Una de sus más grandes inquietudes es precisamente la Juventud Obrera.

Para esto necesitamos la JOC.

La JOC es una solución de la Iglesia. Como de ella hemos de servirla. Como de la Iglesia hemos de amarla. Como de ella hemos de recibirla.

Mons. Cardijn, hablando en el 2º Congr. Mundial de Apostolado Laico. Escuchan los Cardenales Caggiano, Gracias (India) y Mons. Larráin



25º ANIVERSARIO DE LA ACCION CATOLICA CHILENA (1)
(28-X-1956)

Tiene la conmemoración que hoy celebramos un hondo significado. Veinticinco años de vida de la A.C. Chilena, marcan un hecho grande en la historia eclesiástica de nuestra Patria.

Este hecho representa:

La toma de conciencia de nuestros seglares del lugar que ellos tienen en la Iglesia y en su obra evangelizadora.

La respuesta generosa de selectos grupos católicos al llamado apremiante que la Jerarquía les hace.

El sentido agudo que esos mismos católicos experimentan de la crisis espiritual que el mundo atraviesa, y, al mismo tiempo, de las esperanzas que en ese mismo mundo se encierran.

1. *Maduración de los fieles*

Y sobre todo, nuestros 25 años de A.C. significan una maduración prodigiosa del sentido de la Iglesia en nuestros fieles, una convicción cada vez más acentuada que es en Ella y por Ella como el mundo encontrará su camino, que es en la medida de esa adhesión a la Iglesia, a su Jerarquía, a sus normas, a sus orientaciones y a sus métodos, de donde saldrá la fuerza que dé la victoria.

2. *El mensaje eterno*

Veinticinco años hablan de debilidades y éxitos, de esfuerzos y sacrificios, de horas de desaliento y de entusiasmo. Pero, sobre todo, nos dicen que una tarea apostólica de insospechadas proyecciones comienza a realizarse en nuestro Chile.

Nada nuevo; sino el eterno mensaje de Cristo.

Nada nuevo, sino el incesante golpear del mandato divino: Id, evangelizad a todos los pueblos.

(1) *La Voz*, pág. 8.

Nada nuevo, sino el repetirse y actualizarse de las parábolas evangélicas; del trigo que cae en el surco, de la levadura en la masa, de las diez monedas que hay que retornar en otras diez.

Y, sin embargo, una inmensa novedad.

3. *La Iglesia en el ambiente*

El clero siente que su acción se prolonga y complementa en los fieles.

Los fieles no se sienten extraños a las inquietudes pastorales de sus párrocos.

Los ambientes impermeables a la acción sacerdotal reciben a través del laico el mensaje salvador.

Los seculares comprenden la responsabilidad apostólica que su condición de bautizados, les señala en el Cuerpo Místico de Cristo.

Un sentido de Iglesia, rico y hondo, cargado de inquietudes y estremecimientos sacude al cristianismo de nuestros días.

4. *Un gran hecho histórico*

La A.C. es un hecho de extraordinaria trascendencia en la historia del catolicismo contemporáneo.

Por eso los Pontíficos la alaban y señalan su importancia. Por eso mismo, porque según palabras de Pío XI "la A.C. es entre todas las formas del apostolado de la Iglesia, la más conforme a la necesidad de los tiempos", la Jerarquía Chilena acaba de afirmar en Pastoral Colectiva, su aprobación a la obra realizada y su esperanza en lo que a ella le cabe cumplir la dilatación del reino de Cristo.

Y después de esto, ¿podrá hablarse de fracasos de la A.C.? ¿Podrá decirse que ya pasó su tiempo y que otras obras deben sustituirla? ¿Podrá, con olvido de su misión y desconocimiento de la voz de los pastores, quedarse indiferente ante su apremiante llamado?

En esta hora en que la A.C. Chilena llena de emoción mira al pasado y agradece a Dios sus beneficios. En que, plétórica de confianza mira el futuro y no rehuye la tarea que la Iglesia le ofrece, vuestro Asesor General os habla.

5. *Llamado*

La representación del Episcopado Chileno ante la primera reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano, me obliga a estar físicamente lejos de vosotros.

Pero mi afecto y mi plegaria me unen con ustedes.

Y en esta hora, a través de la distancia, os formulo un llamado.

Tened fe

Tened fe en la Acción Católica.

Ella es en el pensamiento de Dios, una nueva muestra de su misericordia para con el hombre y de protección para su Iglesia.

Tened fe aunque veáis defectos y limitaciones, como en todo lo humano.

La Acción Católica es, a pesar de lo que los hombres podemos afearla, un destello de la belleza inmortal de la Iglesia.

Tened confianza en la Acción Católica.

6. Amad a la Acción Católica

No esperéis de las soluciones meramente humanas. En el fondo de todos los problemas de nuestra época, nuestros graves y terribles problemas, está la ausencia de Cristo y de su espíritu, y mientras ellos no retornen, no habrá posibles remedios.

Confiad, porque trabajando en Ella, sembramos con El y Dios da el incremento a nuestra siembra.

Confiad, porque la Acción Católica nos hace gustar el misterio tan desconocido de la victoria de Cristo sobre el mundo, la muerte y el pecado.

Amad la Acción Católica.

7. Uníos en la verdad y el amor

En ella cumplís en forma perfecta el gran precepto de la caridad divina y de la caridad fraterna.

Es en el campo de la doctrina, del apostolado de la Acción Católica, de la defensa de los grandes principios cristianos, donde esa unión de caridad debe producirse.

Unión en la Verdad de Cristo que liberta, en la Justicia de Cristo que redime, y en la Caridad de Cristo que estrecha.

Y que a esa vocación amada, vivida y realizada en y por la Acción Católica, le demos nuestras mejores energías.

Así mereceremos que de nosotros se diga la gran palabra de san Pablo: "Apostolus, gloria Christi". Apóstol, gloria de Cristo.

INFORME SOBRE LA ACCION CATOLICA
A LA COMISION EPISCOPAL (1)
(VII - 1956)

Eminencia Rvdma.

Excelencia Rvdma.

Estas páginas que someto a la benevolencia de VV.EE. responden a una triple finalidad: cumplir el honroso cargo que la Comisión Episcopal me hiciera en su última reunión, de tratar el tema de la A.C. a la luz de los acuerdos de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Río de Janeiro y de presentar, en segundo lugar, una exposición general sobre la A.C. en Chile en el momento actual y de proponer, por último, a la consideración de VV.EE. las indicaciones y sugerencias, que a mi modesto juicio son oportunas para la mejor marcha de la A.C. en Chile. Aunque diversas, estas tres finalidades se tratan de presentar unidas en las páginas que siguen.

I. Breve mirada histórica a la A. C. Chilena

He juzgado conveniente el dar una rápida ojeada histórica a estos 25 años de nuestra A.C. y a su desarrollo y evolución.

El Episcopado de Chile, fiel a su tradición de incondicional adhesión a las directivas de la Sta. Sede, fue uno de los primeros de América Latina y aun de muchos países de Europa, en organizar la A.C. Tuvo para organizarla, como orientación principal, la A.C. Italiana y la obra de Mons. Civardi (2). Nació cuando los problemas del apostolado laico comenzaban a plantearse, a la luz del gran movimiento de promoción del laicado suscitado por S.S. Pío XI, y cuando la doctrina de la A.C. aún no había logrado el magnífico desarrollo que ha tenido en los 25 años posteriores. Fundada en la urgencia de momentos muy difíciles sociales y políticos de la vida chilena (1931-32), tuvo que sufrir, como todas las obras que se inician, los inconvenientes de la improvisación. No siempre fue

(1) La carta está escrita en Talca.

(2) Civardi, Mons. Ernesto. Organizador de la A.C. italiana en tiempos de Pío XI.

claramente comprendida y no siempre también muchos de sus dirigentes laicos o asesores de ramas o centros, tuvieron la debida preparación para orientarla. Digo esto, no como una crítica, sino como un hecho que explica muchas de las deficiencias que posteriormente se han presentado en la A.C. Tampoco, hablando en términos generales en los cuales caben numerosas excepciones, el clero parroquial tuvo una visión clara de lo que la A.C. significaba en el campo pastoral. Para muchos no fue sino "una obra más" que se añadía a las múltiples actividades parroquiales, o un grupo de seglares de buena voluntad dispuestos a ayudar al párroco en las tareas y obras en que la parroquia estaba empeñada.

Sean cuales fueren las deficiencias, que aquí se recuerdan en cuanto pueden ser causa de hechos que ahora aparecen con más claridad, es necesario afirmar que la A. C. ha modificado profundamente la actitud de los católicos frente a la Iglesia, que ha despertado la conciencia del deber apostólico, y que si hoy numerosas obras apostólicas crecen dentro del laicado, éstas deben su florecimiento a la conciencia apostólica que la A. C. ha formado.

Han pasado 25 años desde la fundación de la A. C. Chilena. En ellos han acontecido tanto en el mundo como en Chile, varios hechos que conviene señalar:

a) La doctrina de la A. C. como participación de los seglares en el apostolado jerárquico se ha desarrollado en forma tan notable, que hoy puede decirse va surgiendo en la Iglesia una "teología del laicado". Junto con ese desarrollo, el campo de la A. C. se ha ido precisando y esclareciendo cada vez más;

b) El campo apostólico a su vez ha tenido profundas transformaciones en estos 25 años: la guerra mundial con todas sus consecuencias históricas y sociales, el desarrollo insospechado de la técnica y la unificación material del mundo que de ella ha resultado, la evolución social rapidísima y los problemas que ella produce, han hecho que el campo apostólico presente una serie de problemas antes insospechados, los que a su vez influyen en la evolución que la A. C. ha tenido necesariamente que seguir frente a ellos;

c) El estudio de los cambios sufridos en el campo apostólico, muestra una laicización creciente de los ambientes de vida y la urgencia de evangelizar esos ambientes por apóstoles que sean y permanezcan en esos mismos ambientes. De aquí el carácter predominantemente ambiental que ha ido marcando a la A. C. La A. C. especializada aparece así como una necesidad imprescindible de la pastoral actual.

Una dificultad surgía; de una parte la necesidad de tomar ciertos ambientes con métodos y directivas propios y con personas pertenecientes a ellos, y de otra, el peligro de multiplicar indefinidamente esas especializaciones con riesgo de la unidad fundamental de la A. C.

El Episcopado Chileno, en sus Conferencias Episcopales de 1952 y 1954, ha dado, a mi juicio, una solución de gran trascendencia a este problema al crear dentro de un concepto de unidad de la A. C., tres movimientos: obrero, rural y general, que constituyen una fórmula en que se armonizan plenamente la unidad con la especialización y la diversidad con

la coordinación. Tal reestructuración corresponde, a mi juicio, plenamente, a la madurez de la A. C. y a las necesidades apostólicas de la hora actual. Paso a hablar de cada uno de los tres movimientos, su estado actual y sus problemas.

II. *Acción Católica General*

Se habla de “crisis” de la A. C. General. ¿Existe una “crisis” de la A. C. General? Para responder a esta pregunta habría que formularse varias otras:

a) ¿Es la A. C. General, fruto de la reestructuración de 1952, la que está en crisis? o bien ¿son ciertas formas preexistentes de A. C. las que están en crisis?;

b) ¿Hay una crisis de la A. C. General o bien es un problema apostólico de ambiente general, en otras palabras un problema pastoral?

1. *La A. C. General actual comparada con la A. C. anterior a la división en tres movimientos*

Es difícil formarse una idea sobre la A. C. anterior a 1952. Tuvo sin duda muchas fallas, pero no cabe duda que ha modificado profundamente la actitud de los católicos chilenos, de los seglares, frente a la Iglesia y frente a su ambiente de vida. Sentimos gran respeto y admiración por la obra que realizaron sus dirigentes y sus asesores durante 20 años.

El problema está en determinar si la A. C. General actual ha destruído, o por lo menos comprometido gravemente lo que hasta entonces era próspero, como creen algunos; o si está continuando, a la vez que adaptando a los tiempos actuales la obra de sus antecesores, como creemos los que estamos actuando en ella. Estableceremos también aquí un paralelo entre la A. C. (anterior a 1952) y la A. C. General (posterior a esa fecha).

a) La A. C. abarcaba a todos los ambientes. La A. C. General ha debido abandonar los ambientes obrero y campesino para limitarse al ambiente general, o sea, a la tercera parte. Esto explica, en parte, la disminución de sus efectivos, y la sensación de retroceso que ella da. En total, el número de Centros atendidos entre los tres movimientos, en la Arquidiócesis de Santiago, superó al máximum alcanzado en cualquiera otra época.

b) La A. C. era ecléctica: aceptaba todas las corrientes. La A. C. General, imitando en eso a la A. C. Obrera, trata de unificar la orientación. Esto explica el malestar producido entre aquéllos que no compren-

den la orientación actual, no simpatizan con ella y se ven desautorizados en sus orientaciones personales.

c) La A. C. concebida en tiempos diferentes de los actuales, era extensiva, vasta, difusa: aceptaba a todo el mundo, improvisaba dirigentes, a veces sin formación ni experiencia, y suplía la inconsistencia de sus efectivos con una organización centralizada, burocrática —¿quién no ha oído a los párrocos quejarse de la abundancia de boletines y de circulares que les llegaban?— que descansaba en unas pocas personas muy eficientes.

La A. C. General, para adaptarse a los tiempos actuales, trata de ser intensiva, de abarcar menos pero apretar más. Insiste en el contacto personal, en la selección cuidadosa y la lenta formación de sus militantes y desconfía un poco del boletín, de la circular, de la jira, del congreso, que muchas veces ilusionan acerca de la realidad, sin por supuesto excluirlos, como que son medios útiles. Esto explica el cambio de fisonomía de la A. C. General que desconcierta a mucha gente.

d) Agreguemos que, hacia 1952, la A. C. no estaba, en general, en situación brillante, que los años de 1952-56 han sido de intenso trabajo y de resurgimiento de la A. C. al menos en algunos campos, y que sería injusto comparar la labor de estos 4 años, con la de los 20 ó 30 años anteriores, sumados y proyectados en un mismo plano. Varios de los problemas de la A. C. General actual, como la debilidad relativa de las Ramas masculinas —hombres y jóvenes— son problemas que existían ya con la A. C. y cuyas causas son las mismas de entonces.

Me permito, a manera de ejemplo, citar el caso de una Rama, para señalar que sus problemas no son de *hoy*, ni consecuencia de la reestructuración de 1952, sino crisis de formas que se remontan al origen mismo de la A. C.

El caso de la debilidad de la Rama de Hombres es un hecho. Pero ¿es de hoy? Nunca hubo en la A. C. una Rama fuerte de hombres. Sus causas son muchas. A mi juicio, la fundamental ha sido el no dárseles una visión clara del campo del laicado católico frente a los grandes problemas temporales. El no habérseles orientado hacia una actividad preferentemente ambiental que, sin sacarlos de sus actividades normales, les haga realizar en ellas la misión evangelizadora que la Iglesia les asigna.

En cuanto a la Rama de Jóvenes; la antigua ANEC fue poderosa en Santiago, especialmente en medios universitarios y estudiantiles, hasta que sus equipos directivos se orientaron preferentemente a la política y hasta que fue transformada en AUC (1942). Hoy la AUC en las tres diócesis donde funciona: Santiago, Valparaíso y Concepción, se encuentra en desarrollo y crecimiento. (La AUC de Valparaíso, ha sido considerada por los dirigentes de Pax Romana como una de las mejores del Continente). En cuanto a la Rama de Jóvenes, tuvo un momento de esplendor con el P. Hurtado, seguido de una decadencia. Actualmente, su estado es mediocre, pero esta situación es muy anterior a 1952. Al tratar en seguida del problema apostólico en el ambiente general se mostrarán las raíces de esa crisis de la A. C. Juvenil.

Al tratar del problema de la A. C. General me permito hacer esta pregunta: la crisis de la A. C. General ¿es *propriadamente* de ella o bien es un problema apostólico de ambiente general, en otras palabras, un problema pastoral? No olvidemos que la A. C. es una actividad de laicos, que hay problemas que *superan* a la A. C. aún cuando en ella repercutan vivamente pero que la A. C. no puede en sí misma solucionar si no son directamente abordados y dirigidos por la Autoridad Eclesiástica. Me permito, aunque someramente, señalarlos:

2. *El problema apostólico en el ambiente general*

El temario del II Congreso Mundial para el Apostolado Seglar, que se realizará en Roma el año 1957, está dedicado al estudio de la formación apostólica del militante. Y ha dividido la materia en 4 puntos: la familia, la escuela, la parroquia y las obras apostólicas, asignando a estas últimas una función "complementaria" en dicha formación. En otras palabras, y la A. C. es una de ellas, deben recibir de la familia, del colegio y de la parroquia, militantes ya formados, a los cuales solamente les dará un "complemento" de formación. Si la A. C. General no prospera más de lo que vemos, ¿no será porque sus tres pilares: familia, colegio, parroquia, no están cumpliendo su misión de formar o al menos de *iniciar* la formación de sus futuros militantes, en la forma debida, o porque no se coordinan con ella en forma adecuada?

El que suscribe, al menos, está convencido que una crítica de la A. C. General lleva necesariamente a una crítica de la parroquia y del colegio católico y a una revisión del conjunto de la "política" apostólica de la Iglesia en el ambiente general. O sea, que los problemas de la A. C. General la sobrepasan, superan las fuerzas de sus dirigentes y asesores, y deben ser tomados en mano por la Autoridad diocesana.

a) *La Parroquia*

La parroquia, de ambiente general al menos, no coopera eficazmente con la A. C. desde un doble punto de vista.

1) Un gran número de párrocos no conocen la A. C. sino muy superficialmente, no simpatizan con ella, tienen prejuicios en contra de ella, tanto por causas presentes como por causas pasadas. No cooperan con los organismos directivos diocesanos, hacen gala ante sus feligreses, de no tener nada que ver con ellos.

Por otra parte, no conocen el trabajo del asesor, no saben o no pueden realizarlo. Absorbidos por un ministerio *extensivo*, no descubren ni forman militantes, no los dirigen espiritualmente, no dan confianza al seglar, no le dejan responsabilidades verdaderas, no comprenden la importancia del apostolado ambiental. Y sobre esta base deben los dirigentes y asesores diocesanos construir su movimiento, con base pa-

roquial. Se ve de inmediato la dificultad, dificultad que no tienen los otros movimientos apostólicos de seculares.

2) La Parroquia misma salvo excepciones, no satisface las exigencias espirituales de los seculares más ilustrados y fervorosos de hoy. No encuentran en ella ni el contacto directo con la Palabra de Dios en la predicación, ni una dirección espiritual orientada hacia la perfección, ni la posibilidad de participar activamente en la liturgia, ni el sentido de comunidad parroquial en la oración, en la caridad y en el apostolado. Entonces se dirigen a otras partes donde encuentran algo de lo que buscan: tal sacerdote que explica bien la Biblia, los Benedictinos de Las Condes que tienen hermosas ceremonias litúrgicas, Schönstatt que forma una verdadera comunidad... etc. Muchas veces en nuestro esfuerzo por mantener la base parroquial de nuestra A. C. General, para convencer a la gente de ir a su parroquia, debemos luchar contra una sorda resistencia: "La parroquia es una lata", "no es acogedora", "la prédica es únicamente para pedir plata o para retar", "no se puede ni siquiera oír misa tranquilo"... y otras reflexiones por el estilo.

Sabemos muy bien que de la A. C. se podrá decir también cosas semejantes o peores; pero estamos señalando las dificultades reales que encontramos y no criticando, ya que comprendemos muy bien las dificultades con que tropiezan los párrocos, aun mejor intencionados.

b) *El Colegio*

La A. C. General encuentra en su apostolado dos sectores de adolescentes totalmente diferentes:

a) los que se educan en colegios católicos, en gran parte pertenecientes a las clases adineradas y aristocráticas, y que reciben de la Iglesia, a través de sus Congregaciones Religiosas, una atención relativamente esmerada;

b) los que se educan en colegios fiscales, casi todos de clase media, poco y por lo general mal atendidos por la Iglesia. La acción de la Iglesia en los Liceos es muy escasa. Nuestra clase media está muy laicizada. La clase de religión, la hora por semana en el primer ciclo de humanidades, a cargo de profesores no siempre bien elegidos, con textos y programas poco aptos, es una gota de agua que cae en un desierto. La A. C. General penetra muy difícilmente en ese ambiente.

Quedan los colegios católicos, de los cuales deberían salir y salen de hecho la mayor parte de nuestros militantes. Pero aquí surgen nuevos problemas. Esos cristianos ¿tienen verdadero espíritu apostólico? ¿sienten la necesidad del apostolado permanente en su ambiente de vida, o se contentan con algunas obras de misericordia con los humildes? ¿tienen visión de Iglesia, de Diócesis, de Parroquia, o simplemente de colegio, de congregación? ¿tienen visión nacional de los problemas apostólicos, o conservan un espíritu de clase o de grupo social? La respuesta a estas preguntas sería menos categórica. Pero hay algo más. La tendencia de los colegios católicos es de desconocer la Parroquia y aun la

Diócesis, para acentuar el espíritu del colegio y de la congregación que lo regenta. Tienen sus propias obras apostólicas: catecismos, misiones, poblaciones callampas, congregaciones marianas, cofradías, compañías, comunidades... y las *extienden a los exalumnos y padres de alumnos*. Ciertamente que no orientan, salvo contadas excepciones, hacia la A. C., y ésta debe tratar de "meterse" en los colegios, tolerada a veces, deformada casi siempre por la dirección del Colegio y no pocas veces excluida. El hecho es que, en innumerables casos, los alumnos de nuestros colegios católicos no salen preparados para ser militantes de la A. C. General.

Ante esta realidad se pueden considerar diversas salidas:

a) La A. C. General se dedicaría a los liceos fiscales y colegios no católicos. Allí el campo está libre y no se choca con nadie. Pero ¿sería conveniente que los egresados de los colegios católicos, que son los que tienen mejor formación, quedaran excluidos de nuestras Ramas juveniles? ¿Sería conveniente tener una A. C. General de clase media, excluyendo de ella, de hecho, la clase alta que es la que se educa en los colegios católicos?

b) La A. C. General, sería una Federación de movimientos apostólicos, integrada por grupos distintos en sus fines, métodos, espiritualidades, visión, ambiente... como lo han propuesto los Directores Espirituales reunidos en la Fide. ¿Será eso lo que más conviene a la Iglesia, en esta hora en que todos, protestantes, marxistas... tienden a unirse para ser más fuertes?;

c) La A. C. General, trabajaría exclusivamente en aquellos colegios católicos en que encontrara comprensión y acogida. ¿Cuántos serán éstos? Ciertamente los menos;

d) La A. C. General, reuniría a los adolescentes en las parroquias, en Centros de JEC parroquial, o si se quiere, de Aspirantes. Allí estarían confundidos alumnos de distintos colegios y liceos, católicos o no católicos. El colegio o liceo sería para ellos tan sólo un campo apostólico, pero la formación la recibirían en la Parroquia. Esta solución en teoría es excelente y contribuiría mucho a dar a la A. C. General espíritu de unidad y espíritu parroquial. Pero en la práctica ¿cómo podrían nuestras parroquias, en general poco acogedoras, competir con los colegios, sobre todo los católicos, y atraer a los adolescentes, en circunstancia de que el colegio los absorbe casi por enteros, hasta en los días feriados, con sus organizaciones para-escolares, y de que muchas veces ni siquiera saben a qué parroquia pertenecen?

e) La solución mejor a nuestro entender sería tratar de convencer a los distintos colegios, de la conveniencia de adoptar un mismo método de formación apostólica, con diversos matices si se quiere, y de encaminar a sus mejores elementos a una sola organización apostólica, a la cual todos colaborarían, y que sería la A. C. General. En tal caso existiría la JEC, pero una misma JEC en todos los colegios. Pero tales medidas sólo pueden tener éxito si las emprende la Autoridad Diocesana. Están sobre nuestras fuerzas.

Yo me permito presentar a VV. EE., la consideración del siguiente proyecto:

1. Una declaración conjunta del Episcopado, sobre la base del "llamado al deber apostólico" de 1954, en la cual se aborde en forma *precisa* y "tanquam auctoritatem habens" (3) el problema de la parroquia en relación con la A. C. y colegios y A. C.

2. Propongo dictar, con el título de "Pastoral de la adolescencia" las normas fundamentales sobre formación apostólica de la juventud.

3. Convocar en la fecha y forma que el Venerable Episcopado tenga a bien acordarlo, una semana sobre el tema "Catolicismo y Adolescencia" según el proyecto que se incluye como apéndice a esta presentación.

Las obras apostólicas

Otro hecho, propio del ambiente general, que ejerce una gran influencia sobre la A. C. General, es la existencia de un gran número de Obras apostólicas, que reclutan su gente en el mismo ambiente que ella, y que aparecen a los jóvenes como similares o equivalentes a la A. C., lo que los lleva a elegir aquélla que les parece mejor. No criticamos ninguna de estas obras, que tienen ciertamente fines excelentes y cuentan con la aprobación eclesiástica. Solamente exponemos un hecho. El joven, egresado de un colegio católico, fuera de que apenas conoce su parroquia y que posiblemente ignore también o tenga prejuicios contra la A. C., va a actuar, si tiene condiciones de militante, en las obras de su colegio abiertas a los exalumnos, como las Congregaciones Marianas, las Comunidades de los SS. Corazones... o en una Obra de Población Callampa, o será solicitado por el Movimiento de Schönstatt o por el Opus Dei... etc.

Una exalumna será atraída, a más de estos mismos grupos, por el Hogar Catequístico, la Legión de María... sin contar la Cruz Roja. La A. C., especialmente la de base parroquial, les aparecerá como una más entre tantas organizaciones. ¿Qué probabilidades hay que se inclinen por ella?

Estos distintos grupos tienen por lo general, un objetivo preciso, limitado, atrayente. Cuentan con sacerdotes dedicados por entero a un grupo relativamente pequeño y seleccionado. Prescinden de la parroquia y sus problemas. Encuentran muchas veces en el colegio pleno apoyo. No se comprometen, ni nadie espera de ellos, que se extiendan a las 140 parroquias de la Arquidiócesis o a sus 100 colegios secundarios y liceos y menos a las 20 diócesis del país. Tienen entera libertad de orientación y organización. Avanzan lentamente, paso a paso, muchas veces con recursos económicos. Se les alaba por lo que hacen, mientras que a nosotros, encargados, *en teoría*, de todos los campos apostólicos, de todas las parroquias, de todos los colegios, de todos los liceos, de todos los ambientes, de todas las Diócesis, se nos critica por lo que no hacemos.

(3) Tr.: "Como quien tiene autoridad".

Conclusiones sobre la A. C. General

1. Hay en la A. C. General una crisis, que no tiene la extensión ni el carácter pesimista que se le ha dado, pero que es necesario abordar.

2. Esto exige, ante todo, fijar el campo apostólico de la A. C. General, y orientarla ambientalmente como la A. C. Rural y Obrera. De otro modo, la A. C. General, con objetivos demasiado vagos y cargada de múltiples tareas, se dispersa, diluye, y pierde su atracción.

3. La A. C. debe integrarse en la acción pastoral. Para ello se requiere:

- a) dar asesores que formen los dirigentes;
- b) hacer que los párrocos integren a la A. C. en su parroquia dándole a los seglares la formación y la responsabilidad que el militante precisa;
- c) precisar los campos de la A. C. y de las otras obras apostólicas, y coordinar su acción;
- d) abrir los colegios a la A. C. formando a los directores para esa misión. Termino lo relativo a la A.C. General, con las palabras tomadas del informe pasado a Su Emnca. por los asesores nacionales de dicho movimiento:

“Hemos expuestos nuestras dificultades. Son grandes. Pero no estamos descontentos ni desanimados. Si nos sentimos comprendidos, animados, apoyados, si se solucionan algunos de los problemas que pesan sobre nosotros, pero que no dependen de nosotros, tenemos plena confianza de llevar, con la ayuda de Dios, la A. C. General a un nivel que equipare al de la A. C. Obrera o de la A. C. Rural, y el más alto nivel alcanzado por la A. C. anterior a 1952. No queremos ceder a la tentación de convertirnos en un simple grupo más dentro del ambiente general. Queremos seguir siendo algo diferente de las otras obras apostólicas, por la amplitud de nuestro campo de acción, por la extensión de nuestros Centros a todas las Parroquias y por nuestra presencia en todos los ambientes de vida comprendidos en el término de “generales”. Los asesores son pocos y no dan abasto. Mons. Emilio Tagle da a la Rama de Hombres, lo que le queda de tiempo, después de atender el Instituto de Hds., la Fedap., la Obra de las Vocaciones... Mons. Rafael Larraín está absorbido por la A. C. Rural. Da a la Rama de Mujeres escasos momentos. Mario González y Roberto Bolton atienden los Jóvenes, Rama difícil e ingrata, entre otros motivos porque la AUC atrae a los mejores elementos. La AUC es atendida por Ismael Errázuriz que es a la vez, vicerrector de la U.C., y por Ignacio García. Para las Niñas está Bernardino Piñera, que tiene además la Federación de Empleadas, y es Asesor de la Junta Arquidiocesana y del Directorio Arquidiocesano de la A. C. General. Se cuenta con la ayuda del P. Joaquín Coma en la Rama de Jóvenes y de Carlos González en la AUC. En total, 3 sacerdotes dedicados enteramente, 2 que dan buena parte de su tiempo: los demás dan lo que pueden. Agréguese a esto que los asesores deben también atender la A. C. General Nacional, y se comprenderá la sensación de impotencia que a veces nos agobia, pero no nos desalienta”.

II. ACCION CATOLICA RURAL

Necesidad de la A. C. Rural

La principal razón que se tuvo en cuenta para apurar la organización de la A. C. Rural, fue el constatar que en el campo, entre los campesinos, no se había encontrado una fórmula de auténtica A. C. que:

a) formara verdaderos apóstoles campesinos responsables de su ambiente; y,

b) que adaptara a la cultura y problemas del campo, la formación y acción.

Después de dos años de experiencias, y conociendo plenamente la situación real de las siguientes Diócesis: San Felipe, Valparaíso, Santiago, Rancagua, Talca, Linares y Chillán, se ha podido apreciar en toda su gravedad lo anteriormente anotado.

1. No teníamos apóstoles campesinos sólidamente formados con condiciones de dirigentes; ni la A. C. estaba adaptada a la cultura y necesidad del campo. Creo que la situación en el resto del país debe ser igual. Este hecho en 1952 —a veinte años de la fundación de la A. C. Chilena— probó la necesidad de hacer algo especializado para el campo.

En 1956, tras verdaderamente dos años de intenso trabajo de la A. C. Rural, la situación ha variado sustancialmente. Tenemos auténticos dirigentes campesinos de A. C. sólidamente formados: existe una responsabilidad de ellos ante la salvación del campo; existen planes y métodos adaptados, etc. apropiados totalmente a nuestros campesinos. Los hechos han probado absolutamente la necesidad de la A. C. Rural.

La organización de la A. C. Rural llega en importante momento para la Iglesia, pues el campo está siendo penetrado abundantemente por los evangélicos que multiplican sus apóstoles en todo lugar. Ante esa penetración, la labor de un solo sacerdote para una vasta región es más que nunca ineficaz. El estado de los antiguos centros de A. C., o de obras católicas, está en los campos en decadencia, porque hoy el campesino necesita atención de más cerca, ya que recibe influencia de los evangélicos, de la radio, de agitadores que actúan de muy cerca.

La A. C. Rural al adaptarse, ha tenido que multiplicar los dirigentes permanentes que viven recorriendo lugar por lugar, y conviviendo con los núcleos y centros.

Es éste un experimento de excelentes resultados y que promete grandes frutos. Así la labor del asesor, con quien están ellos por lo menos un día a la semana, se multiplica en visitas periódicas a la mayoría de los centros que funcionan.

2. La segunda adaptación fundamentalmente nueva a las necesidades campesinas, es la existencia de los Institutos de Educación Rural, destinados a dar, en Cursos de dos meses, una base seria en religión, JAC, cariño a la tierra, industrias caseras, mecánica agrícola para los jóvenes, etc. En estos Cursos el ambiente formador realiza lo que el asesor o los

dirigentes apenas podrían hacer en años de contacto. Los resultados son plenamente positivos. Una buena proporción de los exalumnos son ahora los dirigentes de los Centros de JAC, y el resto son los mejores jacistas. Funcionan Centrales en Santa Ana (niñas); Malloco (jóvenes); Linderos (jóvenes). Se construye otra Central en Talca. Está por comprarse el terreno en Chillán y en Temuco. Prácticamente cada Diócesis podría contar en el futuro, si lo desea, con estas Centrales de educación cristiana rural, que por ser de cursos breves capacitan muy pronto a una cantidad grande de jóvenes y niñas.

3. En tercer lugar, la A.C. Rural está en plena tarea de explicar con sencillez el Evangelio, los Dogmas; hacer más comprensible el Culto; difundir lecturas apropiadas, y aun promover todas las industrias caseras y agrícolas que arraigan a la gente a la tierra, le dan más personalidad y aumentan la producción, trayéndoles así más bienestar. En este sentido se está logrando grandes resultados. Por esto mismo la A.C. Rural es muy atrayente para los campesinos, pues les habla de sus problemas y presenta lo religioso junto a lo humano.

De los tres puntos anteriores fluye una gran lección, que es el acierto que se ha tenido al encomendar a los campesinos la responsabilidad total de la A.C. Rural. Los nuevos permanentes son todos campesinos. Los Institutos son dirigidos por ellos. Gracias a esto se ha creado entre ellos una verdadera mística y responsabilidad por su Movimiento, y ya están —después de dos años— algunos de ellos alternando con éxito en las Juntas Nacionales y Diocesanas, probando lo que S.S. Pío XI decía: “El campesino es el mejor apóstol del campesino”. Bastaría que hubiera sobre ellos algún seglar de otro ambiente con la responsabilidad máxima, para que todo ese esfuerzo se derrumbara. El mismo fenómeno de responsabilización del obrero, cuando se fundó la JOC, se ha repetido con el campesino al fundarse la JAC.

Para facilitar los planes de la A.C. Rural en ambientes indiferentes y aun hostiles; para obtener ventajas económicas y educacionales que no obtendría tan directamente la A.C.; y para poder entrar en los fundos del sector patronal que no es católico, se organizó el Instituto de Educación Rural. Este Instituto obtuvo su personalidad jurídica, y tiene subvención del Ministerio de Agricultura (año 1956 \$ 7.600.000.—). Los resultados de esta medida son satisfactorios, pues nos permiten entrar en fundos de patronos no católicos, hacen más fáciles las relaciones con Ministerios, organizaciones internacionales, etc., y dan más facilidades para obtener ayudas técnicas y financieras.

Como Movimiento de la A.C. Chilena, la A.C. Rural adaptó la Campaña Familiar presentándola como un “Concurso de Superación Familiar”. Los objetivos que se persiguen son: despertar en toda la familia, jóvenes y adultos, un renovado interés por el hogar, y por todo lo que hace más atrayente y productiva la vida campesina. Se trata de probar cómo el cerco y las industrias caseras pueden ser una fuente de agrado, de cultura, y de mayores entradas. De este modo lucharíamos contra la fuerte corriente actual que lleva a la joven y al joven hacia la ciudad. El Concurso ha sido recibido en muchas partes con creciente interés.

La realidad nos muestra que muchos Centros de JAC están realizando una tarea educativa y social de gran envergadura. Esto lo ha podido observar el Ministerio de Agricultura, el cual está bastante preocupado porque en parte interfiere en sus planes de difundir los llamados Club 4-C. La JAC en muchos lugares se les está adelantando, y realiza gran parte de las tareas educativas y de superación de los Clubs 4-C. En conversaciones con el Ministerio se ha propuesto como solución, para que no se vaya a una lucha de competencia de la JAC con el Ministerio en los Clubs 4-C, que se llegue a un Convenio, en que a los Centros JAC que lo soliciten el Ministerio los consideraría como Clubs 4-C, dándoles, sin inmiscuirse en su orientación y organización, una asistencia técnica en agricultura.

Varios motivos han llevado a la A.C. Rural a atender especialmente a los Patrones de Fundos. En primer lugar, el gran abandono práctico en que ellos se encuentran, sobre todo los que viven gran parte de su tiempo en los campos. Es difícil exigirles gran comprensión de sus deberes de patrones, y de la orientación de la A.C. Campesina, sin darles una adecuada formación. En segundo lugar, dado el actual sistema de fundos, es importantísimo contar con la comprensión del patrón para la obtención de permisos a Retiros, Cursos, etc., y aun para la entrada de dirigentes en sus fundos. Todo esto ha aconsejado atender a los patrones de cada zona en Grupos de formación (retiros, reuniones) que cooperan dentro de su esfera de acción a la cristianización del campo. El llamar y atender a los patrones en sus cuadros propios les ha mostrado que tanto su deber apostólico como el de los campesinos son necesarios para la salvación del campo. Formándose los patrones aprenden a comprender la A.C. de los campesinos, y a darle no solamente la plena autonomía que debe tener sino también todo su apoyo.

En cuanto a la organización se cuenta con un grupo directivo nacional de patrones, y actualmente con 16 Grupos Zonales, organizados en las regiones donde más ha progresado la A.C. Rural.

Por último, se puede decir que la A.C. Rural ha encontrado gran simpatía entre los párrocos. En primer lugar, porque la ven muy adaptada a la mentalidad y problemas campesinos. Enseguida, porque los asesores Nacionales y Diocesanos, donde los hay, están permanentemente en sus zonas formando, visitando, etc., labor que ellos no podrían realizar. En tercer lugar, porque habitualmente recorren su parroquia los dirigentes jacistas, atendiendo así muchos lugares antes abandonados. Y en cuarto lugar, porque están viendo los espléndidos resultados de los ex-alumnos de los Institutos y de los Centros de A.C. Rural que se están formando.

Para el clero rural, la JAC es una contestación a su angustia ante el abandono de tantos y tantos fundos y lugares que en cada parroquia existen.

A pesar de la extrema escasez de sacerdotes en todas las Diócesis, se empieza a notar una tendencia a reconocer en los asesores Diocesanos de JAC como un nuevo tipo de vicarios cooperadores al servicio de todas las parroquias. Un asesor Diocesano, formando para cada parroquia diri-

gentes y militantes, dando retiros, visitando Centro por Centro, es en la práctica como un vicario cooperador para muchas parroquias. El día que se comprenda la buena inversión que es para la Diócesis dedicar un sacerdote que resfuere la formación de la selección en todas las parroquias, creemos que llegaremos a tener en todas partes Asesores Diocesanos. En la actualidad hay Asesores Diocesanos en San Felipe, Santiago, Rancagua (para Colchagua), Talca y Chillán.

En estos dos años —1954-56— la A.C. Rural ha hecho un esfuerzo serio para atender la zona central. Prácticamente, desde San Felipe a Chillán se puede decir que ya la JAC marcha bien orientada.

Iniciamos una segunda etapa con la organización de la A.C. Rural en el Sur. El primer paso, ya aprobado por el Sr. Obispo de Temuco, es el de establecer la JAC en esa Diócesis; construir dos Institutos (jóvenes y niñas) en esa ciudad, y enviar a esa zona, en forma permanente, a iniciar sus trabajos a un dirigente y una dirigente de la JAC Nacional.

Organizar estos Institutos, formar los dirigentes diocesanos nuevos, y de ahí extenderse a las demás Diócesis del Sur, es la próxima etapa que ahora se inicia.

La atención de La Serena, y parte de Copiapó, se podrá hacer en cuanto los señores Obispos lo soliciten, por ser una región agrícola relativamente pequeña en relación con el Sur, y contar con dirigentes que puedan atenderlas desde las Diócesis de Santiago y San Felipe.

III. ACCION CATOLICA OBRERA

Hace 10 años que en Chile se inició la JOC con la forma actual de organización y en contacto con la JOC Internacional. Han sido 10 años duros y pesados en que paso a paso la JOC ha ido abriéndose lugar. Mirada en un principio como una sección sin personalidad propia a cargo de "auxiliares" de otros ambientes sociales, en algunas diócesis como Santiago, ha llegado hoy día a ser, lo podemos decir sin exageración, un Movimiento Juvenil de gran peso en la A.C. y podemos agregar que en Santiago constituye una de las agrupaciones más notables y de mayor vitalidad y arrastre. Recibida en un principio por la juventud obrera con recelo, como una creación de la Iglesia para defender ciertos intereses económicos o políticos, hoy día es aceptada por la masa como un Movimiento cristiano y netamente popular. La JOC en Chile es hoy una realidad, aunque todavía hay muchos sectores a los cuales no han llegado sus militantes. Hay centenares de fábricas y talleres en la capital y otras ciudades de importancia que aún no cuentan con ningún militante jocista y no reciben por tanto influencia cristiana. Pero, a pesar de eso la JOC se afirma.

Hay una clara línea de apostolado en muchos jóvenes obreros. Se cuenta cada vez más con numerosos dirigentes. Se experimenta gran generosidad y espíritu de fe en sus militantes. Estamos asistiendo al des-

pertar de un laicado obrero consciente de su responsabilidad en la Iglesia. Jóvenes que poseen un cariño verdadero por la clase obrera, que se enorgullecen de su condición y la toman como una misión que Dios les ha confiado; que viven una vida verdaderamente cristiana, de frecuencia sacramental, lectura de la Biblia; que se sienten de la Iglesia y aman a la Iglesia.

Años atrás sucedía en Santiago y hoy pasa todavía en otras regiones, por ejemplo: minerales y salitreras, que se veía incompatible el ser cristiano y pertenecer al mundo obrero. Pensamos que gracias a la acción de una parte del clero parroquial que ha vivido y trabajado cerca del pueblo, y a la labor de penetración en el ambiente popular realizada por los jocistas, estos dos términos no nos parecen tan separados.

En Chile se ha tenido a varios sacerdotes dedicados a la labor de Acción Católica Obrera, pero no se pueden desconocer las 14 vocaciones masculinas y las 28 vocaciones femeninas ubicadas en distintos conventos. Hay otros cinco jóvenes obreros que durante este año comenzarán en Santiago su período de preparación al Seminario, pero sin alejarse de las filas apostólicas.

Vemos con gran incertidumbre el futuro de la A.C. Obrera, sobre todo el de las ramas adultas. Encontramos que en el clero se está avanzando, que hay mejor voluntad y menos prejuicios, pero todo ello va caminando demasiado lento. Para muchos la JOC es una obra buena, pero "una obra más" que viene a sumarse a las innumerables ya existentes, y hacer así más difícil la vida del sacerdote. No ven la trascendencia que en ella la Iglesia pone para la formación de dirigentes obreros y salvación del mundo del trabajo. En el fondo: se cree poco, y a veces nada en la misión ireemplazable del laicado.

Es un hecho que tenemos obreros que son cristianos. Pero es también una triste realidad que la masa obrera, que las instituciones obreras y que la juventud obrera siguen viviendo al margen e ignorantes de la Iglesia. Falta una *acción colectiva* para la reconquista del mundo obrero. Gran parte de los elementos actuales de la JOC han crecido en una familia y en una adolescencia no cristiana. Han sido pacientemente reconquistados por el apostolado de los militantes y asesores: ésta es una de las razones del cariño que guardan por la JOC.

Vemos gran anarquía de criterios entre los que trabajan apostólicamente en el ambiente popular. Muchas parroquias organizan sus diversas instituciones con criterio individualista, y restando efectividad a las iniciativas diocesanas que los Prelados han determinado.

La atención sacerdotal a dirigentes y militantes jocistas, ha sido en 1955 muy inferior a los años anteriores, lo cual si no se remedia va a traer serias consecuencias para el futuro de la JOC.

La Asesoría Nacional y Arquidiocesana de Santiago, de la A.C. Obrera, (Pre-JOCM y Femenina; JOC y JOCF, más LOC y LOCF) y la Parroquia está entregada a cuatro sacerdotes.

Servicios de la JOC

Junto con ir extendiéndose, la JOC ha ido creando diversos beneficios para la juventud obrera en general. Son los que se llaman “servicios” de la JOC.

Servicio de Vacaciones

La juventud trabajadora no tiene ninguna formación para aprovechar bien su “feriado legal”, el que muchas veces, por necesidad o sin ella, se trabaja como todos los días. Junto a este problema está el que no hay lugares adecuados, ya sea en lo económico o como verdadero lugar de descanso, que esté al alcance de los recursos de la clase trabajadora. La JOC organizó este servicio con un fin bien específico: dar descanso y salud a los trabajadores y además como en todos los servicios, poder dar a través de él una formación o comienzo de formación cristiana, lo que permite muchas veces encontrar futuros militantes para el Movimiento.

Casas de vacaciones

La JOC tiene casas de vacaciones en: Buenuraqui (Concepción); Vilches (Talca); El Peumal y el Quisco (Santiago).

Este servicio está organizado también en las siguientes Diócesis: Iquique, Valparaíso, San Felipe y Chillán.

Algunos números: En 1955 y 1956, en los meses de verano, las casas de El Peumal y El Quisco juntaron en sus temporadas de 2.000 a 2.500 personas. En este mismo tiempo, Vilches reúne más de 500 personas entre JOC y JOCF.

Servicios de Hogares

Es uno de los servicios más importantes de la JOC para las jóvenes trabajadoras que no tienen un hogar propio. Actualmente existen tres hogares, uno de la Federación de Empleadas y los otros que juntos tienen una capacidad de 90 jóvenes; están ubicados en Sazié 2498 y en Moneda 1737 para las Federaciones de Santiago. La JOC Masculina tiene un hogar en López 257, en el cual viven algunos dirigentes y donde se recibe a los jocistas de paso por Santiago. La JOCF de Talca, tiene un Hogar de Empleadas el que, además de cumplir la misma función que el de Santiago, recibe a dirigentes y jocistas de paso por la ciudad.

Librería y Publicaciones

La librería de la JOC ha ayudado inmensamente a la sólida formación que queremos conseguir para los militantes. Se han vendido muchos cientos de Evangelios. (El año pasado se hizo un pedido de 5.000 Evangelios para librería) alrededor de 500 Misales y numerosas Biblias completas. El total de ventas de librería solo durante el año 1955 alcanzó a \$ 818.328. Durante el año 1955 se ha publicado "La Militante jocista"; "Nuestro Salario", "Vida de un núcleo jocista", "Historia de la JOC Chilena", "Adolescencia", etc.

También se está publicando mensualmente "Pastoral Popular", revista sacerdotal que alcanza una circulación superior a 500 ejemplares. Se sacó el folleto "Liturgia del Matrimonio", que es el primero de una serie de publicaciones pastorales y el "Misal Popular". Pronto saldrá a la circulación la novela jocista "Lo mejor de sí mismo", que presenta la doctrina y vida de la JOC.

Servicio de Enfermos

Este trabajo partió de la iniciativa de jocistas que estuvieron enfermos y comprendieron el inmenso problema de los enfermos, sector que es muy abandonado y por lo mismo está expuesto a la influencia de todo tipo. Por otro lado los problemas morales que se crean en algunos hospitales necesitan de una efectiva acción apostólica. En Santiago se ha logrado atender el Hospital San José, Lo Franco, El Peral y Trudeauaux; en este último hay un centro formado por enfermos de ese Hospital.

Servicio de Preparación al Matrimonio

En 1953, se alcanzó a realizar en la Central Jocista un ciclo de cursos preparatorios al Matrimonio, especialmente para novios y esto se ha venido efectuando 2 veces cada año. En 1955 se hizo además la experiencia en la parroquia de S. Gerardo, con un resultado muy satisfactorio. Este año se proyecta extender estos cursos que son 8 a diversos barrios de Santiago. Su utilidad es inmensa por la formación que dan y por la mística del Matrimonio Cristiano que hacen descubrir.

Realidad de las Federaciones Jocistas

La organización nacional de la JOC está basada en la orientación y dirección de un Consejo Nacional, que está formado por las directivas de las distintas federaciones que se encuentran aprobadas y reconocidas por los Excmos. Sres. Obispos respectivos, oído el Consejo Nacional. El Consejo Nacional se reúne una vez al año, y hay una marcada tendencia

a que estos encuentros, en alguna de sus partes, sea mixto. Por esta razón, desde el año pasado se realiza en esta forma. De este modo se consigue una mayor unión en los planes de trabajo, que son elaborados en sus líneas generales en esta oportunidad y para impartir la formación que las mismas hayan pedido. El Consejo Nacional está compuesto por las siguientes Federaciones: Federación Norte, Sur, Oeste, Rural con JOC y JOCF, Federación Central JOCF y Federación de Empleadas (Santiago), Federación Talca JOC y JOCF, Federación Chillán JOC y Federación Concepción JOC y JOCF. Futuras Federaciones masculinas: Federación Central (Santiago) y Federación Minera (Concepción; participan también en el Consejo Nacional —aunque no están reconocidas como Federaciones— ya que en ellas hay algunos núcleos y centros más firmes, la JOC Y JOCF de Valparaíso, la JOC de Osorno y las nuevas JOC de Valdivia y Antofagasta.

JOC de Iquique

La formación de la JOC en esta Diócesis ha estado dificultada por las enormes distancias que tienen que recorrer los dirigentes nacionales para visitar la zona. Otro de los grandes obstáculos es la falta de clero, lo que no ha permitido la atención continua y profunda de un asesor. Sin embargo, la directiva nacional ha estado siempre muy preocupada de la formación de la JOC de Iquique y ha mandado dirigentes por estadías largas, las que han durado desde los seis meses hasta el año y medio. Los delegados nacionales visitan la diócesis por 1, 2 y 3 meses. Además ha habido permanencias de asesores nacionales en ella. La JOCM tiene algunos núcleos que todavía son débiles. La JOCF está casi en las mismas condiciones.

JOC de Antofagasta

El Sr. Obispo en su deseo de establecer la JOC en su Diócesis, ha apoyado efectivamente los comienzos de algunos grupos jocistas, que empiezan orientados por el Hno. Jesuíta Carlos González, que fue quien inició también la JOC Masculina en Chillán. Recientemente se ha realizado una jornada regional de la JOCM en la que participaron los centros y núcleos de Iquique y sus salitreras, más Antofagasta, Chuquicamata y las salitreras de esta provincia. Esta jornada reunió a 50 jóvenes.

JOC de La Serena

Existe un centro de JOCM en la ciudad de Coquimbo, el cual es ayudado por el párroco. Había también un centro en el mineral de Cemento Juan Soldado, que se disolvió con el cambio de la Población a otros lugares de la provincia.

JOC de San Felipe

La JOC de San Felipe cuenta con un centro y dos núcleos masculinos en la ciudad y un núcleo de JOCF que recién empieza. En Los Andes existe un centro de JOCF y un núcleo de JOCM.

JOC de Valparaíso

En esta Diócesis, de gran importancia obrera se ha estado trabajando desde hace 3 años. Desgraciadamente ha sido imposible dedicar aunque sea en parte, un asesor diocesano. Se cuenta con la ayuda de un sacerdote del Colegio Episcopal y la de un asesor nacional que viaja cada mes y medio a atender a los militantes. Se cuentan 3 núcleos masculinos, un centro femenino y 3 núcleos femeninos.

JOC de Santiago

La JOC en esta Arquidiócesis se ha organizado en 5 Federaciones masculinas y seis femeninas que agrupan 13 centros masculinos, 23 núcleos masculinos, 6 centros y 6 núcleos de Pre-JOCM, 33 centros de JOCF y 28 núcleos de JOCF, 6 centros y 16 núcleos de Pre-JOCF. Las distintas federaciones son atendidas por los cuatro asesores centrales de la A.C. Obrera. En cuanto a la atención sacerdotal en los centros parroquiales podemos decir que algo se ha avanzado. En efecto, hay unos 15 sacerdotes que atienden sus respectivos centros y que los miran como parte integrante de sus parroquias. Otros tantos los aceptan pasivamente, muchos les son indiferentes.

JOC de Talca

Existen 3 centros y 4 núcleos masculinos. 5 Centros y 2 núcleos femeninos, 2 centros de Pre-JOCF y algunas experiencias de Pre-JOCM.

JOC de Chillán

En la actualidad existen 4 centros y 3 núcleos masculinos, 4 centros y 6 núcleos femeninos.

JOC de Valdivia

En la Sede Episcopal recién comienzan dos núcleos de JOCM y JOCF y en la ciudad de Osorno hay un Centro de JOCM y un núcleo de JOCF.

JOC de Concepción

La JOC está extendida en casi toda la Arquidiócesis y muy pronto se formará la Federación Minera. Cuenta con 9 centros masculinos y 7 femeninos. Sus asesores tienen a su vez la atención de sus parroquias, ya que todos ellos son párrocos.

Planes de trabajos

En estos últimos tres años la JOC ha estado trabajando en el Plan Familiar, dividido en tres etapas que son: Campaña Social, Familiar y Religiosa. Los puntos principales tomados han sido: Superación Obrera, Salario Vital Obrero y Previsión Social. A través de encuestas que logran producir un ambiente en general y que permiten al militante conocer más vivamente una realidad de su barrio, fábrica y otros ambientes, se inicia el Plan de Trabajo.

Federación de Empleadas de Casa Particular (JOCF)

La FECP es una de las 6 Federaciones que constituyen la JOCF de Santiago. Agrupa exclusivamente a empleadas de casa particular.

Organización

Funcionan alrededor de 15 a 20 *centros parroquiales* repartidos en 5 *sectores* cada uno de los cuales está a cargo de una Responsable del Sector que, por lo general, es una Permanente. Los centros tienen una reunión semanal en que se realizan Círculos de Estudios, Cursos y Actividades varias. La Mesa Directiva del centro corresponde por lo general a las *militantes* o posibles militantes. Estas tienen en el curso del año 3 *jornadas de Estudios* y 3 *Retiros* que corresponden a las 3 etapas en que se divide el trabajo de la JOC, y que se realizan los domingos de 4 a 8 en Carrera 110. La asistencia media ha sido de 20.

En los centros se realizan retiros para Empleadas de 3 a 5 con bastante frecuencia. También participan los centros en las Actividades y Servicios de la FECP que veremos más adelante. Un Boletín para militantes las mantiene al corriente de todas las iniciativas de la Federación. Salieron 8 números en 1955. Las Dirigentes participaron en todas las actividades de la JOCF: Retiros, Jornadas de Estudios, Asambleas . . . , etc.

Liga Obrera Católica (LOC)

Masculina o femenina.
Movimiento familiar
Iquique - Santiago
Talca - Concepción.

Alrededor de 1950 se dieron los primeros pasos para la formación de este movimiento de adultos, en Iquique, Santiago y Concepción, que son atendidos por los asesores respectivos. La atención la han recibido separadamente como en dos ramas y también conjuntamente según las circunstancias lo han exigido. En un comienzo esta atención era central, es decir, su organización era de un solo grupo. A partir del año pasado, se han ido formando grupos de amistad en las parroquias con tan buen resultado, que hoy se atienden 8 grupos de éstos. La formación la reciben siempre en Jornadas y Retiros que se dan a todos los matrimonios juntos en forma central.

Sus actividades

En agosto del año 1955 se dieron los primeros pasos para la formación de una Cooperativa de Vivienda, dirigida y orientada por los locistas. Cuenta con 90 socios y tienen reunidos dos millones seiscientos mil pesos habiendo finiquitado el trámite de la compra del terreno. Lo que se pretende con esta iniciativa no es sólo la construcción de habitaciones, sino ir a la creación de una verdadera comunidad cristiana donde tenga vital importancia la vida cooperativa en sus diversos aspectos.

Servicio de preparación al Matrimonio

Junto con ambas ramas de JOC, la LOC ha organizado estos últimos dos años Cursos de Preparación al Matrimonio, repetidos dos o tres veces al año. Aunque en cuanto al número no se ha logrado un fruto eficaz, ya que no han pasado de 20 parejas las que han asistido a este ciclo, sin embargo se ha hecho un bien muy positivo en las familias obreras. Todos estos pasos apostólicos en las familias no podrán alcanzar una trascendencia mayor, como lo exigen las urgentes necesidades actuales, sin que se dedique exclusivamente un asesor a estas ramas. Hasta la fecha un asesor de la JOC le dedica un poco de su tiempo. La realidad nos dice que la JOC por muy buena que sea, sin una LOC bien atendida defrauda a militantes jocistas y hace una vida apostólica imposible dentro del campo familiar de los adultos.

Talca

Se dan en esta Diócesis los primeros pasos, juntando a los matrimonios de exjocistas. Se ha realizado una primera reunión y se ve un buen futuro para este trabajo.

Fundación de "Educación Popular"

La JOC como "escuela de formación" además de lo que va dando por medio de sus planes y reuniones normales, desde hace 4 años en Santiago, ha estado buscando experiencias de "educación de base", según las necesidades que se han presentado, ya sea en el ambiente en general, como en los mismos cuadros jocistas. Es así como desde el año 1953 se han ido formando las "*Educadoras Populares*" reclutadas dentro de las militantes jocistas que hayan demostrado: firmeza en sus inquietud apostólica, preocupación por el problema de la educación fundamental y capacidad para poder asimilar y dar los distintos conocimientos que se han visto necesarios para el cumplimiento de esta labor.

La finalidad, aunque muy amplia, es esencialmente orientar y ayudar en los barrios populares, zonas industriales y poblaciones casi abandonadas en la forma de vivir. La Fundación de Educación Popular a través de su Instituto además de preparar educadoras, prepara auxiliares de Educadoras Populares, a las que no se les exige mayor preparación intelectual, como condiciones naturales de pedagogía y espíritu apostólico. Su preparación se hace a través de cursos breves sobre un ramo práctico. La auxiliar de Educadora aprende: Corte y Confección, Camisería, Primeros Auxilios, complementados con Cultura General y Metodología. Este aprendizaje lo realizan en cursos alternados.

Escuela de Educación Popular

Este nombre se ha dado a una experiencia que se realiza en la Comuna de S. Miguel en conexión con el centro de JOCF de esa localidad. Consiste en una Escuela Vespertina para niñas, jóvenes y señoras. Da clases de Corte y Confección y Telar complementadas con Cultura General y charlas de actualidad. Su matrícula es de 25 alumnas.

Otra experiencia importante es la que se está realizando en la parroquia de S. Joaquín, en la Población Bulnes y Población de las Cervecerías. Consiste en conseguir una superación de los actuales hogares que componen esas Poblaciones. Se han realizado las siguientes etapas: Encuesta preparatoria para inquietar el ambiente y conseguir interesar en cursos prácticos organizados en la Escuela Técnica Femenina de esta parroquia, a las señoras y niñas. El paso siguiente fue organizar los cursos que se encuentran funcionando. A estas experiencias hay que sumar

otras similares que se están realizando en Población El Carmen de Negrete, en fábricas Hirmas, en Población Germán Riesco. Se están haciendo también experiencias en la población "callampa" de El Pino perteneciente a la parroquia de Ntra. Señora del Rosario, con un grupo de madres, adolescentes y jóvenes. Dos Educadoras están efectuando esta misma labor en Lontué y una en el Fundo Sta. Amalia de la misma localidad.

Educación Base en San Gerardo

A petición de la Oficina Internacional de la JOC, se está desarrollando una experiencia de educación de base a cargo de la JOC de la parroquia en colaboración con todos los organismos parroquiales y del sector elegido que es la Población Pedro Montt. Los primeros pasos han sido para conocer palmo a palmo la población más sus principales organismos y dirigentes. Enseguida, se ha procedido a ubicar un problema común para mover a todos los sectores en su solución.

Talca

Se ha desarrollado en esta ciudad en conexión con Educación Popular, un Servicio Cultural, el que se preocupa de organizar en los barrios, de acuerdo con los centros, cursos prácticos para la formación de los jóvenes.

Valparaíso

Aprovechando las posibilidades que tiene una dirigente de actuar en una escuela de un barrio obrero, está empezando con estas mismas experiencias.

La Fundación de Educación Popular, además de contar con el Instituto, cuyas experiencias ya hemos relatado, tiene dos Escuelas de Orientación Profesional, una femenina y otra masculina.

Escuela de Orientación Profesional masculina

Para niños, a cargo de un profesor titulado en la U. de Chile y que desde 7 años ha estado trabajando junto a la JOC en este sentido. Se han tomado niños del último Curso de preparatorias y a base de un contacto personal y familiar, de examen psicotécnico, se le ha ido ayudando en la elección de su profesión, (mecánica, carpintería, electricidad, etc.) y en la ubicación de la Escuela Industrial o Liceo que le corresponde.

Escuela de Orientación Profesional Femenina

También en lo femenino se han hecho cursos de Orientación Profesional: en 1954 en la Central de Moneda y en 1955 en "Ntra. Señora del Rosario", con niñas de 6ª primaria, lo que se ha extendido este año a dos parroquias más.

Todos estos pasos vienen a responder a un agudo problema a que se ven abocados gran mayoría de los jóvenes obreros que, por la necesidad de encontrar algún trabajo remunerado y por la falta de ayuda en este paso tan trascendental de sus vidas, se ven obligados comunmente a tener que iniciarse en trabajos para los cuales no tienen cualidades o no se sienten atraídos, con la consecuencia tan generalizada de tener en Chile una gran masa de obreros sin ninguna especialización y por lo tanto sin un ideal de trabajo. Estos mismos motivos han hecho que se piense en la creación de una "Escuela-Taller" donde junto con trabajar con la correspondiente remuneración, reciban conocimientos teóricos y dirección que oriente la práctica: para esto nos hemos puesto en conversación con un grupo de industriales que se interesen por el problema y que están dispuestos a proporcionar al menos, parte del material necesario. Estas actividades han sido reconocidas y aprobadas por la UNESCO internacional.

X Aniversario de la JOC Chilena

A mediados del año pasado, las directivas nacionales de la JOC y JOCF, consideraron la posibilidad de darle a este año un tono especial dentro de sus actividades e incluso realizar algunas en forma extraordinaria por tratarse del 10º Aniversario de la JOC. Aprovechando la ocasión que dio el II Encuentro Continental en Baruerí (Brasil), se fijó a Chile como sede del III Encuentro Sudamericano como una forma de dar un mayor realce a sus festividades de aniversario. Durante el Consejo Nacional Mixto de octubre de 1955, realizado en Santiago, se estudió la forma de organizar las diversas actividades que originaría la celebración de nuestro Año Jubilar. Existe un programa que ya se envió a todos los señores Obispos, a las ramas de A.C. en Chile y a todas las JOC nacionales de América del Sur. Hasta la fecha, las realizaciones más importantes que hay son: Retiros de Semana Santa (30 en total en el país) para dirigentes en forma central y para jóvenes y niñas en los barrios de Stgo.; en estos últimos hubo una asistencia de 1.000 entre jóvenes y niñas. En los días 19-20 y 21 de mayo, se efectuaron las primeras jornadas regionales. Regional Sur JOCF y Regional Norte JOCM. En los dos casos fueron de formación y juntaron a Iquique y Antofagasta con sus respectivas salitreras en Chuquicamata y a Talca y Concepción en San Carlos. Las Jornadas Regionales Sur de la JOCM y Central de la JOCF se realizaron los días 29-30 de junio y 1º de julio, en Concepción y San Felipe respectivamente. Ya comenzaron también las jornadas con seminaristas y no-

vicios, la primera de las cuales se realizó el 26 de abril y el tema que se estudió fue "Mentalidad Obrera"; la segunda de estas jornadas se efectuó en el Noviciado Franciscano, en La Granja, y el tema fue "La JOC como solución al problema obrero".

El martes 29 de mayo tuvo lugar por primera vez una reunión con los profesionales y empresarios católicos. El tema de esta reunión fue tratado por Mons. Manuel Larraín, y tuvo los siguientes puntos: el problema obrero, el Movimiento Obrero, la JOC como solución. Este tema dio origen a un importante debate y a interesantes acuerdos entre USEC y JOC. De todas estas actividades realizadas y de las programadas con motivo del Xº aniversario se ha estado informando constantemente a los Sres. Obispos.

Encuentro Sudamericano

Como se dijo anteriormente, Santiago de Chile fue aceptado como sede del III Encuentro Sudamericano de JOC que tendrá lugar del 4 al 11 de octubre del presente año. Esto ha permitido a la JOC nacional tomar contacto con las diferentes JOC de América del Sur y acrecentarlo con la Oficina Internacional, con las cuales se han intercambiado experiencias a la vez que se les ha informado de todas las actividades de este año. Los temas principales han sido propuestos por los países participantes y la Oficina Internacional; ellos son: Educación de Base (motivo por el cual el Bureau pidió la experiencia de San Gerardo), Problema Campesino de América del Sur, Situación del Joven Trabajador, Técnica Jocista y Peregrinación a Roma. Para esta ocasión, Mons. José Cardijn vendrá a Chile, oportunidad que se aprovechará para contactos con sacerdotes, novicios y seminaristas y religiosas, empresarios católicos y profesionales.

Peregrinación a Roma

Un gran acontecimiento se llevará a efecto en agosto de 1957: la JOC mundial realizará su primera peregrinación a Roma, cuya preparación ya se está realizando a través de la Encuesta Religiosa que permitirá a todas las JOC nacionales participar de hecho en esta Peregrinación. El fin principal de esta jornada será presentar al Santo Padre la realidad de la vida religiosa del joven trabajador.

IV. Conclusiones

Llego al término de este largo informe solicitando la excusa de VV.EE. por su extensión. No habría podido hacerlo de otro modo al que-

rer dar una visión más o menos completa de nuestra Acción Católica Chilena en el momento actual.

Las conclusiones que de este informe se desprenden, no le corresponde sacarlas al que suscribe. Unicamente me permito hacer las siguientes indicaciones:

1. Necesidad de que haya una orientación común que responda plenamente a las directivas que el Episcopado ha dado sobre A.C. en 1952 y 1954.

2. Necesidad de fijar en forma firme los caracteres fundamentales de la A.C.:

a) formar apóstoles seculares que trabajen en la recristianización de sus ambientes;

b) dar a esos seculares responsabilidad e iniciativa propia en el cumplimiento del mandato que la Jerarquía les confía;

c) dar un sentido misionero al apostolado, es decir de expansión y conquista;

d) entregar a las obras particulares que la Iglesia ha fundado, las tareas de apostolado particulares y concretas, a las cuales los miembros de A.C. podrían ampliamente colaborar.

3. Dedicar asesores competentes a la atención intensiva de la A.C. para la selección, formación y asistencia de los militantes.

4. Insistir ante el clero en que la A.C. "forma parte integrante de su ministerio pastoral" (S.S. Pío XI), y que para el sacerdote su posición ante ella es querer organizar y realizar su ministerio sacerdotal en función de la A.C.

5. Orientar la A.C. no tanto a tener "socios" sino militantes; católicos que tengan el sentido de su responsabilidad apostólica y que realicen una acción consciente, iluminadora, vivificadora, unificadora y obediente.

6. Estudiar la manera que los religiosos y religiosas cooperen efectivamente a la A.C., especialmente en el campo educacional.

Con los sentimientos de alta veneración y estima, quedo de VV.EE.,
affmo. Hermano in Corde Jesu.

2º CONGRESO MUNDIAL DE APOSTOLADO LAICO, PONENCIA:
CRECIMIENTO DE LA VIDA CRISTIANA EN EL LAICO DE HOY (1)
(13-X-1957)

Introducción

1º “La Iglesia cristiana es siempre nueva, porque el Espíritu que la anima es siempre nuevo”. Este pensamiento de Bossuet nos sirve de introducción y nos da el sentido profundo del tema que nos ha sido confiado. En estas palabras vemos expresarse el designio redentor de Dios a través de la historia. Ellas nos ponen en contacto con el doble movimiento del mundo, que busca su integración definitiva, y de la Iglesia, que tiende “a la plenitud de Cristo y su perfeccionamiento en la Caridad” (2).

Ellas nos enfrentan al tema que debo desarrollar, “crecimiento de la vida cristiana en los laicos de hoy”, para hablarnos de la formación del nuevo tipo de cristiano que la hora actual del mundo y la tensión apostólica de la Iglesia exigen. Ellas nos dicen, por último, que siempre hay una respuesta de Dios a las angustias de los tiempos y esa respuesta es la Iglesia formando los diversos tipos de hombres que cada edad del mundo necesita.

El problema

2. El tema asignado puede precisarse así: ¿cuáles son los elementos de la espiritualidad de los laicos que intervienen en las realidades temporales del mundo actual?

El enunciado del problema nos obliga a señalar primero las *realidades* de la doble tarea temporal y eterna que corresponde al cristiano. Hay dos palabras divinas que le sirven de fundamento:

La primera se pronuncia en la aurora del mundo: “creced, multiplicaos, henchid la tierra y enseñoreaos de ella” (3).

(1) II Congreso mundial para el apostolado de los laicos, Roma, 13 de octubre, 1957.

(2) *Ef.* 4, 13-16.

(3) *Gn.* 1, 28-29.

La segunda, en la aurora de la evangelización:

“Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar cuanto yo os he mandado” (4).

Ambas tienen el tono imperativo de un mandato y la fuerza de una tarea ineludible que es necesario cumplir.

La primera, es la del día séptimo de la Creación, la del día aún no concluido de la historia, en el que Dios crea al hombre a imagen y semejanza suya, le entrega el dominio y señorío vicario de todo lo creado, le otorga el don divino de la fecundidad y lo llama a llevar a su término la obra iniciada.

La segunda, es la que inaugura la misión apostólica y en la que el Reino de Dios inicia su avance entre las turbulentas aguas de la historia.

La primera palabra entrega al hombre una misión creadora, la segunda confía al cristiano una misión redentora.

De la primera palabra divina, nace la vocación fundamental del hombre: volver a Dios completando la Creación.

De la segunda palabra divina nace el gran misterio encomendado a la Iglesia: divinizar la Creación y la vocación sobrenatural del cristiano de cooperar al misterio de salvación congregando a la humanidad en Cristo para llevarla a Dios.

La unión de ambas nos da la realidad que sirve de base a la espiritualidad de los laicos: construir un mundo y divinizarlo.

Estos dos grandes imperativos que asocian al cristiano a la doble tarea de la Creación y de la Redención son lo que constituye “lo terriblemente serio de nuestra existencia”.

3. *Realidad presente*

Lo que a nosotros nos interesa aquí no es tanto en general el problema de la doble tarea del cristiano, cuanto la forma en que ésta se presenta en el tiempo actual, ya que es en el plano de la historia donde se realiza este doble crecimiento del mundo y de la Iglesia.

Es igualmente en ese doble marco del mundo y de la Iglesia donde el cristiano de cada edad forma y define su propia fisonomía.

Su vida espiritual deberá expresar conjuntamente las inquietudes, angustias y esperanzas de la Iglesia y del mundo en el momento providencial en que Dios lo ha hecho nacer.

¿Cómo se presentan éstas en nuestro tiempo? Demos una rápida mirada a ambos. Si miramos el mundo presente, vemos que una nueva era de la historia del hombre se inicia en nuestro siglo. Un mundo evolu-

(4) Mt. 28, 18-20.

ciona vertiginosamente. Descubrimientos científicos insospechados antes, traen un inmenso progreso técnico. Este a su vez trae, en medida extraordinaria, la industrialización. La unión de estos dos factores, ciencia y técnica, dan como consecuencia la unificación material del mundo.

Estos cambios estructurales profundos, repercuten en las condiciones de vida, la cultura y la mentalidad del hombre de hoy. Si de otra parte miramos a la Iglesia, vemos que esa unidad material hacia donde el mundo camina le plantea el problema de la unificación espiritual del mismo. Fue la angustiosa y profética pregunta del Cardenal Suhard: "¿quién hará la unidad espiritual del mundo?"

El crecimiento demográfico, técnico y social advierte a los cristianos que la Iglesia debe crecer al mismo ritmo de la cultura y de la historia, y no son tan sólo Continentes geográficos, sino mundos humanos los que ahora debe evangelizar.

Si consideramos el dinamismo interno de la Iglesia, vemos, como agudamente nota el profesor Zeegers, que "una tercera edad de la expansión misionera se abre para la Iglesia de Cristo".

4. Exigencia fundamental del cristiano de hoy

De una visión real de la Iglesia de hoy en el mundo de hoy, resulta la estructura fundamental del tipo de cristiano que nuestro tiempo exige. Ante un mundo que avanza hacia su edad adulta, hay que formar a un cristianismo adulto. No a un cristianismo de tradición o de rutina, sino de elección. No a un cristianismo de masa, sino de opción voluntaria y consciente. Cristianos verdaderos, que por la solidez de su fe, la intensidad de su vida interior y el sentido profundo de sus ideales sobrenaturales, sean capaces de llenar la misión que les compete en el mundo de hoy.

Cristianos de edad espiritual adulta, que posean una visión exacta de la Iglesia y de las dimensiones que ha de tener su cristianismo, que sepan comprender, cómo en el acontecer de la historia, Dios realiza una nueva etapa de su plan eterno de la transformación del mundo en Jesucristo, y sean formados a un cristianismo auténtico en todas sus dimensiones; en la dimensión justicia, en la dimensión misericordia y en la dimensión fraternidad. Un cristiano cuya conciencia viva de la vida del mundo y de la Iglesia le haga sentir la urgencia imperiosa de llenar la misión redentora que Dios le confía. Un tipo nuevo de cristiano para un mundo nuevo.

"En medio de las tormentas del invierno, dice Charles Moeller, entreveremos una primavera de la naturaleza y una primavera de la gracia. Del drama de este mundo presente, emergerá una doble "epifanía": la del hombre más fuerte y más consciente de sí mismo en todos los campos que el Señor le ha confiado, pero también más despojado, más cerca de esa desnudez de la condición humana que el pueblo de Israel conoció al salir de la cautividad de Babilonia y

que le abrió los oídos del corazón a la predicación profética. La segunda "epifanía" es la de una religión a la vez más rica y más simple, repristinada en ese Dios que ha amado de tal manera al mundo que no dudó en darle a su Hijo para salvarlo" (5).

5. *Realidades espirituales del laico de hoy*

Bajo signos diversos van produciéndose nuevas realizaciones de la santidad en el mundo y por medio de ellas va diseñándose el tipo de espiritualidad para el laico de nuestro tiempo. El dinamismo divino que mueve a la Iglesia, se expresa en ese crecimiento de la vida cristiana en el laico de hoy. El laico va tomando conciencia clara de su misión en la Iglesia y en el mundo. Frente a la Iglesia se da cuenta de pertenecer al pueblo de Dios y comprende las responsabilidades apostólicas que de este hecho surgen.

Frente a un mundo profano siente la necesidad de santificarlo, santificándose en él.

A través del movimiento del mundo y de la Iglesia, sabe que Cristo viene en la historia y lee en los acontecimientos los designios salvadores de Dios para nuestro tiempo.

De este modo, el hombre común descubre su vocación apostólica y busca desarrollar su personalidad humana en la plenitud de su condición de bautizado. En estas realidades el laico de hoy encuentra la base para diseñar su propia fisonomía espiritual.

Estas realidades de donde arranca su crecimiento espiritual podemos reducirlas a tres: la convicción de pertenecer a la Iglesia, no sólo como una realidad jurídica sino como un cuerpo vivo; la convicción de pertenecer a una comunidad dinámica que crece, a un pueblo de Dios que avanza y, finalmente, la convicción de pertenecer al mundo de hoy en el cual permanece activamente mezclado a sus actividades y problemas.

6. *Sentido de Iglesia*

La primera realidad que sirve de fundamento a su vida espiritual, es el despertar cada día más profundo y agudo del sentido de Iglesia. "Un hecho de alcance incalculable ha surgido, dice Guardini, y había como una fanfarria de alegría en esta buena nueva; la Iglesia se ha despertado en las almas". Sólo la historia futura de la Iglesia podrá darnos en su perspectiva completa todo el alcance y trascendencia de los incomparables documentos pontificios de estos últimos tiempos, y mostrarnos cómo la Encíclica "Humani Generis" nos lleva a "las fuentes de la revelación divina", cómo la "Mystici Corporis" impulsa el movimiento cristocéntri-

(5) Moeller, Ch., *Mentalité moderne et evangelisation*, pág. 292.

co-eclesial, la "Mediator Dei" al litúrgico, la "Divino Afflante" al bíblico, y la restauración de la Vigilia de Pascua al sentido pascual del Cristianismo, y cómo todos ellos llevan al cristiano de hoy a sentir la Iglesia, a sentir con la Iglesia y a sentirse Iglesia.

El Dogma del Cuerpo Místico de Cristo, puesto como de nuevo en plena luz en nuestro tiempo, hace ver al laico las perspectivas infinitas del Reino de Dios, por cuyo advenimiento trabaja.

En este sentido de Iglesia, que constituye la base fundamental de su vida espiritual, el laico comienza a comprender y a vivir su participación al triple poder sacerdotal, real y profético que reside en Ella.

Sabe, que si bien no puede consagrar el Cuerpo de Cristo puede, en cambio, en virtud del sacerdocio real y en su calidad de bautizado, ofrecer sacrificios a Dios, participar en la "Eucaristía —la gran Acción— vivir el hondo misterio de la comunidad litúrgica y darle a toda su actividad humana el sentido profundo de una oblación redentora" (6).

Su sentido de Iglesia le dice, que si bien no tiene el poder de jurisdicción que Cristo entregó a la Jerarquía, participa, sin embargo, de la realeza de Cristo en su adhesión positiva a las directivas jerárquicas, en el *diálogo filial* que mantiene con ella, y la información leal que le suministra (7). Ese mismo sentido de Iglesia, le da la conciencia que si es verdad que solamente es el magisterio público a quien corresponde transmitir fiel y autorizadamente el mensaje de Cristo, sin embargo, el testimonio de su palabra y de su vida hace posible que el mensaje cristiano penetre en tantos ambientes a donde el sacerdote no puede llegar. "Los fieles, decía Su Santidad Pío XII, y más precisamente, los laicos, se encuentran en las primeras filas de la vida de la Iglesia" (8).

Esa visión de la Iglesia ha hecho posible al cristiano de hoy el dar a su vida sacramental toda la importancia que tiene, tanto para su propia santificación, cuanto para el aspecto social que los sacramentos revisten.

Mira la Iglesia como la manifestación social de Cristo, "como la encarnación permanente del Hijo de Dios" (9), y ve en los sacramentos "los gestos de Cristo santificador viviendo en la Iglesia" (10).

En la medida en que el laico de hoy posee el sentido de Iglesia, posee también una visión sacramental más clara y más honda. No solamente se acerca a los sacramentos, sino que hace de la teología de los sacramentos la mística profunda de su espiritualidad. Comprende que por ellos se expresa la naturaleza de la Iglesia, cuerpo social y visible, al mismo tiempo que comunidad invisible en Cristo y que por medio de ellos se unen entre sí los fieles y constituyen el Cuerpo de Cristo. El aspecto comunitario de la vida sacramental es ciertamente uno de los gran-

(6) Cfr. *Rm.* 12, 1, sg.

(7) Cfr. Rahner K., *La opinión pública en la Iglesia*.

(8) Alocución, Consistorio, febrero 1946.

(9) Mohler, *La Symbolique*.

(10) Merch, *La théologie du Corps Mystique*.

des crecimientos de la vida espiritual que da al cristiano de hoy el sentido temporal y eterno de la comunidad cristiana.

7. *Sentido apostólico*

Junto a la convicción de sentirse Iglesia, el laico de hoy añade una segunda realidad: la conciencia de pertenecer a una Iglesia que crece, a una comunidad dinámica, a un cuerpo que se desarrolla, a un pueblo de Dios que marcha hacia su meta definitiva.

La Iglesia se le aparece, no como algo estático e inmóvil, sino como la redención que avanza, como la expresión del ansia salvadora de Cristo por toda la humanidad.

El laico tiene el sentido de pertenecer a la Iglesia y al mundo. Lo primero, lo pone ante el hecho de la obra apostólica aún no completada en su manifestación cósmica. Lo segundo, ante un mundo sacudido por hondas transformaciones en su estructura. La confrontación de ambos hechos, le da el agudo sentido apostólico de su existencia. Este mundo en movimiento hay que afrontarlo misioneramente. Una pastoral de preservación no basta para salvarlo. Esa Iglesia en crecimiento hay que llevarla a su plenitud.

De aquí su concepción de la vida cristiana como una misión en el mundo para llevarlo a Cristo.

La Iglesia se le presenta como la expresión histórica del movimiento salvador de Dios para la humanidad. La concibe, la siente y la vive en estado de misión. En esa visión misionera, el cristiano comprende que las cuatro notas de la Iglesia: Una, Santa, Católica y Apostólica, no solamente la describen y muestran su verdad, sino que, al mismo tiempo, definen su dinamismo interior. El cristiano sabe que pertenece a una comunidad que, bajo el impulso del Espíritu Divino, es a la vez unificante y santificante, congregando a los hombres en la comunidad de los hijos de Dios. A una sociedad, que por su naturaleza de católica trata de extenderse en las dimensiones geográficas y humanas del mundo, y por su carácter de apostólica debe trabajar sin desmayo en llevar la salvación universal traída por Cristo.

Así, iluminado por esta luz, el laico de hoy concibe el apostolado como el movimiento vital de la Iglesia y como la consecuencia lógica de su pertenencia a ella. Cristo ha venido en la historia. Cristo viene en la historia. La misión de la Iglesia es extender su Reino. El apostolado lleva en sí una fuerza de expansión que no descansará hasta que el mensaje divino sea comunicado a toda creatura. La evangelización es la gran tarea que, bajo formas y grados diversos, corresponde a toda la Iglesia.

De esta noción brota el sentido de su responsabilidad apostólica. El Bautismo y la Confirmación lo hacen miembro de un cuerpo que crece, soldado de un ejército que avanza, le confían una vocación apostólica que al no corresponderla lo haría ser infiel a la misión que Cristo le ha confiado en su Iglesia.

De este modo, el laico de hoy tiene plena conciencia que el apostolado no es algo agregado a la vida cristiana, sino la misma vida cristiana vivida auténticamente en todas sus dimensiones.

Las comparaciones evangélicas de “sal de la tierra”, “levadura en la masa” y “luz sobre el monte”, orientan su vida en la perspectiva infinita de la tarea redentora que ha sido confiada a cada cristiano.

8. *Ciudadano del mundo*

El lugar donde ha de ejercerse este espíritu apostólico, es el mundo temporal, al cual el laico por disposición providencial pertenece.

Su espiritualidad no se realiza alejándose del mundo, sino solamente permaneciendo en medio de él. Nada hay tan opuesto al espíritu evangélico como el sentido de “ghetto” o de “clan”.

La pertenencia a la Iglesia no le impide el conservar y cumplir todos sus deberes humanos de familia, de profesión, de vida cívica, viendo en ellos el campo providencial donde Dios lo ha colocado para santificarlo.

Hace suya, como síntesis de su espiritualidad, la oración de Cristo a su Padre: “no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal” (11). Sabe que es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo encarnado en realidades humanas y para vivir íntegramente su vocación cristiana, vive totalmente su vocación de hombre.

La vida diaria, con sus alegrías y sus penas, sus trabajos y deberes y sus acontecimientos imprevistos, es la cantera de donde el cristiano extrae los materiales con los cuales elabora su propia perfección. La visión del valor espiritual de lo temporal se abre lenta, pero seguramente ante sus ojos.

Su mayor contacto con las páginas de la Escritura Santa, le hace ver cómo todos los acontecimientos humanos se orientan al advenimiento del Reino de Dios. La historia profana se le presenta como una preparación al establecimiento de ese reino. La Creación se le aparece conjuntamente como la expresión de la omnipotencia divina y del amor de Dios que asocia al hombre a su perfeccionamiento. Y en una de esas admirables paradojas, que a menudo aparecen en las obras divinas, descubre que el día séptimo de la Creación marca conjuntamente el descanso de la obra creadora de Dios y el llamado al trabajo del hombre para perfeccionarla.

De este modo, penetra en el sentido del mandato que Dios da al hombre frente a la Creación: “creced, multiplicaos, henchid la tierra y enseñoreaos de ella” (12).

(11) *Jn.* 17, 15.

(12) *Gn.* 1, 28-29.

Crecimiento de la cultura, multiplicación de la especie, desarrollo de las estructuras del mundo, dominio del hombre sobre las fuerzas de la materia. El hombre centro del cosmos para llevarlo a Dios. Las creaturas, camino por donde el hombre descubre y alcanza: "la divina potestate, la somma sapienza e il primo amore" (13).

Esto explica una característica del cristiano de hoy: su sensibilidad social. La doctrina social de la Iglesia se le aparece, no como un código frío de relaciones jurídicas, sino como la expresión práctica de las relaciones fraternales que nos unen con todos nuestros hermanos, formando parte de la vida espiritual del cristiano. Esto explica por qué cualquier aspecto de la vida temporal que incida en las condiciones de vida de los otros hombres, aparece en su repercusión religiosa y moral en cuanto facilita o impide el crecimiento de la vida cristiana en un determinado ambiente. El hermoso pensamiento de Jean Giono nos dice que el cristiano de hoy sólo encuentra su alegría verdadera en la dicha de sus hermanos:

"Ai-je trouvé la joie? Non... j'ai trouvé ma joie. Et c'est terriblement autre chose. Quand la misère m'assiège, je ne peux pas m'apaiser sous des murmures de genir, Ma joie ne demeurera que si elle est la joie de tous. Je ne veux traverser les batailles une rose à la main" (14).

La formación de base apostólica indispensable hay que fundamentarla en esta actitud ante las cosas profanas, enseñando a todo hombre a comprender el sentido divino de lo temporal y a realizar su santidad a través de su vocación terrena. La gran tarea de la hora actual es la animación espiritual del orden temporal, la reintegración de todos los valores profanos en una concepción total de la vida y del mundo según Cristo.

El laico debe así comprender que los valores profanos son materia necesaria de la vida religiosa y que no es colocando un signo religioso sobre una actividad natural viciada como esta actividad será cristianizada. El amor de Dios tiene prioridad sobre el amor al hombre y sin embargo, el primer signo del amor de Dios es el amor fraterno: "deja

(13) Dante, *Infierno*, Canto III.

(14) Giono, Jean. *Les vraies richesses*.

"¿He encontrado la alegría? No... Yo he encontrado mi alegría. Y es terriblemente otra cosa. Cuando la miseria me asedia, yo no puedo apaciguarme bajo murmullos de genio. Mi dicha no permanecerá, si no es la dicha de todos. No puedo atravesar las batallas con una rosa en la mano".

ahí tu ofrenda sobre el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano" (15).

Su actitud ante lo temporal caracteriza la espiritualidad del laico de hoy: espiritualidad encarnada que debe vivirse plenamente en el mundo, convirtiendo en armonía la tensión que con frecuencia se presenta entre religión y vida, y haciéndole sentir que la plenitud de su vida cristiana se logra, no a pesar de estar en el mundo, sino precisamente por hallarse en él.

Lo importante no es retirarse del mundo, sino vivir la tarea temporal en un estilo plenamente cristiano.

"Los cristianos, dirá la Epístola a Diogneto, no se distinguen del resto de los hombres ni por el país donde habitan, ni por su lengua... ni llevan algún género de vida que los separa... y sin embargo, ellos revelan por *su actitud* la constitución admirable de su propia comunidad... Lo que es el alma en el cuerpo, he aquí lo que son en el mundo los cristianos".

Descripción a la cual hace eco la frase de S. Cipriano: "No hablamos muchas cosas, sino que vivimos".

Encarnado en el mundo, pero perteneciente al "laos" pueblo de Dios, el laico contempla las realidades terrestres con la misma mirada redentora de Cristo.

"Lo temporal, ha dicho Mouroux, es una realidad herida que hay que amar con un amor redentor. Amar las creaturas de Dios, el esfuerzo humano, las alegrías humanas, es no sólo permitido sino mandado; hay que hacerlo para asemejarse a Cristo y cumplir su deber. El cristiano ama lo temporal como algo que debe ayudarlo a alcanzar a Dios. Porque el cristiano no es un cobarde que teme apagar la vida, ni un débil que no se atreve a enfrentar la lucha, ni un vencido. Es un hombre lúcido y decidido que sabe que todo debe ser purificado: la naturaleza, el trabajo, el amor, la persona misma, y que con Cristo es capaz de purificarlo todo" (16).

De este modo, el laico descubre su vocación total: estar en el mundo para comunicarle la vida de Cristo que necesita, construir con todos los hombres de buena voluntad un mundo humano, justo y fraternal, y con la Iglesia, cristianizarlo, cooperar al plan sublime de Dios de restaurar en Cristo la creación, por la gracia y el poder de la redención.

Características principales de la espiritualidad del laico de hoy

Las realidades que sirven de base a la vida espiritual del laico, son también las que definen y señalan sus características.

(15) Mt. 5, 23.

(16) Mouroux, J., *Le sens chrétien de l'homme*.

Porque la primera realidad del laico es ser de la Iglesia, la característica de su espiritualidad será la de ser comunitaria, litúrgica y bíblica. Porque la segunda realidad del laico es la de pertenecer a una Iglesia en crecimiento, la espiritualidad del laico será la de ser misionero. Porque la tercera realidad señalada es la de permanecer en el mundo encarnándose en sus realidades temporales, la espiritualidad del laico tendrá como característica la mística del deber de estado como expresión de la vocación divina sobre él.

Comunitaria, litúrgica, bíblica, misionera y encarnada, tales son las principales características que trataremos ligeramente de mostrar.

9. Sentido comunitario

El redescubrimiento del carácter social y comunitario de la salvación es una de las grandes etapas de la vida de la Iglesia y de su acción sobre el mundo.

La característica primera del militante de hoy es la de vivir intensamente el misterio de la comunidad cristiana. Su sentido de Iglesia se la hace ver en su verdadera fisonomía: asamblea universal, "comunidad perfecta a través del tiempo y del espacio de todos los que adhieren a Cristo" (17).

El hombre de hoy siente, a través de duras experiencias, la necesidad angustiosa de la comunidad y la encuentra en la Iglesia.

"El individuo moldeado por el liberalismo y el renacimiento había hecho su tiempo, el hombre moderno veía que la personalidad tenía necesidad para madurar del apoyo de una institución objetiva, aspiraba a lo colectivo. Lo buscó en el socialismo. Error de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una noción numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que necesitaba era el colectivo viviente, o sea, la Iglesia. La Iglesia conjuntamente sociedad colectiva y cuerpo vivo distribuyendo su sangre a todos sus miembros" (18).

El sentido comunitario ha enseñado a los hombres a conocerse en la luz de Cristo y a aprender cómo la comunidad de vida y la comunidad de religión se apoyan y enlazan mutuamente. El taller, la calle, la oficina dan el sentido de las comunidades naturales y humanas que preparan a la comunidad en la cual los miembros se unen en la fe y en la gracia.

El sentido comunitario hace que el militante sienta y viva los lazos profundos que lo unen a todos aquéllos que, por designio providencial, Dios ha puesto junto a su vida. La solidaridad humana en el trabajo co-

(17) De Lubac, *Meditation sur l'Eglise*.

(18) Dom Indefonso Herwegen, O.S.B., Cap. 36, citado por Sehumacher, *Kraft der Urkirche*.

mún que realizar, en los problemas económicos que hay que afrontar, en la ciudad terrestre que es menester edificar, se convierte en una fuerza poderosa que lo impulsa constantemente a darse más y más al servicio de sus hermanos. La escuela, la fábrica, la oficina, el barrio adquiere para el militante el sentido de una responsabilidad común que hay que afrontar.

Ese sentido de comunidad humana se ennoblece y se sobrenaturaliza en el sentido hondo de la comunidad cristiana. Comunidad en Cristo, en su palabra, en su gracia. Comunidad que nace de un mismo sacrificio que se ofrece, de un mismo pan divino que se come, de una misma ciudad terrestre que se construye y de una misma Jerusalén celeste hacia la cual se camina.

Y así, en este mundo actual, mientras el abuso de la técnica tiende a despersonalizar al hombre y a convertirlo en una máquina o autómatas, el auténtico sentido comunitario le hace conocer el valor de su dignidad humana y el sentido amplio y cristiano de la fraternidad.

El ágape —misterio de caridad fraterna en la comunidad eclesial— adquiere en este siglo XX, aunque bajo formas diversas, el mismo sentido comunitario de los primeros siglos.

10. *Sentido litúrgico*

Este espíritu comunitario alcanza su expresión más alta en la Misa: Asamblea del pueblo de Dios, donde la comunidad cristiana se reúne para revivir el misterio de Cristo que enseña y que redime; donde la familia de Dios comiendo en la misma mesa el banquete cristiano del Cuerpo de Cristo, hace a sus miembros “concorporales”; donde la comunidad renueva su itinerario hacia la patria eterna; donde se hace realidad el designio salvador; la reunión del pueblo de Dios en la definitiva y eterna alianza en su Iglesia.

El espíritu litúrgico constituye otra característica del militante de hoy. Así como tiene el sentido de la Iglesia, tiene el de su oración oficial. Así como tiene igualmente el de la comunidad, tiene el de la oración colectiva. En la asamblea litúrgica siente y vive el misterio de la Iglesia. Ahí se expresa el sentido de la comunidad. Y a su vez ella forma ese mismo sentido, ya que la comunidad de oración conduce a la comunidad de acción.

El sentido litúrgico ha hecho redescubrir al cristiano de nuestro tiempo el sentido de la comunidad eclesial mostrándosela como el misterio de la salvación, como el movimiento progresivo del pueblo de Dios que exige de todos sus miembros no sólo una aceptación pasiva e individual, sino un constante esfuerzo comunitario.

11. *Sentido bíblico*

El laico de hoy da una importancia excepcional a la base bíblica, y más exactamente, evangélica y paulina de su espiritualidad. Las gran-

des reformas litúrgicas realizadas a partir de san Pío X, y muy especialmente bajo el Pontificado de S.S. Pío XII, nos muestran con claridad y precisión el camino por donde el Espíritu Santo quiere conducirnos. El "retorno a las fuentes" a que con tanta insistencia nos urgía san Pío X, está produciendo en forma cada vez más intensa esta unión de la Eucaristía y de la Palabra de Dios que alimenta la vida del cristiano. Esto explica, por qué no decirlo, las fuertes exigencias del laico sobre la predicación y su contenido. La quiere teologal, que le hable de Dios y de lo que Dios quiere de él. La quiere cristiana, que Cristo sea, como lo recordaba Su Santidad (14-IX-1956) el centro de la predicación. Que sea eclesial para mostrarle en la Iglesia el misterio del Reino de Dios. Que sea real, sin dejar de ser sobrenatural, como la voz de los profetas de Israel que eran hombres mezclados a la realidad de su pueblo, pero eran, ante todo, heraldos de la trascendencia divina.

12. *Espíritu misionero*

La espiritualidad del laico de hoy le hace concebir su vida como una misión en el mundo, la de llevar el mundo a Cristo.

Su condición de miembro vivo de la Iglesia y el mandato perentorio de la Jerarquía le dan el sentido de su vocación misionera. En ella descubre las inmensas dimensiones misioneras del mundo de hoy o comprende la doble tarea apostólica que se le entrega, la de aportar a la vida de la Iglesia las realidades naturales, de las cuales el laico es por excelencia depositario, y la de aportar a las estructuras del mundo moderno la luz del Evangelio de Cristo. El contacto mismo con las corrientes ideológicas no cristianas le hacen escuchar la angustia del mundo y su ansia de redención. Y en ese "gemido de las creaturas" de que habla el Apóstol, el laico siente el deseo de la creación.

"De ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en toda libertad de la gloria de los hijos de Dios" (19).

El laico pasa a ser el misionero indispensable que establece el continuo contacto entre el mundo y la Iglesia, lo temporal y lo eterno, la obra creadora y la redención.

13. *Santidad y deber de estado*

El sentido sagrado de la vida, mirada como una vocación que Dios le ha dado, es la característica fundamental de la espiritualidad del laico de nuestro tiempo. Siente que Dios lo llama a la santidad. Sabe que su

(19) *Rm.* 8, 21.

condición de bautizado pone en su alma el germen activo y la exigencia de la perfección. Pero sabe que la santidad a la que Dios lo llama no es la del monje, ni la copia más o menos imperfecta de diversas espiritualidades. Es una vocación de laico. Ha de santificarse en su estado de laico y es precisamente la fidelidad a ese deber de estado lo que da a su vida la unificación que necesita. De aquí proviene que él considere su vida profana como materia necesaria de su vida religiosa, y eso le hace ver también que su vida espiritual no consiste en un conjunto de prácticas piadosas yuxtapuestas a una vida profana, sino que es esa misma vida profana la que la oración eleva, la liturgia ofrece y que los sacramentos transforman en un sentido divino y sobrenatural.

La fidelidad al deber de estado, mirado como vocación divina, le da la ascesis fundamental de su espiritualidad y la mística de su acción, pues sabe que está ahí porque Dios ahí lo quiere, para cumplir la tarea redentora a la cual Dios lo destina en el mundo de hoy.

Hay dos imperativos que brotan para él de esta vocación: el de estar presente en las tareas humanas y apostólicas que le conciernen y el de dar en esa presencia el testimonio de que toda la vida es de Dios y que toda ella, sin reservas, hay que vivirla para Dios. Presencia en todas partes, pero presencia libre de todo lo que no sea la verdad y la justicia. Presencia que debe contener un testimonio espiritual auténtico donde prime lo vitalmente cristiano sobre lo aparente o decorativamente cristiano. Espiritualidad que sabe que, en último término, es el testimonio de la santidad, el supremo argumento que el mundo de hoy exige.

14. *Actitud ante el mundo*

Esta posición le dicta su actitud ante el mundo. No es extraño ni hostil a él. Medita y hace suya la palabra de Cristo: "Dios no ha enviado su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (20). Sabe discernir sus valores, sus inquietudes y esperanzas, sus anhelos no satisfechos de justicia, su búsqueda, a veces inconsciente de los valores trascendentales y eternos. Sabe también comprender sus errores y como el buen samaritano se inclina misericordioso a curar sus heridas.

"¿Qué hombre y qué cristiano —nos dice S.S. Pío XII— no escuchará el grito que brota de lo más hondo de la masa y que en un mundo de un Dios justo exige más justicia y fraternidad?"

15. *Hacia una espiritualidad del laico*

La vida como vocación de Dios —el deber de estado como camino de Dios—. La purificación de la doble tarea profana y misionera en esa

(20) *Jn.* 3, 17.

vocación divina. Tarea personal de cada uno en el crecimiento del mundo y de la Iglesia. Tales son las líneas matrices que elaboran la espiritualidad del laico de nuestro tiempo.

En el mundo, sin ser del mundo. En medio de las tareas temporales, pero "libres de todo, salvo de Jesús". Hombre de la tierra, pero con sed de cielo. La vida vivida en un estilo cristiano. El espíritu evangélico dándonos un estilo nuevo en que la vida del cristiano debe ser vivida. "La renovación del espíritu" de que habla la Epístola a los Efesios. En otras palabras, la santidad en medio del mundo. La santidad, ¿no era ésa la gran angustia de aquel "peregrino de lo absoluto" que fue León Bloy?". "La única tristeza verdadera en este mundo es la de no ser santos".

Cristianos que buscan en la oración las fuerzas y luces para llenar su propia tarea. Los contemplativos de la acción. Los que en el bullicio del mundo saben encontrar el silencio interior para escuchar la palabra inefable. Los que hayan la soledad, no en el desertar del mundo, sino en el encontrarse con Dios. Los que, fieles a la enseñanza evangélica, encuentran a Cristo en sus hermanos y sirven preferentemente en los pequeños, humildes y abandonados de la tierra. Los que, en una palabra, saben realizar la petición de la Iglesia en su liturgia pascual:

"Ut inter mundanas varietates,
ibi nostra fixa sint corda,
ubi vera sunt gaudia" (21).

(21) Tr.: "Para que al caminar entre las cosas de este mundo, allí estén fijos nuestros corazones, donde están las verdaderas alegrías".

LA ACCION CATOLICA CHILENA. ESTUDIO (1) (12-IX-1961)

Excelencia Rvdma.:

Creo de mi deber someter a V. E. un estudio, aunque somero por la escasez de tiempo, sobre la Acción Católica de Chile en el momento actual.

(1) Artículo bastante semejante al que reproduce un informe análogo a éste sobre la A.C., en 1956.

I. Breve mirada histórica a la A.C. Chilena

He juzgado conveniente dar una rápida ojeada histórica a estos 30 años de nuestra A.C., y a su desarrollo y evolución.

El Episcopado de Chile, fiel a su tradición de incondicional adhesión a las directivas de la Sta. Sede, fue uno de los primeros en América Latina, y aún de muchos países de Europa, en organizar la A.C. Tuvo para organizarla, como orientación principal, la A.C. Italiana y la obra de Mons. Civardi. Nació cuando los problemas del apostolado laico comenzaban a plantearse, a la luz del gran movimiento de promoción del laicado suscitado por Pío XI, y cuando la doctrina de la A.C. aún no había logrado el magnífico desarrollo que ha tenido en los 30 años posteriores. Fundada en la urgencia de momentos muy difíciles sociales y políticos de la vida chilena (1931-32), tuvo que sufrir, como todas las obras que se inician, los inconvenientes de la improvisación. No siempre fue claramente comprendida y no siempre muchos de sus dirigentes laicos o asesores de ramas o centros, tuvieron la debida preparación para orientarla. Digo esto, no como una crítica, sino como un hecho que explica muchas de las deficiencias que posteriormente se han presentado en la A.C. Tampoco, hablando en términos generales en los cuales caben numerosas excepciones, el clero parroquial tuvo una visión clara de lo que la A.C. significaba en el campo pastoral. Para muchos no fue sino "una obra más" que se añadía a las múltiples obras parroquiales, o un grupo de seglares de buena voluntad dispuestos a ayudar al párroco en las tareas y obras en que la parroquia estaba empeñada.

Sean cuales fueren las deficiencias, que aquí se recuerdan en cuanto pueden ser causa de hechos que ahora aparecen con más claridad, es necesario afirmar que la A.C. ha modificado profundamente la actitud de los católicos frente a la Iglesia, que ha despertado la conciencia del deber apostólico, y que si hoy numerosas obras apostólicas crecen dentro del laicado, éstas deben su florecimiento a la conciencia apostólica que la A.C. ha formado.

De hecho, una serie de movimientos apostólicos como el MFC, la FEDAP, la USEC, han nacido en su inspiración y en sus hombres, de la A.C.

Han pasado 30 años desde la fundación de la A.C. Chilena. En ellos han acontecido, tanto en el mundo como en Chile, varios hechos que conviene señalar:

a) La doctrina de la A.C. como participación de los seglares en el Apostolado Jerárquico se ha desarrollado en forma tan notable, que hoy puede decirse surge en la Iglesia "una teología del laicado". Junto con este desarrollo, el campo de la A.C. se ha ido precisando y esclareciendo cada vez más. Las directivas de Pío XI que le dieron su base primera, se han ido ampliando y precisando bajo Pío XII y S.S. Juan XXIII. Sería olvidar el sentido dinámico de la Iglesia y de su apostolado si pretendiéramos fijar definitivamente a la A.C. en sus líneas primeras, olvidando el desarrollo y evolución que, como todo organismo viviente, ella

ha tenido y continuará teniendo. Una visión *completa y actual* de la A.C. exige tener presente este desarrollo.

b) El campo apostólico a su vez, ha tenido profundas transformaciones en estos 30 años: la guerra mundial con todas sus consecuencias históricas y sociales, el desarrollo insospechado de la técnica, y la unificación material del mundo que de ella ha resultado, la evolución social rapidísima y los problemas que ella produce, han hecho que el campo apostólico presente una serie de problemas antes desconocidos, los que a su vez influyen en la evolución que la A.C. ha tenido necesariamente que seguir frente a ellos.

c) El estudio de los cambios sufridos en el campo apostólico, muestra una laicización creciente de los ambientes de vida y la urgencia de evangelizar esos ambientes por apóstoles que sean y permanezcan en esos mismos ambientes. De aquí el carácter predominantemente ambiental que ha ido marcando la A.C. especializada aparece así como una necesidad imprescindible de la pastoral actual. Una dificultad surgía: de una parte la necesidad de tomar ciertos ambientes con métodos y directivas propios y con personas pertenecientes a ellos, y de otra, el peligro de multiplicar indefinitivamente esas especializaciones con riesgo de la unidad fundamental de la A.C.

El Episcopado Chileno, en sus Conferencias Episcopales de 1952 y 1954, dio a mi juicio una solución de gran trascendencia a este problema, al crear, dentro de un concepto de unidad de la A.C., tres movimientos: Obrero, Rural y General, que constituyen una fórmula en que se armonizan plenamente la unidad con la especialización y la diversidad con la coordinación. Tal reestructuración correspondió, a mi juicio, a la madurez de la A.C. y a las necesidades apostólicas de la hora actual. Lejos de querer limitar la actividad parroquial, su propósito era ampliarla y extenderla más allá de los límites del templo u oficina, hacia los ambientes de vida que son los que especialmente se precisa cristianizar. La Comisión Episcopal de A.C., en declaración de los años 1958 y 1960, insistió en la plena armonía que debía existir entre lo parroquial y lo ambiental y el error que se seguiría de querer oponer uno al otro.

Paso a hablar de cada uno de los tres Movimientos.

II. *Acción Católica General*

Se habla de "crisis" de la A.C. General. ¿Existe una "Crisis" de la A.C. General? Para responder a esta pregunta habría que formularse varias otras:

a) ¿Es la A.C. General fruto de la reestructuración de 1952 la que está en crisis?, o bien ¿son ciertas formas preexistentes de A.C. las que están en "Crisis"?

b) ¿Hay una crisis de la A.C. General o bien es un problema apostólico de ambiente general, en otras palabras, un problema pastoral?

La A.C. General actual comparada con la A.C. anterior a la división en tres movimientos.

Es difícil formarse una idea sobre la A.C. anterior a 1952. Tuvo sin duda muchas fallas, pero no cabe duda que ha modificado profundamente la actitud de los católicos chilenos, de los seglares, frente a la Iglesia y frente a su ambiente de vida. Sentimos gran respeto y admiración por la obra que realizaron sus dirigentes y sus asesores durante 20 años. El problema está en determinar si la A.C. General actual ha destruido, o por lo menos comprometido gravemente lo que hasta entonces era próspero, como creen algunos; o si está continuando, a la vez que adaptando a los tiempos actuales la obra de sus antecesores, como creemos los que hemos actuado en ella. Estableceremos también aquí un paralelo entre la A.C. (anterior a 1952) y la A.C. General (posterior a esa fecha).

1. La A.C. abrazaba a todos los ambientes. La A.C. General ha debido abandonar los ambientes obrero y campesino para limitarse al ambiente general, o sea, a la tercera parte. Esto explica en parte, la disminución de sus efectivos, y la sensación de retroceso que ella da. En total, el número de Centros atendidos entre los tres movimientos, en la Arquidiócesis de Santiago, superó al máximo alcanzado en cualquiera otra época.

2. La A.C. era ecléctica: aceptaba todas las corrientes. La A.C. General, imitando en esto a la A.C. Obrera, trata de unificar la orientación. Esto explica el malestar producido entre aquéllos que no comprenden la orientación actual; no simpatizan con ella y se ven desautorizados en sus orientaciones personales.

3. La A.C. concebida en tiempos diferentes de los actuales, era extensiva, vasta, difusa; aceptaba a todo el mundo, improvisaba dirigentes, a veces sin formación ni experiencia y suplía la inconsistencia de sus efectivos con una organización centralizada, burocrática; —¿quién no ha oído a los párrocos quejarse de la abundancia de boletines y de circulares que les llegaban?— que descansaba en unas pocas personas muy eficientes.

La A.C. General, para adaptarse a los tiempos actuales, trata de ser intensiva, de abarcar menos pero apretar más. Insiste en el contacto personal, en la selección cuidadosa y la lenta formación de sus militantes, y desconfía un poco del boletín, de la circular, de la jira, del congreso, que muchas veces ilusionan acerca de la realidad. Esto explica el cambio de fisonomía de la A.C. General que desconcierta a mucha gente.

4. Agreguemos que, hacia 1952, la A.C. no estaba, en general, en situación brillante, que los años de 1952 en adelante, han sido de intenso trabajo y de resurgimiento de la A.C. al menos en algunos campos, y que sería injusto comparar la labor de estos años con la de los 20 años anteriores, sumados y proyectados en un mismo plano. Varios de los problemas de la A.C. General actual, como la debilidad relativa de las Ramas masculinas (hombres y jóvenes) son problemas que existían ya con la A.C. y cuyas causas son las mismas de entonces.

Me permito, a manera de ejemplo, citar el caso de una Rama, para señalar que sus problemas no son *de hoy*, ni consecuencia de la reestructuración de 1952, sino crisis de formas que se remontan al origen mismo de la A.C. El caso de la debilidad de la Rama de Hombres es un hecho. Pero, ¿es de hoy? Nunca hubo en la A.C. una Rama fuerte de hombres. Sus causas son muchas. A mi juicio, la fundamental ha sido el no dárseles una visión clara del campo del laicado católico frente a los grandes problemas temporales. El no habérseles orientado hacia una actividad preferentemente en primer ciclo de humanidades, a cargo de profesores no siempre bien elegidos, con textos y programas poco aptos, es una gota de agua que cae en un desierto. La A.C. General penetra muy difícilmente en ese ambiente.

5. Quedan los colegios católicos, de los cuales deberían salir y salen de hecho la mayor parte de nuestros militantes. Pero aquí surgen nuevos problemas. Esos cristianos ¿tienen verdadero espíritu apostólico?, ¿sienten la necesidad del apostolado permanente en su ambiente de vida, o se contentan con algunas obras de misericordia con los humildes?, ¿tienen visión de Iglesia, de Diócesis, de Parroquia, o simplemente de colegio, de congregación?, ¿tienen visión nacional de los problemas apostólicos, o conservan un espíritu de clase o de grupo? La respuesta a estas preguntas sería menos categórica. Pero hay más. La tendencia de los colegios católicos es de desconocer la parroquia y aun de la diócesis, para acentuar el espíritu del colegio, de la congregación que lo regenta.

Tienen sus propias obras apostólicas: catecismo, misiones, poblaciones callampas, congregaciones marianas, cofradías, compañías, comunidades... y las *extienden a los exalumnos y padres de alumnos*. Ciertamente que no orientan, salvo contadas excepciones, hacia la A.C., y éste debe tratar de "meterse" en los colegios católicos; no salen preparados para ser militantes de la A.C. General.

Acaba de tener lugar en Talca (septiembre de 1961) el encuentro nacional jecista, y quedé impresionado al constatar el bajísimo porcentaje de alumnos de colegios católicos que concurrieron.

Hay para esto una solución, que a nuestro entender sería tratar de convencer a los distintos colegios, de la conveniencia de adoptar un mismo método de formación apostólica, con diversos matices si se quiere, y de encaminar a sus mejores elementos a una sola organización apostólica, a la cual todos colaborarían, y que sería la A.C. General. En tal caso existiría la JEC, pero una misma JEC en todos los colegios. Pero tales medidas sólo pueden tener éxito si las emprende la Autoridad Diocesana. Están sobre nuestras fuerzas.

Las obras apostólicas. Otro hecho, propio del ambiente general, que ejerce una gran influencia sobre la A.C. General, es la existencia de un gran número de obras apostólicas, que reclutan su gente en el mismo ambiente A.C., lo que los lleva a elegir aquélla que les parece mejor. No criticamos ninguna de estas obras que tienen ciertamente fines excelentes y cuentan con la aprobación eclesiástica. Solamente exponemos un hecho. El joven egresado de un colegio católico, fuera de que apenas conoce su parroquia y que posiblemente ignore también o tenga prejuicios contra



Léase en la cinta de recuerdo de la Primera Comunión: 28 de agosto de 1910

la A.C., va a actuar, si tiene condiciones de militante, en las obras de su colegio abiertas a los exalumnos, como las Congregaciones Marianas, las Comunidades de los SS. Corazones . . . , en una obra de población callampa, o será solicitado por el Movimiento de Schönstatt, o por el Opus Dei, etc.

Una exalumna será atraída, a más de estos mismos grupos, por el Hogar Catequístico, la Legión de María . . . , sin contar la Cruz Roja. La A.C. especialmente la de base, parroquial, les aparecerá como una más entre tantas organizaciones. ¿Qué probabilidades hay que se inclinen por ella? Estos distintos grupos tienen por lo general, un objetivo preciso, limitado, atrayente. Cuentan con sacerdotes dedicados por entero a un grupo relativamente pequeño y seleccionado. Prescinden de la parroquia y sus problemas. Encuentran muchas veces en el colegio pleno apoyo. No se comprometen, ni nadie espera de ellos que se extiendan a las 140 parroquias de la Arquidiócesis o a sus 100 colegios secundarios y liceos, y menos a las 20 diócesis del país. Tienen entera libertad de orientación y organización. Avanzan lentamente, paso a paso, muchas veces con recursos económicos. Se les alaba por lo que hacen, mientras que a nosotros, encargados, en *teoría*, de todos los campos apostólicos, de todas las parroquias, de todos los colegios, de todos los liceos, de todos los ambientes, de todas las diócesis, se nos critica por lo que no hacemos.

Conclusiones sobre la A.C. General

1. Hay en la A.C. General una crisis, que no tiene la extensión ni el carácter pesimista que se le ha dado, pero que es necesario abordar.

2. Esto exige, ante todo, fijar el campo apostólico de la A.C. General y orientarla ambientalmente como la A.C. Rural y Obrera. De otro modo, la A.C. General, con objetivos demasiado vagos y cargada de múltiples tareas, se dispersa, diluye, y pierde su atracción.

3. La A.C. debe integrarse en la acción pastoral. Para ello se requiere:

a) dar asesores que formen los dirigentes;
b) hacer que los párrocos integren a la A.C. en su parroquia dándole a los seglares la formación y la responsabilidad que el militante precisa;

c) precisar los campos de la A.C. y de las otras obras apostólicas y coordinar su acción;

d) abrir los colegios a la A.C. formando a los directores para esa misión. Termino lo relativo a la A.C. General con las palabras tomadas del informe presentado en 1956 al Card. Caro, por los asesores Nacionales de dicho Movimiento:

“Hemos expuesto nuestras dificultades. Son grandes. Pero no estamos descontentos ni desanimados. Si nos sentimos comprendidos, animados, apoyados, si se solucionan algunos de los problemas que

pesan sobre nosotros, pero que no dependen de nosotros, tenemos plena confianza de llevar, con la ayuda de Dios, la A.C. General a un nivel que equipare al de la A.C. Obrera o de la A.C. Rural y el más alto nivel alcanzado por la A.C. anterior a 1952. No queremos ceder a la tentación de convertirnos en un simple grupo más dentro del ambiente general. Queremos seguir siendo algo diferente de las otras obras apostólicas, por la amplitud de nuestro campo de acción, por la extensión de nuestros centros a todas las parroquias y por nuestra presencia en todos los ambientes de vida comprendidos en el término de "generales".

III. *Acción Católica Rural*

Necesidad de la A.C. Rural. La principal razón que se tubo en cuenta para apurar la organización de la A.C. Rural, fue el constatar que en el campo, entre los campesinos, no se había encontrado una fórmula de auténtica A.C. que:

a) formara verdaderos apóstoles campesinos responsables de su ambiente, y,

b) que adaptara a la cultura y problemas del campo, la formación y acción.

Después de 7 años de experiencias y conociendo la situación real de las Diócesis, se ha podido apreciar en toda su gravedad lo anteriormente anotado.

1. No teníamos apóstoles campesinos sólidamente formados con condiciones de dirigentes; ni la A.C. estaba adaptada a la cultura y necesidad del campo. Creo que la situación en el resto del país debe ser igual. Este hecho en 1952 a veinte años de la fundación de la A.C. Chilena probó la necesidad de hacer algo especializado en el campo. Al presente, después de 7 años de intenso trabajo de la A.C. Rural, la situación ha variado sustancialmente. Tenemos auténticos dirigentes campesinos de A.C. sólidamente formados; existe una responsabilidad de ellos ante la salvación del campo; existen planos y métodos adaptados, etc., apropiados totalmente a nuestros campesinos. Los hechos han probado absolutamente la necesidad de la A.C. Rural.

La organización de la A.C. Rural llega en importante momento para la Iglesia, pues el campo está siendo penetrado abundantemente por los evangélicos que multiplican sus apóstoles en todo lugar, y de un modo especial por los comunistas que han destacado a más de 1.000 dirigentes permanentes para el campo. Ante esta penetración la labor de un solo sacerdote para una vasta región es más que nunca ineficaz. El estado de los antiguos centros de A.C. o de obras católicas, está en los campos en decadencia, porque hoy el campesino necesita atención de más cerca, ya que recibe influencia de los evangélicos, de la radio, de los marxistas que actúan muy de cerca.

2. La segunda adaptación fundamentalmente nueva a las necesidades campesinas, es la existencia de los Institutos de Educación Rural,

destinados a dar en cursos de tres meses, una base seria en religión, JAC, cariño a la tierra, industrias caseras, mecánica agrícola para los jóvenes, etc., que les permita ser los jefes del desarrollo de las comunidades agrícolas.

3. En tercer lugar, la A.C. Rural está en plena tarea de explicar con sencillez el Evangelio, los Dogmas; hacer mas comprensible el culto; difundir lecturas apropiadas, y aún promover todas las industrias caseras y agrícolas que arraigan a la gente a la tierra, le dan más personalidad y aumentan la producción, trayéndoles así el bienestar. En este sentido se están logrando grandes resultados. Por esto mismo la A.C. Rural es muy atrayente para los campesinos, pues les habla de sus problemas y presenta lo religioso junto a lo humano.

De los tres puntos anteriores brota una gran lección, que es el acierto que se ha tenido al encomendar a los campesinos la responsabilidad total de la A.C. Rural. Los nuevos permanentes son todos campesinos. Los Institutos son dirigidos por ellos. Gracias a esto se ha creado entre ellos una verdadera mística y responsabilidad por su movimiento.

Por último, se puede decir que la A.C. Rural ha encontrado verdadera simpatía entre los párrocos. En primer lugar, porque la ven muy adaptada a la mentalidad y problemas campesinos. Enseguida, porque los asesores nacionales y diocesanos, donde los hay, están permanentemente en sus zonas formando, visitando, etc., labor que ellos no podrían realizar. En tercer lugar, porque habitualmente recorren su parroquia los dirigentes jacistas, atendiendo así muchos lugares antes abandonados. Y en cuarto lugar, porque están viendo los espléndidos resultados de los exalumnos de los Institutos y de los Centros de A.C. Rural que se están formando.

Para el clero rural, la JAC es una contestación a su angustia ante el abandono de tantos y tantos fundos y lugares que en cada parroquia existen. A pesar de la extrema escasez de sacerdotes en todas las Diócesis, se empieza a notar una tendencia a reconocer en los asesores diocesanos de JAC como un nuevo tipo de vicarios cooperadores al servicio de todas las parroquias. Un asesor diocesano, formando para cada parroquia dirigentes y militantes, dando retiros, visitando centro por centro, es en la práctica como un vicario cooperador para muchas parroquias. El día que se comprenda la buena inversión que es para la Diócesis dedicar un sacerdote que refuerce la formación de la selección en todas las parroquias, creemos que llegaremos a tener en todas partes asesores diocesanos.

IV. *Acción Católica Obrera*

Hace 15 años que en Chile se inició la JOC con la forma actual de organización y en contacto con la JOC Internacional. Han sido 15 años duros y pesados en que paso a paso la JOC ha ido abriéndose lugar. Mirada en un principio como una sección sin personalidad propia a cargo de

“auxiliares” de otros ambientes sociales, en algunas diócesis como Santiago, ha llegado hoy día a ser, lo podemos decir sin exageración, un movimiento juvenil de gran peso en la A.C. Recibida en un principio por la juventud obrera con recelo, como una reacción para defender ciertos intereses económicos o políticos, hoy día es aceptada por la masa como un Movimiento Cristiano y netamente popular. La JOC en Chile es hoy una realidad, aunque todavía hay muchos sectores a los cuales no han llegado sus militantes.

Hay centenares de fábricas y talleres en la capital y otras ciudades de importancia, que aún no cuentan con ningún militante jocista y no reciben por tanto influencia cristiana. Pero, a pesar de eso la JOC se afirma. Hay una clara línea de apostolado en muchos jóvenes obreros. Se cuenta cada vez más con numerosos dirigentes. Estamos asistiendo al despertar de un laicado obrero consciente de su responsabilidad en la Iglesia. Jóvenes que poseen un cariño verdadero por la clase obrera, que se enorgullecen de su condición y la toman como una misión que Dios les ha confiado; que viven una vida verdaderamente cristiana, de frecuencia sacramental, lectura de la Biblia, que se sienten de la Iglesia y aman a la Iglesia.

Años atrás sucedía en Santiago y hoy pasa todavía en otras regiones, por ejemplo: minerales y salitreras, que se veía incompatible el ser cristiano y pertenecer al mundo obrero. Pensamos que gracias a la acción de una parte del clero parroquial que ha venido trabajando cerca del pueblo y a la labor de penetración en el ambiente popular realizada por los jocistas, estos dos términos no nos parecen tan separados.

Hay ya varios sacerdotes salidos de las filas de la JOC. Ha sido necesario fundar en Santiago el Pre-Seminario para vocaciones salidas de la JOC y JAC, y que no han cursado sus humanidades. Existen dos Institutos Seculares femeninos formados íntegramente por vocaciones salidas de la JOC y JAC.

El Movimiento Obrero Adulto Católico (MOAC) se ha organizado en escala nacional y, aunque limitado en su número, es prometedor en su espíritu y en su línea apostólica. Recientemente (1961) ha celebrado en Talca su encuentro nacional con delegados de Santiago, Valparaíso, Talca, Chillán y Concepción.

Sin embargo, urge intensificar el trabajo en la clase obrera. Es un hecho que tenemos obreros que son cristianos. Pero es también una triste realidad que la masa obrera, que las instituciones obreras y que la juventud obrera siguen viviendo al margen e ignorantes de la Iglesia. Falta una *acción colectiva* para la reconquista del mundo obrero. Gran parte de los elementos actuales de la JOC han crecido en una familia y en una adolescencia no cristiana. Han sido pacientemente reconquistados por el apostolado de los militantes y asesores: ésta es una de las razones del cariño que guardan por la JOC.

Vemos gran anarquía de criterios entre los que trabajan apostólicamente en el ambiente popular. Muchas parroquias organizan sus diversas instituciones con criterio individualista y restando efectividad a las iniciativas diocesanas que los Prelados han determinado.

Federación de Empleados de Casa Particular. (JOCF). La FECP, es una de las 6 federaciones que constituyen la JOCF de Santiago. Agrupa exclusivamente a empleadas de casa particular.

Fundación de Educación Popular. La JOC, como "escuela de formación", además de lo que va dando por medio de sus planes y reuniones normales, desde hace años ha estado buscando experiencias de "educación de base", según las necesidades que se han presentado, ya sea en el ambiente en general, como en los mismos cuadros jocistas. Es así como desde el año 1953 se han ido formando las "Educadoras Populares" reclutadas dentro de las militantes jocistas que hayan demostrado firmeza en su inquietud apostólica, preocupación por el problema de la educación fundamental y capacidad para poder asimilar y dar los distintos conocimientos que se han visto necesarios para el cumplimiento de esta labor. La finalidad, aunque muy amplia, es esencialmente orientar y ayudar en los barrios populares, zonas industriales y poblaciones casi abandonadas en la forma de vivir. La Fundación de Educación Popular a través de sus Institutos, además de preparar educadores, prepara auxiliares de educadoras populares, a las que no se les exige tanto preparación intelectual como condiciones naturales de pedagogía y espíritu apostólico.

Los Institutos de Educación Popular están muy difundidos en Santiago, Talca y Valparaíso y su desarrollo últimamente abre una gran perspectiva en la clase obrera.

Antes de terminar esta exposición, quiero resumir las ideas principales que he pretendido aquí exponer:

1) La orientación ambiental dada a la A.C. Chilena, ha producido grandes bienes, ha dado a los que en ella militan una visión clara del mundo y de sus problemas, ha despertado el espíritu de conquista y ha hecho sentir la necesidad de dar a las estructuras temporales una inspiración cristiana.

2) Por diversas causas, algunas de las cuales se han señalado, la A.C. parroquial ha disminuido su actividad. Es importante reanimarla, darle nuevo impulso, orientarla hacia los campos esenciales de la vida de la Iglesia: liturgia, catequesis, caridad, etc., siempre que eso se realice sin desmedro de la A.C. ambiental.

3) Dado los cambios que se han producido en el mundo y el desarrollo de la A.C. y del apostolado laico en los últimos 20 años, juzgo que sería de gran utilidad integrar la Comisión Episcopal para el Apostolado Laico y Acción Católica, con 3 ó 4 personas, sacerdotes y laicos, que pueden ahora ser designados, a fin de que dieran a la A.C. sobre las bases señaladas la reestructuración que necesita. Esta Comisión podría trabajar en un plazo hasta el 1º de enero y presentar un informe para ser aprobado en la Comisión Episcopal Permanente.

Pido a VV.EE. excusas que por la premura de tiempo no me haya sido posible redactar un informe más amplio como hubiera deseado.

(1) Esta carta va dirigida a Mons. Civardi, Ernesto, uno de los organizadores de la A.C. italiana en tiempos de Pío XI.

III.

**LA IGLESIA EN SUS FIGURAS
MAS RELEVANTES**

Santos y Fundadores de Comunidades

○ *Los santos que ocupan un lugar más destacado en la mente de Monseñor Larrain aparecen con bastante nitidez, si se considera el conjunto de sus escritos:*

— *San Agustín, tal como lo hemos ya señalado, está presente a lo largo de toda su vida: providencialmente hizo su Primera Comunión un 28 de agosto, día de este santo; también un 28 de agosto llegó a su Diócesis, cuyo patrono, por lo demás, es el Santo de Hipona; ya en 1930 le dedicó el artículo al que aludíamos en nuestra "Introducción".*

Junto a S. Cipriano es el Padre de la Iglesia a quien más cita.

Es interesante, por otra parte, constatar la semejanza de la relación que hubo entre san Ambrosio y san Agustín y la que se dio entre Monseñor Subercaseaux (el patrono de la Diócesis de Linares es S. Ambrosio) y Mons. Larrain.

— *San Ignacio es el otro santo que ocupa un lugar de primer orden en la vida de Mons. Larrain. También lo cita a menudo, particularmente cuando da Ejercicios Espirituales.*

En sus manuscritos del tiempo de seminarista, en Roma, se encuentra el encabezamiento "U.I.O.G.D." (Ut in omnibus glorificetur Deus: para que en todo sea glorificado Dios) que, si bien es de origen paulino, no es sino la expresión ignaciana "A.M.D.G." (Ad maiorem Dei gloriam: para mayor gloria de Dios).

— *(Carlos de Foucauld es el tercer hombre clave en su espiritualidad: su fondo bíblico y específicamente evangélico; su entrañable amor a la Eucaristía; su oración contemplativa; la presencia de la Iglesia en medio de las masas alejadas y en particular de los pobres son aspectos que tocan muy de cerca su mente y su corazón.*

— *El Santo Cura de Ars aparece sólo en forma ocasional en sus escritos.*

AGUSTIN DE HIPONA, ACTUALIDAD (1)
(VIII-IX-1930)

“San Agustín es uno de aquellos hombres para los cuales no existe la muerte”, ha escrito su biógrafo más reciente Giovanni Papini (2); y realmente la figura gigante del gran Doctor de la Iglesia se proyecta sobre los siglos con un sello de perenne actualidad.

Agustín de Tagaste, buscador infatigable de la verdad a cuya posesión llega después de haber errado por los campos de mil encontrados errores, pensador hartado con todas las concupiscencias de la vida, que sabe, en un rasgo heroico, cortar las ataduras que lo ligan a la tierra para engolfarse en el océano sin riberas del amor divino, apóstol intrépido que se abraza de un ideal por el cual trabaja y lucha hasta la muerte, encarna en su persona las eternas aspiraciones del corazón humano, presentándose a través de mil quinientos años con caracteres de perpetua juventud.

En la historia del pensamiento humano san Agustín aparece como el hombre que cierra definitivamente un periodo e ilumina con sus resplandores el nuevo que comienza. En el momento en que las invasiones bárbaras van a sepultar el imperio romano y con él la civilización, y en que las naciones que surgen por efecto de esa ruina van a necesitar para alimentarse de las tradiciones del mundo antiguo, la Providencia suscita a Agustín para recoger en una vasta síntesis la herencia del pensamiento antiguo y de la tradición cristiana e infundirla al mundo nuevo como un germen de salvación que ha de producir en esas naturalezas aún bárbaras la filosofía religiosa del porvenir. Misión providencial que Harnack, el padre del racionalismo moderno no dudaba en reconocer afirmando:

“Que la existencia miserable del Imperio Romano se prolongó hasta entonces sólo para permitir la acción ejercida por Agustín en la historia universal” (3).

Pero Agustín no es tan sólo el hombre colocado entre dos épocas para transmitir a un mundo que nace el acervo espiritual del que muere,

(1) *Revista de los Estudiantes Católicos*, R E C , VIII-IX (1930).

(2) Papini, Giovanni. *Converso italiano*. Literato, cuya obra principal es la historia de Cristo.

(3) Harnack, *Précis de l'histoire des dogmes*, pág. 255.

ni el genio que une en síntesis admirable todas las influencias del pasado con todos los impulsos de su tiempo sino aún más, la figura que representa el triunfo definitivo del pensamiento cristiano sobre el pagano, la que opone al concepto materialista y mezquino de la vida, el amplio horizonte del espiritualismo cristiano bañado con los resplandores de la eterna Verdad y la infinita Belleza.

Y en esto reposa la actualidad de Agustín, viviente figura de nuestros días en cuya vida y escritos hallaremos ciertamente la solución a los hondos problemas de nuestro siglo tan semejante por muchos aspectos a aquel que escuchó la voz del gran doctor africano.

La generación de Agustín sintió, como la nuestra la profunda inquietud intelectual que presentan las épocas en que una Civilización agoniza y alborea otra nueva. El mismo fue una prueba viviente de esa inquietud que lo hizo errar por los caminos del maniqueísmo (4) y la duda.

Inquietud de una parte, pereza intelectual de otra imperaban, como en nuestros días, en el campo de las ideas al aparecer Agustín. Y a las generaciones del siglo V y del XX el gran Doctor de Hipona les muestra en el amor ardiente por la verdad que fue la clave de su vida el antídoto eficaz contra el mal que carcomía el pensamiento de entonces, del mismo modo que corroe el moderno.

Si queremos buscar la cualidad dominante que caracteriza la obra de Agustín y explicar su acción fascinadora sobre la posteridad la encontramos justamente en lo que arriba señalamos, su apasionado amor por la verdad. La buscó en todo el ardor de su sangre africana y una vez encontrada le consagró hasta las últimas energías de su personalidad potente y avasalladora. “¡Oh, Verdad, Verdad, cuán entrañablemente y de lo íntimo de mi alma suspiraba por Vos”, exclama en su libro de las *Confesiones*; pero esa verdad que él persigue no es un espectáculo que se contempla sino un bien que se busca para poseerlo, es una verdad viva que calme las aspiraciones de su inteligencia y sacie las ansias de su corazón; en una palabra, la verdad que busca es Dios. Testigo de la violencia de su amor sería el grito que exhala su alma al encontrarla: “nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en ti” (5).

Es Dios, verdad infinita la solución que Agustín propone a la inquietud intelectual del paganismo de su tiempo y del nuestro, pero no un Dios abstracto y frío sino el que la religión cristiana presenta como Padre, Redentor y Maestro, porque Agustín ha comprendido que el cristianismo no es una teoría que se estudia sino una vida que se realiza en la verdad eterna e inmutable.

Pero no es solamente en el terreno intelectual donde reside la actualidad de Agustín; por el problema moral que experimenta y soluciona, se acerca aún más a nuestra época.

(4) Maniqueísmo. Doctrina de actualidad en tiempo de S. Agustín, según la cual hay dos principios eternos: el del bien y el del mal.

(5) San Agustín, *Las Confesiones*. L. 1, c. 1.

Del mismo modo que el nuestro, el siglo de Agustín en medio de mil trastornos políticos y sociales era devorado por un ansia incontenible de placer: bajo formas cristianas ardían aún las viejas cenizas de la moral pagana y resonaba como el eco de una carcajada la frase brutal del epicúreo “gocemos, coronémonos de rosas, mañana moriremos”. El joven africano sintió en su carne la mordedura atroz de la lujuria que atormentaba a su siglo, vio la inmoralidad públicamente profesada y al igual de muchos modernos pudo decir en sus *Confesiones* que “pudebat non esse impudentem”, se avergonzaba de no ser desvergonzado.

La Conversión de Agustín será caracterizada por la dramática lucha entre su inteligencia que acepta la moral cristiana y su sensualidad que lo arrastra a los placeres de la carne y su triunfo definitivo representará siempre a través de los siglos, la victoria de la gracia sobre la naturaleza, del espíritu sobre la materia, de la voluntad sobre el instinto.

El desenfrenado estudiante de Cartago que vanamente buscó en las creaturas la belleza, y el casto convertido de Milán que encuentra en Dios “la hermosura siempre antigua y siempre nueva” da a nuestro siglo el germen de renovación moral que necesita: un ideal de pureza que recuerde al joven, al hombre y al anciano que la vida es deber, no pasatiempo, que el placer enerva y la pureza levanta, que las acciones ejecutadas en el tiempo se proyectan en la eternidad.

La actualidad de Agustín se realza si recordamos que es él a quien las generaciones cristianas han bautizado con el nombre de Doctor de la Gracia, pues es a la luz sobrenatural de ella donde soluciona el doble problema intelectual y moral que antes señalamos.

El paganismo actual ha llevado, como hace quince siglos, al hombre a una incomprensión absoluta de lo sobrenatural y como consecuencia a una concepción meramente natural de la vida.

El adversario ardiente del Pelagianismo (6) sigue recordando al hombre que sobre su vida terrena existe una meta sobrenatural, sobre su inteligencia limitada la luz de la Fe, sobre su voluntad débil la fuerza de la Gracia, sobre su dignidad de hombre el sublime honor de ser hijo de Dios.

Hoy como ayer, el concepto cristiano de la vida que Agustín tan admirablemente defendiera, será el ideal que sobre las fluctuaciones de mil sistemas que pasan sostendrá la Iglesia como criterio de solución en la verdad y en lo absoluto.

Es inmensa la tarea de señalar en sus diversos aspectos la actualidad de Agustín, de mostrar al intrépido Apóstol del dogma cristiano, al defensor de la cultura latina, al fundador de la filosofía de la historia, al maestro espiritual que guía al alma hacia las alturas de la perfección, a aquél que el protestante Harnack ha proclamado como “inspirador y reparador de la piedad cristiana”, hemos querido solamente esbozar a grandes rasgos su acción universal, mostrar la unión admirable de los dones de su corazón y de su espíritu, que funden el inflexible rigor de la

(6) Pelagianismo. Herejía que exagera el papel del hombre en su propia salvación.

lógica con la más delicada ternura, el profundo intelectualismo con el más elevado misticismo y que dan a su figura quince veces centenaria el calor y animación de la vida y nos hacen ver en él como dice Papini

“No tan sólo el arquitecto de la teología y el titán de la filosofía sino también el hermano que lloró y pecó al igual de nosotros, el santo que logró escalar la ciudad de la eterna gloria y sentarse a los pies del Dios para siempre recuperado”.

Con el protestante Ph. Schaff podemos decir “que el gran genio de la Iglesia africana no ha terminado aún la obra que la Providencia le ha asignado”, su corazón ardiente seguirá siendo a través de los siglos la antorcha que muestre a las almas los caminos que conducen a la Ciudad de Dios.

S. IGNACIO. 400 AÑOS DE SU MUERTE
“EL CABALLERO DE DIOS” (1)
(31 - VII - 1956)

Un soldado que cambia el campo de batalla, permaneciendo soldado; un caballero que muda la aventurada empresa, permaneciendo caballero; un santo que sabe elevarse a las heroicidades de la virtud, conservando sus raíces humanas: tales son las notas que definen la personalidad de san Ignacio de Loyola.

En él se vio una vez más confirmado el aforismo teológico de que la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza.

El soldado del Virrey de Navarra, seguirá siendo el soldado intrépido de Cristo; el soñador de aventuradas empresas terrestres, será el forjador de otra divina; el caballero errante irá a ponerse al servicio de una más alta y duradera caballería; pero la personalidad de Iñigo de Loyola sobrevivirá en el Santo, a quien no podemos denominar mejor que el caballero de Dios.

(1) *Mensaje*; Santiago, 1956, págs. 289-90.

Y fue de genuina y noble caballería su empresa.

Ella nace, en primer lugar, de la magnanimidad de un corazón que, según expresiva frase del Papa Gregorio XV (2), era "más grande que el mundo".

Grandes son sus ambiciones de soldado al lanzarse a la carrera militar. Grandes son sus sueños de gloria al recorrer los libros de caballería. Grandes sus ambiciones espirituales al leer las vidas de los santos: "lo que éstos hicieron ¿por qué no lo he de hacer yo?".

Grande, la concepción de sus Ejercicios Espirituales y grande la idea de su servicio a la Iglesia fundando la Compañía de Jesús.

Con razón el Angélico ha definido la virtud de la magnanimidad como "una cierta inclinación del alma a las cosas grandes". Esa es la raíz humana y divina que hace de Ignacio, el Caballero de Dios.

Y la primera batalla del Caballero se inició contra sí mismo. Velará, cual novel caballero, sus armas ante el altar de nuestra Señora, en Monserrat. De ahí también saldrá despojado de sus vistosos trajes y cubierto con los harapos del mendigo. Manresa será testigo de sus luchas, penitencias y oraciones. Ahí, igualmente, sabrá de la más difícil y desconocida victoria.

Si caballescico es su estilo de entregarse personalmente a Dios, caballescico también será el método por donde tantos han de seguir el blanco penacho de santidad que su capitán les muestra: los Ejercicios Espirituales.

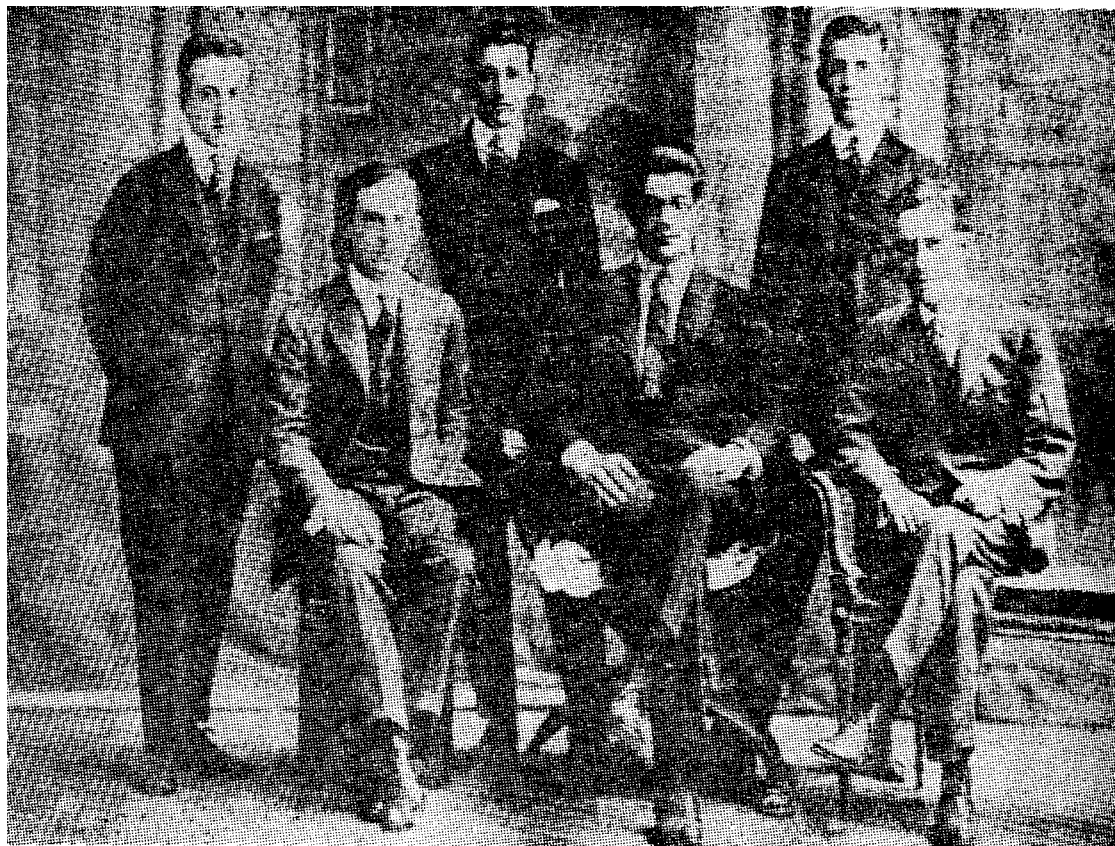
El edificio de los Ejercicios Espirituales reposa sobre un fundamento: la contemplación del Rey eterno. La caballescica empresa, se llama la conquista de ese reino. El Capitán, a quien hay que seguir para lograr la victoria, es Jesús. Las condiciones de la conquista son fascinantes. El llamado del Jefe, es un toque al sentido caballescico del honor: "quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me seguirá en la gloria" (3). El rechazo a la invitación significa la pérdida del honor, elemento fundamental de la caballería: "Si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero (4). El llamado es un toque a la generosidad del soldado que debe darse por entero: "los que más se querrán afectar y señalar... harán oblaciones de mayor estima y de mayor momento" (5). Es "siguiendo la bandera de Cristo" como el generoso soldado realizará su ardua empresa y es en la ofrenda al "Rey Eterno y Señor Universal" como responderá al amor apremiante de Dios que lo busca:

(2) Gregorio XV, Papa desde 1621-23.

(3) Ejercicios espirituales: Segunda Semana. "El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal", 2ª parte, punto 1º.

(4) Idem. 1ª parte, punto 3º.

(5) Idem. 2ª parte, punto 3º.



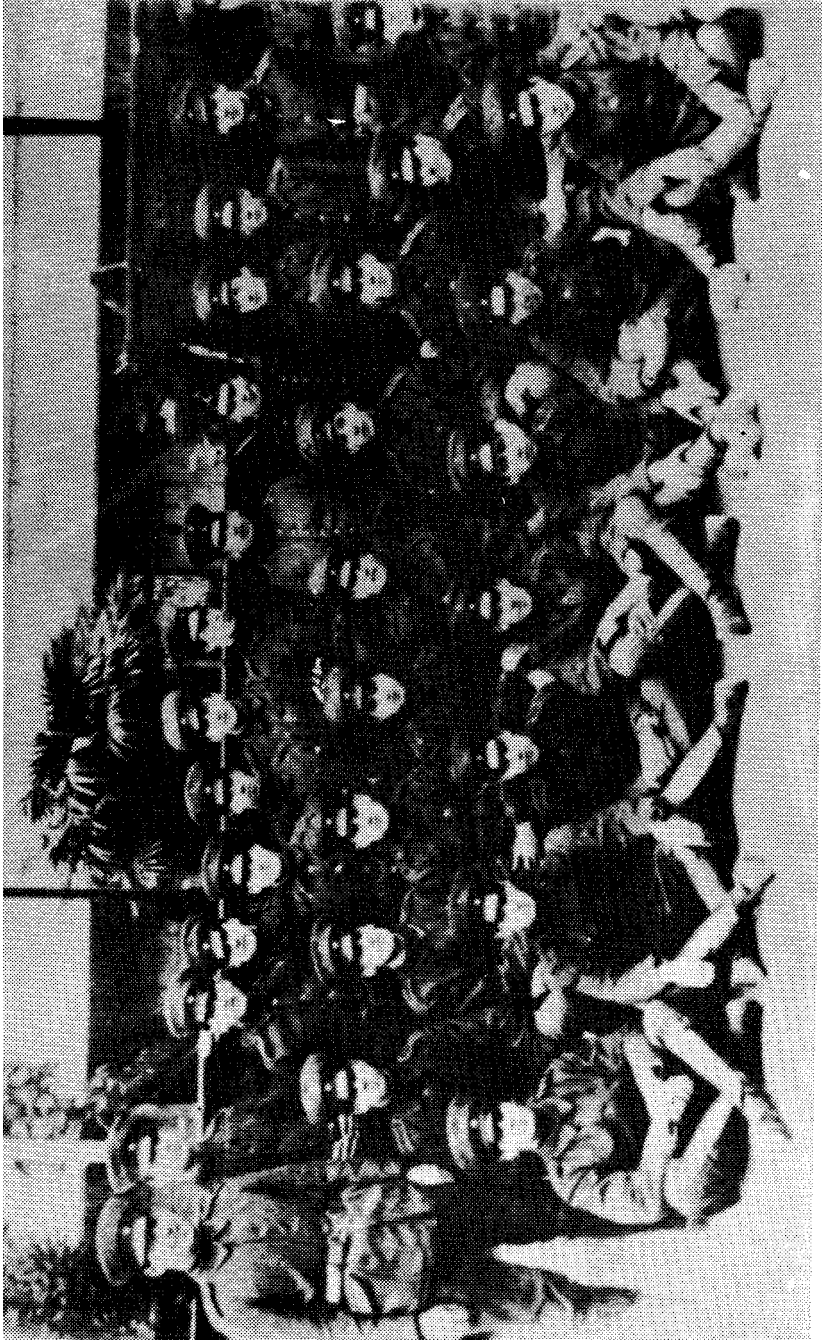
Junto a Alberto Hurtado, José Manuel González (posteriormente cuñado) y demás compañeros de 6º de Humanidades, del Colegio "San Ignacio"

"Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Dadme vuestro amor y gracia; que ésta me basta" (6).

Y todo ese ardor caballeresco se expresará en la fórmula que condensa la vida y la obra de Ignacio de Loyola: "a la mayor gloria de Dios". La gloria humana que atormentó su alma de caballero errante se transforma en otra gloria superior que lo obsesiona hasta convertirlo en Caballero de Dios.

Ignacio nos aparece así como el hombre que mueve al esfuerzo personal y a la colaboración activa con la gracia.

(6) Oración compuesta por S. Ignacio de Loyola.



*El Recluta Manuel Larrain, en el Regimiento de Artillería N° 1, Tacna
(En la fila del medio, el 4º de izquierda a derecha)*

Su espiritualidad que llama al combate, tendrá el ímpetu apostólico de Pablo y la resistencia del pueblo vasco que entre sus montañas ha sabido mantenerse como la genuina estirpe de Aitor. La obra que él funda se llamará Compañía, donde el celo de la conquista se hermana con la disciplina firme de la obediencia. Su visión misionera será grande como el mundo y su múltiple actividad no tendrá otros límites que los de la extensión del Reino de Cristo.

El caballero vasco, recio y apasionado, subsiste en el Caballero de Dios. Su reciedumbre es fortaleza "acompañada de gran serenidad" (Astráin). Su pasión es amor que todo lo enciende y todo lo supera. La empresa guerrera no se llamará Pamplona, ni su jefe el Duque de Nájera. Tendrá otro nombre. Se llamará servicio del Rey Eterno. Su Jefe, será Cristo. Su escuadrón, la Compañía. Su campo, el mundo. Su arma eficaz, los Ejercicios.

Y el Caballero de Dios seguirá así viviendo en la única inmortalidad verdadera.

Y al cumplirse cuatrocientos años de su muerte, el mundo siente la necesidad de que el espíritu de esta Caballería divina se renueve y acreciente.

La Iglesia se enfrenta a una de las épocas más decisivas de su historia. El mundo se unifica en la técnica y necesita unificarse en el espíritu. El llamado apostólico a los laicos para cooperar en la Acción Católica a la labor apostólica de la Jerarquía, se hace sentir con fuerza creciente.

En el lenguaje áspero y macizo de sus Ejercicios Espirituales, el Caballero de Dios nos muestra la gran empresa que la Iglesia hoy espera de nosotros: la evangelización del mundo moderno, la creación de un orden en que los valores humanos auténticos lleguen a ser, por el apostolado, vitalmente cristianos, la respuesta generosa que el llamado del Vicario del Rey Eterno nos hace: "transformar este mundo de selvático en humano y de humano en cristiano" (7).

Quiera el Señor hacernos ver en la figura del Caballero de Dios, la belleza de esta divina y caballeresca aventura.

(7) *Alocuciones al despertar*, Papa Pío XII, 10 de febrero, 1952.

FESTIVIDAD DEL STO. CURA DE ARS:
LA MISION DEL PARROCO EN LA COMUNIDAD CRISTIANA (1)
(VIII - 1958)

Una figura heroica en su sencillez humilde; una vida resplandeciente en su obscuridad modesta; una lección de grandeza en su callado silencio; he aquí, las paradojas sublimes que la vida del Santo Cura de Ars nos ofrece.

En el marco simple de una aldea escondida, supo decir al mundo que la grandeza del hombre no la forjan el poderío, ni el dinero, ni la fama, sino la infinita capacidad de amar. Que más alta que la ciencia, más potente que la fuerza, más conquistadora que la elocuencia es la virtud de un hombre que sabe darse plenamente a Dios y a sus hermanos.

Y que, hoy como siempre, el mundo no será salvado, ni por el progreso de la técnica, ni por la habilidad de la diplomacia, ni por la astucia de la política, sino por la potencia del espíritu, la dinámica irresistible de la gracia, la influencia avasalladora de la santidad.

Lección insustituible y necesaria que los cristianos con frecuencia parecemos olvidar, y que la vida de S. Juan María Vianney viene a recordarnos.

Lección que nos dice, a nosotros sacerdotes, que la fecundidad sobrenatural de nuestro ministerio crece en la medida de nuestra unión con Jesús.

Que la eficacia de nuestra predicación "*no está en palabras persuasivas de humano saber sino en la ostención del espíritu y la virtud*" (2).

Que la acción que no procede de un desborde de vida interior es superficial y transitoria y que, si bien los métodos apostólicos pueden y deben variar adaptándose a las necesidades contingentes de cada época, hoy como siempre, seguirán siendo las armas insustituibles del apostolado, la oración, la mortificación, el renunciamiento y la humildad.

Lección que dice a todos, sacerdotes y fieles, que si es urgente y apremiante la acción que es necesario desarrollar, que si el llamado al deber apostólico es imperioso y grave, no será eficaz si no sabemos valorar los medios auténticamente cristianos de la humildad silenciosa, del desasimiento pleno, de la inmolación generosa, del hondo y universal abandono en las manos de Dios.

(1) *Hacia Cristo*, Revista Franciscana de vida espiritual, año III, N° 25, agosto 1958, págs. 529-37.

(2) *1 Co.* 2, 4.

El misterio redentor se prolonga en nosotros. Pero esa redención no puede realizarse en forma diversa a la de Jesús. Fueron medios humildes y despreciados del mundo los que el Salvador eligió. Y en el siglo XX como en el I, será Belén con su pobreza, Nazareth con su silencio, Galilea con su celo, Gethsemaní con su agonía y el Gólgota con su muerte, los que seguirán diciéndonos cual es la técnica para redimir al mundo y cuales son los medios eficaces e insustituibles por donde la salvación llega a los hombres.

Juan María Vianney supo desde su escondido curato de Ars repetirnos estas cosas.

Y "*Dios que elige a los humildes para confundir a los fuertes*" (3) quiso que fuera, no un profundo doctor, sino un sencillo cura de campo, desprovisto de cualidades naturales, quien viniera a repetirnos cuál es la médula del Evangelio, cuál es la condición imprescindible del apostolado, cuáles son los medios pobres ante los hombres, pero ricos ante Dios, por donde la redención se opera.

Estas cualidades son las que lo constituyen modelo del Clero y las que motivaron a S. S. Pío XI para señalarlo como celestial patrón de los Párrocos.

Hoy nos congregamos en su recuerdo. Y mientras la Iglesia de la tierra canta en su honor

"que el justo florecerá como la palma y se multiplicará como el cedro del Líbano en la casa del Señor" (4),

nosotros sentimos que su evocación nos anima, su lección nos alienta y su intercesión poderosa nos alcanza de Dios el caminar tras sus huellas

"para ganar para Cristo las almas de nuestros hermanos y con ellos alcanzar la gloria eterna" (5).

"Ut ejus exemplo et intercessione, animas fratrum lucrari Christo et cum eis aeternam gloriam consequi valeamus...".

Pero, no nos contentamos hoy con evocar la figura austera y dulce a la vez del Santo Cura de Ars, hemos querido, siguiendo el deseo de la Iglesia, rendir en su persona el homenaje de nuestra admiración y afecto a aquellos hombres que, colocados por sus Obispos, al cuidado espiritual de una porción de su rebaño, son los continuadores de la misión que Juan María Vianney llenara en forma tan extraordinaria y sublime.

Hoy, al celebrar al Santo Párroco de Ars, celebramos conjuntamente el día del Párroco. Hoy, al ensalzar sus virtudes, cantamos la belleza de tantas vidas sacerdotales que se consumen ignoradas en el servicio de sus hermanos.

Hoy, al invocar la poderosa intercesión del Santo Párroco que la Iglesia señalara como modelo y guía de acción pastoral, imploramos pa-

(3) *1 Co.* 1, 27.

(4) *Pr.* 91, 13.

(5) Oración Misa S. Juan María Vianney.

ra nuestra Diócesis la gracia que más anhela y necesita: muchos y santos sacerdotes del Señor.

¿Qué es el Párroco?

Si esta pregunta fuera tema de una encuesta, nos hallaríamos ante una dolorosa realidad; gran número de nuestros católicos desconocen la dignidad excelsa del párroco y la función trascendental que la Parroquia desempeña en la vida de la Iglesia.

Para unos, el párroco es el sacerdote que administra algunos Sacramentos y al cual se acude, a veces, más por rutina que por convicción, en algunas determinadas ocasiones de la vida.

Para otros, es un funcionario eclesiástico que atiende "la oficina de lo espiritual", único concepto que de la parroquia tienen.

Para muchos, ni la parroquia ni el párroco les dice algo diverso de las demás iglesias o sacerdotes no parroquiales.

El naturalismo de la época nos va borrando el sentido del sacerdote. El individualismo nos ha ido quitando el sentido de la comunidad. Ambos juntos, nos van arrebatando el sentido del párroco.

Si queremos una restauración auténticamente cristiana, es menester que por el sentido del párroco volvamos a adquirir el sentido del sacerdote y el sentido de la comunidad.

De ahí la importancia que esta conmemoración encierra.

¿Qué es el párroco?

1) Es en primer lugar: *el hombre de Dios al servicio de los hombres.*

Hombre de Dios, porque en el fondo de su vocación hay una predilección eterna, una acción misteriosa, y un llamado inefable que repite las palabras que vibraron junto a las orillas del Tiberíades: "ven y sígueme".

Hombre de Dios, porque sus poderes superan toda capacidad humana; anunciar la buena nueva del reino, distribuir la vida divina, integrar y desarrollar el Cuerpo Místico de Cristo.

Hombre de Dios, porque sus armas de combate no son las que los hombres emplean en sus empresas materiales, sino las del espíritu; la oración que fortifica, el sacrificio que fecunda, la verdad que libera, la justicia que redime y la caridad que enciende.

Hombre de Dios, porque su presencia en la sociedad humana es el testimonio constante de lo trascendente, de lo absoluto, y de lo eterno y el llamado incesante a elevar nuestros espíritus sobre las envolturas materiales, a dilatar nuestro horizonte sobre los lindes del tiempo, a poner sobre la vanidad de los atractivos mundanales, nuestros corazones "*allá donde están las verdaderas alegrías*" (6).

(6) Oración Misa Dom. IV después de Pascua.

Hombre de Dios, porque un día el Pontífice impuso sobre su cabeza sus manos que desbordan la plenitud sacerdotal, porque ungió con el óleo santo las suyas, y dio la potestad de ofrecer al Señor tres veces Santo, el sacrificio perfecto de alabanza, porque sobre los pecados de la humanidad, lo hizo, en virtud de la sangre redentora, distribuidor de misericordias divinas, y enviado con la misión de los apóstoles a los senderos del mundo se le entregó *“la espada del espíritu que es la obra de Dios”* (7).

Hombre de Dios, y por eso el pueblo creyente sabe distinguir entre las deficiencias inherentes a nuestra condición humana, y las santas y sublimes funciones que el sacerdote representa y ejerce.

Hombre de Dios, y por eso también el proceso de descristianización de una colectividad comienza siempre por la pérdida del sentido sobrenatural del sacerdocio; de ahí se pasa inmediatamente a negar la acción vivificante de la Iglesia; negada ésta, se desconoce la divinidad de Cristo, y como etapa final se llega a la negación de Dios.

Razón tenía el Santo cuya festividad celebramos, al decir

“dejad diez años una parroquia sin párroco. Al cabo de ellos, ahí se adorarán las bestias”.

Pero el Párroco no es sólo un hombre *“instituido para las cosas que miran a Dios”* (8), sino también constituido al servicio de los hombres.

“Está él mismo rodeado de flaquezas, para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados” (9). Y por eso, su corazón siente todas las angustias, miserias y caídas de la grey que apacienta y guía.

Ha hecho suyas las palabras del Señor en el profeta Oseas:

“Los até con ataduras humanas, con ataduras de amor, fui para él como quien alza una criatura hasta tocar a sus mejillas y me bajaba hasta él para darle de comer” (10).

Ha comprendido que la misión del Párroco es la aplicación en el tiempo y en el espacio de la misma obra redentora que Pablo anunciara diciendo *“ha aparecido la benignidad y la humanidad de nuestro Dios Salvador”* (11). Y por eso sus entrañas son de misericordia, sus pies que *“evangelizan la paz”* (12), recorren todos los senderos de la ciudad humana, si sus manos ungidas bendicen, sus manos de hombre levantan, y si su corazón arde en amor a su Dios, dentro de él se encuentra todas las aspiraciones, anhelos y angustias de los corazones de sus hermanos.

Hombre de los hombres, no se aparta de ellos, porque sabe que su presencia en medio de ellos es luz, levadura y germen.

(7) *Ef.* 4, 17.

(8) *Hb.* 5, 1.

(9) *Hb.* 5, 2.

(10) *Os.* 11, 4.

(11) *Tm.* 3, 4.

(12) *Rm.* 10, 15.

Al servicio de los hombres, comprende sus extravíos y sabe que como Cristo, él no vino a condenar sino a redimir, no a maldecir al mundo sino a salvarlo. Ve los tiempos en los cuales le toca vivir y no se refugia en un pasado ideal, a menudo inexistente, sino que ama esa realidad terrena donde es necesario construir o echar las bases de la ciudad de Dios.

Porque *"nada de lo humano le es extraño"* (13) no es ante la realidad humana ni un cobarde que teme apagar la vida, ni un débil que teme afrontar la dicha, ni un vencido. Es un hombre lúcido y decidido que sabe que todo debe ser purificado, la naturaleza, el trabajo, el amor, la persona misma y que con Cristo es capaz de purificarlo todo (14).

Sabe que si bien la tierra no es la patria definitiva del hombre, sin embargo, es usando rectamente de los valores terrestres como se alcanzan los eternos y por eso vive en toda su amplitud el misterio de la encarnación del cual es ministro y testimonio. Y porque enseña a sus feligreses a pedir la venida del reino de Dios entre nosotros, lucha porque todos los problemas humanos tengan una solución cristiana de justicia y caridad.

Y por eso, con la misma autoridad con que habla de los problemas del espíritu habla también de los problemas sociales.

Ha escuchado, para decirlo con frase de S. S. Pío XII que *"de lo más hondo de la masa se levanta un grito que en el mundo de un Dios justo pide justicia y fraternidad"* (15) y con el mismo Papa espera con ansia:

"Ver lo más pronto posible de los escombros de un mundo viejo y caído en ruinas, surgir un mundo nuevo, más sano, mejor ordenado en su constitución jurídica, más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana" (16).

Y en conformidad a esos problemas y anhelos, el párroco, hombre de Dios al servicio de los hombres, hace de las doctrinas sociales de la Iglesia, un deber de su ministerio, en ansia de construir un mundo mejor.

No le importa encontrar en esa tarea la incomprensión, porque recuerda que el *"discípulo no es más que el Maestro"* (17), y que sin dolor y sangrar del corazón es imposible redimir.

Y porque sin dejar de ser el hombre de Dios *"ha sido tomado de entre los hombres, al servicio de los hombres"* (18) el párroco es el factor callado pero eficiente de verdadero progreso en cada localidad.

No habrá quizás monumentos que perpetúen su efigie, pero uno *"más duradero que el bronce"* (19), el corazón del pueblo, conservará a través del tiempo, con el respetuoso afecto del que vio en él al padre

(13) Terencio.

(14) Mouroux, *Sens chretien de l'homme*.

(15) Pío XII.

(16) Pío XII, 1º de septiembre, 1944.

(17) Mt. 16, 24.

(18) Hb. 5, 1.

(19) Horacio.

solícito, “el Taita Cura”, que quiso darle una vida humana en la tierra y una imperecedera en la eternidad. El sacerdocio es a la vez lo más divino y lo más humano que hay en la tierra.

El párroco es conjuntamente, una lección viviente y continua de hombría y de divinidad.

2) Pero, el párroco es no sólo el hombre de Dios al servicio de los hombres, sino también *el centro de la comunidad parroquial*. Su misión tiene un altísimo y extraordinario sentido social.

Para que la Verdad y la vida divina lleguen hasta nosotros, Cristo fundó su Iglesia.

Y la fundó como una comunidad viviente en una misma fe, en una misma gracia, en una misma cabeza, en una misma esperanza inmortal.

Así como hay una Iglesia universal, la Católica, así hay dentro de Ella, una Iglesia particular, la Diócesis. Su constitución se basa en el misterio de la Jerarquía. Por derecho divino la Iglesia reposa sobre el fundamento del episcopado. Por derecho divino el Obispo es la cabeza de su Iglesia. Por derecho divino se establecen las relaciones esenciales del Obispo, los sacerdotes, los ministros y los fieles. La comunidad básica y esencial es la comunidad diocesana.

Esa comunidad diocesana se realiza en su forma más inmediata en la comunidad parroquial. Ella no es una oficina; es la célula primera y viviente de la gran comunidad cristiana.

El párroco, en consecuencia, no es un funcionario. Es un pastor. Es el representante auténtico del Obispo, pastor de la comunidad diocesana. Ha sido colocado por la Iglesia como cabeza, centro de unión y fuente de vida de la comunidad parroquial.

Tiene una misión social. No cuida tan sólo de la santificación individual de las almas. Tiene que conducir una grey, formar una comunidad, hacer momento a momento *una parroquia viva y operante*.

Si el Obispo permanece siempre el pastor ordinario e inmediato de todos los fieles de su diócesis, el párroco es su colaborador directo en orden a integrar la comunidad diocesana.

Como pastor, el párroco trata de conocer personalmente a sus fieles. *El buen Pastor*, dice el Evangelio, *llama a las ovejas por su nombre*” (20) y de este conocimiento, brota su trabajo en orden a hacerlas vivir la vida de la Iglesia, que es vida de comunidad.

Para ello, el párroco ha de tener la clara noción del laicado y de la función que representa en la Iglesia.

La Iglesia es una sociedad. La Parroquia es la expresión visible más inmediata de tal comunidad. Esa sociedad está formada por diversos elementos, que al decir de san Pablo, concurren en forma diversa, pero armónica en *“la edificación del Cuerpo de Cristo”* (21).

Esas diversas funciones podemos clasificarlas en dos: sacerdocio y laicado. Lejos de oponerse uno al otro, ambos se complementan en una misión común.

(20) *Jn.* 10, 3.

(21) *Ef.* 4, 12.

La vida de la comunidad hay que considerarla siempre en función de estos dos elementos.

Carecerían de sentido de Iglesia los fieles que pretendieran en su vivir y actuar católicos prescindir del párroco.

Y carecería igualmente del mismo sentido, el párroco que pretendiera realizar la vida parroquial, al margen de esa comunidad que los fieles integran y desarrollan.

Una visión completa de la comunidad parroquial formada de la acción sincronizada del párroco y los fieles, nos introduce en el misterio hondo y sublime de la vida parroquial.

La parroquia, es ante todo, una comunidad que ora. La plegaria pública y colectiva, con que la Iglesia alaba a Dios, tiene en la Parroquia su primer e indispensable centro.

La iglesia parroquial no es una fría sala donde cada fiel se aísla en su plegaria individual. Es el hogar común donde los hijos alaban en una voz unánime al Padre de los cielos.

El templo parroquial es el lugar de la plegaria colectiva, donde todos los anhelos y aspiraciones individuales recibidos por el Párroco se expresan en la oración que él eleva en nombre de la comunidad orante.

El párroco ha oído la voz del que otrora fuera párroco de Tómbolo y más tarde, Párroco del mundo, San Pío X, enseñar que "*la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano es la participación activa de los fieles en los misterios del culto*" (22), y por eso hace de la liturgia el centro de su acción sobrenatural.

La comunidad parroquial tiene su base en la vida litúrgica. Por la comunidad que ora iremos a la comunidad que actúa.

No reconstituiremos el auténtico sentido de la Iglesia, mientras no hayamos dado a la vida litúrgica, el lugar que ocupa en el pensamiento de Cristo y en la rica tradición de los grandes siglos cristianos.

La Parroquia, es al mismo tiempo una comunidad que santifica. A través de los ritos simbólicos de la Iglesia, los Sacramentos perpetúan los gestos de Cristo. Estos Sacramentos no sólo santifican al cristiano que los recibe, sino que ellos tienden a formar progresivamente el Cuerpo Místico de Cristo. Es la Parroquia quien nos hace comprender este valor comunitario de los Sacramentos y es el párroco, el que a través de ellos, va formando la invisible, pero real comunidad de las almas en la Iglesia.

Cada vez que el párroco administra el Bautismo, realiza la incorporación oficial de un hombre en Cristo y en la Iglesia. Por su intermedio, el cristiano recibe a Dios como Padre, a la Iglesia como Madre y a todos los hombres como hermanos en Jesucristo.

Cada vez que el párroco prepara a la Confirmación, que el Obispo administra, es un nuevo soldado de Cristo que surge para preparar y defender el bien común de la sociedad cristiana.

Y cuando cada mañana sube al altar de su iglesia parroquial y rodeado de "*la sancta plebs cristiana*" celebra la Eucaristía, es el Sacra-

(22) *Motu Proprio Inter Pastorales.*

mento de unidad el que ahí se conmemora en la comunión de toda la Iglesia en un mismo Cristo.

Al levantar el párroco su mano que perdona, es la comunidad parroquial que recibe al miembro que el pecado había separado.

Y en ese sentido de Iglesia que inspira todo su ministerio, bendice y santifica el Matrimonio cristiano ordenado a la propagación del Cuerpo Místico y a la constitución de la comunidad familiar.

Y ese mismo sentido de Iglesia, hace que el párroco comprenda, que si bien no es ministro del Sacramento del Orden, es, sin embargo, la Parroquia y sus instituciones las que deben dar a lo comunidad cristiana, sus futuros ministros. Las vocaciones sacerdotales son la flor de la comunidad parroquial. Toda la parroquia orante alcanza las gracias de santificación que el seminarista necesita. Los trabajos y sacrificios de la comunidad operante, se extiende al Seminario, donde se forman los futuros pastores de la grey cristiana.

Y cuando al atardecer de la vida, una mañana radiante, ve subir al altar parroquial al nuevo sacerdote salido de esa comunidad, el viejo párroco siente que como Simeón sus entrañas florecen de esperanza, mientras sus labios temblorosos por la emoción exclaman: "Ahora Señor, puedes llevar en paz a tu siervo; porque mis ojos vieron al nuevo salvador".

"Nunc dimittis servum tuum in pace".

El Párroco es en la comunidad cristiana el hombre del bien común consagrado al servicio de todos.

Unido íntimamente a la carga pastoral del Obispo, él debe igualmente poseer las condiciones de un jefe.

A través de las difíciles y complejas situaciones de los tiempos presentes, él tiene misión de conducir a todos los hombres a su destino eterno.

Del párroco debe decirse la palabra de san Pablo en los Corintios:

Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi (23).

En Cristo Dios reconciliaba el mundo con él.

La Parroquia es una comunidad donde el sentido de la fraternidad cristiana y humana se vive intensamente, donde las penas y alegrías son comunes, donde no sólo los vínculos de la liturgia y Sacramentos establecen lazos invisibles e interiores, sino donde el "cor unum et anima una" hacen que el sentido de solidaridad se exprese en múltiples manifestaciones y el vínculo de la caridad fraterna haga gustar "la bondad y la alegría de los hermanos que habitan en la unidad".

3) Por último, el párroco *es apóstol y misionero del reino de Dios.*

Hay un hecho imposible de negar; nos enfrentamos a un mundo cada vez más paganizado. El sentido sacral de lo temporal se pierde rápidamente. Una tensión aguda entre religión y vida se acentúa. Los ambientes donde la vida ordinaria del hombre se desarrolla son o indiferentes u hostiles al pensamiento cristiano.

(23) 2 Co. 5, 19.

Concebir la Parroquia como algo cerrado a un grupo reducido de fieles es constituir un "ghetto" cristiano, al margen de los grandes problemas de la hora.

Es olvidar la frase evangélica que el cristiano es "sal de la tierra", "luz del mundo" y "levadura que ha de hacer fermentar la masa".

La Parroquia, en el momento actual, tiene que sincronizar la necesidad del mundo y la angustia de la Iglesia, y en consecuencia ha de tener un intenso carácter misional.

El párroco necesita poseer *un alma y un corazón de misionero*.

Lo necesita, en primer lugar, porque ese carácter misionero está en la base de su vocación apostólica. El Redentor

"ha venido a salvar lo que había perecido de la Casa de Israel" (24) a "buscar no tanto a los justos cuanto a los pecadores" (25), a "anunciar la buena nueva a los pobres y contritos de corazón" (26), "a iluminar a los que estaban sentados en tinieblas y sombras de muerte y a dirigir nuestros pasos por los senderos de la paz" (27).

Lo necesita, en segundo lugar, porque el Derecho de la Iglesia en su Canon 1350 se lo impone: "*los párrocos, dice el Código de Derecho Canónico, deben tener a los no católicos residentes en su Parroquia como confiados por el Señor a su cuidado pastoral*".

Lo necesita, porque el párroco por su función misma "*es el ministro de la inquietud*" (28).

El que despierta a las almas dormidas, el que aviva a las tibias, el que sacude a las indiferentes y llama a las alejadas para darles el mensaje que orienta, la palabra que esclarece, la solución a las angustias que oprimen, la paz esencial que aquieta.

El párroco es por vocación y destinación providencial *un apóstol*. De la misma manera que el Padre envió a Cristo, así Jesús envía a sus sacerdotes y la Iglesia a sus párrocos.

Es el portador de un mensaje universal que no se encierra en fronteras, ni en categorías ni razas. Es el distribuidor de una vida que ha de llegar a todos los que Dios puso a su cargo.

Por eso siente el terrible peso de las almas que le oprime y hace que su corazón nunca se sacie repitiendo el "*amplius Domine amplius*" de Javier.

Ese espíritu apostólico hace que el párroco no sólo vea las miserias de su época, sino que también sienta las inmensas expectativas del momento que vive.

Un mundo nuevo nace y hay que darle un rostro cristiano.

En el derrumbe de tantos falsos ídolos modernos, el hombre de

(24) *Mt.* 18, 11.

(25) *Lc.* 5, 32.

(26) *Mt.* 11, 5.

(27) *Lc.* 1, 79.

(28) Cardenal Schard: *Le pretre dans la cité*.

nuestro tiempo siente el ansia de Dios. Es al decir de un filósofo actual “un lobo aullando de desesperación al infinito”.

Y si es verdad que esta es la hora de las grandes negaciones, es también la de las grandes afirmaciones y expectativas.

El apóstol es un hombre que “*ara en la esperanza*” (29).

Y porque siente el doble grito de la indigencia y de la nostalgia de Dios, el párroco comprende que su misión apostólica no puede realizarla solo.

Ese mundo nuevo se forma en ambientes en los cuales él no vive.

Necesita de apóstoles del propio ambiente, que sean levadura en la masa, y lleven a ellos el mensaje del Evangelio, el testimonio de su vida y la dinámica de su acción.

El párroco que tiene el auténtico sentido de la Iglesia, sabe que la parroquia actual no se concibe sino en vista de una acción misionera, realizada bajo su dirección, por un laicado con responsabilidad apostólica que actúe y viva en el ambiente en que la Providencia lo ha colocado.

Porque tiene el sentido misionero de su parroquia, el párroco no invade los campos apostólicos del laicado, comprende y respeta su condición de apóstoles seculares, organiza su parroquia en función de su Acción Católica y le da a ésta toda la amplitud y responsabilidad de la tarea apostólica que le corresponde.

El párroco es un hombre que concibe la parroquia y su ministerio en ella, como una escena en el drama de la redención de la humanidad.

Por eso su corazón sufre las inquietudes apostólicas del Maestro, y con El repite: “*tengo otras ovejas que no están en este redil y a ellas debo atraer hasta que se haga un solo rebaño y un solo pastor*” (30).

Como Pablo oyó en sueños la voz del desconocido que le decía: “*pasa a Macedonia y ven en nuestra ayuda*” (31), así el párroco ve constantemente la imagen de ese desconocido, el mundo actual que se forma al margen de la Iglesia, pero que en el fondo de su indigencia espiritual solicita nuestra ayuda.

“*Ven en nuestra ayuda*” le dicen los niños que crecen en las escuelas sin Dios.

“*Ven en nuestra ayuda*” le repiten los jóvenes que en la hora de las grandes inquietudes de su adolescencia sienten la necesidad de un ideal concreto que los guíe.

“*Ven en nuestra ayuda*” claman los obreros, alejados muchos de la Iglesia, en “el gran escándalo del siglo XX” y que han menester de justicia y caridad cristiana.

“*Ven en nuestra ayuda*” añaden todos los sectores del mundo hambriento y atormentado de Dios.

La acción individual no basta. Se necesita la acción colectiva.

Pero no lo colectivo inorgánico y estático, sino organizado y vivo

(29) *1 Co.* 9, 10.

(30) *Jn.* 12, 16.

(31) *Hch.* 16, 9.

Y eso lo da la Iglesia, comunidad viviente, y lo da en forma inmediata por medio de la Parroquia.

El olvido de la función parroquial en la vida cristiana, es el signo más triste, pero más real de la pérdida del sentido de Iglesia, que está en la base de todas nuestras deficiencias y debilidades.

La restauración parroquial en su genuina misión, es el gran medio de hacer que nuestro tiempo encuentre el sentido de la comunidad, el sentido del sacerdote, el sentido de Cristo y el sentido de Dios.

El párroco será apóstol y misionero del reino de Dios en la medida que sepa hacer vivir a sus fieles el misterio de la parroquia y con él el de la Iglesia, y hacer de su parroquia una auténtica y eficiente comunidad misionera.

Para eso, necesita del celestial modelo que la Iglesia le propone; Juan María Vianney, Santo Cura de Ars.

Y así, el sencillo párroco de las montañas de Lyon sigue dictando su lección a todos los sacerdotes y párrocos del mundo.

Nos dice que sin vida interior no hay apostolado.

Sin oración, fecundidad espiritual.

Sin unión íntima con Dios, verdadero ministerio sacerdotal.

Nos repite que sin abnegación constante, nuestro trabajo se hace superficial y estéril.

“Porque si el grano de trigo no cayere en la tierra, quedará solo, pero si muere llevará mucho fruto” (32).

Nos insiste, que es el amor el que alienta la vida del sacerdote y que el párroco llenará su sublime función en la Iglesia en la medida de su capacidad de amar.

Lección grande y sencilla a la vez, que todos necesitamos para aprender en ella nuestro apremiante deber.

La necesitan los fieles para saber apreciar lo que el párroco representa en la vida de la Iglesia.

La necesitan los jóvenes para sentir ante ella el ansia de las grandes cumbres, la inquietud de los sublimes anhelos, los vastos horizontes de las inmortales conquistas.

La necesitan los sacerdotes y párrocos para hacerse, en la práctica de esas mismas virtudes, dignos de tan alta vocación.

La necesita el mundo, para sentir, ante el testimonio de la santidad, el urgente y apremiante llamado de Dios.

Van a cumplirse 100 años que Juan María Vianney partiera de esta vida.

El mundo ha sufrido en este tiempo la más profunda y universal de sus convulsiones. Nos hallamos en una gran encrucijada de su historia.

Y mientras filósofos y sociólogos, diplomáticos, economistas y políticos buscan una fórmula de solución a tan complejos problemas, allá, en el villorrio de Ars, una tumba sigue indicándonos el camino verdadero.

(32) *Jn.* 12, 24.

En ella, sobre una lápida sencilla y desnuda, se leen estas palabras, bajo el nombre del que fue su Santo Párroco:

"Erat enim sacerdos Dei Altissimi" (33).

Era sacerdote del Dios Altísimo.

Ahí está su elogio cumplido.

Y ahí está también para nosotros la lección acabada.

Meditémosla intensamente para comprender en ella el sentido del párroco, que es en último término sentido de la Iglesia, sentido de Cristo, sentido de Dios.

(33) Gn. 14, 18.

CARLOS DE FOUCAULD
LOS SENTIMIENTOS SACERDOTALES DEL ALMA DE CRISTO (1)
(IV-1971)

Carlos de Foucauld nos trae un mensaje. Y éste no es otro que el Evangelio vivido en la hora presente.

Un versículo de la oración sacerdotal de Jesús expresa y resume las disposiciones interiores de Cristo ofreciéndose al Padre: "Santifícalos en la verdad porque tu palabra es verdad" (2).

Estas palabras sintetizan los sentimientos sacerdotales del alma de Cristo: adoración e inmolación redentora. Resumen también el pensamiento y la espiritualidad del Hermano Carlos.

Su oración posee el acento eminentemente apostólico: Jesús se ofrece como víctima para que sus sacerdotes, santificados interiormente por el Espíritu, estén aptos para predicar el Evangelio.

En el desierto, en su vida contemplativa, el Padre de Foucauld continúa y repite el gesto de Jesús, gesto que culmina con su supremo holocausto.

Como el Hermano Carlos, hay que meditar la oración sacerdotal de Cristo para que nos llenemos de sus sentimientos de adoración y de redención. Esta oración nos entrega el secreto de Jesús. El gran amor de su corazón es la Iglesia. "Se entregó para santificarla". *Seipsum tradidit pro ea*". Y su Iglesia es, antes que nada, sus sacerdotes. Por ellos se ofrece en sacrificio, para que sean santos en la verdad y en su vocación.

(1) Talca, 1958. Aparecido en *Jesus-Caritas*, edición latinoamericana, abril 1971.

(2) *Jn.* 17, 19.

Como Cristo, todo sacerdote debe inmolarse por las almas que le son confiadas. Cada mañana ofrece sobre el altar la víctima divina, ofreciéndose al mismo tiempo él mismo. Cada día ofrece al Padre, con Cristo, y el Espíritu Santo, la oblación de sí mismo, y es en ese oficio de víctima que el sacerdote se realiza plenamente. Esta ofrenda asocia y configura al discípulo con su Maestro, al siervo con su Señor, al apóstol cristiano con Jesucristo.

Se puede persuadir a las almas con la palabra, pero es con el sacrificio que las salva, escribe el Venerable Chevrier, corazón eminentemente sacerdotal.

“... Por su dignidad sacerdotal, escribe Bourgoing, Jesús tiene tres miradas: al Padre para glorificarlo; sobre sí mismo para inmolarse; y sobre las almas para santificarlas y reconciliarlas con Dios... Tres ministerios admirables que El comunica a sus sacerdotes”.

Sin embargo, fijémonos bien, esta glorificación del Padre y esta redención de los hombres se realizan solamente por medio del sacrificio.

Vivir la Misa debe ser la fórmula que encuadre toda nuestra vida espiritual y toda nuestra acción sacerdotal.

“Os exhorto, hermanos, dice san Pablo, a ofrecer vuestros cuerpos como una hostia santa y agradable a Dios: ese es el culto espiritual que le debéis”.

Vivir nuestra Misa significa aprender cada día a inmolarnos con Cristo. “El sacrificio visible que se ofrece exteriormente a Dios, dice san Agustín, es el signo del sacrificio invisible, por el cual uno se ofrece con todo lo que posee para honrar a Dios”.

Y san Gregorio el Grande escribe: “Es necesario que cuando asistamos al Santo Sacrificio, muramos en cierta forma por la entrega de nuestro corazón, porque celebrando los misterios de la Pasión de Cristo, debemos imitar lo que estamos realizando. La hostia nos será favorable frente a Dios, si nosotros mismos nos convertimos en hostias”.

“Dígnate, Señor, santificar estos dones aceptando la ofrenda de la hostia espiritual, para que hagas de nosotros una oblación eterna para tu gloria, por Jesucristo Nuestro Señor” (3).

Fue con ese espíritu que vivió el Padre de Foucauld; convirtiéndolo por la adoración y el holocausto, en hostia de redención; por lo que se ha convertido en uno de los más grandes maestros de la vida espiritual de nuestro tiempo, haciéndonos vivir íntima y plenamente el mensaje del Evangelio.

Es ésta la misión que está realizando en la Iglesia el “Hermano Universal”, urgiendo en nuestro atormentado siglo XX, a todos los cristianos, especialmente a los sacerdotes, su legado de consagrarse a su propia santificación para la gloria de Dios en la misma medida de aquel que quiso llamarse Jesús para ser nuestro salvador.

(3) Lunes de Pentecostés.

El Papa

○ La "devoción" —valga el término— de nuestro Obispo al Papa es proverbial: se encuentra presente desde sus manuscritos, en los tiempos de teólogo en Roma hasta su Testamento Pastoral, al término de su vida.

Con gran frecuencia aviva la adhesión al sucesor de Pedro, especialmente los 29 de junio de cada año. Sin embargo se trata generalmente de escritos breves: esta es la razón por la cual no transcribimos aquellos artículos, publicados generalmente en el Diario "La Mañana", de Talca.

80º ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE S.S. PIO XII
(2-III-1956)

Amados hijos:

El próximo 2 de marzo, cumple S.S. el Papa Pío XII, sus 80 años de edad. Para todos los fieles es este un motivo de especial alegría, y al mismo tiempo un llamado a cumplir con un filial deber.

El católico saca su fuerza y cohesión de la unión con el Vicario de Cristo. El ha recibido la misión de "confirmar en la fe a sus hermanos" (1). El es, al decir de san Pablo "la columna y fundamento de verdad". A la Iglesia romana, por su más alta importancia, escribía en el siglo III S. Ireneo (2), deben concurrir todas las otras Iglesias".



*Junto al Papa Pío XII, quien
lo designó Obispo*

(1) *1 Tm.* 3, 15.

(2) San Ireneo. Obispo de Lyon. Uno de los pioneros polemistas de la Iglesia. Nacido probablemente en Asia Menor hacia mediados del siglo II. Combate el gnosticismo que se difundía por las Galias. Participa en la discusión sobre la Pascua probablemente cortando el cisma.

A estas razones, únense las cualidades extraordinarias que adornan a S.S. Pío XII, y que lo hacen ciertamente la figura más relevante del mundo de hoy.

Deber nuestro filial es unirnos a Nuestro Santo Padre el Papa en este aniversario.

Lo haremos en tres formas:

1. Ofreciendo el viernes 2 de marzo, día de su aniversario y primer viernes del mes, una devota Comunión por las intenciones de Su Santidad. Desde ahora os invitamos a este homenaje.

2. El domingo 11 de marzo, se celebrará en todas las parroquias una Misa por las intenciones de Su Santidad Pío XII. Habiéndose ya iniciado las clases, todos los colegios y Escuelas deberán también asistir a esa Misa en sus respectivas parroquias.

3. Se ha pensado levantar en Roma en el curso del presente año, una "Casa del Trabajador", que lleve el nombre de S.S. Pío XII, y que estará destinada a ser no sólo el hogar de los trabajadores católicos de todos los países que lleguen a Roma, en peregrinación, sino también un centro de investigación y estudio que vaya siguiendo atentamente el curso de los problemas del mundo del trabajo. Este será el obsequio que todos los fieles del mundo harán a Su Santidad. Con este fin, se hará el mismo domingo una colecta especial en todos los templos y capillas y se remitirá íntegro su producto a la Tesorería Diocesana, para hacerlo llegar en conjunto, como un homenaje de la Diócesis de Talca al Santo Padre.

Os pido, amados fieles, colaboréis con sentimiento filial a esta celebración.

Nuestra fuerza ante tantos peligros está en la unión de todos alrededor de las autoridades que Dios ha puesto en su Iglesia para conducirnos a El.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

Hechos autobiográficos del Obispo

○ *Las palabras que conservamos de algunos de los hitos más importantes de la vida de Monseñor Larrain —que incluyen varios manuscritos inéditos— representan la conciencia que tenía de sí mismo, como hombre a quien la Iglesia confía las más altas responsabilidades y provee de los más altos poderes espirituales.*

El lector podrá apreciar el inmenso respeto que tiene, a la luz de una fe largamente madurada, por sus cargos y funciones.

DIA DE LA ORDENACION SACERDOTAL
(16-IV-1927)

^{y muy}
He querido en estos momentos los mas solemnes de mi vida,
abia que abrir mi corazon en medio de vosotros para dar
expansion a los sentimientos que embargan mi alma y poner
desde ahora en practica el mandato que he recibido de predicar
por doquiera la buena nueva anunciando el reino de Dios
¿ sus palabras pueden salir de mis labios en estos instantes
sino las de la gratitud hacia Dios que se ha dignado
hacerme su ministro? ¿ de que otra cosa puedo hallaros sino
de las maravillas que en su misericordia, Dios ha conmigo, reah
de "Venid, si, os dire con el salmista, venid todos los que
amais al Señor y os contare las ^{grandes} cosas que en mi salvamento ha
hecho. y es por esto que mis labios sacerdotales que por vez
primera pronuncian la palabra ^{sancta} ~~de Dios~~, que por vez primera
pronunciarán en breve la formula ^{augusta} ~~sancta~~ que hace ^{descender} ~~descender~~
delos ^{cielos} e imbolarse a un Dios no saben sino pronunciar el himno
~~de la gloria~~ que del botara hace 2 mil años de los labios
procuramos de nuestra cara madre Maria "Magnificat
mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en
Dios en mi salvador, porque ha hecho en mi grandes
cosas y su misericordia permanece por los siglos
de los siglos.

Y Jesús ^{el eterno} sacerdote ~~der herencia~~ venido a
reconciliar el cielo con la tierra ^{quiere} ~~quiere~~
que ~~su sacrificio~~ un sacerdocio eterno según el orden
de Melchisedec

"Hanc est dies quam fecit Dominus, exultemus
et lættemur in ea" Este es el día grande que ha
hecho el Señor, alegrémosnos y regocijémosnos en él.
Así exclama hoy la ^{santa} Iglesia al interior llena de
júbilo el Alleluia de la Resurrección y así también
exclama mi corazón henchido de reconocimiento al
subir por vez primera las gradas santas del al-
tar de Dios, aquel Dios que alegrara mi juventud
y por cuya misericordia infinita soy lo que soy.

Comados por la emoción mis labios que por vez
primera pronuncian la fórmula santa que hace
descender a un Dios ^{de} los cielos, e inmóvil sobre
el ara del sacrificio he querido de este modo comuni-
carme con vosotros. Todos lo que amais para dar
cumplimiento desde ahora al mandato que reci-
bido "Id y enseñad a todas las gentes; predicad la
~~buena~~ buena nueva, anuncia el Reino del Señor."

"Venid, os diré, con el Salmista, venid todos los
que teméis al Señor y os contaré las maravillas
que en mí ha obrado." ~~resurrección al Señor~~
~~no desalabara y que todos los que sale de mi boca~~
~~de ahora presente~~ Invitados en el estuche ~~resurrección~~
de la Ciudad Cristiana entonemos juntos ^{hacia} el himno

porque es eterna su misericordia y elevemos
nuestro corazón hacia lo alto porque aunque mis
cables y pines de todo momento hoy unas nuevas
manos sacerdotales se alzan para bendecir y
absolver, ~~estas~~ hoy unas nuevas manos ungidas
ofrecen al Padre Eterno la hostia pura, la hostia
santa e inmaculada, la víctima divina que
reconcilia el cielo con la tierra para caer sobre
ella el ~~sea~~ torrente inagotable de gracias que
llován del Cordero alado de Jesús!

LLEGADA A TALCA COMO OBISPO. "VENI, DOMINE JESU" (1)
(28-VIII-1938)

Encontrados sentimientos difíciles de expresar, agitan mi alma en estos instantes. La cariñosa acogida que me dispensáis, las horas inolvidables vividas desde mi llegada, la presencia en este recinto de las autoridades eclesiásticas y civiles, clero y fieles de esta noble ciudad de Talca, que no encuentra palabras adecuadas para formularse. Y al pensar que estos honores recaen sobre mi humilde persona siento la confusión profunda de un inmerecido homenaje que sólo encuentra explicación en vuestra nunca desmentida y tradicional hidalguía. Pero, señores, obispo de la Iglesia de Dios, debo elevarme sobre las circunstancias personales y penetrar en el hondo significado cristiano que esta manifestación encierra.

1. *Misión de Amor*

Hace 19 siglos que la escena, con modalidades diversas, pero idéntica en su fondo se repite. El Vicario de Cristo toma a un hombre de la multitud, a veces sin dotes personales, como en el caso presente, lo llama y le dice mostrándole una porción de la mies siempre madura de la Iglesia: "Id y amaestrada a todas las gentes... predicad el evangelio a toda creatura... enseñadles a guardar todas las cosas que yo os he mandado... marcha por los caminos del mundo a anunciar la paz, a anunciar los bienes y a repetir el evangélico mensaje, que "se acerca para las almas el reino de Dios".

Y el así llamado, consciente de su miseria, pero sintiendo la voz de la Iglesia que le dice en el día grande de su consagración: "recibe el Espíritu Santo", sabiendo que la obra de Dios se realiza con débiles instrumentos, oye el llamado divino, empuña la cruz entre sus manos y llega hasta esos nuevos hijos que el cielo le confiaba a estrecharlos contra su pecho de hermano, de padre y de pastor.

Así he llegado hasta vosotros, señores, heraldo de la paz de Cristo, trayéndoos lo que el Señor en su misericordia se ha dignado por mi intermedio distribuir: verdad en mis labios, bendiciones en mis manos y amor

(1) "¡Ven, Señor Jesús!", discurso pronunciado en la asamblea de recepción de la diócesis de Talca; publicado en Talles Gráficos Casa Nacional del Niño, 1938.

dispuestos a todos los sacrificios en mi corazón. Cuando la voz augusta de Roma sonó en mis oídos para ordenarme el venir a coadyuvar en sus tareas apostólicas al venerado Pastor de esta Diócesis, yo sólo pude, mirando mis manos vacías de méritos y cargadas, en cambio, de muchas imperfecciones, repetir la frase de Pedro el Pescador, junto a las serenas aguas del Tiberiades: "Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te"; "Señor, tú lo sabes todo, pero tú sabes, Señor, que yo te amo". Y la respuesta de Cristo por su Vicario, fue la misma que Pedro recibiera: "Conozco tu miseria; pero a pesar de ella me amas, sé mi ministro, apacienta mis corderos, apacienta a mis ovejas".

Y vosotros, animados de cristianos sentimientos, sin reparar que a las veces es tosco y frágil el vaso que contiene el mensaje de Dios, me habéis recibido con esa cariñosa emoción de fe que no mira al hombre en su pobreza, sino al cargo que en nombre de Cristo y de la Iglesia, viene a desempeñar.

Gracias de todo corazón por vuestras bondades, gracias por este afecto filial con que me habéis rodeado desde el primer instante, gracias por esta íntima comunión de espíritu que ha acercado nuestros corazones y almas para fundirlos en un ideal y en un afecto común.

2. Trabajar por el Reinado de Jesús

Debo pues hablaros con esta confianza que yo tengo deber de emplear y vosotros derecho de exigir, al esperar de mis labios la palabra que indique los propósitos que me animan y los deseos que aspiro realizar.

Ellos se encierran en la frase que escogí como divisa de mi escudo episcopal y expresión de los anhelos más íntimos de mi alma: "Veni Domine, Jesu", Ven Señor, Jesús.

El Pastor de esta Diócesis talquina, a quien quiero rendir público homenaje de mi lealtad, afecto y gratitud, me ha llamado a cooperar a su gobierno y yo sé que interpreto sus ideales al consagrarme con todo mi ser a trabajar por ese reinado de Jesús.

El mundo enfermo clama por él en este instante trágico de su existencia.

3. Presentimiento de un orden nuevo

Hay obscuridad en los espíritus, hay inquietud en las almas, hay dolor de humanidad en el ambiente, hay bambolearse de instituciones y presentimientos de un orden nuevo que amanece. Y en medio de esa confusión de espíritus, característica de todos los momentos cruciales como el nuestro, surge potente en unos como grito de vida, inconsciente en otros como suprema esperanza el llamado de eternidad de la Iglesia: "Veni Domine Jesu". Ven, Señor Jesús. . .

A medida que los acontecimientos van tornándose cada vez más angustiosos y trágicos, el mundo moderno comienza a comprender que los apoyos extrínsecos no van a sostener la civilización que vacila, que es necesario darle el fundamento puesto por mano divina, la piedra angular que sostiene el edificio y que el hombre locamente muchas veces pretendió arrancar: Cristo.

4. *Reinado de verdad y de justicia*

A repetiros ese mensaje de Cristo al mundo contemporáneo; su

reinado social, vengo entre vosotros a trabajar bajo la dirección del Pastor de esta Diócesis, por ese reino de verdad, de justicia y de amor, llego con entusiasmo a consagrarle mis pobres energías, a hacer que cada vez sea una realidad más viva mi divisa episcopal "Veni, Domine Jesu", vengo a ofrendar a la Iglesia en esta Diócesis, el don total de mi ser y de mi vida.

Porque, señores, no se puede obrar de otra manera, cuando a la luz del Evangelio la existencia se caldea de la caridad que nos urge y la mente se ilumina por la belleza maravillosa de Dios que nos señala el origen divino de donde procedemos y las esperanzas radiantes de esa gloria celeste hacia la cual navegamos. Yo siento, señores, en esta hora, más viva que nunca la infinita poesía de la vida en que se lucha por Dios.

Ven, Señor Jesús. El reino de Cristo, es reino de verdad. Las sociedades modernas mueren por el error.

"El mal que sufren nuestros tiempos, dice Maritain, es ante todo un mal de la inteligencia y nada se producirá de estable mientras la inteligencia no haya sido restaurada".

El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". Sólo la verdad nos hará libres, pero un reino de la verdad plena y absoluta, de la verdad trascendente y total, el reino de Aquél que en su Evangelio dijera: "Yo soy la verdad", Cristo Nuestro Señor.

Sólo a la luz de Cristo puede el hombre conocer el angustioso problema de su destino, sólo a la luz de su mensaje puede el hombre tener una interpretación total de su vida; más aún, sólo por Cristo puede el hombre conocerse plenamente a sí mismo.

5. *Ausencia de Doctrinas*

Digámoslo con franqueza entera, señores, el gran mal de nuestro tiempo es la ignorancia religiosa, es el olvido de lo sobrenatural, es el desconocimiento casi completo de Cristo y su misterio. Lo que más aterra al espíritu no son las doctrinas violentas y por tanto poco durables de los adversarios, sino la ausencia de hondas doctrinas entre los católicos; es el ver que bajo el nombre de cristianos se encubre un naturalismo que

a veces no alcanza a disimularse y que en una buena porción de bautizados hijos de la Iglesia, miembros del Cuerpo místico de Cristo, el concepto pagano de la vida va creciendo hasta invadir plenamente su existencia.

La predicación del misterio cristiano, el conocimiento familiar del Evangelio, la penetración honda de los dogmas de la Iglesia vividos al través de su plegaria oficial; tal debe ser, señores, el propósito firme de nuestras almas, tal el gran anhelo de la mía al exclamar con entusiasmo: "Ven, Señor Jesús". El reino de Cristo es reino de verdad.

6. *Justicia en la libertad*

El reino de Cristo es justicia, pero en la libertad.

El mundo moderno está cargado de injusticia, "y su injusticia primero es haber negado los derechos de Dios al querer proclamar los derechos del hombre. Y todo lo que se hace contra Dios, se vuelve, tarde o temprano, contra el hombre" (Card. Pie).

En el concepto cristiano del Estado su autoridad tiene una norma que lo trasciende, que regula sus derechos y le limita el poder: la ley siempre justa y santa de Dios. El Estado no puede atropellarla y tiene en ella como el mar sus confines.

Esta obligatoria moralidad de la ley "ordinatio rationis in bonum communitatis" (2) es la tutela de la justa libertad de los pueblos.

7. *Armonía social*

De este bien común que regula todo el derecho público cristiano, procede el concepto de armonía social; mediante la equitativa distribución de los bienes de la tierra los individuos y clases se unen para contribuir al progreso común. No individualismo que disgrega, ni comunismo que destruye, ni capitalismo que aplasta, el reino de Cristo por la doctrina de su Iglesia, es el reino de la verdadera justicia social.

8. *El obrero, privilegiado de Cristo*

Para los obreros, para los que sufren, para los que llevan sobre sus hombros el peso del día y del calor, para los pobres de Cristo, los privilegiados de su reino y los predilectos de su corazón, las enseñanzas sociales de la Iglesia, las admirables doctrinas de León XIII y Pío XI deben ser el arco iris de la esperanza que les señale que en ellas y por ellas no está lejano el día de su verdadera redención.

(2) Tr.: "Ordenación de la razón en orden al bien común".

Hacer que esas doctrinas, que ningún cristiano puede desoir, se incorporen en las conciencias, penetren en las legislaciones, inspiren las costumbres y sobre todo hagan darse el abrazo de hermanos a las clases sociales hoy divididas por egoísmos y odios destructores, es una urgente necesidad a la cual anhelo consagrar mis mejores, aunque débiles energías, porque quiero a ejemplo del Maestro, sean los pobres la porción más amada de mi rebaño de Pastor.

Justicia social, señores, que significa además otra cosa, el amor de los ciudadanos a la sociedad a que pertenecen, o sea el patriotismo cristiano, que al decir de Santo Tomás subordina todas las virtudes de los ciudadanos al bien común.

El lema de nuestros mayores: "Dios y Patria", la religión inspirando el sano y bien entendido patriotismo debe ser un anhelo de todos los que amamos esta tierra bendita con el calor de las grandes pasiones y el fervor de los más santos afectos; porque señores, yo creo con fe ciega en los destinos de mi Chile, en la protección que Cristo por su Madre bendita del Carmen le depara y en la vocación social que tiene en nuestro continente "de ser la Covadonga de la reconquista espiritual de América".

9. *Justicia cristiana*

El Reino de Cristo es justicia. En la horrible disgregación de la hora presente, sólo este concepto de justicia cristiana puede llevarnos a la anhelada paz, esa paz que Cristo anunció y por la cual quiero trabajar con los brazos abiertos, para que en ellos se acojan los hombres de buena voluntad.

Ven, Señor Jesús. El Reino de Cristo es amor.

Cuando Jesús descendió a la tierra para conquistar la humanidad, no quiso establecer sobre nosotros su imperio por la fuerza o el terror, sino únicamente por el amor. Para vencer, este divino guerrero, no quiso otra arma sino su corazón, y por ella venció y por ella ha de seguir siempre triunfando.

10. *La única arma: el Amor*

Someter los pueblos con la fuerza es de conquistadores terrenos, pero someterlos con la sola potencia del amor, domar los instintos feroces con la voluntaria debilidad de una dulce bondad; apagar todas las concupiscencias con el austero encanto de la pureza, sofocar todos los egoísmos con la entera dedicación de su ser, vencer toda molición con el heroísmo del sacrificio y la codicia con la completa renuncia, oponer a las armas de Satanás una sola: el amor; dejar en el corazón humano todas las heridas causadas por el pecado original y sobre las llagas derra-

mar un solo bálsamo, el amor; y con esta sola influencia vencer todos los prejuicios sociales, con este solo remedio sanar todas las heridas morales, con esta sola arma triunfar de todas las astucias del mal; establecer en el mundo, el reino de la caridad sobre las ruinas del reino del odio y del egoísmo humano; sustituir a la rígida ley que sólo hasta entonces había podido mantener la sociedad una nueva ley que se compendia toda en el amor; hacer de esta divina Caridad, que es la ley de los Santos en el Cielo, la única ley de los viajeros de la tierra; he aquí una empresa que sólo Dios podía concebir, y es aquélla la que ha concebido Jesucristo y que después de 19 siglos está en vías de ejecución; esta empresa que nosotros llamamos, el reino del Corazón de Jesús.

11. *Brisa que apague los odios*

Sobre este mundo actual en que parece cumplirse la palabra del filósofo "Ser el hombre lobo del hombre", cuando aún humean las cenizas de la guerra europea y se encienden nuevas hogueras, que amenazan consumir en sus llamas la civilización occidental, es preciso que como suave brisa refresque las almas y apague los odios "el amaos los unos a los otros" del Evangelio de Jesús.

Y esta palabra debemos pronunciarla no tanto con los labios como con la vida, porque hoy como hace 18 siglos no podremos convertir el mundo sino con el argumento objetivo de encarnar en cada uno de nuestros actos la divina ley de la caridad.

12. *La madre común*

A predicar esa cruzada de caridad evangélica, a mostrarles su fuente en el Corazón de Cristo, quiero igualmente consagrar mis energías para que los hombres desunidos por intereses terrenales se estrechen junto a la Iglesia, madre común de todos ellos, así como se unen los hermanos separados junto a su madre querida para besarla en la frente.

No sé si sea ambición muy alta la que me atrevo a expresar pero yo quisiera, colocado por mi cargo sobre las pasiones que dividen, ser como un tranquilo remanso donde los hombres venidos de las más diversas tiendas pudieran hallar en la caridad el don inapreciable de la paz.

Ven, Señor Jesús.

13. *Cooperación de todos*

Os he dicho que para realizar este anhelo de mi divisa episcopal, deseo trabajar con todas mis fuerzas en el reino de verdad, de justicia y de amor que Cristo nos mandó anunciar.

Pero necesito de vuestra cooperación y esa cooperación la prestaréis gustosos, lo presiento, lo leo en vuestros rostros, por medio del apostolado santo de la Acción Católica, la obra de las obras, la pupila de los ojos del anciano Padre común.

La Iglesia se encuentra en un momento de trascendental importancia, del cual dependen muchos años y quizás muchos siglos de su acción y no podemos dejar de responder a su imperioso llamado de trabajar en este apostolado que Ella pide en nombre de las almas, de la gloria de Dios, de la causa del reinado social de Jesucristo.

Y debo terminar, señores, porque he abusado con exceso de vuestra cariñosa atención, pero antes yo quiero agradeceros una vez más con toda el alma vuestra excesiva bondad. Parece que habéis querido hacerme olvidar los tristes adioses de mi familia, mi Universidad y mi Seminario, brindándome desde mi llegada todo el calor afectuoso del hogar. La cruz que sobre mi pecho me anunciaba ya en forma elocuente vuestro cariño y las manifestaciones de hoy lo confirman.

A las autoridades que me honran con su presencia, al Venerado Obispo que me recibe con afecto de padre, al amado clero que de cerca o de lejos me acompaña con su adhesión y oraciones, a vosotros todos, señores, que así demostráis a la Iglesia en mi humilde persona vuestra filial devoción, vayan las expresiones más sinceras de mi inmensa gratitud.

En cambio de tanto afecto yo sólo puedo retribuiros entregándome por entero a vosotros, ofreciendo todo mi ser, mis energías y si es preciso mi vida, para que en esta Diócesis de Talca se cumpla plenamente mi divisa episcopal.

“Ven, Señor Jesús”.

PALABRAS AL ASUMIR EL CARGO DE ASESOR GENERAL
DE LA ACCION CATOLICA (1)
(26-X-1950)

Al concurrir por vez primera en mi calidad de Asesor General de la Acción Católica a esta reunión de la Junta Nacional, deseo expresar en forma rápida algunas ideas que han de servirme de pauta en la tarea no fácil ni ligera que la voluntad del Señor me ha impuesto.

(1) 26 de octubre, 1950; apareció en el *Boletín de la Acción Católica Chilena*, XVIII (1950), p. 5-8.

Quiero ante todo, expresar ante vosotros mi gratitud profunda hacia el Venerable Episcopado Nacional, que inmerecidamente me ha honrado con su confianza designándome para este cargo. Me esforzaré en su desempeño de ser el intérprete de su pensamiento y el transmisor de sus directivas pastorales.

Deseo enseguida, tributar un homenaje muy sentido de afectuoso reconocimiento hacia mi antecesor el Excmo. Mons. Augusto Salinas (2). Su amor, su dedicación y su celo por la Acción Católica serán ejemplos que trataré siempre de tener ante mi vista.

Y quiero en tercer lugar dirigirme a vosotros, Asesores y directores de los organismos nacionales de la Acción Católica, para deciros que, después de Dios, pongo en vuestra cooperación mi confianza. Sé de vuestro entusiasmo y abnegación, sé de vuestras inquietudes apostólicas, y sé también vuestra decisión de trabajar esforzadamente para que nuestra Acción Católica Chilena cumpla cada vez en forma más plena el plan providencial a que está llamada.

Nada que no sea conocido ya por vosotros pretendo deciros. Sólo quiero acentuar algunos puntos en los cuales nuestra Acción Católica, creo debe preferentemente insistir:

1. Sea la primera, la finalidad eminentemente *apostólica* de la Acción Católica. La esencia de la Acción Católica es la de ser un movimiento apostólico de los seculares. Frente a movimientos históricos cuya trascendencia apenas vislumbramos, el católico siente que su misión no es de mera defensa sino de conquista, no de aislamiento en ambientes cerrados, sino de testimonio ante ambientes indiferentes u hostiles.

Es menester que nuestra A.C. sepa dar a los católicos la conciencia de la tremenda tarea apostólica que pesa sobre ellos, que les haga comprender, usando palabras de Su Santidad Pío XII, que "ha pasado el tiempo de las discusiones y ha llegado el de la acción" que comprendan la responsabilidad de su misión que no es otra que la de conquistar el mundo actual para Cristo.

Debemos insistir sin descanso en el carácter apostólico de la A.C. que es de la esencia de este movimiento alejando a nuestros socios de las discusiones estériles, de los recelos injustificados y de los pesimismos aplastantes que esterilizan y matan nuestro apostolado y haciéndoles en cambio sentir que en la "Casa del Padre hay muchas moradas" (3), que la acción vivificante del Espíritu de Dios sabe hacer unidad en la diversidad, que la A.C., precisamente porque católica es amplia como la Iglesia misma, y que con la dilatación de mente y corazón que la Caridad produce, no debemos detenernos en puntos de vista particulares sino ir con urgencia y apremio a esos vastos campos cuajados de mies madura y para los cuales hay tan pocos operarios.

(2) Salinas, Augusto. Nacido en Santiago en 1899. Obispo de Temuco en 1939, Auxiliar de Santiago en 1941, de Ancud en 1950 y de Linares desde 1958. Precedió a Mons. Larraín como Asesor Nacional de la A.C.

(3) *Jn.* 14, 2.

Una A.C. vibrante de espíritu apostólico, atenta a todas las angustias humanas de nuestro tiempo, llamará por sí misma a los católicos a sus filas.

El Cardenal Newman hacía notar, hablando de las conversiones, que se estudian con mucho cuidado las condiciones para la entrada de un convertido en la Iglesia, pero, que no se estudian bastante las condiciones que la Iglesia debe realizar para recibir a los convertidos. Algo semejante podemos decir de la A.C.

Con un gran autor, Thiberghien, repito:

“No nos indignemos al constatar que algunos católicos dudan en formar parte en los planes de la A.C., sino tratemos de hacer que la A.C. aparezca a todos como apta a responder a su deseo de desarrollar en ellos y alrededor de ellos el reino de Cristo”.

2. La segunda idea que deseo acentuar, aunque parezca innecesaria, dado el magnífico espíritu que caracteriza a nuestra A.C. es la de hacer que cada día sean más profundos los lazos que unen a nuestros católicos con la Jerarquía. Con palabras de S.S. Pío XI repito que:

“La A.C. perdería inmediatamente su razón de ser si un instante siquiera, se oscurecieran estas ideas fundamentales y se relajara, aunque un poco, el lazo esencial que los une a la Jerarquía” (4).

La A.C. tiene el deber de formar en los católicos el concepto que ya en el primer siglo expresaba S. Ignacio de Antioquía (5) y que hoy, después de dos mil años, continúa de perenne actualidad: “nada sin el Obispo”.

El mandato apostólico de la A.C. le viene de la Jerarquía. Su apostolado es una participación y cooperación al jerárquico. Esta idea debe expresarse en la práctica en la parroquialidad de la A.C. La especialización de la A.C. para algunos ambientes es indispensable, pero debe cuidarse de no lesionar en lo más mínimo los intereses primarios de la parroquia. La parroquia debe ser siempre la norma general del apostolado de A.C. Especialización y parroquialidad son dos ideas que lejos de ser contrarias se complementan entre ellas. Con el Canónigo Cardijn (6) debemos repetir: “La A.C. es la parroquia que se coloca en la primera línea. Es la parroquia en el frente de batalla”.

3. Una tercera idea es la necesidad de destacar, junto con esta unión a la Jerarquía el aspecto seglar de la A.C., es decir su laicidad.

(4) Discurso del 19 de abril, 1931.

(5) De Antioquía, Ignacio. Obispo de Antioquía, mártir a principios del s. II. Es uno de los Padres Apostólicos. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(6) Sacerdote belga, fundador de la Juventud Obrera Católica (JOC). Impulsor de la misma a nivel internacional. Nombrado Cardenal después del Concilio Vaticano II.

La A.C. puede definirse como una agrupación de seglares organizados en la Iglesia y que han recibido mandato de sus Obispos para colaborar en su apostolado pastoral en una parte especial de su rebaño.

Hay que insistir en señalar cómo la A.C. complementa en cierta manera el ministerio pastoral y cómo sin perder nada de sus vínculos jerárquicos tiene una personalidad propia que el Asesor debe siempre reconocer. Tienen los seglares en su propio apostolado una verdadera dirección, dirección subordinada, ya que debe ejercitarse dentro de los límites del mandato jerárquico, pero que en nada quita la responsabilidad e iniciativas dentro de la propia dirección. La frase de S.S. Pío XI "la A.C. es ejecutiva en el orden práctico y no directiva en el orden teórico" tiene precisamente ese significado. O sea dentro de las directivas superiores y *precisamente para ponerlas en práctica* cabe a la A.C. dar sus propias y particulares directivas.

Plenamente seguro que las directivas de la Jerarquía a quien represento encontrarán en la A.C. total aceptación, quiero también reiterar el anhelo de respetar y hacer que se acentúe esta fisonomía seglar de la A.C. que haga ver a los fieles la confianza que en ellos deposita la Iglesia, y la alegría con que la misma Iglesia ve crecer hasta la edad adulta al laicado católico y asumir las responsabilidades que su misión de tal le exige.

4. Nuestro movimiento se titula Acción Católica Chilena. Y creo que es conveniente recalcar esta última palabra. Debemos conocer nuestras realidades terrestres y adaptarnos a ellas. Nuestra A.C. debe, junto con ser profundamente espiritual, ser intensamente realista. No creada sobre cuadros imaginarios y teóricos sino sobre la realidad de la vida. No sobre planes apriorísticos, que no pueden realizarse, sino sobre la rica experiencia que la vida nos ofrece. Nuestra A.C. debe estar en medio de la vida, formar cristianos reales, organizarlos en sus ambientes reales y hacerlos actuar en esos mismos ambientes. Las experiencias de otros países son para nosotros una preciosa ilustración y un poderoso aliento, pero no puede ser una norma absoluta sino en cuanto se adapten a nuestras propias realidades. En el campo apostólico la realidad chilena se llama escasez de clero, parroquias dilatadas, población agrícola diseminada, ignorancia religiosa, escasez aun de dirigentes seglares. Esa realidad ha de hacernos ver la necesidad que, sin descuidar el apostolado del ambiente, campo primero y esencial de la A.C., nos preocupemos por los otros campos apostólicos a los cuales tampoco podemos negar nuestra cooperación.

"La A.C., dice Mons. Civardi (7), nacida para renovar los heroísmos apostólicos de los primeros cristianos, es un apostolado multiforme. Ella camina en diversas direcciones. De su vasto programa no está excluida ninguna empresa que en cualquier modo pueda contribuir a la gloria de Dios y al bien de las almas. Pero una forma de apos-

(7) Civardi, Mons. Ernesto. Uno de los organizadores de la A.C. italiana en tiempos de Pío XI.

lado que en las condiciones actuales de la sociedad se presenta particularmente necesaria es esta que aconsejamos: "Apostolado individual en el propio ambiente".

5. Aunque superficialmente, debo referirme a un punto en el cual conviene tener siempre ideas precisas. ¿La A.C. es para todos? se ha discutido largamente si la A.C. es acción de "elite" o de masa, y digámoslo con franqueza, se ha incurrido por ambos lados en no pocas exageraciones, la de aquéllos que ponían tal cúmulo de condiciones que casi hacían en la práctica imposible el ingreso a la A.C. y la de aquellos que con campanas a vuelo invitaban a pasar después de la Misa del domingo a inscribirse en el registro de la A.C. S.S. Pío XI ha hablado en forma muy clara en la *Quadragesimo Anno*: El fin del apostolado es la masa paganizada que hay que cristianizar. El medio esencial, es una elite de seglares pertenecientes a cada medio por conquistar; seglares escogidos, instruidos, formados por sacerdotes. La verdadera fórmula es: *la masa por la elite y la elite en la masa*.

El llamado a la A.C. es universal en cuanto forma parte de la vida cristiana, pero, en cuanto a las condiciones que el miembro de A.C. debe en la *práctica* poseer, el apostolado de A.C. es un apostolado de selección. Tarea primordial nuestra debe ser la formación del dirigente. Estoy convencido que todo cuanto hagamos en este sentido, aunque nuestra acción pueda externamente aparecer ineficaz e inoperante es proveer al futuro de nuestra A.C. Pensemos en Jesús que en sus tres años de vida pública consagra lo mejor de su tiempo y de su preocupación a formar a los Doce. Que la voz de orden de nuestras Asociaciones y movimientos especializados sea la formación de jefes, espiritual, técnica y apostólicamente preparados.

6. No podría en esta enumeración de las líneas fundamentales de nuestra A.C. omitir un punto que considero de máxima importancia tanto para deshacer prejuicios, como para dar a nuestro apostolado toda la intensidad y eficacia que necesita. Me refiero a la coordinación interna y externa de la A.C.

La primera se realiza en las organizaciones que pertenecen a la A.C. y por esto la podemos llamar *coordinación en la A.C.* La segunda se verifica entre la A.C. y las Asociaciones y obras adheridas a ella o simplemente auxiliares, y a esta podemos llamarla *coordinación con la A.C.*

La necesidad de la unidad orgánica, la coordinación de todas las fuerzas que actúan en el campo de la A.C. ha sido llamada expresamente por S.S. Pío XI "Palabra de orden" (8).

Comprendamos bien esa palabra. No se trata de unificar, sino de coordinar. La A.C. debe vivir la unidad como la Iglesia la vive, ya que está llamada a participar en una de las manifestaciones esenciales de la vida de la Iglesia: la acción apostólica.

(8) Discurso del 22 de julio, 1934.

Los últimos Pontífices quieren a la A.C. "sicut castrorum acies ordinata", como un ejército pacífico. Pero ¿qué sería un ejército sin la cohesión de sus partes, sin la unidad y la solidaridad? ¿Cómo puede, por ejemplo en una parroquia hacerse A.C. parroquial si las diversas asociaciones de A.C. se ignoran, se aíslan cuando no se obstaculizan?

A esa coordinación interna en el plano horizontal debe unirse otra también interna en el plano vertical. La A.C. es participación al apostolado de la Jerarquía Eclesiástica por lo cual no sólo debe adherir a ésta sino tomar también sus formas externas.

De aquí que para la A.C. la centralidad, la diocesanidad, y la parroquialidad son tres caracteres esenciales pues derivan del hecho de su subordinación y coordinación a la Jerarquía de la Iglesia.

Esa coordinación exige órganos competentes. La A.C. los posee. Son las Junta Nacional, Diocesanas y Parroquiales. Dar a esas Juntas todo el valor que tienen debe ser uno de los esfuerzos más intensos en la labor organizadora de la A.C.

Pero, hay una segunda coordinación que es imprescindible mencionar; la externa, es decir con lo que en terminología de A.C. se llaman obras auxiliares. Queremos que desaparezca todo mal entendido o recelo de parte de ambas. La A.C. no quiere ni debe sustituirse a las asociaciones religiosas existentes.

"Aunque difieren de la organización propiamente dicha de la A.C., ésta debe mirarlas como sus verdaderas y providenciales auxiliares" (9).

A su vez las obras auxiliares no deben invadir el terreno propio de la A.C. sustituyéndose a ella o incidiendo en su programa.

La A.C. debe reconocer los preciosos servicios, la utilidad y la necesidad de las obras auxiliares. Contar con ellas para la difusión del espíritu cristiano y para la formación *general* de sus jefes y miembros.

Confiarles, mediante un acuerdo previo, algún objetivo particular de apostolado.

Las obras auxiliares, cuidando de conservar sus objetivos particulares y de no transformarse en formas de organización general deben prestar a la A.C. su ayuda providencial, ante todo por el concurso eficaz de la oración y haciendo conocer la belleza, la necesidad y las ventajas de la A.C., dirigiendo a ella a sus miembros y colaborando cada una dentro de su fin propio a la ejecución de las campañas comunes promovidas por la A.C.

De este modo se verá que coordinación no es concentración, que coordinación quiere decir establecer relaciones entre cosas variadas y diversas, que coordinar quiere decir crear "la unidad en la multiplicidad". Unidad de objetivo supremo y de orientación: multiplicidad de entes, energías y de acción.

(9) Pacelli, Card. Futuro Pío XII. Discurso del 30 de marzo, 1930.

En esta unidad en la multiplicidad hay que tener presente una idea recordada tanto por S.S. Pío XI a las Congregaciones Marianas, cuanto por el actual Pontífice al aprobar los nuevos Estatutos de la A.C. Italiana y es que en esta coordinación de las obras auxiliares con la A.C., “la *iniciativa central*” corresponde a esta última.

Que nuestra labor esté siempre presidida por el gran signo de la unidad.

Donde reina la Caridad esa unidad florece. Pero como no hay amor sin sacrificio, esa concordia nos significa siempre el renunciar a puntos de vista particulares, a un excesivo espíritu de cuerpo, a una inmólación personal en aras del bien común.

S.S. Pío XI lo recordaba al decir: “Cada parte debe tener conciencia de lo que es, pero jamás esa conciencia de parte, de cuerpo, debe ser con detrimento de la gran conciencia a la cual todas las unidades parciales deben concurrir”.

Hay que formar cada vez en forma más honda el sentido católico y apostólico de la religión, superando esa inconsciente tendencia al particularismo que es una forma disfrazada del egoísmo innato y una negación práctica del catolicismo como religión universal.

7. Cooperando oficialmente a la obra apostólica de la Iglesia la A.C. ha de participar a su amplitud y trascendencia. Todo particularismo ha de estar excluido de ella y aquí quiero, expresamente, referirme al problema de la política de partido.

El Episcopado de Chile acaba, hace un mes, de dar un documento que creo que los católicos debieran meditar y difundir. En él se concretan oficialmente las normas que tanto en lo político como lo social la S. Sede ha una vez más reiterado, Si ellas se aplicaran con sinceridad, toda división de los espíritus habría terminado. No voy aquí a repetir esas mismas normas, pero sí a insistir en la idea que si bien los católicos pueden militar en diversos partidos políticos siempre que estos reúnan las condiciones establecidas, hay un campo que a todos los católicos es común, y esta es la defensa de los derechos de la Iglesia y la aplicación de sus doctrinas, especialmente en el campo social. Y ese campo común se encuentra en la Acción Católica.

Por esto mismo es imprescindible que la A.C. siga manteniéndose “fuera y sobre todo partido político”, abierta a todos los católicos que comprenden los insistentes llamados de la Iglesia y quieran formar en sus filas, siendo para todos, sin distinción, la Madre cariñosa en cuyo amplio regazo todos los hijos tienen cabida, y todos los hermanos se encuentran.

La política que se haga en los partidos. Pero la A.C., como la Iglesia, seguirá siendo la ciudad puesta en el monte, a cuyos pies mueren, se deshacen y se silencian las pasiones que sacuden a los hombres.

La doctrina sin limitaciones, la justicia sin vacilación y la Caridad sin medida, es la única política que cabe en la Acción Católica.

8. Hay un campo en el cual la A.C. debe tener si pudiéramos decir la preferencia, dada la trascendencia que encierra; y es el de la acción

obrera. No deseo extenderme, pero quiero que se grave muy hondo en nuestros espíritus dos frases de singular gravedad sobre este punto; una es de S.S. Pío XII a la Acción Católica Italiana, que dice: "La Doctrina Social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. *Es obligatoria*. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y para el orden moral".

La otra viene dirigida especialmente a los católicos de Chile y se encuentra en la carta de la Secretaría de Estado de S.S. a Su Eminencia el Cardenal Primado de Chile. Cada vez que la leo o la medito la siento como un grito de urgencia apremiante: "Para naciones como Chile, dice, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir que el *porvenir* de la Iglesia depende de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes".

9. Y debo terminar, porque me he extendido mucho más de lo que deseaba. Mi última palabra debiera haber sido la primera. Y es que nuestra A.C. nos exige mucha y muy profunda vida interior. El cristianismo es el reino de Dios que avanza entre las turbulentas aguas de la historia. El cristiano es fuerte en la medida que es fiel a su vocación y es fiel a su vocación en la medida que impera en él el espíritu de Jesús.

La gran quiebra de la unidad interior cristiana está en el Renacimiento que invierte la fórmula cristiana del primado de la contemplación sobre la acción.

A la agitación que devora a nuestro siglo no vamos a sanarla con más agitación y al exceso de palabras con más palabras, sino a la agitación inmoderada con la contemplación, al exceso de palabras con el silencio de la oración.

Que nuestra A. C. sea auténticamente cristiana y nada temamos.

Tengamos confianza en nuestra A. C. e inspiremos confianza en ella. Mucho ya se ha hecho. Mucho queda por hacer. Mucho, con la gracia de Dios habrá de hacerse.

Se habla de crisis de la A. C. No creo en ella. Creo, sí que puede existir una crisis de crecimiento.

Trabajemos.

La tarea es ardua, pero es gloriosa.

Hay que construir silenciosamente y piedra sobre piedra el mundo del mañana.

Con la humildad profunda del que siente su nada.

Pero con la confianza plena del que sabe que trabaja con Aquel que nos ha prometido estar con nosotros hasta la consumación de los siglos.

A esa empresa vengo a colaborar, sin más bagaje que el del que conoce por propia experiencia "que Dios se sirve de lo más débil para su obra" y que cumpliendo sencilla y humildemente Su voluntad, Su gracia omnipotente suple y robustece nuestra miseria.

Vuestra colaboración será la forma visible de la ayuda de Dios en mi tarea, y mi ansia de servir sin medida, la expresión de mi amor hacia nuestra Acción Católica Chilena.

20º ANIVERSARIO DE LA CONSAGRACION EPISCOPAL:
ACCION DE GRACIAS (1)
(7-VIII-1958)

Habría deseado que esta fecha pasara inadvertida.

Habría querido, en el silencio, hacer más vivo el diálogo entre la voz de Dios que llama a continuar la misión de los apóstoles y la conciencia de mi debilidad que responde como Pedro: "Señor, Tú lo sabes todo; pero Tú sabes que te amo".

Habría querido, sin testigos, pronunciar a Cristo la palabra que El nos enseña y que hoy le repito delante de vosotros: "cuando hiciéreis todas estas cosas que os están mandadas, decid: somos siervos inútiles, lo que teníamos que hacer, eso hicimos" (2).

Pero vuestro cariño filial ha querido expresarse en esta comunidad de plegarias, y no he podido negarme a tan afectuosa exigencia.

Debo ser breve.

Y quisiera que una sola palabra resumiera mis sentimientos en esta hora. Gratitud.

Gracias al Padre de los cielos "de quien desciende todo don perfecto" por haberme llamado, sin merecimientos personales, a trabajar en el advenimiento de su Reino.

Gracias a Cristo cuyo Sacerdocio eterno, me fue hace 20 años comunicado en plenitud, para ser como Pontífice, Maestro y Pastor, continuador del misterio de la Salvación entre vosotros.

Gracias al Espíritu Santo, que por cada Obispo renueva el misterio de Pentecostés, de congregar, santificar y dirigir al pueblo de Dios.

Gracias a mi Madre del cielo, María, cuya protección bondadosa constantemente he sentido.

Gracias a mi Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, cuyo amor ha sido el móvil supremo de todos mis actos, y a la cual he procurado modestamente servir, sirviendo a las almas que Ella me ha confiado.

La misma frase de Isaías que como divisa le ofrendé en mi juventud lejana, hoy se la repito al atardecer de mi vida:

"Propter Sion non tacebo, et propter Jerusalem non quiescam".

"No callaré por Sión, ni descansaré por Jerusalén".

(1) Palabras pronunciadas en la Catedral de Talca, 7 de agosto, 1958.

(2) *Lc.* 17, 10.

Gracias a la Iglesia por haberme entregado su mensaje eterno para distribuirlo a tantas almas hambrientas de verdad y de absoluto: mensaje que siempre he procurado transmitir en toda su auténtica pureza sin enturbiarlo jamás por pasiones ni compromisos humanos.

Hace hoy 20 años en su liturgia sublime Ella pidió para mí que “amara la verdad y que nunca la dejara ni vencido por el temor ni por la alabanza”.

Doy gracias humildemente al Señor porque me ha permitido, a pesar de mi miseria, ser fiel a esta petición y cumplir, aun con dolor, lo que en ese mismo día me ordenara: “no llares al mal bien, ni al bien lo llares mal”.

Gracias por la enseñanza cristiana que se imparte en 15 establecimientos secundarios y técnicos y en 40 escuelas primarias de la Diócesis.

Por esta Iglesia Catedral, símbolo y centro de la unidad diocesana y por los 45 templos que en estos años he bendecido, repitiendo con honda alegría espiritual las palabras del salmista: “Señor, he amado la hermosura de tu casa y el lugar donde reside tu gloria”.

Gracias, porque la doctrina social de la Iglesia “necesaria y obligatoria” al decir de Pío XII, se ha proclamado en la Diócesis para señalar a “todos los que tienen hambre y sed de justicia” cuál es el camino de la verdadera paz.

El Señor ha permitido que a falta de eficiencia, de que carezco, pudiera ofrendar a la difusión de esa doctrina lo que le da su fuerza y fecundidad; el sufrir por Ella.

Dios me ha dado en esta Diócesis tres cosas que debo especialmente agradecer: un clero diocesano y regular ejemplar, que junto con las 25 casas de religiosas constituyen, para decirlo en frase de san Pablo “mi gozo y mi corona”. Un laicado apostólico que con su palabra y testimonio sabe llevar a los diferentes ambientes el mensaje salvador de Cristo, y una comprensión amistosa con los hombres de otras ideologías, que a pesar de las diferencias de doctrina, han visto en el Obispo al hombre abierto a todas las inquietudes de la hora y a todas las tareas del bien común. Nunca acabaré de agradecer al Señor la fiel colaboración de unos y la sincera amistad de otros, que ha permitido hacer más visible el rostro maternal de la Iglesia.

Gracias al Señor, porque mi consagración a Cristo y a su Iglesia han servido para acrecentar el amor a mi Patria chilena, y me ha hecho posible el colaborar a las patrióticas iniciativas de sus autoridades, laborando, aunque modestamente, por este Chile que Dios quiso heroico para bien de América en lo pasado, y que Dios quiere grande para bien de la humanidad en el futuro.

Gracias al Señor, porque sin dejar de servir a mi Diócesis y a mi Patria, me ha permitido colaborar con la Iglesia y llamado por Ella, en el campo del apostolado internacional donde hoy se debate el porvenir del mundo del mañana.

Humildemente doy gracias a Dios por haber podido ser fiel a las doctrinas y directivas de la santa Sede y mantener a la Iglesia en esta

Diócesis fuera y sobre toda actividad partidista. Sé que Dios y el tiempo, no los hombres, harán justicia a esta posición.

Pero, sobre todo, le doy gracias que a pesar de mi debilidad, haya podido mantener lo que un Obispo más ama; la integridad de la doctrina, la firmeza de los principios, la serena objetividad de la verdad y la fidelidad exacta a las directivas y enseñanzas de la Santa Sede.

En esta hora de mi vida experimento la inmensa seguridad que da el mantenerse unido a la Sede de Pedro, y la inmerecida satisfacción de sentir la mano paternal del Vicario de Cristo que lo bendice y alienta.

Que Dios os pague vuestra plegaria y vuestro afecto. Si el Señor me ha hecho gustar su cáliz, también me ha deparado extraordinarios consuelos.

Que El mantenga en esta Diócesis la unión de los fieles con su Obispo, que es donde reside la fuerza de la Iglesia. Los que atentan a esa unidad olvidan la terrible profecía de Jesús: “herirán al Pastor y se dispersarán las ovejas”. Que hoy y siempre sea este templo en su Cátedra, en su Altar y en sus Naves, la expresión y signo de ese otro templo espiritual que es la Iglesia Diocesana; una doctrina, la de los Apóstoles, que el Obispo en nombre de Cristo transmite y de la cual es depositario y Maestro. Un sacrificio redentor, del cual el Obispo es Pontífice, de donde brota la vida divina que alimenta a las almas y sin la cual no hay vida cristiana posible. Una comunidad, de la cual el pueblo que se congrega en estas naves es expresión, que ora con una misma plegaria, que busca una misma meta y que está unida con el vínculo de una verdadera caridad fraterna.

Y mientras los años pasan y las horas de la tarde se avecinan, mientras el viento de otoño va arrestrando muchas ilusiones humanas, Cristo viene al encuentro de su ministro, tal como vino en su bautismo y comunión primera, tal como vino más tarde en su Sacerdocio y Episcopado, a decirle que El es el que siempre acompaña y comprende; El quien alienta y perdona; El que invita a seguir diciendo con voz entera hasta el fin la palabra que llena de gozo perdurable el corazón.

“Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam”.

Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra la eterna juventud del alma.

Esa alegría y esa juventud, es la que con vosotros revivo ante este altar.

25 AÑOS DE EPISCOPADO (1)
(7-VII-1963)

Mis amados sacerdotes:

He deseado que este aniversario me encontrara reunido con mi clero ante el altar de Dios.

Debo decirle al Señor dos cosas para las cuales, en mi insuficiencia, solicito vuestra ayuda.

Tengo que dar gracias y pedir misericordia. Es el diálogo consolador y tremendo de quien sabe que todo "don perfecto viene de arriba, del Padre de las luces". Y de quien escucha resonar la severa advertencia: "dame cuenta de tu administración".

En estos 25 años de Episcopado, veo conjuntamente la obra de Dios y la mía.

Por la primera, debo agradecer su bondad.

Por la segunda, tengo que implorar misericordia.

Y porque para ambas cosas soy incapaz yo solo, os pido me ayudéis con vuestras oraciones ante el Señor.

Que esta Misa que celebro unido a vosotros, lleve al Padre de las Misericordias el himno de mi reconocimiento y la súplica humilde del perdón.

"Magnificat anima mea Dominum" - "Miserere, mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam" (2).

II

Junto a esta súplica que os hago, debo añadir una exhortación.

La gran Encíclica de Pío XII "Mystici Corporis", presenta a la Iglesia como el misterio de la unidad de los cristianos con Cristo y en Cristo.

El Obispo debe ser en la Diócesis el signo viviente de esa unidad.

(1) Alocución a su clero, en la misa con ocasión de cumplir 25 años de Episcopado.

(2) tr.: "Mi alma engrandece al Señor. Ten misericordia de mí, Señor, según tu gran misericordia".

Su enseñanza y su vida, debe colocarse en el misterio de Cristo para conducir en Él a su pueblo.

De ahí, que al decir de santo Tomás, el Obispo se encuentra “tamquam perfectior”; el que debe perfeccionar.

Sé bien que no he cumplido esta misión, y que no merecería hablar de ella “quia labiis pollutus sum ego” (3); y sin embargo, es un deber que no puedo eludir.

En esta hora de mi vida, yo debo una vez más hablaros y llamaros a lo que es esencial en nuestro sacerdocio; la santidad.

La Iglesia se encuentra en uno de los momentos más decisivos de su historia. Esperanzas y peligros, renovación espiritual y paganismo, métodos que envejecen y nuevas rutas que se abren; mundo nuevo que surge al margen de Cristo, e impulso misionero inigualado en la historia de 20 siglos. Todo esto pone en unos desaliento; en otros, confusión.

En algunos escepticismo, y en otros excesiva confianza en los nuevos métodos pastorales.

En ambas posiciones hay un peligro.

Ni “los profetas de desgracia” que censuró Juan XXIII en la apertura del Concilio, ni los que todo lo esperan del perfeccionamiento de la técnica o de la organización, pueden dar la respuesta que el mundo aguarda.

La salvación viene de Cristo. La gran desgracia de este mundo de hoy, es estar alejado de Cristo. La Iglesia es “el signo levantado entre los pueblos”, para que en Ella encuentren los grandes bienes que la humanidad busca; la verdad, la libertad, la justicia, el amor, y con ellos, la paz (4).

Pero esos bienes sólo pueden darse en la luz, en la fuerza y en el calor de Cristo.

La Iglesia es el gran sacramento de Cristo; signo visible que nos lleva a la realidad invisible de la vida divina bebida en la comunidad eclesial. El Obispo es en su Iglesia particular, la Diócesis, el generador de esa vida divina, el que comunica a los fieles, por los sacramentos, la vida de la Trinidad Santísima, el que diviniza por la gracia santificando la vida de los hombres, el que enriquece la vida de fe por el magisterio, anima la vida de caridad por la acción pastoral, y sostiene en medio de las pruebas de la existencia terrestre, las inmutables esperanzas cristianas.

Toda su acción está centrada en Cristo. No nos extrañemos por lo tanto de oír decir a Pablo “yo no quiero saber otra cosa entre mí y vosotros, sino a Cristo, y a éste, crucificado” (5).

Si esta es la misión del Obispo, igual es la de los sacerdotes, participantes en su vocación y ministerio.

Y esto, mis amados sacerdotes, nos exige a mí y a ustedes, algo fundamental; vivir de Cristo “Mihi vivere Xtus. est” (6).

(3) tr.: “porque estoy manchado en mis labios”.

(4) *Pacem in Terris*.

(5) *1 Co. 2, 2*.

(6) tr.: “Para mí vivir es Cristo”.



*"En la persona, pues, de los Obispos,
el Señor Jesucristo, Pontífice Supre-
mo, está presente en medio de los
fieles" (Lumen Gentium, c. 3,21)*

Si yo en esta etapa de mi vida examino mis múltiples deficiencias, debo hacerlo conjuntamente con vosotros.

Si yo siento que el Señor me exige una unión más viva con El, debo también pedirla a vosotros.

Si mirando obras materiales o apostólicas, que en estos años han surgido en la Diócesis, yo olvidara que lo principal, "lo único necesario", es dar a Cristo, habríamos omitido lo esencial de nuestra vocación.

De ahí mi exhortación: hagamos que nuestra vida espiritual se centre cada vez más en Cristo. Demos al cultivo y desarrollo de esa vida interior el lugar principal en nuestro pensamiento y en nuestra actividad. Penetrémosnos en forma más y más honda de que el Señor al escoger-nos, y la Iglesia al llamarnos, nos exigen ante todo la perfección. Y que, de otra parte, lo que los hombres quieren encontrar en nosotros es a "los ministros de Cristo y los dispensadores de los misterios de Dios" (7).

Esto significa, buscar a Cristo para poseerlo, poseerlo para darlo, y solamente así cumplir lo que "El Señor pide a sus administradores; que sean fieles" (8).

Nuestra vida debe tener como meta y ambición suprema buscar a Cristo para poseerlo.

La concepción burocrática del sacerdocio —la carrera sacerdotal— como profanamente se le designa a veces, no cuadra con esta búsqueda.

Los honores, los bienes, las situaciones espectables, no nos conducen a este ideal.

El activismo vacío de espíritu, también nos aleja de él.

Hay que buscar a Cristo. Y a Cristo se le encuentra en su Palabra, en su Eucaristía y en la Oración.

Son las tres grandes fuentes de la vida interior del sacerdote.

1) *En primer lugar*, la Palabra de Dios.

Si el sacerdote no tiene un contacto vivo con ella, ¿cómo va a entablar con Dios el diálogo profundo que constituye la base de la contemplación? "Disce Cor Dei in verbis Dei", nos recordaba san Agustín. "Conoce el Corazón de Dios en las Palabras de Dios".

Si a través de la lectura asidua de la Biblia no tiene presente ante sus ojos la historia de la salvación ¿cómo puede comprender las perspectivas de su apostolado?

¿Qué sentido tiene la renovación pastoral que los tiempos exigen, si le quitamos el fundamento bíblico del plan salvador de Dios en el mundo?

Queridos sacerdotes: sin desmedro de la cultura humana que todo sacerdote debe procurar, hay otra cultura, que sin grave falta no podemos omitir; la ciencia de Dios. Y esto exige el contacto vital con su Palabra.

Dios ha hablado. Es la Revelación; la base y la fuente de la fe. Por ella Dios pone en comunicación su pensamiento con el del hombre.

(7) 1 Co. 4, 1.

(8) 1 Co. 4, 2.

Esa palabra es ley y regla de la vida. ¿Cómo si no meditamos diariamente esa ley podremos cumplirla y hacerla vivir a los fieles?

¿Cómo, por otra parte, realizaremos en profundidad lo fundamental de nuestro ministerio?

El Nuevo Testamento nos lo muestra como un servicio de la Palabra (9), que debe ser anunciada para resonar en el mundo entero (10). Servicio sincero que no altera el mensaje (11), servicio valiente que lo proclama con audacia (12). Y esa palabra es en último término Cristo; el Verbo de Dios hecho hombre. "Locutus est nobis in Filio" (13).

El prólogo de san Juan que diariamente recitamos, nos dice que quien cree a la Palabra y recibe al Verbo de Dios humanado, Cristo, entra por El en una vida teologal de hijo de Dios.

Ese Verbo de Dios, Cristo, nos habla. Espera de nosotros una respuesta. Y nuestro destino eterno depende de esa respuesta.

De ahí mi exhortación: busquemos a Cristo en un contacto más profundo con su Palabra. La lectura diaria de la Biblia y la recitación digna, atenta y devota del Breviario, son las primeras fuentes de esa búsqueda.

Que el tiempo es escaso, que los trabajos son intensos, que la vida moderna es absorbente. Todo eso es verdad. Pero sobre ella, hay otra superior: que somos "los hombres de Dios"; los diáconos —los servidores— de la palabra, los heraldos del mensaje divino, los ejecutores del designio salvador. Y si no establecemos la jerarquía de valores en nuestra vida "buscando primero el reino de Dios" (14) es hacernos ineficaces para cumplir nuestra misión.

El problema no es tanto de tiempo, cuanto de estimación; no tanto de recargo de ocupaciones, como de valorización de nuestras diversas funciones.

El sacerdote ha sido constituido al servicio de los hombres para las cosas que son de Dios.

2) *Eucaristía*. La otra fuente es la Eucaristía. El altar es el centro del culto, de la vida y del arte cristiano.

Debe ser también para cada sacerdote, el centro, constantemente renovado, de nuestro encuentro con Jesús.

La Misa nos pone en relación directa con el sacrificio redentor de Cristo. Es el memorial de su muerte y resurrección que renovamos; "donec veniat", hasta su venida final.

En ella comprenderemos el sentido redentor de nuestro sacerdocio.

Todo el trabajo y el dolor de nuestra vida humana encuentra ahí su fundamento y su significación.

(9) Cfr. *Hch.* 4, 29 ss.

(10) Cfr. *Hch.* 3, 4-25; 13, 5.

(11) Cfr. *2 Co.* 2, 17.

(12) *Hch.* 4, 31.

(13) tr.: "Nos ha hablado en su hijo", Cfr. *Hb.* 1, 2.

(14) *Mt.* 4, 33.

En la Misa comulgamos al sacrificio de Cristo. Hacemos nuestra su ofrenda de amor sobre la Cruz.

Esa comunión nos hace vivir el gran misterio del amor de Dios "que amó tanto al mundo, que le dio a su Unigénito".

La Misa nos establece en la caridad.

Lo que buscamos ya lo poseemos, y al poseerlo repetimos las palabras del Cantar de los Cantares: "Tenui Eum nec dimittam" (15).

El sacerdote que encuentra a Cristo y lo posee, tiene consigo la seguridad de su vida sacerdotal.

Los versos de san Bernardo nos lo recuerdan hermosamente:

"Nec lingua valet dicere
Nec littera exprimere
Expertus potest credere
Quid sit Jesum diligere" (16).

Cuando la vida sacerdotal se ilumina en el amor de Cristo, no hay amargura ante el fracaso, ni debilidad ante la tentación, ni rebeldía ante la obediencia, ni cansancio "ante el peso del día y del calor".

El sacerdote guarda esa juventud del alma que el Salmista aspiraba y repite sereno al avanzar por la vida, la palabra de Pablo:

"¿Quién nos podrá separar del amor de Jesucristo?" (17).

3) *La otra fuente de amor a Cristo es la Oración.*

El Evangelio nos muestra la necesidad absoluta de la oración y el lugar que ella ocupa en la vida de Cristo.

La oración de Jesús está íntimamente ligada a su Misión, a su Pascua y a su Resurrección.

La prueba más elocuente de ella nos la entrega san Juan en su Capítulo XVII; la oración sacerdotal de Jesús.

La Tradición de la Iglesia es invariable en el testimonio de la importancia de la oración.

Ser santo es ser hombre de oración. Podrán variar las formas externas de la santidad; S. Pedro de Alcántara no es igual a Sta. Teresita de Lisieux. Y sin embargo, una cosa es común: la oración.

Sin oración la vida de fe, de esperanza y de caridad, languidecen.

Somos por vocación, los hombres de la oración que "entre el vestíbulo y el altar" piden misericordia y gracia para los hombres.

Hoy se discute mucho sobre el uso o no uso del traje talar. Los defensores del cambio dicen que su supresión nos acerca al pueblo, los contrarios al cambio, afirman que la sotana nos dignifica.

No me pronuncio sobre el problema, porque no me corresponde aquí tratarlo, y su resolución está entregada a acuerdos y consideraciones colectivas. Pero sí, debo decir una cosa: que con sotana o sin ella, el hombre de oración llevará las almas a Dios, y el sacerdote carente de

(15) tr.: "Lo retuve y no lo soltaré".

(16) tr.: "Ni la lengua se atreva a decir - ni el escrito a expresar".

Ni quien lo experimenta puede creer - lo que es amar a Jesús.

(17) *Rm.* 8, 35.

espíritu de oración, será sólo “aes sonans”, bronce que suena, pero que no penetra a lo profundo de los problemas del espíritu.

La pregunta de S. Bernardo es para nosotros una fuerte requisitoria: “Sacerdos, si tu non oras, quis orabit?” (18).

Alimentado por la Palabra de Dios, la Eucaristía y la Oración, el sacerdote vive lo profundo y lo auténtico de su sacerdocio, da eficacia a su ministerio y realiza el fin para el cual Dios lo llamó, cooperando con Cristo en la salvación de nuestros hermanos.

Vayamos por la oración a las raíces de nuestro sacerdocio, Cristo presente y actuando en nosotros.

Avivemos por la oración el diálogo continuo y amoroso con Dios, que nos hará aptos a tener el verdadero diálogo con los hombres, pues en la medida en que estamos presentes a Dios, estamos presentes sacerdotalmente a nuestros hermanos.

Todo aniversario nos hace casi instintivamente mirar el camino recorrido. Al hacerlo hoy, y contemplar los acontecimientos pasados, con su cortejo inevitable de alegrías y dolores, sólo puedo repetir la palabra del “peregrino de lo absoluto”, León Bloy, “la única pena grande en el mundo es la de no ser santos”.

La exhortación de Pablo a Timoteo, vuelve hoy a adquirir para mí y para vosotros toda su fuerza. Con ella concluyo esta exhortación. “Te invito a revivir el don que Dios ha depositado en ti por la imposición de mis manos”. “Porque no es un espíritu de temor el que Dios nos ha dado, sino un espíritu de fuerza, de amor y de gobierno de sí mismo” (19).

III

La Misa debe continuar y en ella nuestra común oración. La gran plegaria del Canon va a hacernos revivir la antigua “anaphora” eucarística de los siglos primeros.

Pidamos por la Iglesia santa “una cum Pontífice nostro Paulo et antistite vestro” (20).

El Papa y el Obispo son los centros de la gran comunión eclesial.

Que esa unión con Roma y con el prelado, se fortifique, porque de ella se enriquece la Iglesia entera.

Memento Domine... La Diócesis, en su Gran Misión General; la santificación del clero; las vocaciones sacerdotales y religiosas; el apostolado laico.

Memento Domine... mi anciana madre y mis familiares; los que a través de estos años han prestado su colaboración; los que, con funda-

(18) tr.: “Sacerdote, si no oras tú, ¿quién orará?”

(19) 2 *Tm.* 1, 8.

(20) tr.: “en unión con nuestro Papa Paulo y vuestro obispo”.

mento o sin el, han criticado mi labor. Todos son medios de que el Señor se vale para hacer fructificar la simiente.

Memento Domine... los que están lejos; los que no han oído la voz del pastor; los que la han rechazado. Hoy siento más vivo que nunca el llamado a buscar "las ovejas que habían perecido de la Casa de Israel".

"Memento Domine famulorum tuorum qui nos praecesserunt cum signo fidei" (21).

Mi venerado predecesor y consagrante, Mons. Carlos Silva Cotapos (22).

Los sacerdotes fallecidos en estos 25 años. Los religiosos y religiosas que entregaron a la Diócesis el tesoro de su esfuerzo y ejemplo.

Sé que tampoco están ausentes de este altar, el alma bendita de mi padre y de mi gran amigo el P. Alberto Hurtado (23).

Que todos ellos intercedan por mí ante el Señor.

Y ahora, mis amados hijos, yo miro hacia adelante con el alma henchida de gratitud.

He dado gracias y he clamado misericordia.

Sólo me resta pedirle al Señor me permita seguir cumpliendo hasta que El lo disponga, lo que san Pablo exhortaba a Timoteo:

"Toma tu parte de sufrimientos como buen soldado de Cristo" (24).

Labora sicut bonus miles Xto. Jesu.

Así sea - Fiat - Fiat.

(21) tr.: "Acuérdate, Señor, de tus servidores, que nos precedieron con el signo de la fe".

(22) Silva Cotapos Carlos. Antecesor de Mons. Larraín en la diócesis de Talca desde 1925-38.

(23) Hurtado Alberto, S.J. Es una de las figuras sacerdotales del siglo más conocidas en Chile, especialmente por su testimonio social y de caridad. Muchos sacerdotes lo tuvieron por Padre Espiritual. Amigo íntimo de Mons. Larraín y de vocación paralela a la suya.

(24) 2 *Tm.* 2, 3.

Otros Obispos

○ *La Colegialidad de los Obispos, luminosamente manifestada en el Concilio Vaticano II y tan proféticamente vivida muchos años antes por Monseñor Larrain, como lo recordábamos en nuestra "Introducción", lo llevaba a asumir como algo muy propio todo lo que dijera relación a sus hermanos en el Episcopado.*

Por otra parte, los ideales que en ellos descubre y admira, las exigencias que les señala, por razón de su cargo en la Iglesia, no son sino el reflejo de sus propios ideales y de las exigencias que él asume.

EL NUEVO CARDENAL ARZOBISPO DE MILAN
DOM ILDEFONSO SCHUSTER (1)
(7 - IX - 1929)

El cable transmitía hace algunos días la noticia de haber sido designado Cardenal Arzobispo de Milán para suceder al llorado Cardenal Tosi, el abad de San Pablo extramuros Dom Ildefonso Schuster.

En la sede ennoblecida por Obispos tan insignes como un san Ambrosio y un san Carlos Borromeo, un Cardenal Ferrari y un Aquiles Ratti aparece ahora la austera figura de un abad benedictino.

Podría causar extrañeza la presencia de un monje en ese puesto que implica una vida activa tan intensa si no se conociesen las grandes dotes del pastor de almas que adornan a Dom Schuster: la santidad y la doctrina.

El Cardenal Schuster es aún joven, cuenta sólo 49 años. Nacido en Roma el 18 de enero de 1880, entró a la gran orden benedictina distinguiéndose pronto por sus grandes virtudes de religioso y por el vigor de su extraordinaria inteligencia unida a una profunda erudición. Ordenado sacerdote el año 1904 fue elegido en 1918 como Abad de San Pablo, teniendo a su cargo la insigne basílica de la vía Ostiense donde reposa el gran apóstol de los Gentiles.

En el campo de la liturgia el nombre de Dom Schuster era desde hace tiempo conocido por sus importantes publicaciones de éste género, especialmente su reciente obra notable, hace poco terminada "Liber Sacramentorum".

El autor trata en ella de dar a conocer íntimamente las riquezas contenidas en el Misal romano, que como él mismo dice en su prólogo, "es la obra más elevada e importante de la literatura eclesiástica, la que más fielmente refleja la vida de la Iglesia, el poema sagrado en el cual han puesto mano el cielo y la tierra". El "Liber Sacramentorum" no es solamente una obra de erudición ni tampoco un libro de piedad; por medio de interesantes datos históricos y arqueológicos, con profundas reflexiones sobre el valor teológico de los principales pasajes o de la doctrina espiritual que en ellos se encuentra contenida, el autor pone en evidencia el arte y la belleza del contenido místico del Misal romano.

A través de las eruditas páginas de la obra se siente vibrar el alma de su autor empapada en esos grandes ideales que han animado las al-

(1) *La Revista Católica*, pág. 436-38.

mas santas y grandes de todos los siglos; el amor a Jesucristo, a su Iglesia, a las tradiciones que la ennoblecen, a sus fórmulas sublimes de oración, al espíritu que las anima. El mismo nos declara en el prólogo que se

“ha guardado de analizar los formularios eucarísticos con la indiferencia del crítico que sólo tiene en cuenta lo arcaico del documento, me he acercado, en cambio, dice, con la temblorosa reverencia del creyente, que en aquellas páginas tan divinamente sublimes siente los latidos de mil generaciones de Mártires, Doctores y Santos los cuales más que idearlas o recitarlas, las han vivido”.

En los nueve volúmenes que forman la obra completa va analizando las Misas de las distintas épocas del año, señalando sus características principales y dando al mismo tiempo a conocer algunas fórmulas de oración caídas ya en desuso. El sabio y piadoso benedictino ha tratado en esta obra de acercar al pueblo a la oración pública y solemne de la Iglesia mostrando a los fieles las riquezas inagotables de vida espiritual contenidas en la sagrada liturgia. Obra de Docto y de sabio, pero sobre todo obra de apóstol.

Pero el monje estudioso y recogido en la oración y los altos estudios, se demostró hombre de acción, sagaz y enérgico cuando la voz de sus superiores lo llamó al trabajo activo.

A él se debe el resurgimiento de la histórica abadía benedictina de Farfa. Encargado por S.S. Benedicto IV y Pío XI, desempeñó como Visitador Apostólico la difícil y delicada misión de inspeccionar los seminarios de diversas diócesis italianas. Su perfecto equilibrio en medio de las grandes dificultades y delicadas circunstancias, su competencia aún en los asuntos de orden práctico, hizo destacarse la figura del humilde monje benedictino con esos rasgos que recuerdan a un san Bernardo que desde su retiro era llamado a intervenir en los asuntos de toda Europa.

A los ojos del mundo parecerá quizás paradoja lo que mirado con ojos de fe y a la luz de la experiencia de 20 siglos aparece con evidente realidad; las almas contemplativas son las que más profunda acción realizan en el seno de las sociedades; almas que irradian la vida sobrenatural que en ellas late vigorosa, almas que en el retiro y la oración forman esas personalidades potentes que dominan su siglo y hacen triunfar los principios que sostienen.

Basilio el Grande y Gregorio de Nacianzo arrancados de su retiro a orillas del Ponto para ser los padres de la Iglesia oriental y campeones de la fe ortodoxa, Gregorio el Grande que en silencio de su abadía sobre el monte Celio se prepara para ser el gran Pontífice de su siglo, Gregorio VII, el humilde monje de Cluny que domina la Edad Media con su figura gigante, Bernardo de Claraval, de quien se dijo que era el hombre más contemplativo y más activo de su siglo son otros tantos ejemplos que demuestran lo dicho anteriormente.

El nombramiento del abad de san Pablo como Cardenal Arzobispo de Milán junto con ser una honra especial para la gran Orden a la cual pertenece, parece ser un signo revelador del remedio necesario a los males de nuestro tiempo.

La admirable civilización cristiana del Occidente fue preparada en el retiro y la oración unidos a esa acción profunda que imprimía su sello en los individuos y naciones hasta hacerlos en el propio y hermoso sentido de la expresión "hijos de nuestra Madre la Santa Iglesia". Su restauración ¿no deberá realizarse de igual modo?

Acercando los pueblos a la fuente viva del espíritu cristiano es como podrá levantarse nuestra sociedad moderna agitada por todos los gérmenes de la corrupción y del odio.

La púrpura cardenalicia lucirá en el sabio y piadoso abad de san Pablo con el esplendor de los más brillantes príncipes de la Iglesia y con las características de los grandes conductores de pueblos y formadores de almas.

**BODAS DE ORO DE MONS. JOSE M. CARO,
CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO
(20-XII-1940)**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico de S.S., Venerados Hermanos en el Episcopado. Venerable Cabildo Metropolitano, Sres. Sacerdotes, amados fieles en el Señor:

Hoy, sobre la inquietud de los tiempos brilla un gran signo de paz. Junto al cayado de su Pastor un pueblo entero se agrupa. Bajo el amplio manto de un corazón paternal las diferencias se borran, las pasiones se calman, los rictus del desprecio o del odio se trocan en sonrisa y en el fondo de las pupilas luce como un destello de esperanza la divina caridad que unifica y hermana.

Alrededor de la mesa del padre se han congregado los hijos "sicut novellae olivarum in circuitu mensae" (1) y una íntima comunión de espíritu los une a la emoción augusta con que este sacrificio se ofrece.

Hace cincuenta años que en un día como éste sobre el bendito suelo de Roma, junto a la tumba de Pedro, de donde al decir de san Cipriano (2) "brota la unidad del sacerdocio" un joven con manos temblorosas inmolaba por primera vez la víctima divina. Había en su mirada el destello de los grandes amores y en su actitud el gesto de las supremas donaciones. Era desde ayer "sacerdote del Dios Altísimo" y en ese frío

(1) Tr.: "Como brotes de olivo en torno a la mesa".

(2) Cipriano, San. Obispo de Cartago. Nacido en Africa a comienzos del siglo III. Más que un hombre teórico fue un hombre de una actividad infatigable. Gran parte de su teología la debe a Tertuliano.

alborear del invierno romano venía con premura a ofrecerse con esa Hostia inmaculada todo entero a su Señor.

Y de esa oblación generosa y pura percibía Dios olor de suavidad.

Han pasado los años: medio siglo de desvelo y sudores han nevado las sienas y encallecido las manos del joven sacerdote de ayer, sus pies han evangelizado la paz en la pampa adusta y sus labios han anunciado en campos y ciudades el evangelio del bien. Ha sentido sobre sus hombros el dulce y terrible peso de las almas y sus brazos sostienen aún firmes y seguros el báculo del Pastor. Pero en el rodar del tiempo, de las cosas, su donación de otrora permanece y con el mismo amor en su mirada e idéntica generosidad en su gesto, sube hoy en su quincuagésimo aniversario las gradas del altar que alegra su juventud a renovar ante Dios su perfecta y total donación.

Y porque de este sacrificio todos nos sentimos partícipes y solidarios, porque de esta oblación del Pontífice la comunidad de los fieles percibe sus inmensos beneficios, porque entre tantas cosas que dividen hay una mano ungida que va uniendo corazones, un pueblo entero se congrega espiritualmente en estos instantes viendo en su obispo un gran signo de paz sobre los tiempos, un gran lazo de unión sobre los odios, un índice que seguro señala los derroteros a un pueblo que se agita en dolorosa transformación.

Porque, señores, la sublime misión del sacerdocio católico y especialmente de aquél que posee su plenitud es ésta: ser en medio del continuo fluctuar de los acontecimientos elemento perenne de espiritual renovación.

Cristo Nuestro Señor estableció su Iglesia santa sobre el fundamento de los Apóstoles y de sus sucesores los Obispos. A ellos les ha sido transmitido en plenitud el sumo y eterno sacerdocio de Jesús.

El Obispo ejerce entre el pueblo cristiano ese sacerdocio en el triple poder de enseñar, santificar y gobernar. Como Doctor conserva en su pureza y transmite en integridad el depósito de la palabra divina. Como Pontífice distribuye la gracia por los Sacramentos, de los cuales es ministro principal. Como Pastor conduce con su gobierno a las almas al fin supremo establecido por Dios. Maestro que esclarece, Pontífice que redime, Pastor que dirige, tal es en cada tiempo y en cada medio su augusta misión. Y porque en Vos, Venerado Hermano, la han visto plenamente cumplida, vuestros hijos quieren hoy tributaros este homenaje de su adhesión y lealtad.

Conocedor, sin embargo, de los sentimientos de vuestra alma debo ocultar vuestra persona y penetrando en el hondo significado cristiano que este acto encierra hablar sobre la misión que como Obispo y sacerdote os ha tocado llenar.

Para cumplir su misión de renovación espiritual del mundo, el Obispo es en primer lugar Maestro y Doctor de verdad. El pueblo cristiano vive de la fe y esa palabra divina es transmitida por el Obispo y los sacerdotes que en su nombre y con su autoridad la predicán. El amor de la verdad, dice el Espíritu Santo, debe estar sobre todo otro amor. Para disipar las tinieblas de error nació en primer lugar Jesucristo y su

venida significó en los siglos razón obscurecida por el vaho de innobles pasiones que llenaba la tierra, todo el extravío de la naturaleza caída alzaba su voz. Pero el Verbo, la verdad sustancial, la ciencia infinita del Padre, se hizo carne y habitó entre nosotros y Dios, que de diversos modos nos ha hablado, antiguamente a nuestros padres por los profetas, nos habló en los tiempos nuevos “*novissime diebus istis*” por su Hijo y su primer mensaje fue decirnos “*Ego sum veritas*”. Soy la verdad (3) y su postrer mandato fue repetir a los apóstoles “*euntes, docete*”. Id, enseñad (4).

El sacerdote es por excelencia el apóstol de la verdad. Es llamado profeta del Altísimo porque debe preparar sus caminos dando a su pueblo la ciencia de salud “*ad dandam scientiam salutis plebi ejus*” (5), quien lo escucha oye a Cristo, quien lo desprecia desprecia a Cristo que lo ha enviado. En el momento supremo Jesús rogó a su padre para que quedasen consagrados, inmolados, a la predicación de la verdad. La verdad del evangelio sin atenuaciones, la verdad de la Iglesia sin limitaciones es la que debe administrar. El día de su consagración episcopal, la Iglesia pronuncia sobre la cabeza del nuevo ungido esta sublime plegaria: “que ame la verdad y que no la abandone jamás ni bajo el imperio de la alabanza o del temor”. Su voz debe despertar en los oídos humanos ecos divinos y poseer su palabra vibraciones de eternidad.

Nada necesita tanto el mundo hoy día como el sonido augusto de la predicación sacerdotal. De la docilidad a esa voz depende el que encuentre su camino, en el cerrar los oídos a ella está la fuente de su perdición.

Y el Obispo, Maestro del pueblo cristiano, predica y enseña “no con palabras persuasivas de humano saber sino con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud” (6). Pero sabe que la verdad que posee no es suya, es Cristo quien se la ha dado, es su Iglesia a quien se la ha confiado. No puede por tanto ni transigir con ella ni atenuarla, ni poner la luz que debe estar sobre candelabro sacerdotal bajo el celémín de la prudencia o cobardía humana; él debe repetir al débil e indeciso mundo moderno que “la antorcha para sus pies y la luz para sus senderos” es sólo la palabra de Dios. Esa palabra que brotó límpida y serena de los labios de Cristo, palabra que escandalizó al fariseo y convenció al sencillo de corazón, palabra que resonó igual junto a las aguas tranquilas del lago y ante la turba blasfema que pedía su sangre, palabra que realizó un orden nuevo a despecho de los prudentes del siglo y que hoy a través de dos mil años sigue siendo la espada “*gladium spiritus*” que zanja las dificultades y mata los egoísmos que impiden la verdadera paz.

Por eso muchas veces el mundo moderno, el que gusta de las verdades disminuidas —“*veritates diminutae a filiis hominum*”— no quiere aceptar la palabra sacerdotal. Por eso también es necesario como nunca

(3) *Jn. 14, 6.*

(4) *Mt. 27, 19.*

(5) *Jn. 17.*

(6) *1 Co. 2, 4.*

en esta época escuchar los acentos de su voz. Los labios del sacerdote se entreabren sobre un mundo obscurecido para anunciar con firmeza todo el Evangelio y sólo el Evangelio, sus manos llenas de verdades se extienden sobre el inmenso surco para arrojar en él trigo de Dios, su voz sin vacilaciones proclama íntegra hasta sus últimas consecuencias así en cada época inserta el germen fecundo con el cual los pueblos se reaniman, dentro de su cause histórico y providencial.

Porque en tus labios, Venerado Hermano, siempre ha sonado ese acento, porque en tu predicación de 50 años en templos y Universidades han visto que “*verbum Dei non est alligatum*”, que no está amarrado con ataduras humanas el Verbo de Dios, por eso un pueblo entero se reúne junto a tu cátedra y en tu persona expresa a la Iglesia su confianza, segura que en sus doctrinas encontrará íntegra y viviente lo que tanto anhela: la verdad.

Pero junto a la verdad, que ilumina al mundo, necesita la gracia que redime y salva. El Obispo no sólo es Maestro sino Pontífice que distribuye al pueblo fiel las gracias redentoras de Jesús. Para ello una gran caridad, un amor que viniendo de Dios rebalse sobre sus hermanos, debe llenar su corazón. Como Cristo, el Sacerdote redime en amor.

La Voz de Pablo nos llega desde el fondo de los primeros tiempos cristianos para advertirnos que haciendo la verdad en la caridad creceremos en Aquél que es la cabeza, Cristo Nuestro Señor.

El sacerdote, más que otra creatura, viene del universal y profundo seno de nuestro Padre Dios, de la región donde la luz y el amor permanecen eternamente abrazados. Nacidos en la eternidad de una palabra de su alma divina, la caridad nos urge siempre y no nos deja sino el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna. Y por esto junto con hacer brillar la luz de la verdad, el sacerdote rompe el pan del afecto dando no sólo su inteligencia, sino también su corazón. Porque debe redimir en amor ha de poner como base de esa redención la justicia que en ósculo santo ha de fundirse con la paz.

La Iglesia posee como precioso tesoro el sublime norte que su Fundador le señalara: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” (7). Esa justicia individual y social que el mundo busca hoy día como supremo remedio a sus terribles males, olvidando muchas veces la fuente de donde brota: el Evangelio de Cristo concretado en las doctrinas sociales de la Iglesia.

Por la implantación de esas doctrinas que han de redimir en amor el Pontífice en cumplimiento de su misión debe trabajar y sufrir.

Con su palabra indiscutida de Maestro y su acción abnegada de Apóstol hace sentir al mundo moderno la necesidad de establecerse sobre los fundamentos insustituibles de la justicia y el amor. Hacer que esas doctrinas, que ningún católico que quiera llamarse tal debe desoir, se incorporen en las conciencias, penetren en las legislaciones, inspiren las costumbres y sobre todo hagan darse el abrazo de hermanas a las

(7) *Mt.* 6, 33.

clases sociales hoy divididas por egoísmos y odios destructores; es la más hermosa tarea redentora que puede llenar un corazón sacerdotal.

Al través de ese ideal hacer sentir a los obreros, a los que sufren, a los que llevan sobre sus hombros el peso del día y del calor, a los pobres de Cristo, privilegiados de su reino y predilectos de su corazón, que las enseñanzas sociales de la Iglesia, las admirables doctrinas de León XIII y Pío XI deben ser el arco iris de esperanza que les señale que en ellas no está lejano el día de su verdadera redención.

Pero el amor es fuerte hasta la muerte y la obra redentora del sacerdote no se consuma sino en la inmolación.

Sobre el altar, el Pontífice, ofrece la víctima divina, al que "habiéndolo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin" (8) dando de esta suerte la medida del apostolado de caridad. La Iglesia vive de dos principios: el sacrificio personal de Jesucristo y su sacrificio continuado en sus miembros. "Ni la Misa ni el martirio pueden entre nosotros cesar" (Mons. Gay).

Hay dos palabras que no podemos separar en nuestro ministerio y que Jesús tampoco quiso separar en su enseñanza: la primera dio nacimiento al apostolado: "ven, sígueme" (9), la segunda nos manifestó el secreto: "¿podéis beber del cáliz de mi pasión?" (10). Los solos labios que persuaden son los que se humedecen a menudo en el cáliz del Maestro.

El sacerdote redime en amor, pero en amor que culmina en sacrificio.

Y como de la muerte nace la vida, del grano brota la espiga y de la noche surge la aurora, de ese renunciamiento a sí mismo que hace el apóstol por la humildad, abnegación y obediencia germinarán las resurrecciones que repiten el "surge et ambula" (11) sobre los sepulcros que hieden de tantos Lázaros de nuestro siglo.

Así amó Cristo, "majorem charitatem nemo habuit", (12) así ama el sacerdote de corazón apostólico, así en 50 años, Venerado Hermano, has amado, buscando en la justicia, la caridad y el sacrificio la redención de tus hermanos. Por eso en esta hora tus hijos te rodean, porque al través de la bella lección de tu vida comprenden que en la justicia de Cristo, en el amor de Cristo y en el sacrificio de Cristo que la Iglesia en su sacerdocio les ofrece, encontrarán los pueblos el camino de su redención.

Si como Maestro el Obispo esclarece y como Pontífice redime, como Pastor dirige hacia Dios el rebaño confiado a su pastoral solicitud.

El cristiano, viviendo en el mundo, no participa del espíritu del mundo. Sabe que las criaturas presentes sólo valen en cuanto lo conducen a la eternidad. Para apartar al cristiano de los peligros y condu-

(8) *Jn.* 13, 1.

(9) *Mt.* 19, 21.

(10) *Mc.* 10, 38.

(11) Tr.: "Levántate y anda", *Mt.* 9, 5-7.

(12) Tr.: "Nadie tiene mayor amor".

cirlo a su fin eterno. "El Espíritu Santo puso a los Obispos a regir la Iglesia de Dios" (13). "Ellos velan, como que han de dar cuenta a Dios de nuestras almas" (14). Ellos con el suave y firme cayado del pastor, que el báculo episcopal simboliza, deben cuidar y defender su rebaño hasta conducirlo salvo "al gran Pastor de las Ovejas, Cristo nuestro Señor".

Por los caminos del mundo va el sacerdote, pastor de almas, misericordioso y paciente, orientando con las enseñanzas que destila su lengua y las bondades que arrancan de su corazón. Doquiera hay una oveja perdida va en su busca, donde una herida se abre va a curar el dolor. Incomprendido muchas veces, calumniado otras, olvidado las más, él pasa sereno en íntima unión con su Padre de los cielos haciendo de la voluntad divina su aliento y de cada acto de su vida una oblación.

Tiene una misión: distribuir la Vida. Cristo ha venido para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia. No la vida fugaz que perece sino la vida de Dios que siempre queda.

Y porque es Pastor es apóstol que gusta la infinita poesía de la vida en que se lucha por Dios. Y porque es pastor se entrega todo, dando si es necesario la vida por sus ovejas. Y porque es pastor y ama las almas para dirigir las hacia su salvación, su existencia se caldea por la caridad de Cristo que nos urge, su mente se ilumina por la belleza maravillosa de Dios que nos señala el origen divino de donde procedemos y las esperanzas de esa gloria celeste hacia la cual navegamos. Apóstol hoy, apóstol siempre, apóstol hasta la muerte y más allá de la muerte porque el pastor que así lucha y muere es árbol generoso que retoña en frutos de santidad. Porque es precisamente Venerado Hermano, la gran página que has escrito en tu vida apostólica, porque 50 años te han hecho pronunciar no tanto con los labios sino con la vida el "amaos los unos a los otros" (15) de Jesús, porque has sido pastor que en cada uno de tus actos has sabido encarnar la divina ley de caridad, hoy colocado sobre las pasiones que dividen, eres para tus hijos como un tranquilo remanso donde los hombres venidos de las más diversas tiendas pueden hallar en amor el don inapreciable de la paz.

Maestro, Pontífice y Pastor, cumples el programa que Cristo traza a sus ministros de ser continuadores de su sacerdocio de redención, y de este modo en la inquietud de los tiempos ser fuente de unión en la justicia y de reconstrucción en el amor.

Tal es, señores, la sublime misión del sacerdocio católico que en estos tiempos adquiere especial urgencia y relieve, tal el fundamento de su sobrehumana grandeza.

"Oh prodigio de magnificencia incomparable, exclama el fundador de Sn. Sulpicio, oh incomparable dignidad del sacerdote, el cual como Jesús resucitado todo obra y realiza en la Iglesia con autoridad verdaderamente soberana. Al hablar del Verbo, dice Sn. Juan que todas

(13) *Hch.* 20, 8.

(14) *Jn.* 15, 12.

(15) *Jn.* 15, 17.

las cosas fueron hechas por El y sin El nada existe de cuanto puede existir. En cierto sentido mirando lo que por intermedio del sacerdocio se realiza en la Iglesia, puede otro tanto repetirse ya que el sacerdote es el principio de todo el bien que los hombres atesoran para la vida eterna y sin El ninguna gracia se comunicaría a las almas”.

En el día grande de tu sacerdocio, tu grey, venerado Hermano, comprende lo que para ella significa su Pastor y por eso con fervor de hijos rodea en esta mañana el altar donde ofreces una vez más tu sacrificio. Ricos y pobres, grandes y pequeños, niños y ancianos, quieren ser ofrecidos en la hostia que inmolas realizando en ella y por ella el gran misterio de unidad. Tus sacerdotes sobre los altares también ofrecen la mística víctima y unen a la oblación de su Pontífice su propia oblación. Hasta tu trono sube como incienso la plegaria de un pueblo que el Señor por tus manos retornará en bendición.

Tu corazón oprimido de dulces sentimientos murmura una vez más el salmo de la gratitud —“quid retribuam”?— (16). Tu mirada se clava en el pasado para renovar el gran momento de tu primer sacrificio. Lo que en él pediste, las almas, la gloria de Dios, el luchar por su Iglesia se ha cumplido.

Con la misma fragancia de emoción que entonces, vuelves a repetir junto al altar lo que en ese día dijiste a tu Señor y al levantar dentro de poco la hostia inmaculada todos sentiremos que la plegaria del padre penetra las alturas y que esa hostia, una vez más, cantará en tus manos la gloria de Dios en lo más alto de los cielos y traerá a la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

(16) Tr.: “¿Qué retribuiré?”, *Sl.* 115, 12-13.

AGONIA DEL CARDENAL CARO UNA PALABRA AUGUSTA (18-XI-1959)

Las palabras pronunciadas por Su Eminencia el Cardenal Primado al recibir el Santo Sacramento de la Extremaunción, han repercutido hondamente en los corazones de todos los chilenos. Pero, de un modo especial han encontrado eco en todos los sacerdotes y seglares que miran en la A.C. la respuesta providencial de Dios a los males del mundo actual.

Desde su augusto lecho de enfermo, Su Eminencia ha querido recordárnoslo. Es una nueva prueba de afecto, solicitud y comprensión que la Acción Católica Chilena recibe del Emmo. Cardenal Caro.

En mi calidad de Asesor General de la Acción Católica, junto con expresar la emocionada gratitud por las palabras de Su Eminencia, creo oportuno recordar en estos momentos un Documento emanado de todo el Episcopado Nacional en el año 1952, y que lleva la firma de Su Eminencia el Cardenal Caro en su calidad de Presidente de la Conferencia Episcopal.

El Documento, titulado "Llamado al Deber Apostólico", dice así: "La Conferencia Episcopal en su última reunión tenida en Santiago, el pasado mes, ha juzgado necesario hacer el siguiente llamado a todos los católicos de Chile en orden al cumplimiento de sus deberes apostólicos.

1) El católico debe tener en forma clara "el sentido de la Iglesia". Saber que pertenece a Ella. Sentir que es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo. Que nada de lo de la Iglesia le es extraño. Que no sólo debe vivir la vida sobrenatural que Ella le entrega, sino irradiarla y comunicarla a su alrededor.

2) El seglar católico, cualquiera sea su condición o actividad, tiene una misión apostólica que cumplir. En esta hora del mundo esa misión es indispensable e irremplazable, y, podemos añadir, decisiva. "Es de una necesidad urgente, dice S.S. Pío XI, el que los seglares vengan a tomar su parte en el apostolado jerárquico de la Iglesia" (1).

La Acción Católica es, según S.S. Pío XII "la colaboración de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia" (2). "Es el apostolado de los fieles que, bajo la conducta de sus Obispos, se pone al servicio de la Iglesia y la ayuda a cumplir íntegramente su ministerio pastoral" (3).

Es la colaboración oficial del seglar católico en la misión redentora de la Iglesia bajo la guía de la Jerarquía.

4) En los momentos que el mundo y nuestra patria viven, ese apostolado se hace sentir de una manera especial.

"Es la hora de la acción, ha dicho Su Santidad. Y no de una acción cualquiera, sino de una acción que, viniendo de la Iglesia lleve a los espíritus el mensaje de Verdad que Ella posee, y la corriente de vida divina que Ella distribuye".

Los ambientes se han paganizado. El hombre moderno respira a pleno pulmón el aire malsano del materialismo, del ateísmo, del naturalismo. Para cambiar estos ambientes se necesita un remedio colectivo, aplicado por los seglares mismos y a la escala misma del mal que se quiere curar. Ese remedio es la Acción Católica.

La Acción Católica, ha dicho S.S. Pío XI, es el remedio específico a los males del mundo moderno".

(1) A los Filipinos.

(2) Pío XII, octubre 1951.

(3) Pío XI, 15 de agosto, 1929.

5) El Episcopado Chileno, fiel a las normas pontificias y consciente de la gravedad apostólica del momento, alabando todas las formas diversas de apostolado que florecen en la Iglesia, y sin excluirlas, declara que por sobre toda acción, quiere la Acción Católica a quien por orden de dignidad y excelencia, de necesidad y urgencia, corresponde el lugar primero y oficial entre las obras apostólicas del laicado.

Los Párrocos recuerden que “la Acción Católica forma parte integrante del ministerio pastoral” y en consecuencia su descuido constituye una grave omisión pastoral. Los sacerdotes todos recuerden las palabras de S.S. Pío XI: “La suerte de la Acción Católica está en manos de los sacerdotes”.

Los Colegios Católicos no pueden decir cumplida su alta misión educadora si no forman a sus alumnos en este espíritu apostólico.

“La formación al Espíritu de apostolado propio de la Acción Católica, ha dicho Su Santidad Pío XII, ha llegado a ser un elemento *esencial* de la educación en estos tiempos modernos”.

6) La Acción Católica debe formar apóstoles de sólida doctrina, de intensa vida interior, de ardiente caridad, capaces de obrar y transformar los ambientes en que viven y ser para sus parroquias los colaboradores insustituibles de la acción del sacerdote. Es la Acción Católica la que bajo la guía de sus Párrocos hará de cada Parroquia una comunidad viviente, apostólica y misionera, donde los hijos de Dios puedan vivir su alta vocación sobrenatural. La Conferencia Episcopal está cierta al hacer este llamado que todos los católicos chilenos, Clero secular y regular, educadores y fieles, sabrán comprender cada vez mejor el alto significado que la Acción Católica encierra y responder a este llamado al deber apostólico que por el futuro cristiano de Chile les hacemos.

La palabra que en nombre de la Jerarquía Chilena, pronunciara hace tres años nuestro Cardenal, adquiere hoy, al hablar desde su lecho de enfermo sobre la Acción Católica un inmenso relieve y trascendencia.

En esta hora de ansiedad en que todo Chile vela alrededor del augusto enfermo, sepamos, a la luz de este documento, penetrarnos del hondo sentido que tienen las palabras pronunciadas por el Eminentísimo Cardenal Caro, al recibir la Santa Extremaunción.

Sea la comprensión de ellas y la voluntad de ejecutarlas la mejor respuesta a tan alto y paternal llamado.

MONS. JOSE IGNACIO CIENFUEGOS
AGRADECIMIENTO POR HOMENAJE RENDIDO (1)
(9-XI-1945)

Talca, noviembre 8 de 1945.

Sr. Don

Vicente Ignacio Rojas

Director de "La Mañana"

PRESENTE.—

Muy estimado Sr. Director y amigo:

Quiero por estas líneas expresarle en nombre propio y en el de la Iglesia mis más sinceros agradecimientos por el bello homenaje tributado hoy en "*La Mañana*" a la memoria del Excelentísimo Sr. José Ignacio Cienfuegos (2), en el centenario de su muerte.

Cuando en días pasados se reunió en mi casa un grupo de amigos para estudiar las actividades con que se podría celebrar este aniversario, todos estuvimos de acuerdo en la importancia que tendría el homenaje que por medio de las páginas de "*La Mañana*" pudiera tributársele.

Dicho homenaje por la calidad de los artículos supera cuanto habíamos imaginado y nos hace acreedores hacia Ud. de nuestra más profunda gratitud.

Fue la figura del Excmo. Sr. Obispo Cienfuegos una bella y acabada síntesis de las virtudes del cristiano y del patriota y una expresión tangible de la obra que la Iglesia ha desarrollado en nuestra Patria.

Como patriota luchó denodadamente porque la independencia de Chile se consolidara y puso al servicio de esa idea todas las fuerzas de su talento y energía. Como sacerdote trabajó apostólicamente para que las virtudes cristianas, sin las cuales no hay prosperidad posible, se arraigaran más y más en nuestra tierra.

Como hijo de la Iglesia y amante de su Patria continuó, en forma magnífica, la tradición de progreso intelectual y asistencia social que desde los lejanos años de la Conquista hasta nuestros días la Iglesia, sin

(1) Aparecido en *D.M.*

(2) Cienfuegos, Juan Ignacio (Santiago 1762 - Talca 1845). Fue párroco de Talca. Tuvo activa participación en la Independencia de Chile. Se le envió como representante de la República ante la Sta. Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1829.

desmayar, ha realizado. El Liceo de Talca y el Hospital de la ciudad son testimonio de esa acción.

Las incomprensiones que pudo sufrir en Chile no hicieron sino aquilatar sus virtudes, y ellas mismas le depararon la satisfacción de la especial confianza que los Pontífices León XII y Gregorio XVI le dispensaron. El tiempo, que todo lo aclara, ha venido a confirmar la clarividencia de Cienfuegos.

La ciudad de Talca que recibió más que ninguna otra la rica semilla de sus virtudes debe aún dar homenajes a este gran patriota y prelado; la erección de un monumento en la Plaza que lleva su nombre y la trasladación de sus restos a la cripta de la futura Catedral.

Esperamos la gratitud de Talca haga posible en fecha no lejana, tan justicieros actos de recuerdo.

Renovándole la expresión de mis agradecimientos por el bello homenaje de "*La Mañana*" al Excmo. Sr. Cienfuegos, quedo como su affmo. amigo y Cap.

MONS. JOSE IGNACIO CIENFUEGOS
PROXIMA SEPULTACION EN LA CATEDRAL DE TALCA (1)
(30-VIII-1954)

Talca, 30 de agosto de 1954.

Señor don
José Z. González
Presente.

Mi distinguido amigo:

He leído con toda atención su interesante artículo en memoria del Illmo. Obispo don José Ignacio Cienfuegos, alta figura nacional y gloria muy pura de esta ciudad de Talca. Lo felicito sinceramente por la noble labor patriótica que con ello realiza dando a conocer figuras olvidadas de nuestra historia patria.

Dice Ud. en su artículo de hoy, que no se supo más después del terremoto de 1928, ni de los restos del Excmo. Monseñor Cienfuegos ni de la placa que sobre ellos colocó en 1927 el Liceo de Talca "¿Dónde se encuentran hoy día?", se pregunta Ud. con legítima y patriótica angustia.

(1) *D.M.* Esta carta dice relación a la sepultación a realizarse el 4 de octubre de ese año.



Manuel Larrain, estudiante de Derecho, en la Universidad Católica, junto a una de las puertas del establecimiento. Volverá a ella, como sacerdote, siete años más tarde

Con el mayor agrado voy a responderle. Destruído el Templo de Santo Domingo en 1923, los Padres Dominicos habilitaron una pequeña capilla provisoria en la parte del Convento que da a la plazuela, colocaron los restos del Excmo. Monseñor Cienfuegos (2) y del R.P. Gatica (3) que se guardaban bajo el altar mayor de la destruida iglesia. Al retirarse los Padres Dominicos de Talca y pasar el Convento al Obispado, los restos antes mencionados fueron depositados provisoriamente en el Mausoleo de los socios de San José en el Cementerio de Talca. En 1951 el que suscribe solicitó y obtuvo permiso de la Santa Sede para trasladar a la cripta de la nueva Catedral de Talca los restos de su primer Obispo Diocesano, Excmo. Mons. Carlos Silva Cotapos sepultado en Santiago y los del Excmo. Mons. Cienfuegos. Con ocasión de celebrarse los 25 años de la fundación de la Diócesis, en diciembre de 1951 y presidido por el Emmo. Cardenal Caro, se dio sepultura solemne a Mons. Silva Cotapos en la cripta de la Catedral. Ahí están también depositados los restos de Mons. Cienfuegos a los cuales, Dios mediante, se les dará solemne sepultura el próximo 4 de octubre en ceremonia que presidirá el Excmo. señor Nuncio de Su Santidad.

He deseado invitar para esta ocasión al Nuncio Apostólico, entre otras razones, porque Mons. Cienfuegos presidió la primera Misión Diplomática, que el Gobierno de Chile envió a la Santa Sede y es el único prelado chileno que ha recibido la Consagración Episcopal de manos del Santo Padre, en aquel entonces S. S. Gregorio XVI.

En cuanto a la placa obsequiada por el Liceo de Talca, está colocada sobre la modesta urna que guarda los restos del Obispo Cienfuegos.

Creo haber respondido con estas explicaciones a su pregunta que me da ocasión para invitar desde ahora a todos los talquinos a los homenajes que, en la fecha indicada, rendiremos a esta gran figura nacional y de nuestra tierra.

Me suscribo como su atto. amigo y Prelado.

(2) Cienfuegos, Juan Ignacio. (Santiago 1762 - Talca 1845). Fue párroco de Talca. Tuvo activa participación en la Independencia de Chile. Se le envió como representante de la República ante la Sta. Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1829.

MONS. CARLOS SILVA COTAPOS
ORACION FUNEBRE POR SU MUERTE (1)
(XI-1941)

I

Con la augusta serenidad en que envolvió toda su vida, se ha dormido dulcemente en el Señor.

Había amado la justicia como norma y divisa suprema de su ministerio, "justitiam dilexit" (2), y sólo le restaba aguardar confiado la corona que el Justo Juez debía otorgarle en el postrero día.

Sacerdote del Dios altísimo, era necesario que su admirable vida sacerdotal se consumara en este supremo holocausto, dejándonos así el confortante recuerdo de sus virtudes. Y hoy ante sus restos nos detenemos como ante una cátedra para escuchar, no ya de sus labios, sino de su existencia toda, la armoniosa lección de una vida consagrada por entero al servicio de su Supremo Dios.

I I

Nació el Excmo. Sr. Carlos Silva Cotapos, el 10 de mayo de 1868 en la ciudad de Talca, en una familia donde se hermanaban la distinción y la virtud. En esa incomparable escuela del hogar cristiano se delinearon las cualidades que habrían de destacarse al correr de los años: su piedad, su rectitud, su visión clara y serena de los hombres y de los problemas, el cumplimiento austero e inflexible del deber.

Era el Excmo. Sr. Silva Cotapos un bello exponente de ese Chile antiguo de firmes principios y agudo sentimiento de la realidad, que por desgracia nuestra, va rápidamente desapareciendo; de esos seres que las apariencias no seducen ni la bagatela los fascina, que en el fluctuar de las cosas terrestres saben que si los hombres cambian los principios permanecen, para quienes la satisfacción de su conciencia es el único aplauso

(1) Silva Cotapos, Mons. Carlos. Precedió a Mons. Larraín en el Obispado de Talca, del que fue su primer Pastor, entre los años 1925-38.

Apareció esta Oración Fúnebre en *La Revista Católica*. Santiago, noviembre 1941, pág. 514-17.

(2) Tr.: "Amó la justicia".

que ambicionan y que en silencio fecundo van colocando las bases de un verdadero progreso, cimentado en la justicia y realizado en la verdad.

Esas cualidades que hicieron grande nuestro suelo él las había bebido en las lecciones incomparables de un hogar católico. Más tarde, el estudio apasionado de la historia, poniéndolo en contacto con los forjadores de nuestra nacionalidad, ayudaría a formarlo en esta escuela, de nuestro Chile auténtico y cristiano.

Sus estudios, iniciados en la histórica ciudad de sus mayores y completados en el colegio de los Sagrados Corazones de esta capital, sirvieron al mismo tiempo para perfeccionar su espíritu y revelar sus altas cualidades intelectuales. Su carácter equilibrado y justiciero lo inclinaba al estudio del Derecho que cursó hasta recibir su título de abogado, pero las aspiraciones secretas de su corazón, el ansia de elevación y de bien que ardían en su alma, lo llevaron a abrazar el sacerdocio. Había sentido la misteriosa y seductora voz del Maestro que murmuraba el "ven y sígueme" de las sublimes vocaciones. Y él, como los apóstoles, tranquilo y resuelto, dejadas todas las cosas, seguía a Jesús.

Y su vida en todos sus múltiples aspectos y diversos ministerios fue un continuo peregrinar tras las huellas de Cristo para hacer real y viviente en medio de los hombres su figura.

Fue maestro de juventudes. Y las aulas del Pontificio Seminario y de la Universidad Católica recordarán siempre las nítidas lecciones del profesor de Derecho Canónico que, en sobrias y precisas palabras, formaba las mentes de sus discípulos en las altas disciplinas jurídicas.

Su prudencia y cultura lo llevaron al gobierno eclesiástico de la Arquidiócesis, colaborando en la Curia de Santiago con los Excmos. señores Arzobispos Casanova (3) y González Eyzaguirre (4) en los cargos de Promotor, Secretario y Provisor, sucesivamente, y en esa labor silenciosa y abnegada, muchas veces desconocida en toda su trascendencia y amplitud, fue el consejero discerto, el brazo ejecutor y sobre todo el hijo fidelísimo de aquellos grandes prelados a quienes tanto debe la Iglesia en nuestra patria.

La fidelidad a la memoria de sus prelados que en el Excmo. señor Silva Cotapos, no era sino la expresión de su admirable rectitud moral, era algo que en realidad impresionaba. Con frecuencia le oíamos esta frase que para él tenía el significado de un mandato: "así lo hacía don Mariano"; y en esa sencilla expresión iba envuelta la lección aprendida al que miraba como maestro de su sacerdocio y el afecto filial a su memoria.

(3) Casanova, Arzobispo Mariano. 1833-1908. Siendo Arzobispo de Santiago en 1887. Celebró un Sínodo. Fue propulsor del Concilio plenario para América Latina en Roma en el cual participó. Tercer Arzobispo de Santiago. Fundó la Universidad Católica de Chile.

(4) González Eyzaguirre, Arzobispo Juan Ignacio. Sucesor de Mons. Casanova. Dio especial empuje a las obras sociales católicas en favor de obreros y campesinos.

Investigador apasionado de la historia eclesiástica de Chile, los momentos libres de las actividades de su ministerio los dedicaba a aquellos prolijos y concienzudos estudios de que dan testimonio sus numerosas obras que lo colocan como uno de los principales historiadores eclesiásticos de nuestra patria.

Un nuevo campo se abría en 1918 a la actividad sacerdotal de Monseñor Silva Cotapos: el Vicario de Cristo lo llamaba a ocupar la Sede episcopal de La Serena, vacante por el fallecimiento del Excmo. señor Ramón Angel Jara (5). Con ese sentido profundo del deber que caracterizó toda su vida, él aceptó sin vacilar la dura carga y se consagró a ella con toda la fuerza de su espíritu.

Las pesadas visitas pastorales y las múltiples solicitudes que el gobierno episcopal lleva consigo encontraban siempre al frente al pastor abnegado que nunca rehusó trabajo por el ideal al cual había consagrado su existencia. La Diócesis de La Serena guardará emocionada el recuerdo del prelado que supo hacerse todo para todos para ganar a todos para Cristo.

La Santa Sede venía en crear en 1925 la nueva diócesis de Talca y como su primer pastor elegía al entonces Obispo de La Serena, Monseñor Silva Cotapos. La tierra que había mecido su cuna y había guardado los restos de sus padres, iba nuevamente a recibirlo y él llegaba hacia esos lugares aromados por los recuerdos de la infancia con el corazón dilatado en los más delicados sentimientos. La ardua labor de organizar una diócesis no le arredraba. Sabía que quien trabaja por Dios nada teme y con esa confianza como apoyo, iniciaba en nombre del Señor su tarea.

Por doce años vieron las tierras de Talca y Curicó cruzar su blanca figura. No conocía el cansancio por el servicio de su grey. Las duras pruebas del terremoto que destruyó su diócesis no amenguaron la fuerza de su espíritu. Firme en su puesto, era el centinela que guardaba día y noche la ciudad.

El trabajo silencioso, no por eso menos fecundo, de crearlo todo en una diócesis en formación, debilitaron al fin sus fuerzas físicas y el obrero infatigable sintiendo ya su obra realizada, al caer la tarde, se sentó a descansar.

No era su renuncia el cobarde rechazo de nuevas labores, sino el gesto del sembrador que se detiene a mirar el surco trazado por su mano y fecundado por su sudor.

Y en ese retiro oyó ayer la voz que llamaba; "Siervo bueno y fiel entra en el goce de tu Señor" (6). Y dócil una vez más a la divina voz que dirigió su vida, con la sensación de plenitud en su existencia su alma voló anhelante al ansiado y eterno abrazo con su Dios.

(5) Jara, Mons. Ramón Angel. Nació el 2-VIII-1852. En 1874 abandona el estudio de Leyes y entra al Seminario. Es ordenado sacerdote en 1896. Obispo de Ancud en 1896 y poco después Arzobispo de La Serena, donde muere el 9-III-1917. Fue un gran orador.

(6) *Mt.* 25, 21.

I I I

Nosotros, aquí entre tanto, quisiéramos resumir como en un haz los mil rayos, dispersos de su vida y al hacerlo, un pensamiento nos parece como central en su existencia, el que escogió divisa de su escudo y que representa la síntesis de su obra: "amó la justicia". (*Justitiam dilexit*). Justicia del hombre para con Dios. Justicia del hombre para con el hombre. Dar a cada uno lo que es suyo. Admirable. ¡Qué hermoso ideal para ennoblecer una vida!

Y ¿qué otro podía caber en el equilibrio privilegiado de su mente y en la rectitud exquisita de su corazón?

El mal fundamental de que padece nuestro mundo moderno es la injusticia. Al negarle a Dios sus derechos tampoco se han respetado los del hombre, y sobre la negación de derechos humanos y divinos ningún régimen estable puede prosperar.

El Excmo. señor Silva Cotapos sentía que la restauración cristiana que anhelamos es, ante todo, obra de justicia y por eso la amó hasta constituir la como anhelo supremo del ministerio pastoral.

Su amor a la justicia explica la piedad sencilla y serena de su alma. El debía darle a Dios el suspiro más íntimo del corazón y se lo daba plenamente. La piedad, ese perfume que embalsama la vida del hombre y en especial del sacerdote, era el más bello rasgo de la personalidad de Monseñor Silva Cotapos. La piedad brota en él como brota el frescor de la fuente, algo natural y limpio, ajeno a todo rebuscamiento y artificio. Era su piedad la robusta, viril y tradicional de nuestro clero. Piedad profunda que se alimenta del dogma, ajena a todo sentimentalismo enfermizo, piedad litúrgica que se nutre de la savia riquísima de la oración de la Iglesia. ¡Con qué devoción el gran Obispo que lloramos, celebraba cada mañana, al rayar el alba, el Santo Sacrificio de la Misa, con qué prontitud y reverencia recitaba el Divino Oficio! El sentía que como pontífice era mediador entre Dios y los hombres y que ésa, su plegaria y oblación, eran el cumplimiento de un gran deber individual y social de justicia ante el Señor.

Su amor a la justicia explica igualmente la rectitud inquebrantable de su conciencia. Nada doble o fingido cabía en su mente. La verdad y toda la verdad sin subterfugios ni paleativos, porque como Cristo podía decir: "Que para eso había nacido y venido; para dar testimonio de la verdad".

Ese amor a la justicia era el nervio que movía su cumplimiento austero e inflexible del deber. La voz del Maestro "que el que no toma cada día su cruz no puede ser su discípulo" se traducía en el abrazarse con su deber hasta sus últimas consecuencias. Su escudo episcopal simbolizaba este pensamiento; una gran cruz que lo llenaba por entero y por bajo el lema "*justitiam dilexi*". Hermosa vida que tiene el elevarse de la cruz hacia el cielo, el hincar como la cruz sus raíces en las profundidades y el amplio llamado de sus brazos abiertos que en el amor a la justicia parecen estrechar en su regazo la humanidad toda entera.

Hoy se rinde la justicia del afecto y del dolor al que supo amar con verdad la justicia.

Los que la sangre, el afecto o la gratitud acercó a él, hoy lloran su ausencia, con ese llanto resignado de los que tienen esperanza.

Lo llora especialmente su diócesis de Talca, la que lo entregó a la vida y recogió sus últimos esfuerzos, la que se sintió comprendida por uno de sus hijos y amada entrañablemente por su primer pastor.

Para el que un día, cuando sintió su mano cansada de bendecir, quiso asociar a su gobierno pastoral, al que recibió por su intermedio la plenitud del sacerdocio y encontró abierto por su sacrificio el surco acogedor, su muerte es dolor de horfandad y aliento vivificante que le dice que por esas huellas benditas debe él también caminar.

“Justitiam dilexit. Amó la justicia y la cumplió íntegra en su vida y envuelto en el manto de esa justicia descansa eternamente su alma escogida, en el amor infinito de su amor.

MONS. JUAN SUBERCASEAUX.
CONMEMORACION DEL 10º ANIVERSARIO DE SU MUERTE (1)
(1952)

Un recuerdo siempre vivo, y un afecto, que el tiempo no ha logrado extinguir, nos congrega hoy en este templo.

Los años transcurridos no han borrado la escena que en un agosto de 1943, con los ojos empañados, contemplamos, junto a los despojos mortales del Excmo. Arzobispo de La Serena Mons. Juan Subercaseaux.

Con la suave sonriza de la paz ya adquirida dormía bajo las bóvedas de su templo Catedral el eterno sueño.

La muerte, que destrozó su frágil vaso terreno, no alcanzaba hasta las profundidades de esa alma, siempre desbordante de armonía y paz.

Revestido de sus paramentos pontificales, se presentaba ante nuestros ojos, nublados por las lágrimas, como aquellas estatuas yacentes de guerreros que en las viejas abadías medioevales siguen velando, más allá de la muerte, las armas con que combatieron por su ideal.

(1) Mons. Juan Subercaseaux nació en Santiago en 1894. Fue ordenado sacerdote en Roma en 1920. En 1926 fue nombrado Rector del Seminario Pontificio de Santiago, que rigió hasta 1935, en que fue consagrado Obispo y designado en la Diócesis de Linares. En 1940 es nombrado Arzobispo de La Serena, donde muere trágicamente dos años más tarde.

Así lo vimos por vez postrera una helada mañana de agosto. Y junto a ese féretro, recogimos, en esta hora dolorosa, la gran lección que resumió su vida. Era el buen “soldado de Cristo Jesús (2) de quien hablaba el Apóstol, el que ahí reposaba, el que como su Maestro “amó a la Iglesia y se entregó por ella” (3), el que le consagró las mejores energías de su vida, para encontrar la muerte en su servicio y el que después de haber “peleado el buen combate” iba, pleno de humildad, a recoger la eterna corona de manos de su Señor.

Y al reunirnos hoy en su recuerdo, en este Templo del Pontificio Seminario de los Stos. Angeles, el que escuchó sus plegarias de adolescente y sus lecciones imborrables de maestro de apóstoles, no he creído poder ofrecer a vuestra consideración otro pensamiento, que el bebido hace diez años junto a sus restos queridos, como su última, elocuente y perdurable lección: “Amó a la Iglesia y se entregó por Ella”.

Nació el Excmo. Sr. Subercaseaux Errázuriz bajo el signo de una ardiente devoción a la Iglesia. Era su hogar, el de los viejos tiempos idos, donde el sentido cristiano impregnaba el ambiente de pureza, elevación y caridad. La sombra del gran Arzobispo Valdivieso proyectaba más allá de la muerte su recia personalidad de paladín de la causa de Dios y se reflejaba en esos sobrinos que amaba con singular predilección. El Padre, que en su “Genio de Roma”, expresó todas las delicadezas de su alma de artista y de creyente y aquella mujer superior, que en sus páginas de *Roma del alma* había vaciado todo su ardiente y apasionado amor a la mística esposa de Cristo, parecían haber transmitido íntegro, en el pecho de su hijo ese altísimo ideal.

Siempre, junto a la cuna del hombre que ha de cumplir una gran misión en la vida, encontramos las manos amantes de unos padres cristianos que encauzan su existencia y van modelando el alma en aquellas virtudes que han de constituir su futura personalidad y verdadera grandeza.

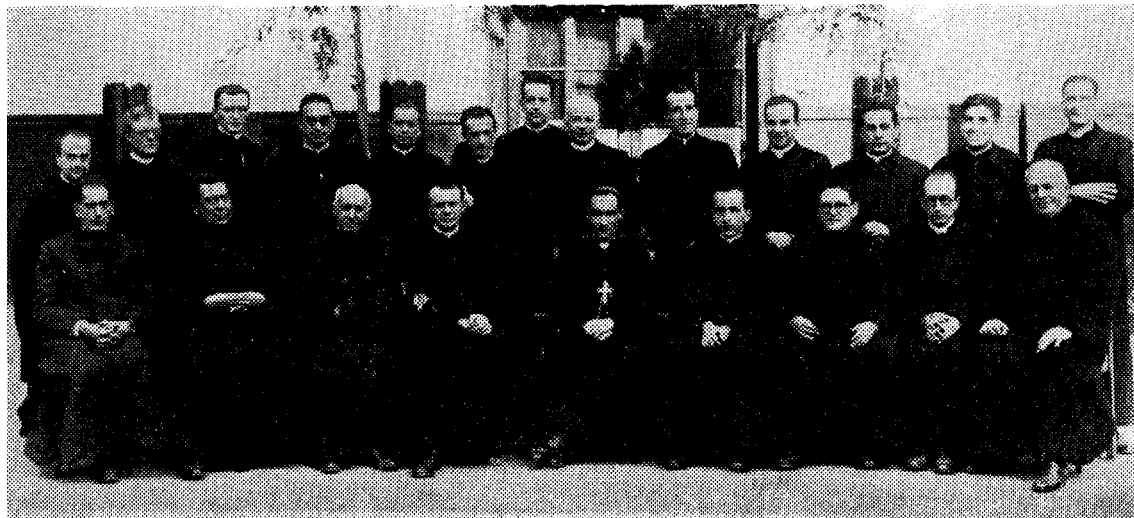
Así, pudo más tarde escribir Cons. Subercaseaux: “A mis padres, después de Dios, lo debo todo, pero especialmente a ella, a mi madre venerada y amadísima, modelo admirable y bendito de madre santa”.

Y ella ponía en la mente del adolescente el gran ideal que alimentó su vida: su devoción ardiente por la Iglesia.

Formación purísima del hogar por padres que comprenden su sagrada misión de educadores, y maravillosa conjunción de dones humanos y divinos eran los gérmenes que, años más tarde, en magníficos frutos, formaría la personalidad del gran Prelado, cuya prematura partida la Iglesia y la Patria han amargamente llorado. La sangre recia del navarro le daba la visión realista de la vida, la firmeza del carácter, la tenacidad en la acción. El espíritu de Francia le comunicaba el sentido exquisito de lo bello, la palabra chispeante, la ternura del corazón. Más tarde, su for-

(2) 2 Tm. 2, 3.

(3) Ef. 5, 25.



Junto a Mons. Subercaseaux, recién consagrado Obispo y los superiores del Seminario Pontificio de Santiago

mación, le daría el equilibrio armonioso del genio latino y ese sentido de perennidad que fluye de la ciudad eterna. Y sobre todo su amor a la Iglesia, hecha idea matriz de su espíritu, enriquecería sus dones naturales con los resplandores de esa fe que brota de la "columna y fundamento de la Verdad".

Dios premió la solicitud de los padres y la correspondencia del hijo, con la mayor gracia que otorga al hombre: la vocación al sacerdocio. Y el que había de ser apóstol de amor a la Iglesia, recibió en ese don la confirmación del hondo sentido cristiano que había dado a su vida: "Amar a la Iglesia y entregarse por Ella".

La madre cristiana y el hijo sacerdote fundían así en el altar su común vocación por la Iglesia de Cristo, y en delicadísimas páginas que retratan sus dos corazones encendidos en ese mismo amor, el hijo hablaría así:

"Ella me condujo al Seminario aun a despecho de las consideraciones de la prudencia humana. Mujer fuerte, su confianza no desmayó jamás, y me sostuvo en el momento de la prueba; mujer sabia, sus consejos iluminaron el largo y a veces penoso camino que, como todo sacerdote, hube de recorrer antes de llegar a la Montaña Santa; mujer virtuosa, sufrió y oró, oró mucho, con lágrimas a veces, a veces con expansiones de íntimo regocijo ante las bendiciones del Señor, oró siempre con el ardor y la fe inquebrantable de las almas grandes".

Y la oración de la madre, junto a la entrega generosa del hijo, hacían que una mañana triunfante de Resurrección, en esa primavera romana toda luz y toda aromas, un nuevo sacerdote, pálido por la emoción pero firme en su paso, subiera las gradas del altar del Dios que alegró su juventud a repetir en forma más oficial y solemne su oblación, porque como su Maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella".

Mieses que blanquean para la divina cosecha, almas que gimen sedientas de vida eterna, niños que piden el pan de la verdad y no hay quien se los rompa, ansias de altura y hambre de Dios; todo esto llegaba en confuso clamor al corazón del nuevo sacerdote, y comprendió que nuestra época no era tan sólo de crisis material, sino de haberse apartado de la Iglesia, la única que puede orientar al alma inquieta para reposar en Dios.

Sólo la Iglesia posee el sentido de la perdida felicidad. Solamente Ella puede dar al hombre su derrotero en la jornada, sólo en su misterio divino encontraremos la belleza en la paz.

Hacer que los cristianos vivan la Iglesia, que cada miembro del Místico Cuerpo de Cristo tome conciencia de su destino sobrenatural, que las gracias depositadas por Dios en ella, desciendan a los fieles como el rocío del Hermón, es la obra más alta y más noble a que un hombre, y sobre todo un sacerdote, puede consagrar su existencia.

Y habiéndolo él, con luz de Dios comprendido así: “amó a la Iglesia y se entregó por Ella”. Predicación de la verdad, esplendor del culto, apostolado entre los humildes y los niños, acción intensa bajo múltiples formas, tendrá para él un único sentido: la Iglesia, por la cual trabaja, vive y sufre.

El Señor, que se ha elegido ese apóstol, quiere infundir en él la plenitud de su poder. El Espíritu Santo lo ha adornado con la riqueza de sus carismas y haciéndolo Pontífice, ha puesto sobre sus espaldas el dulce y terrible peso del cargo pastoral.

El, que amó a la Iglesia desde su edad primera, una vez más está dispuesto a entregarse por Ella en total donación.

Campos y montañas de Linares y Maule, Coquimbo y Atacama, verán pasar la silueta erguida del Pastor, severa en su apariencia y destilando inmensa bondad su corazón.

Ni el frío le arredra, ni la lluvia lo detiene, ni montes ni ríos impiden su rudo peregrinar. Debe velar la porción del rebaño confiado porque así probará, en forma tangible y positiva, que, como su Maestro, “amó a la Iglesia y se entregó por Ella”.

Y llegó el día en que el Señor lo llamaba. La mina clavada en la montaña está lejos. Es áspero el sendero y la muerte ronda en sus abismos. La prudencia humana quisiera detenerlo, pero su vocación más fuerte, lo empuja. Es la Iglesia la que hay que llevar hacia esos riscos, la Iglesia que en su Jerarquía adoctrina, santifica y guía. La Iglesia en su Pastor, que como el de la evangélica parábola, ha de estar pronto a dar su vida por sus ovejas.

Y parte tranquilo para el viaje sin retorno.

Sobre las ásperas rocas yace un cuerpo de Obispo destrozado. Ha caído en cruz con los brazos abiertos para decir en su gesto postrero que como su Maestro “amó a la Iglesia y se entregó por Ella”. Y esa vida iniciada bajo el signo de la Iglesia, encuentra así, en su servicio hasta la muerte, su máxima expresión.

Sí, el gran Arzobispo de La Serena, el amadísimo Prelado de Linares, el inolvidable Rector del Seminario de Santiago, el maestro de la ju-

ventud, el amigo tierno de los niños, el humilde vicario cooperador de S. Miguel, nos deja esta lección: el amor a la Iglesia de Cristo y a todo lo que de Ella procede; la belleza radiante de una vida que se consume por entero en su servicio.

Mons. Subercaseaux amó a la Iglesia viendo refulgir sobre Ella el misterio del amor de Dios hacia los hombres.

La amó tal como brotara del costado abierto de Cristo "sin mancha y sin arruga, inmaculada y santa". Tal como naciera en Pentecostés bajo el soplo vibrante del Espíritu; Iglesia en marcha que ilumina y conquista, llevando a todas partes el Misterio del reino de Dios.

Y amó sus enseñanzas. Sacerdote y Pontífice, su misión era dar la "ciencia de salvación" al pueblo "no con palabras persuasivas de humano saber, sino con la ostensión del espíritu y la virtud".

¡La predicación de Mons. Subercaseaux! Ouien escuchaba su palabra unciosa y clara, dicha con encantadora sencillez, sentía que una brisa de Evangelio refrescaba su alma y que sus acentos se cargaban en los ecos divinos que resonaran sobre el monte de las bienaventuranzas y en las orillas del Mar de Tiberíades.

Heraldo de la Verdad, la anunció sin descanso y sin limitaciones y sobre todo evangelizó "el misterio escondido desde el comienzo de los siglos en Dios": su Iglesia.

Hacer amar la Iglesia.

Mostrarla en su belleza esplendorosa de Mística Esposa de Cristo, descubrir los misterios de vida que en Ella se encierran, tal era el tema central sobre el que giraba su predicación. Y podemos, sin exageración decir, que si una mejor comprensión de la Iglesia va penetrando entre nosotros, se debe en parte no pequeña a la encendida palabra que como espada tajante salía de sus labios.

Amó a la Iglesia en su culto, en cuya participación activa señaló el Beato Pío X "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" e hizo gustar las riquezas escondidas en su liturgia, donde el hombre aprende a orar a Dios en la belleza. El movimiento litúrgico de Chile, magnífica realidad hoy día, tuvo en Mons. Subercaseaux su principal propulsor. Participación inteligente y activa en los divinos oficios, sentido de comunidad cristiana que eleva en una sola voz su plegaria, destierro de las fórmulas vacías de sentido y verdadero canto que expresa al Señor en una forma digna el gemido del corazón, tal fue la acción intensa que él desarrollara entre el clero y fieles, para hacer que la "sancta plebs cristiana" hablara a su Dios con la hermosa y alegre alabanza, "jucunda decoraque laudatio" del salmista.

No era tan sólo delicado sentimiento artístico el que lo impulsaba en este trabajo, cargado de incomprendiones y dificultades; era la misión de su vida que se desarrollaba en esta obra restauradora, porque como su maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella".

Amó sus leyes: maestro de Derecho Canónico, enseñó a generaciones eclesíásticas el amor a la Iglesia en el cumplimiento fiel de sus disposiciones.

Amó a la Iglesia en su porción predilecta, los Seminarios. Comprendía que amar a la Iglesia es amar al sacerdocio y amar al sacerdocio es preocuparse vivamente por su reclutamiento y formación. ¡Cuánto sufría el alma católica de Mons. Subercaseaux al ver la ausencia de esta preocupación en la mayor parte de nuestros católicos de Chile y al contemplar cómo con generosidad mal entendida prestaban ayuda a obras secundarias, descuidando la primordial, en que se encierran las mejores esperanzas y el porvenir cristiano de una nación!

¿Quién podrá decir la obra trascendental realizada en el Pontificio Seminario de Santiago?

Cuando se escriba la historia eclesiástica de Chile habrá que señalar en forma eminente las orientaciones que él dio y la formación que al calor de un intenso amor a la Iglesia supo imprimir en el alma de ese clero.

Amó a la Iglesia en la hermosura de la Casa del Señor, expresión tangible de su mística unidad y Linares guardará como imperecedero recuerdo del gran Obispo, su templo Catedral.

Amó lo que la Iglesia ama: los pequeñuelos, haciéndose sencillo como los niños que acariciaba y a los cuales acercó por la Cruzada Eucarística a Jesús; a los jóvenes, promesa del mañana, infundiendo en sus almas inquietas el amor por la Iglesia; y vocaciones sacerdotales y apóstoles de la A.C. respondieron a ese llamado. Amó con ternura a los pobres, predilectos de Cristo, y fueron para ellos sus preferencias, rindiendo en su servicio la vida.

A los obreros: y sobre sus frentes hizo resonar sin claudicaciones las admirables doctrinas sociales de la Iglesia, juntando en estrecha unión las manos encallecidas del jornalero con las suyas unguadas de pastor.

Y fueron lágrimas de obreros las primeras en caer sobre sus despojos en las sierras de Condoriaco y brazos de mineros los primeros en cargar el cuerpo de su venerado Pastor.

La muerte de Mons. Subercaseaux me aparece en su realidad y en sus detalles, como un gran signo del sentir de la Iglesia en esta hora. Ella me dice, en magnífico símbolo, lo que a despecho de muchas incomprendiones y dolores, la Iglesia está realizando en el mundo y en nuestra patria: la redención proletaria. En esa mina lejana, hosca en su apariencia exterior, pero surcada de riquísimos veneros, yo veo expresarse la gran imagen del "gran escándalo del siglo XX", que dijera S.S. Pío XI, la clase obrera alejada de su Madre la Iglesia. En esas sierras ásperas y desoladas que Juan guardara como postrer imagen en sus pupilas clavadas por la muerte, veo retratarse las fatigas y dolores del trabajador moderno. Y en el Pastor bueno que avanza en medio de la noche hacia la oscura mina, yo siento la consigna de la Iglesia, que nos repite con apremio, el "id al pueblo" de León XIII, porque "la Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo" (Cardijn).

Mons. Subercaseaux amó a la Iglesia en la vida y quiso amarla en la muerte, para que al enmudecer sus labios quedara vibrando esta suprema lección: probar en nuestra adhesión plena a su enseñanza social la hondura y la amplitud de nuestro sentir católico.

Amó a la Iglesia en su Jefe Supremo y quiso como postrer homenaje que su cruz pectoral quedara como filial recuerdo en las manos del Padre Común.

Amó a la Iglesia, en un sentido profundo de romanidad. "La Roma feliz regada por la sangre de los príncipes de los Apóstoles" ejerció sobre su alma impregnada de las más puras tradiciones eclesiásticas su misteriosa atracción. Roma era para él la tierra que oculta en sus lóbregas catacumbas el fervor incontenible de los primeros siglos cristianos, la que en la época de las grandes invasiones salvara el patrimonio de la cultura antigua, la roca que ve desfilar los siglos y el centro de esa fe católica, de donde, al decir de S. Cipriano brota la "unidad del Sacerdocio". Sobre su suelo inmoló su primer sacrificio y allí dio a su existencia su definitiva orientación: amar a la Iglesia y entregarse por Ella.

Amó a la Iglesia en su trascendencia y libertad. Como un gran obispo de las Galias, comprendía que "nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia" y la quiso atenta a las angustias de todo, pero desvinculada de toda amarra terrestre que pueda hacerla perder esa preciosa libertad.

Así como Dios trasciende todas las creaturas, así la Iglesia, su reino en la tierra, no se confunde con ninguna de las realidades temporales o humanas que encuentra en el curso de su historia. Ninguna civilización, ninguna clase, ninguna nación, ningún partido, podría apropiársela.

La Iglesia, prolongación de Cristo en el tiempo, tiene como El sus brazos bien abiertos para acoger sin distinción de clases ni partidos a toda la humanidad. La Iglesia tiene la misión de orientar la humanidad hacia su finalidad suprema. Y la cumple, tal como el Señor se la señaló "dando al César lo que es del César y reivindicando para Dios lo que es de Dios".

¡Qué firme era Mons. Subercaseaux en ese terreno! Y con qué celo cuidaba que esta clara distinción no se alterara, que la Iglesia se mantuviera fuera y sobre lo que divide y separa, atenta sólo a aplicar a los hombres las gracias copiosas de la Redención. La Serena y Linares dirán, como su más bello elogio, que era un pastor de almas, en el amplio y hondo sentido de la expresión.

Porque amó a la Iglesia, hízose todo para todos para ganarlos a todos para Cristo.

El signo de la Iglesia lo preparó al instante supremo. Cuatro días antes de su muerte llegaba a la Parroquia de S. Miguel y emocionado contemplaba su pila bautismal. Ahí la Iglesia lo había recibido por primera vez en su seno de Madre. El día antes de su muerte, bajaba en La Serena a visitar su sepultura. Ahí la Iglesia le daría su último abrazo maternal.

Entre estos dos grandes abrazos estaba la historia rica y breve de su vida. Juntos en el espacio de pocas horas llegaron a su mente el eco de los dos llamados: el "entra en el templo de Dios" de su bautismo, y el "descansa en paz" de su sepultura.

Y en esa paz del sábado, reposa su alma bendita, porque como su Maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella".

He hablado, Sres. como ministro de Dios; perdonad que el hombre y el amigo exhalen también en esta hora su gemido. Nos amamos en el común ideal de la Iglesia. Vivimos unidos en el anhelo de darla a conocer. Fue para mí el hermano mayor en que encontré siempre fraternal comprensión. Su amistad fue don precioso que el Señor me regaló.

El tiempo, no es olvido, para los que en Cristo se amaron. Y después de diez años he tenido que serenar mi espíritu para decir estas palabras en su recuerdo, repitiendo muchas veces cuando siento que las fuerzas me faltan, las palabras sagradas del gran poeta de los infortunios de la vida: "Dominus dedit, Dominus abstulit. Sicut Domino placuit ita factum est. Sit nomen Domini benedictum". El Señor lo dio, el Señor lo quitó. Como le plugo así fue hecho. Sea bendito el nombre del Señor.

Pero la conmemoración cristiana de una vida tiene un fondo insospechado de alegría y de consuelo. No podemos permitir que la tristeza nos invada, "como aquellos que no tienen esperanza".

Porque amó a la Iglesia y se entregó por Ella, hace ya tiempo resonó para él la voz que llama desde la eternidad: "Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

"Fue el gran sacerdote que en sus días agradó al Señor, fue hallado justo y en el día de la ira fue hecho reconciliación".

En tus manos, Padre amantísimo, encomendamos una vez más su espíritu. Dale, Señor, reposo eterno y brille para él perpetua claridad. Fue su alma fuerte como llama, resplandezca como luz.

"No busquemos a un vivo entre los muertos". El duerme, pero su corazón vela. Imploramos su valiosa intercesión.

Sacerdote y pontífice, obrador de virtudes, Pastor bueno para tu pueblo, ruega por nosotros al Señor.

MONS. ROBERTO MOREIRA M., OBISPO DE LINARES,
ORACION FUNEBRE POR EL.
(1-IV-1958)

Refulge el misterio de la Cruz.

Sobre el mundo agitado y turbulento se levanta en estos días el gran signo de la Redención.

Es un leño que habla de muerte y es un árbol que produce vida y da vida.

(1) Mons. Moreira nació en 1896. Se ordenó sacerdote en 1920 y desempeñó su ministerio en Rancagua, donde llegó a ser Secretario del Obispado. Fue consagrado Obispo en 1941 y enviado a la Diócesis de Linares, donde permaneció hasta su muerte, el 1º de abril de 1958.

Es el símbolo del supremo dolor y de la más segura esperanza.

Para los ajusticiados fue baldón y para los que en él confían, es gloria, y porque en esa Cruz, la vida venció a la muerte y el dolor ahí se transformó en gozo perdurable como suprema plegaria, en el viejo himno de Benancio Fortunato:

“O Cruce Ave, Spes unica”.

Salve oh Cruz, Esperanza única.

Esta misma plegaria también la murmuramos nosotros en estos instantes en que sobre la Diócesis de Linares refulge el misterio de la Cruz.

El Pastor que desde hace 17 años velaba solícito esta grey, en su Dios se ha dormido como en un cojín de luna, según los versos de Mistral.

Monseñor Roberto Moreira Martínez, se ha dormido, pero en su recuerdo nos ha dejado una lección que aprender... una ruta que seguir... y una consigna a practicar.

Una lección que aprender.

Es el sentido del deber llevado hasta el sacrificio. Nada lo detuvo en cumplimiento del deber y aún llegó hasta el sacrificio. En la hora presente que vive la Humanidad detengámonos a contemplar ese sepulcro que otrora constituyó momentos de dolor y que hoy es bálsamo, es consuelo cuando apreciamos esa lección del cumplimiento del deber hasta el sacrificio, es la lección que resume el cristianismo desde las Catacumbas y que en vida de Cristo fue la voluntad del Padre; que para él, esa voluntad, era el deber.

La primera lección que nos deja Monseñor es el sentido del deber llevado hasta el sacrificio, es el sentido del deber que aprendió en su hogar cristiano; es el sentido del deber que constituye el patrimonio de los pueblos y que practicó a través de toda su vida sacerdotal: cuando como niño, la voz de su prelado resonó en lo más íntimo de su corazón; luego en la tierra del buen hijo; en el Maule; en las serranías y viñedos, ahí llegó sin saber qué rumbo tomar y allí iba a realizar ésta su primera lección. En Gualleco y después en El Olivar, siguió con el mismo empuje.

Es el sentido del deber llevado hasta el sacrificio y que constituye en él un verdadero monumento a ese cura de campo, a ese cura de aldea que está presente en todo y en todas partes; junto al enfermo, para enjugar sus lágrimas, junto al moribundo, para reconfortarlo; pronto a servir; preparado para el cumplimiento de su deber en todo momento y a toda hora, tanto en los crudos días de invierno, como en los calurosos de verano. Es el deber y la Cruz.

Esta su primera lección la mantuvo a través de todo su ministerio: como Capellán, como cura de aquí y de allá fue siempre el sacerdote del deber, el sacerdote de la Cruz, siempre igual. Y llegó para él, desde el Altísimo, la pesada cruz de su obispado.

En la soledad de su existencia, clamando allí, meditaba en la alta misión que se le confiaba, y lo escuchamos, para sí, en la voz del poeta: “Señor tú me has hecho poderoso y solitario”.

Así, Monseñor Roberto Moreira Martínez, forjó su vida de apóstol y con ella nos deja la lección del deber cumplido hasta el sacrificio.

Una ruta que seguir

Una ruta que seguir, es el sentido sacerdotal de una vida hecha de ardoroso servicio a los demás. Monseñor Moreira nos deja cual herencia, el ejemplo de su vida como una ruta que tenemos que seguir: “Yo no he venido a ser servido, sino a servir”, exclama, como en el precepto bíblico. Con ello, nos ha querido manifestar que todos los hombres estamos al servicio de los demás. Servir en el servicio de la Palabra. Con la palabra eterna de Dios.

La ruta que nos da la palabra de la eternidad, de paz, de amor. El con el ejemplo de su vida sobre el mundo terrenal, nos señala la ruta a seguir, el camino que enseña, el camino que orienta, el camino que nos lleva a Dios, el que nos orienta con el servicio de la palabra.

Toda su vida la dedica a servir. Busca servir y sirve en la palabra, señalando un camino, mostrando una ruta; pudiendo no ser comprendido, puede ser tergiversado y aún mal interpretado, pero nada lo detiene. Al mal no digas bien, y al bien no digas mal; con toda claridad distribuye la gracia de Dios en su palabra, para darla a los hombres que la buscan con ansias, porque gloria y placer no producen alegría y el hombre en estos momentos busca a Dios, tiene hambre de Dios, porque al ser privado de Dios, es como un lobo que tiene hambre. Monseñor es el ministro de los hombres en los campos de Gualleco, en las ubérrimas tierras de El Olivar y de Linares, una sola expresión cruza su mente: Servid, porque él distribuye el pan de Dios.

Servicio de los demás, porque va delante; porque él va conduciendo a sus feligreses según los postulados de la Iglesia... ¿a dónde? al cielo.

El lleva a la Humanidad hasta el cielo, y esa es la ruta que nos trazó Monseñor. Debemos recoger esa lección que nos indicó con esa sonrisa en sus labios cuando el sacerdote vio llegada su última hora, y aún tuvo valor para sonreír, porque con ello nos estaba trazando la ruta hacia el cielo...

Una consigna que cumplir

La consigna que cumplir es la que su lema episcopal trazara y que resume su vida:

“In omnibus Christus”, “Cristo en todas las cosas”.

Señores, para el sacerdote hay un tesoro en Cristo. Cristo es todo y Cristo está en todo. La ordenación la ha hecho Cristo para que pueda distribuir sus enseñanzas. Monseñor distribuyó igual que Cristo sus enseñanzas. Fue como Cristo, porque el eco de su palabra es el que seguirá resonando en la majestuosidad de esta hermosa Catedral de Linares.

Todo sacerdote aspira y no tiene otro anhelo que ése: que Cristo esté en todo lugar. Esa fue siempre su consigna. Que Cristo esté en todas partes y tiene que luchar por este lema en la tierra, y durante su paso por la tierra fue eso lo que hizo aquí.

Al que buscó en la tierra, al fin lo encontró, lo encontró en la soledad inmensa entre el cielo y la tierra. A ese Cristo que buscó afanosamente, allí lo encontró mientras volaba a su encuentro y, al encontrarlo, seguramente le dio a conocer las palabras de la resurrección: “Yo soy la resurrección y la vida, todo el que cree en mí vivirá”.

Una lección que aprender... una ruta que seguir... y, una consigna que cumplir, he aquí la herencia que nos deja Monseñor Roberto Moreira Martínez.

Sobre la Diócesis refulge hoy doblemente el misterio de la Cruz. Vibra aún el recuerdo de sus predecesores Monseñor Miguel León Prado y Monseñor Juan Subercaseaux, en los ámbitos de esta hermosa Catedral de Linares y allí, en breves momentos en la cripta muy bien llamada “del recuerdo” bajo este Altar, junto a ellos vivirá el recuerdo de Monseñor Roberto Moreira Martínez.

A través de los campos y montañas, de cordillera a mar en villas, aldeas y poblados hay dolor, hay angustia del corazón, pues ese pobre corazón de carne se despedaza ante el misterio de la Cruz que se celebra en estos días pero no hay que lamentar, allí también hay esperanza y misterio. Resurrección de la esperanza, pues Jesús no está entre los muertos... Si lo buscáis, Resucitó.

La muerte y la vida es precisamente lo que nos alienta, pues aunque haya dolor en las naves de este hermoso templo creemos en lo que Monseñor nos enseñó porque él, con la voz de su palabra nos alienta cuando junto a él repetimos desde los remotos tiempos, en la voz de la Iglesia:

“O Crux, Ave, Spes unica”; Salve, oh Cruz, Esperanza única.



Foto del 30 - X - 1927 (Año de su Ordenacion Sacerdotal), junto a otros seminaristas del Pio Latino Americano, de Roma

MONS. BERNARDINO PIÑERA.
EL NUEVO OBISPO AUXILIAR DE LA DIOCESIS (1)
(12-II-1958)

La Santa Sede se ha dignado nombrar obispo titular de Prusiade y auxiliar del que suscribe, en esta Diócesis de Talca, al Excmo. y Redmo. Mons. Bernardino Piñera. Al comunicar oficialmente esta noticia debo expresar mi público agradecimiento a la Santa Sede que, en esta forma, ha querido ayudar a mi modesta obra pastoral en esta amada Diócesis de Talca, designándome un Obispo Auxiliar de tan relevantes condiciones como las que adornará al nuevo electo.

Los cargos que muy contra mi natural deseo ocupó de Asesor General de la Acción Católica de Chile, Secretario Interamericano de A. C. y de segundo Vice-Presidente del CELAM, unidos a la labor siempre creciente de esta vasta diócesis, hicieron ver la necesidad de ser ayudado en esta tarea pastoral del gobierno diocesano, a fin de que tanto éste como los otros cargos pudieran ser debidamente atendidos.

En mi reciente visita a Roma consulté con la Santa Sede mi deseo de atender únicamente el gobierno diocesano de Talca, recibiendo la respuesta que se estimaba conveniente el que continuara en los otros cargos indicándome que el nombramiento de un Obispo Auxiliar sería una solución adecuada.

La Santa Sede ha procedido a nombrar en este cargo a un sacerdote lleno de las altas cualidades y virtudes como Obispo Auxiliar.

El Exmo. Mons. Piñera une a su juventud y energía la madurez de 41 años de edad. A su sólida preparación en las ciencias sagradas su amplia cultura universitaria y humanista. A su calidad de médico de las almas como sacerdote, su condición de doctor en medicina obtenido antes de su ingreso al Seminario.

Hizo sus estudios de humanidades en un Liceo de Francia, donde su familia residió por largos años y obtuvo ahí su título de Bachiller. Inició sus estudios de Medicina en la Universidad Católica de Chile, continuando hasta su terminación en la Universidad de Chile. Una vez recibido, y por mérito de sus altas notas, obtuvo una beca de estudios por un año en Ohio (U.S.A.). De regreso a Chile y después de haber ejercido su carrera brevemente, como ayudante de fisiología y médico internista, su vocación apostólica lo llevó al Seminario de Santiago. Ordenado sacerdote, ha trabajado con especial celo y competencia en la Universidad Ca-

(1) *D. M. Talca*, pág. 3.

tólica de Chile en la cual fue Vice-Rector junto al inolvidable Mons. Carlos Casanueva (2), en la Acción Católica, de la cual, entre otros cargos, fue Vice-Asesor General y en su abnegada labor social a través de su fundación en todo Chile del Hogar de la Empleada Doméstica. Por dondequiera que Mons. Piñera ha pasado ha dejado la huella de su trabajo y talento esclarecido, de su virtud profunda y de su celo incansable.

La Diócesis de Talca puede en verdad regocijarse de esta acertada elección y esperar grandes frutos de su labor apostólica en ella.

Para el que suscribe, después de veinte años de una labor episcopal ni fácil, ni leve, el nombramiento del Exmo. Mons. Piñera es un aliento poderoso para seguir ofreciendo las fuerzas que me restan a esta amada Diócesis y un nuevo título de gratitud y adhesión a su Santidad el Papa, que en esta forma nos muestra una vez más su paternal afecto y viva solicitud.

-
- (2) Casanueva Opazo Mons. Carlos. Sacerdote chileno, ordenado en 1900, después de haber hecho estudio de Leyes. Fue Director Espiritual del Seminario Pontificio de Santiago y en 1920 nombrado Rector de la Universidad Católica, cargo que desempeñó hasta su muerte; a ella llevó a Mons. Larraín. Conocido por su profundidad espiritual.



Consagrando a Mons. Piñera, junto a Santiago Bruron, Presidente entonces de la A.C. de Chile

Sacerdotes, Religiosos y Laicos

La mayoría de los escritos que dicen relación a sacerdotes son de carácter general: pastorales de espiritualidad sacerdotal, escritas las más de las veces al término de los Ejercicios Espirituales; libros escritos desde los primeros años de su ministerio, retiros espirituales. Todos éstos aparecerán en el 2º volumen, al tratar de "La espiritualidad del sacerdote".

Aquellas ocasiones en que habló a sacerdotes en particular, tales como Ordenaciones Sacerdotales o Primeras Misas son numerosas; sin embargo, sus escritos no se conservan.

Ello explica que sean pocos los escritos que transcribimos en esta sección.

Algo semejante vale para los religiosos y religiosas. El laicado y su espiritualidad es uno de los temas más tratados por Monseñor Larraín, como aparecerá en el 2º volumen de esta obra.

Ello le mereció ser distinguido como Asesor Nacional de la Acción Católica Chilena y permanecer en ella diez años. Le mereció, igualmente ser miembro de la Comisión respectiva en el Concilio.

Por ello, el escrito de sus primeros años de sacerdocio que transcribimos —el único que tiene sobre un laico en particular— tiene especial valor.

LA LECCION DEL ABATE MOLINA (1)
(12 - VI - 1940)

Señores:

El aniversario que hoy nos reúne tiene todo el atrayente interés de una lección y la sonora armonía de un poema.

Celebramos el segundo centenario del nacimiento de Juan Ignacio Molina (2), hijo ilustre de tierra talquina, sabio esclarecido de Chile, sacerdote apostólico de la Iglesia. Y estos tres títulos que adornan su frente se funden para nosotros en un solo sentimiento que los resume: la afectuosa admiración al que con su vida dejara una gloria más para este suelo, un acervo copioso de verdad y de bien para la historia.

Bella y noble lección la que nos ofrece la celebración de este centenario. Ella nos dice en primer lugar, que los ciudadanos de Talca comprenden que no se puede mirar firme el porvenir sin hincar las raíces en el pasado, que la vida de los pueblos no es ciega sucesión de hechos sino maravillosa continuidad de un plan eterno, que los hombres de hoy nos sentimos ligados a la profundidad de la historia y a la anchura de la Patria y que fieles a la consigna de estas grandes figuras nacionales, como la que hoy nos ocupa, queremos que nuestras vidas no lleven sólo la aprobación efímera de los que somos un minuto en el tiempo y un palmo en el espacio, sino que merezcan también la aprobación de nuestros muertos y de nuestras tradiciones, que es tanto como decir la aprobación de Chile, la bendición de Dios.

Esta conmemoración nos da en segundo lugar, la lección de la ciencia. Ella nos habla del valor de una vida que se consagra a las nobles disciplinas de la investigación y el saber. La naturaleza es al mismo tiempo, curiosa paradoja, libro abierto donde el hombre contempla la sabiduría del Creador y oscuro arcano al cual hay que arrancar con paciencia sus tesoros. Sólo la mente poderosa y organizada puede romper el duro secreto de esta esfinge. Pero para ello se requiere el amor de la verdad como antorcha y la constancia de una voluntad dispuesta a todos los sacrificios como sostén. Juan Ignacio Molina había comprendido hondamente el significado de la frase evangélica: "veritas liberavit vos", "la

(1) Trabajo leído en el Liceo de Talca.

(2) Molina Abate Ignacio. Cientista natural chileno del siglo XVIII. Jesuita. Expulsado del país con la Compañía, se estableció en Bolonia. En Europa da a conocer la realidad chilena.

verdad os hará libres" (3); su espíritu cristiano, su vocación religiosa lo hacía consagrarse al servicio de la verdad y esa verdad no sólo la buscaba en las altas disciplinas filosóficas y teológicas sino en la leve mariposa de nuestros prados, las aves de nuestros cielos y en la perfumada flor de nuestros montes. Peregrino infatigable del saber, iba arrancando a la naturaleza sus secretos, para así poder dar a sus hermanos el conocimiento de las creaturas junto con el del Creador, la ciencia de los seres pequeños de la tierra y la enseñanza de nuestro Padre y Señor que está en los cielos.

¡ Hermosa lección de un hombre que sabe de todas las inquietudes del espíritu! Noble lección de una existencia, que a pesar de mil sacrificios lucha por dar cumplida satisfacción a esas inquietudes. Bella lección de una vida que se consagra a dar a sus hermanos la verdad que ha arrancado con sus trabajos a la naturaleza y la que con su fe ha bebido en el seno de la divinidad.

Poco después de él, otro gran sabio y gran cristiano, Pasteur, pudo exclamar: "Feliz aquél que lleva en sí un ideal de belleza y él le obedece, ideal del arte, ideal de la ciencia, ideal de la patria, ideal de las virtudes del Evangelio"... Estas son las fuentes vivas de los grandes pensamientos y de las grandes acciones. Todas se iluminan con reflejos del infinito.

Ideal de ciencia iluminaba a Molina y por eso su vida entera no fue otra cosa sino el bravo luchar del hombre que quiere, día a día acrecentar sus conocimientos, no por la vana curiosidad del saber ni la pequeña ambición del aplauso, sino por el noble y cristiano afán de dar a sus hermanos lo que a través de largos sacrificios había logrado alcanzar.

Ideal de patria iluminaba al Abate, cuando con mirada de sabio y de poeta iba bebiendo el maravilloso encanto de sus tierras maulinas, ideal de patria, cuando el proscrito de Boloña quería con su obra dar a conocer a todo el mundo las riquezas naturales de la tierra donde se mecía su cuna. Ideal de Patria, señores, comprendiendo que a la patria se la sirve con la dedicación de una vida al servicio de los demás; esa fue su misión de sabio y de sacerdote.

Ideal de las virtudes del Evangelio, Molina no sólo es el sabio de quien la patria con razón se enorgullece, sino igualmente el apóstol denodado de Cristo, cuya mente se baña en la luz del Evangelio y su corazón se enciende en el supremo mandato de caridad del Maestro. Un ideal ardiente de fe llena su vida. Ella lo hace abrazar el sacerdocio, ella lo conduce a la familia espiritual de Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús, ella lo alienta en sus trabajos científicos, lo sostiene en sus pruebas, le da esa mirada amplia para escrutar la vida y ese amor apasionado del bien, de lo grande y de lo bello dentro de las normas inmutables de nuestra moral evangélica.

La Iglesia, con justa razón, reivindica también para sí la gloria de Molina. Ella ve en el sabio chileno la genuina expresión de su obra emi-

(3) *Jn.* 8, 32.

nementemente civilizadora en América. Como continuo acicate, el misionero siente el eco de la palabra de Cristo: "predicad el Evangelio a toda creatura" (4), que lo empuja y lo anima. Armado de su cruz penetra selvas y atraviesa continentes. Convierte, redime, civiliza y educa. Junto a la tosca capilla abre la escuela. Junto a la ciencia divina da la humana y a través de doctrinas, convictorios y universidades va poniendo en estas tierras las bases de nuestra cultura occidental.

Molina, el religioso jesuíta chileno, es un bello exponente de esa acción.

El es también un fiel continuador de esa pléyade de sacerdotes y monjes que han enriquecido los campos de la ciencia y del saber. De san Alberto Magno (5) que inventa la brújula y de Santiago de Petry que la aplica a la náutica, de Silvestre I (6), que inventa los relojes y rueda y de san Buenaventura (7) que descubre el principio de unidad de las fuerzas físicas. Del Venerable Beda (8) que explica las mareas y de los monjes Otón y Aduno que inventan el abecedario, de Guido de Arezzo que crea las siete notas musicales y de Magnan que inventa el microscopio, de Mendel con sus leyes de la herencia y de tantos otros que en cátedras y universidades, escuelas, y laboratorios cumplen la misión que Cristo les confiara de instruir y educar y muestran con su vida misma las admirables armonías de la ciencia y de la fe.

La Iglesia, en cuyo nombre hablo en estos instantes, celebra regocijada el centenario de uno de sus preclaros hijos, porque ve en esta vida una bella expresión de su pensamiento educacional. Educar en su concepto es formar, y formar en todos los ámbitos de la vida humana: intelectual y moral, científica y religiosa, individual y social. Es hacer al hombre consciente de todos los valores que en él residen, responsable de todos los problemas que en él se levantan y realizador de todos los deberes que ante su conciencia se ofrecen. Y en Juan Ignacio Molina, sacerdote y sabio, investigador y apóstol, religioso y patriota ve una acabada realización de ese concepto.

Una concepción cristiana del universo en la cual, en admirable armonía, se unen las victorias de la ciencia humana y los esplendores de la divina, la investigación afanosa de las verdades naturales y la inmutable permanencia de las reveladas, la belleza de las cosas vistas en su armónico conjunto, en su unidad y en su todo; he aquí la gran lección de Molina, el poema de su vida, el eco de cuyas estrofas hoy volvemos a través de dos siglos a escuchar.

(4) *Mt.* 28, 19.

(5) Magno San Alberto. Obispo dominico del siglo XIII. Científico, filósofo y teólogo, Dr. de la Iglesia, maestro de Sto. Tomás de Aquino.

(6) Silvestre I. Papa del 314-35.

(7) Buenaventura San. Teólogo escolástico medieval. 1221-74. Franciscano; llegó a ser Cardenal.

(8) Beda (el venerable) 673-735. Inglés. Benedictino. Obras exegéticas, históricas y comentarios.

Que especialmente a vosotros, jóvenes, os aproveche esta lección. Que las puras tradiciones de nuestra tierra y vuestros entusiasmos generosos de juventud os hagan colaborar con ciencia y con virtud a la creación de ese orden nuevo de verdadera paz y justicia que todos anhelamos.

Que seáis juventud con vuestras pupilas abiertas a las grandes ideas, con vuestro brazo fuerte para las grandes reconstrucciones, con amor al pasado para así hacer fecundo y grande el porvenir.

Molina con su ciencia y virtud, con su patriotismo y abnegación, con su obra de apóstol de Cristo y de la ciencia nos señaló la ruta de las puras grandezas de la patria.

Quiera el cielo que siempre sepamos seguirla.

P. ALBERTO HURTADO, S.J.: APOSTOL DE JESUCRISTO.
PREDICACION EN SUS FUNERALES (1)
(18-VIII-1952)

Eminentísimo Cardenal Primado, señores Ministros de Estado, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Exmos. Sres. Obispos, señores parlamentarios, señor Alcalde Santiago, Reverendo Padre Provincial de la Compañía de Jesús, señoras, señores:

Un gran silencio, entrecortado sólo por la plegaria, era el único elogio que el Padre Hurtado ambicionara. Un gran silencio donde esconder un gran dolor, hubiera sido también lo único que el amigo de toda una existencia en estos instantes deseara. Y sin embargo, es necesario hablar para destacar más allá de la muerte su figura de apóstol. Hablar para escuchar más allá de los lindes del tiempo su impercedera lección.

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, "lapides clamabunt", las piedras clamarían.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Y sin embargo, cuán difícil, por no decir imposible, es el encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del Padre Alberto Hurtado.

¿Cómo vamos siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos pálidamen-

(1) Oración fúnebre pronunciada en la Iglesia de S. Ignacio en la Misa fúnebre del P. Hurtado, publicado por la imprenta San José, 1952.

te, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras humanas el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo san Pablo se designa "Apostolus Jesu Christi", Apóstol de Jesucristo. En ella se encierra la rica y breve vida del Padre Hurtado en la tierra. Ella constituye en la muerte su mejor elogio, así como también ella es ya su corona en la eternidad. "Apostolus Gloria Christi", el Apóstol es gloria de Cristo.

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados, que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

El Apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira.

Por eso hay también en el apóstol genuino los rasgos de un profeta.

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, el Apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios.

Mientras "la fascinación de la bagatela" (*fascinatio nugacitatis*) oscurece los bienes, el Apóstol abre las perspectivas infinitas del reino del espíritu.

Mientras las convenciones, el egoísmo y los prejuicios humanos encadenan, el Apóstol hace resonar oportuna e inoportuna la verdad de Dios, que libera.



*Manuel Larrain y Alberto Hurtado,
alumnos de S. Ignacio y amigos de
toda una vida*

Mientras la codicia pone sed de oro, la sensualidad de goce, y la ambición de gloria vana, el Apóstol señala las fuentes de aguas vivas que saltan hacia la vida eterna.

Mientras los hombres tratan de empequeñecer y apropiarse del mensaje evangélico, el Apóstol reivindica "el verbum Dei non est alligatum", no se puede amarrar con lazos de carne la palabra de Dios. Por eso, el Apóstol no siempre es comprendido, y mientras recoge todas las angustias humanas de su época, experimenta al mismo tiempo el sentido de su soledad.

Pero el Apóstol es sobre todo el hombre del amor; el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón. El Apóstol es el hombre que bajo el amor del Padre de los cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El Apóstol es un cáliz que rebasa caridad.

Y esa fue la vida del Padre Alberto Hurtado.

Para comprenderla, debemos remontarnos a sus raíces y sobre su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana, ni las graves dificultades económicas pudieron en esa mujer fuerte apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido de su deber social.

Fue junto a ella, en su labor en el Patronato de San Antonio, donde el Padre Hurtado comenzó a comprender el terrible peso del mandamiento supremo: "Y amarás al prójimo como a ti mismo, por amor de Dios". Fue en esa escuela donde el Apóstol de mañana halló el sentido del pobre, que iluminó más tarde su vida.

Ella lo acompañó en su adolescencia y lo orientó en la vida. Ella lo cedió generosa cuando el Señor lo solicitó. Cumplida su misión de madre cristiana y formadora del Apóstol, ella lo precedió en la peregrinación eterna.

Y el Padre Hurtado pagó con esa fidelidad tan suya el sentido apostólico que su madre le imprimiera.

Frente a su lecho de enfermo, dos fotografías acompañaron su postrera inmolación: la de la Madre del Cielo, en su cuadro que adorna este altar, la Virgen de nuestra infancia y de nuestra Primera Comunión, y la de su Madre de la tierra, que le enseñara a amar a la del cielo.

Apóstol lo fue desde su juventud. Era un niño de catorce años y ya sentía el llamado de la miseria espiritual y material de los suburbios del Santiago de entonces. Patronato de San José, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente, sabía de un joven que comenzaba a mirar la vida a la luz del dolor de sus hermanos, y cuya línea de felicidad pasaba por donde está el mayor sufrimiento de los demás.

Cuando la hora de las inquietudes del adolescente llega, cuando ante la mente del joven se diseña la pregunta decisiva: ¿qué orientación dar a su vida?, la respuesta generosa de Alberto Hurtado está ya dada: será sacerdote, para así consagrarse a sus hermanos; y su ideal apostólico se encauzará en el ideal de la Compañía de Jesús.

Pero el Señor, quiere que esta vocación se pruebe. Su madre necesita de su ayuda y el ideal de la vida religiosa parece aún lejano. No importa; será Apóstol en el ambiente donde Dios lo retiene. Aulas de Derecho de la Universidad Católica, ambiente del Regimiento Yungay, donde cumple su servicio militar, círculos y actividades de la inolvidable ANEC, Congregación Mariana de San Ignacio, verán al joven tan alegre en su sonrisa, tan viril en su piedad, tan ejemplar en sus actitudes, que sólo Dios y nuestra generación sabemos lo que representó en nuestra vida de muchachos el ejemplo íntegro, el consejo prudente, la vibración apostólica de Alberto Hurtado.

Yo sé que en estos momentos, muchos de esos viejos compañeros y amigos escuchan estas palabras, y con los ojos velados ven a través de los años, como un signo de luz, la figura ejemplar del amigo ido.

La mano de la Providencia ha permitido que sus sueños apostólicos comiencen a verse realizados. Y un 14 de agosto de 1923 marcha al Noviciado de la Compañía en Chillán.

Años largos y difíciles. Lejanía en la patria. Nostalgia cariñosa de la Madre buena que allá lo espera. Córdoba, de Argentina, Barcelona, Lovaina, todo eso no es sino un estímulo que espolea más fuertemente el corazón que allí se forja.

Esos doce años de plegaria y de estudio, de disciplina fuerte y de hondo anhelar, tienen para el Padre un solo nombre y un solo significado: "el Crisol donde se forja un Apóstol".

Y fue hace cinco años cuando personalmente recogí del que fuera su Superior en Lovaina y hoy Reverendísimo Padre General de la Compañía, este testimonio simple y grande: "En mis largos años de Superior, no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado".

Y el momento tantas veces anhelado, llegó por fin.

El Apóstol viene a dar en plenitud lo que llena su alma. Y de esa múltiple labor todos, en una forma u otra, hemos sido los testigos.

¿Quién podrá resumirla y quién podrá contarla?

Dante al hablar de Francisco de Asís, sólo pudo decir: "in cui mirabil vita meglio in gloria del ciel si canterebbe" (2).

También del Padre Hurtado podemos exclamar algo semejante.

Dieciséis años de labor apostólica que abarca todos los campos, que llena todo Chile y trasciende sus fronteras, y que tiene, como inmediatamente diremos, el sentido de una impercedera lección y de un urgente llamado.

Dieciséis años. Cifra tan corta en número y tan rica en contenido.

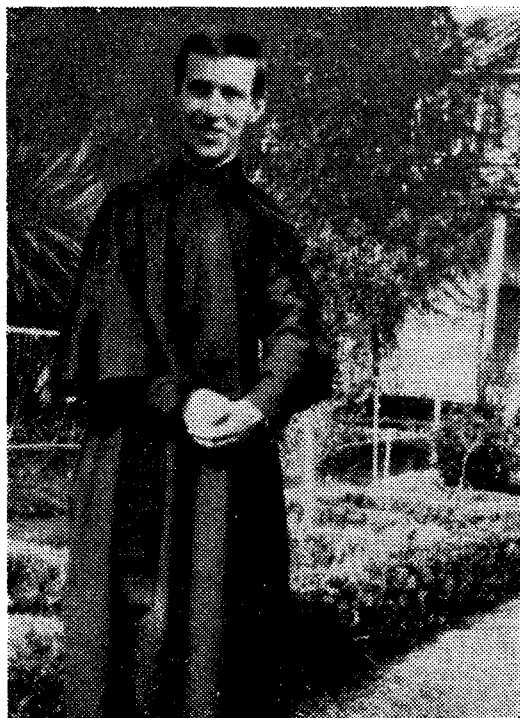
Ella nos entrega la fórmula que condensa su vida:

"Apostolus Jesu Christi", Apóstol de Jesucristo.

Ante esa vida nos detenemos hoy a meditar.

La primera lección que ahí encontramos es el sano realismo que la fundamenta.

(2) tr.: "su vida maravillosa mejor sería cantada en la gloria del cielo".



*Alberto Hurtado, de novicio.
Foto enviada por su madre a
su amigo Manuel Larraín*

El sabe que es portador de un mensaje eterno que hay que entregar en el tiempo. Dispensador de una divina vida que hay que dar a conocer en ese tiempo y a esos hombres.

El Padre ha meditado muchas veces la palabra de Jesús en S. Mateo:

“Se le acercaron los fariseos y seduceos para tentarle y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. El, respondiéndoles, les dijo: Por la tarde decís, hará buen tiempo, si el cielo está arrebolado y a la mañana, hoy habrá tempestad, si en el cielo hay un rojo arrebolado y no sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos”.

Y no quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de “no saber discernir las señales de los tiempos nuevos”. Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto su ideal. Y que para ello se penetrara de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentará al hecho de nuestra paganización creciente y sacará de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su deber apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro: *¿Es Chile un país católico?* El título y la tesis tienen que chocar. Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística. Es tan fácil excusarse de la acción profunda, diciendo: Chile es un país católico. Es tan cómodo abandonar los problemas vitales de la Iglesia que exigen sacrificio constante y reemplazarlos por unas cuantas manifestaciones bullangueras. Pero el Apóstol de verdad, ha sido puesto como “dardo

agudo" que se clava en las carnes dormidas, como vigía que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche. Y pese a las incomprendiones y a las críticas, el libro quedó como una interrogante angustiosa que golpea, urgiendo las conciencias cristianas: "¿Es Chile un país católico?"

Si un gran examen de conciencia comienza hoy a hacerse entre los católicos chilenos, si la distinción entre lo vital y lo aparentemente cristiano va penetrando en muchos espíritus, si la necesidad de una acción profunda que nace de una vida íntegramente vivida se hace sentir más fuertemente, si en una palabra, nuestra acción se basa en realidades, que no por amargas, dejan de ser realidades, tendremos en el futuro que señalar, la audacia de un Apóstol, que con magnífica libertad dijo fuerte lo que su mente veía y supo de esa misma realidad sacar las normas de la acción.

El libro del Padre Hurtado marca una etapa decisiva en la historia de nuestro apostolado chileno.

Y porque era realista su mirada debió dirigirse hacia las necesidades vitales y primordiales de la Iglesia: las vocaciones.

Una Iglesia que no da el número de vocaciones sacerdotales y religiosas que requiere, está enferma en sus raíces.

El avanzar cristiano es eterno y si faltan los órganos generadores de esa vida, esa Iglesia está fatalmente condenada a decaer.

Y él supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles.

Como el poeta de la antigüedad clásica, el Padre Hurtado puede su célebre verso: "sicut cursores, vitae lampades trahunt". "Como corredores que se transmiten las lámparas de la vida".

—"El Padre Hurtado pesca vocaciones", decían aquellos padres y madres temerosos, que en su mezquindad egoísta, niegan sus hijos al llamado de Dios. Y no comprendían que esas vocaciones nacían al contacto del alma inflamada de un Apóstol y eran la realización en el tiempo de la eterna palabra de Jesús: "he venido a traer fuego a la tierra y ¿qué otra cosa quiero sino que se abraze?"

El Noviciado de Loyola dirá, en su realización material, en el número de sus novicios y en el espíritu que lo alienta, de lo que es capaz un alma, que sabe como el Fundador de su Orden repetir "preferir la gloria de Dios a todas las cosas".

Y su alma grande, no se encerrará tampoco en los marcos de su familia espiritual y sabrá dar vocaciones a los demás Seminarios Diocesanos y Religiosos.

Hace apenas cuatro días ofrecía sus dolores con un "qué bueno eres, Señor" por las vocaciones del Seminario de Santiago.

Y la mirada del Apóstol seguía, al imperio de la enseñanza divina, contemplando los campos donde blanquea la mies.

Y vio a la juventud con sus anhelos e inquietudes, con sus flaquezas y desmayos y como su Maestro "intuitus dilexit", lo miró hondo y lo amó.

A través de Chile entero la juventud sintió la mano firme de un

timonel que le decía avanza mar adentro y en su Asesor Nacional vio al Jefe que aguardaba.

Sobre todas las dificultades les enseñó la lección que forma el corazón del joven: la generosidad.

Los quería fuertemente hombres y profundamente cristianos. Inquietos a todas las angustias y prontos a toda donación. Mirada abierta, frente alta, mano que sabe darse con sinceridad, sonrisa fresca en los labios y sobre todo, auténtico sentido cristiano de su misión.

Para ello tuvo una sola pedagogía y un sólo secreto: amar y servir.

Quizás no siempre se ha reparado en el hondo significado de su característico saludo familiar: "¿qué hay, patroncito"? Y estaban equivocados. El "patroncito" no era él, eran precisamente los otros, porque como Jesús "el no había venido a ser servido sino a servir".

Han pasado ya ocho años que dejara su cargo de Asesor Nacional de jóvenes, pero sobre el tiempo sigue su figura íntimamente unida al destino de nuestra juventud.

Los jóvenes de ayer ya son hombres. Sobre sus vidas maduras comienza a caer "el peso del día y del calor", pero en sus ojos sigue reflejándose el fulgor que el Asesor de entonces pusiera y sigue resonando el grito de las eternas ascenciones, "excelsior", más arriba.

Pero el Sacerdote es antes que todo el "pontífice que puede condolerse de los que ignoran y yerran porque también está circundando de miseria y debilidad". Y por eso es juez y médico de las conciencias enfermas, amigo inseparable, que quizás se olvida en los momentos de dicha, pero al cual siempre se acude en los instantes de dolor. Y eso fue el Padre Hurtado. Nadie puede decir su acción callada en esos problemas silenciosos, que sólo a Dios y a sus Ministros se descubren. Los que de cerca y de lejos se congregan junto a sus despojos, los que con un nudo muy fuerte en la garganta, apenas pueden modular una oración, sienten que en el Padre han perdido un médico que sanaba sus llagas, un consejero que recibía sus confidencias y orientaba, un amigo que "supo hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo".

El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es.

Con su realismo de Apóstol genuino, vio lo que S.S. Pío XI llamara "el gran escándalo del siglo XX; los obreros alejados de su Madre la Iglesia" y con otro gran Apóstol moderno, sintió "que la Iglesia sin la glase obrera no es la Iglesia de Cristo". Y a sanar esta gran llaga se dio por entero en esa su trascendente y vasta misión social. Le dio su mente y fruto de ella fueron sus obras de sociología, que sirvieron para recordar los grandes postulados sociales de la Iglesia y a urgir a los católicos su aplicación.

Qué claro aparece en sus escritos la posición del católico; el cristiano no puede optar entre dos materialismos, sino abrazar plena, íntegra y totalmente la doctrina que la Iglesia le ha señalado con carácter de estricta obligación.

Le dio sus energías, y sus últimas palabras fueron para ofrecer el holocausto de su vida por el Hogar y la ASICH.

Le dio, sobre todo su corazón. El Padre Hurtado vio cumplidas en él las palabras del Salmista: "Beatus qui intelligit super egenum et pauperem" (3), tuvo como pocos el sentido del pobre.

Sobre la Capital de la República hay un terrible escenario que abofetea nuestro rostro de chilenos y cristianos: los hombres sin techo, las viviendas inhumanas, las multitudes que no tienen "el espacio vital para que se desarrolle una familia", los hijos de Dios que no gozan de aquel minimum de bienestar humano que el Angélico señala como requisito indispensable a la práctica de la virtud.

Qué fácil es arrojar unas cuantas frases hechas, como se pega un cartelón sobre su muro, para calmar nuestra conciencia que grita, qué fácil es decir: vicio, incultura, no se logra nada, como si con esas palabras sacudiéramos nuestra responsabilidad social.

El Padre Hurtado sintió esa lacra y enfrentó esa responsabilidad.

Amaneceres escarchados de un invierno santiaguino; los prados blanquean al llegar el día y en los quicios de las puertas o sobre un banco de nuestros jardines, duermen, peor que animales, hermanos de nuestra raza e hijos de un mismo Padre celestial.

La prensa lacónicamente informa en sus hechos policiales: Ayer fueron hallados muertos por el frío, tres, cuatro, seis personas".

El corazón del Padre Hurtado no puede más. Callar sería complicidad. Y habla con su palabra de fuego que remueve. Muchos han comprendido. Una señora ha llegado esa tarde trayendo la única joya que le queda: el Hogar de Cristo ha nacido...

Y como el grano de mostaza de la Evangélica parábola, crece para dar techo, comida y sobre todo amor, a tantos que sólo han tenido por hogar el lecho del río, por pan el infortunio y por única familia, la orfandad.

Cuando en el siglo III el Diácono Lorenzo oyó, en la persecución, decir al Juez: "Entrégame los tesoros de la Iglesia".

He aquí, señores, lo que, en la Tierra primero y desde el Cielo ahora, nos dice el Padre Hurtado, señalándonos el Hogar de Cristo: "Aquí están los tesoros de la Iglesia".

Qué gran lección nos entrega.

El sentido del pobre. En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros aterrados cubrió la desnudez de Jesús.

Y hace dos días, me atrevo a decirlo con íntima certeza, allá en los cielos resonó con especial acento, la voz del Juez Supremo que dictaba su sentencia de eternidad:

"Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino que te tenía preparado. Era peregrino sin techo y me recibiste. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo y me visitaste. Hambriento y me diste de comer. Tuviste el sentido del pobre. Lo que hiciste a uno de esos desvalidos, me lo hiciste a Mí. Entra en el gozo de tu Señor".

(3) tr.: "feliz el que comprende al necesitado y al pobre".

Pero el Hogar de Cristo no contenta las ansias apostólicas del Padre. Hay que dar casa permanente a las familias. Y la Cooperativa de Edificación surge con este fin. Si su acción es limitada, tiene un alcance más vasto: despertar nuestra conciencia social en este pavoroso problema de la habitación. El Apóstol se revela no sólo en lo que crea sino en las proyecciones que su misma creación produce.

Junto a su lecho de enfermo, llega la Primera Dama de la República, cuyo gesto maternal, dando a nuestro pueblo el hogar que imperiosamente necesita, recogerá la historia y el Padre Hurtado le sonrío, prometiendo bendecir, desde el Cielo, esa obra.

Ella sabe cómo el Padre alentó su obra y cómo, fiel a su promesa, continuará, desde arriba, protegiéndola.

Pero la "sensibilidad social" de que nos habla el Pontífice actual a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia, no es caridad.

El obrero y el empleado necesitan ser defendidos en sus derechos y amparados en sus justas reivindicaciones. Y para ello, en las condiciones actuales, ha de ir imprescindiblemente al sindicato.

El Padre Hurtado comprendió toda la trascendencia de la acción sindical y la necesidad de preparar para ella a sus dirigentes, y fruto de su visión y de su energía, nació la ASICH.

Para ella estuvieron hasta el final sus mejores actividades y desvelos. Para ellos escribió su obra "*Sindicalismo*". Ella fue en su visión de Apóstol, el medio de esa redención proletaria, que Pío XI señala como meta de nuestra actividad social.

Pero más que la ASICH, el Hogar de Cristo, la Cooperativa de Edificación, está el llamado que esas obras encierran. Ha dicho Lacordaire que "es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella".

El gran corazón del Padre Hurtado nos deja este imperativo llamado: nuestro deber social.

El católico tiene una misión social que cumplir. El tomar conciencia de las exigencias sociales del Cristianismo, es dar a nuestra fe su expresión plena y perfecta. Seguir a la Iglesia y no seguir con lealtad plena, con integridad máxima, con sinceridad generosa su enseñanza social, es como pretender separar a Cristo de su Evangelio.

Podrán las obras que él fundara morir en el transcurso de los años, como muere y perece todo lo humano, pero un "monumento más perenne que el bronce" "aere perennis", proyectará en el tiempo el gran llamado a nuestro deber social que el Padre Hurtado nos dejara.

Como genuino Apóstol, no le faltó en esa tarea el sello inconfundible de la Cruz. Fue una más que se sumó a los que en la implantación de estas doctrinas han debido probar entre nosotros el acíbar de la crítica y la hiel de la incomprensión.

Ni utopía de soñador ni exaltación de avanzado, ni odio de amargura inspiraban su firme posición y su tajante palabra. Porque no es utopía lo que está en la raíz del alma humana, ni amargura lo que tiene como savia vivificante, el mandato supremo de la Caridad.

Y por eso fue valiente en la posición adoptada.

Ser testimonio de una doctrina, no ceder ante el temor ni ante el halago, no claudicar en una posición muchas veces incomprendida, no desviar esa misma doctrina de la dirección rectilínea que debe seguir no es cosa fácil; para ello se requiere esa fortaleza que nace de la convicción profunda, esa serenidad que sabe que Dios y el tiempo hacen justicia, esa visión de serenidad que da a los hombres y problemas su verdadero valor.

Ese es el legado que el Padre Hurtado nos deja y la huella que trataremos de seguir.

Y ahora, señores, una pregunta tan sólo ¿de dónde sacaba el Padre Hurtado las energías extraordinarias de su acción?

Y a esta pregunta una respuesta. Junto a sus cualidades destacadas de hombre, el Padre Hurtado sumaba la fuerza incontrastable de una eminente virtud.

Religioso en el pleno y amplio sentido de la palabra, amó a la Compañía y en ella a la Iglesia con toda la vehemencia y la pasión de su corazón generoso.

Forjado en el rico molde ignaciano, centró su vida en la ofrenda total que san Ignacio pone al final de sus Ejercicios.

Si se me pidiese una síntesis de la espiritualidad del Padre que explicara todos y cada uno de los actos de su vida, sin duda yo la encerraría en el llamado del Rey Temporal a seguirlo y en la ofrenda con que el alma responde al amor apremiante de Dios.

“Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad todo entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta”.

Apóstol de Jesucristo, todo lo ofrendó y su vida fue una perpetua oblación: “Tomad, Señor, y recibid”.

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consumó el holocausto de su vida. “Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta”.

Nos deja como a cristianos, un luminoso ejemplo.

Pero nos deja, como a hombres, un inmenso vacío.

Por eso, a pesar del “fiat”, muchas veces repetido, las lágrimas nos traicionan.

Por eso en estos días, como un escalofrío, ha recorrido de norte a sur de la República, la frase, que más que pronunciarse, se solloza: el Padre Hurtado ha muerto.

Y la frase resuena en el fondo de la mina oscura, a donde su palabra, como un mensaje de esperanza, penetró. Y sopla como el puelche helado en nuestros caseríos campestres que escucharon, con la sencillez del campesino, el eco de su palabra evangélica. Y vibra sobre nuestras pampas calicheras, donde el nortino, hecho esfuerzo y empuje, comprendió la buena nueva divina que, en palabras tan humanas, este Apóstol obrero le traía. Y cae, como la lluvia de invierno sobre los techos de fo-

nolita de nuestras poblaciones callampas para repetir como un gran gemido: el Padre Hurtado ha muerto.

Y el pobre angustiado en su tugurio siente que un gran amigo se le ha ido. Y bajo los puentes del Mapocho, el huérfano sabe que ya no existe el que quiso reintegrar su vida de vago a la sociedad. Y sobre el féretro, en un desfile continuo ha ido cayendo como una oración, el llanto de los humildes y la plegaria de los que por él supieron del aproximarse a Dios.

Para el que no tuvo más reposo en su agitada vida que la enfermedad y la muerte, ya ha resonado el "descanse en paz" de la Iglesia. Y entre los que amó con predilección, va a dormir su eterno sueño.

Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó a los pobres y a los humildes, y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida.

"Tomad, Señor, y recibid".

Pero no podemos llorar como los que no tienen esperanzas. El ya habita el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Fue su alma ardiente como llama; resplandezca como luz.

"No busquemos a un vivo entre los muertos". Imploramos su valiosa intercesión.

Y mientras el corazón sangra, la plegaria sube.

"Tú, Señor, nos lo diste. A ti también te lo entregamos".

Cíñele la corona de justicia que has prometido a los que saben pelear el buen combate por tu Nombre.

Y a nosotros y a mí, ante quien llegó arrastrándose en su enfermedad, para dar su última predicación, danos el consuelo y la fuerza, en su ausencia, para poder, con voz entera, repetir la palabra del poeta de los grandes infortunios de la vida:

"Dominus dedit, Dominus abstulit. Sicut Domino placuit, ita factum est. Sit Nomen Domini benedictum".

El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Como al Señor le plugo, así fue hecho. Sea bendito el nombre del Señor.

ORDENACION DE 11 SACERDOTES CHILENOS EN FRIBURGO
(SUIZA) (1)
(16-VII-1961)

Esta ordenación no es sino una etapa más en el movimiento apostólico de la Iglesia, en el caminar de Cristo en la historia y en el avanzar del Reino de Dios en el tiempo, en el crecer del Cuerpo Místico de Cristo hacia su plenitud.

Y precisamente es esto lo que significa la ordenación de los nuevos sacerdotes: es la sucesión apostólica, que se continúa a través de los Obispos, y que va dándole a los ministros la misma misión que recibieron aquellos a quienes ha dicho "euntes in mundo universo", "id en el mundo universo y predicad el Evangelio a toda creatura".

En estos instantes, creo que nosotros vivimos esta doble medida del sacerdote, esta medida hacia Dios y esta medida hacia los hombres.

La medida hacia Dios, para dar lo que el hombre siempre busca, lo que la humanidad siempre anhela, que es la verdad y la vida. En el fondo de todos los movimientos de la historia, aún en aquellos que a veces se desvían hay, sin embargo, una búsqueda de verdad y de vida, y Cristo llega a decirnos "Yo Soy la Verdad, Yo Soy la Vida", y viene a decirle a los sacerdotes que ellos deben dar esa verdad y distribuir esa vida.

Con las palabras mismas, con que el Santo Padre Juan XXIII hablaba en la última alocución de Navidad, yo les digo a los nuevos sacerdotes que amen la verdad, que digan la verdad, que defiendan la verdad, y que hagan la verdad. Porque creo que lo que el mundo más necesita de uno, es la verdad porque solamente la verdad nos hace libres, al decir del Evangelio, pero esta verdad, debe llevarnos hacia la vida, la vida que es Cristo y esas manos que esta mañana hemos ungido, son manos distribuidoras de vida, son manos que bendicen, son manos que perdonan, son manos que acompañan, son manos que conducen al hombre hacia Dios. Esta medida de don del sacerdote hacia Dios es lo que vivimos nosotros en estos instantes.

(1) Los sacerdotes ordenados en esta fecha fueron: Francisco José Cox (actual Obispo de Chillán), Ignacio Cruz, Patricio González, Jaime Fernández, Rafael Fernández, Francisco Javier Errázuriz (actual General de la Comunidad de Schönstatt), Pedro Gutiérrez, Germán Pumpin, Joaquín Alliende, Marcial Parada, Manuel Camilo Vial.
Este discurso está tomado de una cinta magnetofónica, facilitada por el Padre Ignacio Cruz.



Junto a los 11 sacerdotes recién ordenados

Pero el sacerdote siendo el “hombre de Dios”, aquel “homo Dei” de que habla san Pablo, es también el hombre de los hombres, es el que se ha consagrado íntegramente a sus hermanos, es el que siente que ninguna angustia, ningún problema le es extraño; por eso vive en toda su hondura y en toda su extensión el drama del mundo para llevarlo hacia Dios. Hombre de los hombres, para que así nos dé el sentido auténtico del hombre, el sentido auténtico de la vida, el sentido auténtico de todas las cosas temporales, el sentido hondo de la existencia.

Eso es lo que nos anima en estos instantes, y por eso hay alegría profunda en todos nosotros: en los chilenos, porque sabemos que en las incertidumbres y problemas de nuestra patria, hay siempre una aurora, y esa aurora nos llega siempre por María. Hoy 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, nosotros sentimos de una manera especial a nuestra patria, y son precisamente estos nuevos sacerdotes, nacidos y crecidos en el regazo de la “Mater” donde nosotros los sentimos ahora verdaderamente como aurora en la noche.

Y sepan todos los hermanos que aquí nos rodean, que desgraciadamente hay muchos que no comprenden mis palabras, sin embargo hay también esa íntima alegría en el sentir católico, en el sentir universal, en el sentir de la Iglesia, que es el verdadero sentir cristiano.

Por eso yo termino deseándoles a estos queridos —no digo ya sacerdotes— los voy a llamar con toda propiedad, con más propiedad que nadie hijos, porque hoy los he engendrado a Cristo en el sacerdocio de Cristo.

Pocas veces, puedo decir, que un obispo vive en forma más honda la grandeza de la plenitud del sacerdocio, que cuando engendra a otros a la vida sacerdotal. A estos hijos yo les deseo, solamente un ministerio siempre auténtico e integral. Se los digo en síntesis; auténticamente un sacerdocio que siempre busque a Dios y que siempre busque a los hombres; que esté siempre orientado en esta doble medida del sacerdocio: en esta medida vertical hacia Dios, para levantar un mundo hacia El y esta medida horizontal hacia los hombres para darnos a nuestros hermanos y conducirlos a Cristo. Ese es el sentido profundo del sacerdocio; eso es lo que les auguro a ellos y por eso creo que no hay un ser que en estos instantes dé toda la alegría de la Iglesia, dé la alegría de la congregación Palotina, dé la alegría de nuestro Chile, que ve nacer a estos nuevos sacerdotes, para bien de las almas, para bien de la Iglesia, y para que siempre entre nosotros haya ese reino de Cristo, en el amor de Cristo, en la Justicia de Cristo, que es lo que engendra la verdadera Paz.

PIER GIORGIO FRASSATI (1)
(IX-1924)

*Al Centro de Acción Católica de esta Universidad, para que en sus breves páginas conozcan la figura de quien como ellos comprendió y vivió las grandezas del apostolado cristiano.
Con sincero afecto dedica*

EL AUTOR.

Universitario católico

En el paisaje maravilloso del valle de Aosta, en medio de ese cuadro lleno de majestad de la región alpina, dentro de la tranquila paz del camposanto de Pollone, hay una tumba siempre cubierta de frescas flores y alrededor de la cual se ve a menudo congregados, centenares de jóvenes que de toda Italia vienen a buscar en ese sitio una palabra de aliento y una lección de vida. Bajo la enorme cruz de piedra se extiende una lápida y sobre ella grabadas estas sencillas palabras que las falanges de jóvenes que ahí llegan leen y meditan en religioso silencio:

PIER GIORGIO FRASSATI

6 de abril de 1901

4 de julio de 1925

(1) Los datos principales de esta biografía han sido tomados de la espléndida obra escrita por el Director Espiritual de Frassati, Padre Cojazzi. Sacerdote Salesiano de Turín.

“A los veinticuatro años —al doctorarse de ingeniero— bello, robusto, alegre, amado — vio de improviso el último día — y como siempre — lo saludó sereno — cual el día más bello. Confesó la fe con pureza de vida y caridad de obras, la muerte lo levantó como bandera viviente de juventud cristiana”.

Y como resumiendo toda la idea que las breves palabras de esa lápida expresan, la frase del Evangelio:

“¿Por qué buscáis a un vivo entre los muertos?” (2).

En realidad, cuando el 7 de julio de 1925, la ciudad entera de Turín acompañaba los restos de un joven estudiante de ingeniería, comenzó a verse verificada la paradójal pero cristiana idea que “morir es comenzar a vivir”.

Cuando el cortejo atravesó las calles y se vio el simple ataúd llevado en hombros por sus amigos, su paso semejó la apoteosis de un triunfador. Cuando las lágrimas se secaban para trocarse en una fuerza nueva que se sentía nacer en los corazones y cuando de todos los labios brotaba la misma frase “era un santo”, el nombre de Frassati conocido hasta entonces del grupo de sus amigos y protegidos comenzaba a crecer como una figura viviente que debía proyectarse sobre toda la juventud católica de su tiempo.

Y cuando en medio del religioso silencio del cortejo se vio avanzar abriéndose calle a un pobre viejo ciego que con trémulo paso llegó hasta el féretro con su mano alzada ansiosa de tocarlo, cuando después de tocar el ataúd como si aquella mano hubiese quedado consagrada se le vio hacer el signo de la cruz, entonces la multitud comprendió que en la escuela del servicio de los pobres era donde Pier Giorgio había aprendido las lecciones que en el momento de su muerte lo constituían en verdadero maestro de vida cristiana.

Y de todo ese dolor que embargaba a una ciudad entera, mezcla de admiración y ternura, brotaba una enseñanza que un testigo ocular así expresaba:

“Ciertas muertes suceden para bien de todos. El tenía una misión que cumplir. La misión cristiana es alegría y tragedia; él ha muerto para cumplirla por entero. Aquella vida de pureza y bondad queda como ejemplo y aliento y así viven los jóvenes que lo ponen ante su vista. Ha muerto para vivir y hacer vivir”.

En estas breves líneas quiero hacerlo vivir ante nuestra juventud universitaria, porque sé que el contacto con su figura, aunque presentada a través de mal hilvanados rasgos, traerá a los corazones un soplo vivificante de fe y entusiasmo, como descende de las alturas la suave brisa que refresca los campos.

* * *

(2) *Lc.* 24, 5

Al oír el nombre de Pier Giorgio Frassati aclamado como santo por las muchedumbres que lo acompañaban a su última morada, podrá más de alguno imaginar una vida retirada del mundo, llena de extraordinarios hechos, buena si se quiere para suscitar la admiración, pero difícil, por no decir imposible, de lograr su imitación, y al contemplar en cambio, una vida sencilla y alegre de universitario cuyas horas se alternan entre el estudio y la amistad, la sana alegría de una juventud pura y la tierna compasión con que va en busca de los que sufren, las horas serias en que se prepara a la vida en el trabajo por modelar su espíritu y las horas llenas de intrepidez y entusiasmo en que escala las cimas y vetas de los Alpes; cuando se contempla digo, a un muchacho bullicioso y alegre, con su pipa en la boca y su carcajada en los labios, se queda más de alguno admirado, hasta si se quiere desilusionado, del modelo que va a presentarse a su vista. Y justamente porque se encuentra tan a nuestro alcance es atrayente su figura, porque su vida fue la ordinaria vida de un universitario pero iluminada toda ella por una luz de fe y caridad, es que los estudiantes italianos primero, los de diversos países después, han levantado su figura como enseña y estandarte que en todo instante nos recuerda la suprema cima a que el ideal cristiano nos empuja y alienta.

“Yo tenía, dice uno de sus íntimos, una idea infantil de la santidad. Me la había figurado como la cualidad de un ser fuera de la humanidad, digna de admiración pero imposible de imitación. Cuando regresé a casa después de su funeral, casi deslumbrado por una súbita luz interior, dije dentro de mí: ¡he aquí el santo! E inmediatamente recordé los años pasados a su lado y me pregunté ¿lo he visto alguna vez tratar mal a un compañero?, ¿ser descortés con una persona cualquiera?, ¿lo he oído jamás decir una palabra menos correcta? Y me respondía: ¡Nunca! —y evocaba nuestras conversaciones, la paz que ellas me dejaban en el corazón, la fuerza que infundían a mi débil voluntad”...

* * *

Brevemente, tanto cuanto puede hacerse en el corto espacio de un artículo, señalaré en Frassati al hijo de familia, al estudiante, al amigo y al cristiano.

El 6 de abril de 1901, nació en Turin, contándose su padre entre las personalidades más destacadas de Piamonte, senador del reino, propietario y director de uno de los principales periódicos italianos, *La Stampa*, y más tarde Embajador en Berlín.

De su familia heredó los rasgos más notables de su carácter: la fortaleza de su voluntad, la rectitud de su conciencia. Educado en un sano realismo, aprendió de sus padres a huir de aquello que un escritor ha justamente llamado la *retórica de la vida* o sea la disconformidad entre nuestro sentir y nuestra palabra, el disimular bajo convenciones sociales nuestras apreciaciones y nuestros juicios.

Enemigo de toda apariencias, fue habituado a manifestar siempre sus ideas y convicciones y a mirar las cosas y los hombres cara a cara, para saberlos apreciar no en lo que aparecen sino en lo que son. De ahí

su convicción profunda que la vida se mide por los hechos, no por los propósitos, anhelos o teorías, que el sentimiento es vacío si no se transforma en acción. De ahí también ese culto por el deber que puede decirse era la línea invariable de su vida.

Como la región de donde provenía su familia, “il Biellese”, Pier Giorgio tenía en su carácter la dureza de esas rocas, la austera sencillez de esas montañas.

Comprendía y vivía el significado de esa palabra latina que designa el hombre, *Vir*, la fuerza en ejercicio. Esa hombría que no es la torpe desvergüenza del libertino, ni la provocadora insolencia del matón, sino la tranquila y serena posesión de la fuerza puesta al servicio del deber.

Sobre esa formación natural, vino a agregarse la de una sólida educación cristiana ya que la gracia divina no destruye la naturaleza sino la perfecciona. La madre no tan sólo cuidó de enseñarle las verdades religiosas que orientan la vida, sino a modelar su corazón en la práctica de esas mismas enseñanzas. Bien sabía que el cristianismo no es una fría enumeración de preceptos, sino una vida que es necesario vivir a cada instante y por eso al entregarlo a su primer profesor su única recomendación fue pedirle cooperara a que sus hijos adquirieran, según sus propias palabras, el “*sensus Christi*”, el sentido de Cristo para apreciar todos los acontecimientos.

Y el hijo correspondía al esfuerzo materno.

Hombre, en toda la hermosa expresión de esta palabra, junto a su recia virilidad formaba su espíritu cristiano en la práctica de una piedad sencilla y profunda, unida a una ardiente caridad.

Desde el momento de su primera Comunión, hecha a los diez años, la grandeza de la Eucaristía se abrió ante sus ojos inocentes. El Director espiritual del Instituto al cual ingresó, P. Lombardi, da este testimonio:

“Cuando llegó al Colegio inmediatamente me llamó la atención su docilidad para aceptar mi invitación a la comunión frecuente. Inmediatamente comenzó a practicarla varias veces por semana y con tanto fervor de su corazón inocente que admiraba y atemorizaba a su buena madre. Pensaba ella que no reflexionase bastante en lo que hacía. Yo la tranquilicé, y presto pudo ver con alegría los frutos de bondad que daba su hijo. Al año siguiente comenzó sin más la práctica de la comunión diaria, que no dejó hasta la muerte. Y fue, bajo la acción potente de la Eucaristía que comenzó a formar su carácter de cristiano, piadoso, convencido, verdaderamente fuerte, que más tarde se manifestó en tan magníficos ejemplos para todos”.

Y al soplo de esta vida piadosa nacía la caridad. El, de naturaleza si se quiere áspera, que nada supo de exagerados sentimentalismos, desde pequeño se conmovía hasta las lágrimas a la vista de la miseria. Un día su padre había despedido a un mendigo que le pedía limosnas al advertir que era un borracho. Pier Giorgio no pudo contener el llanto y corrió hacia su madre diciendo: “Mamá”, había un pobre que tenía hambre y papá no le ha dado de comer”.

Se le explicaron las razones, su inteligencia comprendió que eran verdaderas, pero su corazón no pudo persuadirse y fue necesario auto-

rizarlo para que, corriendo por el camino, alcanzase al pobre y le diese de comer.

Eran los indicios de las grandes virtudes que comenzaban ya a aparecer.

No se crea sin embargo, que su carácter era lo que se llama fácil. Tenía las cualidades, pero también los defectos de esas naturalezas ricas que casi podemos llamar primitivas; junto a la sinceridad y rectitud de espíritu, a la fuerza de carácter y bondad de corazón, se encontraban los rasgos de un carácter impetuoso, impulsivo, sostenido en sus decisiones hasta el punto de llegar algunas veces a la porfía. Su virtud no sería el fruto de una buena inclinación de su alma sino el triunfo del esfuerzo perseverante hacia el bien.

Educación severa, ambiente austero, voluntad firme... , hacía que sus afectos familiares fuesen hondos dentro de la sobria forma en que se expresaban. Algunas cartas a su hermana nos dan a conocer la exquisita delicadeza de sus sentimientos:

“Escríbeme a menudo, para que así puedas al menos colmar el enorme vacío que has dejado entre nosotros. Antes, viviendo diariamente juntos, no había podido apreciar suficientemente todo lo que tú representas para mí. Pero ahora, por desgracia, que muchos kilómetros nos separan, ahora que hemos debido separarnos no por algunos días sino por la vida y sólo nos veremos de tanto en tanto, he comprendido qué cosa significa una hermana en una casa y qué vacío puede su ausencia dejar”.

Formado en este ambiente de sobriedad moral y de virtud cristiana, educada su mente y su corazón, debía salir a la vida e ingresar a la Universidad. Pero antes debía también conocer la crisis de la juventud, pasar por ese período en que se tiene la

“mentalidad del niño junto a las aspiraciones y pretensiones del hombre, en que no se es aun hombre y ya no se es niño y en el cual con la debilidad del niño se cede fácilmente a las pasiones del hombre” (3).

Horas de lucha en que el bien y el mal trabaron combate, mientras una madre sumida en la angustia comprendía la batalla que se libraba en el corazón de su hijo. Al cabo de pocos días la gracia había vencido y una tarde sintió la madre que las puertas de su habitación se abrían con violencia, mientras veía a Pier Giorgio con los ojos brillantes exclamar: “Mamá, perdón, no sabía lo que hacía, te juro que no lo haré nunca más”. Y contra su costumbre cayó de rodillas y le besó las manos.

Ese “mai piú” nunca jamás, fue el programa de su vida, hasta su muerte. Y de esa crisis brotó su humildad profunda, la certeza, casi podemos decir experimental, de la necesidad de los sacramentos y de la dirección espiritual, el comienzo de su vida interior, consciente de las luchas y triunfos que encierra.

(3) P. Cojazzi. *Vida de Pier Giorgio Frassati*.

El obstáculo se había transformado en grada para subir más alto, la virtud puesta a prueba salía purificada, el niño dejaba su lugar al hombre y empezaba la última, pero más fecunda etapa de esta vida admirable.

* * *

¿Qué pudo tener de especial una vida que al ojo vulgar fue tan sólo la de un buen estudiante universitario? ¿Qué cosa de extraordinario realizó ese joven en los seis años de estudios de ingeniero para atraerse en vida la consideración tan alta de los que lo conocieron y después de su muerte la admiración de los que contemplaron aunque de lejos su figura moral?

La respuesta es simple: tomó a lo serio el cristianismo, lo abrazó en su integral complejidad: en la práctica externa y en el espíritu interior. Vivió una vida sencilla, sin ninguna acción extraordinaria ni singular pero haciendo que todas ellas respondiesen a un ideal pleno de fe y de caridad. Era la vida cristiana en toda su íntima sustancia desarrollándose en medio de las vicisitudes, trabajos y circunstancias de cada día.

Como rápidos destellos veamos algo de su vida universitaria.

La profesión era para él, la forma de vida que el Señor le señalaba y por tanto su estudio significaba el deber de estado donde cumplía plenamente la ley del trabajo impuesta al hombre. Tenía de la profesión el concepto cristiano que la dignificó en el medioeval; veía en ella una vocación en la cual el alma se fortifica mediante una obligación definida, disciplinada, continua.

No era el ansia de verdad la que empujaba al estudio a este espíritu que se nutría de más altas verdades, no era tampoco la necesidad material la que movía a este joven heredero de una de las más grandes fortunas de su patria a realizar ese esfuerzo, era la convicción que un alma se relaja en la anarquía de una acción sin ley que constrija, era el concepto que la misión de un cristiano es un deber y que es necesario crearse deberes firmes que encaucen nuestra existencia y la aparten de la instintiva relajación que nos atrae.

Había escogido la profesión de ingeniero de minas por ser la que más se avenía con su carácter resuelto y varonil. Quizás ni siquiera conocía la curiosa frase de Platón en la puerta de su escuela: "Nadie entre aquí, si no sabe Geometría", ni el fino comentario que de esta frase hace Bordaz-Desmoulin: "Sin las Matemáticas no se penetra al fondo de la Filosofía, sin la Filosofía no se penetra al fondo de las Matemáticas; sin las dos no se penetra al fondo de nada", para él su problema era más simple: la vida es un esfuerzo y cada cual debe en ella tomar la parte que Dios por medio de sus aptitudes le indica.

Y para él fue un esfuerzo continuo; un trabajo asiduo al cual hubo de sacrificar tantas veces sus aficiones y gustos más queridos, y con tales sacrificios había llegado al término de sus estudios. Cuando la muerte lo sorprendió faltaban tres meses para su doctorado de ingeniería.

Fue un universitario italiano y con eso ya decimos que tenía todo el entusiasmo y fuego que caracteriza la vida de una Universidad de Italia.

No pensemos en verlo únicamente inclinado sobre los libros y ecuaciones; como universitario amaba la vida de tal y la vivía intensamente. Había ingresado al Círculo universitario "Cesare Balbo" y lo amaba con especial afecto como si ahí hubiese hallado una segunda familia, convencido que la obra de formación cultural y religiosa que realizan los círculos son de insustituible importancia.

La obra que ahí realizaba, callada y oscura, no dejaba por eso de ser menos fecunda. Uno de sus amigos que fue presidente del círculo escribe a propósito de Pier Giorgio:

"Es fácil imaginar qué ayuda sea para una presidencia y cuánta cohesión toma un círculo cuando puede contar entre sus socios, uno que sin querer el honor de los cargos posee segura autoridad y notable influencia sobre muchos otros; uno que conoce a todos, que es amigo de todos, que es capaz y está dispuesto a servirlos a todos, a aceptar un trabajo, un encargo, a conducirlo a fondo y bien; en fin uno que está en su puesto y con el cual se puede siempre contar".

Frassati había comprendido y realizado una gran verdad en su acción universitaria, a saber: que el bien de una organización depende de la bondad y del celo de los socios más que de los reglamentos y estatutos.

Italia vivía en esos años, anteriores al 23, los duros momentos que precedieron a la revolución fascista. Eran los años de la crisis de toda autoridad, de la ola roja que avanzaba incontenible, de la desorientación de los espíritus. La Universidad reflejaba también ese ambiente de lucha. Pier Giorgio supo aceptarla. Un día era el aviso colocado por él en la Universidad invitando a la comunión pascual y arrancado por los que se llamaban incrédulos, al día siguiente eran 64 avisos semejantes al arrancado que empapelaban los claustros universitarios. La mano de Frassati los había colocado. Otra vez era una invitación a una hora de adoración eucarística puesta en la vitrina de avisos universitarios, cien estudiantes que en forma amenazadora deseaban destruirla, y solo frente a la vitrina, rígido con un bastón en la mano, defendiéndola, el estudiante católico de ingeniería, Frassati.

En septiembre de 1921 se reunía en Roma el Congreso Nacional de la Juventud Católica italiana. El magnífico movimiento juvenil que hoy contemplamos con admiración había ya comenzado. El domingo 4 de septiembre debía celebrarse la Misa en el Coliseo; cuando los jóvenes llegaron, la tropa que rodeaba el monumento les impidió penetrar, la función había sido prohibida por el Gobierno. Llenos de santa indignación los jóvenes se dirigieron al Vaticano, donde después de oír la Misa fueron recibidos en audiencia por S.S. Benedicto XV. De ahí debían dirigirse a la tumba del soldado desconocido cuando una nueva prohibición policial impide el cortejo. Ante la inmensa masa de cincuenta mil jóvenes que avanzan llenos de fe, entusiasmo e indignación por las vejaciones sufridas, las tropas deben cejar, cediéndoles el paso, pero en "piazza del Gesù" los espera la guardia regia a caballo.

Oigamos a un actor de la escena:

“Pier Giorgio tiene en alto con sus dos manos la bandera tricolor del Cesare Balbo. De improviso desembocan del portón del palacio Altieri cerca de doscientos guardias regios a las órdenes del más sectario funcionario que haya conocido jamás. Grita: “pegad con los fusiles y arrancad las banderas”. Parecen que trataran con fieras y no con jóvenes desarmados. Golpean con los fusiles, arrancan y despedazan nuestras banderas. Como podemos desesperadamente defendemos nuestras insignias. Veo a Pier Giorgio en lucha con dos guardias que tratan de arrancarle la bandera con el asta quebrada queda en sus manos. En su compañía somos llevados a la prisión. . . y comienza el interrogatorio:

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Pier Giorgio Frassati.

—¿El nombre de tu padre?

—Alfredo.

—¿En qué trabaja?

—Embajador de Italia en Berlín.

(Estupor, voces suaves, excusas y por último):

—Puede usted salir.

—Saldré cuando salga el último de mis compañeros— es la respuesta.

Y ahí en el patio de la prisión, presididos por un sacerdote que lleva el rostro ensangrentado, a instancias de Frassati, se realiza una escena digna de los primeros siglos de la era cristiana.

—“Muchachos, por nosotros y por los que nos han ofendido, oremos” —y todos de rodillas entonan el rosario.

Después de este incidente llovieron sobre Pier Giorgio las felicitaciones; parecía no comprenderlas. Para él era algo imposible que un joven católico pudiese en esas circunstancias, obrar de otro modo.

Su único comentario envuelto en una sonrisa fue éste: “Nos trataron mal, pero nosotros respondimos recitando por ellos el rosario”. Nada de reproches o de insultos, sus palabras reflejaban la inmensa dicha de haber sufrido algo por Cristo.

* * *

Ese joven lleno de fe y de ardor, dispuesto a dar serenamente su vida por sus convicciones, sabía gozar de todas las cosas bellas que Dios ha puesto en el mundo. Amaba las flores y por coger una flor de los Alpes era capaz de volver a realizar una ascensión. Su gusto por la pintura y la escultura lo hizo recorrer concienzudamente las principales ciudades de Italia, Austria y Alemania en los años en que su padre desempeñaba en Berlín el cargo de Embajador. Amaba la poesía y en modo especial Dante. En su escritorio se encontraron copiadas de su mano sus composiciones predilectas. Gustaba en modo especial del teatro, pero antes se informaba de la moralidad de la pieza, él que llevaba en su cartera el pase de entrada libre a todos los teatros supo también demostrar en ésto su firmeza de carácter, no asistiendo jamás a una representación menos conveniente. Su fuerte naturaleza física amaba los depor-

tes, el foot-ball, la bicicleta, el remo, la equitación, guiaba con mano firme su automóvil, pero sobre todo su pasión eran los montes.

El alpinismo era para él una escuela de voluntad y de valor, un esfuerzo para tender siempre a todo lo que es fuerte, grande y bello.

La visión magnífica de la naturaleza lo entusiasmaba, acercándolo a Dios. Desde su refugio alpino escribe a un amigo: "Quisiera si me lo permitieran mis estudios, pasar días enteros en los montes, para contemplar en aquella atmósfera pura, la grandeza del Creador".

Todo ahí lo llenaba de gozo, la nieve, el panorama, la sencillez de la vida primitiva, simple, áspera y sana.

Sus excursiones a la montaña le servían de ocasión de apostolado. Cuando alojaban en el gran San Bernardo, temprano, despertaba a todos para la Misa y cuando sus compañeros llegaban a la Iglesia lo encontraban ya en fervorosa oración preparándose a recibir el pan eucarístico. En la noche, invitados por él, comenzaban el rosario.

"Cómo era bella esta oración en el silencio de la noche, escribe un amigo, ante un paisaje como el rosario: siempre igual y siempre variado. Confieso que quizás han sido estos los momentos de mi vida en que he rezado con más fervor y esto debido a su ejemplo".

Su mismo deporte fue para él un acto continuo de caridad, de servicio de los otros, de atenciones y finezas, hechas con esa sana alegría con la cual quería disimular su buena acción.

Su última ascensión, un mes antes de morir, fue a "le Lunelle", donde el año anterior había caído un estudiante. Llegados a la cumbre, antes de descender, Pier Giorgio invitó a los amigos a recitar el "De Profundis" por el que ahí había encontrado la muerte. Su última fotografía lo muestra escalando la abrupta pared rocosa y al pie de ella escrita por su mano la frase que puede resumir su vida: *hacia la altura*.

La base de esa vida ardiente y sencilla era su profunda piedad... Los parroquianos de la Crocetta veían diariamente al joven universitario acercarse a la sagrada mesa con aquel recogimiento que a todos edificaba, seguir las funciones sagradas con su misal en mano, servir los domingos la Santa Misa con aquella exacta comprensión, de lo que en ese instante se realizaba. Su devoción eucarística lo llevaba a participar con frecuencia de las adoraciones nocturnas y ahí el joven inquieto de las excursiones, el bullicioso estudiante, permanecía horas enteras absorto en oración, en íntimo trato con su Dios y Señor.

Todos los años hacía por 4 días sus ejercicios espirituales. Sabía que en ningún sitio el espíritu se prepara mejor que en esas horas de recogimiento y meditación. No olvidaba que "el silencio es la patria de los fuertes" y ahí templaba su fe que en cada instante supo vivirla.

"Cada día comprendo mejor, escribe a un amigo, qué gracia es la de ser católico. Pobres desgraciados los que no tienen fe. Vivir sin fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener una lucha continua, no es vivir sino vegetar. Nosotros no debemos jamás vegetar sino vivir, para que aún a través de cada desilusión, recordemos que somos los únicos que poseemos la verdad; tenemos una fe que sos-

tener, una esperanza para alcanzar nuestra patria, y por lo tanto, fuera toda tristeza que sólo puede existir cuando se pierde la fe!”.

Y a otro amigo:

“Un vínculo que no conoce distancia nos une y espero, nos unirá siempre. Es la fe, el común ideal que te podrá sostener en tu carrera con los medios que la vida militar te dará y que yo procuraré con la ayuda de Dios, defender y sostener en mi futura vida de hombre”.

El secreto de esa fe, como nos dice Monseñor Pini, Ex-Asistente General de la F. U. C. I. estaba en que:

“Siendo fuerte, no colocó su confianza en sí mismo, sino siempre miró al Cielo. Vivió de Eucaristía porque había sabido que los jóvenes ejemplares de ayer, de hoy y de todo tiempo sacan de este Sacramento la fuerza para toda acción generosa”.

Sus autores favoritos, san Pablo y san Agustín, le habían enseñado que la vida cristiana es esfuerzo y lucha y el aplicaba a la vida sus lecciones. De ellos también aprendió la sencillez y modestia, característica de su personalidad.

El hijo del Embajador de Berlín, del senador del reino, el heredero de una gran fortuna, jamás quiso hacer alusión siquiera de esas circunstancias tan ambicionadas y aplaudidas del mundo; más aún, el mismo parecía ni siquiera conocerlas.

—¿Cómo, le pregunta un amigo admirado de encontrarlo en un modesto wagón, tú viajas en tercera clase?

—Sí; responde sencillamente Pier Giorgio—, porque no hay cuarta.

Lo que no dijo fue que esa economía en los pasajes iba a ir a remediar miserias y consolar dolores de sus pobres.

La misma simplicidad al profesor sin temor pero también sin aspavientos su fe.

Salía un día de la Iglesia y aún tenía en la mano su rosario, en las gradas lo encuentra un conocido que le pregunta irónico:

—Pier Giorgio, ¿te has hecho un beato?

—No; —es la respuesta sencilla—, he permanecido cristiano.

En un Congreso estudiantil en Ravena, un joven que no lo conocía antes, se admira de oírlo hablar con tanta corrección el alemán, con los jóvenes de esa nacionalidad ahí presente. —“Lo aprendí, contesta modestamente, porque estuve algún tiempo en Alemania donde mi papá estaba empleado”. No dijo que el empleo era el de Embajador de Italia.

Con igual sencillez, si alguna vez faltaba el sacristán, él hacía la colecta en la Iglesia parroquial, llena de gente.

“Una sinceridad sin sombras es la más rara de las gracias”, escribía un célebre autor inglés, Faber.

Y esa era la característica de Frassati: sinceridad sin nubes, rectitud que no conoció transacciones, tuvo en sus labios la risa espontánea del niño, y en su corazón el sentido de lo bello del poeta.

Con esa misma sinceridad para con todos y consigo mismo encaró el problema de la elección de estado.

Después de serio examen de sus deberes y tendencias, comprendió que debía seguir el matrimonio.

A su futura esposa exigía como primera cualidad un concepto cristiano de la vida, y con ese concepto miraba también la organización de su futuro hogar.

“A mis hijos, dice a un amigo, no les dejaré riquezas porque estoy persuadido que éstas, lejos de favorecer su situación muy a menudo sirven únicamente para fomentar pasiones. Me preocuparé de darles una instrucción cristiana, de modo que si quieren, puedan ellos conquistar una digna posición social”.

Y sin embargo, en este campo fue donde encontró sus más duras pruebas. Un sentimiento había nacido en su corazón y antes de darlo a conocer miró de frente los nuevos deberes que se le presentaban.

Examinó si era del agrado de sus padres la elección y cuando comprendió que no lo era, con esa viril decisión que caracterizaba todos sus gestos impuso silencio al corazón.

El dolor fue profundo pero mudo, muy pocos solamente lo conocieron, sus lágrimas ocultas fueron un nuevo peldaño que lo acercaban a la perfección. A este propósito escribía:

“Los dolores humanos nos llegan, pero cuando se les ve a la luz de la Religión y por tanto de la resignación, no son nocivos sino saludables, porque purifican el alma de las pequeñas e inevitables sombras con que nosotros por nuestra mala inclinación la manchamos”.

Como dice su Director espiritual, el P. Cojazzi:

“Lo sublime de su renuncia consiste en el hecho que fue total, definitiva y aceptada por puro sacrificio a la familia.

Como era íntegro para ayunar, asistir a Misa, ejercer la caridad, así en esta renuncia fue de una heroica coherencia, tanto en tener oculto completamente el propio sentimiento a la joven que amaba, cuanto en no poner a sus padres en la dura circunstancia de una oposición. “Podría desposarla contra la voluntad de los míos” —dijo una vez— “pero destruir una familia para crear una nueva sería un absurdo y una cosa que ni siquiera puede pensarse”. — “Seré yo el sacrificado; pero si Dios lo quiere así, que se haga su santa voluntad”.

Un hombre como Frassati, que sobre cada problema: religioso, familiar, universitario, tenía una respuesta y cada deber lo encontró pronto a cumplirlo, no podía olvidar sus deberes cívicos.

En esos momentos el partido “Popolare” de Don Sturzo, se presentaba con ese ardor que lo caracterizó desde un comienzo.

Para Pier Giorgio, la pasión política fue un apostolado; su amor a la doctrina social cristiana, que era como la llama de su vida, le hizo ver en el partido “Popolare” la aplicación al campo de la vida cívica de esos ideales. Y se consagró de lleno a trabajar por él.

Cuando la revolución fascista, disolvió el partido, su dolor fue grande pero no lo abatió, se dedicó más de lleno a las Conferencias de San Vicente de Paul, donde encontraba una forma de realizar sus grandes ideales de apostolado social.

Apóstol social, su carrera la miraba como un medio de realizar una mayor acción entre los pobres. Pertenece a esa raza de los apóstoles seculares de la Acción Católica que tan numerosos produce actualmente la Iglesia, que saben hacer de su profesión una constante conquista. Para realizar esta obra escogió la carrera de ingeniero de minas. Dice su hermana:

“De cuantos sufren por la dureza de su trabajo, los mineros le parecían los más infelices en cuanto les es negada una de las dichas más grandes que al hombre le haya sido concedida aquí abajo; mirar el cielo.

Era necesario descender a ellos, llevarles la palabra de fuerzas y de amor. Por eso en los estudios se había propuesto ser ingeniero de minas: ingeniero y apóstol”.

Todo esto se comprendía en una palabra, la que el Maestro señaló como “máximo mandamiento” y “plenitud de la ley”; la Caridad.

Sobre su escritorio, para encontrarlo siempre a sus ojos, tenía escrito el trozo inflamado en que san Pablo, su autor predilecto, hace el elogio de la Caridad.

“1. Si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, o campana que retiñe.

2. Y si tuviera profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.

3. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.

4. La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece.

5. No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no piensa mal.

6. No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad.

7. Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

8. La caridad nunca fenece: aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia” (4).

Las Conferencias de San Vicente de Paul, como ya hemos dicho, fueron su campo predilecto de apostolado y caridad. Veía en ellas no sólo una obra de ayuda al pobre sino de formación de los socios que a ellas pertenecen.

“La Conferencia, decía —hace más bien a sus miembros que no a los pobres”—, y se emocionaba refiriendo lo que Don Cojazzi le había contado cómo Ozanan daba gracias a Jesús de su comunión pascual, vi-

(4) 1 Co. 13, 1-8.

sitando al más pobre de sus pobres y en la persona de él visitaba a Jesús. “Quisiera de que en día no lejano se reuniesen en las Conferencias todos los “fucinos (universitarios católicos) de Turín”, fueron las líneas encontradas después de su muerte en una carta no alcanzada a terminar.

Los barrios miserables de Turín, las heladas buhardillas, contemplaban la figura del elegante joven cargado de grandes paquetes que iba a distribuir a *sus* pobres, y junto al don material la palabra de aliento, el consejo cariñoso, la mano fraternal que se tendía. Pero nótese, nunca daba o aconsejaba como persona privada, siempre en nombre de la Conferencia de San Vicente.

Sería interminable narrar las anécdotas de su caridad. Basta recordar que sus dádivas eran siempre fruto de un sacrificio, de una privación.

En sus excursiones alpinistas, la madre le daba una suma considerable de dinero, “la pensión diaria del Gran Hotel St. Moritz”, como ella le decía. Pero Pier Giorgio en cambio, dormía en el refugio de la montaña sobre un poco de paja, comía lo que llevaba en su saco de alpinista, y el fruto de la economía servía así para sus pobres.

Recuerda su madre que al regresar de Viena, traía en el bolsillo la considerable suma de *una lira*; más tarde al contar sus impresiones de viaje dijo haber *descubierto* que se pasaba muy bien comiendo una vez al día... y después, sin darse cuenta que sus palabras lo delataban se refirió con los ojos llenos de lágrimas a la miseria de los estudiantes de Viena. La madre comprendió entonces el significado del *descubrimiento* de Pier Giorgio, de comer una vez al día durante el viaje y regresar con una sola lira en el bolsillo.

Agonizante, el día antes de su muerte, escribió con mano trémula unas líneas que apenas pueden leerse; eran dirigidas al consocio Grimaldi, estudiante de ingeniería. Le enviaba las inyecciones para un pobre, los bonos para otro. Era su testamento.

“Su figura, dice el ex-Superior General de los Salesianos, don Rinaldi, quedará en mi recuerdo siempre asociada a la imagen de la Caridad”.

Su alma bella, madura para el cielo, se preparaba a la eternidad. Había meditado tanto a san Pablo que no podía olvidar las palabras del gran apóstol: “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la ciudad futura”.

A un amigo escribía dos años antes de morir:

“Como no se sabe cuándo vendrá la muerte a llevárselo, es de gran prudencia el que *cada* día uno se prepare para morir *ese mismo día*. Por tanto, desde ahora en adelante, trataré de hacer todos los días una corta preparación a la muerte, para deber encontrarme sin preparación y tener que llorar los bellos años de la juventud perdidos del lado espiritual”.

Y a otro, el mismo año:

“Cree que la vida debe ser una preparación continua para la otra, porque no se sabe nunca ni el día ni la hora de la partida”.

Como hombre y como cristiano, la miraba sin miedo. Y sus amigos le oyeron muchas veces repetir: "Creo que el día de mi muerte será el más bello de mi vida".

No era la palabra del desencanto, sino la frase de la fe, que sabe el "aeternus gloriae pondus", la inmensa gloria que más allá nos aguarda.

Una rápida enfermedad —poliomelitis arteriovenosa, de carácter infectivo— lo había tomado. Tres días en que se intentaron toda clase de recursos, bastaron para tronchar esa fuerte naturaleza. Confortado con todos los sacramentos, serenamente, pensando en sus pobres y en su familia, con los nombres de Jesús y María en sus labios, el 4 de julio de 1925, cerraba sus ojos a la tierra para abrirlos en la eternidad.

"Fue arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu o para que la seducción no engañase su alma".

"Consummatus in breve, explevit tempora multa".

"Hecho perfecto en breve tiempo, realizó una gran carrera".

* * *

Cuenta una leyenda oriental que un rey al marchar a apartadas regiones de su reino, hizo poner en su bagaje grandes sacos cargados de perlas, esmeraldas y diamantes. Marchaba el rey con sus riquezas a la cabeza del séquito y detrás seguíanle el numeroso grupo de sus empleados y siervos, los guardias de su corte, los miembros de su ejército. La caravana se internaba por un largo y solitario desierto, y los sacos de ricas piedras que por orden del rey habían recibido una pequeña abertura dejaban lentamente escapar su tesoro arrojando sobre las arenas cantantes del desierto su preciosa mercancía... y los servidores lentamente iban abandonando la real escolta para buscar y recoger la fortuna que veían cerca de sus manos.

El rey, empero, imperturbable, continuaba su marcha por el árido y ardiente desierto de arena. Cuando hubo llegado al confín, volvió atrás la cabeza y sólo encontró un joven que lo seguía...

—Y ¿cómo, preguntó admirado el rey, tú no te has detenido como los otros a coger las riquezas que derramaba?

Y el joven, en cuya voz vibraba toda la energía de un alma íntegra y viril, con noble acento respondióle tan sólo:

—Majestad, yo sigo a mi Rey.

* * *

En esta respuesta se encuentra delineada la figura moral del alma que he tratado de poner en relieve. Ella sintetiza la vida admirable en su cristiana integridad, sencilla y atrayente en su simplicidad, vibrante en su noble virilidad de Pier Giorgio Frassati.

Siguió a su Rey, Cristo Jesús, como sigue el soldado leal a su jefe, el paso resuelto sin titubear ante la Cruz arma del cristiano, la frente alzada sin avergonzarse del Evangelio del Maestro, la voluntad resuelta de no servir con claudicaciones mezquinas; alegre porque vivía su ideal,

generoso porque la caridad sobreabundaba en su pecho, virilmente fuerte porque su religión vivida intensamente le enseñaba el secreto de la fortaleza cristiana.

En época de debilitamiento de caracteres, la vida de Pier Giorgio Frassati enseña y anima a un mismo tiempo.

Ella nos enseña que quien profesa una doctrina debe vivirla plenamente, que quien tiene un ideal debe orientar hacia él su existencia, que la vida efímera del mundo, no sacia a un espíritu noble y que como Bossuet dijera “debemos tratar de pasar, no de permanecer aquí abajo”.

Pier Giorgio Frassati, es un símbolo de los universitarios y jóvenes católicos a los cuales sigue repitiendo la frase que tantas veces pronunció en su vida:

“Somos la juventud que se arrodilla y cree”.

IV.

**LA IGLESIA
EN SUS EXPRESIONES PARTICULARES**

La Iglesia en Latinoamérica

○ ¿Sería exagerado afirmar que la relación de Mons. Larrain con la Iglesia Latinoamericana guarda semejanza con la de los "Padres de la Iglesia" respecto a la Iglesia universal?

¿Qué es un "Padre de la Iglesia"?

El término "padre de la Iglesia" ha llegado a ser clásico y a tener un sentido técnico muy preciso.

Así como un "padre de la patria" es alguien que contribuye a un nivel sobresaliente a formarla, a darle su fisonomía espiritual y a imprimirle su orientación definitiva, de tal modo que encarna en su persona el ideal de ciudadano de toda época, así también, un "padre de la Iglesia" es alguien que en los primeros años de vida de ella —en su infancia, podríamos decir— contribuye de manera significativa a formarla, a configurar su rostro espiritual, a enriquecerla con abundante alimento doctrinal, donde pueda nutrirse sólidamente en el futuro y a señalarle, con su palabra, su actitud y sus escritos, el camino que ha de seguir.

Tal fue el caso de Ignacio de Antioquía, Clemente de Alejandría, Agustín de Hipona y tantos otros.

Y si este es el concepto de "padre de la Iglesia", ¿no es legítimo pensar en "padres de las iglesias particulares", especialmente cuando éstas nacen —como en el caso de América Latina— quince siglos después de otras? ¿No avala nuestra hipótesis la distinción, universalmente aceptada, entre "Padres griegos" y "Padres latinos", es decir, Padres que engendran la Iglesia única en los mundos griego y latino, respectivamente.

Si bien no es usual en el magisterio eclesiástico nuestro término ("Padre de Iglesias particulares"), distingue y reconoce, sí, a las Iglesias particulares en relación con la Iglesia universal:

"Por su parte, los Obispos son, individualmente, el principio y fundamento visible de unidad en sus iglesias particulares, formadas a

imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia católica, una y única" (1).

Pareciera que el poder seductor y el lugar de respeto que ocupará y ocupa Monseñor Larrain en la Iglesia de Chile y de América Latina —a nivel de Obispos, sacerdotes, religiosos y laicos— no fuera sino el reconocimiento en su carisma de rasgos de "Padre de la Iglesia en Chile y América Latina.

Se hacen necesarias, sin embargo, dos precisiones:

La primera, es que la calidad de "Padre de la Iglesia en Chile y América Latina" que hemos pretendido justificar en Monseñor Larrain no excluye a otros "padres", como la calidad de Padre de la Iglesia universal no es excluyente y san Ireneo no minimiza ni excluye a san Cirilo o a san Jerónimo.

La segunda, es que tales rasgos de paternidad respecto a la Iglesia en América Latina aparece hermanada, con singular equilibrio, con una apertura, adhesión irrestricta y amor a la Iglesia universal, encarnando también en esto, las palabras del Concilio:

"Pero en cuanto miembros del Colegio episcopal como legítimos sucesores de los Apóstoles, todos y cada uno, en virtud de la institución y precepto de Cristo, están obligados a tener por la Iglesia universal aquella solitud que, aunque no se ejerza por acto de jurisdicción, contribuye, sin embargo, en gran manera al desarrollo de la Iglesia universal" (2).

Al hacer esta pequeña introducción hemos usado frecuentemente expresiones condicionantes como "tal vez", "quizá" y otras semejantes. La razón de ello es que carecemos todavía de la sistematización de los escritos de Mons. Larrain y sobre todo de la perspectiva que sólo el tiempo puede dar para apreciar el efectivo influjo doctrinal de alguien en las generaciones eclesásticas.

Por eso, la calidad de "Padre de la Iglesia en América Latina" que nos parece poder reconocer en este obispo, tiene un carácter hipotético. Nos parece, sin embargo, que es una hipótesis procedente para intentar interpretar "el caso Manuel Larrain".

(1) *Lumen Gentium*, c. 2, N° 13.

(2) *Lumen Gentium*, c. 3, N° 23.

COLABORACION EN EL CAMPO DEL APOSTOLADO
EN AMERICA LATINA (1)
(VII-VIII-1955)

La sensible ausencia de esta Conferencia del Exmo. Cardenal Caggiano (2), ha hecho que la Comisión Organizadora distribuya entre el Exmo. Mons. Barbieri (3) y el que suscribe, el tema del Sr. Cardenal de Rosario: "Colaboración en el campo del apostolado en América Latina".

Lamentando que no sea la autorizada voz del ilustre Purpurado argentino, sino la modesta y deficiente mía la que aborde este tema, entro a esbozar algunas ideas en la parte que me ha sido asignada.

El Exmo. Arzobispo de Montevideo, en la primera parte de este estudio, ha señalado con clara visión y honda experiencia "las lagunas de orden general en el apostolado, a subsanarse por la mutua colaboración". Me concretaré a mostrar, siguiendo el mismo plan del Exmo. Mons. Barbieri, los remedios que, por la mutua colaboración, pueden ofrecerse.

I. *Posición misionera*

Necesidad de formar en el clero y fieles un sentido más profundamente apostólico. He aquí el primer problema que Mons. Barbieri presenta como base a la colaboración en el campo apostólico. Dicha necesidad, que a mi juicio se expresa en una posición o estado de misión, fluye lógicamente de dos hechos que en el curso de esta Conferencia episcopal se han anotado. Es el primero, la realidad católica de América Latina. El segundo, es la comprobación que esos católicos no influyen realmente como católicos en el seno de las instituciones en que actúan (vida profesional, sindical, cultural, política) ni en los ambientes sociales donde viven. Como consecuencia de estos dos hechos, aparece la desproporción evidente entre el número de católicos y su influencia en el ambiente. Por falta de un sentido de responsabilidad y sensibilidad apostólica, hay muchos católicos que no ocupan su puesto en la labor apostólica de la Iglesia.

(1) Ponencia (Dco. 61) presentada a la Reunión Gral. de los Obispos de A.L. en Río de Janeiro, julio-agosto 1955.

(2) Caggiano Card. Antonio. Obispo de Rosario, Arzobispo en ese momento de B. Aires. Fue uno de los principales organizadores de la A.C. argentina.

(3) Barbieri Mons. Arzobispo de Montevideo. Creado Cardenal en 1958.

Esa posición misionera consiste, a mi entender, en la conciencia viva que debe existir entre el clero y fieles de que nuestra labor apostólica no debe partir tanto de la base de conservar un mundo cristiano protegiéndolo de contaminaciones que lo debilitan, cuanto de cristianizarlo por un espíritu misionero de conquista y de penetración. "Operando custodire" (4).

La extraordinaria labor misionera de España y Portugal en América Latina nos muestran en su hondura, extensión y rapidez la fuerza conquistadora de una posición de misión. Sería interesante estudiar más a fondo si la sustitución de esa labor misionera por una conciencia, quizás prematura, de Iglesia establecida no ha orientado excesivamente nuestro catolicismo latinoamericano en su sentido de conservación y preservación, dejando así sin penetrar grandes sectores que han sido invadidos por ideologías anticristianas.

Posición misionera, que, como Mons. Barbieri indica en su trabajo, debe ser dada al clero, auxiliares del clero y seglares y que, al hacerse en forma conjunta en toda América Latina, establecería la primera base o criterio fundamental en el apostolado.

Sin pretender entrar en el detalle de esa formación que ya ha sido tema de otras ponencias, creo sí conveniente señalar como una posición misionera el remedio a tres grandes peligros o escollos del apostolado sacerdotal que yo denominaría: el burocratismo, el enquistamiento y el absolutismo. El primero, que hace que la parroquia se transforme en una oficina, "la burocracia de lo espiritual"; el segundo, que hace que el sacerdote se rodee de un grupo de dóciles y fervorosos fieles y se olvide de las "alias oves quae non sunt ex hoc ovili" (5) y de las cuales el Evangelio y el Canon 1350 del C.J.C. le dice que debe preocuparse en forma preferente; el tercero, que hace que el sacerdote quiera hacerlo todo personalmente y olvide que su función pastoral es la de ser formador de apóstoles. La posición misionera condiciona así la propia formación sacerdotal dándole el verdadero sentido apostólico, que está en la esencia de su espiritualidad sacerdotal.

Esa misma posición misionera hace que los "Auxiliares del clero" tomen en la formación apostólica del laicado toda la vasta tarea que les corresponde. Cabe preguntarse con el Exmo. Mons. Suenens: "¿responden a todo lo que podría esperarse de ellos desde el punto de vista apostólico en este siglo XX?"

Del mismo modo, la posición misionera orienta la formación apostólica que debemos dar a nuestro laicado. S. S. Pío XII en su alocución a los predicadores de Cuaresma de 1954 resume esta labor en tres puntos; descubrir almas de apóstoles; formarlos en la acción ("fabricando fit faber") (6) y dirigirlos, no en el sentido de absorber su acción, sino inspirando y animando su actividad.

(4) tr.: "Proteger mediante la acción".

(5) tr.: "otras ovejas, que no están en el redil".

(6) tr.: "el artesano se forma trabajando".

II. *Plan pastoral*

La similitud de problemas de una parte, la interdependencia social de otra y especialmente la posición misionera que acabamos de señalar, debe llevarnos a un segundo punto práctico de colaboración, a saber, el establecer directrices pastorales comunes, no como un código exhaustivo de todos los problemas pastorales, sino como líneas generales destinadas a resolver con criterio uniforme los graves problemas apostólicos de la época presente. No se trata, en consecuencia, de establecer preceptos ya contenidos en el C.J.C. (7), en los Concilios Plenarios, Sínodos o Decretos episcopales, sino el fijar *criterios generales* que inspiren las principales actividades de la vida pastoral. Ese Directorio pastoral que esta Conferencia no alcanza a elaborar, pero cuya realización posterior sería, a mi juicio, uno de sus más ricos frutos, responde a tres necesidades urgentes:

1. Dar una visión conjunta de los problemas que nuestro tiempo ofrece.
2. Tener frente a esos mismos problemas criterios comunes de solución.
3. Adaptar a las condiciones temporales de este tiempo la misión que la Iglesia nos ha confiado.

III. *Aislamiento*

El peligro más grande que amenaza a América Latina, dice en su trabajo el Exmo. Mons. Barbieri, es el aislamiento en que realizamos nuestra labor apostólica”.

Su causa hay que buscarla en un exceso de individualismo proveniente de un sentido de Iglesia. En el campo del apostolado se caracteriza por un interés excesivo en mirar su propia obra sin proyectarla en el apostolado general de la Iglesia. Este problema comienza en el seno de cada Diócesis, se extiende a lo nacional y se proyecta en el campo de la vida interamericana e internacional.

Su remedio está en recordar lo que S. S. Pío XII nos enseña en la Constitución Apostólica *Bis Saecularis*, a saber, que el campo apostólico pertenece integralmente al Obispo. Aunque la labor apostólica sea múltiple y diversa, ella se unifica en la comunidad diocesana. Realizada esa unidad y formado hondamente el sentido de Iglesia será posible la colaboración amplia, generosa y fraternal en el campo interamericano.

La gravedad de los problemas que amenazan a América Latina y la íntima relación interamericana de ellos, que contribuye a aumentar su fuerza y a hacer más grave el peligro, nos están indicando la necesidad urgente de salir de este aislamiento en que hasta ahora nos hemos hallado.

(7) *Código de Derecho Canónico* (“Codex Iuris Canonici”).

IV. Soluciones

1. a) Fomentar intercambio de seminaristas entre los principales Seminarios de las diversas naciones, lo que crea relaciones muy hondas entre el clero de diferentes países. Hay numerosas experiencias al respecto.

b) Fomentar las reuniones sacerdotales alrededor de diferentes Congresos. Los Congresos de la C.I.E. por ejemplo ha ido creando una honda y sólida unión entre los educadores de América Latina.

c) Reuniones y Congresos del laicado Católico. Pueden citarse como ejemplo las tres semanas interamericanas de Acción Católica, especialmente la última de Chimbote (Perú), que ha producido un extraordinario acercamiento entre las diferentes Acciones Católicas de nuestro Continente.

d) El intercambio de revistas y publicaciones entre los diversos órganos de publicidad.

e) El establecer entre las radios más potentes del Continente horas radiales destinadas a tratar problemas que nos son comunes.

f) El Secretariado Interamericano de Acción Católica, con sede en Santiago de Chile, iniciará a partir del próximo mes de octubre la publicación de un Boletín informativo al servicio de toda la A.C. de América Latina.

2. Organización Permanente:

a) Importancia de establecer los organismos de O.I.C. en todos los países de América Latina. En la Conferencia anual de la O.I.C. que acaba de celebrarse en esta Capital, con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional, se acordó dirigirse a todos los Exmos. Primados y Arzobispos de las Capitales de estas Naciones, solicitando respetuosamente el nombramiento en cada nación de una persona encargada de poner en contacto las diferentes O.I.C. con las organizaciones correspondientes de cada país.

b) Tanto el Exmo. Mons. Barbieri como el que suscribe, hemos presentado en las otras ponencias que nos han sido encomendadas, un proyecto de organización definitiva de un Organismo permanente, encargado de promover la colaboración interamericana en los diversos campos del apostolado especialmente en el intelectual, de Acción Católica y Social.

CENTENARIO DEL PIO LATINO (1)
(20-XI-1958)

Un recuerdo que nos arraiga en la tradición. Una misión que nos enfrenta a la realidad. He aquí el alto significado de esta centenaria conmemoración.

La celebramos en una inmensa comunidad de afectos, donde se mezclan la plegaria por los que partieron, con el abrazo fraterno de los que aquí nos reunimos, la gratitud hacia los maestros que nos formaron con la añoranza de los compañeros lejanos, el vínculo sacerdotal de amistad que une a los antiguos alumnos con los que ahora pueblan sus aulas: la alegría común que embarga a los de ayer y a los de hoy, al sentir hecha realidad en nuestra historia centenaria el verso de Ovidio: "sicut cursores, vitae lampades tradunt" (2); y el percibir en este instante la plegaria común que brota de todos los ángulos de nuestro continente y que reúne espiritualmente en Roma a la dilatada familia del Pontificio Colegio Pío Latino Americano.

Un recuerdo que nos arraiga a la tradición.

Desde la cima de 100 años nos detenemos a contemplar el camino recorrido.

Es la rica visión de nuestra historia. Es el misterioso diseño donde se mezcla el esfuerzo del hombre y la paciente providencia de Dios. Es la jornada larga donde los ideales se funden en sacrificios, las inquietudes germinan en apostolado, las angustias se tornan en consuelos y los cielos de estaño se abren en vastos horizontes de azul.

Y de esa historia imperceptible y lenta, como todo crecer de la vida, surgen las figuras señeras de los que hicieron realidad este amoroso plan de Dios para América Latina.

Con emoción filial las evocamos en esta hora. Se llaman Pío Nono, Ignacio Víctor Eyzaguirre, la Compañía de Jesús.

Sobre la América Latina había sonado la hora histórica de su independencia. En el acerbo espiritual que España y Portugal le legaran, había tres valores que constituirían para siempre la rica veta de su auténtica vida cristiana: la Eucaristía, María Inmaculada y el Romano Pontífice.

"Pasearon el Corpus por nuestros solares
los hombres que luego fundaban ciudades...".

(1) Discurso en Roma.

(2) tr.: "traen, como los corredores, las lámparas de la vida".

Y desde la Catedral de piedra a la humilde capilla de aldea, de la altiplanicie andina a la vasta pampa o sábana, desde la plegaria hogareña a la inmensa multitud reunida, la América Latina sigue cantando el salmo de sus grandes amores:

“Alabado sea el Santísimo
Sacramento del altar
Y la Virgen concebida
Sin pecado original”.

Los pueblos avanzan y crecen en el curso histórico que la Providencia les traza. La Independencia política de la América Hispana no podría separarnos de estos valores esenciales que constituyen el alma de nuestras nacionalidades.

Junto a la Eucaristía y a la Inmaculada, era menester que estuviera la Cátedra de Pedro. La triple y grande devoción esculpida en el corazón de nuestra América, y que nunca acabaremos de agradecer a las grandes fuerzas evangelizadoras de España y Portugal.

Y Roma vio llegar un día una delegación que pudo quizá parecerle extraña. La presidía un sacerdote, el ex-párroco de Talca, José Ignacio Cienfuegos, que en nombre del Director Supremo de Chile, D. Bernardo O'Higgins, pedía, junto con el reconocimiento de la joven nación, la reconstitución de la Jerarquía que la guerra de la Independencia había dispersado.

La respuesta de Roma al primer grito filial de América independiente no podría faltar.

Tiempo después zarpaba de Génova un velero llevando a bordo la primera misión pontificia a América Latina, presidida por el Exmo. Mons. Muzzi, a quién acompañaba un joven sacerdote, Juan María Mastai Ferreti.

Misión larga y penosa, no coronada aparentemente por el éxito humano y que sin embargo permitió al futuro Pontífice entrar en íntimo



*Junto a sus compañeros seminaristas, en el
Colegio Pío Latino, en Roma*

contacto con varias naciones de nuestra América, conocer nuestra realidad, apreciar nuestros valores, palpar nuestros problemas y entrever en la lejanía el aporte magnífico que esas tierras significaban para el futuro de la Iglesia, tal como Bolívar había trazado en el Congreso de Angostura, su sueño de la grandeza americana.

Ha corrido la historia y el joven secretario Mastai Ferreti ha pasado a ser en el solio de Sn. Pedro, S.S. Pío IX. Será para la posteridad el Papa del "Syllabus" que se enfrentó a los errores modernos, el de la iniciación del Contilio Vaticano, que define la infalibilidad pontificia, el de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, pero seguirá siendo siempre para nosotros el Papa del Colegio Pío Latino Americano.

Y mientras Pío IX va escribiendo una de las grandes páginas de la Iglesia, por los caminos de Dios, avanza para bien de un Continente, el hombre que ha de concebir y realizar esta obra. Se llama José Ignacio Víctor Eyzaguirre. Un hogar de recia tradición cristiana ha mecido, en Santiago de Chile, su cuna. Las figuras apostólicas de Mons. Alejo Eyzaguirre (3) y del Arzobispo Valdivieso (4) han impulsado en amplio sentido misionero su juventud. El forjador de la democracia chilena, su tío materno D. Diego Portales (5), le ha enseñado el valor de las grandes realizaciones.

Sólo falta que suene para su obra la hora de Dios.

Y ella llegó como siempre, por el sendero de la cruz. A los doce años de un sacerdocio ejemplar dedicados a la predicación y a la redacción de numerosas obras de apologética, los problemas políticos de su patria lo ponen en una difícil situación que lo deciden a alejarse del país por un tiempo indefinido.

Largo y difícil viaje que él proyecta para escribir su libro "El Catolicismo en presencia de sus disidentes", pero que en el plan de Dios va a servirle para conocer la situación religiosa y social de la mayor parte de los países de América Latina. Una mirada amplia y un corazón de apóstol le hace comprender los males espirituales que se ciernen sobre este Continente, las esperanzas que ahí se encierran, los peligros que le amenazan, y la solución que es necesario cuanto antes realizar.

Y un mes de enero de 1856, Pío IX recibía personalmente de manos de Eyzaguirre el memorial en que se proyectaba su obra y se ofrecían los medios para su realización. De ese documento, que para el Colegio Pío Latino Americano significa como el acta de nacimiento, entresacamos

-
- (3) Eyzaguirre Mons. Alejo. Canónigo de Santiago. Ocupa cargos legislativos siendo designado Presidente del Congreso Nacional en 1823. En 1843 es designado Vicario Capitular y gobierna la sede vacante hasta 1845. Después de renunciar a ocuparla como titular.
 - (4) Valdivieso Arz. Rafael Valentín. Segundo Arzobispo de Santiago (1804-78). Fue misionero en el sur del país. Decano de la Facultad de Teología de la U. C. de Chile. Fundador de la "Revista Católica". Es constituido Arzobispo de Santiago en 1847.
 - (5) Portales Diego. Ministro de Estado importantísimo durante los gobiernos de Ovalle y Prieto. Mediante una fuerte represión logre estabilizar la política nacional. Es asesinado en 1837.

los siguientes párrafos que, juzgamos sería grave no recordar este día. Ella nos da magnífica síntesis de la mirada larga, el realismo profundo y el corazón apostólico de nuestro Fundador.

“El presbítero José Ignacio Eyzaguirre —dice— de la República de Chile, expone a Vuestra Santidad que, después de conocer prácticamente el estado del clero en diversas provincias de la América española y portuguesa, así como también la poderosa influencia que ejerce sobre el pueblo cristiano que dirige, cree que sería un servicio muy oportuno y ventajoso para la Iglesia Católica el que se prestase estableciéndose en la metrópolis del catolicismo, un Seminario donde los jóvenes más aventajados entre los que se disponen a abrazar la carrera eclesiástica, viniesen a hacer sus estudios de Filosofía, Teología y Jurisprudencia, bajo la misma constitución dada por Vuestra Santidad para su nuevo Seminario Pio”.

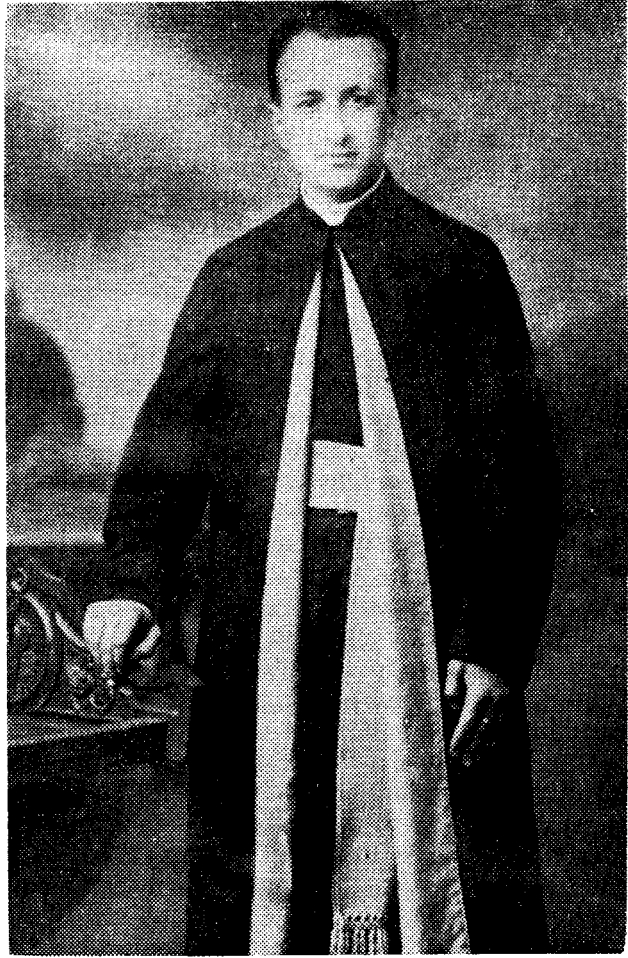
“Más no sería éste solamente —añade— el bien que ha de producir este establecimiento, hay otro todavía, y de mucha trascendencia: tal es la colocación que los Obispos darían en los Seminarios Diocesanos a los educados en Roma, los cuales amoldarían la doctrina, opiniones y costumbres del clero por las que ellos mismos habrían aprendido en la escuela de Roma.

“Si algún país en el mundo —continúa— necesita estrechar más y más sus vínculos de unión con el centro de la unidad católica, es sin duda alguna la América, por ser la más distante por su situación geográfica, y la más expuesta a recibir las influencias de las malas pasiones, por encontrarse con menos arbitrios para resistirlas”.

“Si este pensamiento, que el exponente humildemente somete a Vuestra Santidad, merece su aprobación, con el auxilio de Dios será llevado a su fin. Con este objeto el infrascripto podrá, a su costo, volver a la América y hablar a los Obispos de México, Centro América, Nueva Granada, Venezuela, Brasil, Provincias Argentinas, Chile y Perú, para recabar de ellos su cooperación para este proyecto”.

“No se oculta al exponente que esta corta erogación que se pedirá a los Obispos de la América Española e Imperio del Brasil no pueden satisfacer las exigencias del establecimiento que se proyecta pero, existen también las oblaciones que ofrece para esta santa obra un eclesiástico y las que con seguridad puede creerse que no faltarán”.

Ese eclesiástico era el propio Mons. Eyzaguirre que entregaba a la Santa Sede su herencia paterna, que continuaría recogiendo para el Colegio que fundara gruesas sumas entre sus familiares y amigos, que bajo la autorización expresa de Pío IX volvería a recorrer en largo, accidentado y penoso viaje toda la América Latina, que retornaría a Roma en enero de 1858 a dar cuenta al Sto. Padre de su misión, trayendo los primeros alumnos; que seguiría velando sobre el Colegio como su ángel tutelar, y después de cumplir una misión pontificia como Agregado papal ante los gobiernos de Ecuador, Perú y Bolivia, retornaría a continuar silenciosamente en su diócesis de Santiago de Chile, su apostólico ministerio sacerdotal.



*Eran los tiempos de
Seminarista en Roma*

Años más tarde, en 1875, después de visitar por última vez la obra que creara, partía en peregrinación a Tierra Santa. En el camino lo esperaba la corona que el justo Juez tiene preparada a los que saben pelear el buen combate de Cristo. Frente a la rada de Alejandría falleció el 16 de noviembre de 1875.

El inquieto peregrino reposará en la vasta inmensidad del mar. Ni su patria ni su colegio pudieron guardar sus cenizas. Pero un monumento "aere perennius" (6) más duradero que el bronce levanta su figura como un símbolo viviente de la devoción y de la fidelidad que unen en vínculo indisoluble a América Latina con el Pontificado Romano.

Ante las veneradas figuras de Pío IX y de Ignacio Víctor Eyzaguirre sentimos como perentorio mandato resonar en esta hora la palabra del Libro Santo: "Laudemos Viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua" (7).

(6) tr.: "más durable que el bronce".

(7) tr.: "Alabemos a los varones gloriosos y a nuestros padres en su generación",
Si. 44, 1.

Junto a ellos es menester pronunciar con inmensa gratitud otro nombre: la Compañía de Jesús.

Ella hizo posible que el sueño de los fundadores fuera realidad. Ella, durante 100 años, ha velado con afán y solicitud por cumplir la tarea de inmensa responsabilidad que la Santa Sede y la confianza del Episcopado Latinoamericano han puesto en sus manos.

Quisiera en esta hora poder pronunciar uno por uno los nombres de sus Rectores, profesores, directores espirituales y hermanos coadyutores, que en ininterrumpida serie han consagrado con admirable devoción sus mejores energías a nuestro Colegio, pero en la imposibilidad de hacerlo, deseo ser intérprete ante el Rvdo. Padre General, de la gratitud honda y del recuerdo perenne que la familia piolatina guardará siempre para con la Compañía de Jesús.

Pero, señores, no hemos venido tan sólo a recordar los viejos tiempos idos y a cavar en el rico suelo de nuestra historia centenaria, sino también a enfrentarnos a la realidad de la misión que Dios ha querido confiar a nuestro Colegio; la de ser en América el forjador de un auténtico sentir romano. Es su razón de ser y su gloria.

Es la respuesta que a través de cien años damos hoy al sueño visionario de nuestros fundadores.

La faja azul piolatina es la enseña de un ideal imperecedero que se llama la "romanidad".

Más que definir la "romanidad", es menester vivirla. Ella expresa el misterio de la Iglesia, bebido en su fuente; ella descubre el destino providencial de Roma, escrito en sus monumentos; ella nos engarza al dinamismo de la Redención que avanza, jalonado en la historia de los pontífices; ella nos apremia a la tarea evangelizadora, en el ímpetu sagrado que brota de su cátedra infalible; ella nos da el sentido de su maternidad espiritual que nosotros aprendimos a cantar, más que con los labios, con la vida:

"O Roma, nostris cordibus
Versaberis dulcissima:
erisque semper omnium
parens, magistra, patria" (8).

Desde los oscuros laberintos de sus catacumbas a la grandiosa cúpula de Miguel Angel; del silencio misterioso de sus templos románicos al esplendor de la gloria de Bernini; de las tumbas de los apóstoles al sepulcro moderno de san Pío X; de las obras de arte que van acusando luces y sombras del elemento humano, a las huellas de sus peregrinos que, en marea constante de veinte siglos han llegado a buscar firmeza junto a la Roca eterna, Roma sabe dar a los que la comprenden y la

(8) tr.: ¡Oh Roma, siempre serás
tenida como dulcísima
y serás siempre de todos
madre, maestra y patria!

viven el agudo sentido del mundo que pasa y de la Iglesia que permanece.

Quiso el Señor hacer providencialmente de Roma la encrucijada de la historia humana y el eje de su plan divino, precisamente para darnos aquí la lección de nuestra doble presencia, al crecer del mundo y al expandirse de la Iglesia.

Y desde este suelo, donde cada civilización deja su huella y donde, sobre el pasar de los siglos, se va discerniendo el plan de Redención, el Pío Latino fue señalando a sus alumnos el destino de nuestra tierra americana y la misión que en ella, le cabe a la Iglesia desarrollar.

Es el nuevo mundo en cuyo seno corre potente la savia cristiana que lo impulsa a los más altos ideales, pero que al mismo tiempo se enfrenta a la seducción de los grandes peligros ideológicos y morales que lo acechan.

Ese mundo, nos dijo Roma en su lección secular, hay que enfrentarlo misioneramente. Una pastoral de mera preservación no basta para salvarlo. En ningún sitio como en Roma se contempla mejor a la Iglesia, expresión histórica del movimiento salvador de Dios para la humanidad, y se percibe que hay que estar presentes a las inquietudes y anhelos, al dolor y a la angustia de nuestros pueblos, para llevarles la respuesta legítima que sólo ella es capaz de otorgar. Y, fieles a esa misión, han ido esparciéndose en cien años por tierras americanas, las generaciones de piolatinos portadores del mensaje que Roma les entregaba.

Era el mensaje de la unidad.

El que, en palabras de san Cipriano, como consigna y lema, se leen en el corazón de la Basílica Vaticana: "Hinc, sacerdoti unitas, exoritur..." (9). Y mientras ese mundo nuevo crecía y se desarrollaba, mientras surgían ciudades y se multiplicaban sus fábricas, mientras un afluir constante de razas diversas poblaba sus vastas extensiones, los piolatinos iban en tierras americanas, tejiendo con lazos cada vez más fuertes y vitales, el vínculo de la unidad en la fe, en la adhesión y en la obediencia a la Sede, "cabeza y madre de todas las Iglesias del orbe".

Era el mensaje de la santidad.

El que nos dice en sus costumbres que el crecer de la Iglesia es un crecer de vida divina en las almas; el que nos atestigua en el Circo y en el Coliseo que el martirio es su salmo de gloria; el que nos narra la virtud heroica de los que pasaron por este suelo sacro, sin otra mira que el amor a Cristo expresado en la inmolación al servicio de los miembros de su Cuerpo Místico.

Y ese Mensaje que brota de Roma responde a una vocación de santidad que Dios ha querido señalar a nuestras tierras americanas.

Es el llamado que nos viene en la alborada de nuestra existencia en la sonrisa maternal de María de Guadalupe.

Son las primicias de santidad que florecen en Rosa de Lima (10)

(9) tr.: "aquí brota la unidad del sacerdocio".

(10) Rosa de Lima. Nacida en 1586 en Lima. Vistió el hábito de las Terciarias en la Orden de Sto. Domingo. En una hermita en su propia casa vivió una vida de gran austeridad y de elevada contemplación. Murió en 1617.

y en Mariana de Quito (10-a). Son las rosas de sangre de Felipe de Jesús, el Padre Pro (11) y Salvador Montes de Oca (11-a). Es el testimonio heroico y silencioso del abnegado clero salido de nuestros seminarios diocesanos y que en estrecha unión con nuestros piolatinos, han sabido dar a nuestros pueblos el argumento definitivo e irredargüible de la santidad sacerdotal. No se ha escrito, y quizás sería imposible escribirlo, el poema de abnegación y sacrificio, de desinterés y celo, de inmolación humilde y callada de nuestro clero latinoamericano.

Lo sabe la pampa y el altiplano, el valle andino y la escabrosa sierra, el lejano villorio y la ciudad populosa. Lo saben los humildes, que en la figura de sus sacerdotes han sentido como una sombra de la paternidad divina, y que en su sencillo lenguaje lo siguen llamando el Tata Cura.

Qué dulce es el poder, aquí junto a la casa del Padre, envolver en un común homenaje a la familia piolatina y a los sacerdotes salidos de nuestros seminarios diocesanos.

Con qué honda emoción evocamos en este instante junto a las figuras veneradas de esos exalumnos ejemplares de nuestro Colegio. Un Agustín Boneo y un Francisco Orozco, un Rafael Guizar o un Ismael Perdomo, un Cardenal Lemeo o un Mariano Soler, un Gilberto Fuenzalida o un Víctor Sanabria; las de tantos otros sacerdotes ejemplares formados en nuestros seminarios; un Sinforiano Bogarin o un Federico Gonzáles Suárez, un Cura Bochero, un Carlos Casanueva (12), o un Jacinto Vera; los que en su vida nos muestran haber dado la respuesta eterna de la Iglesia a los problemas cambiantes de su tiempo.

De sus existencias ejemplares brota la lección inolvidable que nos repite, como en permanente programa, que la gloria del sacerdote no es ni el aplauso lisonjero, ni el éxito humano, sino la fidelidad hasta el sacrificio en la misión que la Iglesia le confía.

La voz de san Pablo nos advierte que "lo que se pide entre los administradores, es que sean fieles..." (13).

Como el labrador que recoge gozoso las gavillas de la simiente que sembró con lágrimas, el Colegio Pío Latino siente en este 21 de noviembre de 1958 haber hecho fructificar el germen que hace cien años la Iglesia le entregara.

(10-a) Mariana de Jesús Paredes y Flores (la "Azucena de Quito") vivió entre 1619 y 1645. Fue canonizada por Pío XII en 1950.

(11) Padre Pro. Jesuita mexicano. Su figura se hizo conocida durante la persecución religiosa de la primera parte de este siglo.

(11-a) Fue el primer ex-alumno del Pío Latino promovido al Episcopado, para la Diócesis de S. Luis de Potosí (México). Participó en el Concilio Plenario de América Latina en 1899, en Roma.

(12) Casanueva Mons. Carlos. Ordenado sacerdote en 1900, después de haber hecho estudios de Leyes. Fue Director Espiritual del Seminario Pontificio y su profundidad espiritual fue ampliamente conocida. En 1920 fue nombrado Rector de la Universidad Católica, donde permaneció hasta su muerte. El llamó a Mons. Larraín a la U.C.

(13) *1 Co. 4, 2.*

Pero siente al mismo tiempo que esa misión, lejos de terminar, continúa en apremiante actualidad.

La Iglesia en América Latina se enfrenta a una etapa decisiva de su desarrollo. Mientras la técnica va realizando en proporción gigantesca su unidad material, aparece aún en forma más urgente para la Iglesia la tarea de afianzar su unidad espiritual.

En un continente que avanza vertiginosamente, es necesario que esa unidad marche al ritmo de la vida, dándole a la América Latina la estatura espiritual que su creciente desarrollo exige.

El cristiano debe saber en los signos de los tiempos, las disposiciones providenciales de Dios. Y nosotros sentimos que en el cuadrante de este siglo veinte está sonando la hora de América.

De aquí la actualidad del Colegio Pío Latino Americano.

El ha de seguir dando, en escuela de auténtica romanidad, el sacerdote del futuro que nuestro continente necesita.

Presente a la realidad de América, a sus transformaciones sociales, al dolor de sus pueblos, y a las inquietudes de las nuevas generaciones; con un hondo sentido de Iglesia que sepa imprimir a cada una de sus empresas el dinamismo de la obra redentora;

unido filialmente a la Cátedra de Pedro, a su querer, a su sentir y a sus iniciativas;

con la audacia conquistadora del apóstol, con la firmeza de quien se apoya en principios eternos, con la serenidad de quien mira los acontecimientos sabiendo que Dios avanza entre las turbulentas aguas de la historia; el Pío Latino renueva en esta fecha su misión no interrumpida de dar el mensaje evangélico de la esperanza que empuja a América hacia sus altos destinos.

Por la memoria de nuestros grandes muertos, por las necesidades angustiosas e impostergables de nuestros pueblos en el presente, por el destino espiritual de sus hijos, seamos dignos del mandato imperativo de estrechar la unidad que Roma nos señala a la inmensa multitud que puebla nuestra América.

Factor de esta unidad ha sido, es y será nuestro Colegio.

Dios lo suscitó hace cien años para bien de todo un continente.

Dios quiera mantenerlo en el futuro para bien de toda la humanidad.

INMENSO CARIÑO DEL PUEBLO ECUATORIANO POR CHILE (1)
(X-1958)

Accediendo a la gentil invitación del Arzobispo de Guayaquil, Excmo. Mons. César Antonio Mosqueray, a la del Comité Organizador del Congreso que tuvo la gentileza de enviarme los pasajes, concurrí al 11º Congreso Eucarístico que la Nación Ecuatoriana ha celebrado.

Este Congreso se caracterizó por la presencia de Prelados de todas las Naciones de América Latina. El Cardenal Primado de Colombia y 16 Obispos de ese país. Los Arzobispos de Caracas, Panamá, Trujillo (Perú), Córdoba (Argentina) y numerosos Obispos de otras naciones se contaban entre los concurrentes.

Tuve el honor de hablar el día de la juventud. El Congreso tuvo actos de extraordinario fervor como la concentración de los hombres, donde más de 70 mil hombres se encontraban en el campo eucarístico. También la de los niños, llamado "el día blanco", en que se calculada sobre 80 mil niños de asistencia.

También la procesión final, presidida por el Cardenal Legado Emmo. Mons. Carlos Morela de la Torre, de Quito, a la que asistió el Presidente de la República, Dr. Camilo Ponce, quien pronunció una hermosa alocución al término de la Misa Pontifical, asercándose también a comulgar en compañía del Vice-Presidente de la República, del Presidente de la Cámara de Diputados y Ministros de Estado.

Gran Progreso en Guayaquil:

Llama profundamente la atención el extraordinario desarrollo de la ciudad de Guayaquil, que en breves años ha pasado a ser una de las metrópolis más importantes de la costa del Pacífico.

Del pequeño país que conocí hace 30 años, hoy nos encontramos con la magnífica ciudad que llega a cerca de 500 mil habitantes. Su comercio y edificios son realmente grandiosos.

A mi juicio, Guayaquil es una de las ciudades que progresan en forma más rápida en la costa del Pacífico.

Inmenso cariño por nuestro país.

Es impresionante el inmenso cariño que en Ecuador se tiene por Chile. Me tocó asistir y presidir un acto desarrollado en la Escuela que lleva el nombre de nuestra patria, en la cual los alumnos entonaron hermosas canciones chilenas. Hay en Guayaquil una colonia chilena muy

(1) Declaraciones efectuadas al regreso del Segundo Congreso Eucarístico Nacional efectuado en Ecuador, *D.M.*, Talca, 6 de octubre, 1958, pág. 2.

esforzada y que prestigia altamente a nuestra nación, presidida por el dignísimo Cónsul de Chile, D. Juan Zúñiga Arancibia, que goza de todo el aprecio de la colectividad.

Es muy grato para el chileno ver el aspecto con que en Ecuador se recuerda y sigue toda la vida de nuestro país, como también el influjo cultural del libro chileno que se ha especialmente difundido.

Quinta semana internacional de la Acción Católica.

Mi viaje duró 9 días, deteniéndome a mi regreso un día en Lima, donde me reuní con la Acción Católica Peruana, para estudiar el programa de la quinta semana internacional de la Acción Católica que deberá celebrarse en 1960 y que en mi calidad de Asesor Interamericano de dicho secretariado me corresponde organizar.

FUERZA Y FLAQUEZA DE LA IGLESIA EN AMERICA LATINA (1) (1960)

I. *Ausencia de la Iglesia en América Latina*

Este trabajo puede a primera vista aparecer pesimista. Como se verá más adelante, no lo es. Pero su objeto es señalar precisamente los puntos débiles de nuestra pastoral y las ausencias de la Iglesia de América Latina en varios aspectos de la promoción humana de nuestro Continente.

1. Como observación previa debemos señalar la ausencia de un plan pastoral explícito. Las diversas instituciones de carácter eclesiástico no aparecen entre sí debidamente coordinadas para una actuación armónica.

Nadie puede negar la existencia en América Latina de numerosas y florecientes obras apostólicas, pero es necesario confesar la independencia y falta de correlación de unas y otras.

Se impone con urgencia una auténtica pastoral de conjunto concebida en términos claros y precisos y en forma bien concreta. Pastoral en el plano diocesano conforme a planteamientos nacionales e interamericanos en orden a la evangelización.

(1) *Pastoral Popular*, 1960, (60), pág. 3-12.

Pastoral que partiendo del Obispo llegue a todos los párrocos y sacerdotes, oriente al Seminario y Casas de Formación Religiosa, enrole a religiosos, religiosas, institutos seculares, movimientos apostólicos y obras pías, en la gran tarea de edificar el Reino de Dios. "El individualismo apostólico, más que una indocilidad, es un error doctrinal" (2).

2. Se carece, en segundo término, de una orientación pastoral que integre la acción de las instituciones seculares de inspiración cristiana con la acción directamente ministerial de la jerarquía en un mismo sentido comunitario de la vida, que sea capaz de promover y crear estructuras que permitan el desenvolvimiento plenamente humano y cristiano del pueblo.

3. Falta una presencia activa y dinámica de los católicos (especialmente laicos) en los campos de la ciencia y de la técnica que posean la autoridad científica que les da su preparación y sean capaces, por su formación doctrinal, de responder concretamente a los problemas morales que la misma ciencia y técnica les propone. No basta una moral empírica. Hay que ponerla en contacto con las realidades humanas que vive el hombre de hoy y con los problemas futuros que el mismo desarrollo de la ciencia y de la técnica va presentando a la conciencia cristiana. Un dirigente jocista hacía esta pregunta a uno de sus asesores: "Vosotros nos decís, hay que prepararse para el mañana. Bien, ¿estáis vosotros preparados para el pasado mañana?"

Faltan dirigentes cristianos, técnica y doctrinalmente preparados, para hacerse responsables de la promoción humana en lo educacional, en lo económico, en lo social, en lo cívico, etc.

Damos con frecuencia formación religiosa, y en esto, a pesar de muchas deficiencias, hay que anotar grandes progresos, pero ¿la damos en la vida y en la función de la vida? Los cuadros de nuestra formación apostólica, ¿están en relación íntima con la comunidad humana en que ese militante debe actuar?

Un espíritu apostólico desencarnado de las grandes realidades sociales en donde el hombre actúa, nos da una acción que no logra solucionar los grandes problemas del hombre y del mundo de hoy.

4. Falta en forma realmente trágica, el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia. No la enseñan la mayor parte de nuestros colegios católicos. No la aplica la mayor parte de los empresarios católicos. La resisten en la práctica, las clases dirigentes, que si bien son católicos en cuanto a la práctica religiosa, poseen una mentalidad típicamente liberal e individualista en cuanto a lo económico y social. El mismo clero en su mayor parte la silencia.

5. Existiendo ese desconocimiento de la doctrina social es lógico que tampoco va a poder actuarse con una ideología que defina los objetivos en su multiplicidad y los jerarquice.

(2) Bernard, Mons., Obispo de Versailles.

Consecuencia necesaria de esto, es la división de los católicos en el campo de la política. Toda política responde a una ideología y es expresión de una doctrina. Falta, dentro de la libertad política, un movimiento cívico de base, tendiente a movilizar la buena voluntad de los ciudadanos en una antropología trascendente, histórica y culturalmente cristiana.

Mientras exista en el campo católico una ignorancia casi total de la doctrina social de la Iglesia, un criterio individualista y liberal para juzgar los problemas del trabajo y de la vida social y la carencia de una conciencia social que diga al cristiano su responsabilidad frente a los problemas de la sociedad, dándole conjuntamente la sensibilidad social que necesita, será muy difícil lograr el mínimo de unión que los católicos requieren para hacer frente a los problemas de la política.

La división política de los católicos no es ni un hecho circunstancial, ni sólo producto de pasiones. Arranca de algo más profundo que es lo que acabamos de señalar. La división es un efecto de la causa. Solamente remediando esa causa podrá solucionarse el problema.

6. Ausencia de la Iglesia en las estructuras sociales fundamentales y en la promoción de las comunidades humanas.

La causa es la carencia de dirigentes cristianos para hacerse responsables de esa acción que ante todo y esencialmente corresponde a los laicos.

Esto trae consigo dos grandes preguntas: La Acción Católica y los movimientos de Latinoamérica, ¿realizan la labor más adecuada para afrontar los grandes problemas que plantea la crisis contemporánea? Todos estos movimientos apostólicos se dirigen principalmente a reclutar gente olvidándose de hacerse presentes en las estructuras sociales fundamentales.

La Iglesia y las obras apostólicas que Ella inspira y dirige, tiene que comprender la presión creciente en el hombre de hoy; la ascensión personal y colectiva. Si los planes y actividades apostólicas se basan en estos dos hechos poderosos del mundo actual, podrá la Iglesia estructurar y bautizar la América Latina del mañana: Los planes y actividades, en cambio, hechos sin la comprensión de estos fenómenos, irán contra la corriente y no tendrán resultados. El rumbo que toma la sociología de hoy es el desarrollo de la comunidad.

La acción apostólica del laicado debe orientarse a formar los hombres técnicos doctrinales capacitados para realizar esa labor.

El mundo del mañana se hará con nosotros... o sin nosotros. Y al hacerse sin nosotros será contra nosotros.

La segunda pregunta, aunque muy breve por pertenecer más bien a otro tema, es la siguiente: los colegios apostólicos, ¿forman al hombre capaz de actuar apostólicamente en sus ambientes y trabajar por una promoción cristiana de la comunidad que hoy tanto se precisa? Es un serio examen que urge realizar.

Oportunidades de la Iglesia en América Latina.

Seré aquí muy breve.

1. Existe un rico fondo de tradición cristiana, fruto de una gran evangelización misionera.
2. Existe en América Latina un alma religiosa abierta a todos los grandes valores del cristianismo.
3. Existe un sano deseo de evolución y mejoramiento social que puede ser ampliamente captado por la Iglesia.
4. La Acción Católica en sus cortos años de vida, pese a grandes dificultades, ha ido formando un laicado selecto, conciente y preparado.
5. Los esfuerzos del CELAM en sus breves cuatro años de existencia han mostrado todas las posibilidades que existen cuando se realiza una acción planificada, metódica y coordinada.
6. Se está despertando fuertemente en los católicos en Europa y Norteamérica la conciencia de dar a la Iglesia de América Latina los medios para vitalizar fundamentalmente su acción.
7. La generación joven aparece mucho más abierta a una sana evolución social.
8. Los peligros que hace algunos años pudieron presentarse en los elementos católicos de tendencias democráticas cristianas, de una excesiva apertura hacia la izquierda, van prácticamente desapareciendo, y no es de temer reaparezcan, si la Jerarquía sabe darle asistencia espiritual y doctrinal en la forma comprensiva que necesitan.
9. La presencia de la Iglesia en la historia de América Latina no puede ser fácilmente borrada. Los pueblos esperan de Ella una solución a sus problemas; lo importante es que la Iglesia sepa recoger esas aspiraciones y darles una respuesta cristiana.
10. Por último, existen en el clero y laicado de América Latina valores espirituales e intelectuales de primera fuerza, capaces de orientar los grandes movimientos sociales del continente.

II. *Presencia de la Iglesia en América Latina*

Llegamos al último punto que será el resumen de los anteriores y constituirá las sugerencias positivas ante el problema de la penetración comunista en América Latina. Deseo reducirlas a pocas conclusiones, las que siguiendo el mismo proceso de la línea de penetración comunista nos digan los puntos vitales en los cuales debemos actuar.

1. Campo de la ciencia y de la técnica.
2. Dirigentes.
3. Doctrina.
4. Orientación de las obras apostólicas hacia los grandes campos de estructuración de la sociedad.
5. Formación del militante católico.
6. Visión del mundo futuro.

1. *Campo de la ciencia y de la técnica*

Apremiante necesidad de orientar a los mejores de nuestros católicos hacia los campos de la ciencia y de la técnica, proveyendo al mismo tiempo a una sólida formación doctrinaria.

Creación en cada país de Latinoamérica de centros de investigación, planificación, etc., que trabajen en conexión con todos los elementos que el trabajo científico requiere. De ahí saldrán los técnicos capaces de dar una respuesta cristiana a los múltiples y complejos problemas de hoy.

2. *Dirigentes*

Formar la convicción que tanto la Acción Católica y demás obras apostólicas como los establecimientos educacionales, deben procurar en primer término la formación de militantes. Sin dirigentes la masa es incapaz de actuar. En cambio actuará siempre en el sentido que el dirigente le indique.

Ese dirigente tiene una doble tarea: construir un mundo y divinizarlo. Comprender el sentido de lo temporal. Crear un mundo donde la vida cristiana sea posible y deseable.

De ahí la necesidad de formación sistemática de dirigentes seculares competentes para asumir las funciones que la sociedad humana requiere para su desarrollo y realización. Sin esa formación, la Iglesia no contará con una vida humana apta para progresar espiritualmente y recibir su influencia sobrenatural.

Creación de Institutos de dirigentes seculares, tales como los Institutos de la Vida Rural, que funcionan en Chile bajo la dirección de la Acción Católica Rural.

3. *Doctrina*

Tomar conciencia de la urgente necesidad de divulgar la Doctrina Social de la Iglesia y mostrar sus aplicaciones concretas en América Latina.

Que cada país cree, como su Jerarquía lo estime conveniente, un Organismo permanente para la celebración de Semanas Sociales Nacionales.

Que bajo la iniciativa y dirección del CELAM se organicen en forma sistemática a través de América Latina, Semanas Sociales Interamericanas. Pedir al Secretario del CELAM la redacción de un Manual de Estudios Sociales, para los colegios católicos secundarios y escuelas universitarias.

Hacer obligatoria la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en todos los establecimientos católicos, y proponer la creación de Facul-

tades de Ciencias Sociales y Económicas en las Universidades Católicas de América Latina.

Pedir, por medio de los organismos correspondientes, la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en las Casas de Formación Religiosa.

4. Orientación de las obras apostólicas hacia los grandes campos de estructuración de la sociedad.

Importancia vital de la Acción Católica especializada, capaz de penetrar y transformar los ambientes. Necesidad urgente de activar una Acción Católica Obrera (ACO) una Acción Católica Rural (ACR) con técnicos y métodos apropiados a esos mismos ambientes.

Necesidad de evitar la Hiperestructuración de la Acción Católica cerándola sobre sí misma, y creando grupos de católicos al margen de los grandes problemas de la vida.

En cambio, necesidad de impulsar una Acción Católica que lleve al militante a un doble campo de acción:

a) Presencia en la estructuración profesional. Importancia de dar una visión cristiana de la empresa y formar la conciencia y criterio del empresario (UNIAPAC).

Importancia de la presencia activa del católico en la profesión organizada. Criterio cristiano sobre el ejercicio de la profesión (problemas teológicos). Visión cristiana de la profesión en la elaboración de un orden social cristiano.

Urgencia de la acción sindical. Necesidad de que los militantes de la Acción Católica actúen en el seno de sus sindicatos. Formación de organizaciones para-sindicales inspiradas en los principios sociales del cristianismo, que tenga como fin unir, organizar, orientar y capacitar el elemento de inspiración cristiana dentro del sindicato para darle a la vida sindical su verdadera finalidad temporal.

b) Presencia activa en el desarrollo de la comunidad. La Acción Católica y movimientos apostólicos deben formar al cristiano espiritualmente adulto, capaz de incorporarse totalmente a los ambientes de la vida. El móvil de la organización debe ser organizarse para servir mejor, para hacerse más útil en la transformación de las personas y de los ambientes.

Comprender que el rumbo que toma la sociología de hoy es el del desarrollo de la comunidad. Los militantes han de ser orientados a esa labor. La existencia en América Latina de situaciones sociológicamente regresivas de grupos humanos no pequeños, hace impostergable que la Iglesia asuma el método de educación de base y lo inserte en su pastoral suburbana, rural y misionera.

Especial importancia cobra este método cuando por medio de las escuelas radiofónicas se le hace llegar a los sectores geográficamente lejanos de los centros de Cultura.

5. *Formación del militante*

El laico debe saber encontrar en la vida corriente una fuente de gracias que le están reservadas en el inspirar cristianamente todas sus acciones. En efecto, es el laico a quien Dios encomienda la tarea de dar sentido cristiano a las instituciones de este mundo. La Iglesia espera de los fieles que cumplan con su misión de cristianizar el orden temporal. Esta no es tarea directamente de los eclesiásticos. La Iglesia necesita de un laicado maduro, responsabilizado. Ser laico es tener un puesto en la Iglesia irremplazable.

Antes que nada su acción deberá proyectarse a su alrededor, a los suyos; con ello toma su vida un carácter apostólico. Todo se engrandece con su misión. De aquí nace el verdadero carácter pastoral que debe tener el apostolado laico, considerándose responsable de las almas que se le encomienden. Cuando un seglar se sienta "enviado" para salvar tal o tales almas llega a ser un militante. Militante es el seglar de Acción Católica que se ha responsabilizado de la salvación de otros. Esto supone intensa vida espiritual para darle gracia, sólida formación para transmitir ideales cristianos, y una iniciación en la acción apostólica de los que han sido encargados. Todo socio de Acción Católica deberá llegar a ser militante, para merecer el nombre de "Acción Católica". Además de esta acción ante las personas, el militante tendrá que influenciar las instituciones civiles, educacionales, etc., procurando ser el representante de Dios en medio de sus ambientes. El militante comprende que no está por casualidad sino por providencia de Dios en cualquier institución o ambiente en que actúa.

El mal profundo de América Latina es una falta de sentido de Iglesia en lo católico. Nos contentamos con una mera formación piadosa o moralista. No damos suficientemente la formación apostólica. Y cuando la damos, a menudo la orientamos únicamente hacia la acción religiosa, olvidando que la tarea fundamental e insustituible del laico es la de humanizar y cristianizar las estructuras temporales en que vive.

6. *Visión del mundo futuro*

Por último, es necesario formar la conciencia de los católicos respecto de su misión social ante el futuro desarrollo de América Latina.

Hacerle sentir la necesidad de que su misión se extiende no tanto en defender cuanto en promover y orientar las inquietudes de estos pueblos.

Hacerle comprender que el comunismo no será vencido por la fuerza de las armas o por medidas policiales, sino por la restitución plena de la escala de valores cristianos.

El valor de la persona humana —la economía orientada no hacia el lucro sino hacia la satisfacción de las necesidades humanas— el sentido humano de la economía — la dignidad humana y sobrenatural del

trabajo — libertad de la persona humana ante los determinismos económicos, visión de una civilización basada no en el “tener más” sino en el “ser más”.

Esa visión del futuro animando la acción pastoral de América Latina hará posible el que este continente permanezca fiel a su vocación cristiana.

Quiera Cristo Nuestro Señor y Nuestra Madre Santísima María, darnos la conciencia de la gravedad de la hora, de la urgencia del trabajo y de la solución de la Iglesia que en su enseñanza nos señala.

AMERICA LATINA
PROBLEMAS, PELIGROS, SOLUCIONES (1)
(1960)

I. *Planteamiento:*

Los problemas que el Comunismo Plantea en el aspecto social hay que considerarlos en un doble campo:

- 1) Teórico, y
- 2) Práctico.

1) En el *Campo Teórico* tenemos que estudiar:

- 1) los aspectos:
 - a) científico;
 - b) moral, y
 - c) técnico.

que nos dan la visión del problema, y

2) el doctrinario —es decir el fin que se persigue, que nos da el *juicio* sobre los problemas contemplados.

2) En el *Campo Práctico* tenemos que considerar,

- a) el aspecto ideológico que define los múltiples objetivos y los jerarquiza;
- b) el político, que ofrece las decisiones que hay que tomar e introduce en la problemática de los medios, y
- c) la acción que es la *síntesis* de todo lo anterior.

(1) Santiago: Ed. del Pacífico.

II. *Línea positiva:*

Cualquier plan de actividades que pretenda hacerse sobre el Comunismo sin tener en cuenta estos elementos, va a pecar por incompleto y parcial, y no nos va a hacer ver lo más importante que es la *línea positiva de su propio desarrollo*. De hecho, cuando se habla o se escribe sobre la penetración comunista se pone casi exclusivamente la atención sobre acciones negativas que el Comunismo adopta frente a las estructuras actuales, tales como el aprovechamiento del malestar social existente, el promover actos subversivos, etc., pero no se va a la visión más profunda de su progreso sistemático, y de su penetración en los centros de influencia, penetración que responde a un plan racional y son manifestaciones de una misma operación general que progresivamente penetra y toma posiciones.

Es una nueva civilización la que el comunismo pretende construir. De ahí que exista una profunda cohesión interna que inspira y relaciona todas las actividades del comunismo en América Latina.

La posición del Comunismo en los campos de la ciencia, la moral y la técnica, son expresión de una doctrina. Esa doctrina a su vez, no se queda en el campo teórico, va a la práctica. Pero esa práctica está también planificada. Se expresa primero en el campo ideológico, donde los múltiples objetivos se definen y jerarquizan. Esa ideología toma decisiones concretas y entra en la problemática de los medios; hay una *política*.

La acción es la conjugación final de una política que brota de una ideología y de una doctrina. El Comunismo de este modo se presenta y actúa como un todo coherente que tiende a dar una visión integral del hombre, del mundo y de la vida. Es la base de su fuerza. "Todas las culturas están secas, en decadencia, menos la cultura comunista de Rusia", es la palabra de orden de la FISE (Federación Internacional de Sindicatos de la Educación).

III. *Plan coordinado:*

Para trazar un plan coordinado de la Iglesia frente a los problemas planteados por el Comunismo en América Latina, tenemos que considerar cinco puntos que a continuación señalo:

- A) Oportunidades que se le ofrecen al Comunismo en América Latina.
- B) Presencia del Comunismo en América Latina.
- C) Ausencias de la Iglesia.
- D) Oportunidades que se le ofrecen a la Iglesia en América Latina.
- E) Presencia de la Iglesia.

Imposible e innecesario para la finalidad de este trabajo es el desarrollar completamente estas premisas. Procuraré tan sólo indicar-

las. De los hechos que ellas nos entreguen saldrá, como lógica conclusión, la acción que se precisa.

IV. *El comunismo en América Latina:*

A) *Oportunidades que se le ofrecen al Comunismo en América Latina.*

Me limito a señalarlas:

a) Subdesarrollo económico. Hay magníficos estudios sobre renta per capita, consumo de calorías, condiciones de trabajo y de empleo insuficiente, etc. No son del caso citarlos aquí, pero sí afirmar que todos ellos nos dan la visión del tremendo problema de subdesarrollo que produce en grandes sectores una vida subhumana.

b) Abismos entre los standards de vida de las clases sociales. Las diferencias sociales en América Latina son inmensamente mayores que en Europa. La clase media comienza a formarse y su potencialidad económica es relativamente pequeña en comparación de la fuerza de las clases medias europeas y de Estados Unidos.

c) Subdesarrollo cultural (problemas de educación, analfabetismo, etc.). Los datos dados en el último Congreso Latinoamericano de Educación de Lima, arrojan cifras de extraordinaria gravedad.

d) Explosión demográfica latinoamericana que no va a la par con la industrialización.

e) Facilidad de la comunicación ideológica. Deseo de movilidad social. Crecimiento de aspiraciones de una ascensión económica y social que no puede ser satisfecha por "los medios ordinarios" de la sociedad actual.

f) Problemas económicos nacionales —especialmente inflación— que para ser estabilizada necesita de una austeridad total (es decir de todos), y en que la congelación de sueldos, que es el medio técnico que más se encarece, afecta principalmente al que vive de sueldo o salario, creando así un mayor malestar social.

g) Estado actual de la sociedad moderna, especialmente en las áreas urbanas. Situación de Anomía, esto es, carencia de leyes preestablecidas que indiquen al individuo el comportamiento esperado de él, lo que trae la pérdida del consenso o aceptación general de las normas que antes orientaban el comportamiento humano.

h) Falta de integración del individuo en la sociedad. Sensación de inseguridad. De ahí el hecho social reconocido, de la búsqueda positiva de comunidades humanas, lo que constituye un elemento apto para ser canalizado y aprovechado por tendencias exageradamente comunitarias, como el Comunismo.

i) El Comunismo se presenta no sólo como una teoría profetizada, sino como una realidad operante. El progreso técnico, científico, económico de Rusia, es presentado como producto de una doctrina y utilizado como argumento apologético para valorizar la misma doctrina.



Participantes en su 3ª Misa, en las Catacumbas de Roma, el 20 - IV - 1927

j) Estas oportunidades se ven favorecidas por la misma constitución del Estado liberal en los países subdesarrollados donde el Estado es el grande y único capitalista y donde faltan sociedades intermedias de proporciones más humanas. No es difícil el cambio de tal Estado a una concepción marxista. Unese a esto la tendencia hoy generalizada en casi todas las naciones de América Latina hacia una educación laicista y hacia el Estado docente, que constituye un peligro potencial, ya que tal Estado docente en manos del Comunismo será el mejor medio de propagar su doctrina.

B) *Presencia del Comunismo en América Latina*

No vamos tanto a señalar hechos, acumular cifras, etc., cuanto a sacar de los mismos hechos la línea de penetración que el Comunismo sigue en América Latina. Esa misma línea nos indicará muchas omisiones nuestras y nos ayudará a trazar el plan de nuestra acción. "Fas est ab hoste doceri" (2). Al estudiar en su conjunto y más allá de las simples apariencias externas, vemos que las actividades comunistas de penetración responden a un método de educación integral, siguen un proceso sistemático de formación colectiva y de capacitación disciplinaria y táctica de grupo, para que de esta manera se socialicen los individuos y las comunidades. La infiltración comunista posee un sistema dinámico de penetración de la vida humana que pretende estructurarla en función del colectivismo económico ateo.

Toda la acción de infiltración comunista en el campo laboral, educacional, cívico y social, es manifestación de una misma operación general que progresivamente penetra y toma posiciones.

Tratemos, dentro del esquema indicado al comienzo, de mostrar la dinámica interna de dicha operación.

El Comunismo necesita como base para llevar a cabo su plan, realizar un enorme esfuerzo de racionalización total.

Tomará como base el desarrollo de la ciencia y de la técnica, que son los dos grandes elementos del progreso material. Y unirá ciencia y técnica con una moral que ponga al hombre al servicio de ellos. Quién no recuerda los "esclavos técnicos" de la célebre novela de Ghiorgiu. América Latina es un Continente donde puede decirse "todo está por hacerse", y donde el técnico tiene un poder incontrolado y decisivo. Hacia allá va la gran táctica del Comunismo. Las escuelas técnicas —llámense normales, institutos pedagógicos, facultades de ciencias económicas y sociales, bellas artes, asistentes sociales, etc., están siendo penetradas en forma extraordinaria por el Comunismo. El Congreso de Universidades Latinoamericanas, que acaba de celebrarse en septiembre en Buenos Aires, ha revelado la potencia de los elementos comunistas en la dirección y

(2) tr.: "es lícito ser enseñado por el enemigo".

magisterio universitario. Sin proclamarse comunistas, sin nombrar la palabra "marxismo", "pour ne pas épater le bourgeois", el técnico marxista, en nombre únicamente de la ciencia y de la técnica, está dando una moral de contenido marxista. De ahí se pasa a la segunda etapa; ciencia, moral y técnica positivista requieren una interpretación doctrinal y entonces es el marxismo el que viene a dar una visión del mundo del mañana.

La tecnocracia produce como su mejor expresión el hombre marxista.

El Comunismo va más allá de un mero cambio social. Busca algo más profundo. Sabe —y la misma experiencia cristiana se lo confirma— que para cambiar las instituciones hay que cambiar primero a los hombres. De ahí que él tenga un método de educación integral, una capacitación del individuo en función de la doctrina tendiente a formar el hombre marxista.

El trabajo marxista tiene en primer lugar como sujeto la formación de especialistas en todas las actividades técnicas, los que al mismo tiempo reciben una profunda formación doctrinaria. De otra parte, una sólida organización los mantiene unidos y los lanza en forma metódica a la acción. Hay en consecuencia, dentro del campo comunista:

- a) un enorme esfuerzo de capacitación técnica;
- b) escuelas organizadas de dirigentes que toman a los más aptos de estos técnicos para formarlos doctrinalmente;
- c) una planificación sistemática y metódica de la acción; el tipo de actividad será variado, pero especialmente orientado a investigaciones, planificaciones, realizaciones. Al través de todas ellas se actualiza con diversas consignas y medios su ideología y su política que va configurando su acción.

Esta acción se orienta en dos sentidos que podríamos llamar:

- a) el esquema funcional, y,
- b) el esquema comunitario.

a) *El Esquema Funcional* o de estructuración profesional, se expresa principalmente en la empresa, la profesión y el campo laboral, y en los cuerpos intermedios de los grandes elementos de la producción.

De un modo especial aparecen la organización profesional y el sindicato.

En el seno de todas las profesiones actúan con especial fuerza y unión los núcleos marxistas que tienden a dar a través de ellas una visión marxista del mundo y de la vida.

Respecto al sindicato, aun cuando numéricamente son minoría, con gran frecuencia controlan en América Latina las directivas sindicales. Es el caso típico que ya hemos señalado, de una doctrina que define sus actividades y las jerarquiza en una ideología y que por medio de una política entra en la problemática de los medios para realizar su acción.

(3) tr.: "para no espantar al burgués".

b) *Esquema Comunitario*. La penetración comunista trata de dominar el método comunitario en el desarrollo de núcleos humanos y de organización de la comunidad. De este modo, la acción comunista aparece identificada con los ideales de superación cultural y anhelos de mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo.

Tiende a desarrollarse desde la comunidad más pequeña de tipo zonal, barrio, hacienda, club deportivo, hacia otras mayores de tipo regional; municipios, centros de progreso provincial, etc., y, sobre todo del tipo nacional; acción política —que entrega la dirección del Estado y de los grandes organismos estatales.

De un modo especial es necesario considerar en América dos comunidades muy susceptibles de ser penetradas; las indígenas —que presentan como antecedentes favorables a su penetración la misma organización comunitaria que ancestralmente tienen (v. gr. altiplano andino), y la hacienda agrícola que por la condición de los trabajadores campesinos y la mala distribución de la propiedad (latifundio y minifundio) son especialmente aptas para que el Comunismo pueda tener ahí éxito.

El Comunismo ha visto y comprendió, que hay un proceso en marcha de integración social. Que existe un ansia incontenible de promoción humana en vastos sectores de la población latinoamericana, especialmente en el campesino, en el obrero y en el elemento indígena. Desean estar presentes en esa promoción. Al través de dirigentes, técnica y doctrinariamente capacitados, de un plan vasto y profundo de acción, de organización metódica y, sobre todo, de un intenso espíritu militante, van infiltrándose en las diversas comunidades humanas para imponer en ellas sus consignas.

En esta forma provocarán una crisis interna violenta, exigirán otras formas de agrupación, impondrán una dirección colectivista disciplinada, y la articulación o subordinación de cada grupo revolucionario al plan general o planificación internacional del Comunismo.

C) *Ausencias de la Iglesia*

Esta parte puede a primera vista aparecer pesimista. Como se verá más adelante, no lo es. Pero su objeto es señalar precisamente *los puntos débiles* de nuestra pastoral y las ausencias de la Iglesia de América Latina en varios aspectos de la promoción humana de nuestro Continente.

1) Como observación *previa* debemos señalar la ausencia de un plan pastoral explícito. Las diversas instituciones de carácter eclesial no aparecen entre sí *debidamente* coordinadas para una actuación armónica.

Nadie puede negar la existencia en América Latina de numerosas y florecientes obras apostólicas, pero es necesario confesar la independencia y falta de correlación de unas y otras.

Se impone con urgencia *una auténtica pastoral de conjunto* concebida en términos claros y precisos y en forma bien concreta. Pastoral en

el plano diocesano conforme a planteamientos nacionales e interamericanos en orden a la evangelización.

Pastoral que partiendo del Obispo llegue a todos los párrocos y sacerdotes, oriente el Seminario y Casas de Formación Religiosa, enrole a religiosos, religiosas, institutos seculares, movimientos apostólicos y obras pías, en la gran tarea de *edificar* el reino de Dios. “El individualismo apostólico, más que una indocilidad, es un error doctrinal” (Mons. Renard, Obispo de Versailles).

2) Se carece, en segundo término, de una *orientación pastoral* que integre la acción de las instituciones *seglares* de inspiración cristiana con la acción directamente *ministerial* de la jerarquía en *un mismo* sentido *comunitario* de la vida, que sea capaz de promover y crear *estructuras* que permitan el desenvolvimiento plenamente humano y cristiano del pueblo.

3) Falta una presencia activa y dinámica de los católicos (especialmente laicos) en los campos de la ciencia y de la técnica, que posean la autoridad científica que les da su preparación y sean capaces, por su formación *doctrinal*, de responder concretamente a los problemas morales que la misma ciencia y la técnica les propone. No basta una moral empírica. Hay que ponerla en contacto con las realidades humanas que vive el hombre de hoy y con los problemas futuros que el mismo desarrollo de la ciencia y de la técnica va presentando a la conciencia cristiana. Un dirigente jocista hacía esta pregunta a uno de sus asesores: “vosotros nos decís, hay que prepararse para el mañana. Bien, ¿estáis vosotros preparados para el pasado mañana?”

Faltan dirigentes cristianos, técnica y doctrinalmente preparados, para hacerse responsables de la promoción humana en lo educacional, en lo económico, en lo social, en lo cívico, etc.

Damos con frecuencia formación religiosa, y en esto, a pesar de muchas deficiencias, hay que anotar grandes progresos, pero la damos *en* la vida y en función de la *vida*? Los cuadros de nuestra formación apostólica, están en relación íntima con la comunidad humana en que ese militante debe actuar?

Un espíritu apostólico desencarnado de las grandes realidades sociales en donde el hombre actúa, nos da una acción que no logra solucionar los grandes problemas del hombre y del mundo de hoy.

4) Falta en forma realmente trágica, el conocimiento de la *doctrina social de la Iglesia*. No la enseñan la mayor parte de nuestros colegios católicos. No la aplica la mayor parte de los empresarios católicos. La resisten en la práctica, las clases dirigentes, que si bien son católicas en cuanto a la práctica religiosa, poseen una mentalidad típicamente liberal e individualista en cuanto a lo económico y social. El mismo clero en su mayor parte la silencia.

5) Existiendo ese desconocimiento de la doctrina social es lógico que tampoco va a poder actuarse una ideología que defina los objetivos en su multiplicidad y los jerarquice.

Consecuencia necesaria de esto, es la división de los católicos en el campo de la política. Toda política responde a una ideología y es expresión de una doctrina. Falta, dentro de la libertad política, un *movimiento cívico de base*, tendiente a movilizar la buena voluntad de los ciudadanos en una antropología trascendente, histórica y culturalmente cristiana.

Mientras exista en el campo católico una ignorancia casi total de la doctrina social de la Iglesia, un criterio individualista y liberal, para juzgar los problemas del trabajo y de la vida social y la carencia de una conciencia social que diga al cristiano su responsabilidad frente a los problemas de la sociedad, dándole conjuntamente la sensibilidad social que necesita, será muy difícil lograr el mínimo de unión que los católicos requieren para hacer frente a los problemas de la política.

La división política de los católicos no es ni un hecho circunstancial, ni sólo producto de las pasiones. Arranca de algo más profundo que es lo que acabamos de señalar. La división es un efecto de esa causa. Solamente remediando esa causa podrá solucionarse el problema.

6) Con frecuencia, partidos políticos de orientación liberal capitalista, formados por elementos católicos, e invocando su carácter de tales, se presentan apoyando estructuras que no responden al bien común e impidiendo aquellas reformas de estructuras que permitan el desenvolvimiento plenamente humano y cristiano del pueblo. América Latina por ejemplo, va a tener que enfrentarse a corto plazo con el problema del agro. Una cierta reforma se precisa ahí con urgencia. Hay cifras y hechos ante los cuales no podemos cerrar los ojos. Las Semanas de la Vida Rural de Manizales, Panamá y Santiago de Chile, han señalado en forma clara el problema. La ausencia, y lo que es peor, la resistencia, de los católicos a estos movimientos, hará que ellos se realicen dentro de una inspiración y técnica marxistas.

7) Ausencia de la Iglesia en las estructuras sociales fundamentales y en la promoción de las comunidades humanas.

La causa es la carencia de dirigentes cristianos para hacerse responsables de esa acción que ante todo y esencialmente corresponde a los laicos.

Esto trae consigo dos grandes preguntas: la Acción Católica y los movimientos apostólicos de Latinoamérica ¿realizan la labor más adecuada para afrontar los grandes problemas que plantea la crisis contemporánea? Todos estos movimientos apostólicos se dirigen principalmente a reclutar gente olvidándose de hacerse presente en las estructuras sociales fundamentales.

La Iglesia y las obras apostólicas que Ella inspira y dirige, tiene que comprender la presión creciente en el hombre de hoy; la ascensión personal y la colectiva. Si los planes y actividades apostólicas se basan en estos dos hechos poderosos del mundo actual, podrá la Iglesia estructurar y bautizar la América Latina del mañana. Los planes y actividades, en cambio, hechos sin la comprensión de estos fenómenos, irán contra la corriente y no tendrán resultados. El rumbo que toma la sociología de hoy es el desarrollo de la comunidad.

La acción apostólica del laicado debe orientarse a formar los hombres técnicos doctrinalmente capacitados para realizar esa labor.

El mundo de mañana se hará *con* nosotros... o *sin* nosotros. Y al hacerse sin nosotros será *contra* nosotros.

La segunda pregunta, aunque muy breve por pertenecer más bien a otro tema, es la siguiente: ¿los colegios apostólicos forman al hombre capaz de actuar apostólicamente en sus ambientes y trabajar por una promoción cristiana de la comunidad que hoy tanto se precisa? Es un serio examen que urge realizar.

V. La Iglesia en América Latina

D) Oportunidades de la Iglesia en América Latina

Seré aquí muy breve.

1) Existe un rico fondo de tradición cristiana, fruto de una gran evangelización misionera.

2) Existe en América Latina un alma religiosa abierta a *todos* los grandes valores del cristianismo.

3) Existe un sano deseo de evolución y mejoramiento social que puede ser ampliamente captado por la Iglesia.

4) La Acción Católica en sus cortos años de vida, pese a grandes dificultades, ha ido formando un laicado selecto, consciente, y preparado.

5) Los esfuerzos del CELAM en sus breves cuatro años de existencia han mostrado todas las posibilidades que existen cuando se realiza una acción planificada, metódica y coordinada.

6) Se está despertando fuertemente en los católicos en Europa y Norteamérica la conciencia de dar a la Iglesia de América Latina los medios para vitalizar fundamentalmente su acción.

7) La generación joven aparece mucho más abierta a una sana evolución social.

8) Los peligros que hace algunos años pudieron presentarse en los elementos católicos de tendencias democráticas cristianas, de una excesiva apertura hacia la izquierda, van prácticamente desapareciendo, y no es de temer reaparezcan, si la Jerarquía sabe darle asistencia espiritual y doctrinal en la forma comprensiva que necesitan.

9) La presencia de la Iglesia en la historia de América Latina no puede ser fácilmente borrada. Los pueblos esperan de Ella, una solución a sus problemas, lo importante es que la Iglesia sepa recoger esas aspiraciones y darle una respuesta cristiana.

10) Por último, existen en el clero y laicado de América Latina valores espirituales e intelectuales de primera fuerza, capaces de orientar los grandes movimientos sociales del continente.

E) *Presencia de la Iglesia en América Latina*

Llegamos al último punto que será el *resumen* de los anteriores y constituirá las sugerencias positivas ante el problema de la penetración comunista en América Latina. Deseo reducir las a pocas conclusiones, las que siguiendo el mismo proceso de la línea de penetración comunista nos digan los puntos vitales en los cuales debemos actuar:

- a) Campo de la ciencia y de la técnica,
- b) Dirigentes,
- c) Doctrina,
- d) Orientación de las obras apostólicas hacia los grandes campos de estructuración de la sociedad,
- e) Formación del militante católico,
- f) Visión del mundo futuro.

a) *Campo de la Ciencia y de la Técnica*

Apremiante necesidad de orientar a los mejores de nuestros católicos hacia los campos de la ciencia y de la técnica, proveyendo al mismo tiempo a una sólida formación doctrinaria.

Creación en cada país de América Latina de *centros sociales* de investigación, planificación, etc., que trabajen en conexión con todos los elementos que el trabajo científico requiere. De ahí saldrán los técnicos capaces de dar una respuesta cristiana a los múltiples y complejos problemas de hoy.

b) *Dirigentes*

Formar la convicción que tanto la Acción Católica y demás obras apostólicas, como los establecimientos educacionales, deben procurar en primer término la formación de *militantes*. Sin dirigentes la masa es incapaz de actuar. En cambio actuará siempre en el sentido que el dirigente le indique.

Ese dirigente tiene una doble tarea: construir un mundo y divinizarlo. Comprender el sentido de lo temporal. Crear un mundo donde la vida cristiana sea posible y deseable.

De ahí la necesidad de formación sistemática de dirigentes seculares competentes para asumir las funciones que la sociedad humana requiere para su desarrollo y realización. Sin esa formación, la Iglesia no contará con una vida humana apta para progresar espiritualmente y recibir su influencia sobrenatural.

Creación de Institutos de dirigentes seculares, tales como los Institutos de la Vida Rural que funcionan en Chile bajo la dirección de la Acción Católica Rural.

c) *Doctrina*

Tomar conciencia de la urgente necesidad de divulgar la Doctrina Social de la Iglesia y mostrar sus aplicaciones concretas en América Latina.

Que cada país cree, como su Jerarquía lo estime conveniente, un Organismo permanente para la celebración de Semanas Sociales Nacionales.

Que bajo la iniciativa y dirección del CELAM se organicen en forma sistemática a través de América Latina, Semanas Sociales Interamericanas. Pedir al Secretariado del CELAM la redacción de un Manual de Estudios Sociales, para los colegios católicos secundarios y escuelas universitarias.

Hacer obligatoria la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en todos los establecimientos católicos, y propender a la creación de Facultades de Ciencias Sociales y Económicas en las Universidades Católicas de América Latina.

Pedir, por intermedio de los organismos correspondientes, la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en las Casas de Formación Religiosa.

VI. *Orientación de las Obras Apostólicas hacia los grandes campos de estructuración de la sociedad.*

Importancia *vital* de la acción católica *especializada* capaz de penetrar y transformar los ambientes. Necesidad urgente de activar una Acción Católica Obrera (ACO) y una Acción Católica Rural (ACR) con técnicos y métodos apropiados a esos mismos ambientes.

Necesidad de evitar la hiperestructuración de la Acción Católica cerrándola sobre sí misma, y creando grupos de católicos al margen de los grandes problemas de la vida.

En cambio, necesidad de impulsar una Acción Católica que lleve al militante a un doble campo de acción:

a) Presencia en la estructuración profesional. Importancia de dar una visión cristiana de la empresa y formar la conciencia y criterio del empresario (UNIAPAC).

Importancia de la presencia activa del católico en la profesión organizada. Criterio cristiano sobre el ejercicio de la profesión (problemas deontológicos). Visión cristiana de la profesión en la elaboración de un orden social cristiano.

Urgencia de la acción sindical. Necesidad de que los militantes de Acción Católica actúen en el seno de sus sindicatos. Formación de organizaciones para-sindicales inspiradas en los principios sociales del cristianismo, que tengan como fin unir, organizar, orientar y capacitar el elemento de inspiración cristiana dentro del sindicato para darle a la vida sindical su verdadera finalidad temporal.

b) Presencia activa en el desarrollo de la comunidad. La Acción Católica y movimientos apostólicos deben formar al cristiano espiritualmente adulto, capaz de incorporarse totalmente a los ambientes de vida. El móvil de la organización debe ser organizarse para servir mejor, para hacerse más útil en la transformación de las personas y de los ambientes.

Comprender que el rumbo que toma la sociología de hoy es el del desarrollo de la comunidad. Los militantes han de ser orientados a esa labor. La existencia en América Latina de situaciones sociológicamente regresivas de grupos humanos no pequeños, hace impostergable que la Iglesia asuma el *método de educación de base* y lo inserte en su pastoral suburbana, rural y misionera.

Especial importancia cobra este método cuando por medio de las escuelas radiofónicas se le hace llegar a los sectores geográficamente lejanos de los centros de Cultura.

c) *Formación del militante*. El laico debe saber encontrar en la vida corriente una fuente de gracias que le están reservadas en el inspirar cristianamente todas sus acciones. En efecto, es el laico a quien Dios encomienda la tarea de dar sentido cristiano a las instituciones de este mundo. La Iglesia espera de los fieles que cumplan con su misión de cristianizar el orden temporal. Esta no es tarea directamente de los eclesiásticos. La Iglesia necesita de un laicado maduro, responsabilizado. Ser laico es tener un puesto en la Iglesia, irremplazable. Antes que nada su acción deberá proyectarse a su alrededor; a los suyos. Con ellos toda su vida toma un carácter apostólico. Todo se engrandece con su misión. De aquí nace el verdadero carácter pastoral que debe tener el apostolado laico, considerándose responsables de las almas que se le encomiendan. Cuando un seglar se siente "enviado" para salvar tal o tales almas llega a ser un militante. Militante es el seglar de Acción Católica que se ha responsabilizado de la salvación de otros. Esto supone intensa vida espiritual para darle gracia, sólida formación para transmitir ideales cristianos, y una iniciación en la acción apostólica de los que han sido encargados. Todo socio de Acción Católica deberá llegar a ser militante, para merecer el nombre de "Acción Católica". Además de esta acción ante las personas, el militante tendrá que influenciar las instituciones civiles, educacionales, etc., procurando ser el representante de Dios en medio de sus ambientes. El militante comprende que no está por casualidad sino por providencia de Dios en cualquier institución o ambiente en que actúe.

El mal profundo de América Latina es una falta de sentido de Iglesia en el católico. Esto explica muchos de sus problemas. Nos contentamos con una mera formación piadosa o moralista. No damos suficientemente la formación apostólica. Y cuando la damos, a menudo la orientamos únicamente hacia la acción religiosa, olvidando que la tarea fundamental e insustituible del laico es la de humanizar y cristianizar las estructuras temporales en que vive.

Visión del Futuro. Por último, es necesario formar la conciencia de los católicos respecto a su misión social ante el futuro desarrollo de América Latina.

Hacerle sentir la necesidad de que su acción se extienda no tanto en defender cuanto en promover y orientar las inquietudes de estos pueblos.

Hacerle comprender que el comunismo no será vencido por la fuerza de las armas o por medidas policiales, sino por la restitución plena de la escala de los valores cristianos.

El valor de la persona humana —la economía orientada no hacia el lucro sino hacia la satisfacción de las necesidades humanas— el sentido humano de la economía —la dignidad humana y sobrenatural del trabajo —libertad de la persona humana ante los determinismos económicos, visión de una civilización basada no en el “tener más” sino en el “ser más”.

Esa visión del futuro animando la acción pastoral de América Latina hará posible el que este continente permanezca fiel a su vocación cristiana.

Quiera Cristo Nuestro Señor y Nuestra Madre Santísima María, darnos la conciencia de la gravedad de la hora, de la urgencia del trabajo y de la solución de la Iglesia que en su enseñanza nos señala.

LA GRAN URGENCIA DE AMERICA LATINA (1) (19-III-1961)

En su edición de febrero de 1961, THE SIGN publicó el presente reportaje a S. E. el Obispo de Talca, Mons. Manuel Larraín, de paso entonces por Estados Unidos. THE SIGN es una revista católica con difusión nacional en ese país, gracias a su tiraje de 500 a 600 mil ejemplares.

Innecesario es destacar, tanto la autoridad de Mons. Larraín, Vicepresidente de la Comisión Episcopal de América Latina, como el alcance y trascendencia de los temas abordados en este reportaje.

—¿Excelencia, a grandes rasgos, cuál es la necesidad más grande de América Latina?

Un mejor sentido de la justicia social; un orden económico y social que haga posible para todos la vida en un nivel humano y, en consecuencia, les permita desarrollar enteramente su vocación cristiana.

(1) “La Voz”, 19 de marzo, 1961, pág. 1.

Usted debe tener en cuenta que una gran proporción de latinoamericanos no saben leer ni escribir. Las tasas de mortalidad infantil son, en varios países, cuatro, cinco o seis veces superiores a las de los Estados Unidos. En casi todos los países, el consumo de proteínas corresponde a la cuarta parte del consumo en Estados Unidos. Un número creciente de gente vive en chozas que no son dignas de un ser humano. Y la construcción que se emprende, apenas basta para cubrir un tercio de las necesidades creadas por el crecimiento de la población.

—¿Qué situación específica necesita solución con mayor urgencia?

No hay cosa tan urgente como una elevación del nivel de vida de las poblaciones rurales. Este mejoramiento incluye una repartición más equitativa de la tierra. Ya en 1953, expresé al Congreso de la Vida Rural en Manizales, Colombia, que contra el llamado comunista de abolir la propiedad, nosotros debíamos levantar el slogan: "Cada hombre un propietario". No podemos olvidar la lección de la historia: dondequiera que el comunismo se ha impuesto, lo ha hecho en hombros de un campesino descontento.

—Latifundio y minifundio.

¿Qué es lo que hace tan difícil la solución de este problema en América Latina?

Muchas y muy diferentes complicaciones se presentan en los distintos países, pero creo que puedo señalar algunas de las más generalizadas.

Primero que nada, hay dos males: la concentración de enormes áreas en las manos de unos pocos y la excesiva fragmentación de la propiedad. La mitad de toda la tierra agrícola latinoamericana se encuentra en propiedades de más de 15.000 acres (unas seis mil hectáreas), mientras que gran parte del resto está dividida en pequeñas parcelas que apenas producen suficiente comida como para evitar que sus propietarios perezcan por inanición.

Hay, además, elementos sociales y humanos. La sociedad latinoamericana ha sido tradicionalmente una sociedad urbana. Cerca de la mitad de la población uruguaya vive en Montevideo; un tercio de la Argentina, en Buenos Aires, y la cuarta parte de la chilena en Santiago. El campesino carece de dinero, educación e influencia política. Nuestras economías son rurales, y sin embargo ellas apenas consideran al campesino. Sólo el despertar reciente de una conciencia social nos ha hecho comenzar a reconocer esta desigualdad.

Finalmente, la división de la tierra por sí misma no resolverá nada. Educación, salud y elementos sanitarios, un sentido de la dignidad, y un capital activo, todas estas cosas deben venir juntas si queremos ver el crecimiento de una clase media rural.

—El campesino abandonado.

Ud. habla de un permanente olvido del campesinado. ¿No es ver-

dad, acaso, que muchos países latinoamericanos tienen desde hace tiempo una muy desarrollada legislación social?

Sí, es verdad. Incluso en algunas oportunidades nos hemos adelantado a Uds. en los Estados Unidos en lo referente a asignaciones familiares, seguros de cesantía y desahucio, vacaciones, jubilaciones, etc.

Pero hay una limitación crucial. Estas leyes sólo alcanzan a la clase media y a los trabajadores fabriles en las ciudades. Favorecen, en consecuencia, sólo a una minoría. La gran mayoría de los trabajadores agrícolas se encuentran fuera de sus beneficios.

—¿Qué ha hecho la Iglesia en América Latina a fin de mejorar las deficientes condiciones sociales que Ud. acaba de describir?

Comenzaré a responder por lo más general. En numerosas ocasiones y con creciente frecuencia y vigor en los últimos años, los obispos latinoamericanos han denunciado las injusticias y acentuado la urgente necesidad de reformas básicas y estructurales.

“Un pecado grave y el peligro más grande de nuestro tiempo” fueron las palabras usadas en la pastoral colectiva del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) después de su reunión en Fomeque, Colombia, hace un año, para describir el subdesarrollo y el hambre que sufren dos tercios de América Latina. Los católicos agregaron, deben dedicarse a terminar con las enormes diferencias económicas y sociales que dividen nuestro pueblo.

Muchos obispos han acentuado, y continúan acentuando, la exigencia de pagar salarios justos, la necesidad de extender a todos la obligación nacional de elevar los niveles de vida de nuestros compatriotas más pobres. Pienso, inmediatamente, en tres pastorales colectivas del episcopado chileno encabezado por el recordado Cardenal Caro, un hombre con un profundo sentido social; en una pastoral colectiva de los obispos del Perú en 1959; en una y reciente pastoral del Arzobispado de Lima, en la apasionada declaración de 1958 del Arzobispo de Guatemala de que “la justicia Divina no puede seguir soportando esta inicua explotación”; en la reciente pastoral de los obispos de Colombia en que respaldan el proyecto de Reforma Agraria presentado al Congreso de dicho país e igualmente en una de los obispos del Estado de Sao Paulo sobre la misma materia.

—¿Qué ha hecho la Iglesia?

La posición oficial de la Iglesia está muy clara. ¿Pero, hasta qué punto está la Iglesia preparada para hacer sentir sus puntos de vistas? Lo que quiero decir es ¿qué condiciones favorecen el programa de reforma de la sociedad de la Iglesia?

Creo que la respuesta no puede ser exactamente igual para dos países cualesquiera que sean. Pero en todos ellos hay condiciones básicas favorables, de las cuales puedo enumerar cuatro:

1. Una profunda fe en el alma del pueblo, la que se remonta a la evangelización, hace ya varios siglos, por nuestros grandes misioneros.

2. Un sentido profundo de la caridad que se expresa en una pronta entrega y en una ayuda mutua en nuestro pueblo, particularmente en los más pobres. Junto con esto, yo señalaría, como una expresión del mismo espíritu, una extremada hospitalidad, precisamente entre los más desposeídos.

3. Una profunda y sólida devoción a la Santísima Virgen. La confianza del pueblo en María, expresada de tantas maneras diferentes y bajo nombres regionales tan hermosos, no es algo superficial. Es un elemento integral de su fe.

4. Un desarrollo extraordinario de la Acción Católica y del Apostolado de los laicos en los últimos 25 años.

—¿Cuáles son algunos de los principales pasos que la Iglesia ha dado para realizar su programa?

Empezaré refiriéndome a los Congresos de la Vida Rural, por cuya concepción y desarrollo tenemos una deuda de profunda gratitud con Monseñor Ligutti, de la Conferencia Nacional de los Estados Unidos para la Vida Rural. Hemos efectuado tres de estos Congresos, en Manizales, Colombia, en Panamá y en Santiago de Chile. Tales encuentros concentran su atención en las necesidades rurales, definen programas de acción concretos para los dirigentes de la sociedad quienes deberán traducir tales principios en organismos, y ayudar a formar a estos dirigentes como apóstoles de la doctrina Social de la Iglesia. La Carta de Santiago sobre la Vida Rural es un documento que debiera ser ampliamente conocido y meditado.

Un trabajo notable ha sido y continúa siendo realizado por la Acción Cultural Rural en Colombia, encabezada por Mons. Salcedo, quien se destaca por su trabajo como pionero de la alfabetización por radio. De unos comienzos modestos, Radio Sutatenza se ha convertido en una poderosa red de emisoras, que no sólo enseña a leer a los campesinos, sino que también los instruye en técnicas agrícolas, trabajos caseros y en aspectos sanitarios. Para proveer de material de lectura a los nuevos lectores, ahora posee un excelente semanario con una circulación de 80.000 ejemplares y la planta impresora de folletos más grande de Sudamérica.

En Chile, tenemos una gran organización que persigue los mismos objetivos, los Institutos de Educación Rural. El objetivo específico de estos movimientos es el desarrollo de la comunidad, y ya tenemos ocho institutos que preparan dirigentes para las comunidades rurales. 90 graduados de estos institutos están contratados como full-time. Además, estudiantes del Perú, Bolivia y Uruguay han sido preparados para trabajar en sus respectivos países.

—¿Puede Ud. señalar algunos de los problemas que este tipo de organizaciones debe afrontar?

Una distribución más equitativa de la tierra, combinada con mejo-

res condiciones sociales y económicas para el poblador rural, es, como ya dije, el primer problema de todos los países latinoamericanos. Es tan vasto, que ninguna solución general es posible sin la intervención de los gobiernos. Pero podemos ayudar, y estamos ayudando, a crear el clima emocional que permita una acción nacional.

Entretanto, podemos avanzar modestamente. En Brasil, por ejemplo Mons. Helder Camara ha inspirado un interesante promisorio programa para una mejor distribución de la tierra. Y yo confío en que pronto encontrará imitadores.

También hay un problema de crédito, una de las necesidades primarias de la clase media rural, clase que justamente, comienza a surgir. Aquí la esperanza principal parecen ser las cooperativas de crédito. En Chile hemos formado algunas cooperativas al estilo de Rochdale, los resultados son alentadores.

—El laico y su acción.

Antes Ud. mencionó, como un elemento positivo en la situación, el extraordinario crecimiento de la acción Católica del apostolado laico. ¿Puede ampliar este punto?

Sí. La Acción Católica pone al laico frente a su doble misión de evangelización y de humanización del orden temporal.

No voy a negar que, en cuanto a organización se refiere, los comunistas han sido en muchos lugares, más activos que nosotros. Pero esa situación está cambiando.

Mucha gente llega por la desesperación de su situación económica a buscar una respuesta en el comunismo. El gran peligro existe cuando no hace ver con eficacia la justa solución de los problemas a la luz del mensaje evangélico. No hay dos alternativas para la América Latina del mañana. Como ya dije, sólo hay una: transformar las instituciones económicas y sociales a fin de ponerlas de acuerdo con los principios de la doctrina social cristiana.

—EE. UU. y nosotros.

¿Finalmente, qué podemos hacer nosotros en los EE. UU. para ayudar a efectuar esta transformación?

En primer lugar, yo diría que nosotros y Uds. debemos tratar de lograr una mejor comprensión de nuestros mutuos problemas. La gente, a ambos lados del Río Grande tiene mucho que aprender y que dejar de lado acerca del otro, y esto es verdad, tanto para los católicos como para los otros miembros de nuestros dos grandes grupos culturales.

Esta necesidad es evidente con respecto a las muchas y admirables actividades que ya están en marcha en nuestros países por el Departamento de Estado, el Punto Cuarto, por las grandes fundaciones, por la UNESCO, por los programas de asistencia técnica de la NU, etc. A fin de lograr el bien que se proponen, deben mantener siempre claramente a la vista, nuestra religión y nuestra experiencia histórica. Tratar de norte-

americanizarnos o de laicizarnos, sólo conducirá a un fracaso costoso y amargo.

—¿Incluiría en este comentario las actividades específicamente católicas que se efectúan o proyectan para América Latina en Estados Unidos?

En principio, sí. El catolicismo latinoamericano, como la sociedad en la que se desenvuelve, refleja diferentes elementos históricos y culturales. Debe perfeccionar su propio espíritu, no tratar de transformarlo de acuerdo con el espíritu de otra sociedad.

De hecho, creo que el problema no es grave. Hay una grande y creciente conciencia entre los misioneros, Hermanos y Hermanas de los Estados Unidos —que ahora suman varios miles, que dedican sus vidas a ayudarnos en América Latina— de la necesidad de una acomodación cultural para hacer provechoso su sacrificio. Esto lo reconocemos y estamos agradecidos por ello. Y lo mismo puedo decir de los espléndidos grupos misioneros laicos, como el Grial, el AID y la Asociación de ayuda a los misioneros laicos.

—Sin querer mezclarlo a Ud. en nuestros problemas domésticos, ¿puedo preguntarle si tiene algún comentario que hacer con respecto a nuestras recientes elecciones?

Siempre ha sido defensor de una mayor cooperación entre todas las naciones de nuestro hemisferio.

Confío que la nueva administración estrechará aún más los lazos que nos unen. Al respecto, me agradaron especialmente los comentarios del senador Kennedy cuando anunció la designación de su secretario de Estado. Era su esperanza, dijo, que la política exterior de los Estados Unidos sería identificada en la mente de la gente del mundo como una política que no es sólo anti-comunista, sino que busca la libertad, y que no sólo quiere lograr fuerza en una lucha por el poder, sino que también se preocupa de la lucha contra el hambre, la enfermedad y el analfabetismo, la lucha que pesa tanto en las mentes y en las vidas de los pueblos de la mitad sur del globo.

Nosotros, en la mitad sur de este hemisferio, entendemos estas palabras y las agradecemos. Puedo asegurarle que colaboraremos en el logro de tales objetivos, tratando de ganar para nosotros y para todos los pueblos, paz, libertad y justicia social.

VISION OPTIMISTA DE AMERICA LATINA (1)

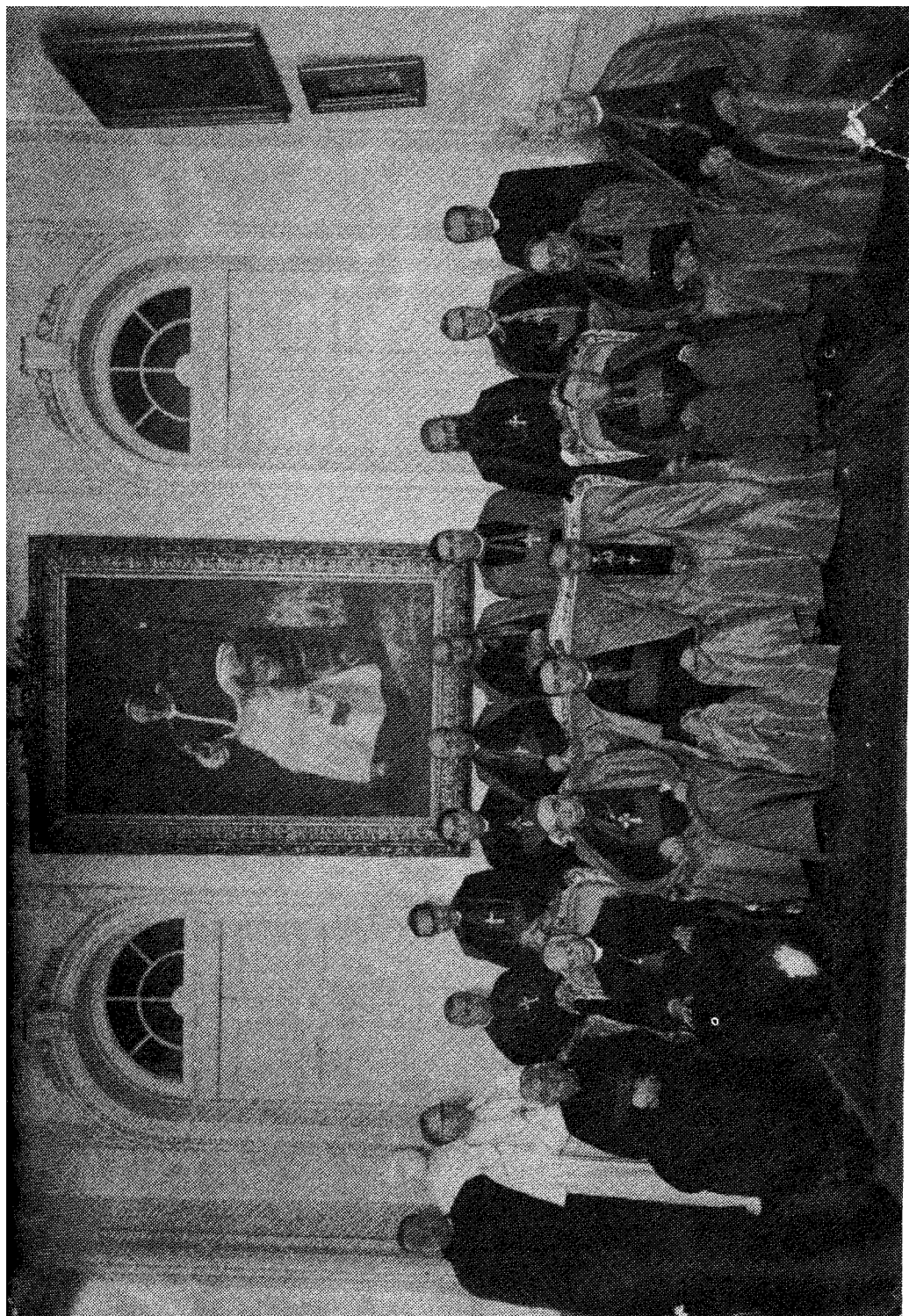
En Francia se conoce bien la acción pastoral de S.E., Mons. Larraín, Obispo de Talca, en Chile, y primer Vice-Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). A lo largo de la primera sesión del Concilio, Mons. Larraín ha hecho, al examinar el esquema de la Liturgia, una intervención emocionante acerca de la pobreza en el culto y en el ministerio pastoral. Mons. Larraín ha recordado entonces que, si bien todo lo que se refiere al culto ha de ser hermoso, debe serlo en la verdad, en la sobriedad que fluye de la pobreza. Cristo, ha dicho, se ha manifestado siempre en la pobreza, como también los grandes sucesos de la vida de la Iglesia están marcados por el sello de la pobreza. Seguramente, es necesaria la belleza en la Iglesia, pero —repite él con san Agustín— “la belleza es el esplendor de la verdad”. Lo que más toca el corazón de los hombres de nuestro tiempo, ha agregado Mons. Larraín —y se sabe, ya lo veremos, que él lo ha mostrado con el ejemplo—, es la mejor repartición de los bienes de la tierra. Durante la primera sesión del Concilio, los Obispos delegados del CELAM se reunían cada semana, y es antes de uno de estos encuentros, cuando S. E. Mons. Larraín, fiel lector de “La Croix”, tuvo la bondad de recibirme donde las Religiosas de Santa Marta, en la vía Virginio Orsini.

La única Conferencia Episcopal de envergadura continental

—Se habla mucho del CELAM. ¿Quiere, Mons., precisarnos su origen y sus objetivos?

El Consejo Episcopal Latinoamericano es la única Conferencia Episcopal que sea de dimensión continental. Ha sido fundada en 1955. Se ha aprovechado para ello de la presencia de un gran número de obispos en Río de Janeiro, donde se desarrollaban las manifestaciones del Congreso Eucarístico Internacional. Tuvimos entonces una reunión de diez días a fin de estudiar los principales problemas de América Latina. Uno de estos problemas era, justamente, el de las relaciones entre las naciones de este continente latinoamericano. Constatamos inmediatamente que el asunto tocaba a Chile como a Perú, a Brasil como a Argentina. . . y

(1) Entrevista en “La Croix”, de Paris por Jean Pelissier; tr. del autor.



Al reverso de la foto original se lee:
"Al Excmo. y Revdmo. Mons. Manuel Larrain E., Obispo titular de Tubune de Numidia y Coadjuutor de Talca, con sentimientos de fraterno afecto. Stgo., 30 - VIII - 1938. (Firma). Mgr. Armando Lombardi, Encargado de Negocios de la S. Sede".
(Confróntese la fecha con los datos biográficos)

que había muchas cosas que no podían encontrar una solución, sino a nivel del continente. Yo mismo presenté una relación acerca de esta necesaria unión y la conclusión de ello fue el voto de querer constituirse en una conferencia común. La Santa Sede, con la cooperación especialmente de S. E. Mons. Samoré (2), ha respondido a este voto con la creación del CELAM. Y permítame decirle en seguida que el Consejo Episcopal Latinoamericano debe, tanto en su puesta en marcha como en su desarrollo, mucho a S. E. Mons. Bertoli (3), nuncio actualmente en Francia.

—¿Cómo se compone el CELAM?

El Consejo Episcopal de América Latina incluye un representante de cada nación, es decir 17 delegados: los de las naciones del continente latino-americano, América Latina, América Central y Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití. La sede se encuentra en Bogotá, en Colombia, donde se encuentra igualmente el secretario, Mons. Mendoza. Este secretariado se subdivide en seis sub-secretariados: de la catequesis, del clero, de la pastoral, del apostolado de los laicos, del apostolado social, de las técnicas de difusión. El Presidente es S. E. Mons. Miranda, Arzobispo y Primado de México. Yo soy, se lo he dicho, el primer Vice-Presidente, siendo el segundo S. E. Mons. Helder Camara (4), Auxiliar de Río.

—¿Qué representa, exactamente, el CELAM, Monseñor?

Alrededor de 500 diócesis y 600 obispos contando a los auxiliares y cerca de 200 millones de almas.

Los principales problemas religiosos planteados a América Latina

—¿Cómo sintetizaría Ud. los trabajos que realizan Uds. a escala del CELAM?

La "coordinación pastoral" está en marcha. Cada año los delegados se reúnen durante una semana. Teóricamente, esta semana anual debe tenerse en Bogotá, pero, en la práctica, desde 1956, nos hemos encontrado dos veces en Bogotá, luego en 1958 en Roma, en 1959 de nuevo en Bogotá, en 1960 en Buenos Aires y en 1960 en México. Desde la apertura del Concilio, nos reunimos cada semana.

-
- (2) Samoré Mons. Antonio. Nuncio en Bogotá hasta 1954. Luego desde Roma tuvo a su cargo inmediato la organización de la Pontificia Comisión para A. L., en la que ocupó diversos cargos hasta llegar a Presidente. Fue nombrado Cardenal.
 - (3) Bertoli Mons. Pablo. Consagrado Obispo el 11 de mayo, 1952. Nuncio en Colombia y Francia.
 - (4) Cámara Mons. Helder. Actualmente Obispo de Olinda y Recife (Brasil). Nació en 1909 y fue consagrado Obispo en 1952. Activa participación en la fundación y desarrollo del CELAM. Célebre a nivel mundial por su sostenida labor en favor de los desposeídos.

En lo que concierne a la "catequesis", hemos fundado un Instituto inter-americano en Santiago de Chile. Es ahí donde se han formado todos los directores de los organismos catequéticos. Estamos ahora en vías de crear un "Instituto Pastoral" para formar los directores de los institutos pastorales en las diversas naciones.

El "apostolado de los laicos" nos preocupa mucho y tenemos, para promoverlo, el S.I.A.C., del que yo era hasta estos últimos meses asesor. Este secretariado tiene reuniones regulares de delegados. La última acaba de tener lugar en México. Hemos fundado igualmente una "Confederación de los Seminarios", otra para la "prensa" y la "radio", en unión con la "UNDA", una Confederación de las "Escuelas cristianas". Ud. lo ve, se hace ya todo un trabajo a la escala interamericana.

—M. el Canónigo Boulard, promotor en Francia de la Pastoral de Conjunto; el R.P. Motte, animador de las misiones regionales; y el Pbro. Izard, Director del Centro Nacional Francés de las vocaciones, ¿han ido varias veces a América Latina. Monseñor?

Nosotros trabajamos, en efecto, en una línea pastoral inspirada del espíritu de la pastoral francesa. El Canónigo Boulard me ha visitado tres veces en mi Diócesis. Una de las veces llegó exactamente antes del terremoto de Chile.

La justicia social

—Monseñor, Ud. no sólo ha hecho una intervención en el Concilio sobre el espíritu de la pobreza, sino que acaba de distribuir tierras, pertenecientes a su Diócesis, a familias de campesinos. ¿Quiere hablarnos, entonces, de sus preocupaciones y de las del CELAM, en materia de justicia social?

Estamos, en efecto, muy preocupados, porque no basta con predicar, hay que dar el ejemplo. Es por ello que en la reunión plenaria del Episcopado Chileno en 1961, hemos decidido la indispensable reforma agraria por la distribución de las propiedades de los Obispos. En 1962 Su Eminencia el Cardenal Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, y yo mismo, hemos comenzado a repartir nuestras tierras. No las hemos dado, sino vendido, dejando para su pago un plazo de 20 años, y a una tasa muy módica. La superficie atribuida a cada familia es de alrededor de 10 hectáreas, porque la tierra es muy fértil. Sobre las 180 hectáreas pertenecientes a mi Diócesis de Talca, he instalado 17 familias. Preciso que aunque estas familias gozan de una propiedad individual, trabajan en cooperativa. Esto es muy importante. Yo no he vendido directamente las tierras a cada una de las familias, sino a la Cooperativa. Esto para reconocer la importancia del movimiento cooperativo, que lo llevamos muy en el corazón, porque estamos convencidos que el sistema cooperativo

es una de las soluciones más adecuadas para nuestras regiones. Me he sorprendido al ver cuántas familias lo han comprendido; han respondido a través de un esfuerzo extraordinario y la iniciativa que hemos tomado ha tenido una gran repercusión en todos los medios, incluidos aquellos que están alejados de la Iglesia. Los diarios no católicos se han referido a ello con títulos a veces curiosos: "La reforma agraria ha comenzado en Chile con las sotanas", podía leerse en uno de ellos.

Las congregaciones religiosas, que frecuentemente tienen grandes dominios, comienzan a imitarnos. Esta acción no está planificada, pero ella se expande. Ella expresa una voluntad de justicia social del conjunto del Episcopado Latinoamericano.

—Los Obispos de Chile, ¿no acaban de publicar en común una Carta Pastoral?

En efecto; ella se titula "*Los Obispos de Chile hablan: el deber social y político en la hora presente*" (5).

Después de una introducción que precisa los fundamentos morales, naturales y religiosos de la acción social y política en el sentido propio del término, analiza la situación actual y luego expone las condiciones de una acción coordinada y positiva: el aspecto de asistencia y de caridad, el aspecto socio-económico, el aspecto político. Precisa enseguida las condiciones de la renovación interior y termina con un llamado a los sacerdotes y a los laicos, a fin de que todos trabajen eficaz e incansablemente para cristianizar la sociedad, conforme a las enseñanzas de Cristo y de la Iglesia y, en especial de la encíclica *Mater et Magistra*.

—En las notas abundantes y precisas que acompañan a esta Carta Pastoral colectiva, me permito aludir a las cifras siguientes: hay en Chile 151.082 explotaciones por un total de 21.637.060 hectáreas; pero hay 6.326 explotaciones que poseen 16.804.792 hectáreas. Esto significa que el 41% de los explotadores poseen el 77,6% del total de las hectáreas agrícolas y 52,9% de las tierras laborables. Agrego que el 9,5% de la población —que representa a la clase patronal— percibe el 46,4% de la renta nacional, mientras que el 90,5% que representa a la clase media y proletariado perciben el 53,6% de la misma renta. Y nosotros hemos sabido, hasta en Francia, cómo ha golpeado esta Carta Colectiva a todos los medios.

No hay que tener de América Latina una visión pesimista

Ciertamente no todo anda bien entre nosotros, pero ¿dónde podría decirse que se da el estado social perfecto? Yo lamento a veces, por

(5) Santiago de Chile. Ed. Universidad Católica (1962), 40 p.

mi parte, que se tenga y que se de a veces una visión pesimista de América Latina. Pienso, en efecto, que esta visión es falsa.

Atravesamos un momento difícil, nuestro continente está en un "carrefour" (6). Pero estoy persuadido que tenemos el derecho de esperar. Muchos hechos motivan esta esperanza. Para mí, ella está basada sobre todo en la "renovación pastoral" que es muy fuerte, en buena vía de realización y, ya se lo he dicho, inspirada en la línea francesa. Está basada, además, en el "sentido muy fuerte de la justicia social" y en un "despertar del laicado" que comienza a tener gran empuje. Pienso también en la clara toma de posición de la Iglesia respecto al "problema social". Pienso en el aumento de las "vocaciones". ¿Cómo hablar con realismo, por otra parte, de un continente tan vasto y variado como América Latina, desde el punto de vista geográfico, etnológico, histórico, económico?...

Confianza en el porvenir. Se anuncia, sin duda, temible. En nuestro continente la población se dobla cada 28 años. Somos cerca de 200 millones; en 1980 habrá 300 millones de almas, y ¡al fin del siglo 600 millones! Pero, acabo de decírselo, líneas de fuerza se hacen presente para animar y orientar esta formidable explosión demográfica.

En resumen, se lo repito, si percibo claramente la gravedad de los problemas que se plantean a América Latina, permanezco al mismo tiempo lleno de esperanza.

Permítame decirle, además, que una de las fuerzas que decidirán el porvenir se encuentra en nuestro "clero". En Europa a veces se le juzga mal. Pero yo le aseguro que estoy orgulloso de nuestro clero; es virtuoso, muy abnegado y movido por una gran inquietud pastoral. Es poco numeroso, es cierto, pero posee ese sentido pastoral en un sentido muy alto; vive en una gran simplicidad y aun en la pobreza, cumpliendo una tarea muy pesada, con mucho desprendimiento y adhesión a su Obispo. Soy obispo desde hace 24 años y puedo decirle que jamás alguno de mis sacerdotes me ha causado pena...

(6) tr.: frente a una variedad de caminos posibles y muy distintos.

DISCURSO ANTE S. S. PAULO VI EN EL DECENIO DEL CONSEJO
EPISCOPAL LATINOAMERICANO (1)
(23 - XI - 1965)

Beatísimo Padre:

El Episcopado Latinoamericano se congrega hoy junto al Sucesor de Pedro.

Viene a conmemorar el décimo aniversario en que, al impulso de Roma, el CELAM fue constituido.

Viene a reiterar a Vuestra Santidad su fidelidad íntegra, su amor sincero, su devoción plena.

Viene a decirnos, por boca del menos calificado, que la Jerarquía de todo un Continente siente la responsabilidad que le cabe en este acontecer de la historia.

Viene a contemplar el breve tiempo transcurrido, desde que el CELAM se fundara, para extraer las lecciones de la experiencia, y a colocarse ante la nueva edad que se abre al clausurarse este Concilio, para renovar en él sus energías.

Viene a Roma porque aquí concluyen los caminos del mundo, para partir de Roma, donde junto a las tumbas de Pedro y Pablo se nutre el sentido auténtico de la apostolicidad.

Esta reunión de todo el Episcopado de un Continente, junto al que es Cabeza y Jefe del Colegio Apostólico, tiene en primer lugar el valor de un gran signo de unidad.

En la íntima comunión con el Vicario de Cristo, se realiza la frase de Cipriano grabada en la basílica petriana: *hinc unitas sacerdotalis exoritur* (2).

En esa misma comunión eclesial, los Obispos de América Latina expresan en el CELAM su unión fraterna, en una tarea común. El CELAM no es ni será un organismo que se coloca sobre las Conferencias Episcopales, cuya importancia este Concilio acaba de consagrar, sino que es, en cambio, coordinación de esfuerzos, integración de actividades pastorales, comunicación de experiencias y, sobre todo, humilde servicio fraterno, en aras de un mismo ideal: la salvación del destino cristiano de América Latina.

Ese signo de unidad presidió, hace diez años, nuestro nacimiento. Río de Janeiro, metrópoli "das terras da Santa Cruz"; Eminentísimo Car-

(1) Habla en calidad de presidente del CELAM.

(2) tr.: "de aquí brota la unidad sacerdotal".

denal Piazza, Enviado Pontificio; Congreso Eucarístico Internacional. Es decir, la Cruz, el Papa y la Eucaristía. La unidad en el misterio redentor, en la autoridad suprema de la Iglesia y en la participación al banquete pascual, que nos congrega en la unidad viviente de Cristo Resucitado.

Esta audiencia tiene en segundo lugar el valor de un programa.

Vuestra Santidad, hace tan sólo pocos días, nos ha recordado en su Exhortación Apostólica la gran tarea que nos incumbe de “traducir en la práctica en los años futuros las deliberaciones que han emanado del Concilio”.

Un inmenso programa se abre ante nuestra mirada, programa que exige una visión común de los problemas, una planificación a diversos niveles de la pastoral y un intercambio creciente en la acción.

Es la tarea, que a través de sus diez departamentos, el CELAM ha comenzado a realizar y que en la dinámica del Concilio anhela, con renovado empeño, proseguir.

El camino inmenso de la mies apostólica se extiende en horizontes sin fin.

Un continente que crece vertiginosamente nos presenta las tareas de evangelización con urgencia apremiante.

Un continente, donde el subdesarrollo pone a multitudes inmensas en situaciones infrahumanas, nos coloca frente a nuestro deber social.

Un continente, estremecido por ansias incontenibles de progreso, nos llama a impulsarlo en su plena expresión armónica y humana, material, intelectual y espiritualmente.

Un continente en rápida mutación de estructuras nos urge con nueva fuerza a la renovación pastoral, fin principal de este Concilio.

En la hora de la integración de todos los campos de las actividades sociales, la Iglesia en América Latina ha sentido también, en forma viva, esa necesidad de su acción pastoral. Y a esa necesidad quiere el CELAM responder.

Si común fue nuestro nacer histórico, si comunes han sido nuestras grandes vicisitudes, si comunes, a pesar de diferencias regionales, son los problemas que nos angustian, también común ha de ser el esfuerzo que nos anime para lograr el destino común que el Señor ha fijado a América Latina. No fue vana ilusión el ensueño unitario de Bolívar, si a la raíz de él se coloca nuestra unidad espiritual.

De ahí que al Setentrión, como un signo, se yerga en México el Cristo Rey del Cubilete, y sobre las cumbres australes el Cristo de Los Andes estreche a dos naciones hermanas, mientras sobre el Corcovado los brazos del Redentor se extienden como una gran plegaria sobre el vasto territorio brasileiro.

A través de esos signos renovados en todas las latitudes de nuestra América, sentimos que se expresa en forma sensible nuestra gran unidad cristiana.

Esa unidad ha de traducirse en la coordinada planificación de estos esfuerzos. Es el programa querido por los pastores de la grey latinoamericana y al servicio del cual el CELAM ha sido colocado.

Trabajo no siempre fácil es el que el CELAM ha debido cumplir, pero en el cual se siente animado por el afecto con que la Santa Sede lo ha, constantemente, impulsado y asistido.

Pío XII que convoca la reunión de Río de Janeiro y da su nacimiento al CELAM; Juan XXIII que nos hace oír sus paternas directivas casi al nacer de su pontificado; la Pontificia Comisión para América Latina, que sigue con apostólica solicitud los problemas y zozobras de nuestras Diócesis y alienta la labor del CELAM, son argumento irredargüible del amor de la Santa Sede hacia esas tierras de angustia y de esperanzas.

Hoy, el Episcopado Latinoamericano —sus Cardenales, Arzobispos y Obispos, reunidos junto a Vuestra Santidad— siente una nueva prueba de ese afecto, que nos anima a proseguir “in nomine Domini” el camino que la Iglesia nos ha señalado.

Sabemos que el reloj de la historia marca hoy para América Latina un momento decisivo.

Podemos repetir con el verso del poeta mexicano, que en este momento histórico precisamos tener “los ojos abiertos a la lejanía, atento el oído y el paso ligero”.

Frente a un materialismo disfrazado, que con nombres diversos nos invade, tenemos una esperanza: Cristo; un mensaje de salvación: el Evangelio; una fuerza de cohesión y de renovación: su Iglesia.

Es esa imagen de la Iglesia viviente que Vuestra Santidad mostraba en su discurso del 28 de octubre pasado, la que una acción pastoral coordinada de la Iglesia Latinoamericana procura en estos instantes traducir.

Al hacerlo, sentimos que en la sencillez y sinceridad de los pueblos jóvenes estamos cooperando a la gran hora misional del mundo.

Queremos ser un continente que si recibe es para poder dar más.

Para servir esta causa hoy reiteramos a Vuestra Santidad el afecto filial y la adhesión plena de esa América Latina, cristiana en sus raíces profundas, que guarda como rico tesoro su fidelidad al Papa y que anhela, con el apremio del amor, que un día, no lejano, puedan nuestros pueblos contemplar en medio de ellos su blanca figura y recibir en tierras latinoamericanas Su apostólica bendición.

RESPUESTA DE AMERICA LATINA (1)
(VI - 1966)

Tal es el tema que debo desarrollar. Es amplio y complejo. El querer abarcarlo íntegramente sería excesivamente largo.

Prefiero encerrarlo en una sola idea. La que más entregó en "Pacem in Terris" Juan XXIII; necesitamos conocer los signos de los tiempos.

Lo necesita el mundo, que a través de esos signos sabe leer, el sentido de la historia.

Lo necesita América, la del Norte y la del Sur, la Latina y la Sajona, que en los signos de los tiempos ha de descubrir su vocación en la hora presente.

La necesitamos los Católicos que, con sentido dinámico, hemos de descubrir que la Iglesia aprende a través del tiempo los hechos y momentos que interesan a la historia de la salvación.

Por eso la respuesta de América Latina es el tratar de tomar conciencia de los signos de los tiempos que le señalan el camino que debe seguir.

Quiero, al final de esta tercera reunión de CICOP mostrar tres signos, que deben constituir nuestra respuesta.

1) El primer signo nos lo da la CICOP.

El representa, por una parte la conciencia clara de los católicos americanos para comprender y colaborar en la solución de un gran problema de hoy, América Latina, y por otra parte, el deseo fraternal de los católicos latinoamericanos para hacer más hondo y más amplio el diálogo que nos estrecha con nuestros hermanos del Norte.

Este diálogo promovido por CICOP es uno de los signos más claros, que, sobre dimensiones pequeñas, es necesario que tanto los pueblos de norte y sud América como los católicos de sus respectivas Iglesias sepan realizar unidos el común destino histórico a que la Providencia les llama.

El diálogo a que CICOP nos llama es a superar los "misunderstandings" (2) que por tanto tiempo nos han separado.

Existe el hecho doloroso de nuestro mutuo conocimiento. La imagen corriente del latinoamericano y de su catolicismo, que aquí existe

(1) Último discurso de Mons. Larraín, poco antes de su muerte, en el CICOP.

(2) tr.: malentendidos.

no corresponde a la realidad, como tampoco corresponde la imagen inadecuada en América Latina de los valores espirituales de esta tierra.

Porque CICOP nos llama a este diálogo, porque sabemos que Dios habla en la historia, porque sentimos que uno de los grandes signos de la presencia divina en el mundo es ese encuentro de los pueblos y civilizaciones en busca de la unidad, CICOP se nos muestra como un signo de los tiempos, o mejor dicho, como una voz potente de Dios que nos llama a comprendernos y a unirnos.

La técnica, la ciencia han hecho desaparecer distancias materiales, hasta ayer insuperables. Del conjunto de solidaridades materiales que hoy une a todos los pueblos, surge con mayor fuerza la necesidad de solidaridad espiritual. Esa comunión es lo que América Latina necesita y pide.

Es verdad que nuestras horas son difíciles, nuestras jornadas duras, nuestra angustia del presente grande. Es verdad que nuestras Iglesias necesitan sacerdotes, religiosas, apóstoles laicos, recursos materiales, pero por sobre todos esos problemas, necesitamos comprensión.

CICOP quiere promover esa comprensión y por eso su acción nos aparece como un signo al cual debemos dar todo el valor que contiene.

Es grandioso explorar los mundos siderales, pero es aún más hermoso el que los hombres, hijos de un mismo Padre de los cielos nos descubramos, tales cuales somos con nuestras características y virtudes, con nuestras cualidades y defectos.

Descubriéndonos nos aceptaremos, sin tratar de cambiar nuestras propias fisonomías, aceptándonos nos amaremos, y amándonos tendremos el maravilloso diálogo de la caridad que supera las diferencias de lengua y de raza para hacernos hablar en el acento de Cristo.

“Once true understanding is achieved, friendship will grow, and from that friendship, active moral and material cooperation will flow” (3).

Sólo así podremos realizar la tarea común a que la voz profética del hombre que supo comprendernos, llamó hace cinco años:

“Now the trumpet summons us again as it calls us to bear the burden of a long two lighth struggle, year in and year out, rejoicing in hope, patient, in tribulation a struggle against the common enemies of man: tyranny, poverty, disease and war it self” (4).

Los latinoamericanos recibimos el llamado de CICOP a realizar esa mutua comprensión como “un gran signo de los tiempos”.

(3) tr.: “Una vez que se alcanza una verdadera comprensión, nace la amistad, y de ella surgirá la activa cooperación material y moral”.

(4) tr.: “Ahora que la trompeta nos invoca de nuevo al llamarnos a llevar el peso de una [aquí hay un error de transcripción], año tras año, regocijándonos en la esperanza, pacientes, en la tribulación de una lucha en contra de los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, enfermedad y la guerra misma”. Kennedy John.

2) El segundo gran signo de los tiempos se llama Concilio Vaticano II. No vamos a desarrollar aquí sus temas, pero sí, a sacar sus lecciones que tienen relación con nuestra reunión.

Si la Iglesia es inmutable en su constitución fundamental, sin embargo, la historia determina su vida y precisa su misión. La historia presenta a la Iglesia sus problemas, que son como otros golpes con que el mundo llama a su puerta para hacerla abrir al Evangelio en la página correspondiente. (Paul Claudel - Discurso de recepción en la Academia Francesa).

¿Qué otra cosa significa la convocación del Vaticano II y el discurso de apertura de Juan XXIII? ¿Qué otra cosa el discurso ante la ONU y el del 7 de diciembre pasado de Paulo VI sobre el Humanismo Cristiano?

¿Qué otra cosa el movimiento ecuménico, la relación con las religiones no cristianas, la libertad religiosa proclamada por el Concilio? ¿Qué otra cosa la Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el mundo de hoy?

Y ese Evangelio que el Concilio ha abierto en la página que le corresponde, nos habla para decirnos:

a) La constitución "Lumen Gentium" (5) nos muestra una solidaridad en la evangelización del mundo. Es la Iglesia entera la que debe responder a las necesidades que esa Iglesia, presente en cualquier pueblo o nación.

La Iglesia es el pueblo de Dios que avanza entre las turbulentas aguas de la historia. Debe existir una sincronización entre el progreso del mundo y el caminar del reino de Dios.

América Latina siente que en esa solidaridad que el Concilio proclama, ningún pueblo va a encerrarse en sí mismo para mirar únicamente la Iglesia de su propia nación, sino, al contrario, va a sentir que vive en forma más rica y plena el misterio de la Iglesia en la medida en que ayuda a otros pueblos a robustecer su vida cristiana y a las Iglesias de esos pueblos a vigorizar su acción pastoral.

América Latina, en la hora del Concilio, siente que su deber ante el resto de la Iglesia se acrecienta, pero espera confiada que sus hermanos en la fe sientan en forma igual, las responsabilidades que tienen hacia ellos.

América Latina sabe que si hoy recibe es porque mañana debe dar. Que si hoy pide es porque quiere alcanzar aquel vigor que la hará capaz de ser cada vez más un aporte positivo a la Iglesia Universal.

b) El Concilio nos dice en la misma constitución aludida que esa Iglesia que peregrina en el mundo es una Iglesia servidora. Es la continuación de su jefe que "no vino a ser servido sino a servir" (6), y al decirnoslo, es una nueva página del Evangelio que se abre ante nosotros, para recordarnos que el crecer la Iglesia, no está en la medida de las obras exteriores sino en su medida de servicio a los hermanos.

(5) tr.: "Luz de las gentes".

(6) Mt. 20, 28.

Y al escuchar esa página, la Iglesia de América Latina afirma su voluntad de servicio. Como Pedro repite: "No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy" (7). Es la fe arraigada de sus pueblos, es esa fe conservada, a pesar de la falta de auxilios pastorales, es la simplicidad de una vida pobre, la austeridad de una vida dura, la hospitalidad fraterna donde se parte con sencillez el pan de los hermanos, es el perfume de cuatro siglos de fe cristiana que moldeó su historia y que ella hoy siente la necesidad de consolidar y de comunicar.

c) La Iglesia, nos ha dicho el Concilio, tiene como fin su santidad. Es la continuación del misterio de Cristo entre los hombres. Como él puede repetir "que ha venido a que tengan vida y a que la tengan en abundancia" (8).

Lo que América Latina quiere dar es el testimonio de una fe que vence las dificultades, de una esperanza que no se acobarda ante los problemas, y sobre todo de una caridad que iguala a los hombres en el común amor de Cristo.

De ahí que América Latina quiere que el diálogo espiritual con sus hermanos de los EE. UU. sea más vivo y más profundo. De ahí igualmente, el que nosotros deseemos que un intercambio espiritual más hondo se realice entre estas dos porciones, la latina y la sajona, del gran continente americano.

Nunca acabaremos de agradecer la ayuda que hoy recibimos de América del Norte, en sacerdotes, religiosas y apóstoles laicos, pero quisiéramos, igualmente el que se nos llamara aquí nuestro aporte espiritual. Permítanme hablar con libertad cristiana; así como de aquí va una ayuda apostólica hacia América Latina que agradecemos con toda el alma, quisiéramos que EE. UU. recibiera la misión Latino Americana. Sobre este mutuo intercambio, nuestras Iglesias se enriquecerían, nuestra comunión cristiana se haría más viva, dejaríamos nosotros de sentir que somos el único pueblo que recibe, y comprenderíamos en forma viva que si recibimos es para comunicar, no en un lejano futuro, sino en un urgente presente.

Puede ser que nuestro inglés no sea el de Shakespeare, pero tampoco el español de los misioneros americanos en Latinoamérica es el de Cervantes. Sobre las diferencias de idioma hablaremos aquí y allá el lenguaje del amor.

d) El Concilio nos ha hablado de la presencia de la Iglesia en el mundo para hacernos sentir que la Iglesia está al servicio del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres. Nuestro deber social aparece ahí en forma clara.

América Latina siente en esta hora y a la luz del Concilio, el deber de luchar contra el subdesarrollo. Sabe que la amenaza mayor para la paz entre nosotros, no es la bomba atómica que no poseemos, sino el subdesarrollo; que no habrá paz en América Latina mientras perdure el escándalo del subdesarrollo, y que es un deber tanto nuestro como de los

(7) *Hch.* 3,6.

(8) *Jn.* 10, 10.

pueblos desarrollados, el luchar porque este escándalo termine. Con el Cardenal Feltrin, repetimos: "El nuevo nombre de la paz se llama desarrollo".

El Concilio adjura solemnemente, y con la expresión de una profunda ansiedad cristiana a que las naciones y especialmente las comunidades cristianas en los pueblos más favorecidos, pongan todo su esfuerzo por abolir las angustias y miserias de esos pueblos que como en la visión de Paulo les repiten: "Ven en nuestra ayuda".

Yo no puedo aquí dejar de mencionar con emoción y afecto profundo el gran gesto Ecuménico de los Hermanos de Taizé, comunidad protestante de Francia, hacia América Latina lanzando la operación Esperanza. La primera tentativa de reforma agraria realizada por la Iglesia en Chile, contó con su ayuda, y hoy está en prensa la edición Ecuménica del Nuevo Testamento en español que ellos obsequian a América Latina.

América Latina pide que se le ayude a adquirir la igualdad en todos los campos de la vida humana con los pueblos desarrollados. Ayuda a que nuestros pueblos alcancen su promoción con eficacia y, al mismo tiempo, con un gran respeto de su propia fisonomía.

e) El Concilio ha demostrado a la Iglesia que asume todos los problemas de la humanidad. "La Iglesia —ha dicho Paulo VI— proclama un nuevo humanismo, nosotros más que nadie tenemos el culto del hombre".

La América Latina necesita que su vida económica social ayude y no impida realizar ese "culto del hombre" de que habla el Papa en su memorable discurso del 7 de diciembre pasado.

La Iglesia de América Latina siente su deber frente a esta responsabilidad. Sabe que si pecara por omisión, la revuelta anticristiana sería inevitable, pero América Latina pide a sus hermanos católicos de los EE. UU. que reexaminen en profundidad la situación presente, y hagan sentir su opinión a fin de evitar en las relaciones económicas y políticas todo aquello que impide el desarrollo integral y armónico del humanismo cristiano que el Concilio proclama.

El segundo signo de los tiempos que a mi juicio debemos contemplar en esta reunión, se llama Concilio Vaticano II.

3) Respuesta de América Latina: Escrutar los signos de los tiempos. Hemos señalado dos; el espíritu de diálogo que anima, a CICOP. Debo agregar un tercero: el Discurso de SS Paulo VI en ocasión del X aniversario del CELAM.

El Jefe supremo de la Iglesia ha hablado al Episcopado de América Latina el 24 de noviembre pasado.

Más que un discurso podríamos llamarlo una Encíclica Pastoral. Es un programa donde el problema de nuestro continente se contempla en toda su amplitud: espiritual, pastoral, económica y social.

Es una visión donde el maestro que enseña, da a conocer en un estilo sencillo, pero en un acento dramático, el problema que preocupa a su corazón de Pastor universal.

Es un programa pastoral concreto donde se planifica la acción de conjunto que es urgente realizar.

Es una palabra paterna donde el Padre común comprende, consuela y alienta la labor, a veces desconocida y no pocas veces tergiversada, de los abnegados pastores de la grey latinoamericana. Es un grito profético que tiende a despertar los espíritus aún pasivos, al soplo innovador de los tiempos.

Es, en una palabra, la respuesta de la Iglesia a las angustias y esperanzas de un continente, que busca una solución definitiva y absoluta a sus problemas.

El Discurso de Paulo VI a la América Latina tiene el valor de un signo de los tiempos que es necesario comprender.

El nos dice que el problema entero de la Iglesia, está subordinado a la solución del problema de América Latina y, en consecuencia, ningún católico tiene el derecho de decir: "a nosotros no nos corresponde resolverlo".

Nos dice, enseguida, que la Iglesia ve de una parte el problema de una "debilidad orgánica" de América Latina y nos llama a su revitalización.

La palabra del Papa es un elogio al esfuerzo del CELAM y de todas las iniciativas que se cobijan bajo esta sigla, llamando a todos a colaborar en este esfuerzo común.

El Discurso del Papa tiene aún otro significado más profundo, cargado de esperanza. Al concluirse el Concilio, cuando comienza el tiempo de la caridad y de la responsabilidad, cuando todo el pueblo de Dios se vuelve hacia la revelación de los valores cristianos, contenidos en la situación histórica contemporánea, el Vicario de Cristo habla a un continente que no tiene ni la tradición histórica, ni el poderío económico, ni la abundancia del personal apostólico de otros países o continentes, pero que en cambio, en la misma carencia de esos elementos, está más apto y despierto para poner en ejercicio, todos esos "medios pobres" que en último término son la expresión de las Bienaventuranzas Evangélicas.

¿Y qué otra cosa es el "Aggiornamento", sino la vuelta total y absoluta al espíritu del Evangelio?

La Iglesia de los pobres de que habló Juan XXIII, ¿no es más fácil que sea comprendida por los que se encuentran en esa condición?

El discurso de Paulo VI el 24 de noviembre, no nos habla sólo a nosotros. Habla a toda la Iglesia y encierra en su espíritu todo el valor de un signo de renovación interior y pastoral.

Debo terminar:

Respuesta de América Latina.

Tal ha sido el tema que se me ha propuesto.

La respuesta es una y triple: miremos los signos de los tiempos sobre América. Esos signos se llaman: espíritu de diálogo de CICOP, retorno a las fuentes del Vaticano II, renovación pastoral del Discurso de Paulo VI.

A la luz de esos signos, América Latina tiene que decir tres palabras a sus hermanos de los Estados Unidos:

Palabra de gratitud, porque el amor de fraternidad y su espíritu de diálogo con nosotros se ha hecho cada vez más auténtico y vivo.

Palabra de comunión, porque estamos ciertos que únicamente en un intercambio común enriqueceremos nuestra vida presente y haremos posible para toda América la verdadera y honda renovación conciliar.

Palabra de esperanza, porque Dios nos ha hecho ver sus signos, porque a través de ellos hemos una vez más palpado su amor, porque sentimos a la Iglesia entera en íntima comunión con nosotros; por eso nuestra palabra está cargada de optimismo y de esperanza.

No ignoramos los problemas ni tampoco les tememos. No ignoramos las amenazas que se ciernen sobre nosotros, y ellas tampoco nos harán desviar nuestro camino.

Sabemos que el Señor ha puesto en nuestros pueblos potencialidades magníficas, y en ellas confiamos.

Unidos en el espíritu fraternal que el Vaticano II nos ha dado, podemos los americanos del norte y del sur, latinos y sajones, decir en nuestros diversos idiomas el himno que expresa esas esperanzas:

God bless the Americas (9).

(9) tr.: Dios bendiga a las Américas.

La Iglesia Diocesana: Talca

○ *Monseñor Larrain nos habla de la "diocesanidad" a propósito de diversos temas: el Obispo, la Colegialidad, la Catedral, el Presbiterio.*

Remitimos a los lugares respectivos para una visión más amplia y completa.

DIVISION ECLESIASTICA DE CHILE

OBISPADO DE TALCA

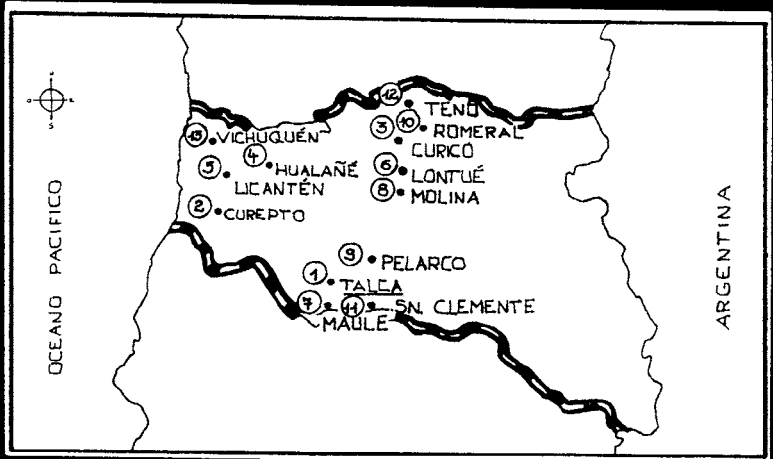
1976

ARZOBISPADOS
OBISPADOS
PRELATURAS O ADMINISTRACIONES



FUNDACIÓN : CREADO EL 12/10/1925
COMPRENDE : PROVINCIAS DE TALCA Y CURICÓ

SUPERFICIE (km. ²)	POBLACION (miles de hab.)	% de católicos	PARROQUIAS	VICARIAS	CASAS DE RELIGIOSOS		SACERDOTES		DIÁCONOS PERMANENTES	RELIGIOSOS	RELIGIOSAS	
					masculinas	femeninas	diáconos	XXII diáconos				
15407	400	925	37	-	20	36	55	1	40	7	30	164
					36		36					



DIÓCESIS DE TALCA
PARROQUIAS IMPORTANTES

- 1) "EL SAGRARIO" (1680)
- 2) "NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO" (1580)
- 3) "SAN JOSÉ" (1743)
- 4) "SANTÍSIMO SACRAMENTO" (1834)
- 5) "SAN MIGUEL" (1874)
- 6) "SAN BONIFACIO" (1926)
- 7) "SAGRADO CORAZÓN" (1862)
- 8) "NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO" (1767)
- 9) "SAN JOSÉ" (1787)
- 10) "NUESTRA SEÑORA DEL PILAR" (1912)
- 11) "SAN CLEMENTE" (1864)
- 12) "SAN JUAN DE DIOS" (1806)
- 13) "NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN" (1580)

25º ANIVERSARIO DE LA DIOCESIS DE TALCA
EL ESPIRITU DIOCESANO (1)
(18-X-1950)

Amados hijos:

La Diócesis de Talca conmemora en estos días el vigésimo quinto aniversario de su fundación (2).

Y al celebrar este aniversario creo de mi deber el hablaros sobre el espíritu diocesano.

Jesucristo, al fundar su Iglesia, la estableció sobre san Pedro y el Colegio de sus Apóstoles. En consecuencia, S. Pedro y los demás Apóstoles, son conjuntamente y en planos diferentes el fundamento de la Iglesia. Los Obispos son los sucesores de los Apóstoles así como el Papa es el sucesor de san Pedro.

Esto significa que la división de la Iglesia en agrupaciones diversas llamadas Diócesis es de institución divina, no, en el sentido que cada Diócesis haya sido creada directamente por Nuestro Señor, sino en cuanto esa división en agrupaciones pertenece al plan divino.

Como consecuencia, el poder de cada Obispo para el ejercicio de su poder ordinario que le viene no por delegación sino en fuerza de la constitución misma que Cristo dio a su Iglesia.

El territorio confiado a cada Obispo para el ejercicio de su poder ordinario lleva el nombre de Diócesis. La Diócesis no es una mera división administrativa, como las provincias o departamentos en una nación; es una comunidad viviente en esa comunidad universal, la Iglesia Católica. La Diócesis es una porción del baño de Cristo, un grupo de esa inmensa familia que es el pueblo cristiano.

El Obispo no es tampoco el simple administrador de ese territorio. Es el Pastor que en nombre y con poderes de Cristo dirige las almas hacia su eterno destino. Es el Doctor de verdad que enseña la doctrina revelada por Cristo, que la Iglesia le entrega. Es el guardián de la fe que vela por su pureza e integridad. Es el Pontífice que preside el misterio del culto cristiano y distribuye por los Sacramentos la vida sobrenatural.

“La Diócesis es como una pequeña Iglesia en marcha donde se encuentran todos los problemas y todas las dificultades de la Iglesia militante de Cristo que avanza en medio de las naciones” (3).

(1) Carta pastoral que envía al Clero y fieles sobre el “Espíritu Diocesano”.

(2) La diócesis de Talca fue fundada en 1925.

(3) Filipon Miguel María. Teólogo dominico francés. Autor de varias obras de espiritualidad.

Esto significa, amados fieles, que por medio de nuestro contacto con la diócesis es como viviremos nuestra verdadera vida de miembros de la Iglesia.

Deberes Diocesanos. El primer deber para con la Diócesis es el amarla. El amor a la Parroquia sería vano si no se apoya en el de nuestra Diócesis. Ningún sentimiento estrecho o mezquino debe disminuir este amor diocesano que es la auténtica expresión de nuestro amor a la Iglesia y a Cristo.

En segundo lugar, debemos ser dóciles con la autoridad diocesana, sea quien fuere el que ocupe el cargo de Obispo. La historia de la fecundidad espiritual de la Iglesia es la historia de la docilidad y unión con la Jerarquía. La historia de las crisis de la Iglesia es igualmente la historia de las luchas entre el espíritu individual y el jerárquico.

En el siglo II de nuestra era, aquel gran Padre de la Iglesia, el Mártir S. *Ignacio de Antioquía* (4) escribió sus famosas Cartas, en las cuales su doctrina se resume en la célebre frase "Nihil sine Episcopo" (5). Su pensamiento continuo era que la unión de la Iglesia fuese sólida mediante la perfecta adhesión de los fieles a la Jerarquía. Oigamos algunas de sus palabras:

"A cualquiera que es mandado por el Padre a gobernar la familia, debemos recibirlo como al Padre; por tanto consideremos al Obispo como al mismo Señor" (6). "No haya nada que pueda dividiros, sed obedientes al Obispo y a los prelados para dar al mundo la prueba y la idea de la vida inmortal" (7).

No se puede llamar buen católico aquel que critica, discute o rechaza las enseñanzas y directivas que la Iglesia le da por su Obispo y olvida la palabra del Libro de los "Hechos" que nos dice que "*el Espíritu Santo* puso a los Obispos a regir la Iglesia de Dios" (8). Con razón S. Cipriano escribía que "no puede tener a Dios como Padre, quien no tiene a la Iglesia como Madre" (9).

En tercer lugar, debéis realizar una verdadera unión entre vosotros. La Diócesis es una gran familia, una comunidad que debe sentirse unida con los lazos de una misma fe, una misma vida sobrenatural, un idéntico amor fraterno y una misma autoridad. Es necesario avivar este sentido de comunidad diocesana; que las Parroquias, las instituciones, los fieles entre sí sientan cada vez en forma más viva los vínculos de su cristiana solidaridad. El anhelo supremo de Cristo fue la unidad de los miembros de su Místico Cuerpo. Esa unidad se realiza en y por la Iglesia.

(4) Antioquía Ignacio de. Obispo de Antioquía. Mártir de comienzos del siglo II. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(5) tr.: "Nada sin el Obispo".

(6) *Ad. Ep.* 4, 1.

(7) *Ad. Magn.* 6, 2.

(8) *Hch.* 20, 28.

(9) Cipriano San. Obispo de Cartago. Nacido en Africa a principios del siglo III. Más que un hombre teórico lo fue de una actividad infatigable. Gran parte de su ciencia teológica la debe a Tertuliano.

Es el grado de unión a la comunidad diocesana lo que nos dará la medida de la unión entre nosotros. Tratar de buscar la unión fuera de donde Cristo la ha establecido es olvidar por qué y para qué instituyó su Iglesia.

El espíritu diocesano pide, además el que nos interese por las obras que son comunes a la Diócesis: la Catedral, el Seminario, las Vocaciones, las Asociaciones diocesanas de Acción Católica.

Nuestra Diócesis está terminando con grandes sacrificios su Iglesia Catedral. En ella se resume toda la vida del Obispo y de la comunidad cristiana agrupada en torno a él. ¿Sentís vuestro vínculo espiritual con la Iglesia que es "caput et mater omnium ecclesiarum" (10).

Tenemos el Seminario que, como su nombre lo indica, es el semillero de los futuros sacerdotes de la Diócesis, ¿os interesáis por él, por las vocaciones, por los que mañana serán vuestros pastores?

Las Asociaciones diocesanas de la A.C. Hay centros o parroquias que miran con desconfianza la intervención de los organismos diocesanos de A.C.: ¿han olvidado que esta es, según palabra de S.S. Pío XI, "eminentemente diocesana?"

¿Cómo puede decirse que existe espíritu diocesano si no nos interesamos por los problemas y obras fundamentales de la Diócesis? Debemos orar por Ella. Cada día en la Santa Misa, la liturgia de la Iglesia nos hace pedir por nuestro Obispo. Hay que orar en unión con él por las necesidades y problemas de la Diócesis. Tenemos, como enseña S. Pablo: "un Señor, una Fe, un Bautismo" (11), es menester que eso nos estreche también en una gran plegaria común.

Debemos trabajar por la Diócesis. Nada de ella debe parecernos extraño. Sus problemas, sus dolores, sus inquietudes y sus progresos hemos de sentirlos como nuestros.

Debemos ayudar materialmente a nuestra Diócesis. Sus obras deben ocupar la preferencia. Es triste constatar el desinterés de la mayor parte de los fieles por las obras diocesanas. No les preocupan, no oyen los llamados que se hacen probando en esa indiferencia y frialdad hacia su Diócesis la debilidad de su amor hacia la Iglesia.

Las obras emprendidas por asociaciones neutras, los gastos políticos, incluso las instituciones católicas de fuera de la Diócesis, son atendidas preferentemente, dejando languidecer y morir las que son propias de esta Diócesis.

El pago del Dinero del Culto que obliga en conciencia y bajo falta grave, y que es una manera práctica de ayudar a la Diócesis es voluntariamente descuidado por la gran mayoría de los católicos de esta Diócesis que, en ese desprecio hacia uno de los Mandamientos de la Iglesia, demuestran la triste necesidad de urgir sobre el espíritu diocesano.

Amados hijos: no quiero extenderme más. El tema es amplio y mucho queda aún por decirse.

(10) tr.: "cabeza y madre de todos los templos de la Diócesis?"

(11) *Ef.* 4, 5 .

Quiero que quede entre vosotros claro y vivo el sentido de vuestra vida en la Diócesis, el amor que le debéis, el interés por sus obras, el espíritu de fraternidad para con todos sus miembros, y de filial adhesión a los Obispos que la rijan.

Que estos veinticinco años de vida diocesana, nos sirvan, mirando el pasado, para trabajar con entusiasmo creciente en el porvenir.

El trabajar por la Diócesis es trabajar por la Iglesia. El trabajar por la Iglesia es hacerlo por Cristo.

Demos gracias por los favores recibidos. Pidamos por las necesidades presentes. Estudiemos cómo abordar los problemas del futuro y unidos en esta comunidad diocesana realicemos la misión que a cada uno de nosotros confía el Señor en su Iglesia para el advenimiento de su Reino de paz y de amor.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

25 AÑOS DE LA CREACION DE LA DIOCESIS (1) (1950)

Nos, Manuel Larraín Errázuriz, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Obispo de Talca, al Clero y fieles de la Diócesis, salud y paz en Cristo nuestro Señor:

Celebra esta Diócesis, el presente año, un hecho que no puede pasar desapercibido: el vigésimoquinto aniversario de su fundación.

En efecto, el 18 de abril de 1926 el Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago, Mons. Crescente Errázuriz, procedió a ejecutar la Bula "Apostolici Muneris ratio" de Su Santidad Pío XI, de fecha 18 de octubre de 1925 por la cual se creaba la nueva Diócesis de Talca desmenbrándola de la antigua Arquidiócesis de Santiago, de la cual pasaba a ser sufragánea.

1) Al conmemorar esta fecha, nuestro primer sentimiento es el de la gratitud. Ante todo, hacia el Señor, Dador de todo bien, que ha permitido en medio de dificultades y pruebas el desarrollo y prosperidad de esta Diócesis.

Cuando se mira la obra realizada en estos 25 años, sólo debe exclamar: "Es el Señor quien lo ha hecho". Diez nuevas Parroquias han intensificado la vida cristiana en centros de población que exigían la presencia

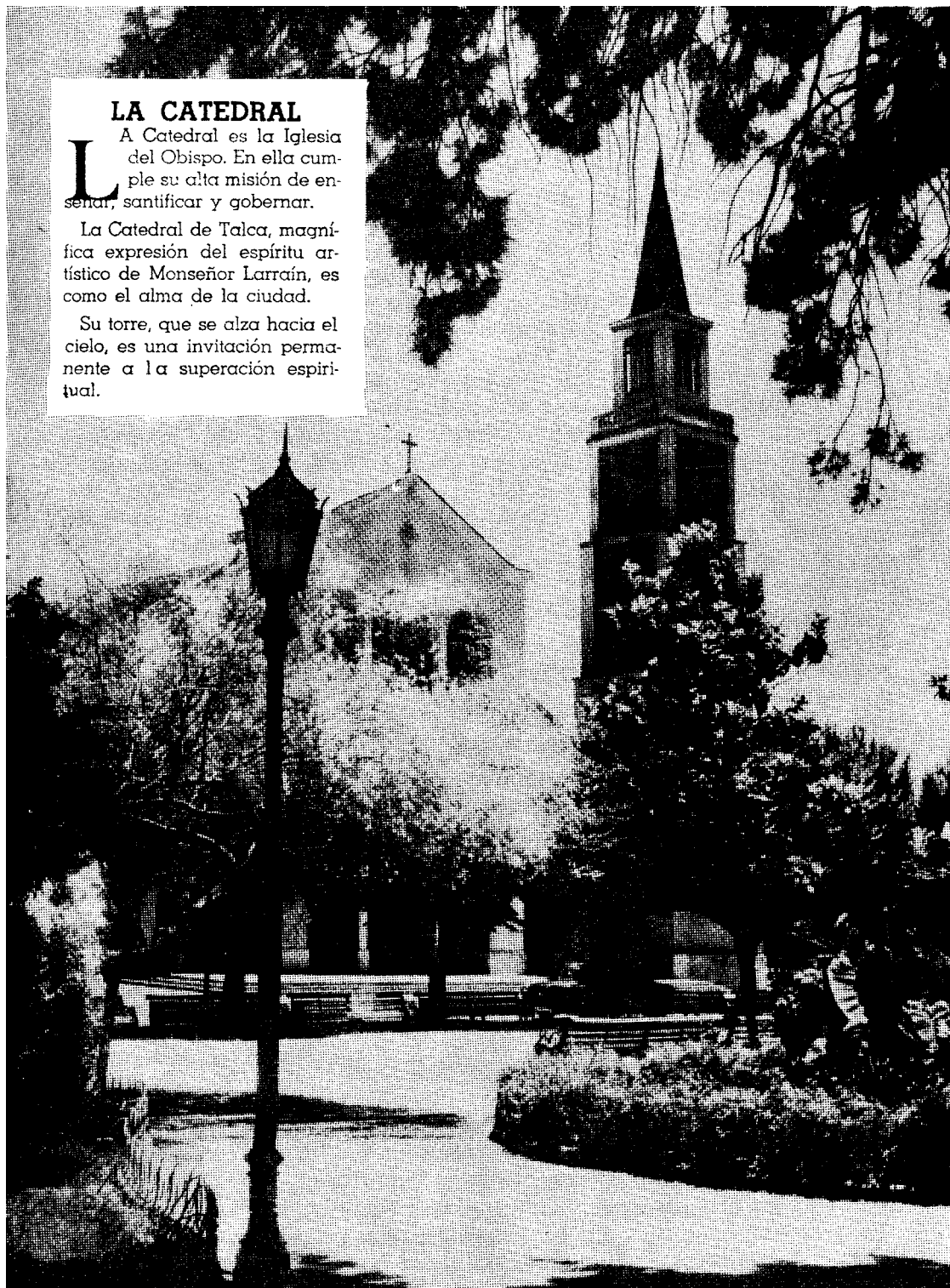
(1) Segunda Carta Pastoral con ocasión de tal aniversario.

LA CATEDRAL

La Catedral es la Iglesia del Obispo. En ella cumple su alta misión de enseñar, santificar y gobernar.

La Catedral de Talca, magnífica expresión del espíritu artístico de Monseñor Larrain, es como el alma de la ciudad.

Su torre, que se alza hacia el cielo, es una invitación permanente a la superación espiritual.



y cuidados continuos de un Pastor. Cuatro nuevos Colegios Secundarios, una escuela agrícola y treinta nuevas escuelas primarias se han sumado a las que ya existían antes de la fundación de la Diócesis para formar en el sentido cristiano de la vida a la niñez y juventud. Más de cuarenta nuevas iglesias y capillas y más de setenta nuevos oratorios han multiplicado los lugares de culto y hecho más fácil a los fieles la recepción de los Sacramentos.

Catorce nuevas casa de religiosos y religiosas han venido en este período de tiempo a prestar en la nueva Diócesis su eficaz colaboración apostólica.

Hemos visto en estos años nacer y desarrollarse la Acción Católica dando a los seglares el sentido apostólico de su misión.

Catorce Congresos Eucarísticos o Marianos han reanimado el fervor religioso a través de todo el territorio diocesano. Las Misiones se han más que duplicado hasta alcanzar el número de doscientas anuales. La acción catequista se ha visto reforzada con el Hogar Catequístico, que prepara a las Maestras de Religión, mientras el Departamento Campesino realiza su obra de preparación apostólica y técnica de Maestros para el campo.

El Señor y su bendita Madre han permitido que ni el paganismo imperante ni ideologías materialistas en boga hayan impedido el dilatarse y crecer de la acción religiosa de la Diócesis en estos sus primeros 25 años de edad.

Homenaje de gratitud, en seguida, hacia el primer Pastor de esta Diócesis de Talca, el Excmo. Sr. Carlos Silva Cotapos, cuyo ejemplo de rectitud y abnegación permanece vivo en este Obispado que le correspondió fundar y organizar y cuyo recuerdo se conservará siempre como precioso tesoro.

Homenaje igualmente de gratitud hacia el abnegado Clero Diocesano, que sea en las sacrificadas parroquias o en diversos ministerios han sido los obreros infatigables que soportan el "paso del día y del calor". Gratitud que hacemos igualmente extensiva a los religiosos y religiosas que en forma tan eficiente han colaborado en la tarea apostólica y que junto con el Clero Diocesano han sido los elementos primeros del progreso espiritual alcanzado.

No podemos olvidar en este homenaje a los apóstoles seglares que en las filas de la Acción Católica o en otras obras de apostolado han sido y son los elementos insubstituíbles de la recristianización de nuestra Diócesis y los que complementan la acción del ministerio sacerdotal.

2) Junto a este sentimiento de gratitud con que miramos los 25 años pasados se unen los planes con que enfrentamos el porvenir.

No es éste el momento de hacer un hondo estudio pastoral. Quiéramos tan sólo esbozar tres ideas centrales que forman como las líneas de una acción pastoral futura, que urge intensificar.

a) En primer lugar, las vocaciones sacerdotales. La Diócesis no tiene el número suficiente de sacerdotes que necesita para atender y desarrollar su apostolado actual. Los fieles hasta este momento no han

medido la trascendencia de este problema. Ni el Seminario Diocesano, ni las vocaciones reciben el interés y cooperación que su importancia merecen.

Seminario y vocaciones, es por tanto la primera voz de orden de un plan de acción que esperamos a fines de este año dar a conocer.

b) La acción apostólica de los seglares es el segundo punto en que debemos insistir. Dar a la Acción Católica su verdadera orientación y eficacia, despertar en los seglares el sentido apostólico de su misión, organizar en forma eficiente los cuadros de la Acción Católica, hacerles sentir su responsabilidad redentora, es una tarea a la cual, Dios mediante, pensamos dar nuevo y más vigoroso impulso, convencidos de su apremiante necesidad.

c) La Iglesia no puede permanecer indiferente al desarrollo social y a los problemas que con él se relacionan. De ahí la necesidad de intensificar en la Diócesis una acción social que contemple los problemas de la educación, la familia, el trabajo y su solución a la luz de los principios cristianos.

Sobre estas tres ideas fundamentales se agrupan los problemas pastorales que se presentan para el futuro de esta Diócesis, cuyos 25 años de vida hoy conmemoramos.

3) Vistas así, la acción pasada y futura de esta Diócesis, conviene estudiar la forma cómo expresar, tanto esta gratitud por los beneficios recibidos, como implorar las gracias para la tarea que le cumple desarrollar.

La inauguración de la Iglesia Catedral será, amados hijos, el medio de unir estos dos sentimientos.

Durante diez largos años se ha trabajado arduamente en levantarla. Ella debe ser el monumento de nuestra gratitud al Señor por los beneficios que ha otorgado a esta Diócesis en sus 25 años de vida.

Ella debe ser el centro de unión en la doctrina, el culto y la acción en esta Diócesis. Ahí se expresa esa unidad en la fe, en el sacrificio, en la plegaria y en la disciplina, que es la característica de la vida de la Iglesia.

Ella será fuente de gracias, que hará que el vasto trabajo apostólico que aun toca desarrollar tenga toda la eficacia de lo que se hace en unión de la Iglesia y de Cristo.

Por esto queremos que su inauguración tenga un carácter diocesano y que sea toda la Diócesis la que participe en esta solemnidad.

La inauguración de la Catedral debe significar la unión de toda la Diócesis en su acción de gracias por sus 25 años de vida y de preparación para sus tareas futuras.

Unidos alrededor de nuestra Catedral elevaremos el Te Deum de nuestra gratitud, afirmaremos el Credo de nuestras esperanzas inmortales y estrecharemos el vínculo de nuestra cristiana unidad.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES PASTORALES DE LA DIOCESIS (1)
PRIMER SINODO DIOCESANO. PREPARACION
(XII - 1959)

Amados sacerdotes:

I. Un deber grave de mi cargo me mueve a dirigir la presente carta. En ella encontraréis preocupaciones que nos son comunes y problemas pastorales que urge resolver. Anticipadamente os pido excusas, si en mi deseo de franqueza puedo emitir algunos juicios aparentemente severos. No inspiran estas líneas otro móvil que el amor a la Iglesia y ante esto, toda consideración humana debe desaparecer.

Deseo presentaros algunos hechos que plantean problemas que la Iglesia no puede eludir; recordar las soluciones que la misma Iglesia nos señala, y a la luz de ellas trazar un programa común de acción.

Además, los 34 años de vida de la Diócesis, las disposiciones dictadas por mi Venerado Predecesor E.M. Carlos Silva Cotapos (2), y las de mis 21 años de gobierno pastoral, los cambios que se han operado en el mundo y en Chile en este período y las perspectivas sociales futuras, obligan a dar a este programa no sólo el valor de un proyecto, sino el de un estatuto definitivo que oriente jurídica y pastoralmente las actividades diocesanas. De ahí el deseo de celebrar en el año 1960 el Primer Sínodo Diocesano de Talca, del cual esta carta es la primera y fundamental iniciativa.

II. *Hechos que plantean problemas*

No pretendo ni señalarlos todos, ni estudiarlos en sus causas y manifestaciones. Me limito a enunciar los principales:

1. *Ignorancia religiosa creciente.*

Una parte no pequeña de nuestra niñez se está formando sin Dios. No recibe instrucción religiosa. Otra parte, la recibe en gran propor-

(1) Carta privada que dirige al clero.

(2) Silva Cotapos, Carlos. Precedió a Mons. Larraín en el Obispado de Talca entre 1925-38.

ción en forma deficiente (1 hora semanal en las escuelas fiscales donde se hace —es decir apenas 28 horas al año— Catecismo de 1ª Comunión breve en tiempo y deficiente en contenido). La familia, salvo una minoría, no contribuye a la educación religiosa. La escuela católica presenta graves lagunas en la educación religiosa. (Sobre este tema di una Carta Pastoral a los Directores de Colegios Católicos en 1955).

Condenamos con justa razón al Comunismo por su ateísmo fundamental. Sin embargo, con leyes y condiciones favorables a la idea cristiana está surgiendo una generación en parte atea, es decir, realizando lo que el Comunismo haría si triunfara.

2. Paganización de la vida.

A pesar de ciertas prácticas religiosas que subsisten en muchos medios, más por tradición que por convicción, el concepto de la vida tiende rápidamente a paganizarse; idea sobre el matrimonio y noviazgo — sobre relaciones sexuales fuera del matrimonio — menosprecio de la pureza y virginidad — afán casi único de lucro — diversiones — el placer como fin de la vida (pasarla bien). Los medios de difusión cuya influencia es preponderante: prensa, radio, cine, sirven y fomentan esta organización (basta con leer los anuncios de cine de los principales diarios de la capital: Mercurio, Nación, Ilustrado, o la crónica roja de los diarios vespertinos). Carecemos de prensa católica. En los medios católicos hay una tolerancia creciente con las costumbres paganizantes. Esta paganización alcanza a todas las clases sociales.

3. Sub-desarrollo económico, social y cultural, que nos entrega en proporción cada vez mayor una masa que vive en condiciones sub-humanas. (Hace 7 años no existían prácticamente “callampas” en Talca y Curicó (3). Hoy constituyen grave problema. En Curicó más del 15% de la población urbana está en “callampas”. Esto trae problemas de orden moral, familiar y social gravísimos, que no es del caso señalar aquí, pero que fácilmente se comprenden. El analfabetismo o el cuasi-analfabetismo nos da una población cuya mentalidad deficiente puede ser guiada por el primero que se presente (caso del Cura de Catapilco en la Prov. de Talca) (4).

Frente a esto existe en los ambientes de mejor situación económica y social una ignorancia casi completa de la doctrina social de la Iglesia. Carencia de sensibilidad social en las clases altas y abierta resistencia a las soluciones sociales de la Iglesia. Alejamiento creciente de la clase obrera de la Iglesia por creerla “aliada de los ricos”. Formación de una clase media en una proporción grande bajo el signo laicista (in-

(3) “Callampas”: se denominan en Chile a las habitaciones de barrios miserables.

(4) Sacerdote chileno que se hizo líder social de sectores postergados. Llegó a ser diputado y candidato a la Presidencia de la República. Posteriormente abandonó el Ministerio.

fluencia masónica-radical). Las encuestas realizadas por universitarios católicos en Valdivia y Concepción son valederas, cambiando un poco las proporciones, en nuestra Diócesis.

4. Acción cada vez más violenta, organizada y eficiente de las fuerzas adversas a la Iglesia, especialmente de la masonería, el comunismo y el protestantismo. Diversas entre sí, y hasta cierto punto antagónicas, se *unen* sin embargo en el *frente común* contra la Iglesia.

Resumen: Un grave problema religioso, moral y social, unido a una fuerte ofensiva anti-católica. Esto no es ni circunstancial ni pasajero. Son problemas cuyas premisas están puestas hace ya tiempo y cuyas conclusiones avanzan inexorablemente. Repito: podemos encontrarnos en plazo más o menos breve, una o dos generaciones, con una Diócesis des-cristianizada.

(Trato los problemas en escala diocesana aunque en realidad son nacionales).

III. *Soluciones pastorales*

No vamos a inventarlas, sino a tomar las que la Iglesia repetidamente nos ha señalado. Se trata no de buscar cosas nuevas sino de *cumplirlas* eficientemente como están dispuestas. Estas soluciones podemos clasificarlas en los siguientes puntos:

1. Apóstoles;
2. Evangelización;
3. Comunidad viviente;
4. Distribución y coordinación de las actividades y fuerzas apostólicas;
- 5) Un cambio de actitud pastoral.

Diremos *algo* en concreto de cada uno de estos puntos:

1. *Apóstoles*

a) *Vocación y Seminario*

Si no se trabaja en forma *activa, personal y directa*, y si cada sacerdote no siente como *cosa propia* el trabajar en el problema vocacional, el porvenir de la Diócesis está seriamente comprometido. No es posible que una Diócesis viva apostólicamente del celo de sacerdotes, religiosos y seminaristas extranjeros y la Diócesis *misma* no produzca los sacerdotes que necesita. Los sacerdotes extranjeros que esto leen, saben cual es la gratitud que la Diócesis les debe, pero mirando la tradición de la

Iglesia y el porvenir, saben también que la ayuda de fuera debe tener como significado principal poner a la Diócesis en condición de producir su propio clero. Muchas veces he repetido lo mismo, las vocaciones no faltan, Dios no abandona a su Iglesia. Lo que falta es *buscarlas, atenderlas, formarlas y encaminarlas hacia el sacerdocio y la vida religiosa*. Méjico y Colombia, por ejemplo, tendrán de aquí a 15 años más, solucionado su problema de clero.

El Seminario Menor de Talca

Se han hecho diversas tentativas para encontrar una solución adecuada a los varios problemas que presenta. Ha habido, con franqueza, más crítica negativa a algunos defectos, que colaboración constructiva. Estamos actualmente tratando de realizar una nueva experiencia. No podemos aún decir si ella tendrá o no éxito para la finalidad *principal* que el Seminario persigue: sacerdotes. Puedo, eso sí, decir, que estoy decidido a hacer sacrificios grandes y que tendré que pedirlos a la Diócesis y a vosotros, a fin que el Seminario sea lo que la Diócesis espera de él.

b) *Apóstoles seglares*

El sacerdote no puede realizar solo en el mundo de hoy su misión pastoral. Necesita imprescindiblemente del laico. Pero y aquí está el problema grave, no se trata de un simple seglar de buena voluntad que colabore subordinadamente en algunas tareas, sino de un *militante*. Militante es el que siente la responsabilidad espiritual de su ambiente y de las personas que en él viven. Es un apóstol; subordinado a las directivas de la Jerarquía, pero con *iniciativa y responsabilidad* propia en la ejecución. Ese laico hay que *formarlo*. Una parroquia que no da ni vocaciones sacerdotales y religiosas, ni apóstoles seglares, está fallando en su base misma y exige al párroco un severo examen de conciencia. Los movimientos de A.C. tienen esa misión. Pero la A.C. es lo que los párrocos y los asesores la hacen. El asesor diocesano representa al Obispo en su campo específico y señala la línea de acción que ha de seguirse. La A.C. en sus tres movimientos está lejos en la Diócesis de ser lo que debiera. Debemos en esta materia tomar resoluciones enérgicas y efectivas que aseguren el desarrollo progresivo de la A.C. en su triple movimiento.

2. *Evangelización*

Sólo una gran campaña de evangelización puede librarnos de ver surgir una generación sin Dios. La idea evangelizadora debe estar en la base de nuestra acción pastoral. Esto exige especialmente tres labores: catequesis, predicación, liturgia.

a) *Catequesis*

Nuestra catequesis tiene dos problemas: de extensión y contenido. En extensión, quedan grandes sectores de la Diócesis sin recibirla, o recibéndola en forma muy imperfecta.

Se precisa que la catequesis llegue a todas las escuelas — que haya centros catequísticos en todos los principales núcleos de población— que se provea una catequesis de adolescentes y adultos.

Todo esto exige un personal y una institución. El personal de catequistas hay que formarlo. (Este año se hicieron dos cursos: al primero asistieron 9, al segundo alrededor de 30, pero estos 30 provenían solo de 3 parroquias. . .). La Institución, es la Confraternidad de la Doctrina Cristiana. Es menester darle a este organismo *toda* la importancia que tiene, cuidando que su formación no perjudique a la Acción Católica. Es necesario ampliar el tiempo de la preparación a la 1ª Comunión y separarlo, al menos en las ciudades y pueblos, de la catequesis a todos los sectores, por *emisiones radiales*. Se precisa en este campo hacer llegar a todas las escuelas fiscales el curso radial autorizado y recomendado por el Ministerio de Educación, del Instituto de Educación Rural. Un curso catequístico que puede ser transmitido dos veces por semana a *todos* los centros.

Las misiones populares es indispensable orientarlas en un sentido mucho más positivo (exposición, doctrina), bíblico y en relación con los problemas del hombre de hoy. Se precisa un estatuto de las misiones.

b) Se necesita una predicación sólida, doctrinal, centrada en la persona de Cristo, alimentada en las fuentes escriturísticas y adaptada a los problemas e inquietudes de los fieles. Sobre este punto se está trabajando en un *directorio* de la predicación para que sea fielmente seguido.

c) Se precisa una liturgia *digna*, que inspire devoción y respeto. Ceremonias realizadas en la fidelidad y decoro que la Iglesia prescribe. Participación inteligente de los fieles que exprese en sus diversas manifestaciones el sentido de la *comunidad* orante. Si esto no existe, si no ponemos especial empeño rebajaremos la dignidad de nuestro culto, alejaremos a los fieles y descuidaremos lo que al través de toda la tradición de la Iglesia ha sido un medio eficazísimo e insuperable de evangelización. Aquí se requieren normas bien claras sobre:

método de participación (está en impresión el Directorio de la Misa) —cánticos populares y litúrgicos— colegios de acólitos.

3. *Comunidad viviente*

Es menester formar la auténtica comunidad cristiana, donde el sentido de la fraternidad evangélica sea una realidad. Aquí se precisan tres cosas:

a) Divulgación y aplicación de los principios sociales de la Iglesia, no con ánimo de polémica, sino de despertar la conciencia de cada uno en orden del bien común.

b) Comunidades de amistad cristiana, en grupos que quieran vivir el "habitare fratres in unum" (5).

c) Asistencia de la comunidad parroquial (no de unas pocas personas) a los mas necesitados. Caritas ofrece una magnífica ocasión para realizar no un simple "reparto" frío y burocrático de tipo paternalista sino una fraterna ayuda cristiana. Es urgente qua a través de Caritas se desarrolle *toda una pastoral de la comunidad cristiana* de solidaridad, de asistencia, de amistad.

Estas tres funciones: evangelizadora, litúrgica y comunitaria, dará a la *parroquia* su verdadera fisonomía y su importancia en la vida cristiana. La parroquia es la Iglesia entera en un espacio pequeño. Es la célula más pequeña, pero equipada completamente, de vida católica, a la medida del hombre mismo.

IV. *Este programa exige:*

1. La elaboración de una pastoral de conjunto;
2. una mejor distribución del personal y de los efectivos apostólicos; y
3. un cambio de actitud pastoral.

1. *Una pastoral de conjunto.*

La Diócesis es la célula fundamental de la Iglesia. La unidad se realiza en rededor del Papa y del Obispo. El campo apostólico pertenece íntegro al Obispo. Los fieles sin excepción, dependen del Obispo y sus directivas pastorales deben alcanzar a todos ellos, sean los que reciben su asistencia espiritual por la parroquia, sean los que las reciben en las casas religiosas que florecen en nuestra diócesis. Las comunidades religiosas, sin desmedro de la autonomía que el derecho les concede en su vida interna, deben participar en las directivas pastorales de orden general. Los colegios y escuelas católicas han de ser los planteles primeros donde se formen los católicos militantes que han de trabajar en los grandes intereses de la Iglesia y defenderla ante las graves amenazas que se le presentan.

2. Esto obliga al Obispo a estudiar y realizar una *distribución* más adecuada del personal y los efectivos y medios apostólicos.

Grandes cambios se han producido en el mundo en los últimos 25 años y aún más grandes están por producirse en los venideros. No po-

(5) Tr.: "Habitar los hermanos en la unidad".

demos mantener sistemas apostólicos, o estructuraciones que podrían estar bien hace 50 años, pero que hoy, por múltiples razones no son eficaces. Mirando el bien de las almas y el porvenir de la Iglesia, debemos afrontar resueltamente estos cambios y los problemas apostólicos que traen consigo. Esto nos obligará *a todos a sacrificios*, pero estoy cierto que serán hechos con gusto y viendo los beneficios espirituales que traerán. Conozco el buen espíritu del clero de la diócesis, y sé que, por el bien de la Iglesia puedo pedirles estos sacrificios.

3. Citamos por esta carta a una semana de estudio del clero, que tendrá lugar en Talca, desde el lunes 11 de enero al sábado 16, y donde, junto con las lecciones que dictarán varios conferenciantes, se estudiarán las bases del *Primer Sínodo Diocesano*, en el que se estructurarán las líneas fundamentales de un plan pastoral de conjunto en la Diócesis.

Espero antes de Navidad enviar en forma concreta el programa de la reunión del próximo mes de enero. Me adelanto sí a decir que el plan está ordenado a objetivos fundamentales: coordinar mejor el trabajo de las diversas parroquias en una acción conjunta, e impulsar fuertemente los apostolados fundamentales que exigen una acción mucho más intensa en profundidad y amplia en extensión. Este plan se hace especialmente para poner en ejecución las directivas y resoluciones de la Asamblea plenaria del Episcopado, realizada en agosto pasado, que serán dadas a conocer tan pronto como haya llegado de Roma su definitiva aprobación.

A. El plan contempla los siguientes puntos fundamentales:

1. Acción evangelizadora — catequista (Confraternidad de la Doctrina Cristiana) — predicación — radio y periódico diocesano.
2. Vida litúrgica — dialogación — textos litúrgicos — canto.
3. Acción social — Educación popular (educación rural) — Caritas — Cooperativismo — casas del campesino.

B. Este plan debe mirar la formación del personal de la Evangelización. De donde, cuatro problemas diocesanos que hay que afrontar resueltamente:

1. Seminario Menor y Vocaciones;
2. Formación de militantes — Acción Católica y obras de apostolado seglar;
3. Religiosos (nuevas casas, vocaciones (congregación diocesana));
4. Misioneros laicos (organización de equipos misioneros entre el laicado).

C. Por último, este plan, para llevarlo a cabo, obligará a tener *equipos sacerdotales especializados* en Talca, Curicó y Santa Cruz, al servicio de estas tareas. Obligará a diversos cambios dentro de la Diócesis. Igualmente obligará a una redistribución de efectivos apostólicos.

Comprendo que todos estos cambios y planes significarán sacrificios. Hay que hacerlos. Comprendo que como en toda obra humana puede haber imperfecciones y aún fracasos. Hay que soportarlos y superarlos. Comprendo igualmente que habrá la tentación tan fácil, de criticar lo que sale de nuestros moldes habituales. Hay que evitar tal tentación.

Los problemas son *demasiado graves*, los tiempos que se avecinan son *excicivamente difíciles*, el riesgo de la descristianización *es tan* inminente, que hemos de estar prontos a intentar remedios extraordinarios para vencer esas dificultades.

Soy, sin embargo, optimista. Se que el Señor nos ha hecho vivir en momentos cruciales de la historia del mundo y de nuestra patria. Si hay peligros graves, hay también grandes esperanzas. Con fe profunda en Cristo y en María Santísima. Con la seguridad de trabajar en la Iglesia y por la Iglesia. Con un hondo sentido de colaboración y amor, debemos comprender que los problemas presentes exigen de nosotros un cambio de actitud: dar a nuestra pastoral un sentido *fundamentalmente misionero*. Sólo así podremos responder a las exigencias de las almas, a la responsabilidad pastoral del momento, y a la misión que la Iglesia nos ha entregado.

La preparación del Sínodo Diocesano, que deseo sea un trabajo en *común* de todo el clero, y para el cual espero también con confianza la valiosa cooperación de los religiosos, religiosas y dirigentes seculares, nos dará ocasión para ir estudiando en forma profunda y realística nuestros problemas y dándonos una solución adecuada y práctica.

La celebración del Sínodo dará a la Diócesis su estatuto definitivo y permitirá adaptar la pastoral a los cambios producidos en estos años y en los que se ven venir en el futuro.

Os he expresado en forma general mi pensamiento, mis preocupaciones y mis propósitos. Espero en las semanas próximas ir detallándolo en forma más concreta. Confío plenamente en Dios y en vosotros.

He pedido al Señor, si me encontrara digno, me permita realizar el Sínodo. El Señor que se ha servido de mí como instrumento (“*infirmus mundi elegit Deus . . . ut ea quae non sunt . . .*”) (6) para promover diversas obras de la Diócesis, espero me conceda el poder darles la organización y coordinación que las haga duraderas y eficaces. Sin merecer esta gracia confío en su misericordia me lo otorgue.

Las iniciativas y resoluciones que tomamos, pensando únicamente en El, en su Iglesia, en el futuro cristiano de la Diócesis y en la necesidad de las almas, serán ciertamente bendecidas por Dios y nos ayudarán a cumplir lo que en día lejano soñábamos como lema —y al cual— a pesar de tantas deficiencias y miserias hemos tratado de ser fiel:

“*VENI DOMINE JESU*”.

“Y lo que Dios pide a sus administradores es que sean fieles”.

Os bendice como primicia de las gracias navideñas, vuestro Obispo.

(6) Tr.: “Dios eligió lo más pequeño del mundo . . . a fin de que aquello que no es . . .”.

LA MISION GENERAL DE TALCA.
APRECIACIONES EN TORNO A ELLA (1)
(1963)

Ya se habla bastante de la Misión General de Talca. ¿Nos podría decir qué es esa misión?

Diversas publicaciones de Prensa y Circulares leídas en nuestros tiempos, han dado a conocer el proyecto de la Misión General de Talca, que, por pedido especial de Juan XXIII, se está realizando en diversas Diócesis de Chile.

Aquí a partir del mes de abril se está trabajando activamente en el desarrollo de dicha misión, que tendrá lugar del 26 de agosto al 8 de septiembre.

Existe en la Iglesia una actividad apostólica ordinaria, que expresa su trabajo normal en los diversos campos del apostolado, y una actividad apostólica extraordinaria, que corresponde a un período y a un fin determinado. Esta actividad apostólica extraordinaria se manifiesta principalmente por la misión. Ella es la expresión de la función misionera de la Iglesia y lleva consigo gracias especiales de iluminación y conversión. Nuestra Diócesis en cumplimiento del especial pedido de Juan XXIII, que nosotros queremos considerarlo como su testamento para la Diócesis de Talca, y por las disposiciones que hemos dado, nos hemos preparado para entrar por entero en este período de actividad apostólica extraordinaria.

La Misión, en último término, no es sino el cumplimiento más pleno del gran mandato de Cristo: "Id y predicad el Evangelio a toda creatura" (2).

Estamos convencidos que los males más grandes que sufre el mundo, y nuestra Patria, son, en último término, de honda raíz espiritual.

Como maravillosamente lo dijera Juan XXIII antes de morir, en su Encíclica "*Pacem in Terris*": "La paz no se puede construir sino sobre cuatro pilares inamovibles: la libertad, la verdad, la justicia y el amor". Y estos cuatro pilares son ciertamente la síntesis del Evangelio: dar a conocer el mensaje evangélico, que es la verdad, que libera los espíritus, que establece la justicia y que une en el amor; es trabajar porque reine la verdadera paz entre los hombres.

Queremos que exista paz en las conciencias. Queremos que exista

(1) Entrevista: *D.M.*, 1963.

(2) *Mt.* 28, 19.

paz dentro de nuestra colectividad chilena. Queremos que haya paz entre los pueblos. Queremos la paz en el mundo. Pero esta paz, lo sabemos, no podemos nosotros establecerla si, ante todo, no asentamos firmemente estas cuatro bases señaladas por la Encíclica "Pacem in Terris": la verdad, la libertad, la justicia y el amor.

Nuestra misión tiene esa finalidad: llevar a todas las mentes y a todos los espíritus, un mayor conocimiento de esa verdad que hace libres, de ese amor que une. Esta es en realidad la finalidad de la Misión.

¿Con qué fin, señor Obispo, se realiza esta Misión?

Podríamos decir que las razones son múltiples. En primer lugar de un mundo que está creando una mentalidad nueva. Esa mentalidad exige una evangelización renovada en la medida de los valores que hay que iluminar. Otro hecho de no menor importancia, que podríamos calificar como la tercera revolución de la edad moderna, es la promoción obrera y de los pueblos subdesarrollados que forman el llamado "tercer mundo". No pequeña parte de este mundo está lejos de la Iglesia. Es lo que Pío XII llamó el "gran escándalo del siglo XX". Este hecho recuerda con urgencia a la Iglesia el derecho de los humildes a ser evangelizados. Y por eso, nuestra misión tiene ante todo, como finalidad, el anuncio gozoso, volver a repetirlo como lo recibieron los humildes al aparecer Jesús sobre la Tierra: "los pobres son evangelizados".

La segunda razón es el crecimiento rápido de Chile, la escasez de sacerdotes, la deficiente distribución de los efectivos apostólicos, y, por qué no decirlo francamente, falta de sentido apostólico en gran parte de los católicos. Para muchos católicos, ser católico consiste en cumplir con alguna práctica religiosa, y eso cuando la cumplen. Pero el sentido apostólico, misionero, que es inherente al cristianismo, es decir, sentir la responsabilidad del mundo y de la Iglesia, la responsabilidad del mensaje de Cristo que tenemos que distribuir a las almas, eso, desgraciadamente, falta en muchos católicos.

Queremos que esta Misión dé a todos nuestros católicos el sentido vivo de nuestra incorporación a la Iglesia y de su responsabilidad en el sentido del mundo futuro y de la vida cristiana.

Una tercera razón podríamos señalarla en el Concilio Ecuménico, cuya primera parte se realizó el año pasado y que va a reiniciarse el 29 de septiembre próximo. Este Concilio llama a una renovación evangélica de la vida.

El significado fundamental del Concilio es la Iglesia frente al mundo nuevo que se forma y que da respuesta a las ansias e inquietudes de ese mundo. El llamado de Juan XXIII y de todos los Padres Conciliares, es el de este gran movimiento apostólico, de todas las fuerzas de la Iglesia, los católicos unidos a sus pastores, para que coordinen sus esfuerzos en una finalidad común: la Evangelización del mundo actual. Es decir, como hermosamente definiera el filósofo francés Henry Bergson (3).

(3) Bergson, Henri. Filósofo francés de comienzos de siglo. Espiritualista y vitalista.

“Hay que darle a este mundo que crece en todas sus dimensiones, el suplemento de alma que necesita”.

La Misión, y quisiera recalcar esta idea, será la verdadera participación activa de los católicos de la Diócesis de Talca, y de esta ciudad especialmente, en todo lo que el Concilio Vaticano espera de nosotros.

¿Cree Ud. que la misión será una respuesta a lo que el mundo espera hoy día?

Yo lo creo firmemente así. Si nosotros analizamos las características del hombre moderno podremos sintetizarlas en las siguientes: el hombre moderno necesita de lo absoluto, el hombre moderno no se satisface con el mundo de la técnica y de los progresos meramente materiales, necesita y siente la urgencia del restablecimiento de los valores espirituales y morales. El mundo moderno sufre las consecuencias de la terrible injusticia que hoy se abate sobre él, y que hace que contemplamos el escándalo de dos tercios de la humanidad que padecen de hambre y de necesidad, frente a un tercio que goza de todos los bienes que la civilización procura. El mundo actual quiere paz. Pero no una paz hecha sobre fuerzas nucleares o sobre meros tratados diplomáticos sino una paz enraizada en lo más íntimo de la vida del hombre. Y es explicable perfectamente la acogida universal que tuvo la Encíclica “*Pacem in Terris*” de Juan XXIII. Desde los hombres de más diversas y antagónicas ideologías, hasta el mundo católico, todos encontraron en la “*Pacem in terris*”, la gran respuesta a las necesidades del mundo actual.

Ahora bien, estos valores que señalamos no tienen solución sino a la luz del restablecimiento pleno de los grandes valores evangélicos que Cristo vino a señalar. Lo absoluto de su verdad, que como El lo expresara: “los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará”. Valores espirituales condensados en las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña.

Hay que decirle al hombre que será feliz, no en la medida de lo que posea, de lo que goce o de lo que domine, sino en la medida de los servicios que preste a sus hermanos. Los grandes valores morales expresados en el Decálogo y que se encierran en los dos grandes preceptos: “Amarás al Señor tu Dios” y “Amarás al prójimo como a ti mismo” (4). La justicia, de la cual toda la doctrina social de la Iglesia, es la expresión acabada y concreta para las necesidades de este siglo. Y la paz, que es el fruto de esa justicia social.

Todo esto es lo que el mensaje de la Misión quiere transmitir a todos los hombres de buena voluntad y a todos los cristianos de esta ciudad de Talca.

Por eso, la respuesta es afirmativa, creo que la Misión será una respuesta a lo que el hombre espera y necesita hoy día.

(4) Mt. 22, 37-39.

Se dice que la Iglesia, con el Concilio y la Misión general, quiere ponerse al día. ¿En qué cosas concretas lo haría aquí en Talca?

Aunque la Iglesia no cambia en sus constitutivos esenciales, que le fueron dados por el mismo Cristo, sin embargo la Iglesia se adapta constantemente a las necesidades y problemas de los tiempos y a las angustias del hombre moderno. La Iglesia quiere, de una manera especial aquí en Talca, en primer lugar, vitalizar la comunidad cristiana. Es decir, un esfuerzo, interno que debe hacer la Iglesia para atraer hacia a los practicantes hoy dispersos, y robustecer en ellos la vida cristiana, culto y sacramentos, vivencia de la fe, y apostolado.

En segundo lugar formar al militante cristiano, no aisladamente sino en comunidades de intensa vida cristiana, que se apoyen mutuamente y sean capaces de recibir en su seno a los nuevos que llegan e impulsarlos hacia una mayor perfección.

Este sentido de comunidad es esencial. Cada cristiano debe sentir que forma parte de una comunidad viva y actuante. La familia debe ser comunidad de oración, catequesis y apostolado. Las familias forman comunidades locales y éstas parroquias. A su vez las parroquias se unen en la comunidad del decanato, y éstos en la unidad diocesana en torno al Obispo.

Lo segundo, es que queremos la participación activa de los fieles en toda la vida de la Iglesia: en el culto, en el apostolado, en la educación, en la acción social y caritativa. No queremos que el laico sea un elemento pasivo, sino que comprenda que la Iglesia es "su Iglesia", y que la responsabilidad de la Iglesia no es sólo del obispo o del sacerdote, sino que es de ellos. "Los laicos son Iglesia", como dijo Pío XII.

Esto es lo segundo que queremos hacer sentir.

En tercer lugar, queremos hacer comprender la responsabilidad que el cristiano tiene frente al mundo temporal de hoy. En los grandes cambios sociales que se avecinan en Chile y en el mundo, los cristianos deben estar presentes. Para esto, queremos que cada día se muestre más claramente un Evangelio encarnado en las realidades de la vida. Un Evangelio con proyección social. Que cada cristiano comprenda que no puede disociar su vida espiritual de sus consecuencias en el plano de la vida temporal.

Como lo dijera hace ya once años en los funerales del P. Hurtado (5), el cristianismo o es social o no es cristiano.

Por último, queremos hacer que el pensamiento cristiano sea más difundido y conocido. Que no se piense que el Cristianismo es una pieza de museo o algo de tiempos anacrónicos, sino que tiene una actualidad siempre peremne y cada vez más urgente, pues a medida que el mundo evoluciona y marcha, se hacen sentir en forma más clara los grandes

(5) Hurtado, P. Alberto, S.J. Una de las figuras sacerdotales más conocidas en Chile, especialmente por su testimonio social y de caridad. Amigo íntimo de Mons. Larraín y de vocación paralela a la suya.

valores que la Iglesia sostiene y defiende, y a los cuales más arriba me he referido.

¿Cuál será la tarea de los seglares?

Los seglares, como lo he indicado, queremos que tengan una parte activa, queremos que sean ellos, casi podría decir, los principales misioneros de esta Misión. La palabra de Pío XI, en la "*Quadregessimo Anno*", abarca a todos los sectores sociales. Pío XI decía: "Los apóstoles de los obreros serán los obreros". Esto podemos aplicarlo a cada sector social. Cada uno debe sentirse responsable de su propio ambiente. El árbol debe florecer donde a sido plantado.

LA MISION GENERAL DE TALCA (1)
1ª CIRCULAR SOBRE ELLA
(V - 1963)

Amados colaboradores:

Al dirigirme al clero, al final de los Ejercicios Espirituales, anuncié que a partir del 1º de agosto de este año, hasta el 3 de mayo de 1964, tendrá lugar la MISION GENERAL DE LA DIOCESIS.

Deseo por estas líneas dar a conocer el significado, el plan y el espíritu de esa Misión.

I. *Fundamentos*

Existe en la Iglesia una pastoral *ordinaria* que expresa su actividad normal en los diversos campos del apostolado. Y una pastoral *extraordinaria* que corresponde a un *período* y a un fin determinado.

Esa pastoral *extraordinaria* se manifiesta principalmente por la *misión*. Ella es la expresión de la función misionera de la Iglesia y lleva consigo gracias *especiales* de iluminación y conversión.

(1) Circular al clero, religiosos, dirigentes de los movimientos apostólicos de la Diócesis, Talca.

La Diócesis de Talca en cumplimiento de claras directivas de la Santa Sede, y de precisas disposiciones del Episcopado Nacional en su *Plan de Emergencia*, se prepara a entrar por entero en este período de *pastoral extraordinaria*.

II. *¿Por qué se dispone esta misión?*

Las razones son múltiples. Las indicaré brevemente:

1. *Situación del mundo.*

Asistimos al nacer y desarrollarse de un *mundo cultural* nuevo. Tiene como características la técnica y la socialización. Estas dos notas crean una *mentalidad nueva*. Esta mentalidad exige una *catequesis* renovada a la medida de los valores que hay que evangelizar.

Otro hecho de no menor importancia y que podríamos calificar “la tercera revolución” de la edad moderna, es la promoción obrera y de los pueblos subdesarrollados que forman el llamado “tercer mundo”. Gran parte de esa clase obrera está lejos de la Iglesia. Es lo que Pío XI llamó: “el gran escándalo del siglo XX”. Este hecho recuerda con urgencia a la Iglesia el derecho de los pobres a ser evangelizados.

2. *Situación de Chile.*

Hechos.

Crecimiento rápido de la población (explosión demográfica). Escasez de sacerdotes. Deficiente distribución de los efectivos apostólicos. Falta de sentido apostólico en gran parte de los católicos.

Consecuencias.

Una proporción grande de la niñez está creciendo sin Dios (ateísmo práctico). Otra parte no pequeña recibe una catequización deficiente e incompleta. Teniendo derecho a dar clases de religión, las escuelas primarias fiscales en gran proporción carecen de ellas. Cumplimiento del precepto dominical deficiente (20% en Talca y Curicó) —pero con gran porcentaje de mujeres y niños—. Mala constitución de la familia. Superstición, etc.

3. *Concilio Ecuménico*

El Vaticano II llama a una renovación evangélica de la vida. El significado fundamental del Concilio es la Iglesia en estado de misión frente a un mundo nuevo. El llamado de Juan XXIII y de los Padres Conciliares es el de una movilización apostólica de todas las fuerzas de la Iglesia. Los católicos unidos a sus pastores coordinan sus fuerzas en



Junto a su Obispo Auxiliar, Mons. Enrique Alvear, gran colaborador en la Gran Misión

una finalidad común: la evangelización del mundo actual. La Misión será la verdadera participación activa de los católicos de la Diócesis al Concilio Vaticano II.

4. Plan Pastoral del Episcopado de Chile

El Episcopado Nacional, obedeciendo directivas claras de Roma, ha elaborado el "Plan Pastoral de Emergencia" que debe orientar toda la actividad pastoral del Clero y fieles. Dentro de ese plan se contempla para 1963-64, LA MISION GENERAL DE CHILE.

5. Cansancio pastoral

Existe lo que Pío XII llamó "el mayor peligro": "el cansancio de los buenos". Puede introducirse en las filas del clero y religiosos como un cierto cansancio pastoral que se manifiesta en dos actitudes: o un desaliento apostólico (nada se logra — no hay nada que hacer) o la rutina, (sigamos como hasta ahora — no nos vengan con novedades).

Ambas son dañosas. Olvidan el dinamismo salvador de la Iglesia. Disminuyen el celo y entusiasmo. Llevan con frecuencia a buscar soluciones humanas, que en el fondo nada solucionan.

III. *¿Cuáles son las finalidades de la Misión?*

Son tres, que deseamos que constituyan como el “slogan” de la Misión, constante y variadamente repetido.

1. *Vitalizar la comunidad eclesial*

Comunidad eclesial (de Iglesia) es la comunidad de los fieles y sacerdotes en torno al Obispo. Vitalizarla significa hacerla vivir plenamente, completa.

Significa entonces, la plena incorporación de los laicos católicos a la vida de su Iglesia, incluso a su tarea misionera.

En cierto modo, es un *esfuerzo interno que debe hacer la Iglesia* para atraer hacia sí a los practicantes, hoy dispersos, y robustecer en ellos la vida cristiana: culto y sacramentos, vivencia de la fe, apostolado.

La expresión práctica de este criterio será buscar en todo momento al *militante*. Formarlo, asegurarse de que se ha ganado un nuevo soldado que no fallará, y que se incorporará plenamente a la batalla. Y estos militantes deben formarse, no aisladamente, sino en comunidades de intensa vida cristiana, que se apoyen mutuamente y sean capaces de recibir en su seno a los nuevos convertidos e impulsarlos hacia mayor perfección.

Este sentido de comunidad es esencial. Cada cristiano debe sentir que forma parte de una comunidad *viva y actuante*. La familia ha de ser comunidad de oración, catequesis y apostolado. Las familias forman comunidades locales y éstas, Parroquias. A su vez, las Parroquias se unen en la comunidad del Decanato y éstos, en la comunidad diocesana en torno al Obispo.

2. *Incorporación del laicado cristiano en estructuras temporales*

Vivimos en un país que ha perdido su inspiración cristiana, y esto es especialmente grave, porque se está construyendo un nuevo mundo, fundado en los avances de la ciencia y de la tecnología. Si queremos que éste se edifique teniendo a Jesucristo como base, es necesario que los cristianos estén presentes en su elaboración.

De manera, pues, que junto con llamar a los cristianos hacia sí para robustecer su vida comunitaria, la Iglesia quiere enviarlos a desempeñar un papel en las estructuras temporales.

Sabemos que grandes cambios se avecinan en la vida rural. Los cristianos deben estar ahí. No sólo participar, sino tomar la iniciativa y ser ellos quienes impriman el rumbo, para que los cambios conduzcan efectivamente a una sociedad cristiana.

Decíamos en el N° 1: formar militantes de profunda vida cristiana. Agregamos ahora: militantes presentes en las estructuras temporales.

Esto debe obtenerse como un resultado natural de la vida cristiana

de las comunidades, y se logrará si se predica un Evangelio encarnado en las realidades de la vida, *un Evangelio con proyección social*. Que cada cristiano comprenda que no puede disociar su vida espiritual de sus consecuencias en el plano temporal.

3. *Atención masiva de los no practicantes*

El hecho de concentrar los esfuerzos en la formación de militantes no puede significar desatender a la gran masa que se siente todavía cristiana aunque no practique su religión.

Pero, considerando el escasísimo número de sacerdotes, se ve la imposibilidad de llegar a la masa en forma personal. Se utilizarán entonces los modernos medios de difusión: *prensa, radio, cine*, para mantener un mínimo de espíritu cristiano en el pueblo, mientras llega el momento de que las comunidades cristianas puedan llegar hasta él en una forma más directa.

IV. *¿Quiénes van a dar la Misión?*

La Misión es de toda la Iglesia. La da la Comunidad Eclesial (Diócesis de Talca), con todos sus miembros: clero, religiosos, religiosas y laicos.

Es una *movilización general*.

Desde ahora —más adelante lo precisaremos— yo pido desde lo más íntimo del corazón a los sacerdotes, religiosos y religiosas, su *disponibilidad* al servicio de la Misión.

No invoquemos razones particulares, por muy legítimas y santas que sean. Ellas deben ceder el paso a la necesidad general: la Misión.

1. *Respecto al clero diocesano*, el próximo mes se solicitará a cada uno la colaboración personal que va a prestar a la Misión.

2. *Respecto a los religiosos*, les pido no tomar compromisos fuera de la Diócesis a partir del 1º de agosto del presente año hasta el 3 de mayo de 1964.

3. *A las religiosas* se les solicitará según los fines de su Instituto la participación en la Misión. Contamos con todas ellas, e igualmente les pedimos *no tomar compromisos fuera de la Diócesis* desde el 1º de agosto de 1963 al 3 de mayo de 1964.

4. *De modo especial* creemos que esta misión ha de tener como una de sus notas principales, la participación activa que los laicos tomen en ella.

La Misión será *preparada* con conferencias y jornadas para los misioneros, divididos según sus diversas categorías.

V. *Plan general*

1. La finalidad última es:

- a) la renovación de la fe o anuncio de la fe.
- b) como consecuencia de ello la renovación de las costumbres.
- c) consolidar las estructuras de la Iglesia Diocesana; renovación pastoral en el plano parroquial e institucional (colegios, escuelas y otros organismos).

2. La Misión se orienta hacia dos polos diversos: la comunidad *practicante* y los *alejados*.

Respecto a los primeros, *practicantes*, se trata de:

- a) *renovar su fe*; vida sacramental, caridad.
- b) *hacerlos descubrir* su misión *personal* en el Cuerpo Místico: crear o fortalecer los cuadros de la Acción Católica parroquial y de la Acción Católica especializada.
- c) *preparar a la comunidad practicante* para acoger a los que retornen o lleguen por primera vez.
- d) *descubrir vocaciones* para la acción social.

Respecto a los alejados:

- a) *renovación o encuentro con la fe*.
- b) *integración en la Iglesia* o integración en organismos intermedios que encaminen a la Iglesia.

VI. *Características especiales*

Diremos lo que tiene de común con la misión parroquial y lo que tiene de específico.

1. *Misión parroquial*. Es una acción ejercida en el interior de iglesias particulares ya establecidas, mediante intervenciones pastorales extraordinarias, a fin de renovar y reformar la comunidad cristiana, arraigarla más profundamente y aún para ampliarla a nuevos ambientes humanos.

2. *Misión general*. Es una acción ejercida a partir de una situación *objetivamente conocida* (pre-misión) a la luz de las directivas y orientaciones de la Jerarquía, iluminadas y apoyadas por la gracia pasqual que la Misión atrae, desempeñada por todos los apóstoles de la Iglesia (clérigos, religiosas y laicos) a fin de *elaborar un plan progresivo de acción pastoral y misionera*, a la vez fiel a Dios y adaptado a los hombres.

VII. *Etapas de la Misión*

1. *Preparación.*

a) *Parroquias.* Encuestas preparatorias para conocer la realidad humana por misionar y su equipamiento pastoral.

Ambientes de vida (p. ej.: oficinas, universidades), encuesta de mentalidad, encuestas para conocer estructuras temporales y eclesiales en dichos ambientes.

b) *Plan de la Misión* basado en el Plan Pastoral del Episcopado y en las encuestas realizadas.

Este plan misionero es el Plan Pastoral propio de nuestra Diócesis, que es adaptado a los diversos sectores y se continuará realizando después de la Misión.

2. *Pre-Misión* (3 ó 4 semanas)

Llamamiento oficial del Obispo o de su delegado a los laicos, de acuerdo con el Plan de la Misión, invitándolos a un *compromiso concreto* con la Iglesia.

Ceremonia oficial presidida por el Obispo, en la cual éste recibe el compromiso firmado.

3. *Entre la Pre-Misión y la Misión* (varios meses)

Formación de los nuevos laicos integrados al trabajo apostólico de la Diócesis: retiros, jornadas de estudio, trabajo apostólico.

Todo este trabajo de preparación corresponde a los sacerdotes y a los laicos pertenecientes a los distintos movimientos de Acción Católica Parroquial y Especializada.

4. *Misión* (15 días)

a) *En la Iglesia:* A los practicantes.

b) *Fuera de la Iglesia:* el 80% del esfuerzo misionero se concentra en este aspecto. Se recurre a todos los medios que permitan un contacto con los variados ambientes de una Parroquia o con los distintos grupos humanos del mundo universitario, secundario, de empleados, etc., en las misiones especializadas.

— La Iglesia va al encuentro de los alejados: La Misión General es la parábola del Buen Pastor en acción. Es el Buen Pastor que busca la oveja perdida. *No se trata de invitar al templo a los alejados, sino de ir a ellos.*

— Visitas domiciliarias, reuniones en pequeños grupos, foros, cine-foros, charlas, etc.; se emplean los medios más adecuados para captar el interés de las diversas mentalidades.

— Las misiones deberán abordar frecuentemente temas no directamente religiosos (p. ej., de tipo social), pero con el objeto de preparar a una evangelización directa.

— En el encuentro con los alejados no se trata de disimular el mensaje del Evangelio, sino de presentarlo tomando en cuenta la situación real en que éstos se encuentran.

Durante la Misión: Ubicación de personas, particularmente adultos y adultos hombres, para integrar los Cuadros Apostólicos de acuerdo con el plan misional.

5. *Post-Misión*

- Revisión del trabajo realizado.
- Organización del elemento humano nuevo que se ha captado para la Iglesia, a fin de integrarlo.
- La renovación pastoral de la Diócesis se busca a través de las diversas etapas de la Misión; pero esta última es la decisiva.

Gracias a la Post-Misión *se consolida la estructura de la Iglesia* Diocesana que le permite cumplir mejor su misión de evangelizar y salvar a los hombres, hacer de sus militantes fermentos de la comunidad humana.

VIII. *Organización*

1. Habrá un Comité Central presidido por el Excmo. Mons. Enrique Alvear, Obispo Auxiliar, e integrado por párrocos, sacerdotes de ambos cleros, religiosas y seglares, cuyo nombramiento se hará después de Pascua.

2. En cada Decanato habrá igualmente un Comité constituido en la misma forma que el Central y que tendrá por finalidad impulsar el desarrollo de la Misión en esa región.

3. Dependiente del Comité Central, estará la Secretaría General, la Tesorería y las Comisiones especiales que el mismo Comité juzgue necesario organizar.

Debo terminar esta Circular con una consigna: **HAY QUE CREAR EL CLIMA DE LA MISIÓN.** En las parroquias, comunidades, colegios, movimientos apostólicos, hay que hacer ver lo que la Misión significa y lo que la Iglesia espera de ella.

Así como se crea el clima para un Congreso Eucarístico, hay que crear el clima de la Gran Misión General de la Diócesis de Talca.

Pongamos en el Señor nuestra confianza. Habrá dificultades. Nos parecerá a veces que la empresa es imposible. No temamos. Repitamos la palabra de los Apóstoles: "En tu Nombre, Señor, echaré la red" (2).

Que María Santísima nos alcance del Señor las gracias que necesitamos. Oremos, trabajemos y suframos por la Misión.

En la alegría pascual repitamos llenos de seguridad la palabra de la liturgia: "Surrexit Christus spes mea".

Cristo, mi esperanza, ha resucitado.

(2) *Lc.* 5, 5.

La Misión General de la Diócesis de Talca, fortalecerá a los creyentes, acercará a los tibios, convertirá a muchos alejados, renovará las estructuras pastorales, será un soplo de vida divina en los individuos y ambientes, nos pondrá en el espíritu del Concilio, y será un pasar de Cristo entre nosotros.

“No recibamos en vano la gracia del Señor”.

LA MISIÓN DE TALCA Y LA POST-MISIÓN (1) (IX-1963)

Amados hijos:

La Misión de Talca ha terminado. Una nueva etapa comienza. Veámos qué nos entrega la Misión y qué obligaciones nos impone.

Visión optimista. No han faltado, como en toda obra, las críticas a la Misión, y el querer ver sólo el aspecto negativo de ella. Debemos ser objetivos y realistas. Con el realismo cristiano que ve las deficiencias humanas y la acción misteriosa de la gracia divina.

1. La misión nos muestra, en primer lugar, el ansia en grandes sectores, de sentir a la Iglesia y al sacerdote más cerca. Esto en la práctica se logrará por la *descentralización parroquial*. Es el *primer fruto* de la Misión. Los centros misionales deben continuar como *comunidades cristianas permanentes*. Estos centros misionales responden a grupos humanos homogéneos. De ahí viene la necesidad de continuarlos. No se pueden crear comunidades artificiales. Hay que tomar la comunidad humana tal cual está constituida para inspirar en ella el espíritu cristiano.

2. El segundo fruto de la Misión, es el ver el número grande y selecto de laicos que se sienten incorporados a la Iglesia, que quieren seguir actuando apostólicamente y que necesitan ser formados, sostenidos y guiados.

3. El tercer fruto es la constatación de la necesidad de un contacto mucho mayor del sacerdote con los fieles. Este contacto, los laicos lo desean. El sacerdote y la religiosa han sido recibidos con especial afecto en todos los sectores. Este contacto debe permanecer.

(1) Circular dirigida al clero, religiosos, religiosas. Talca.

4. Los religiosos y las religiosas han mostrado en la Misión todo el potencial apostólico que poseen, han visto en forma mucho más clara la realidad espiritual existente. Y han podido cerciorarse de la inmensa obra a desarrollar al estar plenamente incorporados en una pastoral de conjunto.

5. La predicación de la Misión ha interesado vivamente y ha señalado en forma clara y perentoria cuáles son las exigencias de la predicación de hoy día: evangélica, doctrinal, positiva, adaptada, sencilla. Todo esto hace que podamos dar una visión optimista de la Misión y decir, agradecidos al Señor, que ella ha logrado el fin para el que fue dispuesta.

Deficiencias. Pero, la Misión nos ha hecho sentir, también, graves deficiencias apostólicas que es menester encarar con valentía:

6. Gran ignorancia religiosa. La enorme y creciente masa estudiantil carece, en proporción considerable, de educación religiosa. Urge activar la *acción catequística* para abordar todo ese inmenso mundo estudiantil que en número no pequeño se está formando al margen de toda idea cristiana.

7. La catequesis debe seguir adelante en el plan que el Oficio Catequístico le está trazando; educación a la fe y a la vida cristiana. Una catequesis meramente memorística o conceptual, no logra su objetivo.

8. La nota más triste es la del alejamiento del mundo obrero de la Iglesia.

No hay odio, pero hay indiferencia. A pesar que los barrios son los que MEJOR han respondido, sin embargo, la proporción de obreros adultos es pequeña. Hay necesidad urgente de hacer cualquier sacrificio para remediar este mal. Y para eso, queremos intensificar la Comisión Mundo Obrero. Talca tiene una población obrera muy alta, debido al número de sus fábricas.

Consecuencias. Es necesario continuar la acción de la Misión en la Post-Misión.

No es una nueva obra que venga a sustituir la acción indispensable de la parroquia y de los Decanatos, sino al contrario, el medio de poder robustecerlos dentro de lo que la Misión nos ha dejado.

Con este objeto, pedimos al Excmo. Mons. Alvear (2), que con tanta eficiencia ha organizado y dirigido la Misión General de Talca, se sirva ponerse al frente de la Post-Misión. Será secundado en esta acción, por el Pbro. D. Juan José Rubio (3).

(2) Alvear, Mons. Enrique. Nacido en 1916. Ordenado en 1941. Ha sido profesor y director espiritual del Seminario Pontificio y Vicario General del Arzobispado de Santiago. Se especializó en retiros espirituales. Fue designado Obispo Auxiliar de Talca en 1963 y en 1965 pasó a ser Obispo de San Felipe. Hoy es uno de los Auxiliares de Santiago.

(3) Rubio, Pbro. J. José. Sacerdote español ordenado en 1962. Ejerce en Talca desde 1963, a la que llegó junto con dos compañeros.

La acción de la Post-Misión tendrá por fin:

1. mantener los centros misionales formados y hacer que se conviertan en *comunidades permanentes* dentro de sus respectivas parroquias;

2. continuar la *formación* de los seglares que han actuado en dichos centros en los tres niveles: dirigentes parroquiales, dirigentes de sector y miembros de las diferentes comisiones.

3. de un modo especial se recomienda la organización con estos elementos y con los nuevos que vengan de tandas de ejercicios espirituales y de cursillos de cristiandad. Encomendamos especialmente esta tarea al Pbro. Juan José Rubio.

Los Párrocos deben considerar como acción pastoral preferente el animar, sostener e impulsar los diferentes centros o comunidades cristianas que han quedado en su parroquia con motivo de la Misión.

Pasamos a tratar el problema de la *Misión Rural*.

La Comisión Pastoral ha visto la imposibilidad de dar en forma eficiente y amplia la Misión Rural en los 4 Decanatos de la Diócesis, en el breve tiempo de los meses de verano próximos. Tampoco tendrán el personal suficiente para hacerlo. En consecuencia, la Misión Rural queda en la siguiente forma:

- 1) TALCA RURAL, del 20 de enero al 2 de febrero de 1964.
- 2) CURICO - COSTA, del 17 de febrero al 2 de marzo de 1964.
- 3) SANTA CRUZ, del 22 de noviembre al 6 de diciembre de 1964.
- 4) CURICO - VALLE, en el mes de enero de 1965.

Con el fin de asegurar el éxito de estas Misiones Rurales, queremos insistir en los siguientes puntos:

1) La Misión tenemos que darla preferentemente con sacerdotes de la Diócesis, tanto del clero secular como religiosos. Pedimos a los religiosos no tomen compromisos fuera de la Diócesis en las fechas más arriba señaladas.

2) A los Asesores y Profesores, queremos pedirles que miren como obligación participar en las dos Misiones del próximo verano: Talca Rural y Curicó Costa.

Por tanto, las actividades estivales, como jornadas, viajes, campamentos, etc., deben organizarse en forma tal que dejen libre el tiempo de ambas Misiones (20 de enero al 2 de febrero y 17 de febrero al 2 de marzo). Más aun, hay que orientar a los militantes de movimientos apostólicos a participar en la Misión.

3) A los *párrocos rurales* de los dos *Decanatos* que tienen Misión, se les recuerda no pedir ninguna otra misión fuera de las que el Decanato ha proyectado en el plan de la Misión General.

A los párrocos de los otros *dos Decanatos* (Santa Cruz y Curicó-Valle) que no tienen misión el próximo verano, se les pide aportar el

máximo de colaboración a las misiones que se prediquen en los Decanatos de Talca Rural y Curicó Costa.

4) Pedimos una vez más, a las Religiosas, su abnegada colaboración para la Misión Rural, rogándoles se inscriban en la Secretaría General de la Misión en las dos fechas indicadas.

Que el Señor bendiga a todos los que con tanto celo y esfuerzo han realizado esta siembra de verdad y de gracia. Podemos estar ciertos que Dios dará el incremento a esta labor.

“La palabra de Dios no retorna vacía”, porque “la palabra de Dios es simiente”.

Aprovecho esta ocasión para despedirme del Clero, Religiosos y Religiosas, antes de mi partida para el Concilio.

Deberé anticipar mi viaje, por compromisos que dicen relación con el Concilio y con la Diócesis. Partiré, Dios mediante, el próximo miércoles 12. Durante mi ausencia, hasta el 24 de octubre, quedará a cargo de la Diócesis Mons. Enrique Alvear U., y el tiempo que resta, Mons. Ernesto Rivera (4).

Me encomiendo a las oraciones de todos y quedo siempre muy unido en Cristo Jesús.

(4) Rivera, Mons. Ernesto. Nacido en 1911. Sacerdote en 1931. Licenciado en Teología en la Gregoriana. Durante el período de Mons. Manuel Larraín fue Secretario del Obispado de Talca.

PALABRAS A LOS MISIONEROS EL DIA DEL INICIO (1) (26-VIII-1963)

“Id y anunciad la buena nueva a todos los hombres” (2). Es el mandato postrer de Cristo antes de tornar a los cielos.

Es la voz de la Iglesia que vuestro Obispo os repite al iniciarse en esta tarde del 26 de agosto, la Misión General de Talca.

Id... El mandato de Cristo es caminar. La Iglesia no se sienta a llorar sobre las ruinas. Ella mira hacia adelante. Lleva el Mensaje de la Resurrección. Posee el dinamismo de la vida.

Anunciad... La verdad de Cristo donde encuentran respuesta las grandes inquietudes humanas no es suficientemente conocida. De su ignorancia vienen los males que hoy sufrimos.

(2) Mt. 28, 19.

El Cristianismo es luz y debe iluminar las mentes. El cristiano es portador de una antorcha que no puede extinguirse.

Los hombres esperan ese mensaje.

En el fondo de sus inquietudes, de sus angustias y rebeldías, hay hambre de Dios.

Aún los que lo niegan, en su misma negación, lo buscan. Es la hora de la Misión.

¿Por qué la hacemos?

La respuesta es clara; en cumplimiento al postrer deseo de Juan XXIII.

El pidió a los Obispos de Chile y de América que la Verdad de Cristo llegara a todos los hombres de buena voluntad.

Y así parte esta Misión.

Sin compromisos humanos, porque obedecemos a un llamado de Dios.

Sin limitaciones ideológicas, porque como el llamado de Cristo, es universal.

Sin miras pequeñas, porque no buscamos sino *una sola* cosa: servir la causa de Cristo, de su Evangelio y de su Iglesia.

Esta Misión se dirige a todos, pero de un modo especial al adulto.

Queremos mostrarle un cristianismo adulto, a la medida de su edad, de su tiempo y de sus problemas.

Queremos que sientan y vivan que el crecer en la vida los obliga a crecer en su fe. Que la religión no es una hermosa canción de la niñez, sino el ritmo constante con que se avanza en la vida hacia el desarrollo perfecto del hombre.

Esta Misión habla a la comunidad familiar para mostrar en ella la base de la vida social.

Hogares unidos en el amor. Hogares sanos en la pureza. Hogares dichosos en la armonía. Hogares que laboran calladamente la grandeza de la patria futura.

Y para eso, hogares cristianos. Donde los esposos se amen en la gracia de su matrimonio. Donde los padres eduquen en la palabra que ilumina y en el ejemplo que sostiene. Donde los hijos aprendan las grandes virtudes que moldean al hombre y al cristiano.

Hogar que sea escuela y templo. Por la cristianización del hogar se rehará internamente la comunidad chilena.

Esta Misión no es sólo predicada por sacerdotes. Forman ellos el número más reducido. Es predicada principalmente por laicos. Queremos mostrar al laico —pueblo de Dios— plenamente incorporado en la Misión evangelizadora de la Iglesia. Con Pío XII os repetimos: “Vosotros sois Iglesia”.

Esta Misión, no predicará tan solo verdades de orden religioso. Anunciará el Cristianismo. Es decir, las consecuencias temporales que nuestra fe cristiana lleva a nuestra vida diaria. De ahí que en ella forme parte el mensaje social de la Iglesia y la aplicación a nuestros problemas.

El rostro de Dios lo encontramos en el de nuestros hermanos.

Amamos a Dios en nuestro prójimo.

Buscamos lo eterno en medio de las fluctuaciones y problemas de la vida actual.

Católicos de Talca: hoy comienza la Santa Misión. Abrid a la voz de Cristo vuestros corazones.

Misioneros: marchad hacia el campo donde debéis arrojar la simiente de Dios.

Que nada os haga retroceder.

Ni la incomprensión, ni la oficina, ni la indiferencia. Sois misioneros — Enviados — Sois los apóstoles de Cristo y de su Iglesia.

Con la fe en Cristo que todo lo vence.

Con la esperanza que todo lo supera.

Y, sobre todo, con la caridad que todo lo logra — marchad.

Las almas os aguardan.

Que la Madre bendita os alcance de su Hijo divino la fuerza para realizar la tarea que la Iglesia os confía.

1. SIGLAS BÍBLICAS

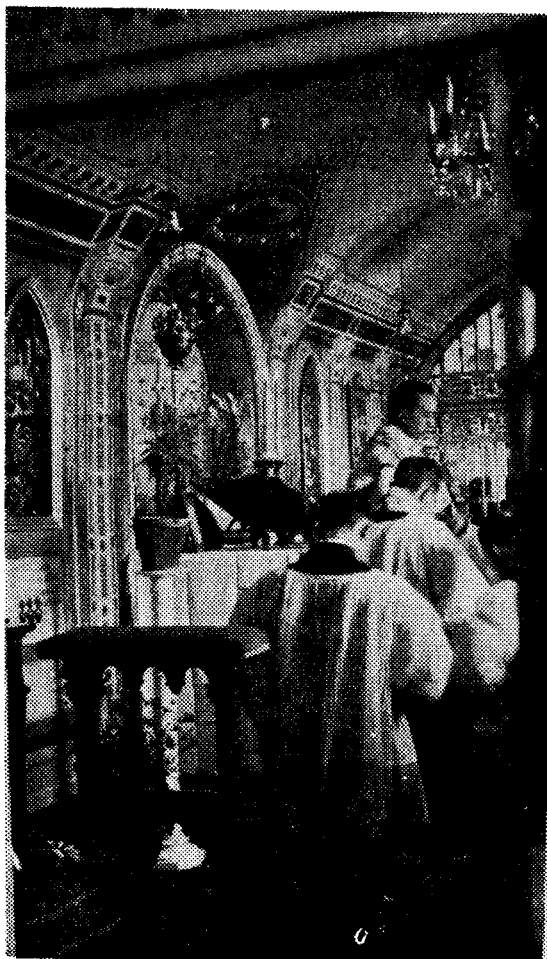
Ab	Abdías	Judas	Epístola de san Judas
Ag	Ageo	Lc	Evangelio según san Lucas
Am	Amós	Lm	Lamentaciones
Ap	Apocalipsis	Lv	Levítico
1 Co	1ª epístola a los Corintios	1 M	Libro primero de los Macabeos
2 Co	2ª epístola a los Corintios	2 M	Libro segundo de los Macabeos
Col	Epístola a los Colosenses	Mc	Evangelio según san Marcos
1 Cro	Libro primero de las Crónicas	Mi	Miqueas
2 Cro	Libro segundo de las Crónicas	Ml	Malaquías
Ct	Cantar de los Cantares	Mt	Evangelio según san Mateo
Dn	Daniel	Na	Nahúm
Dt	Deuteronomio	Ne	Nehemías
Ef	Epístola a los Efesios	Nm	Números
Esd	Esdras	Os	Oseas
Est	Ester	1P	1ª epístola de san Pedro
Ex	Exodo	2P	2ª epístola de san Pedro
Ez	Ezequiel	Pr	Proverbios
Fim	Epístola a Filemón	Qo	Eclesiastés
Flp	Epístola a los Filipenses	1R	Libro primero de los Reyes
Ga	Epístola a los Gálatas	2R	Libro segundo de los Reyes
Gn	Génesis	Rm	Epístola a los Romanos
Ha	Habacuc	Rt	Rut
Hb	Epístola a los Hebreos	1S	Libro primero de Samuel
Hch	Hechos de los Apóstoles	2S	Libro segundo de Samuel
Is	Isaías	Sl	Salmos
Jb	Job	Sb	Sabiduría
Jc	Jueces	Si	Eclesiástico (Sirácida)
Jdt	Judit	So	Sofonías
Jl	Joel	St	Epístola de Santiago
Jn	Juan	Tb	Tobías
1 Jn	1ª epístola de san Juan	1 Tm	1ª epístola a Timoteo
2 Jn	2ª epístola de san Juan	2 Tm	2ª epístola a Timoteo
3 Jn	3ª epístola de san Juan	1 Ts	1ª epístola a los Tesalonicenses
Jon	Jonás	2 Ts	2ª epístola a los Tesalonicenses
Jos	Josué	Tt	Epístola a Tito
Jr	Jeremías	Za	Zacarías

2. OTRAS SIGLAS

A.C.	Acción Católica.
A.C.O.	Acción Católica Obrera.
A.C.R.	Acción Católica Rural.
A.J.C.F.	Asociación de la Juventud Católica Femenina.
A.N.E.C.	Asociación Nacional de Estudiantes Católicos.
A.N.O.C.	Asociación Nacional de Organización Campesina.
A.S.I.CH.	Asociación Sindical Chilena.
A.U.C.	Asociación de Universidades Católicas.
C.E.L.A.M.	Consejo Episcopal Latino Americano.
C.I.C.O.P.	Conferencia Interamericana de Cooperativas.
D.M.	Diario "La Mañana", de Talca.
F.A.C.	Fraterno Auxilio Cristiano.
F.E.C.P.	Federación de Empleados de Casas Particulares.
F.E.D.A.P.	Federación de Asociación de Padres de Familia.
F.I.D.E.	Federación de Institutos de Educación.
I.C.	Codex Iuris Canonici
I.C.L.A.	Institutos de Catequesis Latino Americana.
I.E.R.	Instituto de Educación Rural.
J.A.C.	Juventud Agraria Católica.
J.O.C.F.	Juventud Obrera Campesina Femenina.
J.O.C.M.	Juventud Obrera Campesina Masculina.
L.O.C.	Liga Obrera Católica.
L.V.	Lumen Vitae (Revista belga de Catequesis).
M.F.C.	Movimiento Familiar Cristiano.
M.O.A.C.	Movimiento Obrero Adulto Católico.
O.I.C.	Organizaciones Internacionales Católicas.
O.N.U.	Organización de las Naciones Unidas.
S.I.A.C.	Secretariado Interamericano de Acción Católica.
U.S.E.C.	Unión Social de Empresarios Cristianos.
U.N.D.A.	Unión Mundial de Medios de Comunicación
U.N.I.A.P.C.	Unión Internacional de Asociaciones Patronales Cristianas

DATOS BIOGRAFICOS FUNDAMENTALES

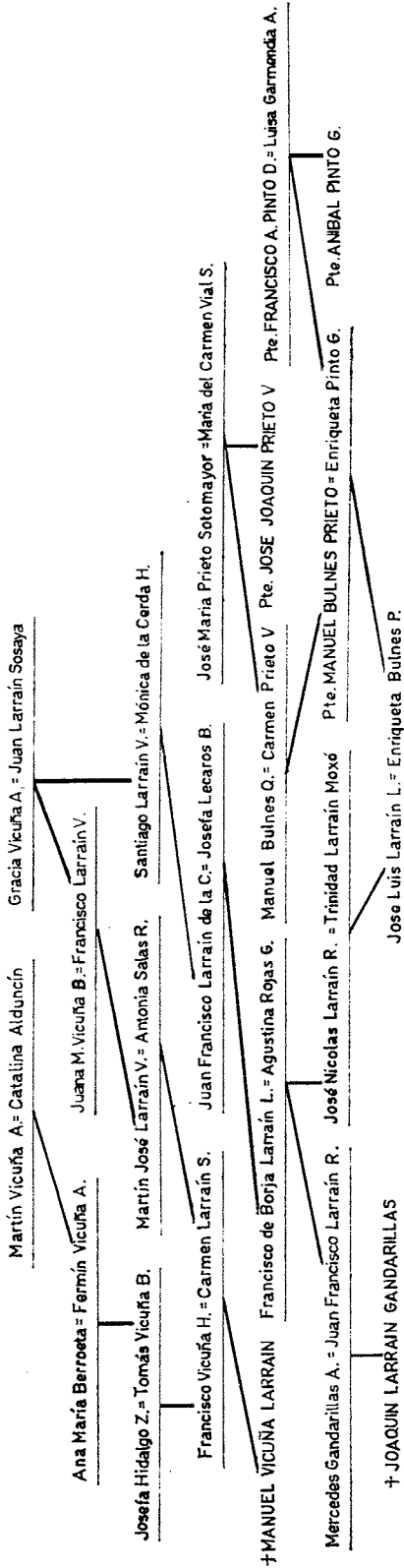
- 17-XII-1900: Nace en Santiago, del matrimonio de Manuel Larraín Bulnes y Regina Errázuriz Mena (1).
- 1908: Entra al Colegio san Ignacio, donde hace todos sus estudios primarios y secundarios.
- 1918: Inicia estudios de Derecho en la Universidad Católica, que prosigue hasta 1921.
- 1920: Hace el Servicio Militar en el Regimiento de Artillería N° 1, egresando como Sub-teniente de Reserva.
- 1922: Ingresa al Seminario Pontificio de Santiago.
- 1923: Continúa su formación sacerdotal en Roma, en el Colegio Pío Latino Americano, a cargo de los Padres Jesuitas, mientras su Teología la realiza en la Universidad Gregoriana.
- 16-IV-1927: Es ordenado sacerdote en Pascua de Resurrección.



*Primera Misa, en Roma.
(16 - IV - 1927)*

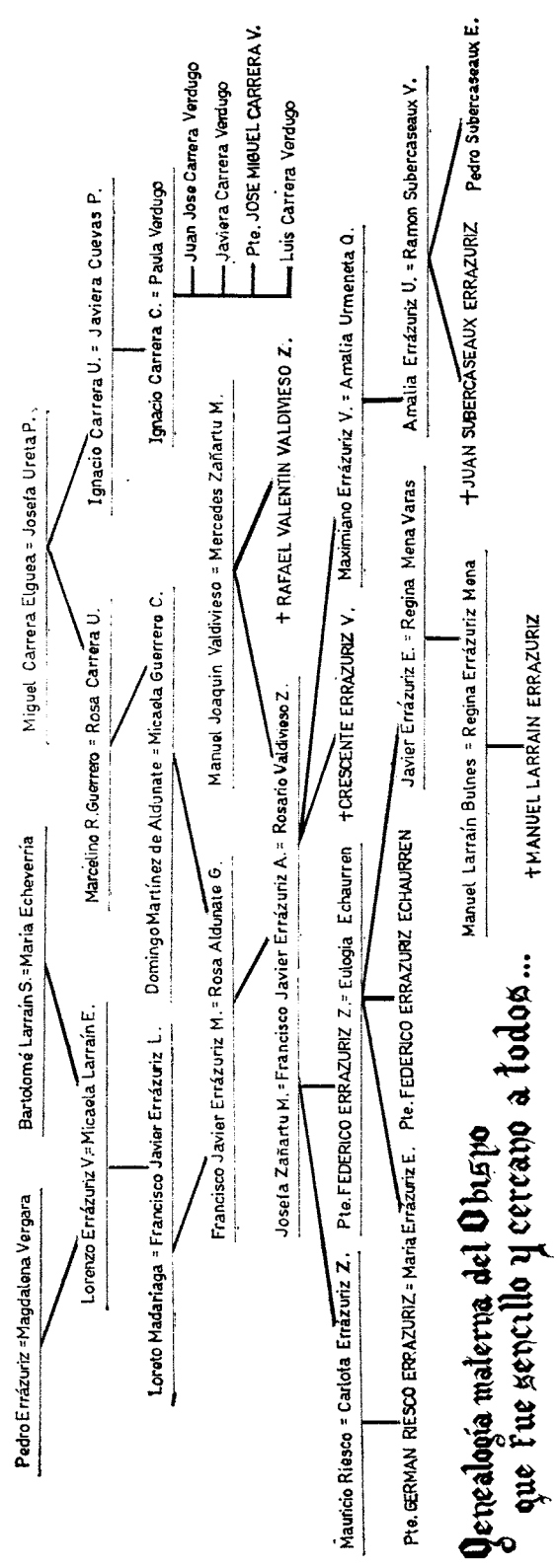
- 1928: Regresa a Chile.
Colabora en la formación de los seminaristas en el Seminario Pontificio de Santiago, junto a su Rector, Monseñor Juan Subercaseaux, como Padre Espiritual y Profesor de Historia de la Iglesia.
Simultáneamente, Monseñor Carlos Casanueva lo lleva a la Universidad Católica, donde da cursos de cultura católica y atiende a los alumnos de la naciente Facultad de Medicina. Permanece en la Universidad hasta 1938, llegando a ser Pro-Rector.
- 16-X-1933: Los Obispos de Chile publican una Pastoral Colectiva, que echa las bases de la Acción Católica y el Pbro. Manuel Larraín está entre los primeros asesores.
- 7-VI-1938: Es nombrado Obispo.
- 7-VIII-1938: Es consagrado.
- 28-VIII-1938: Llega a Talca, como Obispo Coadjutor de Mons. Carlos Silva Cotapos.
- 21-I-1939: Se hace cargo de la Diócesis como Obispo titular.
- 1952 - 1962: Es nombrado Asesor Nacional de la Acción Católica y simultáneamente del Secretariado Interamericano de Acción Católica, con sede en Santiago.
- 1955: Participa en la reunión de Obispos latinoamericanos de Río de Janeiro, con ocasión del Congreso Eucarístico y promueve la creación del CELAM.
- 31-VIII-1960: Es nombrado Consultor de la Comisión para el Apostolado de los laicos, por Juan XXIII.
- 14-XI-1960: Es nombrado Miembro de la misma Comisión.
Es nombrado Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), cargo en que permanece hasta su muerte.
- 22-VI-1966: Muere en accidente automovilístico, en el pueblo de Rosario (cerca de Rengo), cuando se dirige desde Santiago a su Diócesis.
- Chile declara duelo nacional por 3 días.

(1) Ver la ascendencia paterna y materna en pág. 503.



Genealogía paterna del que se hizo "todo en todos"

† = Obispo
Pte. = Presidente



Genealogía materna del Obispo que fue sencillo y cercano a todos ...

VINCULACIONES FAMILIARES MAS SIGNIFICATIVAS

- Bisnieto de Manuel Bulnes Prieto.
- Sobrino bisnieto de Aníbal Pinto Garmendia.
- Tataranieto de Francisco Antonio Pinto.
- Sobrino tataranieto de José Joaquín Prieto Vial.
- Primo en 6º grado del Arzobispo Joaquín Larraín Gandarillas.
- Pariente en 10º grado del Arzobispo Manuel Vicuña L.
- Sobrino nieto de Federico Errázuriz Echaurren.
- Bisnieto de Federico Errázuriz Zañartu.
- Primo en 6º grado de Germán Riesco Errázuriz.
- Primo en 5º grado del Arzobispo Crescente Errázuriz.
- Primo en 7º grado del Arzobispo Juan Subercaseaux E.
- Primo en 7º grado de fray Pedro Subercaseaux E.
- Primo en 5º grado del Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso Z.
- Pariente en 11º grado de los hermanos Carrera.

TESTAMENTO DE LOS BIENES MATERIALES



OBISPADO DE TALCA
CHILE

Codicilo a mi Testamento
en 1957.

En la Caja de Fondos del Obispado se encuentra mi Testamento es decir hecho en 1947 - pido a mis albaceas cumplir lo contenido a este Codicilo.

- 1) Los de los libros de fortuna. Lo fue el Sr. de Pimental
el invirtió casi íntegramente en la casa de Speiser.
 - 2) Si el Sr. fuere en mi cuenta corriente Banco de Chile - San
Tomas (47-156) me los entregue a Justo Saball
 - 3) De los mi auto Opel, a mi sucesor, con esta condición
que si tiene auto vende el suyo o este y el su producto
de la casa de Speiser en construcción
 - 4) Mi caliz lo de los a la Catedral.
 - 5) De los libros que tení en Roma en poder de las Religio-
sas de Santa Marta, de los 50 mil a la Religiosa de Santa Marta
para las casas de Talca y Curico - El resto para que se com-
pleten ornamentos para la casa de Speiser.
Mis muebles fueran todos para el Obispado a excepción de
los de mi dormitorio que los de los Juanes José de
los jos.
Pero a mi sucesor entregue a Juanes José mientras viva
\$ 10.000 mensuales y velen por la educación de su nieta Patricia
o Juan.
- De los mis familiares los siguientes recluidos:
A Rejina el antodo de plata el armolado del salon - A José
el antodo de plata y el cuadro de Marta ed mirabilis - A Pepe la



BISPADO DE TALCA
CHILE

misura de plata del salm. a larmen un cuadro con
mano de plata fue este en mi herencia.

1) Dejo mi radioelectrola a Justino Sahall.

8) Dejo a Bernardino Pirina mi cruz pectoral y cadena.
La cruz con amethysts a M. Manuel santo. Mi anillo con
Amethysts a mi sucesor. La reliquia del S. Pio a Sergio
Toro.

9) Le fo mis libros a la casa de tejerico para que alli
se colocase una Biblioteca para sacerdotes y presbiteros.
De mis libros que yo entregue los de M. de Merstein e Jose
Somez J. fuenes y a Sergio Toro fue queda de elegir
50 volumenes de mi Biblioteca a su gusto.

10) Mis ropas episcopales, todas muy viejas, ofrescambas ni
el fun ni chup, o prendiente e fues, las desee.
Hoy sin embargo una cape me fue (mentes) de muy buena
lata y una cape de paño morena, las de jo a mi sucesor
y a mi de sucesor fue las sobre fues a fues use con ornamento.
Mis mitras, oficialmente lo fue me regalo St. Mateo, lo
dejo a la catedral. Lo mismo fue las elba y rosquitas, a
excepcion de una que me fo ahora fues a M. Jorge Sabana y
otra a Bernardino Pirina.

Mis hermanos fuerden retirar todos los recuerdos personales
los, foto grafias etc.

Si mi medusa vive tomara lo fue desee.

11) La capilla y arbores, si mi sucesor tiene, lo de jo a la casa de
refugio. De lo contados fue fuerden en el obispado

Mi rope personal distribuyanta a sacerdotes fue fuerden



BISPADO DE TALCA
CHILE

servir. Dejo, así, el fues sahana para
el obispado, a fuerden toallas

A mi sucesor Monaco son de dejo el crucis fue
este en la caheera de mi camo.

X Pues fue este codicillo se dejo fo mi testa
testamento, y así lo fo a mi familia X

I N D I C E

Presentación de Mons. Carlos González C.	5
Introducción	7
Adhesión del Papa Paulo VI	23

I

LA IGLESIA EN SU MISIÓN

Testamento Pastoral	29
Trascendencia de la Iglesia	32
El amor de la Iglesia	35
Características de una catequesis misionera	42
Notas para una pastoral de emergencia	53

II

LA IGLESIA EN SUS GRANDES ACONTECIMIENTOS

Centenario de la Redención.

Luz en las tinieblas	67
----------------------------	----

Concilio Vaticano II

La función profética del Pueblo de Dios	89
Primera etapa del Concilio Vat. II. Impresiones	92
Apreciaciones en torno al Concilio y su preparación	96
El Concilio Ecuménico Vaticano II	100
Vivir el espíritu y las orientaciones conciliares	104
Concilio Vat. II. Revisión apostólica de vida	119

La etapa post-conciliar. Los problemas de Chile...	127
El Concilio: Las transformaciones en la Iglesia y su relación con el mundo ..	134
De Ecclesia pauperum	139
Proyección del Concilio Vaticano II a la vida	144
El laico en la Iglesia según el Concilio Vaticano II	147

Congresos eucarísticos y marianos

Congreso eucarístico interprovincial de Licantén	167
Congreso eucarístico nacional	168
Congreso mariano parroquial	173
1.er Congreso mariano en Curicó	175
Año Mariano. Cruzada de evangelización	177
Año Mariano. Circular	180
El Año Mariano. Tercera circular	183

Congresos y eventos de Acción Católica

La A.C., obra de reevangelización. Congreso Internacional de Caracas	187
30º Aniv. de la Asoc. de la Juventud Cat. Femenina	205
1.er Congreso mundial de apostolado seglar: Panorama	206
3ª Semana Interamericana de A.C.	214
Día Internacional de la J.O.C.	223
25º Aniversario de la A.C. Chilena	225
Informe sobre la A.C. a la Comisión Episcopal	228
2º Congreso Mundial de apostolado laico	253
La Acción Católica Chilena. Estudio	266

I I I

LA IGLESIA EN SUS FIGURAS MAS RELEVANTES

Santos y fundadores de comunidades

Agustín de Hipona. Actualidad	281
S. Ignacio. 400 años de su muerte. "El Caballero de Dios"	284
Festividad del Sto. Cura de Ars. La misión del párroco	287
Carlos de Foucauld	299
<i>El Papa</i>	
80º Aniversario del nacimiento de S.S. Pío XII	303

Hechos autobiográficos del Obispo

Subdiaconado. El Oficio Divino. (Manuscrito)	306
Día de la Ordenación Sacerdotal. (Manuscrito)	307
Llegada a Talca como Obispo. "Veni, Domine Jesu"	311
Palabras al asumir el cargo de Asesor Gral. de la A.C.	317
20º Aniversario de la Consagración episcopal	325
25 Años de Episcopado	328

Otros Obispos

El Nuevo Cardenal Arz. de Milán, D. Ildefonso Schuster	336
Bodas de Oro de Mons. J.M. Caro, Cardenal Arz. de Santiago	338
Agonía del Cardenal Caro. Una palabra augusta	344

Mons. J. I. Cienfuegos. Agradecimiento por homenaje	347
Mons. J. I. Cienfuegos. Próxima sepultación en la Catedral	348
Mons. Carlos Silva Cotapos. Oración fúnebre por su muerte	350
Mons. Juan Subercaseaux. 10º Aniversario de su muerte	354
Mons. Roberto Moreira. Oración Fúnebre por él	361
Mons. Bernardino Piñera, nuevo Obispo Auxiliar	365

Sacerdotes, religiosos y laicos

La lección del Abate Molina	367
P. Alberto Hurtado, Apóstol de Jesucristo. Funerales	370
Ordenación de 11 sacerdotes chilenos en Friburgo	381
Pier Giorgio Frassati	383

I V

LA IGLESIA EN SUS EXPRESIONES PARTICULARES

La Iglesia Latinoamericana

Colaboración en el campo del apostolado en América Latina	401
Centenario del Pio Latino	405
Inmenso cariño del pueblo ecuatoriano por Chile	414
Fuerza y flaqueza de la Iglesia en América Latina	415
América Latina. Problemas, peligros, soluciones	422
La gran urgencia de América Latina	434
Visión optimista de América Latina	440
Discurso ante S.S. Paulo VI en el decenio del CELAM	445
Respuesta de América Latina	448

La Iglesia Diocesana: Talca

25º Aniversario de la Diócesis. Es espíritu diocesano	457
25 años de la creación de la Diócesis	460
Problemas y soluciones pastorales de la Diócesis. Primer Sínodo Diocesano ..	464
La Misión General de Talca. Apreciaciones en torno a ella	472
La Misión General de Talca. Primera Circular	476
Palabras a los misioneros el día del inicio	487
Siglas	491
Datos biográficos fundamentales	493
Testamento de los bienes materiales	497

Con las debidas licencias.

Derechos reservados por el autor.

IMPRESO: Por Ediciones Paulinas, Vicuña Mackenna 10.777
Noviembre de 1976

Impreso en Chile - Printed in Chile